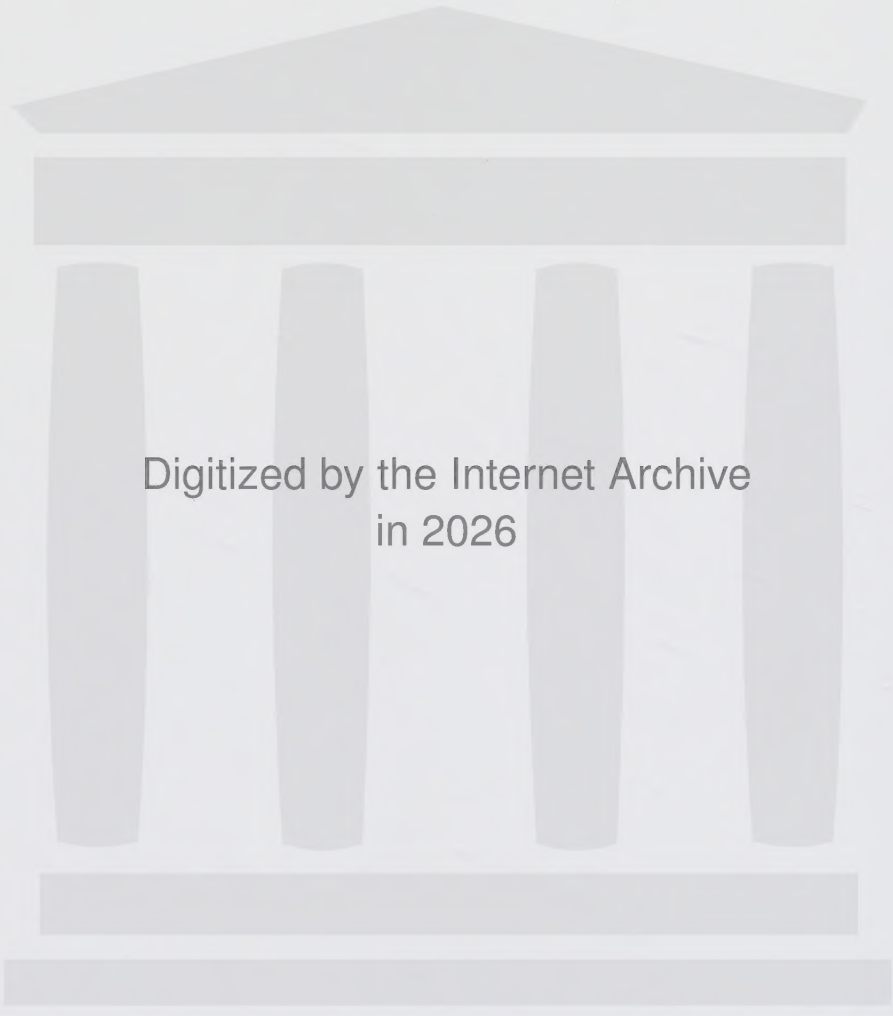
En Los Estados Unidos ...

José Martí, Gonzalo De Quesada


Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/enlosestadosunid0034mart

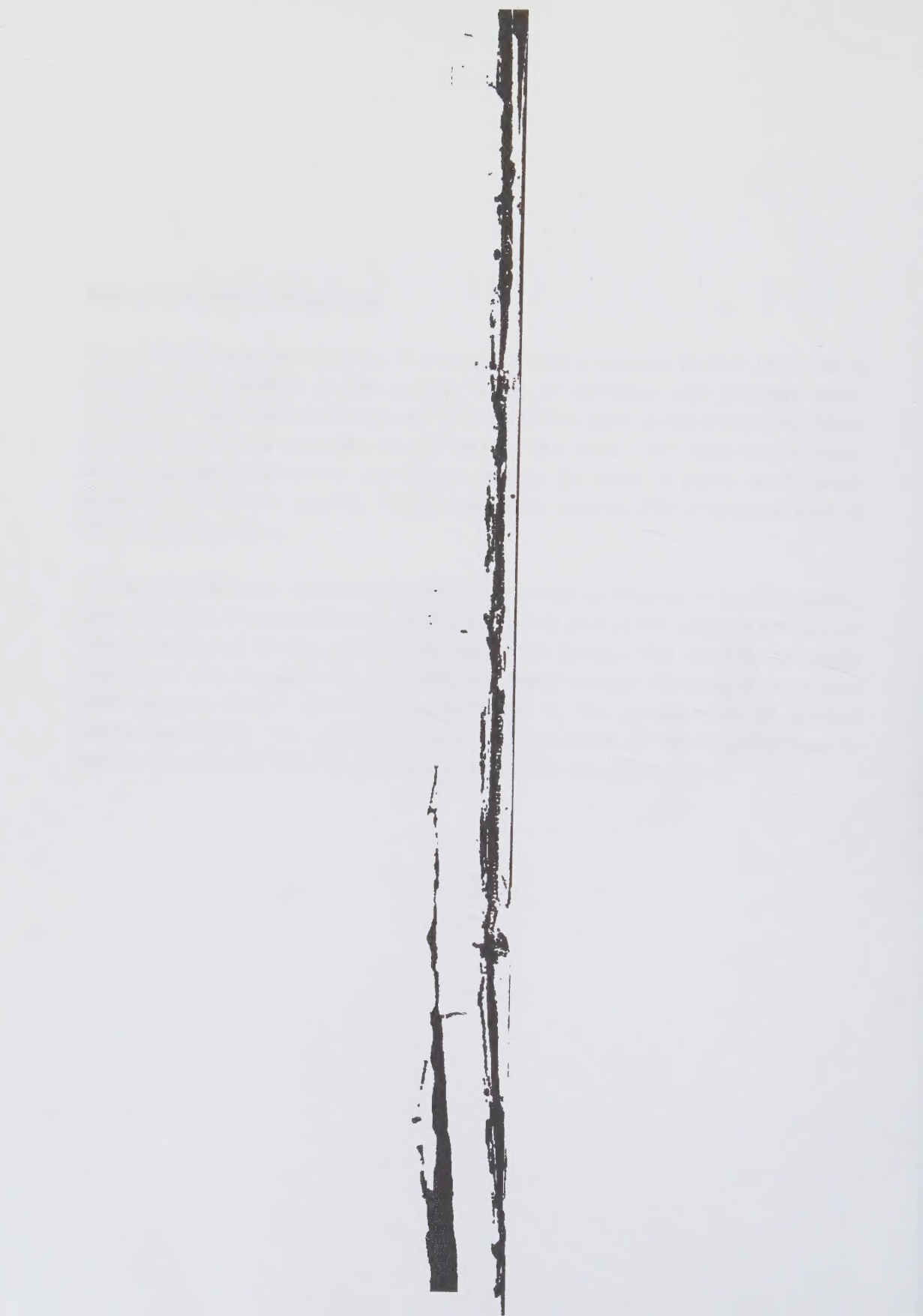
En Los Estados Unidos ...

José Martí, Gonzalo De Quesada

Nabu Public Domain Reprints:

You are holding a reproduction of an original work published before 1923 that is in the public domain in the United States of America, and possibly other countries. You may freely copy and distribute this work as no entity (individual or corporate) has a copyright on the body of the work. This book may contain prior copyright references, and library stamps (as most of these works were scanned from library copies). These have been scanned and retained as part of the historical artifact.

This book may have occasional imperfections such as missing or blurred pages, poor pictures, errant marks, etc. that were either part of the original artifact, or were introduced by the scanning process. We believe this work is culturally important, and despite the imperfections, have elected to bring it back into print as part of our continuing commitment to the preservation of printed works worldwide. We appreciate your understanding of the imperfections in the preservation process, and hope you enjoy this valuable book.



Martí.

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

VOL. III.

HABANA.
GONZALO DE QUESADA,
EDITOR.
MCMII.

HARVARD COLLEGE LIBRARY
MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
JUL 22 1966

Este volumen, el tercero de las obras del Maestro, se publica en momentos memorables para la Patria. Coincide la fecha de su terminación con la del comienzo de la República. El tema del libro es el estudio perspicaz y brillante del país con quien vamos á vivir estrechamente ligados. En otros tomos se verá cómo ahondó aún más en la Sociedad Americana el gran desaparecido.

Sirvan estas líneas, no de introducción,—que los trabajos del cubano Heredia y del guatemalteco Estrada, otros dos grandes desaparecidos, y la del venezolano Bolet Peraza, consecuente amigo de él y de Cuba, son digno y hermoso prólogo,—sino como prueba de mi eterno recuerdo y de mi imperecedero amor.

Gonzalo de Quesada.

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

LA OBRA DE MARTÍ

EN SU RELACION CON LOS ULTIMOS SUCESOS.

(Discurso del † Sr. Nicolás Heredia.)

Señoras y señores:

POR PRIMERA vez debemos celebrar sin luto el aniversario de la muerte de MARTÍ. Las conmemoraciones anteriores de esta fecha siempre viva, inolvidable, coincidían con la angustiosa incertidumbre que engendraban en nosotros las obscuras perspectivas del problema cubano, si resuelto en principio por nuestra afirmación perseverante de ser libres ó morir, cada vez más complicado por las oscilaciones é incidentes que perturban los propósitos más nobles y legítimos. En 1896 nos oprimía la ansiedad que una lucha desigual había de producir, hasta en los optimistas más tenaces, penetrados de la condición desventajosa en que combatían nuestros hermanos. En 1897 hacía más densas nuestras sombras el crimen sin igual de la concentración de campesinos pacíficos decretada por el general Weyler con horror é indignación del Universo. Pero en 1898 las circunstancias son distintas; la velada que ofrecemos á la memoria del mártir de Dos Ríos ha dejado de ser un funeral para convertirse en una fiesta. ¿Cómo enlutarnos, cómo entristecernos si hoy rebullen sus cenizas con el

Martí.

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

VOL. III.

HABANA.
GONZALO DE QUESADA,
EDITOR.
MCMII.

apostura mendigaba un arreglo renunciando á su pasado, desmintiendo su historia, ofreciéndolo todo á cambio de una almena en que izar su bandera aborrecida. Mas como la llamada acción política sólo tuvo por respuesta la indiferencia ó el desprecio, tomó entonces el camino acostumbrado, el camino del soborno, y organizó un mercado de conciencias averiadas pagando los desperdicios de la revolución á precios fabulosos. Yo no sé de un espectáculo más depresivo y humillante ni de un reto más audaz é indecoroso á la dignidad y honor de todo un pueblo. Pero ya hemos visto el desenlace: los mensajeros del soborno han dicho al mundo con su trágico fin que en la República Cubana las leyes más severas se dictan y se cumplen. Y hago caso omiso de los que olvidaron sus deberes y traficaron con su honra porque han sido tan pocos y son tan conocidos que no es preciso que manchemos nuestros labios con sus nombres.

Me he fijado en estos dos aspectos del conflicto, porque revelan un sentido político y un sentido moral sin los cuales la gran obra de MARTÍ se hubiera malogrado. Yo jamás llegué á temer que la muerte de la revolución pudiera producirse por la descomposición ó desintegración de su organismo militar, pero sentía vivísimas alarmas ante los procedimientos tortuosos, disolventes, de un gobierno sin dignidad y sin escrúpulos que hizo pacto con todo género de infamias. Todos hemos visto la

variedad de planes y recursos que puso en movimiento para lograr, con más ó menos vilipendio, la consumación de su propósito, y hemos visto también la ridícula inconstancia con que ha saltado desde un régimen de fuerza brutal y descarado á un régimen hipócrita, que no otra cosa significa la asendereada autonomía, desde la amenaza á la sonrisa, desde el marqués de Tenerife al marqués de Peñaplata, agotando de paso, sin éxito y sin gloria, cuatro acciones distintas: la acción militar de Cánovas, la acción política de Sagasta, la acción diplomática de Dupuy De Lome, la acción económica de Congosto y basta—no sé cómo llamarla—la acción espiritual ó religiosa de León XIII.

Vencidos estos riesgos por nuestra actitud firme y resuelta, pudo José Martí dormir tranquilo, seguro de que el triunfo de Cuba era inevitable. Los problemas políticos tienen también sus soluciones algebráicas, y la revolución para vencer sólo necesitaba sostenerse. Nuestro aliado es el tiempo, ha dicho el General Máximo Gómez, porque nuestros elementos, más que físicos, son elementos morales y se elevan á la cúspide de las virtudes más sublimes resistiendo con ánimo indomable á la naturaleza y á los hombres.

Un problema planteado en esta forma tenía que terminar, ó por el exterminio total de los cubanos, ó por la exhaustación económica de España, ó por la intervención de otro país. Yo

no sé si MARTÍ contaba con este tercer aspecto del problema; mas no era absurdo suponer que prolongada la contienda y exacerbada la crueldad histórica de España, un factor extraño y decisivo intervendría allanando el camino y coadyuvando, á falta de otro, por razón de humanidad, á la redención del pueblo heroico y oprimido. Ese factor estaba designado por su proximidad á la isla ensangrentada, por la inmensidad de sus recursos y, sobre todo, por la índole elevada y generosa de sus instituciones admirables.

No sería por cierto la América latina, todavía sin horizontes diplomáticos y absorta únicamente en sus cuestiones interiores; ni Francia olvidada de sus gloriosas tradiciones por los compromisos é intereses de su pseudo-república utilitaria y calculista; ni Inglaterra que ha hecho siempre de la política exterior un negocio lucrativo, como lo prueba Chipre escamoteada y el Egipto indefinidamente retenido; ni tampoco Alemania, empeñada en revivir el concepto de la autoridad y del poder ajustado en los moldes medio-evales; ni Rusia, símbolo del despotismo y del atraso intelectual; ni mucho menos Austria, cuna de la Archiduquesa Regenta y cruzado y portavoz de toda clase de reacciones; ese papel se reservaba á la patria de Washington y Lincoln, á la colectividad maravillosa que ha peleado siempre por causas nobles y supremas, que peleó primero por su gloriosa independencia y

después por la libertad de sus esclavos; á la tierra hospitalaria que ha abierto á los cubanos proscritos y errabundos el único palenque no obstruído por las persecuciones y amenazas de sus dominadores y verdugos.

Todos los que se familiarizan con la historia han podido observar la multitud de agentes, unos principales y otros accesorios, que concurren á la producción de un resultado, y en esto de la intervención el fenómeno se repite poniendo en juego muchas causas que van al mismo desenlace por caminos diferentes. La tenacidad batalladora del cubano, la belleza indiscutible de su empeño, le atrajeron las más ardientes simpatías de la opinión americana; en cambio, la barbarie española sublevó la conciencia de este pueblo que no pudo tolerar, primero sin protesta y luego sin castigo, las horrendas maldades perpetradas á sus puertas por los incorregibles descendientes del duque de Alba y Torquemada. La ola de la indignación fue corriendo del periódico á la masa, de la masa al Capitolio, del Capitolio al Presidente, hasta culminar en el conflicto que actualmente presenciamos. Pero, aparte de estos hechos, hay la curiosa coincidencia de que rija los destinos de España uno de esos hombres sobre los cuales se condensan todas las responsabilidades anteriores como si fueran instrumentos obligados de fatales expiaciones y de los mayores cataclismos. Me refiero al señor Sagasta, que es el liquidador

predestinado de los malos negocios de su gente. En 1872 era Presidente del Consejo de Ministros y se sublevaron los carlistas; en 1874 era Presidente del Consejo de Ministros y se verificó el pronunciamiento de los alfonsinos en Sagunto, cayendo la República; en 1895 era Presidente del Consejo de Ministros y se sublevaron los cubanos; en 1898 es Presidente del Consejo de Ministros y estalla la guerra entre esta República y España. El señor Sagasta, como Godoy, como Polignac, como Olivier, es el hombre de los tristes destinos y de las bancarrotas más tremendas.

¡Y qué bancarrotas! Porque no se trata ya de la situación desesperada, horripilante, creada por tres guerras en cuyo abismo ha arrojado España sin provecho todos sus tesoros y soldados; no se trata ya de reveses tan completos como el que ha ensangrentado las aguas de Manila para eterno renombre y gloria inextinguible del almirante Dewey y la marina americana; no se trata ya de la pérdida irremediable de los restos de su imperio colonial; se trata de una crisis interna que disuelve sus elementos tradicionales, de una sacudida general cuyos primeros exponentes son las turbas famélicas que días atrás se lanzaban á la calle sin enseña conocida y aullando por el pan; como si una Providencia vengadora castigara en su estómago extenuado el delito abominable de hacer morir de hambre á millares de cubanos.

Señores: si reflexionamos sobre este cuadro inmenso y trágico que se desarrolla á nuestros ojos y en el cual se han introducido nuevos intereses y elementos que convierten la cuestión de Cuba en cuestión universal, porque aparte de la lucha por las armas de los Estados Unidos con España, hay el duelo sordo, el duelo diplomático entre las potencias europeas llenas de recelos y ambiciones; si llevamos la mirada al punto de partida, hay que convenir en que este torbellino de sucesos reconoce un motor: José Martí. Hasta ayer pudo juzgársele como una celebridad puramente local, como un agitador é iluminado que en su estrecho escenario provocó la resurrección de un ideal que muchos creían muerto, y con la resurrección de ese ideal la brega más porfiada que registran los anales de la América latina; pero las derivaciones de su obra, la ingerencia de un pueblo poderoso en la contienda, la angustiosa espectación del mundo entero, han engrandecido su figura de tal modo que al escribirse esta página de historia habrá que partir de él; pues aunque sin él lo que había de suceder hubiera sucedido, es lo cierto que por él se precipitó la solución y se abreviaron los dolores de Cuba esclavizada.

Yo siempre me he explicado la cuestión hace tiempo debatida sobre si los grandes caracteres son causas ó productos de la situación histórica en que actúan, por el mutuo influjo de agentes que coinciden y se suman en un momento

decisivo. Sin embargo, respecto de MARTÍ casi estoy por rectificar esta creencia. La correlación, la concordancia entre el hombre excepcional y su medio nunca fué muy visible ni aun en los últimos días de su fervorosa propaganda antes de que la acción confirmara sus proyectos. La predisposición social no parecía corresponder á sus reclamos, y los que estábamos en Cuba somos testigos de la indiferencia, mejor dicho, del disgusto con que eran acogidas las insinuaciones de próximos trastornos. El partido autonomista, si abatido por su inmenso fracaso, se aferraba á la inercia como el enfermo que se aferra á su lecho pidiéndole ya que no la salud, por lo menos el descanso. Claro está que he prescindido del subsuelo, porque los más no alcanzábamos á sondear sus profundidades misteriosas, pero en cuanto abarcaba nuestra vista sólo distinguía el paisaje desolado que el recuerdo del Zanjón presentaba á los patriotas más vehementes como una lección inolvidable.

El mérito mayor, la gloria de MARTÍ consiste, precisamente, en haber modificado y destruído la depresión moral en que vivíamos, siendo el despertador del pueblo aletargado, la imagen viva del apóstol y el caudillo que enseña y organiza, que impulsa y disciplina, que predica cuando la predicación es necesaria y que muere por su credo cuando el sacrificio lo demanda. Como personaje histórico-político es un tipo admirable de fidelidad, de con-

sagración completa á la causa que estimaba redentora; como carácter y cerebro un insigne modelo de labor inteligente subordinada á la empresa patriótica á que estuvo consagrado en cuerpo y alma. Tal vez su misma soledad estimuló sus aptitudes, haciendo de él el hombre múltiple y llevándole á improvisar iniciativas que siempre se reparten entre muchas voluntades tratándose de una empresa tan difícil y compleja como la de libertar una colonia después de cuatro siglos de dura servidumbre. Por eso lo fué todo: tribuno, publicista, conspirador, apóstol y guerrero. Injusticia monstruosa, imperdonable, sería olvidar la tremenda pesadumbre del trabajo que echó sobre sus hombros, y negar ú obscurecer lo que hay de personal, de propiamente suyo, en este resultado que hoy nos abre las puertas de la patria redimida.

Nuestra gratitud, por tanto, ha de ser profunda y perdurable, si bien es necesario que sepamos practicarla. España, señores, se retira al fin de Cuba, pero cumpliendo su programa feroz de dejarla convertida en un montón de escombros y cenizas. Uno á uno se ha complacido en descuajar todos nuestros elementos, hasta los más rudimentarios de cultura y de riqueza, para que la nueva república no pueda subsistir ni constituírse. Ha roto y esparcido la familia cubana, ha arrasado nuestras propiedades, ha extirpado hasta los frutos más humildes de los campos y cuando no ha ma-

tado ha envilecido. No nos deja nada, salvo el recuerdo de sus crímenes y la resolución suprema que abrigamos de fundar sobre el viejo solar una nueva sociedad. Pueden suponerse los esfuerzos inauditos, la suma colosal de abnegación y de patriotismo que hemos de llevar á la reconstrucción del edificio, sobre todo en presencia de un aliado que es, al mismo tiempo, nuestro juez.

Nunca con mayor razón debemos repetir, aplicando su enseñanza á nuestra situación especialísima, las célebres palabras de Gambetta: «Ha acabado la era de los peligros, pero principia el período de las dificultades.» Con el solemne compromiso de compensar las desdichas pasadas mediante la recta dirección de los destinos del país sin la tutela ignominiosa de una metrópoli ignorante y opresora, tenemos el deber de desmentir la siniestra profecía que niega á nuestra raza la capacidad de gobernarse bajo instituciones democráticas sin el doble peligro del caudillaje y la anarquía. Y sean cuales fueren los vicios de carácter que haya podido trasmitirnos la nación progenitora, la vecindad y el influjo bienhechor de esta república modelo han podido sustraernos á los dos fundamentales; me refiero al servilismo monárquico y al fanatismo religioso. Además, nos constituímos en nación independiente, no en los principios como las otras nacionalidades de la América española que por esta circunstancia pagaron su tributo natural al atraso de

los tiempos, sino en las postrimerías de nuestro siglo, cuando ya los pueblos tienen una clara percepción de sus derechos y deberes. Si como todos esperamos, nos asiste la prudencia, si el heroísmo y la constancia probados en la guerra se traducen en las virtudes de la paz, de una buena política, entonces sí podremos afirmar con legítimo orgullo que la sangre de MARTÍ no ha sido inútilmente derramada.

JOSE MARTÍ COMO LITERATO.

(Discurso del Sr. Nicanor Bolet Peraza.)—

Señoras y señores:

FALTARA yo á la lealtad de mi carácter, si antes de entrar á cumplir el encargo con que me ha honrado la Suprema Corporación directora de este homenaje del dolor cubano, no declarase, como declaro, que los señores del Cuerpo de Consejo, si buscaron en mí la suficiencia para tan elevada tarea, erraron en su apreciación, y trajeron á este lugar al orador que menos lucimiento podía contribuír á darla, cuando la verdad es que el objeto y la ocasión reclamaban una palabra plena de poder y rebosante de sabiduría; para lo cual no tenían ellos sino tomar de la mano á cualquiera de los elocuentes oradores de su seno, que en varias ocasiones han llenado este mismo recinto y arrebatado de entusiasmo á este mismo auditorio con sus oraciones admirables.

Pero acaso se diga ó piense, que si los que generosamente pusieron á gravitar sobre mí tan poderosa honra pudieron exagerarse mis alcances, tocábame á mí el declinarla, por enorme y abrumante. Y así, en efecto, lo hubiera yo hecho, á no ser que apelóse, más que á mi entendimiento á mi corazón, que-

riéndose, como se quiso, que de la labor literaria del Grande Hombre á cuya esclarecida memoria conságranse estos tributos, hablase un cariñoso confidente de sus expansiones artísticas, un amigo del alma, de quien él se decía, con su genial liberalidad, hermano en las Letras hispano-americanas.

Aquí me tenéis, pues, sin otro caudal que el caudal de mi admiración por aquel talento insigne. Y no estoy solo; porque se me antoja que puedo hablar también por mi patria, por la juventud de Venezuela, toda una legión de doloridos en la muerte del Maestro; pues ha de saberse que durante aquellos ya lejanos días de la peregrinación que José Martí emprendió por los pueblos de América en pos de calor para la idea redentora que le absorbía, fuese á Caracas, y allí como en México, y como en Centro América y como en otras partes del Continente, atrajo á su derredor á las almas jóvenes y levantadas, á escritores y poetas, á tribunos y á filósofos, á cuanto daban, lozano y vivo, como flor de regeneración y fruto venidero de grandeza, aquellas tierras.

La época de su viaje á Venezuela era por demás adversa para hacer propaganda de dignidad y de luz. Consultóme su resolución el infatigable peregrino, y traté de disuadirle de ella, mostrándole mi triste avío de proscrito y las laceraciones de mi alma por causa en espíritu idéntica á la gran causa de libertad que á él le animaba. El Poder de entonces era

opresivo en mi patria. El Exito corruptor, con su mano guantada de oro, todo lo acallaba, y sólo tenían voz, el ditirambo en la literatura, la denuncia en el periodismo, la loa bizantina en la tribuna. MARTÍ, no obstante, se fue allá, y quiso escribir, y escribió sobre libertad y sobre decoro. Estas solas palabras, sin necesidad de glosa alguna, constituían delito suficiente para el destierro. MARTÍ las pronunció, y tuvo que abandonar de prisa nuestras playas, dejando tras de sí un pueblo amigo, una juventud adicta, un recuerdo abrillantado con amor y honra.

Yo traigo aquí, en mi corazón, las palpitaciones de cariño de aquella ilustrada juventud, hoy libre y altiva, toda ella famosa en las letras, útil en las ciencias, trascendente en la política. Yo traigo también su duelo filial para asociarlo al de los hermanos del Maestro, en este momento solemne é histórico en que se conmemora su heroica muerte, al estruendo de la única salva digna de sus funerales: la del cañón que abre radios ardientes á la Libertad de su patria.

Háseme señalado, para llenar mi parte en esta solemnidad, el estudio de la índole literaria de José MARTÍ, y la exposición de la naturaleza, magnitud y espíritu de la labor que como hombre de letras llevó á cabo.

Para que me fuera, al igual de grata, fácil y mejor ordenada esta tarea, necesitaría tener en la mano el hermoso libro que MARTÍ en-

grosó con las múltiples y variadas producciones de su talento. El libro está escrito, pero sus páginas andan dispersas. Son hojas de periódicos, son pliegos de revistas, son cartas políticas ó íntimas, son desahogos poéticos, son discursos tribunicios ó académicos; son quejidos, profecías, apelaciones, apóstrofes, ensueños, esperanzas, asuetos del espíritu en los senos del Arte, ecos de la lira ó fanfarria de la guerrera trompa; poesía y tribuna; toda una vida, breve pero sin reposo, vida de ideales y de trabajo redentor, dejando aquí y allá, en rápido paso, en vertiginosa agitación, esas páginas sin concierto aparente, que un día habrán de ser recogidas por el biógrafo del hombre y por el historiador de su causa, y que formarán la prueba elocuente de que en MARTÍ escritor, en MARTÍ poeta, en MARTÍ orador, no hay sino un solo artista: modelador, cantor y animador de su ideal adorado: la joven patria cubana.

El periódico, sobre todos los otros medios de hacer viajar el pensamiento y de perpetuar la palabra, fue el que MARTÍ prefirió. El libro se escribe en el total reposo del ánimo; el periódico se escribe bajo la fiebre cerebral que producen las grandes impresiones del momento y bajo el espoleo de las graves circunstancias. El libro es para enseñar; el periódico para mover. El libro es para ser leído tranquilamente, al calor del hogar y al dulce arrullo de sus encantos; el periódico, por el contrario,

es para ser leído en la plaza pública, en las calles, en las lonjas, en medio del torbellino de las pasiones y de los intereses. El periódico, en fin, con su lenguaje ardiente, con su prisa de pensamiento, con su nervioso estilo, es el vehículo natural y apto de la palabra imperiosa de una causa sacrosanta, que pide á las madres sus hijos, á las hermanas sus hermanos, á las mujeres sus maridos; y ¡que queden sin varones los hogares, porque hay que destrozar cadenas y crear la Patria!

Bolívar no hizo libros con lo mucho que sabía, ni con lo mucho que alcanzaban su poderosa imaginación y su palabra refulgente. Si se le hubiese antojado ganar una muelle poltrona y colgarse al cuello el tejo de oro que otorga á sus miembros la Real Academia Española, habríase sentado morosamente á su bufete, y compuesto volúmenes de ciencia y arte que fueran con justicia admirados. Pero no aspiró él nunca á la banal satisfacción de oirse llamar de Excelencia en el recinto de cuarenta somnolientes jubilados, sino que sentíase llevado por su genio y por el Destino á empresas sobrehumanas que habían de ganarle el título excelso de Libertador, por aclamación de cinco pueblos americanos redimidos y confirmados por la admiración del mundo.

No escribió Bolívar libros, sino proclamas, constituciones, memorias, pronunciamientos, protestas, fulminaciones y partes de victorias. Una sola vez fue arrebatado su genio en alas

de la poesía, y fue para soñar en la videncia del delirio, grandeza para la América, desde la elevada cima del inmenso Chimborazo.

Como Bolívar, MARTÍ escribió para la mente del pueblo y habló para el corazón de los pueblos. En esas páginas veloces del periodismo, en esos documentos de organización inicial de la lucha, en esas sus cartas íntimas, en las cuales vertía toda su alma ó hablaba de la patria que llevaba en el corazón, con el lirismo de los antiguos profetas ó con la ternura de un enamorado rendido y fino; en sus discursos todos, en que se agolpan, truenan y se inflaman las ideas, como si en el cerebro de donde partían estuviesen ganándose ya las batallas de su ideal, es en donde hay que estudiar al prosista y al poeta.

Pero nó; que de su inspiración en este último ramo de las letras, sí nos dejó obras foliadas que todos sus amigos guardamos con cariño, tanto más valiosos aquellos pequeños libros, cuanto que sobre su portada llevan siempre, con alguna fineza del afecto, el autógrafo nombre de su autor. Refiérome al *Ismaelillo* tan celebrado y á los *Versos sencillos*, que la prensa hispano-americana reproduce sin cesar.

Antes de ocuparme en esos preciosos versos de MARTÍ, quiero dejar señalada una observación que guía al conocimiento de la Musa que le inspiraba; con lo cual se justificará además, que, en el presente estudio, circunscrito como debiera ser, á la faz literaria del egregio cuba-

no, no me sea posible aislarle absolutamente dentro de tal medio, sino que á cada paso he de rozar con los relieves de su armadura como campeón de una causa á que consagrara todas las energías militantes de su espíritu. En sus producciones, cualquiera que fuese el asunto que le pusiese á la obra, aparecía con una idea fija, dominante, ineludible, que le exaltaba en caballerescos lirismos. Obsérvese que MARTÍ, como la generalidad de los inspirados, se apegó á un símbolo, el cual surgía con insistencia en sus escritos, poesías y dircursos. Lamartine amaba el iris; Chateaubriand el águila, Victor Hugo el león. MARTÍ tenía el caballo; un caballo piafante, impaciente, siempre presto á recibir sobre su fuerte lomo á su caballero liberador. Este noble símbolo abunda principalmente en sus composiciones; es la obsesión de su fantasía, una visión de su destino que había de tener realidad palpable y vida de celebridad en la historia. El caballero, llegada que fue la hora señalada por su propia previsión, montó el bridón leal, y armado de su sola alma, partió á levantar ejércitos con la arenga objetiva de su ejemplo. El caballero cayó de muerte, con el grito de libertad en los labios. El caballo, aquel caballo del símbolo, vive, y se guarda en el campamento cubano como una reliquia, para que en el día de la cercana paz marche en la procesión triunfal enjaezado con los colores de la patria.

MARTÍ, no sólo sintió la poesía como el que

mejor pudiera sentirla si nació con el alma templada al unísono con las infinitas vibraciones de lo bello, sino que también ahondó los misterios de su influencia en el espíritu de las sociedades y la amó, por tanto, como bien divino puesto en la esencia de ciertas naturalezas de privilegio y trascendencia para ser empleado en la difusión de los nobles ideales, hacer más hechicero lo bello, más amable lo bueno y más acendrada y firme en los corazones la fe en los milagros de la libertad y el progreso.

En cierta ocasión, en que de poesía se trataba, expresábase así:

«¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable á los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que la fruta acaba en la cáscara. La poesía que congrega ó disgrega, que fortifica ó aflige, que apuntala ó derriba las almas, que da ó quita á los hombres la fe y el aliento, es más necesaria á los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que la poesía les da el deseo y la fuerza de la vida.»

En otra ocasión, teniendo ante sus ojos las obras del insigne poeta norteamericano Whitman, escribió los siguientes grandes conceptos:

«La vida libre y decorosa del hombre en un continente virgen ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en épodos atléticos.»

«A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vió jamás la tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el sol del mar, incendiando las nubes, bordeando de fuego las crestas de las olas, despertando en las selvas fecundas las flores fatigadas y los nidos.»

«Ved sobre los montes, decía una vez, en hermosísimo apóstrofe: ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos.»

«Creíais la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva, y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce é ilumina lo futuro, y explica el propósito de la inefable y seductora bondad del Universo.»

Y bien podía decirlo así, porque no fue MARTÍ de los que lloran jamás lágrimas, ni pueriles ni viriles, sobre las aras aparentemente sin dioses; porque para él siempre estuvo, en adoración y culto de hombres y pueblos la diosa Libertad; religión surgida con lo creado, cuyo dogma penetra en la vida de los seres todos, con los átomos del aire; dogma que nos enseñan recreándonos, lo grande y lo pequeño en el Universo, la luz que viaja soberana por los espacios; el ave que vuela independiente por los campos;—los mundos que giran autó-

nomos por el éter sin fronteras;—la diminuta abeja que funda sus repúblicas libérrimas en los bosques y en los prados; y sobre todo, el propio pensamiento, el libre de los libres dentro de la entidad humana, para cuyos irrefrenales vuelos no existen limitaciones ni arcanos.

Como escritor, sobresalía MARTÍ en las dos cualidades principales del estilo: la fuerza y la gracia. Para la una sobrábale convicción, que es la fuente de toda noble energía, y para la segunda abundaba en buen gusto, que es el manantial de la exquisita expresión y del colorido. Rico de imaginación, exuberante de fantasía como un oriental, brotaba cada pensamiento suyo esmaltado por imágenes brillantes; joyas artísticas, que como decía Platón, sirven de aureola á la Verdad. Instruído en libros serios, pensador de los que saben hacer capital de ciencia propia con lo que piensan y escudriñan, tenía á las veces síntesis y axiomas de relevante verdad filosófica, con los cuales solía dar á su abundoso estilo, cortes súbitos de magnífico efecto, para luego fluir de seguida en frases galanas y figuras poderosas. Artista genial y de academia, conocía á maravilla los procedimientos de la perspectiva y de las gradaciones, los recursos de los contrastes, antítesis y antinomias que equivalen á la magia del claro obscuro en la pintura; así como á fuer de buen conocedor de la retórica griega, y con un oído puramente helénico, éranle familiares el valor de las cadencias y el

secreto de la combinación de ellas para el todo armónico en el discurso. Poseía gran conocimiento de la lengua, y cuando ocurríale el antojo de ser purista, escribía con tersura y aticismo, como un clásico de los galantes tiempos del habla castellana; pero esto hacíalo más por alarde que por gusto; pues ser *criollo* valía para él mucho más que ser castizo; así es que hasta para el idioma que España trajo á América quería él independencia, como expresión de una raza nueva en mundo nuevo y con ideas nuevas.

En el movimiento literario hispano-americano, que determina la tendencia á que nuestra literatura sea original y propia, y que nuestra lengua, como oro viejo refundido en crisoles de la tierra, y vaciado en los moldes que van forjando nuestros adelantos, tome la impresión de nuestro genio nacional; en ese movimiento de la juventud hispano-americana, hay de Martí una buena parte de impulso entusiasta. Su pluma viril dió ejemplo y alientos en esa empresa, gracias á la cual desaparecen ya muchos tropos de añejo gusto, muchas platitudes apolilladas, y en cambio modélanse formas más robustas y hermosas, reveladas por el espíritu de nuestra raza, *los latinos de América*, embellecidas por nuestra fecunda fantasía tropical, vigorizadas por la vitalidad de nuestra naturaleza privilegiada, que no cesa en sus renovaciones de modos y en sus grandiosos alumbramientos de ideales.

Y ahora dóime un respiro, y pongo sordinas al concierto de voces y al estruendo del combate que hacen eco en el pensamiento cuando se trata de estudiar la labor fecunda del egregio tribuno y escritor cubano, cuya memoria aquí evocamos.

Ahora prosigo con mi ánimo dispuesto á las ternuras y á las lágrimas; porque voy á encontrar al poeta en su rincón de peregrino, en donde ha colgado por un momento la armadura de caudillo y su trompa de agitador, y toma nuevos alientos cantando amorosamente versos que, como él decía, echaba de su alma.

Acerquémonos silenciosos y oigámosle poner en las cuerdas de su doliente lira este poemita del paternal afecto:

Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
blandas guedejas:
por sobre el hombro blanco
luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
estrellas negras:
vuelan, brillan, palpitan,
relampaguean!
Él para mí es corona,
almohada, espuela.
Mi mano, que así embrida
potros y hienas,
va, mansa y obediente,
donde él la lleva.

Si el ceño frunce, temo;
si se me queja,—
cual de mujer, mi rostro
nieve se trueca:
su sangre, pues, anima
mis flacas venas:
¡Con su gozo mi sangre
se hincha ó se seca!

Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

Ya se ve: el batallador se ha transfigurado; Aquiles no tiene ya clava, sino rizos de niño rubio entre las manos. Ya no hay en sus labios imprecaciones ni retos á los opresores de la Patria ni tampoco arengas á los guerreros que á libertarla se preparan, sino versos y tiernas palabras dadas á la boca y al oído del hijo amado.

Mas nó, que la Musa bélica vuelve, la sangre del poeta se inflama, y no es ya al niño blondo á quien su verso habla; es sí al heredero de su nombre y de su gloria, en cuyos ojos mira escrito en rayos de amor, el mandato de que sea siempre grande:

Héme ya, puesto en armas,
en la pelea!
Quiere el príncipe enano
que á luchar vuelva:
¡Él para mí es corona,
almohada, espuela!

Y como el sol, quebrando
las nubes negras
en bandas de colores
la sombra trueca,
él, al tocarla, borda
en la onda espesa,
mi banda de batalla
roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
que á vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
por esta senda!
Éntrese mi tirano
por esta cueva!
¡Déjeme que la vida
á él, á él ofrezca!

Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

Estos versos brillan como granillos de polarizada pólvora sobre pétalos de rosa frescos y olorosos.

El poeta pulsa luego la áurea cuerda de su lira en que vibran notas más graves, y canta con orgullo:

Los persas tienen
un rey sombrío;
los hunos foscos
un rey altivo;
un rey ameno
tienen los íberos;
rey tiene el hombre,
rey amarillo:

mal van los hombres
con su dominio.
Mas yo vasallo
de otro rey vivo,
un rey desnudo,
blanco y rollizo:
su cetro—un beso!
Mi premio—un mimo!
Oh! cuál los áureos
reyes divinos
de tierras muertas,
de pueblos idos.
Cuando te vayas,
llévame, hijo!
Toca mi frente
tu cetro omnímodo;
úngeme siervo,
siervo sumiso:
¡no he de cansarme
de verme ungido!
Lealtad te juro,
mi reyecillo,
sea mi espalda
pavés de mi hijo:
pasa en mis hombros
el mar sombrío:
muera al ponerte
en tierra vivo:—
Mas, si amar piensas
el amarillo
rey de los hombres,
muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

He repetido estos versos, no tanto porque son deliciosos, sino por cuanto son proféticos. El tierno niño que los inspiró creció recitándolos, llenándose con ellos su corazón y su conciencia. El amor y el patriotismo están en ese canto testamentario.

Cierto día en que el niño, ya en las aulas, repasaba en sus libros sus lecciones y problemas, oyó un gran clamor de alegría salvaje, y un gran grito de dolor amante. El clamor era fiero júbilo enemigo, el alarido era maternal. Su padre había caído abrazado á la estrella de su ideal.

.....

« Muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡ No vivas, hijo! »

Esto escuchó también en aquel mismo instante el mancebo; y se fue más luego á los campos de batalla cubanos. Faltábale un año para la edad del soldado, mas supliólo el permiso materno, sellado con un beso de espartana.

Cuentan que cuando Victoria de las Tunas cayó en poder del ejército libertador, pasóse revista á las tropas vencedoras sobre el campo ruinoso y sangriento de la ciudad libertada. La voz del oficial llamó: — ¡José Martí! y un imberbe artillero, al lado de su cañón todavía humeante, respondió: — ¡Presente!

Los *Versos Sencillos* llevan un prólogo de su propio autor, en el cual refiere éste el momento

psicológico en que los escribiera. Asaltábanle negros temores, padecía agonizantes inquietudes por la suerte de su causa; pesadillas naturales éstas, cuando un pasado doloroso, con estéril esfuerzo del heroísmo y decepción de las esperanzas fiadas en poderosa ayuda llenaba de recelos el alma patriota. « Esos temores, dice MARTÍ, quitáronme las fuerzas mermadas. Corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado; á veces susurra la abeja, merodeando entre las flores. »

En medio de esos tristes pensamientos, surge, de vez en cuando, la imagen del hijo, ya adolescente, y el poeta le acaricia con su verso ardoroso:

Para modelo de un dios
el pintor le envió á pedir.
¡Para eso no! ¡para ir,
Patria, ú servirte los dos!

Bien estará en la pintura
el hijo que amo y bendigo.
¡Mejor en la ceja obscura
cara á cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
de nobleza natural;
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril!
Vamos los dos: si yo muero,
me besas: si tú.... prefiero
verte muerto á verte vil!

Veamos ahora cómo la abominable idea del mal patriota, ingrato á su suelo, desleal á su bandera, inspira al poeta horror sublime, que expresa en el siguiente cuadro de corte dantesco:

Por la tumba del cortijo
donde está el padre enterrado,
pasa el hijo, de soldado
del opresor, pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
envuelto en su pabellón
álzase: y de un bofetón
le tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce; zumba
el viento por el cortijo:
¡el padre recoge al hijo
y se lo lleva á la tumba!

He aquí otra valentísima composición, que no sólo revela grandes fuerzas para la descripción viva y robusta, sino que también da idea de una completa posesión de los secretos y maravillosos medios del contraste. El final de esta composición es un toque magistral, una pincelada digna de Víctor Hugo:

El enemigo brutal
nos pone fuego á la casa:
el sable la calle arrasa,
á la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
del sable del español:
la calle, al salir el sol,
era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche;
entran, llorando á una muerta:
llama una mano á la puerta
en lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
el portón: y la mujer
que llama, me ha dado el ser:
me viene á buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
los valientes habaneros
se quitaron los sombreros
ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
como dos locos, me dijo:
— « Vamos pronto, vamos, hijo:
la niña está sola, vamos! »

Ese súbito desborde del sencillo amor maternal, sobre la pavorosa escena de incendio, violencia y muerte, esa dulce frase doméstica, que hace como por encanto, disolver el cuadro de horror, sustituyéndolo con un celaje, pertenece al rango de las contraposiciones sublimes.

En los *Versos Sencillos* se encuentra más de una composición inspirada por la videncia ó presentimiento del destino del poeta. La idea

de la muerte le dicta versos que parecen codicilos de testamento. Por lo regular, los poetas escriben cantos fúnebres á su propia finalidad para interesar piadosamente el amor de sus amadas.

Martí no era de esos que mueren en los consonantes y luego se van á vivir holgados el goce mundanal.

Hermosa muerte quiso, y cual la quiso se cumplió.

« No me pongan en lo obscuro
á morir como traidor;
yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol! »

Moriré de cara al sol! Yo grabaría este heroico verso en su lápida, debajo de los trofeos que para su tumba quería él se guardasen, y los cuales tan justamente simbolizarían los altos hechos de su vida.

He aquí su voluntad final, consignada en una cuarteta, más preciosa aun que el precioso testamento de Musset:

« Yo quiero, cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores,—y una bandera! »

Al llegar aquí, siento que concluye en mi entendimiento la luz y en mi espíritu la calma

que he menester para continuar y dar término al estudio de la ilustre personalidad literaria que lo motiva, cuya obra apenas he tocado en la flor. Pero no es este el momento propicio para rendir con debido reposo del ánimo semejante tarea.

—¿Oís? Yo escucho estampido de obuses, estallidos de bombas, tronar de cañones horrísono. Y oigo gritos de victoria y aclamaciones á la naciente República Cubana que surge gloriosa en la humareda. Y ni ese fragor guerrero, ni esos vítores patrióticos, los oye, no, el egregio *Precursor* de la gran causa que triunfa. Más que seguir loando su talento con mi pobre palabra, quisiera yo tener virtud de resurrección en mis labios, para decirle á ese noble muerto: ¡Levántate, y ve á juntarte á tus hermanos libres, tremolando esa bandera que te sirve de sudario!

JOSÉ MARTÍ

POR

DOMINGO ESTRADA.

ADVERTENCIA.

Este artículo, escrito en París hace tres años, no pudo ser publicado entonces, por circunstancias ajenas á mi voluntad. Al darlo hoy á luz, á ruego de algunos amigos míos que conocieron, es decir, que amaron á José Martí, y que acogerán con simpatía este sincero, aunque tardío homenaje, nada he querido cambiar de lo que en aquella época escribí, por más que las condiciones de Cuba sean hoy enteramente diversas de cuando yo las consideraba, en 1895, al valorar la influencia del gran patriota en la realización de uno de los acontecimientos más notables del presente siglo. Mi objeto no fue, ni es, apreciar la revolución cubana y sus consecuencias; quiero, únicamente, obligado por mi cariño y mi admiración, cumpliendo mi deber de amigo y de americano, llevar mi pálida corona á la tumba donde han puesto ya las suyas muy hermosas algunos distinguidos literatos guatemaltecos, como Batres Jáuregui, Ramón A. Salazar y Rafael Spínola: á esa tumba donde el mártir duerme su eterno sueño en la paz y en la inmortalidad.

D. E.

Guatemala, Febrero de 1899.

JOSÉ MARTÍ.

Antes de guardar, quizás para siempre, la obscura pluma inútil, quiero pedirle el homenaje de sincera admiración y la ofrenda de amistad cariñosa que debo al gran desaparecido. Mañana no osaría hablar de él; mañana, cuando haya en la inmortalidad entrado plenamente, resucitando en mármol sobre el suelo de la patria por la cual murió; cuando el día de su apoteosis luzca en el génesis de un pueblo nuevo; cuando definitivamente haya grabado la América su nombre, para mí tan querido, sobre el mármol eterno de sus glorias. —Hoy aun lo puedo.—En momentáneo olvido, allá en la tierra que bebió toda su sangre generosa, él duerme entre el fragor de los combates, sin que puedan turbar su último sueño el choque de los aceros que él forjó, ni el grito de pelea con que ayer despertara al león dormido, ni el paso á través de la manigua de las legiones levantadas por él, y al frente de las cuales aun ha de batallar su sombra heroica... Ahora comienza á levantarse el pedestal soberbio que va á erigirle la posteridad; puedo llevar á él mi pobre piedra.

Debo á José Martí un beneficio: el de comprender ciertas cosas que, sin él, serían para mí nombres vanos, como la virtud para Bruto; el de guardar en mi espíritu fatigado lo poco que en él queda, de fe en mi raza y de respeto por la humanidad. En derredor de mí, casi no he visto sino espectáculos inquietantes y desalentadores. Tocóme nacer en época bien triste, en un siglo sin ideales, que ha suprimido la fe sin suprimir el dolor, y que ha quitado á la vida lo único que tenía de bello, la esperanza. Se obscureció la nube luminosa que guió en su noche al espíritu humano; la filosofía sacudió, como Sansón, las columnas del gótico templo, y nada pudo construir sobre sus nobles ruinas. El arte no es ya el grande arte de otros tiempos; y á la ciencia le tornan las espaldas con desaliento amargo los que han ido á interrogarla sobre los problemas del ser y sus futuros destinos, encontrando hoy á la Esfinge tan muda como hace tres mil años: los que han ido á demandarle verdades que no encierra, consuelos que no guarda y el secreto de la dicha, que no ha ofrecido jamás... Las patrias se mueren; están minadas las fronteras por labor subterránea y formidable, y en ellas palidecen los pabellones de las nacionalidades, ante la bandera roja, que será tal vez la del misterioso siglo cuya aurora apunta ya. La Libertad y el Derecho no tienen paladines: callaron hace tiempo las voces que cantaban la Marsellesa, sumiendo tronos y levantando

pueblos; murió Kotziusco, murió Kosuth, murió MARTÍ... Quedó solamente en los altares el becerro de oro; y en torno suyo librando los egoismos, los apetitos voraces, las pasiones sin freno, la lucha feroz y encarnizada de la vida. ¿Cómo, pues, en el ambiente de nuestra decadencia bizantina, podría yo haber salvado la fe de mis primeros sueños, si jamás hubiera encontrado una sola de las egregias figuras que avasallaran en la historia mi admiración un tanto incrédula? Soldado, apóstol, mártir, el prócer de Cuba me ha hecho comprender la sencillez de los sublimes sacrificios, la exaltación de los supremos entusiasmos, el desdén de la vida ante el ideal. Estaba tallado para las cosas grandes; y en cualquier tiempo hubiera pertenecido á la pequeña legión heroica. Esparta lo hubiera visto en las Termópilas, y Roma sobre la arena del Coliseo, confesando al Maestro ante el César y ante el león. Ceñido el casco y la cruz roja sobre el pecho, Jerusalem lo hubiera contemplado bajo sus muros; y cuando el alma mística de la Edad Media celebraba sus soberbias nupcias con el espíritu pagano que renacía, se le hubiera encontrado, tal vez, á la sombra de altivo campanario gótico, forjando estrofas robustas, para saludar la alborada magnífica en algún genial y extraño poema. Y más tarde, con Camilo hubiera deshojado los árboles del Palacio Real, cantado á Carlota con Chénier, corrido á la frontera con Saint Just, hablado-

en la tribuna de Vergniaud y marchado en la carreta de los girondinos á la plaza de la Revolución. Según las épocas, hubiera podido ser Espartaco, Tell, Vercingetorix, John Brown: que él pertenecía á la falange de los iluminados, de donde salen los caudillos de los pueblos, los levantadores de muchedumbres, los redentores de patrias.

La de Martí fue Cuba. Americano, debió nacer allí.... En cualquier otro país del continente ¿á qué causa hubiera podido consagrar su alma excelsa? Debió pertenecer al único pueblo que aun no ha roto sus cadenas; nació sin patria y quiso tenerla; y esa obra llenó toda su vida. Amó á Cuba con amor ardiente, exclusivo, tenaz, con terneza de hijo, con pasión de amante, con mística exaltación de religioso, con dolorosa nostalgia de proscrito; sufrió por ella el presidio á los dieciseis años; durante casi todos los de su vida saboreó la inmensa tristeza del destierro; á los cuarenta y dos murió por ella! Nosotros, los tibios, los del alma anémica, apenas podemos comprender esos supremos amores: el de Arquímedes por la ciencia, el de Teresa por su Dios, el de Vicente de Paúl por la humanidad. ¡Así la amaba él, á su Cuba!

A ella ofrendó cuanto tenía, sacrificó cuanto podía tener. Cuanto tenía: su vasta inteligencia y su energía rara, su vibrante palabra de tribuno, y esa pluma famosa, que sólo abandonó para empuñar la espada. Cuanto

podía tener: puestos y honores, placeres y riquezas, las dichas del hogar tranquilo y todos los demás amores de su alma. Oro: ¿no habría ganado cuánto hubiese querido, José Martí, el primer literato de la América latina? Los periódicos más reputados se disputaban sus correspondencias; no se hubieran contado las ediciones de sus libros; dos ricas repúblicas del sur se habían honrado, haciéndolo su cónsul en el emporio comercial del continente. Y á todo renunció. Vivió pobre, vivió aislado, con austera y laboriosa vida, trabajando en tareas inferiores á su talento hermoso, vendiendo como el héroe del cuento de Daudet, algunas migas de su cráneo de oro, á fin de obtener el pan que necesitaba para sí y para sus hermanos, los hijos errantes de la madre Cuba. Y todo lo demás de su tiempo, de su energía, de su poderosa intelectualidad, lo consagraba á la gran obra de que era el cruzado, el apóstol y el Mesías. Así, en esa Nueva York populosa, inmensa Babel, colmena desmedida, á donde va la rebalsa de los pueblos, se le podía ver corriendo aprisa entre las compactas muchedumbres que agitan la sed de lucro y los afanes intensos de la vida, para llevar al diario ó á la imprenta un artículo, una traducción, un trabajo cualquiera que pusiese algunas monedas en su mano desdeñosa, y le permitiera esparcir su propaganda y perseguir su sueño. Sobrio, casto, modesto, virtuoso en tal medida que Atenas lo hubiera desterrado como á Arís-

tides; teniendo. Quijote sublime, en este fin de siglo el supremo desprecio del oro; altivo de abolengo por atavismos de su sangre hidalga: ingenuo como un niño, él que nada ignoraba; sensible con una sensibilidad exquisita, delicada, femenina casi, el que había de encontrar en la pelea los rugidos de Kleber; de sonrisa dulce y leal, benévola siempre, jamás burlona; de mirada penetrante y viva, que acariciaba en la plática y relampagueaba en la tribuna; de vasta frente marmórea, como las de Byron y de Goëthe. Tal era MARTÍ.

Escritor de raza, manejó como pocos la sonora lengua española. El estilo tenía que ser como el hombre, excepcional; y lo fué: raro, violento, soberbiamente imaginado, á veces amplio y majestuoso, como el undívago Rhin, á veces rápido, impetuoso, cortado por cascadas hirvientes, como el Niágara. Su obra es desigual, obscura en partes, nebulosa, llena de sombras y relámpagos, como lo son las cimas sublimes, las cumbres del Himalaya ó los poemas de Hugo. En ocasiones fué incorrecto, jamás mediocre. Por toda noble causa enristró siempre su buena pluma de Toledo; y ciencia, crítica, bella literatura, crónica, moral, filosofía, derecho, las graves cuestiones sociales de la época presente, lo tocó todo con originalidad incontestable, siendo con frecuencia profundo, brillante siempre, y dejando marcada en donde quiera la garra del león. Me decía una vez Rubén Darío: — Es lo que

he visto que se aproxime más al genio..... que más cerca esté del Padre Hugo. —¿Quién ha podido olvidar su artículo sobre la inauguración del puente de Brooklyn, que reprodujeron los periódicos de la América toda? Y otros y otros aun, y mil más, que salían de su poderosa fragua, algunos como guerreros armados de punta en blanco, que se derramaban por el continente, para tocar con el hierro de su lanza los escudos de las naciones libres, y señalarles á la hermana esclava; y otros, que eran como vasos corintios de puras formas, cincelados con extraña gracia, y llenos hasta los bordes de substanciosa ambrosía. En vano busco un estilo para comparar el suyo: tenía notas de la vibrante cuerda de Armand Carrel, colores de la paleta riquísima de Paúl de Saint Victor, idiosincrasias de un temperamento especial y poderoso, como Juan Montalvo: era todo esto, y á la vez otra cosa, poniendo en cuanto escribía, prosa ó verso, su propio sello real, y siendo siempre él mismo, incapaz de imitación, é inimitable.

Pero, ¡ah! no queda en producción alguna toda la medida de su genio! ¿Acaso tuvo tiempo, el proletario de la pluma y el apóstol en perpetuo combate, para dejar, sí, una obra á lo Flaubert, pensada lentamente, y lenta y amorosamente ejecutada? ¡Qué bellos libros, en límpida prosa castellana digna de nuestro siglo de oro, habría escrito en su robusta virilidad, allá en su hogar tranquilo, bajo la som-

bra de las palmeras cubanas! ¡Qué poemas impetuosos, donde estrofas de sonoro martilleo, atropellándose en lírico desorden, hubieran cantado al porvenir las cargas de los llanos, los reñidos combates en la selva virgen, los rugidos del león ibero al soltar su última presa y el nacimiento de la patria, el día en que volviera á levantarse el sol de Ayacucho en el cielo de América!

Pero, ¿es cierto que no dió en obra alguna la medida de su genio?....

De un extremo al otro de Cuba arde hoy la guerra; hierven los matorrales en combatientes; palpita la vida terrible de la insurrección en la manigua entera; los descendientes de los conquistadores, sintiendo correr en sus venas sangre bravía, batallan contra los hijos de los que un día lucharon con igual bandera junto á Pelayo, el Cid y Palafox. Todos los ecos de la grande Antilla repercuten el grito de independencia, sonoro y bello entre el fragor de las descargas; la República del Norte comienza á conmoverse, y pronto su voz decisiva consagrará la causa del Derecho: la España, ansiosa, ve desprenderse el último florón de su corona colonial, y en pugna contra la justicia, olvidando las lecciones que ella ha dado en Europa y recibido en América, levanta ejércitos, equipa acorazados, va al fondo de sus recursos, agota su crédito, gasta un millón por día y manda el último de sus grandes guerreros (1)

(1) Martínez Campos era en ese tiempo capitán general de Cuba.

á combatir lo que es incontrastable; trasmite el cable á toda hora las sensacionales nuevas, y el mundo entero asiste apasionado á la suprema liza....

Un joven pobre, dulce, casi tímido: un ideólogo, un poeta, un soñador hizo todo eso. Es la obra de José Martí.

La obra que preparó durante largos años de propaganda incesante, de esfuerzos desmedidos, de heroica obstinación, sacudiendo al resignado, levantando al abatido, enardeciendo al valeroso, comunicando al escéptico su confianza y su coraje al tímido, avivando los trágicos recuerdos, resucitando las esperanzas muertas, invocando los grandes ejemplos y los nombres sublimes, aprovechándolo todo, en éste hambres de venganza, sed de libertad en otros, en aquél la nostalgia de la patria hermosa, en otros el interés ó la ambición, en otros aun el espíritu aventurero ó el amor á la gloria; forjando armas, allegando recursos, armando brazos, inflamando pechos, infatigable, sin una hora de desaliento ni de duda; lleno de ardiente fe en sí, en su causa, tal vez en Dios, viendo claridades de aurora cuando todos desfallecían en la noche, despertando á las almas dormidas con las fanfarrias de su clarín sonoro, arrojando su propio corazón al débil fuego que aun ardía ante el altar sagrado, y sonando él mismo el rebato cuando sintió llegar la hora suprema.... Esa fué su obra: la que efectuó su pluma y su palabra.

Su palabra más bien; porque MARTÍ fue ante todo un orador. La verbosidad seductora de su plática se volvía grandiosa elocuencia en la tribuna. No conozco en toda la América un orador de su talla; ni creo pueda olvidarla jamás quien haya oído uno de sus maravillosos discursos. Aquel joven afable, modesto, que tan bien sabía escuchar, que anhelaba borrarse ante todos, y se esforzaba en cualquiera parte por hacerse pequeño, por ocupar el último sitio, en la tribuna era otro: sentíase en su puesto, se erguía con la conciencia de su fuerza dominadora, se crecía, se agigantaba, y domador magnífico del verbo, soltaba los raudales de su impetuosa palabra, saliéndose del cauce que había preparado quizás; y cabalgando sin bridas en el Pegaso alado; sin una pausa, ni una vacilación, ni un desfallecimiento, discutía, enseñaba, convencía, increpaba, apostrofaba, peroraba soberbiamente, amplio el gesto, robusta la voz, despidiendo rayos la pupila, sin buscar jamás un efecto, desdeñoso de todo lugar común, encontrando frases que eran sólo suyas, giros que rompían los moldes aceptados, incorrectos á veces, originales siempre y á menudo geniales, tal vez inconsciente de la admiración que despertaba en torno suyo, arrebatando en su vuelo de águila á todas las almas, y fincando el poder de su elocuencia en su fe hermosa, en el ejemplo de su noble vida, en la grandeza de su ideal y en la sinceridad simpática de su emoción.

El último discurso que le oí fue el que pronunció en Nueva York, ante los miembros del Congreso Pan-Americano, en una velada que en honor de éste dió la Sociedad Literaria que presidía entonces mi distinguido amigo Santiago Pérez Triana. Aún me parece que escucho su encantador exordio, el cariñoso saludo que por medio de él nos dirigía la colonia latino-americana.... «El día de nuestro arribo habían sonreído todos los labios, todos los corazones palpitado: las flores de otoño habían esparcido los postreros aromas que para nosotros guardaban en sus cálices, y hasta los pájaros habían gorjeado más dulcemente en los balcones; los bellos ojos negros nos buscaban, las afectuosas manos hacia nosotros se tendían, y todo cantaba al unísono el jubiloso hosana con que ellos recibían á sus hermanos del sur»..... Habló después de nuestra América, teniendo para cada bandera un saludo y un himno para cada patria. ¡Con qué bello lirismo evocó las glorias del pasado! ¡Con qué rasgos tan sobrios y valientes narró la epopeya que fue la cuna de nuestra historia, la lucha heroïca de la Independencia! Resucitadas por él, aparecieron las grandes figuras legendarias: San Martín, hollando la virgen nieve de los Andes, y con el casco de su corcel de guerra derramando sobre el abismo el poderoso vuelo de los cóndores despertados; y Bolívar, irguiendo su frente de semidiós entre el huracán de la metralla, y haciendo relampaguear, al sol de los

incas, la espada de Junín; y Sucre, cuyo trágico espectro debe cabalgar las noches tempestuosas, en el arzón de bélica Walkyrie, sobre el sangriento valle de Ayacucho!..... Y habló del porvenir: del destino de América, de la misión que reservaba la historia al mundo nuevo, tierra de promisión que abre sus puertas generosas á todos los miserables, á todos los oprimidos, brindándoles pan y libertad; y que deberá dar un día el espectáculo de una federación portentosa, con el Derecho por ley, por norma la Justicia y por culto yo no sé qué dulce evangelio de fraternidad y amor..... Y aquel sublime visionario, aquel creyente, saludaba á esa espléndida aurora; y yo, arrobado por la música de su palabra, veía como aparecer sobre sus hombros las alas palpitantes del ensueño.....

¡Cuán cerca está eso todavía, y cuán lejos me parece ya! ¡Con qué melancolía traigo hoy á mi mente ese y todos los demás recuerdos que de él guardo, en un rincón de mi alma inaccesible al olvido!.....

Cada vez que á Nueva York llegaba, mi primer visita era para él. ¡Con qué ilusión subía rápido los cuatro pisos de esa vieja y sombría casa de la calle Front! Allí, en el fondo del corredor obscuro, estaba la puerta del pequeño aposento, que era á la vez salón, dormitorio y gabinete de trabajo, y donde él vivía con la altiva pobreza de Villiers de l'Isle Adam. Empujaba la puerta sin llamar: entraba. ¡Oh, su

alegre sorpresa, el apresuramiento con que se venía hacia mí, abiertos los brazos, cariñosa la sonrisa, llena de gozo la mirada leal!..... A partir de ese instante, todos sus ratos libres eran míos. ¡Y los aprovechaba tan bien! ¡Cómo olvidar nuestros modestos banquetes casi diarios, y más que todo, esas largas horas de sobremesa que tan rápidas volaban para mí!.... Hacíame en ellas sus confidencias íntimas; y podía entonces ver hasta el fondo de aquella alma tan noble y tan hermosa. Llevábalo á las esferas en que vivía abstraído aquel grande intelectual; y allí, en dulce confianza, teniéndome por único auditorio, derramaba los tesoros de sus ideas, él, que hubiera merecido hablar en los banquetes de Platón. ¿A qué hora atesoró tanta riqueza? ¿Cómo pudo adquirir su erudición pasmosa, cuando aun no había llegado á la virilidad, y cuando su vida entera fué un combate? Él lo sabía todo: jamás le toqué materia alguna en la cual no se me revelara con ideas imprevistas, conocimientos raros, generalizaciones profundas, puntos de vista originales. Un rato de conversación con él me instruía más que un año de lectura. Lo que no sabía yo, me lo enseñaba; y lo que ya sabía, él me lo precisaba, extendía, completaba: así, mil cosas que antes encontrara obscuras, las comprendía sin esfuerzo al escuchar su exposición tan clara, pintoresca y elocuente. Era el arte uno de sus temas favoritos; y detallaba con voluptuosidades de amante cuantas

obras maestras ha producido el genio humano, de Fidias á Rodn y de los primitivos á Puvis de Chavannes. Cuando contemplé el Antinóo ó la Venus de Milo, el Teseo de Canova ó el Moisés Augusto; cuando estuve en presencia de las telas de Velázquez y Rembrandt, de Murillo ó de Van Dyck, de la Gioconda misteriosa ó de la Madona de San Sixto, divina y adorable, en mi supremo pasmo sólo pude repetir sus frases. ¿Qué detalle había olvidado de estas creaciones maravillosas, si las llevaba siempre en el vasto museo de su espíritu aquel ardiente amador de la belleza y de la gracia? Y con él estudiaba las modernas escuelas literarias, del romanticismo al naturalismo; él me relataba las querellas de parnasianos, decadentes, bizantinos, neurosiados, impresionistas, satanistas, neomísticos; me iniciaba en las tendencias de la novela rusa, en los secretos de la psicología germana, me revelaba el símbolo de los dramas del Norte, conociendo á Ibsen y á Hauptmann mucho antes de que los hubieran descubierto en Francia; me hablaba con igual conocimiento de causa de Echegaray y Maeterlink, de Whitmann y de Swinburne, de Verlaine y de Pouchkine. Era universal: lo había todo abrazado y comprendido, y en todos los países del espíritu había penetrado con paso de conquistador.....

Si abandonaba esos temas no era para ocuparse de sí: que el imponente *yo*, obstinado *leit motiv* de la mayor parte de las pláticas,

sólo por empeño de los otros y por breves instantes aparecía en las suyas. Sus obras, sus trabajos, ¿para qué ocuparse de ellos? ¡Valían tan poco!.... Tal vez un día le sería dable producir algo bueno. Tenía, sí, proyectos de todo, de dramas, de novelas, de poemas, donde habría de decir mil cosas que sentía intensamente, y que hasta ahora no había tenido tiempo de escribir.... y esquivaba los elogios, ese pan de las almas pobres, con un cariñoso y efusivo: — «¡Pero hablemos de usted!» — Y aun en ese tema indigente era fecundo. ¿Habría yo escrito algo? Pues él se esforzaba por encontrar allí bellezas, ciego esas veces á fuerza de bondad; y por medio de lisonjas delicadas y de discretas críticas, tan lejanas del banal elogio que no estimula, como del necio sarcasmo que nada enseña, procuraba dar confianzas al tímido, fe al escéptico y empuje al perezoso. Si de cosas ligeras se conversaba, él, austero únicamente consigo mismo, se mostraba jovial, y sabía reir con sana, franca y alegre risa; pero si uno sufría con esos desfallecimientos dolorosos que nos hacen sentarnos, pálidos y tristes, el alma rota y la energía muerta, abandonando la lucha inútil, sintiendo que es muy alta la colina y muy pesada la piedra..... entonces, ¡cómo sabía consolar su labio cariñoso! ¡Con qué confianza dejaba ver hasta el fondo de su corazón, que también hiriera con letal herida el infortunio! ¡Y cuánto reconfortaba, más aun que su palabra, el noble ejemplo de su útil y fecunda vida!....

En esas noches, para mí inolvidables, no me abandonaba el excelente amigo sino para ir á una escuela donde enseñaba gratuitamente á los niños pobres, ó á un punto lejano de la ciudad inmensa, á dejar en el desván de algún compatriota desgraciado consuelos, esperanzas, y un poco de ese oro que para sí desdeñaba; y yo, al separarme de él, me sentía menos pobre en ideas y más animoso y capaz de hacer algo bueno. Era mi proveedor de Ideal.

Cosas gratas y dulces que jamás volverán á repetirse!.....

Al partir, él era el último que me despedía. Hace tres años sobre el puente del «Colón» que se alejaba del muelle, oí por la postrera vez su voz afectuosa: «Hasta la vista, nó?—«Sí, sí, hasta muy pronto!»..... Y era eterno aquel adiós!

Después, sonó la hora preparada por él durante tanto tiempo. Cuba se levantó al grito de independencia. Ansioso, devoraba yo las noticias. Un día leí: «Martí ha desembarcado,» y mi corazón se oprimió intensamente. No tengo fe en la justicia de los acontecimientos, ni en los decretos del destino imbécil. En él sí la tenía, como la tuvieron los suyos, colocándolo en el puesto más elevado de la América, en el de Presidente de la República Cubana. El más alto, sí; que ningún supremo magistrado tuvo el carácter augusto de ese jefe sin palacio y sin corte, que galopaba en la selva, levantando en su mano el pabellón de la Estrella

solitaria.... ¿Iría á ser el Bolívar de Cuba? Fue más, pues fue su Cristo.

En ese domingo de Mayo, París se despertó bañado en la dorada luz de un sol triunfal. Vestidos de tiernas hojas, los árboles derramaban gorjeos. En todos los nidos nuevos había misteriosos ruidos de alas. Alegres muchedumbres se dirigían al cercano Bosque. Todos festejaban el regreso de la Primavera: ricos y miserables, felices y desdichados, todos sentían en aquella espléndida mañana el goce intenso de vivir..... El periódico temblaba en mi mano, y una lágrima en mis ojos. El sol de ese día él no había podido contemplarlo. En la acción de Dos Ríos había muerto con la muerte del jefe, acribillado de heridas, desnuda la espada, entero el corazón, sublime..... ¡El maestro de mi espíritu, el amigo querido, no existía ya!

Me traía el ambiente aroma de lilas y violetas, y alto, muy alto, volaban las golondrinas en la gloria del cielo. En todo palpitaba la vida. Yo no veía estas cosas: contemplaba, á través de los mares, el cadáver sagrado que aun no había cubierto la piedra funeraria, y que dormía allí, en la tierra que él amara tanto, muda por siempre la elocuente boca, cerrados los ojos en el misterio de la eterna noche, y circundada por el nimbo del mártir la helada frente de alabastro, que aun debía guardar algún reflejo del genio hermoso que la iluminó.....

Su vida había sido bella; y su muerte aun más bella que su vida.

Hubiera querido yo narrarla toda entera, estudiar sus obras, dar la medida exacta de su valor. No me es posible. Ni soy de talla para tal tarea, ni poseo los datos precisos que necesitara, y no tengo aquí una sola de sus producciones. Así, únicamente, he podido decir cómo lo admiré, cuánto lo quise, y consagrar á su memoria este recuerdo enternecido, mezclando el íntimo duelo de mi amistad al duelo inmenso de la América.

Vencido más glorioso que sus vencedores, duerme ya en paz el campeador de Cuba. Su tumba será mañana objeto de peregrinación piadosa: junto á ella, ceñidas de cipreses, llorará la dulce Musa de Palma, y arrancará soberbias notas á su lira la Musa pindárica de Heredia, entre coronas de laurel y encino, la nueva República suspenderá sobre ella un girón sagrado y glorioso, ennegrecido por el hálito de las batallas: la bandera de la patria por la cual murió..... Hoy aun se encuentra esa tumba solitaria: no sé, siquiera, si una lápida la cubre, y si en ésta habrán grabado su gran nombre; puedo acercarme, pues, para arrojar sobre ella mi puñado de modestas flores!....

París, Noviembre, 1895.

LA REVOLUCION DEL TRABAJO.

GRANDES HUELGAS.

LA REFORMA DE LAS TARIFAS EN EL CONGRESO.

PROYECTO DE EDUCACION FEDERAL.

La colección de cuadros de Morgan, vendida en $ 2.000,000.
Un vaso en $ 18,000.—Huelga y motín de los empleados
en los tranvías. — Escenas de la huelga.

New York, marzo 25 de 1886.

Señor director de *La Nación*: (de Buenos Aires.)

Mucho problema hay en pie ahora en los Estados Unidos; mucho libro nuevo, porque parece que también la inteligencia, fecundada como la tierra por el frío, da flor cuando se acerca la primavera; mucha batalla política hay ahora.

¿Quiénes vencerán en el Congreso: los que quieren la reducción de la tarifa de aduanas, para ir rebajando el costo general de la vida y sujetando la producción al consumo legítimo, ó los que quieren mantener alta la tarifa, con la esperanza de que una legislación amiga les permita imponer á la nación inquieta y pobre la compra de los artículos de uso á un precio extraordinario?

¡Es la batalla de siempre! todos los poderosos aliados con los que viven de sus migajas, contra los previsores, amigos de los débiles.

¡Es la batalla de siempre! todos los glotones de hoy, Don Tierra y Don Panza, contra los espíritus desinteresados y fervientes, sin

más sueldo que el placer de hacer bien, que es una sabrosísima paga.

Dicho sea con dolor: aunque las estadísticas del trabajo en mil ochocientos ochenta y cinco revelan el hecho temible de que un siete y medio por ciento de las industrias de los Estados Unidos han estado sin empleo durante el año por falta de consumo; aunque el malestar y la ociosidad forzosa que esta penuria crea entre los trabajadores, enconan sus males y precipitan sus quejas, sin que se paren á pensar que una parte de sus sufrimientos viene de abusos que indignan, y otra de la mala condición de las industrias; — aunque, con la vehemencia mística de los apostolados, se esparce por la nación, como fuego en campo seco, la Orden de los Trabajadores, la noble orden de los Caballeros del Trabajo. -- parece que va á quedar vencida en el Congreso la proposición de rebaja de la tarifa: así extreman los comerciantes sus fiestas y banquetes cuando están prontos á declararse en quiebra: así alardean los gobiernos de autoridad cuando sienten que se extremecen y vienen á tierra.

Sin querer se van saliendo de la pluma estas reflexiones: porque la mente está repleta, en este aire de batalla, de los ecos del magno combate que en todo el mes están librando en diferentes partes del país las organizaciones de trabajadores.

No se trata de una huelga aquí, y otra allá, y otra mañana. Se trata del estupendo creci-

miento de una asociación de obreros de toda labor, coaligados por un sistema fácil bajo un tribunal supremo, para arbitrar las diferencias entre los capitalistas y los trabajadores, dirigir y mantener huelgas, hacer leyes en acuerdo con una distribución justa de los productos del trabajo, y suspender en un día dado todo el trabajo de la nación, en tanto que haya un solo abuso que enderezar, un empleado despedido sin razón, un salario odioso que no alcance para comprar pan; una muestra de persecución á los obreros que defienden sus derechos ó los de su clase.

¿Qué importa ante esto la bravura con que en un imprevisto mensaje echó en cara el Presidente al Senado que le mueva guerra por cambios de empleos honradamente meditados, cuando muchos de ellos fueron hechos á instancias secretas de los señadores republicanos que, en público, arrogándose un derecho que no les da la Constitución, afectan luego ponerlo en berlina porque se niega á presentar á los senadores los documentos privados que para su mejor información mediaron con ocasión de estos nombramientos?

¿Qué importan los sucesos menores del mes: —que en la opinión pública triunfa Cleveland: —que no cede á los demócratas interesados, y éstos, sintiéndolo fuerte, buscan pretextos decorosos para irle cediendo; que el Presidente, reconociéndose impotente para dominar la agitación contra los chinos en el

Oeste, esquive en un mensaje al Congreso la responsabilidad pecuniaria de la nación en los últimos asesinatos y expropiaciones de chinos en California, so pretexto de que, en lo visible y aparente, el gobierno acudió con sus fuerzas y recursos á remediar el conflicto; lo cual es verdad, si se añade que ni acudió á tiempo; ni lo remedió, ni anduvo tan de prisa como pudo, ni hay modo ni voluntad de castigar á los agitadores?

Nada son, junto al asunto mayor que hoy conmueve la atención pública, ni el proyecto de Blair, muy sonado y ya casi vencido, de repartir entre los Estados una suma anual de los fondos federales para ayudar á los gastos de la educación, cosa que se tiene aquí por viciosa, ocasionada á fraudes y atentatoria á la virilidad é independencia de cada Estado, — ni la opinión creciente de que ha de tratarse de buena fe á los indios, sacarlos de su condición abestiada de páuperos á sueldo, y repartirles por cabeza sus tierras propias; — ni importa siquiera ya el colosal rendimiento de la colección de cuadros, porcelanas y otras obras de arte de la señora de Morgan, que entre lo que le llevaban los vendedores de oficio, los cava-antiguallas y chupa-pintores, los que pagan en hambre lo que venden en fortunas, compró tales maravillas y rarezas de pinturas y cerámica que la venta de ellas ha producido á la testamentaría dos millones de pesos.

Un Jules Breton, — una procesioncilla, sen-

tida y suave, de niñas de pueblo que van á recibir la primera comunión, — se vendió en más que los cuadros de Gérome, que tienen la consistencia y brillo del acero; de Millet, que halló lo hermoso de la fealdad y la tristeza; de Delacroix, que pintaba sus tigres como si él lo fuese; de Fromentin, el caballero del espíritu y de la pintura; y de Fortuny, el sabio de la gracia, una orla de oro! ¡En cuarenta y cinco mil quinientos pesos se vendió el cuadro de Jules Breton; linda cosa, es verdad, pero no más que linda!

Y el cuadro que alcanzó segundo precio no fué tampoco cuadro de fantasía ó historia muerta; no fue un bufón de Zamacois, que saca la cabeza á casi todos los pintores modernos; no fue un oficial de Detaille, un oficial abanderado, de cuello enjuto y ojos secos, que es todo él triste y grandioso como la derrota de la Francia; sino un cuadro de Vibert, que pinta cardenales picarescos y canónigos de buen vivir, mucho rojo en mucho blanco, mayordomos que saben el pescado que place á monseñor, sotanas negras que sonríen mientras hacen como que oyen lo que platican en la sala vecina las sotanas encarnadas. ¡Ah! pero este cuadro, si no merecía todo su precio, era, por lo menos, una lección profunda! todo lleno de heridas, bello como una luz que sube al cielo, contaba un sacerdote misionero su campaña de almas á las túnicas lisas y relucientes de los sacerdotes de ciudad, que le

oyen distraídos y de mal humor, como oyen al deber siempre los que no cumplen con él.

De esta misma colección era un vaso de porcelana que parecía hecho de nube y se vendió en dieciocho mil pesos: un *out-tsai-khi* legítimo, que es mucha maravilla; uno de aquéllos pocos que se hicieron, de kaolin molido y remolido en todo un año, cuando Tch'inghoæ y Tching-te regían en China, y luego cuando Khang-hy, en los tiempos de la «Alegría Serena»; ¡y toda la paz imperial parece emerger del vaso!

Por delante de las salas en que se exhibía la colección iban y venían grupos de curiosos y obreros en traje de fiesta, que querían ver cómo acababa la huelga de conductores de carros con que empezó este mes memorable en las batallas del trabajo.

Adentro, vanidades disputando precios, y aficionados de corazón de artista, mohinos porque se les iban de los ojos las maravillas que se les aliviaron un momento. Afuera, las aceras repletas de gente de labor endomingada: porque, para el que padece, todo día en que se luce el derecho es domingo; — y se visten en sus días de huelga los obreros para recibir el derecho que esperan, como las niñas de Jules Breton iban vestidas para recibir en el templo al Señor. — ¿Vamos afuera?

* * *

Hay huelgas injustas. No basta ser infeliz para tener razón.

La justicia de una causa es deslucida muchas

veces por la ignorancia y el exceso en la manera de pedirla. Es verdad que al que se cría para toro no puede exigirse que salga ángel: y el obrero, no educado en finezas mentales, ni dispuesto, por lo que sufre y ve, á dulzuras evangélicas, cuando tiene que decir ó hacer, lo dice ó hace á manera de obrero; si es conductor de carros, con guantes de cuero; si es zapatero, con lesna; si es herrero, con martillo.

Ese es el vicio que daña á casi todas las contiendas de los trabajadores: el pensador los excusa, y en lógica es justo; pero en la acción social es peligroso, y el gobernante tiene que reprimirlo: de ahí los gloriosos fracasos de los hombres de pensamiento en el gobierno.

Pero la huelga de los conductores era justa. De mala alma se necesita ser para no sentir cariño por estos pobres soldados de la vida, de pie día y noche en la plataforma de sus carros, azotados por la nieve, empapados por la lluvia, arremolinados en la ventisca, salpicados de fango, y á cuyo tesón y resistencia deben los habitantes de la ciudad el poder ir de un lado á otro cómodos y con buen calor, á ganar la olla de la casa.

Se tiene natural afecto por el cartero, que nos trae señales de que alguien nos recuerda, aunque sea para mal; por el sereno, que nos guarda el hogar en las horas negras y húmedas; por los bravos conductores de los carros, que nos ayudan en la faena de ir de prisa, á amasar nuestro pan.

De modo que cuando se supo que mes sobre mes venía pidiendo la gente de los carros dos pesos al día por trabajar en pie doce horas, á lo cual las compañías, ahítas de dividendo, contestaban aumentando las horas y disminuyendo el sueldo, no hubo apenas quien no aplaudiese la determinación que, fatigados al fin, tomaron los empleados de una de las compañías, de desertar carros y establos hasta que se accediese á pagarles su precio, que no es más que lo bastante para abrigar y dar mal de comer á una familia muy humilde. — ¿Pues qué, — decía uno de los empleados — tengo hijos y nunca puedo verles á la luz del sol? — Pero los establos no los dejaron completamente desiertos los huelguistas: el carrero ama sus caballos, que entienden su amor; dejaron hombres que dieran de comer y beber á los caballos.

* * *

En un instante, se vió en aquella región de la ciudad un espectáculo notable. Es barrio de trabajadores, aunque toca por todas partes, y sirve de vía, á los mejores lugares. Cuantos estaban libres, inundaron las calles. Las mujeres pasaban horas sobre horas acodadas en sus ventanas. Hombres, mujeres y niños se mostraron dispuestos á impedir que la compañía moviese un solo carro, si había quien la sirviera,—¡que siempre hay! De todas partes, como obedeciendo á orden mágica, vinieron carros cargados de carbón, de piedra, de la-

drillo, que vaciaban sobre los rieles. Las mujeres de las casas de vecindad, á quienes el carbón cuesta caro, salían con baldes de él, y también los vaciaban.—Y la huelga fue creciendo, y ramificándose á otras líneas.

A una hora se detenía el tráfico en una vía. Un instante después se detenía en otra. Venía un carro; saltaba á la plataforma un hombre desconocido; hablaba al conductor; y el conductor desuncía los caballos dejando el carro vacío sobre la vía; ¡todos por uno!: «una injuria á uno es una injuria á todos»: ese es el lema de la noble orden de los Caballeros del Trabajo.

Y como los conductores son miembros de ella, y los empleados de los ferrocarriles elevados también, hubo un instante de verdadero pánico, en que la ciudad sintió como que se le encogía el aliento, y se notó en los rostros la inquietud y el trastorno, cuando se temió fundadamente que, en obediencia á la disciplina de la asociación, los empleados de los «elevados» se negarían á trabajar, hasta que á los de los carros se hubiesen reconocido sus derechos.

En esto, ya estaban las avenidas de la compañía henchidas de gente. Ni un carro habría de pasar. Toda la policía de la ciudad y la de reserva, fue llamada para protejer el viaje de un carro. La muchedumbre toda se dispuso á cerrarle el camino. Apareció el carro, rodeado de setecientos cincuenta policías. Ya no eran sólo cargas de carbón, piedra y ladrillos:

era un vagón de cerveza, torre ambulante, cuyos barriles vacíos dejó el carrero de buen grado amontonar sobre los rieles: eran vagones de las líneas trasversales, que á hombros sacaban de sus vías los amigos forzudos de los huelguistas, y reclinaban suavemente sobre la vía bloqueada, como se reclina en la cuna á un niño.

La muchedumbre, que hacía masa á un lado y á otro de la calle, desde las paredes á los bordes de la línea, esperaba colérica la llegada del carro, que por sobre la gente, con difícil prudencia, hacía adelantar la policía.

De las ventanas mostraban los puños cerrados y vociferaban las mujeres. Silbidos, gritos é injurias acogían á los policías y su carro. Hubo en un instante un grito tal, tan sostenido y fuerte, un grito de diez mil criaturas á la vez, que se oyó al otro lado del río. Al fin, un adoquín fue lanzado por alguien sobre la policía y las piedras empezaron á llover sobre los carros.

Cargaron los policías sobre la turba, con las porras en alto, y la multitud aterrada se entró por las calles y casas dejando en paz el carro por pocos momentos, pues al cabo de ellos ya otra vez estaban las ventanas llenas de puños y la calle de hombres y mujeres.

Así el día entero. Así la noche.

Tenía el Bowery, el Broadway de los pobres, un aire de campaña: y tanto hombre robusto y sombrío inspiraba respeto, pero daba miedo:

no por lo que era aquello en sí, aunque fue el motín mayor de trabajadores que ha habido en New York, sino porque el instinto público presiente los grandes riesgos, y hay en cada hombre, aun en el más burdo, una especie de inteligencia involuntaria, que obra á despecho de él y sin su conocimiento, y le avisa anticipadamente, en revelaciones bruscas, de lo que va á ponerle en alegría ó en peligro.

Venció la huelga: el trabajador de los hijitos, podrá abrazarlos alguna vez al sol; pero New York entrevió con visible recogimiento, en qué extremos podría hallarse si se coaligaran por fin todos los trabajadores hasta conseguir la mejoría de condición y seguridad de empleo á que aspiran. Se sintió que aquel reconocimiento del poder que les da su organización, podría precipitar sus demandas en las comarcas descontentas, y adquirir proporciones tales que detuvieran, ó sacudieran, la vida de la nación.

PRIMAVÈRA.

LOS QUEHACERES DE LA CUARESMA.

La mujer en los Estados Unidos.—La Hermana del Presidente.—El Presidente se casa.—La hermosura de Miss Folsom.—Cleveland en lo doméstico.—Cómo recibe Cleveland.—Cleveland y el Congreso.—Los proyectos de Ley.—Acuñación de la plata.—Reforma de la tarifa.—Derrota de un proyecto para aumento del ejército.—Obreros y soldados.—El Senador de barba blanca.

New York, mayo 2 de 1886.

Señor director de *La Nación*.

Está mayo al romper, y ya pasados los ardores primaverales de las huelgas, se ve la sangre nueva en las mejillas de las damas, en la energía de las diversiones, en la asiduidad del Congreso, en los ramos de rosas.

Hasta una asociación ha traído la primavera, una asociación de señoras, para que no se usen más como adorno de los sombreros de mujer los pájaros muertos: ¡oh, si en una tierra de gigantes como montañas, usasen las señoras como adorno á nuestros hijos!

No sé qué tiene la luz, que llena el alma de afectos compasivos: se deshielan en el alma, á

los primeros extremecimientos del calor, la fantasía, la bondad, el brío heroico.

Parece toda la ciudad un árbol de mañana, donde juega la luz y pían los pájaros. Todavía no ha muerto la fiesta pagana. El hombre es pagano.

La cuaresma ha acabado, y acá es de notar la cuaresma por el febril ardor con que en ella se consagran las señoras á diversiones recatadas y piadosas.

No les deja la piedad un momento de reposo.

Bailes no hay, porque no es de buen tono: y como no se reunen para bailar, se reunen para coser, para tomar un tente-en-pie, para ensayar cuadros plásticos, para estudiar los simpáticos atrevimientos de los pintores impresionistas, que acá han mandado este año sus obras mayores, y tienen ya de su lado mucha opinión: y lo que les queda de noche á las piadosas damas, lo emplean en ir á ver carreras griegas y juegos de elefantes en el circo de Barnum, ó galas de domador en otro circo donde un profesor Gleasen hace maravillas en eso de sujetar caballos viciosos y corregir resabios: mucho sombrero de pompones, y mucho traje liso y ajustado, se ve en el circo del profesor Gleasen, porque acá gustan las cosas de fuerza, y es en la mujer innata la afición á quien la muestra ó la doma: aun en los Estados Unidos, el alimento natural de la mujer es lo extraordinario.

Visten ahora las damas, pasadas las exhibi-

ciones de invierno, unos trajes ingleses sin paramentos ni pomposidades, que respetan la perfección de la naturaleza y la realzan: sólo son bellos, en hombre y en mujer, los vestidos que siguen la línea humana.

A la hermana del Presidente parecerán bien sin duda esos modestos trajes: y sí que fue curiosa una carta que escribió hace poco á una amiga suya, respondiendo á otra en que un clérigo anciano la acusaba de envalentonar con su ejemplo maneras de vestir que no son decorosas: ni con el natural deseo de parecer hermosa, ni con el encanto aun mayor de la honestidad riñe la opinión de Miss Rosa Cleveland, para quien no es deshonesto el traje que deja al desnudo el cuello y los brazos, armonía viva que no hay por qué esconder, sino aquel traje que muestra el busto: «siempre hay una línea entre el cuello y el busto—dice la señorita Rosa—que el recato enseña, y toda mujer conoce: y la mujer de sociedad que pasa de ella, pasa porque quiere, porque no lo necesita para parecer elegante y hermosa.»

Como una circular paseó esta carta por todos los diarios de los Estados Unidos, así como pasea ahora, con mucho enojo del novio, la noticia de que en junio, á los primeros rayos vivos del sol, se casa el Presidente con una hermosa señorita de educación segura y gustos castos y serios: es una Miss Folsom, de rostro claro y bello, sin esos enrejados sobre la frente que en Venezuela llaman «pollina», y encubren

lo mejor del rostro y del alma: dicen que es de tez blanca y pelo castaño, y que sus dos grandes ojos reposan en sus anchas cuencas como dos huevos de paloma en sus nidos.

No es de esas señoritas doradas, señoritas huecas, barnizadas de escuela normal y de París, sin más alma por dentro que una bolsa de seda ó un gusano: sino ese otro tipo de mujer de esta tierra, que ya se va acabando, y viene de los puritanos en vía recta, esa mujer de lo que llaman acá Nueva Inglaterra, para quien la pasión es un extravío, pero en quien es raíz el deber, y la falta imposible.

Tienen esas mujeres una majestad sobria, que no sería mal comparar á la de las estatuas griegas: el pie es ancho, pie de «sentido común»: la mano es larga y remata en punta, como la de las razas que se afinan; llevan sobre el cuello blanco la cabeza bien torneada, que no invita al pecado, no, sino al saludo.

Jamás se visten de colores recios: parece el negro su traje natural.

Saben, de veras, de cosas altas y teológicas, y de literatura patria é inglesa: poco de arte; poco de la desvergonzada y odiosa avaricia de la neoyorkina moderna, que cuando se la toca, como esos maniquíes de ladrones llenos de campanillas, suena toda á moneda.

De aquel arrogante tipo dicen que es Miss Folsom, que ahora pasea en Europa con su madre, para evitar acaso curiosidades y hablillas que al Presidente Cleveland sacan de quicio.

Él parece ser, en lo privado, persona de gran bondad real y de hábitos bruscos, que no llegan á romper con la cortesía, ni le dan más que lo que es muy de menester. Con los humildes, el Presidente es afectuoso: con enviados diplomáticos y gente de esta pro, es burdo y descompuesto; como quien se pone una pieza de vestir que no le asienta, y quien desdeña lo meramente formal: con los platicadores de oficio no tiene paciencia, y dicen que lleva siempre en la cara el número de minutos que ha de durar cada entrevista.

Por ingenio y sutileza no se distingue ciertamente, ni por la voluntad de asegurarse amigos con zalamería.

Es verboso cuando viene al caso, y lo muestra en sus cartas privadas, donde da vueltas en párrafos tirados alrededor de una idea, que al fin halla modo de concretar en una frase tersa; pero en lo usual no dice más palabra que la que es estrictamente necesario decir; y como rumia mucho cada uno de sus pensamientos, parece que no gusta de verlos discutidos por los que cree él que deben acatarlos: su extraordinaria honestidad le retiene las simpatías de los mismos á quienes trata secamente, ó acaso maltrata; pero esto no lo hace, por de contado, con quien tiene ideas que darle y derecho que representar, sino con aquellos que viven recomendándose, ó recomendando á otros, y absorben el tiempo público en pretensiones interesadas ó en parvedades personales.

En cambio, no ha habido Presidente que atienda más por sí propio á sus labores: en lo que él da voto, se lo tiene estudiado: pesa la voluntad agena, pero no cede un ápice de la suya: tiene vanidad en su industria y fortaleza, y se hace un mérito de su capacidad de resistir el pensamiento ageno, que le ha echado encima muchos apodos iracundos y mucha enemistad.

Conoce que su Congreso no le quiere muy bien, por no haber dejado ocasión á los representantes para que distribuyeran amablemente entre sus electores los puestos que antes les daba el uso; y de esta falta de simpatía apela indirectamente al público, iniciando ante el Congreso con más frecuencia que otros presidentes las medidas públicas que en los casos graves la opinión reclama.

Es un hombre nacido de esta tierra, con sus asperezas y su ímpetu.

Quien se plegue menos, no se ha visto. Parece increíble que con una médula tan recia haya subido á tanto: porque los hombres cierran el paso á los que no se les encorvan.

* * *

La casa de Representantes y el Senado han querido esta vez rivalizar en novedades y energía con el Presidente, ya acudiendo con medidas originales é inesperadas á los casos graves que se han ido presentando durante las sesiones, ya discutiendo proyectos de ley sobre

los asuntos vitales del país, y conciliándolos de manera que hasta ahora, con positiva ventaja pública, hay paz entre ambas alas del bando demócrata.

Y una de las pruebas del influjo de Cleveland, á pesar de la entereza con que se resiste á entrar en complicidades é intrigas con los representantes y senadores, es que éstos, en lo que pudieran darle en cara, no le dan, sino se inclinan á las medidas que él públicamente favorece.

En dos causas debe buscarse esa influencia: ó en una habilidad superior, que no es habilidad de cortesano, para sujetar y atraer á aquellos mismos á quienes no se complace ni solicita, ó en el hecho de estar Cleveland en casi todo lo que desea del lado de la opinión pública.

Parece, pues, que en política se puede una que otra vez ser sincero y honrado.

No siempre es menester comprar el triunfo personal á cambio de compadrazgos repugnantes y de concesiones secretas ó disimuladas de los bienes públicos.

El que está con el país, bien puede afrontar que no lo quieran muy bien en el Congreso, pues éste ha de cuidar, por su bien propio, de ponerse del lado del país.

De esta manera se van salvando, en sentido reformador y librecambista, los proyectos de ley de más alcance.

Para la acuñación de la plata, á que el Pre-

sidente es hostil, había dos proyectos: el de los amigos de los que la producen, que pedían su acuñación ilimitada: el de los economistas vigilantes que querían su suspensión total: ¿por qué ha de estar comprando la nación cada mes á precio de oro dos millones de plata en barras, que luego nadie le compra en moneda, ó sólo le compran á precio de plata? ¿á qué ruinosa depreciación no llegará, al fin, la moneda de plata, el día que el gobierno se vea obligado á sacar del tesoro los millones ociosos que allí tiene guardados, sólo para que los mineros del Oeste puedan ir saliendo de su producción excesiva? ¿Qué sistema de protección es éste, que consiste en imponer á la nación una gran pérdida en sus fondos, que viene á ser como una contribución general indirecta, en beneficio de unos pocos poseedores de minas?

Pero éstos son muy perversos aun para ser vencidos: trae en sí la plata el secreto de vencer; tiene muchos amigos la plata.

No se pudo, pues, lograr la suspensión del cuño; pero tampoco pudieron lograr sus amigos la acuñación ilimitada.

Otro proyecto importantísimo que va adelantando con probabilidades de éxito, es el de la reforma de la tarifa. Se ha probado que el lino y la lana, protegidos por fuertes impuestos interiores, no pueden cultivarse al precio del mercado, á pesar de haber una demanda excesiva por los artículos de lana.

Los fabricantes de artículos de lana están

al cerrar sus telares porque como el material primo que cuesta acá tan caro y entra libre en Inglaterra, los fabricantes ingleses inundan este mercado de sus productos buenos y baratos, á pesar de lo altísimo de los derechos.

Los fabricantes del país no pueden pagar, por lo mucho que les cuesta la producción y lo poco que venden, el precio que á los criadores de ovejas les cuesta la lana.

¿Cómo se quiere mantener, sino por un miedo torpe, un derecho de importación que tras largos años de tarifa protectiva no permite criar las ovejas ni tejer su lana sino con una gran pérdida de criadores y tejedores, y una gran presión sobre los compradores generales del país?

El proyecto quiere que entre libre la lana, libre el lino, libre la sal, libre la madera, libres ó casi libres casi todos aquellos artículos de importancia para el abrigo, el vestido y el alimento de los habitantes del país, aunque teniendo en cuenta todas estas reducciones, lo muy crecido de los gastos públicos y la mitad de la deuda de la guerra que está aún por pagar, por lo cual la tarifa necesita ser todavía alta por algunos años, para ir afrontando las expensas legítimas de la nación, á la vez que se va poniendo en capacidad á las industrias, entumecidas hoy por una protección desatentada, de producir en precios que les permitan llevar sus frutos á los mercados extranjeros, sin forzar á toda la nación por el interés de

unos pocos fabricantes, á comprar caros los artículos de uso.

El problema de la industria, que se ve amenazada acá de muerte por producir demasiado y caro, necesita urgentemente esa reforma, que, conservando lugares de trabajo y posibilidad de buen salario y vida barata á los obreros, ayuda, además, á resolver el problema del trabajo.

No hay que decir que los fabricantes poderosos, que tienen aún ganancias antiguas acumuladas, se oponen con encono y éxito á un sistema de rentas públicas que, por lo pronto, mermará el actual consumo de sus frutos.

No quieren ver que es un consumo innatural y violento: que no puede mantenerse con justicia un sistema económico que, después de una época larga de prosperidad asombrosa, viene á parar en que el siete y medio por ciento de las fábricas del país están sin empleo.

No quieren ver que con la marea del trabajo que sube, con la cólera y el descontento de un pueblo de pobres sin qué hacer, ó con qué hacer á precios ruines, no es ni prudente, ni posible, sostener á precios altos los artículos necesarios para la vida, que la nación sabe que puede comprar baratos.

Ni la justicia ni la previsión se imponen; sino el miedo á problema amenazante, y como el gobierno colecta hoy por derechos anuales casi fijos trescientos treinta y cinco millones de pesos, y á todo gastar sólo necesita para los

expendios públicos trescientos cinco millones de pesos, ni el país, ni los proteccionistas, se atreven á oponer gran resistencia á una reforma en la tarifa que sólo producirá en total unos veinticinco millones de pesos de rebaja en la renta y traerá las ventajas de ir abaratando la vida en una época en que escasea el trabajo, de ir suavizando la existencia de los pobres en momentos en que parecen poco dispuestos á la resignación, y de ir poniendo al país, por el principio de una reforma gradual, en condiciones de una producción racional, remunerativa y permanente.

Fue vencido otro proyecto de ley muy importante. El general Logan lo propuso; Logan, que figuró como segundo de Blaine en la última candidatura republicana, y ahora se enseña de todas maneras, y se vale de los artes sociales de su culta esposa, y no pierde ocasión de presentarse ante el país con medidas de bulto para ver si consigue, como pudiera ser que consiguiese, el primer puesto de la candidatura en las próximas elecciones.

El proyecto en sí no era muy grave, sino en lo que significaba y en lo que hizo decir. Logan es general, y pretendía que se aumentase el ejército permanente en cinco mil hombres, y se reorganizasen las cuatrocientas treinta compañías de ahora, con cincuenta más.

«¿Para qué se quieren esos soldados? dijeron dos ó tres senadores: ¿para tener preparada una fuerza que contenga por las armas las deman-

das justas de los obreros? Bondad es menester, y atención á su derecho, más que amenazas! »

« Pues yo, dijo en el debate el general Hawley, como obrero siento. y al lado de muchas huelgas me he sentado; y por honor y bien de los obreros mismos, si hay bribones que se valen de sus revueltas para tomarse lo ageno y asaltar la paz pública, y si hay demagogos que so pretexto de servirlos les encienden la sangre con declaraciones violentas; si obreros ó bribones destrozan lo que no es suyo, no permitiría yo que así me engañasen y pusieran en descrédito, y con las armas haría cumplir la ley á los que la violasen, y tendría á los demagogos por mis mayores enemigos! »

El proyecto de ley fué rechazado; y otro que reduce los veinticinco mil hombres de las cuatrocientas treinta compañías á trescientas veinte, lleva camino de ser tomado en consideración.

Los senadores son todos personas de barba blanca. Es verdad que los obreros tienen sus demagogos, y muy viles que son y muy dignos de la picota; pero también tienen su demagogia las clases altas, y para nadie es misterio, desde los tiempos de Grant, que las gentes de dinero, iglesia y milicia, se preocupan más en acumular medios de ataque contra los humildes que van subiendo, que en descabezar sus iras poniendo honrado remedio á sus legítimas angustias.

El Senado de barba blanca ve que este pue-

blo está amasado con trabajadores, — que en la hora de los recuentos no hay aquí castas bastante numerosas para afrontarlos, — que nada excita tanto á la violencia como el desafío y la preparación prematura contra la justicia. La prudencia ha estado, pues, de parte de los que abren los brazos, y no de los que han querido armarlos.

NEW YORK Y EL ARTE.

NUEVA EXHIBICION DE LOS PINTORES IMPRESIONISTAS.

Los vencidos de la luz.—Influjo de la exhibición impresionista.—Estética y tendencias de los impresionistas.—Verdad y Luz.—Desórdenes de color.—El remador de Renoir.

New York, Julio 2 de 1886.

Señor director de *La Nación*.

Iremos adonde va todo New York, á la exhibición de los pintores impresionistas, que se abrió de nuevo por demanda del público, atraído por la curiosidad que acá inspira lo osado y extravagante, ó subyugado tal vez por el atrevimiento y el brillo de los nuevos pintores. Cuesta trabajo abrirse paso por las salas llenas: acá están todos, naturalistas é impresionistas, padres é hijos, Manet con sus crudezas, Renoir con sus japonismos, Pisarro con sus brumas, Monet con sus desbordamientos, Degas con sus tristezas y sus sombras.

Ninguno de ellos ha vencido todavía. La luz los vence, que es gran vencedora. Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan

brutalmente, la aprietan entre sus brazos, le piden sus favores; pero la enorme coqueta se escapa de sus asaltos y sus ruegos, y sólo quedan de la magnífica batalla sobre los lienzos de los impresionistas esos regueros de color ardiente que parecen la sangre viva que echa por sus heridas la luz rota: ¡ya es digno del cielo el que intenta escalarlo!

Esos son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, á la naturaleza. Sólo los que han bregado cuerpo á cuerpo con la verdad, para reducirla á la frase ó al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella!

La elegancia no basta á los espíritus viriles. Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar. Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas. Los artistas jóvenes hallan en el mundo una pintura de seda, y con su soberbia grandiosa de estudiantes, quieren un artesano de tierra y de sol. Luzbel se ha sentado ante el caballete, y en su magnífica quimera de venganza, quiere tender sobre el lienzo, sujeto como un reo en el potro, el cielo azul de donde fué lanzado.

***

Al olor de la riqueza se está vaciando sobre New York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los municipios para fomentar

la cultura; las casas de bebida para atraer á los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido. Quien no conoce los cuadros de New York no conoce el arte moderno. Aquí está de cada gran pintor la maravilla. De Meissonier están aquí los dos Napoleones, el mancebo olímpico de Friburgo, el hombre pétreo de la retirada de Rusia. De Fortuny está aquí «La playa de Portici,» el cuadro no acabado donde parece que la luz misma, alada y pizpireta, sirvió al pintor de modelo complaciente: ¡parece una cesta de rayos de sol este cuadro dichoso! ¿No fué aquí la colosal venta de Morgan?

Pero toda aquella colección de obras maestras, con ser tan opulenta y varia, no dejaba en el espíritu, como deja la de los impresionistas, esa creadora inquietud y obsesión sabrosa que produce el aparecimiento súbito de lo verdadero y lo fuerte. Ríos de verde, llanos de rojo, cerros de amarillo: eso parecen visto en montón, los lienzos locos de estos pintores nuevos.

Parecen nubes vestidas de domingo: unas, todas azules; otras, todas violetas; hay mares cremas; hay hombres morados; hay una familia verde. Algunos lienzos subyugan al instante. Otros, á la primera ojeada, dan deseos de hundirlos de un buen puñetazo; á la segunda, de saludar con respeto al pintor que osó tanto; á la tercera, de acariciar con ternura al que luchó en vano por vaciar en el lienzo las hon-

das distancias y tenuidades impalpables con que suaviza el vapor de la luz la intensidad de los colores.

Los pintores impresionistas vienen ¿quién no lo sabe? de los pintores naturalistas: — de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió de más autoridad que la directa de la Naturaleza; de Manet, que no quiso saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire.

De Velázquez y Goya vienen todos, — esos dos españoles gigantescos: Velázquez creó de nuevo los hombres olvidados; Goya, que dibujaba cuando niño con toda la dulcedumbre de Rafael, bajó envuelto en una capa obscura á las entrañas del ser humano y con los colores de ellas contó el viaje á su vuelta.—Velázquez fué el naturalista: Goya fué el impresionista: Goya ha hecho con unas manchas rojas y parduzcas una Casa de Locos y un Juicio de la Inquisición que dan fríos mortales: allí están, como sangriento y eterno retrato del hombre, el esqueleto de la vanidad y la maldad profunda. Por los ojos redondos de aquellos encapuchados se ven las escaleras que bajan al infierno. Vió la corte, el amor y la guerra y pintó naturalmente la muerte.

* * *

Los impresionistas, venidos al arte en una época sin altares, ni tienen fe en lo que no ven,

ni padecen el dolor de haberla perdido. Llegar á la vida en los países adelantados donde el hombre es libre. Al amor devoto de los pintores místicos, que aun entre las rosas de las orgías se les salía del pecho como una columna de humo aromado, sucede un amor fecundo y viril de hombre, por la naturaleza de quien se va sintiendo igual. Ya se sabe que están hechos de una misma masa el polvo de la tierra, los huesos de los hombres y la luz de los astros. Lo que los pintores anhelan, faltos de creencias perdurables por qué batallar, es poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida. Quieren pintar en el lienzo plano con el mismo relieve con que la Naturaleza crea en el espacio profundo. Quieren obtener con artificios de pincel lo que la Naturaleza obtiene con la realidad de la distancia. Quieren reproducir los objetos con el ropaje flotante y tornasolado con que la luz fugaz los enciende y reviste. Quieren copiar las cosas, no como son en sí por su constitución y se las ve en la mente, sino como en una hora transitoria las pone con efectos caprichosos la caricia de la luz. Quieren, por la implacable sed del alma, lo nuevo y lo imposible. Quieren pintar como el sol pinta, y caen.

Pero el espíritu humano no es nunca fútil, aun en lo que no tiene voluntad ó intención de ser trascendental. Es, por esencia, trascendental el espíritu humano. Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y

esa misma angélica fuerza con que los hijos leales de la vida que traen en sí el duende de la luz procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida y viva como la que elaboran incesantemente los elementos puestos á hervir por el Creador, les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia, á pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes. ¡Esas son las bailarinas hambrientas! ¡Esos son los glotones sensuales! ¡Esos son los obreros alcoholizados! ¡Esas son las madres secas de los campesinos! ¡Esos son los hijos pervertidos de los infelices! ¡Esas son las mujeres de gozo! ¡Así son, descaradas, hinchadas, odiosas y brutales!

Y no surge de esas páginas de colores, incompletas y sinceras, el perfume sutil y venenoso que trasciende de tanto libro fino y cuadro elegante, donde la villanía sensual y los crímenes de alma se recomiendan con las tentaciones del ingenio; sino que de esas mozuelas abrutadas, de esas madres rudas de pescadores, de esas coristas huesudas, de esos labriegos jibosos, de esas viejecitas santas, se levanta un espíritu de humanidad ardiente y compasivo, que con saludable energía de gañán echa á un lado los falsos placeres y procura un puesto en la tierra para los deformes y los desgraciados.

¿Cómo saldremos de estas salas, afeadas por mucha figura sin dibujo, por mucho paisaje violento, por mucha perspectiva japonesa, sin saludar una vez más á tanto cuadro de Manet, que abrió el camino con su cruda pintura á esos desbordes de aire libre, sin detenernos ante el Organo de Lerolle, con su sobrehumano organista, ante los cuadros resplandecientes de Renoir, ante los de Degas, profundos y lúgubres, ante aquel Estudio asombroso de Roll, recuerdo de la leyenda de Pasipháe, de donde emerge una poesía fragante, plena y madura como las frutas en sazón?

Los Renoir lucen como una copa de borgoña al sol; son cuadros claros, relampagueantes, llenos de pensamiento y desafío. Hay un Seurat que subleva: la orilla verde corta sin sombra, bajo el sol del cenit, el río algodonoso: una mancha violeta es un bañista: otra amarilla es un perro: azules, rojos y amarillos se mezclan sin arte ni grados. Los Monet son orgías. Los Pisarro son vapores. Los Montemard ciegan de tanta luz. Los Huguet, que copian el mar árabe, inspiran amistad hacia el artista. Los Caillebotte son de portentoso atrevimiento: unas niñas vestidas de blanco en un jardín, con todo el fuego del sol; una nevada deslumbrante é implacable; tres hombres arrodillados, desnudos de cintura, que cepillan un piso; al lado de uno, el vaso y la botella.

¿Cómo contar, si hay más de doscientos cuadros? Éstos exasperan; aquéllos pasman; otros,

como « La joven del palco », de Renoir, enamoran como una mujer viva. Este monte parece que se cae, ese río parece que nos va á venir encima. ¿No ha pintado Manet un estudio de reflejo de invernadero, tres figuras de cuerpo entero en un balcón, todo verde?

Pero de esos extravíos y fugas de color, de ese uso convencional de los efectos transitorios de la naturaleza como si fueran permanentes, de esa ausencia de sombras graduadas que hace caer la perspectiva, de esos árboles azules, campos encarnados, ríos verdes, montes lilas, surgen de los ojos, que salen de allí tristes como de una enfermedad, la figura potente del remador de Renoir, en su cuadro atrevido « Remadores del Sena. » — Las mozas, abestiadas, contratan favores á un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, ó desgranan las uvas moradas sobre el mantel en que se apilan, con luces de piedras preciosas, los restos del almuerzo.

El vigoroso remador, de pie tras ellas, obscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso, alto el pecho, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, á un sol abrasante.

CLEVELAND Y SU PARTIDO.

LUCHA ENTRE EL PRESIDENTE Y LOS DEMOCRATAS.

Vicios políticos de los representantes.—Cruel tratamiento de los presos en la penitenciaría.—La máquina de levantar.—Sucesos varios.

New York, agosto 9 de 1886.

Señor Director de *La Nación*.

Con el acto de justicia á su propio decoro y á Méjico, expuesto en una carta mía anterior, terminó la Casa sus tareas de este año, distinguidas principalmente por la incapacidad de los partidos para poner de acuerdo sus distintos bandos en las grandes cuestiones de la reforma de la tarifa y la suspensión del acuñamiento de la plata, por el olvido de toda idea alta de patria con que continúan su riña mortal los demócratas y los republicanos, y por la resistencia del partido democrático á ayudar al Presidente á conducir la política nacional de manera que el bien público sea lo primero, y el bien del partido sólo se atienda cuando no riñan sus necesidades ó conveniencias con las del bien público.

El Presidente quiere que el partido sirva á la nación, y los demócratas se resisten á seguirlo, porque quieren que la nación sirva al partido.

***

El Presidente quiere lo justo, y mantiene que ese es el camino único de su conocimiento para ganar la confianza popular. Los demócratas de la Casa creen que la política no es el servicio de la justicia, en su grado posible y oportuno, sino de los elementos é intereses que los mantienen en su prominencia y puesto.

La lucha es interesante para cuantos estudian el movimiento de los partidos políticos en las repúblicas. Se averigua ahora aquí si el Presidente de la nación es persona viva, con obligación de cumplir las ofertas en cuya virtud vino al poder,—ó si el Presidente, por el hecho de serlo, tiene para con su partido hasta la obligación de ser traidor á su honra personal y á su país, y de pagar los votos de sus correligionarios con la violación de las promesas hechas á la República por él y por ellos, desde el mismo puesto á que fue precisa y explícitamente encumbrado para que las cumpliese.

Trátase de saber si un partido debe seguir al jefe que escogió de su propia voluntad, en el desarrollo del carácter y programa en cuya virtud fué electo para el gobierno con el consentimiento previo y expreso del partido, — ó si debe apartarse del Presidente cuando éste se

resista á obedecer á sus sectarios en la adopción de medidas precisamente opuestas á aquéllas para cuya realización fue electo.

« Partidario — dice el Presidente — no quiere decir bribón. »

« Para esta política fuí elegido, porque en mi vida anterior probé que sabía ponerme frente á mi partido cuando así lo quería la ley escrita ó la justicia. Mi partido no tuvo el derecho de votar por mí para venir al gobierno, con la esperanza inmoral de que los halagos del poder ó las amenazas de mis partidarios me obligarían á hacer traición á la política para la cual se me elegía. Dije, antes de la elección, mi hostilidad al sistema de repartir como premios personales los empleos públicos; dije mis tendencias á una reforma liberal de la tarifa; dije mi fe en un dinero honrado, y mi deseo de ver suspendida la acuñación de la plata hasta que un convenio internacional fije su valor; dije que yo entendía la presidencia como un oficio nacional, y no como el aprovechamiento del poder de la República en favor de una de sus sectas ó banderías. ¿Qué cargo, pues, me tienen que hacer por ser quien soy firmemente, sin debilidad y sin insolencia? ¿He de seguir á mi partido, cuando me pide que falte deliberadamente á aquello para que él y yo vinimos al gobierno, ó ha de seguirme mi partido á mí en el cumplimiento del programa en cuya virtud y sobre cuya fe nos trajo al gobierno la nación? Un gobernante

que falta al programa por el cual se le elige, es un ladrón del puesto que ocupa, y no vale más que un prisionero de guerra que se escapa después de haber empeñado su palabra de honor. »

* * *

Ese encono de la Casa contra el Presidente que no le cede, se ha estado mostrando en la serie de vetos razonados en que Cleveland ha ido devolviendo, con argumentos llenos de severa sátira, los acuerdos de pensiones injustas concedidas so pretexto de incapacidad contraída en la guerra á gentes que vieron de ella poco, ó enfermaron antes ó después de ella.

El Congreso ha querido con estas pensiones atraerse el voto de los soldados, por lo que las acordaron con igual largueza republicanos y demócratas; pero el Presidente cree, y dice, que los dineros de la nación no deben usarse con pretextos falsos ó fútiles para adelantar intereses de partido. Los republicanos, que introdujeron estos proyectos de pensión y obtendrán el mayor crédito de ellos, ríen entre bastidores con mucho regocijo y azuzan el descontento con que los demócratas tachan á Cleveland de procurarse popularidad de gobernante probo á costa de su propio partido.

Y en esta disensión se ha visto que Cleveland tiene mano mayor para ir juntando con singular astucia la conveniencia y la justicia; porque si bien veta aquellas pensiones otorgadas con base nimia á personas que no las han

merecido, aprobó sin vacilar el aumento á doce pesos de todas las pensiones de á ocho concedidas por los congresos anteriores, con lo que ante el país gana por sus vetos fama de íntegro, sin perder por eso la benevolencia de la gente de armas.

* * *

Y ese localismo, esa falta de áurea patria, esa angustiosa y amarga servidumbre de los representantes para con las comarcas que los eligen, esa traición perpetua á los intereses generales de la nación en obsequio á las demandas de cada distrito, es aquí el vicio de los electos de todos los partidos, que acaba siempre en igual prodigalidad de los dineros públicos, y en la misma pequeñez de las sumas verdaderamente consagradas al país, por estar los representantes sobrecogidos del miedo de que no alcance el caudal del erario para la concesión que cada uno prometió obtener á su comarca en pago de sus votos.

No hubo en tiempo de los republicanos sección del presupuesto más atacada por los demócratas que la de puertos y ríos; y este año los demócratas han votado para puertos y ríos una suma aun mayor que la que con escándalo y abuso votaron los republicanos en años anteriores.

Más: se habló mucho este invierno de la necesidad de fortificar las costas: se tuvo el asunto vivo en la prensa y en las reuniones de los demócratas: se quería traer sobre el partido

el prestigio de una gran idea nacional: se alegaba que así tendrían ocupación las factorías y arsenales norteamericanos, que hoy languidecen ó quiebran: se argüía que con el empleo en cosa tan útil del sobrante del tesoro, cesaría ese rebato ignominioso con que ahora caen los representantes sobre los dineros mismos.

Tilden mismo, escribió al Presidente de la Casa una carta excelente en que todas esas necesidades de partido estaban muy bien vestidas de necesidades patrióticas.

Vino al fin de la comisión el presupuesto de fortificaciones,—y he ahí que por toda suma, en vez de las cuantías esperadas, sólo vota la Casa, unos míseros quinientos mil pesos.—Pero como cada comarca tiene su puerto á que echar muelle, ó su arroyuelo que limpiar, he ahí que para puertos y ríos, y los abusos gigantescos que se encubren con este nombre, votó la Casa en cambio veinticinco millones.

El egoismo levanta á los pueblos y los pierde.

* * *

¡Levantar!.... he ahí una palabra en estos días tristísima, que movió hace poco á un caballero curioso á visitar, allá en el pueblo seco de pedregales y árboles empolvados de que parece natural crianza, la prisión del Estado de New York, que goza fama de ejemplar y clemente.

Allí hay una máquina terrible de castigo, que llaman «máquina de levantar», y es la

tortura misma con que en los tiempos lúgubres se suspendía del suelo por las muñecas á los culpables de la divina maldad del pensamiento.

Dicen los alcaides, es verdad, que estas naturalezas duras que suelen ver el crimen como un derecho, no abaten su fiereza, sino que la enconan y refinan con el trabajo callado y recio de la penitenciaría: que no los doma la obscuridad egipcia de las celdas de castigo: que ni el látigo mismo que les abre canales en las carnes, puede, en ciertos hombres, vencer el odio al trabajo: — ¡ay! pero los que ven á la obra á este pueblo sin caridad, saben que allá adentro, en el sigilo de los muros, deben ser ciertas todas las cosas que los presos dicen, y que rizan de espanto la sangre.

Dicen los presos que en vano les permiten tener en sus celdas las obras de la librería y las revistas ilustradas, porque les dejan sin fuerzas para volver las hojas la brutal faena á que los compelen y el castigo del látigo con que se responde á toda petición de su derecho. Dicen que para obtener de ellos en los talleres más ganancia, los estrujan y chupan á trabajo como á la aceituna en el lagar, y no se ve allí en cada preso una criatura á quien mejorar y compadecer, sino una bestia que ha de halar en agonía una tarea enorme. Dicen que alzar los ojos es tener encima una red de látigos. Y hasta dicen los míseros, no hechos nunca en esta tierra de república á dejar de sentir por completo su decoro y libertad, que hay allí

privilegios para los serviles y espías, y que á todos los tienen rapados, pero á esos otros les permiten la barba y los bigotes, cuyo cercén hace á los presos más pesada su ignominia.

Y cuando hablan de la máquina de levantar á los comisionados de prisiones, tiemblan. No ha habido en cinco años preso puesto en ella que no pidiese clemencia á los cuarenta segundos: los cuelgan, por las manos esposadas, de una especie de horca, que van subiendo los alcaides lentamente; las esposas les cortan las carnes; la circulación cesa en los brazos; las puntas de los pies vagan sobre el suelo; los alaridos espantables detienen en el aire los martillos de los presos que escuchan desde sus talleres; y el color no se lo detienen en las mejillas, porque allí no hay una sola mejilla con color: sacan en brazos al preso del potro, y luego lo echan á andar, como una fiera deshuesada.

El curioso que fue á la prisión vió aún luciente en los ojos de uno de esos infortunados el reflejo mortal de la otra vida. Criaturas de barro parecen aquellos hombres sombríos y macilentos: y en la cara amarilla les relampaguean los ojos viscosos como los fuegos fatuos sobre una sepultura.

* * *

Un hombre que cruza el Niágara embutido en un casco de madera; un mozo que salta por apuesta desde lo más alto del puente de Brooklyn, y queda vivo; un campamento religioso

adonde acuden sesenta mil creyentes; un jurado que oye atónito los detalles de la conspiración tremenda de los anarquistas de Chicago: una vergonzosa investigación de la que resulta que las asociaciones políticas hacen un tráfico infame para provecho personal con los puestos más altos del Estado,—eso sería, después de las cosas mayores, lo más curioso de esta ardiente vida de verano, si no estuvieran comentando á Dante á la sombra de los sagrados árboles de Concord algunas damas y caballeros que cada año se reunen á hablar de las sublimidades del espíritu, —á poca distancia del campamento religioso donde, agitados por la frenética palabra de una mujer de sesenta años, se postran en la yerba de rodillas los catecúmenos convulsos, alzan en coro los brazos con el rostro lloroso vuelto al cielo, se echan de bruces sobre la tierra, exhalando lamentos y alaridos, se abrazan, se interpelan, tutean á los demonios, se confiesan en voz alta, corren de un lado á otro, se mesan los cabellos, hasta que exhaustos é insensibles se reclinan contra los troncos de los árboles, desmayados los brazos, dichosa la sonrisa, y la mirada agonizante y ebria, como de quien á la vez muere y renace: parece como si en el fragor de una infernal batalla se vieran salir de entre los cuerpos palpitantes y rotos los pecados vencidos, cercenadas las garras, desplumadas las alas, ensangrentado el pico, como un tropel de buitres carniceros.

Llevan en camilla á los poseídos hacia la orilla del arroyo: hacen de las hojas de los árboles abanicos con qué mover el aire sobre sus labios secos y entreabiertos: la sacerdotisa, vista de cerca, parece como que brilla y humea, y se le ve vagar, temblando, después de su discurso.

Así se mezcla aquí lo extravagante á lo grandioso; y en el sigilo de las selvas ignoradas de los viajeros se acendran la pasión y fuerza bíblicas que deslumbran y arremeten luego con pasmoso empuje en las horas de convulsión ó de reforma.

John Brown y Guiteau nacen juntos de esas selváticas escenas; y para entender á este país no sólo hay que mirar á las ciudades con sus palacios de pórfido y su animada maravilla, sino á esas costumbres y extrañezas, — al brío primitivo con que se derriba el bosque y se alza el pueblo en el Oeste,—á la justiciera brutalidad con que para castigar á un seductor se enmascaran de noche los hombres de un pueblo á doscientas millas de New York, sacan de la casa manchada al galán impúdico, y luego que le han vaciado sobre la cabeza un casco de alquitrán y lo han rodado sobre plumas, llévanlo en esta figura á la carretera, á la vergüenza del mundo y de la aurora.

CARTA DE NEW YORK.

La vida de verano en los Estados Unidos: pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables.—Peligro grave de guerra entre México y los Estados Unidos.—Estudio del conflicto: sus antecedentes y su curso: El Congreso Americano censura la actitud premiosa de su Secretario de Estado: actitud firme de México.— Texas y Chihuahua.—La opinión y la prensa en este conflicto: se alaba á México.—Muerte de Samuel Tilden, el Presidente electo de 1880: Su vida y su carácter: Ejemplo para los jóvenes: político honrado: Su abnegación: Deja tres millones de pesos para fundar una biblioteca pública.

New York, agosto 12 de 1886.

Señor director de *La República:* (Centro América)

Es ardiente en estos meses la vida en los Estados Unidos, como las olas de aire caldeado y plomizo que bajan sobre el Atlántico desde las llanuras encendidas del Oeste. La vida se multiplica y se desborda. Con las hojas á los árboles viene á mujeres y hombres un frenesí de alegría. Se abren al aire casas y almas. Las ciudades se vacían sobre los pueblos frescos de las costas y montañas vecinas. Los niños pobres, que respiran en los barrios más populosos un aire podrido, mueren en un grito penetrante sobre las rodillas de sus madres, ó se arrastran con sus manos roí-

das sobre las piedras de las aceras, buscando consuelo en su frescor al fuego que les consume las entrañas. Los ricos recorren los lugares de campo en ostentosas jiras. Los imbéciles y la gente de mal vivir vocifera y apuesta en las carreras de caballos. Treinta sacerdotes andan en velocípedos visitando los Estados de «Nueva Inglaterra.» A la orilla del mar y en la cúspide de los montes se levantan hoteles babilónicos. Sesenta mil creyentes se reunen á la sombra de un pinar en un campamento religioso, y se arrodillan en el aire libre, corean con aleluyas los discursos de las sacerdotisas, se mesan los cabellos, hunden en la tierra sus cabezas arrepentidas, se abrazan confesándose sus pecados. Partidas de estudiantes distraen el verano explorando á pie las selvas con la tienda al hombro, y fortificándose con el ejercicio del cuerpo y el placer sano y directo de los descubridores. Los maestros juntan grupos de jóvenes dignos de serlo, y se van con ellos á lugares propicios á estudiar Minería en las minas, Agricultura en los campos, en los bosques Botánica. El Congreso se cierra, después de dejar probado que los representantes prefieren dejar solo al Presidente de la Nación en su campaña de reforma de los vicios políticos, á ayudarle en la tarea de enmendar éstos, para que no sea como hasta aquí la Nación un mero instrumento de los partidos, sino los partidos los servidores leales de la Nación. La hermana del Presidente comienza á dirigir

en Chicago una revista que lleva por nombre *La Vida Literaria*, la misma hermana que no hace dos meses presidía aún la vida social del país, desde la Casa Blanca en Washington. Un hombre cruza el Niágara embutido en un casco oblongo de madera. Un mozo salta, por apuesta, de lo más elevado del puente de Brooklyn al río Oeste, y sale salvo. Ya tiende al cielo en su pedestal de Bedloe Island la estatua de la Libertad su brazo en esqueleto. Mucha villanía política y venta de destinos se descubre en la ciudad de New York. Mucho se comenta la energía del Presidente, que contra el voto del Senado ha dado en Washington á un negro un empleo altísimo. Mucho libro interesante y nuevo se publica. Se inventa un medio económico de producir fuego sin carbón.

Pero con ser todo esto tan vario é interesante, nada, ni la muerte siquiera de aquel ilustre Tilden, que prefirió perder la Presidencia de la República, á que fue electo, antes que permitir á su partido que la conquistase con sangre,—nos interesa tanto á nosotros los de la otra América, como el grave riesgo de una guerra entre México y los Estados Unidos. Es nuestra raza mal entendida la que está en peligro. Es la caterva de cuatreros y matones ambiciosos de la frontera americana la que quiere forjar un pretexto para echarse sobre el Estado minero de Chihuahua, que excita su codicia. Es nuestro corazón americano, que allí duele. Nuestra patria es una, empieza en

el Río Grande, y va á parar en los montes fangosos de la Patagonia. México haría mal, si, contra todo lo que se ve, diese oídos á los perturbadores opulentos que en estos mismos instantes andan buscando su apoyo para influir en la política de Centro América. Pero, ¿quién no ha de apenarse de ver expuesto á una agresión injusta del americano, á un pueblo que ha sabido irse amasando con la sangre misma que fluía de sus heridas; á un pueblo que está logrando acumular en nación sobre un territorio vasto y escapadizo, los elementos más hostiles y reacios, los odios más violentos é incansables, las herencias más tercas y dañinas que contendieron en su edad de formación en pueblo alguno?

* * *

El caso del conflicto es un mero pretexto, agravado por el apetito de guerra que ya se hace impaciente entre los americanos que pueblan el Estado de Texas, que fue de México hasta la guerra inícua de mil ochocientos cuarenta y ocho, y por la imprevista y exagerada rudeza con que el Secretario de Estado en Washington decidió exigir á México, contra una ley anterior y expresa de su Código, la libertad inmediata de un americano preso y procesado en Chihuahua, justamente por un delito contra la ley de libelo de México, cometido fuera y dentro del territorio mexicano, con desprecio de sentencia anterior del juez de Chihuahua, acatada bajo firma por el preso.

Un periodista americano, Cuttin, airado porque un hijo de México, Medina, le establecía un periódico rival en la ciudad mexicana de El Paso del Norte, publicó en ella un ataque injurioso, que en acto de conciliación le condenó el juez á retractar á pedimento de Medina. Se retractó Cutting en el Paso del Norte; pero en la ciudad americana de El Paso, de Texas, unida por un puente á la de México, publicó en un periódico, siempre impreso en inglés, un nuevo ataque á Medina, en inglés y en castellano, y circuló por sí mismo el periódico en El Paso del Norte. El artículo ciento ochenta y seis del Código de México autoriza á los Tribunales de la República á procesar y castigar conforme á sus leyes á los extranjeros presentes en su territorio que hayan cometido fuera de México delitos contra éste que tienen pena en sus leyes criminales. Y Cutting fue preso y procesado en virtud de esta ley, pero no sólo por haber impreso en una ciudad americana un artículo contra un mexicano, penable por la ley de México, sino por el delito de distribuirlo, cometido en México con violación de un acuerdo de su juez y la ley de libelo. El Cutting es de esa mala casta de aventureros sin oficio, que mira como propiedad suya la tierra mexicana, y cría odio de raza á sus hijos bravos, que ven con miedo natural que los americanos pueblen hoy á Chihuahua como poblaron antes á Texas, para alzarse con ella, y recuerdan con penas en el corazón la guerra

humillante en que fueron vencidos por el Norte en mil ochocientos cuarenta y ocho. Casi todo Texas está poblado de aventureros; y como el Cónsul americano en El Paso del Norte es de los que se enojan de que México posea un país tan valioso como el de Chihuahua, los aventureros, el preso y el Cónsul lograron con sus representaciones que el Secretario de Estado en Washington pidiese al Gobierno de México la libertad incondicional de Cutting. El Gobierno de México ofreció en respuesta cortés que el Gobierno Federal ejercería cuanto influjo le fuese legítimamente dable en favor del preso cerca del Gobierno del Estado de Chihuahua; pero se negó con modesta firmeza á entregar al preso, porque ni puede el Gobierno Federal, por la Constitución, compeler así, á su capricho á un Estado libre de la República, ni cabe que el Gobierno mismo de un país obre contra lo que ordena expresamente uno de los artículos del Código que está llamado á hacer cumplir. En esto, los odios acumulados en ambos lados de la frontera del Río Grande tomaban color de guerra; americanos y mexicanos se amenazaban desde sus respectivas ciudades; voluntarios y tropa de línea recorrían las calles; las asociaciones de veteranos se asociaban á las protestas de los de Texas: el Gobernador de Texas, ganoso de popularidad, se mostraba pronto á llevar la guerra á Chihuahua, si el Gobierno de Washington no la llevaba; el Congreso pidió al Presidente la

correspondencia, y el Presidente la envió al Congreso, sin recomendar en su carta de mera fórmula solución alguna, ni apoyar el resumen precipitado y violento de la correspondencia con que la ponía ante el Congreso el Secretario de Estado.

Todo en aquellos momentos anunciaba la guerra: los preparativos de los texanos, la acumulación de las tropas de México, la demanda del Secretario, nuevamente rechazada por el Gobierno mexicano, el resumen belicoso del Secretario de Estado, el voto de confianza que la Comisión de Negocios Extranjeros propuso al Congreso, basada solamente en la lectura del resumen. Pero la guerra ha parecido disiparse, y la opinión ha torcido de rumbo en todo lo que no es la gente agresiva de Texas, porque el Congreso se negó á votar la resolución de confianza intimando de nuevo á México la libertad incondicional de Cutting, tan luego como uno de los mismos representantes que habían firmado el proyecto de resolución, reveló con pruebas al Congreso atónito que el resumen hecho de la correspondencia por el Secretario de Estado no presentaba el caso como resultaba de la correspondencia misma. No era verdad que México estuviese procesando á Cutting por un delito cometido en Texas, sino por eso, según está facultado por su ley, y por un delito cometido en México con desacato á un Juez mexicano. No era verdad que Cutting estuviese sufriendo en

México las amarguras que el Secretario decía, repitiendo con ardor los informes exagerados del Cónsul de El Paso; sino que Cutting había tenido constantemente abierta por el Juez la libertad bajo fianza, que rechazaba con desdén «porque el asunto estaba ya en manos de su Gobierno.» No era verdad que México mostrase arrogancia punible en la defensa de una ley oprobiosa para los Estados Unidos; sino que había «la mayor cortesía y solicitud, y casi humillación», en las respuestas amistosas con que alegaba á los Estados Unidos la existencia previa de una ley general que comprendía el caso de Cutting, y la misma incapacidad del Gobierno Federal para forzar los procesos y sentencias del Tribunal de uno de sus Estados que el Secretario americano alegó ante el Gobierno chino hace pocos meses, cuando éste le exigió responsabilidad por los asesinatos de sus súbditos por ciudadanos americanos en uno de los Territorios de la Unión. No era verdad, como decía el resumen, que el caso todo se redujera á una injuria de México á la Nación Americana, á la pretensión desnuda de que puede por un artículo de su ley procesar y castigar en su territorio á los ciudadanos extranjeros por delitos penables según su Código, que se hubieran cometido fuera de México. La revelación del representante cambió en desagrado y desconfianza la precipitación con que se disponía el Congreso á apoyar la actitud belicosa del Secretario de Estado: el

Congreso suspendió sus sesiones sin tomar noticia de la resolución que se le recomendaba con urgencia: y la honestidad de un solo hombre, defendiendo con palabras que parecían golpes á un pueblo amigo, avasallado injustamente, disipó en una hora la nube de guerra.

Pero, ¡ah! no puede decirse, por desdicha, que á estas horas se haya desvanecido por completo. El Secretario de Estado dice que el silencioso voto en contra que le dió la Casa de Representantes fue un manejo de los Diputados republicanos, que quieren demostrar al país que también los demócratas practican con los pueblos de América la política de intimidación é intrusión que á ellos les censuraban. No rebaja el Secretario sus pretensiones aparentemente, á pesar de la censura del Congreso. No se muestra dispuesto á ceder México, que con su sabiduría en la controversia logró convertir á su propia defensa, por la revelación elocuente del diputado republicano, al Congreso mismo encargado de votar una resolución preparatoria de la guerra. En Texas y en Chihuahua se vive con los rifles cargados y el pie en el estribo, los de Texas dispuestos á pasar el puente é ir á rescatar á Cutting; los de Chihuahua decididos á resistir la invasión y á presentarles la cabeza de Cutting en respuesta. Y el tribunal de El Paso del Norte, sereno frente á la ciudad rival americana, decoroso en este peligro de guerra, procesó en forma á Cutting, con atención á la ley de su

delito que rige en su propio Estado de Texas, y lo sentenció á un año de penitenciaría y quinientos pesos de multa, de cuya sentencia apela. Grande es, pues, el peligro que se corre todavía; pero es de honor decir que fuera de la prensa invasora publicada en el Sur, toda la buena prensa de este país se declaró contra la intentona de guerra tan pronto como reveló la verdad de la disputa el Representante. Es de honor decir que si bien perdura, por desgracia, en la masa del pueblo americano, esa opinión desdeñosa é ignorante de nuestros países que lo tiene tan dispuesto á mirar en menos, como á dogos falderos, á esos nobles pueblos nacientes que entre tantos obstáculos adelantan, es cierto también que la costumbre republicana cría en esta tierra, como en todas aquellas donde impera, un hábito de justicia que se impone en los casos mismos de decoro nacional hasta este extremo de defender hoy al que se tuvo ayer como enemigo. Es de honor decir que en vez de exasperar á los Estados Unidos, parece, en lo general, haberle sido grata la firme y dolorosa bravura con que, sin desafiar y sin cejar, se ha mostrado México dispuesto á defender su ley y su derecho de la intrusión del pueblo más formidable acaso de la tierra.

* * *

No había llegado todavía New York, que en esta guerra inesperada no tiene interés directo, á mostrar entusiasmo ni curiosidad mar-

cados en el conflicto mexicano. No era, no, el ansia de saber de México, lo que reunía tal muchedumbre frente á las tablillas donde, como los romanos en su álbum con las leyes, publican aquí los periódicos el extracto de los sucesos del día. Era para afligirse porque había muerto Samuel Tilden, famoso en los Tribunales por lo sagaz, en la política por lo previsor, en los negocios por lo feliz y en la historia de su patria por haberse negado á disfrutar con la violencia, su derecho clarísimo á la Presidencia de los Estados Unidos, para la cual fue electo en 1880 contra el republicano Hayes, á quien la adjudicó una comisión del Congreso con visible fraude.

Júzguese de aquella alma. Él era varón de virtud, que desde la mayor humildad se había levantado, sobre los puntales de su talento, á la posesión de una fortuna enorme, y á la cabeza de su gran partido. Él tenía natural pasión por el soberbio puesto que lleva de mano de la ley á un hijo de pobres hasta el Gobierno del pueblo más grande de hombres libres. Él quería barrer de arriba los vicios de compadrazgo é interés que muerden con diente hediondo en la política americana, tal como había barrido desde su asiento de Fiscal del Estado y de Gobernador á los bribones coaligados que con su influjo en las votaciones venían atrincherándose en empleos que les permitían defraudar las arcas públicas con robos estupendos. Y luego, él tenía grande alma;

que lleva con irresistible empuje á lo encumbrado y peligroso: él veía en sí coronada la persona humana!

¿Qué suprema angustia no debió sentir aquel trabajador hecho de sí, aquel hombre de derecho, cuando se vió burlado en la posesión del mayor premio que es dable en la tierra al hombre apetecer, y vió ultrajada la ley pública en él mismo, que ganó su eminencia en defenderla?—Él había sido abogado grandísimo: huroneaba en los rincones de sus casos: penetraba en ellos como un espía de oficio: estudiaba su parte con ojos de juez: desenvolvía á la vista del contrario atónito el tejido mismo de intenciones y argumentos que se guardaba callado en la mente: manejaba sus pruebas, y tundía con ellas, con el brillo y ardor con que guía y abate un general en las batallas: tenía el placer y el vicio de la justicia.—Él veía en sí un ejemplo para la juventud que se acobarda, ó se corrompe, ó se vende á un matrimonio, ó se vende á un gobierno: de estudiante pobre llegó á dueño legítimo de cinco millones, sin venderse á nadie, ni al gobierno, que fue á buscarle á su casa por honrado, ni al matrimonio porque amó de joven á una noble criatura que le quiso pobre y se volvió imbécil, y él le mantuvo en su desdicha la fe que le empeñó en la hora de la razón.—Deslució acaso sus primeros años públicos, cuando la guerra de los esclavos debió llamarlo á una carrera activa, por el afán—¡excusable en quien conoce

la vida!—de comprar con una fortuna libre el derecho de ser honrado y virtuoso: no enseñó la mano hasta que la tuvo fuerte: no hacía negocios al azar, ni ponía sus ahorros en ambiciosas empresas, sino que estudiaba los elementos de cada operación como los puntos de un caso de derecho, y entraba á negociar sobre seguro con fuerza matemática.—Él tenía mente mayor, con la que consideraba que si en tiempos pasados fueron precisos aquellos patriarcas generosos y sabios que prepararon á su pueblo para la riqueza, hoy era necesario un sabio nuevo que lo redimiese de los vicios públicos á que lo ha llevado el exceso de ella.—Él veía el voto ignorante, los audaces apoderados de él, el egoísmo comiéndose al heroísmo; el amor á sí sofocando en cada hombre el amor á la patria, el amor al goce pervirtiendo en la mujer aquella majestad y dulcedumbre con que ilumina y enamora.—Él se sentía ayudado de la habilidad en la virtud.—Él rebosó de justo júbilo, cuando en pago de sus honrados hechos, de su maestría mental, de su capacidad para pensar por sí y directamente, de su gerencia sobre los miembros de peso de su partido con quienes mantenía correspondencia tirada, se vió electo candidato de los demócratas para presidir por cuatro años su República, para limpiar los establos, para infundir idea nueva y tamaño de grandeza en la vida de la Nación, para entusiasmar y extremecer á un pueblo que empezaba á podrirse en la prosperidad.

Y ¡todo, todo vino á tierra, á la voluntad de una camarilla infame! Se aceptó como buena la elección falsa del Estado dudoso que debía darle el triunfo: se consumó el robo del puesto sagrado. Muy á borbotones le saltó al gran viejo la sangre en el pecho. Muy amargamente vió pasar para sí y para su pueblo la ocasión de volver á ser grande. Y con mucha crueldad le llamaron cobarde sus amigos, porque no quiso hacer andar sobre sangre su derecho. Pero él se fue á hablar con su hermana canosa, quien vive en una casa que le regaló él de su trabajo, y habló mucho con ella en sigilo en una tarde solemne; y templado en piedad salió de aquella plática con mujer, decidido á perder su derecho al honor más grande á que podía aspirar un hombre en la tierra, si había de costar una sola vida el conseguirlo. ¡A esta abnegación han llamado miedo los que no son capaces de ella! ¡Los que sólo á sí ven en el mundo, y á su engrandecimiento propio! ¡Los que no aman á la patria bastante para posponerle todo amor de sí! ¡Por aquella abnegación se negó su partido á presentarlo de candidato en las elecciones siguientes, para dar ocasión de victoria sin violencia al derecho burlado!

Pero su influjo subía poco á poco: su voluntad designaba á los candidatos: su consejo dirigía el partido: sus comunicaciones interesaban á la nación: su silla de viejo era á manera de trono: su carta definitiva de renuncia

á la candidatura de mil ochocientos ochenta y cuatro está escrita como por un profeta tallado en la montaña: su testamento otorga tres millones de pesos para la fundación de una biblioteca pública, y este magnífico legado enseña, como resumen de su cuantiosa vida, que la suma deducción del político más práctico y agudo que vivía en este pueblo, fue que la madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura: Hombres haga quien quiera hacer pueblos. Murió Tilden ilustre oyendo leer filosofías y versos. Murió en su casa señorial frente al río Hudson, que rueda con majestad comparable á la de sus pensamientos.

EL PROCESO DE
LOS SIETE ANARQUISTAS DE CHICAGO.

El problema del trabajo en Europa y en América.—Estudio de caracteres.—El proceso.—El veredicto: apiñase unánime.

New York, septiembre 2 de 1886.

Señor director de *La Nación.*

Aquellos anarquistas que en la huelga de la primavera lanzaron sobre los policías de Chicago una bomba que mató á siete de ellos, y huyeron luego á las casas donde fabrican sus aparatos mortíferos, á los túneles donde enseñan á sus afiliados á manejar las armas, y á untar de ácido prúsico, para que maten más seguramente, los puñales de hoja acanalada; aquellos que construyeron la bomba, que convocaron á los trabajadores á las armas, que llevaron cargado el proyectil á la junta pública, que excitaron á la matanza y el saqueo, que acercaron el fósforo encendido á la mecha de la bomba, que la arrojaron con sus manos sobre los policías, y sacaron luego á la ventana de su imprenta una bandera roja; aquellos siete ale-

manes, meras bocas por donde ha venido á vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera; aquellos míseros, incapaces de llevar sobre su razón floja el peso peligroso y enorme de la justicia, que en sus horas de ira enciende siempre á la vez, según la fuerza de las almas en que arraiga, apóstoles y criminales; aquéllos han sido condenados, en Chicago, á muerte en la horca.

Tres de ellos ni entendían siquiera la lengua en que los condenaban. El que hizo la bomba, no llevaba más que unos nueve meses de pisar esta tierra que quería ver en ruina.

Uno sólo de los siete, casado con una mulata que no llora, es norte americano, y hermano de un general de ejército: los demás han traído de Alemania cargado el pecho de odio.

Desde que llegaron, se pusieron á preparar la manera mejor de destruir. Reunían pequeñas sumas de dinero; alquilaban casas para hacer experimentos; rellenaban de fulmicoton trozos pequeños de cañería de gas: iban de noche con sus novias y mujeres por los lugares abandonados de la costa á ver cómo volaban con esta bomba cómoda los cascos de barco: imprimían libros en que se enseña la manera fácil de hacer en la casa propia los proyectiles de matar: se atraían con sus discursos ardientes la voluntad de los miembros más malignos, adoloridos y obtusos de los gremios de trabajadores: «pudrían—dice el abogado—como el

vómito del buitre, todo aquello á que alcanzaba su sombra. »

Aconsejaban los bárbaros remedios imaginados en los países donde los que padecen no tienen palabra ni voto, aquí, donde el más infeliz tiene en la boca la palabra libre que denuncia la maldad, y en la mano el voto que hace la ley que ha de volcarla: al favor de su lengua extranjera, y de las leyes mismas que desatendían ciegamente, llegaron á tener masas de afiliados en las ciudades que emplean mucha gente alemana: en New York, en Milwaukee, en Chicago.

En libros, diarios y juntas adelantaban en organización armada y predicaban una guerra de incendio y de exterminio contra la riqueza y los que la poseen y defienden, y contra las leyes y los que las mantienen en vigor. Se les dejaba hablar, aun cuando hay leyes que lo estorban, para que no pudiesen prosperar so color de martirio, ideas de cuna extraña, nacidas de una presión que aquí no existe en la forma violenta y agresiva que del otro lado del mar las ha engendrado.

Prendieron estas ideas lóbregas en los espíritus menos racionales y más dispuestos por su naturaleza á la destrucción; y cuando al fin, como enseña de este fuego subterráneo, saltó encendida por el aire la bomba de Chicago, se vió que la clemencia equivocada había permitido el desarrollo de una cría de asesinos.

Todo eso se ha probado en el proceso. Ellos

que, salvo el norteamericano, tiemblan hoy, pálidos como la cal, de ver cerca la muerte, manejaban en calma los instrumentos más alevosos que han sugerido nunca al hombre la justicia ó la venganza.

No fue que rechazasen en una hora de ira el ataque violento de la policía armada: fue que, de meses atrás, tenían fábricas de bombas, y andaban con ellas en los bolsillos «en espera del buen momento», y atisbaban al paso á los grupos de huelguistas para enardecerles con sus discursos la sangre, y tenían concertado un alzamiento en que se echasen sobre la ciudad de Chicago á una hora fija las carretadas de bombas ocultas en las casas y escondites donde los mismos que ayudaron á hacerlas las descubrieron á la policía.

No embellece esta vez una idea el crimen.

Sus artículos y discursos no tienen aquel calor de humanidad que revela á los apóstoles cansados, á las víctimas que ya no pueden con el peso del tormento y en una hora de majestad infernal la echan por tierra, á los espíritus de amor activo nacidos fatalmente para sentir en sus mejillas la vergüenza humana, y verter su sangre por aliviarla sin miramiento del bien propio.

No: todas las grandes ideas de reforma se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor ó en almas destructivas. Andan por la vida las dos fuerzas, lo mismo

en el seno de los hombres que en el de la atmósfera y en el de la tierra. Unos están empeñados en edificar y levantar: otros nacen para abatir y destruir. Las corrientes de los tiempos dan á la vez sobre unos y otros; y así sucede que las mismas ideas que en lo que tienen de razón se llevan toda la voluntad por su justicia, engendran en las almas dañinas ó confusas, con lo que tienen de pasión estados de odio que se enajenan la voluntad por su violencia.

Así se explica que los trabajadores mismos temblaron al ver qué delitos se criaban á su sombra; y como de vestidos de llamas se desasieron de esta mala compañía, y protestaron ante la nación que ni los más adelantados de los socialistas protegían ni excusaban el asesinato y el incendio á ciegas como modos de conquistar un derecho que no puede ser saludable ni fructífero si se logra por medio del crimen, innecesario en un país de república, donde puede lograrse sin sangre por medio de la ley.

Así se explica cómo hoy mismo, cuando los diarios fijaron en sus tablillas de anuncio el veredicto del jurado, no se oía una sola protesta entre los que se acercaban ansiosamente á leer la noticia.

¡Ay! aquí los corazones no son generalmente sensibles! ¡aquí no hace temblar la idea de un hombre muerto por el verdugo á mano fría! ¡aquí se habitúa el alma al egoísmo y la dureza!

pero se suele ver, como en los días de la agonía de Garfield, el corazón público,—se suele sentir, como en los días del abolicionista Wendell Phillips, la pujanza con que se revela la conciencia nacional contra la injusticia ó el crimen,—se ve crecer en un instante, como en los días de las huelgas de carros, la ira de la clase obrera cuando se cree injuriada en su decoro ó su derecho.

Y esta vez, ni un solo gremio de trabajadores en toda la nación ha mostrado simpatía, ni cuando el proceso, ni cuando el veredicto, con los que mueren por delitos cometidos en su nombre.

Y es porque esos míseros, dándose á sí propios como excusa de su necesidad de destrucción las agonías de la gente pobre, no pertenecen directamente á ella, ni están por ella autorizados, ni trabajan en construir, como trabaja ella; sino que son hombres de espíritu enfermizo ó maleado por el odio, empujados unos por el apetito de arrasar que se abre paso con pretexto público en todas las conmociones populares, pervertidos otros por el ansia dañina de notoriedad ó provechos fáciles de alcanzar en las revueltas,—y otros, ¡los menos culpables, los más desdichados! endurecidos, condensados en crimen, por la herencia acumulada del trabajo servil y la cólera sorda de las generaciones esclavas.

Aquí, á favor de la gran libertad legal, de lo fácil del escape en esta población enorme,

de la indulgencia que envalentonó la propaganda anarquista, se reunieron naturalmente para su obra de exterminio esos elementos fieros de todo sacudimiento público: los fanáticos, los destructores y los charlatanes. Los ignorantes los siguieron. Los trabajadores cultos se retrajeron de ellos con abominación. Los obreros norteamericanos miraron como extraños á esos medios y hombres nacidos en países cuya organización despótica de mayor gravedad y color distinto á los mismos males que aquí los hábitos de libertad hacen llevaderos.

El silencio amparó la obra siniestra.

Y cuando llegaron para Chicago las horas de inquietud que en su justa revuelta por su mejoramiento está causando en todo el país la gente obrera, saltaron á su cabeza los hombres tenebrosos, vociferando, ondeando pañuelos rojos, azuzando á los desesperados, echando al aire la bomba encendida.

Saltaron en pedazos los hombres rotos: murieron miembro á miembro desesperados en los hospitales: repudió toda la gente de trabajo á los que á sangre fría mataban en su nombre. Y hoy, cuando se anuncia el veredicto que los condena á muerte, se siente que en esta masa de millones hay todavía rincones vivos donde se hacen bombas, se reunen en New York dos mil alemanes á condolerse de los sentenciados, se sabe que no han cesado en Chicago, ni en Milwaukee, ni en New York los trabajos bárbaros de estos vengadores ciegos; pero las

grandes masas no han alzado la mano contra el veredicto, ni el curioso indiferente que se acercara hoy á las tablillas de los diarios hubiera podido oir á un solo trabajador ni comerciante, ni una palabra de condenación ó de ira contra el acuerdo del jurado.

El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecían y callaban.

* * *

Porque entre otras cosas, los peligros mismos que, á la raíz del proceso, corría el jurado, venían siendo garantía de que él no daría veredicto de muerte contra los anarquistas, á tener la menor posibilidad de evitarse así una inquietud para la conciencia y un riesgo para sus vidas. Si la evidencia no era absoluta, el jurado se aprovecharía de ello para no incurrir en la ira de los anarquistas.

Ya se sabe que el jurado aquí, como en todas partes, no es como los jueces, que viven de la justicia y pueden afrontar los peligros que les vengan de ejercerla con la protección y paga del orden social que los necesita para su mantenimiento.

Estos doce jurados, traídos muy contra su voluntad á juzgar á los jefes de una asociación numerosa de hombres que creen glorioso el crimen, y criminales á todos los que se les oponen, habían de temer con razón que los anarquistas, enfurecidos por la sentencia de sus jefes, llevasen á cabo las amenazas que

esparcían abundantemente, mientras se estaba eligiendo el jurado.

Treinta y seis días tardó el jurado en formarse. Novecientos ochenta y un jurados hubo que examinar para poder reunir doce.

Reunidos al fin, siguió por todo un mes la sombría vista.

De noche reposaban los jurados en sus cuartos en el hotel, vigilados por los alguaciles que debían librarles de toda comunicación ó amenaza: deliberaban: comentaban los sucesos del día: iban concentrando el juicio: se distraían tocando piano, banjo y violín. De día eran las sorpresas.

Ya era el norteamericano Parsons, á quien la policía no podía hallar, y se presentó de súbito en la sala del proceso, desaseado, barbón, duro, arrogante: ya era que iban perdiendo su seguridad aparente los presos, conforme el fiscal público presentaba en el banquillo como testigos á los cómplices mismos de los anarquistas, al regente de la imprenta del periódico que incitaba á la matanza, al dueño de la casa donde el recién llegado alemán hacía las bombas.

Una joven repartía un día á los presos ramilletes de flores encarnadas. La madre del periodista Spies oía día sobre día las declaraciones contra su hijo. El fiscal presentó en su propia mano una bomba cargada, de las que se hallaron en un escondite, fabricadas por

uno de los presos, con ayuda del cómplice que lo denunciaba desde el banquillo.

Cada día se veían crecer las alas de la muerte, y se sentían más aquellos infelices bajo su sombra.

Todo se fue probando: la premeditación, la manufactura de los proyectiles, la conspiración, las excitaciones al incendio y el asesinato, la publicación de claves en el diario con este fin, el tono criminal de los discursos en la junta de Haymarket, la preparación y lanzamiento de la bomba desde la carreta de los oradores.

Estaba entre los presos el que la había hecho, esa y cien más.

Los restos de la bomba eran iguales á las que los cómplices de los presos entregaron á la policía, y á las que tenía el periodista en su imprenta y enseñaba como una hazaña.

Los testigos de la defensa se contradijeron y dejaron en pie la acusación. Los testigos de la acusación eran amigos, compañeros, empleados, cómplices de los presos.

Sin miedo hablaron el fiscal y su abogado. Sin fortuna ni solidez hablaron los defensores. El juez dijo al jurado en sus indicaciones que el que incita á cometer un delito y á prepararlo es tan culpable de él como el que lo comete.

Anonadaba tanta prueba. Extremecía lo que se había oído y visto. Trascendía al tribunal el espanto público.

El jurado deliberó poco, y á la mañana si-

guiente los presos fueron llamados á oir el veredicto.

***

¡Pobres mujeres! La viejecita Spies, la madre del periodista, estaba en su rincón, mirando como quien no quiere ver. Allí su hermana joven. Allí la novia lozana de uno de los presos. Allí la mujer de Schwab, desdichada y seca criatura, el cuerpo como roído, de rostro térreo y manos angulosas, extraña en el vestir, los ojos vagos y ansiosos, como de quien viviese en compañía de un duende: Schwab es así: desgarbado, repulsivo, de funesta apariencia; la mirada caída bajo los espejuelos, la barba silvestre, el pelo en rebeldía, la frente no sin luz, el conjunto como de criatura subterránea.

Allí la mulata de Parsons, implacable é inteligente como él, que no pestañea en los mayores aprietos, que habla con feroz energía en las juntas públicas, que no se desmaya como las demás, que no mueve un músculo del rostro cuando oye la sentencia fiera. Los noticieros de los diarios se le acercan, más para tener que decir que para consolarla. Ella aprieta el rostro contra su puño cerrado.

No mira; no responde; se le nota en el puño un temblor creciente; se pone en pie de súbito, aparta con un ademán á los que la rodean, y va á hablar de la apelación con su cuñado.

La viejecita ha caído en tierra. A la novia infeliz se la llevan en brazos. Parsons se entretenía mientras leían el veredicto en imitar

con los cordones de una cortina que tenía cerca el nudo de la horca, y en echarlo por fuera de la ventana, para que lo viese la muchedumbre de la plaza.

En la plaza, llena desde el alba de tantos policías como concurrentes, hubo gran conmoción cuando se vió salir del tribunal, como si fuera montado en un relámpago, al cronista de un diario,—el primero de todos. Volaba. Pedía por merced que no lo detuviesen. Saltó al carruaje que lo estaba esperando.

—«¿Cuál es, cuál es el veredicto?»—voceaban por todas partes.—«¡Culpables!»—dijo, ya en marcha. Un hurrah, ¡triste hurrah! llenó la plaza. Y cuando salió el juez, lo saludaron.

EL MONUMENTO DE LA PRENSA.

LOS PERIODISTAS DE NUEVA YORK.

Grave incidente.—La devolución de las banderas al Sur.—Los veteranos y Cleveland.—El Presidente no debe substituirse á la Nación.—El irlandés O'Brien.—Honores á Mc. Glynn.—Proyecto de una Catedral protestante.

En un vapor embanderado venían ayer del Cerro de los Cipreses, cuajado de tumbas, los periodistas de Nueva York y sus amigos, que, como quien va á una gira, fueron á las ceremonias de entrega de la columna, sin elocuencia ni mérito artístico, que señala el lote donde reposan los periodistas muertos.

El aire, es verdad, limpio en aquella altura, hablaba más de vida que de muerte; y como colegiales en vacantes se aprovechaban los llena-columnas de aquella hermosa hora libre.

Los discursos mismos, más que lazos de crespón, parecían copas de champaña.

Acá no se teme mucho á la muerte. El periodista sobre todo parece verla venir sin miedo: ¡tiene tanto el periodista de soldado!

Hasta extrañó, como una nota falsa en aquella linda escena bajo el cielo vívido, el discurso patético en que Chancey Depew, el orador de moda, el candidato encubierto de los repu-

blicanos de Nueva York para la presidencia próxima, lamentó demasiado la muerte, acaso porque él vive feliz.

¿Llorar por los muertos, por los que descansan, en este cerro matizado de asfodelos, bajo estos cipreses de música tan suave, ante esta bahía, taza azul donde hierve el universo, en este estío fogoso? ¡Oh, no, reir será mejor!: reían y aplaudían.

Si los muertos se hubieran levantado de sus tumbas, no se habrían enojado, no, habrían pedido de merendar á sus compañeros.

Vivieron con honor: ¿á qué vivir más? Sus camaradas, tristes todos bajo aquella apariencia de júbilo, les habrían dicho al oído: «Ya deseamos ir á reposar como tú.» Se dicen «tú», aunqúe no hay «tú» en inglés, todos estos periodistas.

Acá la muerte es otra cosa.

Cuando sí movía á las lágrimas la escena,—fue cuando, al compás de los cipreses, cantó el coro, como la humilde protesta de tantos trabajadores ingloriosos, «¡Manos cansadas oh, manos cansadas!»

Venían alegres en el vapor embanderado.

Hablaban de todo: De una joven que ha escrito un buen drama. De cuán duro es para los principiantes abrirse camino en esta prensa de negocio. De cómo cayó ignominiosamente en un ortigal el globo cuyo viaje sobre el Océano había anunciado el *World*, dueño de la empresa, con tamaña pompa.

De la maravilla del *Evening Sun*, el diario de la tarde de á centavo donde siguen juntándose con arte admirable la viveza en la noticia, y la literatura, la literatura gráfica y viva en el estilo, no aquella pompa clásica, jerga de libros y hueca imaginería de los diarios inútiles y académicos.

Hablaban de cómo crece la fama de original y sutil que goza Frank Stockton, el nuevo novelista: del peligro de muerte que acaba de correr Ella Wheeler Wilcox, la poetisa de los «Versos de Pasión», joven y célebre, la que con el producto de su primer libro compró, en un ajardinado recodo, una casita para su madre anciana, y hoy se vuelve á su hogar en el Oeste, cansada de la vida oficinesca y fea de esta parte avariciosa de los Estados Unidos: hablaban de la novedad del colegio de Packard, que cada viernes invita á un pensador notable á dialogar con los discípulos sobre las teorías corrientes: de la otra novedad de otro colegio, el de Parker, en Brooklyn, cuyas alumnas, guardadas por su directora y su maestra de francés, van á Europa, aprovechando las vacantes de verano, á tomar en los museos y en las ciudades famosas, lecciones vivas de arte y de cultura. Celebraban, recordando la fiesta del día, los variados talentos de aquel hércules mental, el doctor Woods, á quien llegaron á llamar «el gran condensador americano», no porque usase pocas palabras, que usaba muchas, sino porque en cada una encerraba un pensamiento.

El arte de escribir ¿no es reducir? La verba mata sin duda la elocuencia.

Hay tanto que decir, que ha de decirse en el menor número de palabras posible: eso sí, que cada palabra lleve ala y color.

Celebraban á los dos periodistas jóvenes de más boga, Robert Bonner, leal al *Puck*, y Joseph Howard, que sabe lo de Ovidio, y ha ganado fama siendo amable. Quiere que digan de él lo que Arsène Houssaye hace decir de sí á aquella maga Sophie Arnould: «Algunos lo transforman todo en serpientes y culebras: yo vertiré olas de perlas, de rubíes y de topacios.» Hablaban en francés; mas, se veía á muchos de ellos, como si el periodismo preparase especialmente á la elegancia, vestidos con la soltura y nitidez francesas.

Iba un grupo hablando de la amistad del americano como Henry James y Paul Bourget, ambos obreros finos, cuando el vapor, como espada que vuelve á la vaina, encajó en su ancho muelle: unos rompieron á correr, atropellándolo todo rudamente, para llegar á sus diarios antes que los rivales con las noticias de la fiesta: otros, puestos en vía de amor por el día grato, siguieron por entre los álamos del Parque de la Batería, autorizados por lo cercano de la noche, según la etiqueta neoyorquina, para ofrecer el brazo á las damas: algunos se entretuvieron en ver desembarcar una bandada florida y parlera de familias de inmigrantes italianos, en cuyas manos una

niña vertía cariñosa los dulces que compraba de la cesta de una arrugada irlandesa: los más compraron de prisa el *Evening Sun*, donde leyeron con asombro las fieras palabras con que Fairchild, un general de la guerra civil, maldijo el pensamiento, autorizado por el Presidente dos días antes, de devolver al Sur, en vez de tenerlas amontonadas en un sotabanco, las banderas que las tropas del Norte le habían arrebatado en los combates.

***

Hubo una reunión de veteranos. Ya se sabía que el Presidente había dado la orden de que las banderas del Sur fuesen devueltas.

Se comentaba, se desaprobaba.

Entra Fairchild, con su manga colgante. Asalta la Presidencia sin esperar por las formalidades de uso.

«Se ha dado la orden, dice, de devolver á los rebeldes sus banderas: ¡paralice Dios la mano que escribió la orden: paralice Dios el cerebro que la concibió: paralice Dios la lengua que la dictó.» Hubo un breve silencio, un ruido de hombres que se ponen en pie, y un formidable y dilatado hurrah. La pasión de partido hizo presa al punto de la generosa indiscreción del Presidente; y no muerden con más deleite los lobos hambrientos al mastín encadenado que el que la prensa hostil á Cleveland muestra ante este anatema, inspirado, más que en el amor á las victorias sobre el

enemigo, en la ira política, la ira del republicano contra el demócrata, la ira, mezclada con desdén, del hombre de armas contra el que esquivó la ocasión de llevarlas, la ira del soldado pedigüeño contra el empleado público que no consiente en que, abusando de los recuerdos gloriosos, se distribuya el tesoro nacional en pensiones militares injustas.

Es cierto. Cleveland autorizó la devolución de las banderas; los veteranos protestaron; la prensa avivó el fuego. Cleveland, ante la censura aparentemente unánime con que ha sido recibido su acto, ha recogido la orden.

Pero ¿no han estado devolviéndose espontáneamente sus trofeos los regimientos que se despojaron de ellos, muerte á muerte, en el odio de la batalla? ¿no devolvió Grant mismo su espada á Lee en el instante en que se le rindió con todo su ejército, en Appomattox? ¿no dijo el gran Sumner, con palabras gloriosísimas, en lo más vivo y apasionado de la guerra, en plena casa de Representantes, en la hora de júbilo de una reciente victoria, que «era inoportuno» manchar las banderas de la Unión escribiendo en ellas, como se acostumbraba, el nombre de las batallas en que los rebeldes hermanos habían sido vencidos? ¿no quiso hace dos años Robert Lincoln, el hijo de Lincoln, siendo ministro de la Guerra de los republicanos, devolver estas mismas banderas, las banderas cuyos colores encendieron en el asesino Booth la idea de matarle á su padre?

¿no es el general Dunn, el secretario del ministerio de la Guerra, que solicitó la orden, hombre crecido en las filas de la Unión, desde la bayoneta hasta la estrella? ¿no acaban de abrazarse con alegría visible, y de cambiar colores, los veteranos del Norte y los del Sur, en los simulacros militares de Washington, bajo los balcones de la Presidencia?

Todo eso es verdad. Pero lo es también que el partido republicano fue desalojado inesperadamente del poder, no por los demócratas, sino por Cleveland: que, convirtiendo en derecho la consideración, la mayoría de los veteranos recompensados en su día y en varias formas por sus servicios á la patria, se habituaron á mirar los puestos públicos como cosa tan suya, á más de regalada y pingüe, que su moderación misma no ha valido á Cleveland para suavizar la ira de los que, hechos á la violencia y al goce de los empleos, ni entienden de turno de poderes, ni dejan de ver en el Presidente al que los ha despojado de una propiedad en que no admiten condueño.

El odio á Cleveland, nacido entre los veteranos principalmente de esas dos causas, se ha enconado por aquel marcado desvío del Presidente, más justo que cauto, hacia las cosas de la milicia, que estima él respetable, mas no cuando sus intereses y arrogancia mantienen viva en el Norte la suspicacia contra el Sur, por la cual aun no se ha podido entrar de veras en aquel período de fusión entre las dos seccio-

nes, que será por sus resultados cuando llegue, como ha de llegar, uno de los sucesos más fecundos y pasmosos de cuantos recuerdan las edades. Lo que Sumner, republicano, pensaba ya en medio de la guerra, eso piensa Cleveland, demócrata.

Pasmo es el patriotismo, pero es plaga cuando se hace oficio de él. El mejor modo de mantener al vencido en el estado de espíritu necesario para vencer, es mantenerse en pie, ante él, como vencedor. Todo lo que recuerde la derrota es un incentivo á la guerra. La guerra se hizo, cualquiera que fuese su pretexto, para acabar con la esclavitud.

Las causas menores que aceleraron la guerra dependían de esa causa esencial, que la produjo.

¿Donde están hoy los esclavos? ¿Para qué volvería el Sur á levantarse?

¿Cómo han de entenderse de buena fe los hombres de ambas secciones en las grandes cuestiones públicas, mientras el Sur tenga que mantenerse armado en espíritu contra el Norte, que lo mira como á extraño y no pierde ocasión de marcarle la frente como traidor y echarle al rostro el estigma del vencido?

Tiempo es ya de que eso cese, se dijo Cleveland: tiempo es de que desaparezca de la discusión de las cosas públicas ese inicuo argumento de la guerra, con que el partido republicano, acorralado y sin armas que emplear, excita la pasión militar en los soldados,

que van á su vanguardia, y el miedo al rebelde en los que no quieren ver á la nación empeñada en una campaña desastrosa.

Y en todo ha seguido Cleveland esa noble política: en traer á su consejo á rebeldes distinguidos, en visitar personalmente la que fue capital de la rebelión, en dar puestos públicos de nota á temidos sudistas, en ir mermando la importancia excesiva que las asociaciones de veteranos, conservados para fines políticos más que para piadosas memorias, lograron obtener, con resultado funesto, durante el gobierno de los republicanos, interesados en tenér á su lado á los representantes vivos de la defensa de la Unión. Hay, sí, muchas asociaciones de veteranos demócratas; pero tal es el espíritu de cuerpo que sofoca el de partido, así como éste se sobrepone generalmente al amor á la patria. También los veteranos demócratas, encariñados con su oficio y con los puestos públicos en que la costumbre los ha ido prefiriendo porque los ejercieron bien, fueron desde el principio hostiles á Cleveland, que no entiende por qué el interés de trescientos mil hombres bien atendidos por la Nación, haya de perturbar las relaciones de sesenta millones de ciudadanos y absorber sumas enormes, so pretexto de pensiones, del tesoro; hostiles á Cleveland, que mandó en uso de su derecho un sustituto al ejército en la hora de pelear, y no sabe cuán temible, cuán ciega, cuán terca, cuán susceptible, cuán difícil de desconocer

para un gobernante cauto es la hermandad que se juran tácitamente los hombres en el peligro de la muerte: ¡tan poderosa es, que subsiste después que el odio ha acabado, entre los ejércitos rivales!

¿Cómo dió Cleveland de soslayo, como asunto de rutina de una secretaría, como decisión suya personal, un acto que por su espíritu había de conmover á toda la Nación? ¿Cómo no vió que las banderas tomadas á los rebeldes, y cedidas al Congreso por sus captores,—por el Congreso, que es la única voz legítima de la República, habían de ser devueltas á los que prometen no mirarlas ya sino como reliquias de extraviado valor? ¿Cómo, dejándose llevar de aquel brusco desdén de la enemistad interesada, que ha de saber domar el gobernante, no consultó siquiera sobre la entrega de las banderas á aquéllos que con sus propias manos las capturaron, á los generales que antes los condujeron á la victoria y hoy los representan?

¿Cómo, por desarrollo desmedido del concepto de sí, que es dejo venenoso del poder, creyó que en un acto grave en que tiene derecho á ser oída la Nación, podía sustituirse á ella?

Por lo mismo que el acto era glorioso, debió dejar que la Nación lo hiciera. Hubiéralo insinuado, y la gloria hubiera sido toda suya, sin el deslustre de este atrevimiento.

¡Aquí no puede nadie subirse sobre su pueblo, ni aun para ser virtuoso!

¿Y qué era eso de pretender robarle una gloria á la patria?

Véase cómo la virtud tiene defectos, y cómo en un gobernante, el acto de virtud mayor es su modesto y constante acatamiento á la suprema autoridad de su república: ¡el oficio es guiar, no sustituirse!

Acaso creyó Cleveland, en el júbilo de la buena obra, que el Norte todo se la entendería, sir ver que el odio político no duerme, y se complace en afear toda hermosura; sin ver que la Nación no permite, ni debe permitir que nadie obre en vez de ella, aun cuando sea en bien, para que esta derogación voluntaria de su autoridad en un acto justo no pueda ser tomada mañana como precedente por un tirano en un acto alevoso!

La censura ha sido en coro. Al Presidente no le son permitidas brusquedades ni ignorancias. Si el Congreso era el único autorizado para devolver las banderas ¿cómo no lo supo antes de hacerlo? ¿Cómo pretendió hacer por sí aquello que hubiera sido el canto último de una epopeya que hicieron todos, y en que no fue él quien más hizo?

Los pueblos deben ser como éste, susceptibles. Las banderas deben devolverse, pero para gloria nacional, y en un acto grandioso: por este encono mismo de los veteranos en su triunfo se demuestra que deben devolverse: puesto el caso ante el Congreso ¿quién duda que las devolverá, sobre todo ahora que Lee,

el primero entre los jefes vivos de la rebelión, el sobrino de su caudillo, el gobernador de Virginia, acaba de decir: «Al que ataque ahora la bandera de la Unión, désele muerte en seguida?»

Pero las heridas se les han reabierto á los veteranos del Norte con el incidente, y uno de ellos dice, mientras Cleveland aguarda á que por la bondad general de sus actos se le excuse éste, ligero y arrogante, esta frase que anda en todas las bocas: «Conque ¿devolver las banderas? bueno: aquí dentro tengo una bala de ellos: que se la devuelvan!»

* * *

¡De tanto habría hoy que hablar! Del irlandés O'Brien, que vino á perorar sobre los desmanes de los agentes de Lansdowne, el virey de Canadá, contra sus arrendatarios en Irlanda, y luego de recibir ovaciones y pedradas de uno y otro partido de los canadenses, se negó, por fútiles pretextos, por miedo á los pobres, á aceptar la demostración de los obreros de Nueva York, «para no comprometer á Irlanda apareciendo en una demostración presidida por el que presidió la conferencia de un irlandés puesto por Inglaterra fuera de la ley:» ¿por qué aspirar á grandezas los que no tienen tamaño para ellas? La grandeza es difícil: ¿qué excusa femenil es esa, aquí donde un arzobispo católico aparece en público con sacerdotes protestantes; aquí donde Beecher, un sacer-

dote, da la mano á Ingersoll, al propagandista del ateismo, para que suba á la tribuna, donde le estrecha la mano otra vez, y tributa público honor á su sinceridad y á su talento? Habría hoy que hablar de la procesión enorme con que el pueblo de Nueva York festeja al padre Mc. Glynn, con ocasión de haber sabido que está para caer sobre su cabeza la excomunión, que no será argumento para que el padre Mc. Glynn abandone sus pobres, su cruzada «contra la pobreza», su templo nuevo que todos los sábados rebosa, su campaña en pro de la devolución de la propiedad de la tierra al Estado, su fe en la «determinación de Dios y en la fraternidad de los hombres.» Habría que hablar de los colosales festejos de verano que ya se preparan, en proporciones estupendas, en las vecinas islas: de las escuelas industriales, modelo de las de instrucción primaria: del recuento de saber que se hace aquí en esta época con ocasión de los exámenes: de cómo van siendo ya tantas en número y tan buenas en clase las universidades de ciencia como las de mera literatura. Pero de lo que sí hemos de hablar cuando la idea esté ya bien á punto, es del deseo de las iglesias protestantes de levantar, por sobre todos los edificios metropolitanos, una catedral que desde mares y campos se divise, y domine los atrevidos palacios de negocios, las espiras de piedra parda de las sectas viejas, los campanarios relamidos de los templos estéticos, las dos torres

blancas, aun no acabadas, de la catedral católica. Catedral debiera hacerse, porque los edificios grandiosos entusiasman, conservan y educan; pero no catedrales de ritos, á que los hombres sólo se apegan para salvar su hacienda y privilegios en esta hora obscura, y son, más que catedrales, murallas, y más que altares, parapetos; sino una de arquitectura nunca vista, donde se consagrara la redención del pensamiento y fuese el entrar en ella como en la majestad, y como sublimarse en la compañía de los héroes, vaciados en bronce; ¡y las puertas, siempre abiertas! La libertad debiera ya tener su arquitectura. Padece, por no tenerla.

SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS.

Ciudadanos y propietarios. — Adelanto de los indios. — La escuela "Ramona." — Cleveland enfermo. — Influjo creciente de la mujer norteamericana. — Mrs. Cleveland. — La recepción de año nuevo. — El historiador George Bancroft. — Bosquejo de su carácter y de su obra. — Cómo trabaja en su ancianidad. — Un tipo del carácter nacional.

New York, enero 3 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Dos días antes de la muerte de Logan había decretado el Congreso la ciudadanía de los indios.

Ya son propietarios definidos, á tantos acres por cabeza, de las tierras que hasta ahora habían poseído en común, y como menores sugetos á un guardián. En veinticinco años no podrán vender ó gravar sus tierras, para que los especuladores no los engañen; pero ya cada cabeza de familia tiene ciento sesenta acres suyos, ochenta cada mayor de dieciocho años ó huérfano, y cuarenta cada menor de dieciocho.

Y todo indio que acepte este arreglo, ó entre de propia voluntad en la vida civilizada, queda por la ley investido de la ciudadanía, y podrá votar, como es justo, sobre las contribuciones que paga y el gobierno á que debe obedecer.

Como cada tribu posee según tratados mucha más tierra de la necesaria para el repartimiento que marca la ley, manda ésta que lo que reste del común de cada tribu se venda, en virtud de lo que se disponga luego, para emplear el producto en el bien de los indios. ¿Quién que lea osará decir que no es el indio capaz de apreciar el bien que se le concede?

De las escuelas de Hampton y de Carlyle salen convertidos en artesanos y labradores los más fieros comanches y winebagos. Como el irlos colocando en casas de familia es uno de los medios de educación en ambos institutos, se ha visto que los campesinos se encariñan con su inteligencia y lealtad de manera que les cuesta trabajo abandonarlos.

Lo que escriben los indios de las escuelas á sus casas tiene una sabia ingenuidad que recuerda los poemas. Ya hay cinco mil indios educándose voluntariamente en las escuelas públicas.

¿Qué más? En una escuela de Filadelfia en que se educan mezclados indios y blancos, de doce premios que hubo en el último mes, nueve fueron para indios: y ya se sabe que no es acá adonde se ha de venir para caridades vacías ni alarde de sentimiento.

¡Qué contenta estaría si viviese aquella noble mujer que hizo en pro de los indios con un libro lo que la Beecher Stowe hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom*, Helen Hunt Jackson, que escribió esa novela encantadora de la vida californiana, *¡Ramona!* Allí la vida nueva, luciente y olorosa, el choque y apetito de las razas, la liga de las castas y la iglesia, la elegía de la pobre gente india. Salud y piedad infunden en el espíritu aquellas páginas artísticas y ardientes, y se sale del libro como de la agonía de una flor, con el alma avarienta de concordia. La admirable mujer, muerta hace años, reposa sobre un cerro de la linda comarca donde vió padecer tanto á sus indios: ¡lo saben ellos, que le tienen la tumba llena de ofrendas y de flores!

Ahora acaba de fundarse una gran escuela de indios, para prepararlos de una vez á la ciudadanía, y le llaman como el libro de Helen Hunt:—la escuela Ramona.

* * *

Para recibir á una diputación de indios quejosos dejó hace unos días su cuarto de enfermo el presidente Cleveland. El mando le ha llevado los colores del rostro. Padece de obesidad y reumatismo. Padece también de ansia, porque su partido no da señales de ajustarse á su plan de reformas, ni de apoyarle en la candidatura para el próximo período presidencial contra el aspirante que ofrezca repartir los empleos públicos como despojos de la victoria.

Dijo Cleveland, cuando solicitaba la presidencia, que los magistrados no debían ser reelectos; pero ¿qué tiene el poder, que envenena las mejores voluntades? Todo hace creer que pone el mayor empeño en ser nuevamente electo candidato, ya por el gozo de vencer con la fuerza de la opinión que lo aplaude la resistencia insidiosa de los enemigos de su propia comunión política, ya porque crea que con el prestigio del poder tiene más encantado y sujeto el cariño de la linda criatura que le tocó por esposa: ¿quién se libra de ser hombre?

Crece de un modo singular el influjo de la mujer en los oficios y negocios viriles de la república, aunque visiblemente disminuyen la salud de la casa, y la santidad de la existencia. Da frío ver en las almas.

Una cosa es que la mujer desamparada tenga profesiones en qué emplearse con decoro; una cosa es que la mujer aprenda lo que eleva la mente, y la capacite para la completa felicidad, por entender y acompañar en todo al hombre, y otra cosa, que la fuente de todas las fuerzas, el cariño entre hombre y mujer venga á parar en un contrato de intereses y sentidos.

No es que falte á la mujer capacidad alguna de las que posee el hombre, sino que su naturaleza fina y sensible le señala quehaceres más difíciles y superiores.

Aquí hay damas banqueras, ferrocarrileras, empresarias de ópera: á tanto llega la variedad é importancia de su acción que casi todos los

diarios han fundado recientemente en sus ediciones semanales una sección sobre «Lo que hacen las mujeres,» ó «Mujeres distinguidas,» ó «Las mujeres en el comercio y la política.»

Una es venerable de una orden de obreros: otra es una jugadora de cuenta en la Bolsa; otra abre un teatro de comedia nativa, ó va á París á comprar á Sardou, su *Teodora* de avalorio: otra, la esposa del secretario de marina, dice esta frase contra sus censores: «yo peleo mejor con los puños que con la lengua.» Ayer mismo se publicaba el programa del nuevo partido de los trabajadores, donde se anuncia que debe pedirse en la próxima convención constitucional del estado de New-York el voto para todo mayor de veintiún años, sea mujer ú hombre.

Pero ninguna de estas damas despierta el cariño mostrado en todas partes á la joven esposa del Presidente, que á la faena ingrata de trabajar como el hombre, prefiere la más útil y difícil de consolarlo.

Tiene los ojos de un azul claro, y los pensamientos. Sale á compras en christmas sin que la conozcan, y entra en las tiendas pobres, «porque le da pena que no venda esa pobre gente.» Lleva las manos repletas de chucherías, y se para en la acera á comprar un muñeco de cinco centavos de un caballero vendedor que no es mucho más alto que él.

En público, no hay quien no vuelva la cabeza para mirarla, por la sencilla dignidad con que

lleva su alto puesto. En su casa, gusta de amigas jóvenes, y se sube por sillas y consolas á colgar el gabinete de flores y ciprés en noche buena «para que tenga ocasión de alegrarse su marido.»

Ayer fué la recepción de año nuevo en la Casa Blanca, y la concurrencia salió prendada de ella. De nadie esquiva la mano, y la da á todos sin miedo, á negros y á blancos. Estaba cercada de bellas mujeres, que la acompañaban en las labores de la recepción, pero como es la más tierna y afectuosa, parecía la más bella.

* * *

Hubo en la recepción el largo enojo, la procesión de las tres horas, el dar de manos á todos los que llegan. Rehuye Cleveland las cortesías innecesarias sin ver que toda cortesía es útil, y no hacen mal esos dulces engaños. Pero las de año nuevo son ineludibles, y la casa se llena de caballeros pintorescos, de diplomáticos ostentosos, de pretendientes tenaces, de viajeros y admiradores.

Una cabeza blanca había, que se llevó sin embargo todas las miradas. El hombre se siente consagrado en los ancianos.

* * *

Era George Bancroft, el autor famoso de la historia de los Estados Unidos. Ya va para el siglo y todos los días monta á caballo. A las cinco se levanta y se sienta á preparar el trabajo del día.

Tiene la capacidad, acaso porque ha vivido feliz en un pueblo hecho, de repartir sus horas, lo que es cosa excelente para los cráneos bien criados. Odia la prisa, y tiene su vida en compartimientos, como sus datos.

A las ocho de la mañana ya ha almorzado, y dicta, compagina ó relee con su secretario hasta las dos de la tarde, en que con lluvia, nieve ó sol monta á caballo, y vuelve luego á la alegría de la casa ó á los goces sociales, á que es dado, hasta las diez de la noche en que les pone inflexiblemente punto.

Este orden se le ve en el rostro sano. La frente, redondeada en lo alto de las sienes, se levanta por las cejas. Brillan bajo las cejas los dos ojos, astutos y vivaces como los de las codornices. La nariz dantesca cae al labio apretado y lampiño. La barba nívea le cuelga sobre el pecho. No tiene el rostro expansivo y piadoso, como de quien ha vivido más para otros que para sí; pero por su ancianidad y gloria se le ama, por su obra formidable que completa, por sus amigos célebres é históricos, porque es el siglo vivo.

Todo lo grande de estos tiempos le ha tratado de cerca. Él fortaleció en Alemania la simpatía temible por la fuerza, que ojea el carácter norteamericano.

Allí estudió filosofía, lenguas, poetas. Dante, Milton y Bacon eran sus libros favoritos. Con el metódico y elocuente Heeren se apasionó de la historia. Asistió como familiar á las

tardes filosóficas de Scheiermayer, aquel floretista de la razón, enemigo de Hegel.

Creyó en Kant, y en su mundo á priori, en el que las corrientes históricas se desenvuelven como fuerzas fijas á que obedece el hombre, en vez de guiarlas. Conoció á Gœthe, estirado, formal, vano, robusto; un Narciso de mármol, que le dijo que Byron había tomado de su *Fausto* á Manfredo. Conoció á Byron, ofendido, generoso, ardiente, que le habló de Gœthe con cariño y asombro; y le aseguró que no había leído el *Fausto*. Vió demudarse á Byron cuando, al poner el pie en un buque, creyó hallarse en frente de mujeres inglesas; ¡así ponen las urracas á los ruiseñores! Viajó por las tierras madres. En Inglaterra tuvo á Macaulay por amigo.

Semejante hombre creyó deber ser administrador de aduana, singularidad perdonable, porque merced á ella pudo aliviar con un empleo pingüe la pobreza de Hawthorne, aquél que bajó al espíritu, y escribió luego *La Letra Encarnada*. Y los que se burlan, —como hay grandísimos bellacos que se burlan, —de las capacidades prácticas de los caballeros de letras, deben saber que Bancroft fué un admirable administrador y Hawthorne un puntilloso empleado.

Lo que á los hombres de letras suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto les produce el dolor de no hallarlo en todo, y una noble pereza de trabajar en las cosas fútiles que no llevan á ello.

No así George Bancroft, que es de esas mentes claras y tranquilas, en que el placer justo de sí y la soberbia de la raza quitan espacio al deseo, que engendra penas. ¿A qué repetir lo que el anciano ha hecho? Ha contado su pueblo.

Su lenguaje es ameno, caliente y un tanto pomposo. Estudia la historia por días, y en sus borradores cada día tiene un buen número de páginas.

Seduce lo que cuenta; pero le falta ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro, y hace perdurables á los caracteres. Mas, ¿quién no envidia esa obra imponente, y esa salud asegurada en la vejez por la paz del alma y el gozo del trabajo?

¡Ah! ¿Por qué ese anciano, á quien todos saludaban el día de año nuevo, fue aquel mismo ministro de marina que ayudó, con pretexto inícuo, á despojar de California á México? La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad agena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad á la casta. En un mero soldado, la rapiña puede ser natural; pero todo atentado contra el derecho, en tierra propia ó agena, es crimen en un hombre de pensamiento. ¡Por eso no seduce el rostro de Bancroft!

REVISTA DE LOS ULTIMOS SUCESOS.

DESCRIPCION DE LA PRIMERA VOTACION DE LAS MUJERES EN KANSAS.

Objeto de la ley que concedió el sufragio á la mujer.—Helen Gougar.—Cómo condujeron las mujeres su campaña.—Espíritu y métodos: heridas en la boca.—Blancas y negras.—Escenas del día de elecciones.—Resultados.

Reseña de las elecciones que han demostrado el considerable progreso del partido obrero.—Victorias y semi-victorias.—Se pide que sea un partido americano.—Chicago derrota á los obreros, por haberse ligado con los anarquistas.

La "nueva cruzada" del Padre Mc. Glynn.—Ovación á Mc. Glynn en el Teatro de la Opera.—Espíritu y forma de su cruzada.—Por la "nacionalización de la tierra, y por la conciencia."

New York, abril 10 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:* (de México)

Asesinatos misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua en la Quinta Avenida; ¿qué son esas burbujas de una hora, comparadas á los grandes sucesos en que se ve cambiar el mundo? Cierto es que suceden en estos Estados Unidos menudencias muy interesantes.—Catherine Wolpe, soltera sexagenaria, luego de

haber ayudado en vida á muchas caridades, deja su colección de cuadros, que vale como un millón de pesos, al Museo de New York.— Los judíos, simples mercaderes, cuando no prestamistas, en los países donde se sienten mal queridos, fundan aquí al seguro de la libertad grandiosas escuelas de artes y oficios, más útiles y amables que el comercio, que «el camarada de la noche.» —Los obreros de Bessemer encienden á una todas las hornallas, desatan las válvulas todas, repican sobre sus yunques con todos sus martillos, levantan con sus potentes fuelles columnas de chispas de cien metros de alto, enrojecen el cielo nocturno con el resplandor de su formidable bienvenida para festejar la cura del rico obrero, del escocés generoso, del autor de *La Democracia Triunfante*, de Andrew Carnegie.— Los indios amansados en la escuela de Hampton componen, con su lengua de colores y gracia abrupta y nueva, una comedia matizada de himnos, para celebrar con el concierto de todas las tribus, con discursos de sus mujeres, con versos ingenuos de sus mancebos, ocupados en la labranza, con patéticos coros que acaban clavando la bandera de los Estados en una ventana, floreada para recibirla, el día de emancipación, en que la ley de repartimiento de las tierras ha sacado al indio de su puesto en el rebaño común para levantarlo á ciudadano terrateniente y cabeza libre de familia: Charles Dana, el amigo constante de la li-

bertad, imagina publicar un diario de la tarde á centavo, un *Evening Sun* travieso y resplandeciente, donde la vida entera, en sus fases variadas y movibles, se desborda de los párrafos vivos y robustos, como champagne bueno de copas de oro labradas á martillo;— Herndon, el amigo y socio de Lincoln en sus días primerizos de Springfield, anuncia que va á revelar en un libro curioso todo aquello por donde la vasta naturaleza del « Honrado Abraham » es más pintoresca, ignorada y profunda: sus comienzos rugosos, sus varios amoríos, su hogar inquieto y triste, lo interior de su ánimo, punzado á veces por la pasión hasta privar de fuerza al cuerpo hercúleo: se verá como un grande sicomoro abierto por un lado de un hachazo, por otra parte vencido por el viento, pero con luz por entre las hojas y con pájaros revoloteando por las ramas!

Que Cleveland pasea á caballo todos los días para traer á menos sus carnes presidenciales; que un amigo del arte ofrece trescientos pesos cada año al artista joven que pinte el mejor paisaje; que Sarah Bernhardt, fatigada con el esfuerzo de complacer á los bostonianos, estos atenienses con armadura, se desmayó al salir de Boston; que el gentío se agolpa en las vidrieras á ver el retrato en que aparecen juntas la Langtry y la Bernhardt, bonaza y sentada la una y fogueante y en pie la otra. Pero ¿qué es todo eso comparado á las barcadas de inmigrantes que se desgranan al sol de Abril por

las calles repletas; á las peleas de los católicos por sacar de una vez la mano de la Iglesia de sobre la libertad, al derrumbe visible de los grandes partidos políticos que han pervertido en el mundo los ideales que les dieron vida, al alzamiento victorioso de la clase trabajadora en un partido nuevo que aprende en sus errores la manera de no volver á caer en ellos, á la creación espontánea de una masa resistente en que se amalgaman sin miramiento ni rencor los de opuestos partidos que ven sus privilegios atacados por los gigantes á quienes tenían sujetos con frágiles ligaduras? Ya cruje bajo el peso de una inmigración innecesaria y excesiva, esta República que comienza á pensar en cerrarle sus puertos. Ya se nota el decidido propósito entre los católicos criados en tierra libre, de abandonar la Iglesia antes que ceder de su libertad. Ya se ve cómo van deshaciéndose, por no entrar en los tiempos con desinterés y previsión, los partidos políticos antiguos, atentos sólo al bienestar de sus secuaces. Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado «las masas», como se llaman á sí mismos, de otro lado «las clases»;—los «ciudadanos», republicanos ó demócratas,—los partidarios de la « Ley y el Orden. » Pero ni aun eso iguala en novedad y riqueza de color á la primera elección política en que han votado las mujeres en el Estado de Kansas: notable bullicio, nerviosa energía, los modos muy agresivos, el

fin puro y confuso, la originalidad poca, un instrumento—esta vez, al menos, de las pasiones é intereses—de los hombres.

***

La Legislatura del Estado, compuesta contra lo usual de republicanos, necesitaba ensanchar el sufragio de modo que favoreciese á su partido, arrollado siempre en Kansas por la mayoría demócrata: por eso acordó conceder el ejercicio del sufragio á las mujeres «nacidas en el país», asegurando con esta condición en su provecho el voto femenino, puesto que á la vez que excluía á las naturalizadas, en su mayor parte demócratas, se allegaba á las negras, que ven á los republicanos como sus libertadores y habían de asir con júbilo, como han asido, la ocasión de encararse ante las urnas con las que veinticinco años hace eran sus dueñas. La gente de Kansas, como toda la del Sur, es demócrata.

Helen Gongar, una agitadora del Estado vecino, era el alma de esta nueva empresa. Ella esgrime la pluma política, trata en secreto con el partido que la ayuda, defiende con elocuencia los «derechos de la mujer» y la urgencia de purificar con su intervención el sufragio pervertido: ella propaga, viaja, organiza, ensaya sus huestes, da puntos á sus oradoras, aterra con sus denuncias á sus enemigas. «Nadie me detenga, porque voy con la verdad.» «La inmundicia desaparecerá ante mí, como

ante el huracán el polvo.» ¿Por qué ha de espantar á esta mujer la política? La política, tal como se la practica ahora, ¿qué es más que mujer? Todo se hace en ella á hurtadillas, con insinuaciones, con rivalidades, con chismes: los hombres entran en ella con colorete y polvos de arroz, como las máscaras: al que asoma en ella con amor á la patria y franca lengua, lo escarnecen, lo aislan, lo acorralan, lo expulsan: ya no es coraza la que usa la política, sino corsé flexible: ¡bien está la mujer en este arte de mujeres! Helen Gongar conoce á sus hombres. «Votadme — les dijo — en vuestra Legislatura republicana, esta ley que he redactado yo misma, concediendo el sufragio á las mujeres, y yo os ayudaré en las elecciones á sacar triunfantes á los candidatos republicanos.» De lejos pueden verse estas cosas como maravillas; pero á ésta, como á todo lo maravilloso, ha de vérsele de cerca. Adelanta en los Estados Unidos, aunque con lentitud, la idea de conceder el voto á las mujeres, pero en Kansas no fue adoptada la ley por razón de alta humanidad, sino en virtud de ese trato mezquino. La política, que debía ser el arte de salvar á los pueblos, ¿no es el arte de los servicios mutuos?

Helen Gongar cumplió bien su palabra. En nada ha tenido que envidiar á la de los partidos experimentados la organización de las mujeres. En cada ciudad se creó una junta directora. Las juntas visitaron los salones de

beber y las casas odiosas. Redactaron su programa de moralidad: la verdad es que de vez en cuando los hombres necesitan sentir en la espalda el hierro encendido: «¡Publíquense, dice el manifiesto de las juntas, los nombres de los que abandonen de noche sus hogares para convertirse en brutos babeantes ante los mostradores de las cervecerías! queremos casarnos con hombres á quienes podamos respetar, no con cuadrúpedos: publíquense los nombres de los que asisten á las casas de vicios!» «La hacienda la dejaremos á nuestros hermanos los hombres.» Ellas crearon comisiones de distrito, fueron casa por casa procurando votos, congregaron en reuniones privadas á las votantes antes de la elección, para conocer sus fuerzas y disponerse á parar los golpes enemigos. Como saben que la honra es lo más caro á la mujer, atacaban á sus contendientes en la honra. El odio, rezago inevitable de la esclavitud, envenenó el combate. «Las de abajo,» las negras ¿cómo no habían de aprovechar la ocasión de hermanarse con las que un día las azotaban, y hoy mismo las esquivan y desdeñan? «Las de arriba,» las «dueñas,» cómo habían de llevar en paz que su lavandera, su cocinera, su esclava de ayer, pudiese, por una hora al menos, lo mismo que ellas pueden? Así fue que comenzaron á desacreditar á Helen Gongar, á preguntar por sus moralidades, á hacer ascos á la masa de negras que había acudido con júbilo al registro á ofrecer á sus

criadas favor ó dinero en cambio de sus votos, á luchar por el triunfo de los demócratas, los «dueños» de ayer, contra los republicanos, ayudados por las antiguas esclavas. Eso echó á volar todas las cortinas de las casas: No quedó fama viva: «Vuestras moralidades sí son impuras!» les grita en un discurso Helen Gongar: «estas negras mías lavan y planchan, pero su hombre es su hombre, y no tienen dos puertas en su casa, una para el marido que paga las cuentas y otra para los lindos oficiales!» La ofensa era graneada, de un bando y de otro. Las de arriba, convencidas por la ira, se inscribieron al fin en el registro, de que al principio se apartaron. Se oía en las ciudades la noche antes de las elecciones, abejear la cólera.

Con el sol se abrieron las casillas de las urnas, cuyos alrededores están en Kansas limpios de grupos, porque la ley, para evitar querellas, manda que haya un espacio de cincuenta pies entre la casilla y los votantes. Esta vez hay dos hileras, una de mujeres y otra de hombres. Se hablan poco, porque se temen. Hay muchos rostros descompuestos, porque la ira saca al rostro todo el cieno del alma. Van y vienen cargados los carruajes que los republicanos pagan á las negras. Son damas y han de ir en carruaje! Las negras ostentan en toda su pompa los trajes de domingo. Las «dueñas», que van llegando en sus carruajes propios, toman puesto detrás de

sus criadas en la hilera:—«¡Eh, Atanasia!» grita un negro travieso á su mujer, que espera en la otra fila: «¿votas por el demócrata?»—No: «¡por el republicano!»—«Pues mira, vámonos á casa, porque mi voto mata el tuyo: el brazo, Atanasia!» Y alegremente se van de bracero; pero Atanasia vuelve sola y vota por el republicano. Dos señoronas quieren comprar el voto á una negra: los hombres intervienen: los puños acentúan pronto las palabras: espárcense, como el maíz por el aire las votantes. Vota una anciana de ochenta años: «¿qué he de hacer, mi señor?» responde á un cronista el lindo viejo que fuma su pipa en el portal, junto á una silla vacía: «¿qué he de hacer,—repite mirando á la silla:—la mujer fue á elegir porque el cura le dijo que votara.» Estallan los aplausos, es que pasa la oradora elocuente, la mulata Stevens, que habló en la tribuna pública, acompañada de dos jueces y señoras de rango, ¡pues no todas han de apartarse de los humildes, y hay quien goza en irlos levantando! .

Al fin, la batalla cesa: no se ha peleado á lo púgil, sino á lo serpiente: hay brazos que llevan para toda la vida la mordedura. En la pelea se notó demasiado encono. Para el olvido no hubo la noble rapidez con que en el gozo común por el triunfo de la libertad, suelen ahogar los hombres sus contiendas. Las mujeres, como los hombres, ayudaron al que las ayudó. Las negras, como los negros, votaron

por aquellos que miran como sus emancipadores. En la propaganda se ha notado más ahinco, más fuego, más inquina, más fuerza apostólica que las usuales entre hombres. Lo nuevo que hicieron—la denuncia de las casas odiosas—lo hicieron con brío. Muchas mujeres obtuvieron puestos públicos. Una había que aspiraba á la presidencia del Municipio. En Stockton, á poco sale nombrado un Ayuntamiento de mujeres. En Garden City una mujer ha sido electa Tesorera municipal para el entrante año. Un candidato al Corregimiento, que tiene fama probada de galantería, ganó la elección por considerable número de votos.

* * *

Véanse ahora otras elecciones: las que han estado á punto de poner en manos de los trabajadores las ciudades más poderosas de la República: Chicago, San Luis, Cincinnati. El partido que asomó hace ocho meses con la candidatura de Henry George en New York, ya se insinúa en el campo, arrebata falanjes enteras á los partidos antiguos decrépitos, y en su segundo esfuerzo reaparece organizado y triunfante en las capitales de más riqueza é influjo. Sucede lo que en estas cartas se ha previsto: Los trabajadores, los reformadores vehementes que los dirigen ó combaten á su lado, están decididos á luchar juntos por las vías de la ley para obtener el gobierno del país, y cambiar desde él las relaciones de los ele-

mentos sociales. Lo que les falta para el triunfo, ó para estar en disposición de aspirar con probabilidades favorables á él, es su constitución definitiva como partido americano, libre de ligas con los revolucionarios europeos.

Y eso adelanta, porque Powderby, el jefe de los Caballeros del Trabajo, se sacó de sobre el pecho hace pocas noches una bandera de los Estados Unidos, y ondeándola entre aplausos por sobre su cabeza, declaró que esa era la única bandera «digna de ser seguida por los libres norteamericanos.»

Asombra á los que no conocen la virtud de la libertad esta confianza del país en que ninguno de sus hijos ha de comprometer su gloria. Acá el hombre se siente orgulloso de la fábrica nacional, y no atenta contra ella porque ha ayudado á crearla. Le saca lo podrido, le humedece las cerraduras, la orea de vez en cuando, levanta paredes nuevas, repone sus puntales; pero no la echa abajo! Ese es el arte secreto de la libertad: que ha puesto al servicio de la virtud el egoísmo. Hasta lo que se ha hecho mal se le ama, porque se le ha hecho.

Acaso se ven aquí con gozo, no por inconsciente menos eficaz, estos sacudimientos periódicos de la conciencia pública, estas apariciones pujantes y agresivas de los grandes problemas. Todo prepara aquí á eso. Los debates continuos, brutales á puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de

expresar su opinión y atender á la agena. Enorme es el beneficio de vivir en un país donde la coexistencia activa de diversos cultos impide aquel estado medroso é indeciso á que desciende la razón allí donde impera un dogma único é indiscutible. El espectáculo constante de la pujanza, antes incita á desearla que á temerla, tanto, que puede decirse que acá es delito, en las ideas como en los hombres, presentarse sin ella: un puñetazo les inspira respeto, pero al saludo le enseñan la espalda. Y en cuanto á lo súbito, place á este pueblo ocupado, salir de una vez de lo que le embaraza.

Pero si la Nación no desconfía de lo que en ella puedan hacer sus propios hijos, sí se la nota rehacia á que le pongan mano irreverente los que no entienden su estructura, los que traen en los huesos odios extraños, los que no han creado su juicio en las instituciones á que intentan aplicarlo. Crecen rápidamente, con energía tal que el Papado mismo se les plega, los Caballeros del Trabajo. Vése adelantar con inesperado favor la teoría de George sobre la devolución al Estado de la propiedad de la tierra. Acatan á Mc. Glynn, el Pedro de la nueva cruzada, los diarios y magnates que antes de conocer lo numeroso de sus huestes le ofendían. Vencen, ya vencen, en ciudades tan populosas como Milwaukee los trabajadores, que en su primera aparición como cuerpo político han sacado triunfante á su candidato.

Por unos quinientos votos, acaso por un fraude en el recuento, ha sido derrotado el candidato obrero en la ciudad soberbia que disputa á Chicago el imperio del Oeste, en Cincinnatti. En San Luis, otro emporio, tuvieron cerca el triunfo. Pero en Chicago les volvió la espalda el voto, y demócratas y republicanos, unidos con júbilo en la aversión común al destructor advenedizo, obraron como un partido solo, el partido de los que conservan, contra los trabajadores imprudentes, que por miedo á perder el voto de los anarquistas, consintieron figurar al ladó de los que destruyen.

No hubo en Chicago pases ni ocultamientos. Quedó en veinte mil el voto obrero, que se esperó ver llegar, como en New York, á setenta mil. El candidato para Corregidor de la ciudad, un talabartero inteligente, se enajenó la confianza pública, por no haber osado condenar en un discurso, brillante por cierto, la bandera roja, cuyos pliegues albergaron la bomba que esparció la muerte entre los heroicos policías, cuando los motines de la otra primavera. Los trabajadores mismos se volvieron contra el talabartero. Los «ciudadanos», olvidando en el peligro de lo esencial las diferencias menores, se reunían en las calles en patrullas, como cuando se prevee guerra; y en masa depositaban su voto unánime contra el candidato favorecido por los anarquistas. Los rencores políticos se olvidaron ante la alarma social. Hombres de opuestos partidos se abra-

zaban en las calles al publicarse la derrota del candidato de los obreros. Allí, donde se ve de cerca el riesgo, donde los descontentos se encuentran por docenas de millares, donde se oye en los sótanos los pasos de los ingratos huéspedes que se disponen para vomitar la muerte sobre la ciudad que les abrió sus brazos, donde se ha visto ya el humo y la sangre; allí se juntan por instinto contra los invasores todos los que tienen algo que defender de ellos: la hacienda ó la libertad. Eso se vió en New York en el otoño, cuando confundiendo malignamente la reforma que George capitaneaba con el programa de los anarquistas, obtuvo Henrit, el candidato demócrata al Corregimiento, que votase por él, gran número de republicanos. Eso se ve en cuanto dice Chancey Depew, que tenía á Grant en reserva, mimado por los ricos, como campeón de ellos en la venidera lucha, y ahora que Grant ha muerto, se pone en lugar suyo, agrupa á su alrededor las clases que tienen qué temer, y es su jefe en la milicia de la palabra. Eso se ha visto en Chicago, donde legiones de «ciudadanos,» olvidando querellas recientes de republicanos y demócratas, marchaban sobre las urnas á votar contra los anarquistas con el mismo paso marcial, la misma mano pronta, la misma mirada encendida con que los soldados marchan al combate.

***

Sí, hay mucha noticia menor. Sullivan, el

pugilista, ha visitado en la Casa Blanca á Cleveland. Blaine, que anda encendiendo votos por el Oeste, ha caído enfermo. Dos yachts, el «Coronet» y el «Dauntless», han cruzado á toda vela el Atlántico de Marzo en una regata famosa. La Langtry, que vive en una casa encantada, pinta á la hora en que sus amigos la visitan, los vasos de porcelana que realzan luego el escenario de su teatro. Recogen fondos para poner techo de hierro á un colegio africano. Descubre una compañía de ferrocarril que todo un departamento de empleados, ochenta empleados, tenían organizada una asociación de robos al camino. Aumentan entre los republicanos los partidarios de la candidatura de John Sherman á la Presidencia, de John Sherman que habla como hablaba Grant, de que «el águila extienda sus alas,» de que «América,» esto es los Estados Unidos, «anime y ayude á nuestras repúblicas latinas.» Los demócratas acogen en público con grandes festejos á uno de sus candidatos á la Presidencia, á Hill, que gobierna ahora el Estado de New York, merced al arte menguado de administrar el puesto público para el provecho exclusivo de los que en consideración de esta paga lo encumbran. Pero enano queda todo eso ante la apasionada ovación con que los católicos neoyorquinos recibieron al cura Mc. Glynn, cuando les predicaba la otra noche sobre «La Cruz de la nueva Cruzada.» «El discurso —dice un diario hostil al sacerdote—fue una

de esas soberanas oraciones que mudan la faz de los pueblos, y abren época en la historia.» Allí predicó, como la cura de la agonía social en estos grandes pueblos, el retorno de la propiedad de la tierra á la Nación, tal cual se hacía en la vieja Irlanda: allí resplandeció su rostro benigno como sólo el rostro de los oradores cuando se sienten amados de su pueblo, resplandece allí, con palabras que hendían y lucían como hierro encendido, marcaba, entre coros de vivas, á esos cegadores de la luz que andan poniendo librea á la dignidad y caperuza á la conciencia. ¡A la felicidad, hombres humildes, porque el himno más grato á Dios es la dicha de todas sus criaturas! ¡Mientras haya un hombre infeliz, hay algún hombre culpable! ¡Antes se levantaban cruzadas de guerra para rescatar el Santo Sepulcro: ahora levantaremos cruzada de paz para que no sea un sepulcro la vida! Y si os dicen que yo, cura católico, no tengo el derecho de hablar con los hombres sobre la manera de que sean más felices, yo, cura católico, os digo, en el umbral de esta era nueva de la humanidad en que ha de ser vencida la miseria odiosa, que por sobre púrpura y por sobre mitra, por sobre cónclave y sobre tiaria, por sobre domos y espiras eminentes, está, en las cosas del hombre, la conciencia humana! En sustancia, eso dijo. Lo mismo va diciendo á enormes asambleas, por las ciudades populosas. Aquella noche retemblaba el teatro. Como lanzas han

quedado clavadas las frases. No sabía aquel frenético concurso estar sentado. Duraba minutos el ondear de los pañuelos. Mc. Glynn vestía levita cerrada, no sotana. Muchos curas católicos, muchos, aplaudían con ardor: uno había, á quien todos besaban la mano, de barba muy blanca. Y tres niñas pusieron á los pies del amado pastor, del párroco depuesto por el arzobispo, tres cestos de rosas.

ACONTECIMIENTOS INTERESANTES.

MEXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Una reina en Washington.—La reina Kapiolani.—El "hanikaa," y el tierno "aloha-de."—Honores á la reina.—La hermana del Presidente va á dar clases de historia.—Sus méritos.—Su carácter.—Su independencia del hermano.—Va á dirigir una escuela en New York y á redactar una Revista.—La mujer americana.—La Feria de Vacas en Madison Square.—Primera visita.—Las lecherías y las lecheras.—La vaca Mary Ann.—Certámenes y premios.

Carácter religioso de la reforma social.—La reforma no está limitada á los trabajadores descontentos.—La "Sociedad contra la Pobreza."—Una nueva iglesia.—Adelanto notable de la Sociedad.—Un discurso de George.—Reunión entusiasta.—"¡Nuestra cruz va marchando!"

New York, mayo 9 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Hay una reina en Washington. La hermana del Presidente empieza á trabajar de maestra de escuela. Un millonario llevaba en su boda un traje de lana gris. Una inmigrante alemana ha estado trabajando de labriego y cantero durante un año en ropas de hombre para ganar el importe del pasaje de sus padres. Está New York en seco, sin que dejen vender ni licores ni vino los domingos. Las «nuevas fuerzas políticas,» como las llama el ardiente

John Swinton, han establecido con soberano éxito una especie de iglesia dominical, bajo el nombre de «Sociedad contra la Pobreza.»

Se habla á las claras de anexar el Canadá á los Estados Unidos. Dice el *Sun*, de New York, en un artículo lleno de justicia para México, que los capitalistas americanos dejarán perder un excelente negocio si no obtienen las concesiones necesarias para construir por sí las obras del desagüe del valle. Al día siguiente publica el *Sun* una carta que no puede menos de tener qué hacer con el artículo, en que se elogian calurosamente los planes del ingeniero Garay. Los diarios de ayer celebran, con recomendaciones del Gobierno mexicano, «la justicia y energía que muestran» las dolorosas ejecuciones de Nogales. El *Herald* de hoy dice que no ha de pensarse en los Estados Unidos tanto como se piensa en la conveniencia de adquirir los Estados del Norte de México, para evitar el problema social con la abundancia de tierras libres que repartir entre los descontentos, «porque toda la tierra buena de esos Estados está ya distribuída en vastas concesiones, poseídas en gran parte por especuladores norteamericanos, de modo que su adquisición, aun cuando pudiera realizarse honradamente, sólo añadiría, caso de que añadiese algo, una pobre extensión á la tierra pública de los Estados Unidos.» Hay, pues, que pensar en lo que se hace y se publica estos días por estos pueblos rubios, mientras las oropéndolas cuidan de sus

nidos en los árboles del Parque, cubiertos de hojas frescas, y se publica en castellano con láminas lujosas la traducción de Bonalde de *El Cuervo*, de Edgar Poe, el día mismo en que los viejos del pueblo de Fordham, donde su mujer, estenuada, se le quedó muerta en los brazos, cuentan que el pobre poeta, flaco y lívido, se aparecía como un fantasma por los campos vecinos, pidiendo un trabajo que jamás hallaba, á la hora triste en que su madrina leal, disimulando el hambre de la casa, se iba por los cerros menos visibles del pueblo, recogiendo verdolagas para la comida de la tarde, «¡porque le gustaba la verdolaga mucho á Edgardo!»

***

La reina que está en Washington es Kapiolani, esposa de Kalakawa, el monarca de Hawaii, con quien están en buenas amistades los ingleses, que saben de tiempo atrás cuán prudente es tener en todos los mares islas propias ó amigas; así es que á Inglaterra va Kapiolani ahora, que es la ocasión primera en que deja á su tierra de guerreros y volcanes altos, para acudir á los festejos con que celebran los ingleses el 26 de Mayo, el jubileo de la poderosa Reina Victoria. Dicen que Kapiolani, sí tiene una majestad, y es la de ser buena y haber fundado en su reino, aunque no sabe de lenguas cultas, un hogar para los leprosos, de los que hay muchos en aquella tórrida isla. No va vestida aquí, como en su

país, del haulukan nativo, blanco y suelto como el tipo poético de las indias payaguaces, sino que lleva vestido de seda negra y gorra, con los cuales se presentó en un banquete de ceremonia que le daban, por parecerle más propio de una reina, «siendo ya tarde para cambiar de vestido, el cumplir en traje humilde su promesa, que el faltar á la hora fija por entretenerse en mudar de traje.» Lo que, por supuesto, pareció muy mal á la gente republicana de Washington. Pero con su llaneza y agradecimiento ha cautivado la reina Kapiolani, tan alta de virtud como de estatura, el afecto de la gente sensata; y dicen que va tan contenta de lo que ha visto en Washington, de las fiestas en que la han estado paseando, del banquete solemne dado en su obsequio por la Casa Blanca, que cuando partía el tren donde iba á Boston, lloró como quien deja el lugar en que ha amado, y dijo tiernamente el adiós de los de Hawaii, el «Aloha-òe», el «¡te amo!»

* * *

Y es verdad que Rosa Elizabet Cleveland, la hermana del Presidente, la que hace un año apenas dirigía aún las fiestas de la Casa Blanca, viene á New York con el glorioso Otoño, que es aquí todo pompa y grandeza, para empezar su trabajo de profesora con una humildad que las iguala.

Pues es historia, lo que ella viene á enseñar,

mientras su hermano preside la nación libre más populosa del globo; es historia patria; con lo que su lenguaje que tiene el rojo ígneo y el aroma acre de las hojas poéticas de Octubre, y baja en lluvia viva de colores como ellas, y como ellas se arremolina vistosamente al viento, también, como ellas, sobre la tierra caerá á guardar el fuego sacro en los corazones: porque ¿de qué vale, ni qué asegura aprender la vida práctica en un pueblo si no se habitúa el alma al trato heroico de los que han sabido vivir para conservarlo ó morir, cuando ha sido preciso, en su defensa? Aquí se aprende, por el caimiento evidente de los caracteres que sólo la inmigración mantiene y repara, lo que fuera de aquí no debe olvidarse: un pueblo de patriotas fanáticos ó imperfectos, es preferible á un pueblo de egoístas.

¿Y no es hermoso eso que va á hacerse aquí con tanta sencillez, la hermana en su silla de maestra, enseñando cómo vivió Washington, cómo ordenó Hamilton, cómo aconsejó Franklin, cómo murió John Brown;—el hermano, que también fué maestro de escuela, presidiendo, desde la Casa Blanca, la nación?

Ella, por ser mujer, no cree que ha de ser carga. No le parece decoroso vivir de otro, ni de su hermano, cuando puede vivir de sí. Su hermano tendrá su decoro y se enojará acaso de verla ganar su vida; pero ella tiene el suyo. ¿Ni qué falso decoro sería ese de tener á menos que la familia del Presidente, del empleado

más alto de la Nación, trabajase en el empleo más venerable y grato, en aquel dulce empleo de maestro en que sirve mejor á los hombres y se padece menos de ellos? No. Ella tiene fama merecida de maestra de historia. Su estudio sobre Juana de Arco ha merecido aplausos franceses. No se puede escribir sobre Carlomagno nada más bello y juicioso que lo que ella ha escrito. Antes de que su hermano fuese Presidente, ella gozaba fama en las escuelas del país, é iba de una en otra durante la estación de las conferencias, explicando, con su inspirado lenguaje, las bellezas dignas de imitación en los grandes caracteres.

Y como un pan no estorba, ni está en la mente yankee perder la oportunidad de colocarse con provecho, no sólo viene de maestra de historia, sino de conduefia del colegio en que la va á enseñar; y es justo que le pague su nombre y su fama, sin que esos quehaceres le estorben para escribir, también como dueña, en el *Magazine of American History*, que en manos de hombres fue una quiebra ruidosa, y en las de la mujer que hoy lo dirige, de la señora Lamb, es una de las más prósperas y amenas publicaciones americanas. Sí, hay que venir á ver esta tierra, donde de veras el mundo se cambia, se transforman los conceptos antiguos, y por la fuerza de la libertad y de la batalla por la vida parecen mudar de constitución mental, ensancharse, crecer los mismos sexos.

Vamos ahora á donde mañana irá todo New York, á la «feria de vacas,» en Madison Square. Hay que criar las alas, y que ejercitar las manos. Bien es que Rosa Cleveland enseñe historia en su lenguaje flameante, y es bien que los ricos de New York, los mismos que han regalado en estos días al Museo del Parque Central cuadros famosos, organicen para estímulo de la industria una exhibición que va á ser célebre, de vacas lecheras. «El Partido» irá á verlas despacio, para contar á los agricultores lo mucho que enseñan, pero ya hoy son interesantes, aun cuando en la confusión de los trabajos preparatorios no alegran las pintorescas lecherías los banderines y las luces, las músicas y las lecheras agraciadas, en sus vestidos de alemanas y de suizas, que dicen han de ser cosa de verse. Las veremos. De una de ellas cuentan que es positiva maravilla, con ojos de Lalla Rooth, y manos «hechas á cebar lechones,» como las de la Inés de la cena de Alcázar. Pero de esa no hablan los caballeros del queso y la mantequilla, con los labios rasos y la barba en halo, que han venido de los condados en que se produce la leche á ver cuál vaca da más; si la de Jersey, la Guernsey, la de Holstein ó la de Ayrshire: ellos hablan de Mary Ann, la triunfadora, la vaca de Ontario, que vale veinte mil pesos, y es hasta hoy la que más mantequilla ha dado de sus ubres. En Madison Square sucede todo eso, sobre la arena misma que hace pocos domingos cubrían

los católicos fervorosos que tienen aún las palmas encendidas, por lo mucho que aplaudieron al cura Mc. Glynn, y á los que con elocuencia y fuerza de apóstoles lo acompañan á él y á Henry George, en su «Cruzada contra la pobreza.»

***

Anoche no eran los aplausos en Madison, sino en el teatro más espacioso de New York, en la Academia de Música. Ya esto es religión. La verdad es que se saltaban las lágrimas de gozo. El público no era de ganapanes, sino de gente modesta que quiere hacer bien: ¿á qué hay que añadir que había más mujeres que hombres? En el escenario estaban las coristas, coristas voluntarias, vestidas de blanco. Presidía un anciano elocuente, que ha empleado sus últimas fuerzas en llevar la bandera de los trabajadores, las fuerzas que le quedaron de su empeño glorioso, cuando juró no vivir si no veía libres á los negros esclavos. Todo el teatro estaba en pie cuando las jóvenes vestidas de blanco, á los sones del órgano, prorrumpieron en su himno al trabajo. El anciano trémulo y Henry George cantaban. Cada estrofa acababa en un conmovedor y vibrante aleluya y una salva de aplausos.

«La pobreza es injusta,» decía Henry George, en su discurso salpicado de sabia ironía, de patéticos recuerdos, de familiares abandonos, de aquellas sentidas y profundas palabras en que se revela su ardiente concurso con los do-

lores humanos. «No queremos quitar á nadie su riqueza, sino crear más riqueza de la que hay. Cada vivo, el negro más infeliz, el niño mísero que nace sin pañales en una casa de vecindad tiene derecho á la extensión de tierra necesaria para nutrir su vida, puesto que nace.»

¿Cómo los ingleses pueden estar adquiriendo para especular millones de acres de tierra en América, y se muere de hambre en América, por falta de tierra en qué trabajar, más de un millón de americanos? El producto de lo de todos sea para bien de todos. No queremos repartirnos la tierra, sino libertar de trabas las industrias para vivir barato, imponer sobre la tierra el único tributo, y aplicar á los gastos del Estado y al beneficio de sus habitantes, la renta de las tierras que al Estado pertenecen y él alquila á los que las trabajan. Mientras haya un pobre, á menos que no sea un perezoso ó un vicioso, hay una injusticia. No queremos hacer ricos á todos los hombres, sino congregarlos en buena voluntad para estudiar juntos la manera de constituir nuestro pueblo de manera que las madres no tengan que echarse á los pozos con sus hijos en brazos, por no poder saciarles el hambre. Cuando á ésto se llega, la sangre hierve en las venas; y hay que hacer algo.

Llovían los pesos sobre las cestas en que depositaba la colecta la congregación. «¡A mí, á mí la cesta!» decían de todas partes, pobres irlandeses, alemanes bien vestidos, mujeres de

holgada apariencia, un viejito que se levantaba sobre su báculo y tenía á su hijo al lado. Un ejército en marcha parecía, puesta en pie, la enardecida concurrencia, cuando, al acabarse la fiesta solemne, las coristas vestidas de blanco cantaban á los sones del órgano: «¡Nuestra cruz va marchando!»

PRIMER ANIVERSARIO DE LAS BODAS DEL PRESIDENTE.

Mrs. Cleveland en Washington.—Gran reunión de señoras en el Corregimiento de Brooklyn.—La mujer americana.—La oradora irlandesa.—Las maestras alemanas.—Sociedad antropológica de señoras.—La americana de ayer y la de hoy.

New York, junio 10 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

QUIÉN seguirá á Blaine, que viaja astutamente por Europa, dando tiempo á sus rivales para que caigan, por sus excesos de palabra ó su prisa en la acción, en las mismas redes que le tienden? ¿Quién asiste á los tristes funerales de un hombre que por sus artes de político, por su insignificancia misma, como tantos otros, llegó á la vicepresidencia de la República, y hoy desaparece, olvidado por ella, como deben serlo todos los que de ella se han servido, en lugar de servirla?

Más que de Wheeler, el vicepresidente muerto;—más que del francés Masquerier, que ante gran concurso de curiosos celebra la terminación del mausoleo en cuya piedra ha

cincelado su doctrina sobre la distribución por cuadrados iguales de la superficie de la tierra; —más que del globo corto y ventrudo que el *World* de Nueva York echa al Atlántico, para tener sobre el periódico la atención pública;— más que del congreso de tribus indias, donde Slikay Pahanah, cabeza de los Osages, excita á los nómadas de las praderas, á que «se sometan á la educación, su única esperanza»;—más que de las leyes que tienen en seco á la ciudad de Nueva York, donde los que quieren beber vino los domingos en los hoteles y cafés, han de hacerlo á hurtadillas, y en tazas;—más que de exámenes, de muertes, de abusos, de querellas políticas, de carreras y juegos, de simulacros marciales, habla la prensa de cómo, á la dulce manera de las cogujadas, pasean el Presidente Cleveland y su linda mujer, para celébrar el aniversario de su conocimiento de la dicha, por las amables soledades donde florecieron, entre pinos y almendros, sus bodas: allí parecen acudir de preferencia, por lo recatado y frondoso del ramaje, las aves viajeras á levantar sus nidos: allí no deslustra el polvo de las calzadas, las hojas jugosas, que al medio día se vuelven hacia el sol, encogidas y dormilentas, como las novias en los días de estío, reclinan la frente, ya al cerrarse los ojos, sobre el hombro del esposo amado; allí no turban la quietud tropeles de velocipedistas, ni bandadas de caminantes, ni lides de pelota, ni el estruendo de caracoles y bocinas con que

anuncian sus pasos los coches de camino, pintados de amarillo, con la imperial henchida de beldades de quitasol rojo, que es lo de moda aquí estos meses para recorrer el campo, con otro coche atrás lleno de viandas y de vinos, en vistosas cestas: allí unas pozas pródigas, de donde á la mañana se alza la bruma á vuelo tardo, diciendo con sus últimos girones donde abunda la pesca, brindan al Presidente, amigo de la caña y el anzuelo, ocasiones propicias para vencer en ingenio á la avisada trucha.

Con razón se dice en castellano «¡ese es un trucha!» porque no hay pez que guste más de su comodidad, ni ande con tal cautela, ni examine mejor el cebo, ni esquive con más gracia los amaños de sus enemigos.

Por eso sin duda interesa tanto la pesca al Presidente; porque pescar es combatir, es ver en la sombra, es conocer los misterios de la naturaleza, es adivinar los hábitos del enemigo oculto, es demostrar en la pelea con el animal que se es una bestia superior: por eso les lucen los ojos á los pescadores, y al Presidente le lucían, cuando sacaba con sus propias manos del cestón el pescado vencido; no éste ni aquél, que cayeron en lance común por engullirse la «mosca» de cebo donde va el anzuelo—y ha de ser lanzada á lo recto y con habilidad para que el mucho ruído no espante el pez—sino aquélla, la corpulenta, la de siete libras y ojos sanguinosos, con la que sostuvo un duelo de horas, porque primero le coleó la mosca en vez de

echarse sobre ella, y luego, en cuanto sintió fría el agua y se encapotó el cielo, se acogió á su cama en lo hondo, hasta que por fin, aprovechando el pescador el romper del sol para echarle una «mosca» de forma nueva, salió á la luz el animal engañado, y se clavó el anzuelo en las mismas agallas: allí está, boquiabierta, desencajada y repulsiva: ¡así han de ser por dentro los que estrujan y oprimen al hombre, así como los pescados vencidos por su gula, son por fuera!

* * *

No es Cleveland, como otros presidentes, amigo del fausto de las grandes ciudades: ni tiene, como algunos de ellos tuvieron, ese amor sano al caballo á que se apegan los criados en la faena campestre ó en las batallas; ni gusta, como los ostentosos presidentes del sur, de lucir troncos fuertes en bellos carruajes. No es como Washington, hecho desde niño á quebrar potros y á cuidar con solicitud de sus establos, como que era su gozo mayor, después del de servir con desinterés á su país, el irse por los bosques husmeando la zorra en su traje de cazador, chupa azul, vestón rojo, calzones de ante y botas altos. Ni es como Jefferson, el sobrio Jefferson, que no desdeñaba en el vestir los terciopelos y el encaje, pero salía á fortalecerse la mente cabalgando, é iba en su caballo querido el día en que recibió en el Capitolio la Presidencia, para lo cual se apeó de su montura, la ató al cercado, y entró sin

más ceremonia á prestar el juramento. Ni es como Grant, cuyo leal Cincinatti sabía aguardar suelto á su amo, sin impacientarse ni huir, á la puerta de las casas donde iban de visita.

Cleveland gusta de ser llevado en su amplio carruaje por las tardes á la hermosa quinta que, por amor á su mujer, compró en las cercanías de Washington; y cuando, como ahora, está de vacaciones, es su alegría mayor entrar por el bosque acompañado de su Acates, su astuto secretario Lamont, hasta dar en unos rápidos donde hay buenas camadas de truchas, mientras se ocupa su mujer, del brazo de una amiga de colegio, en ver cómo en un mimbral vecino van rompiendo sus huevos alunarados las crías de becadas: un perro hecho á la caza de ala la acompaña, pero ni la becada se asusta, ni el perro le salta encima, porque durante la maternidad exhala el ave un aroma distinto del que excita á los perros á la caza!

Sigue á la joven esposa un coro de alabanzas en su peregrinación al consagrado retiro. Todos celebran su modestia afable, su lealtad y llaneza con sus amigas de situación humilde, su cortés memoria de rostros y de nombres, su conversación varia y prudente, siempre nueva con cada visitante, y su suave influjo sobre Hércules.

El partidario que él espanta, se lo devuelve ella. No siendo muy notable, él olvida al que ve, pero ella no; ella estrecha la mano y mira dulcemente en los ojos á cuantos la saludan;

ella conoce la historia y pretensiones de cada concurrente; ella recuerda á tiempo los hechos honrosos cuya memoria ha de halagar á aquellos prohombres á quienes no se ha de tener por enemigos: ¡filtro será, pero un aplauso de mujer hace que parezcan más numerosos y vívidos los astros! Ella da, sin cansarse, la mano á dos mil personas en cada recepción pública; ella, en las más privadas, habla á cada cual de lo que le interesa, y le hace hablar de sí, y como si estuviese en su casa propia; ella no solicita encopetadas amistades, sino que trae de su sencilla ciudad de Buffalo á sus amigas de colegio, y las honra en la casa presidencial como á singulares huéspedes; ella, la mujer del Presidente, recibió en las últimas ceremonias acompañada de una pobre niña, hija de un empleado obscuro.

Con un traje gris y un sombrero de paja anda ahora visitando nidos, mientras en Washington desempolvan sus servidores los retratos solemnes de la Casa Blanca, plantan los redondos canteros de deslumbrantes tulipanes, y hablan, como de una heroína, de una joven de notable belleza que, en vez de aguardar esposo anciano y rico, un magnate, un senador, acaso más, elige para compañero á un periodista pobre, de frente pálida y mejillas un poco hundidas. A las amigas que la censuraban por no haber aguardado á algún senador, Miss Dolph ha respondido:—«¡Esperaremos el senado juntos!»

Muy distinta de la del retiro campesino era la escena ayer en la oficina del corregidor de Brooklyn. Llenas estaban de carruajes las cercanías de la Casa Consistorial, de mármol toda, frente á un palacio de oficinas de ladrillo rojo cuyo elegante y calado minarete se destaca, con reflejos de lacre, sobre el cielo azul. De seda y enjoyadas habían venido á ver al corregidor cien damas de Brooklyn; á debatir con él, conociendo su hostilidad á la idea, sobre la justicia de emplear en la junta de escuelas, que han de ser maternales, á dos mujeres, por lo menos, á dos madres. No eran pretendientes, no; sino la flor del señorío de Brooklyn; y «cualquiera que sea electa», bien Mrs. Stranahan, rica y llena de quehaceres benéficos, bien Mrs. Carey, que iba hecha una cesta de brillantes, bien Mrs. Seth-Low, millonaria y hermosa, «serviremos el puesto.»

Ellas alegan que falta ternura, desinterés, mujer, á las escuelas públicas: que la junta de New York debe ya mejoras serias á las dos damas que figuran entre sus miembros: que de los niños saben más las madres, puesto que los observan sin cesar, que los hombres, harto inquietos y alejados de la casa por las faenas de la vida: que las madres pueden determinar mejor los estudios que ama el niño, para ir educándolo en acuerdo con el desarrollo y curiosidad normal de su naturaleza; que sólo las madres, siempre benévolas, saben la tarea que el niño puede soportar sin fatiga; que siendo

las maestras mujeres, mujeres son las que más les entenderán y oirán sus quejas, y les irán sobre los defectos, y las tratarán con justicia: alegan que la escuela se extravía, que los niños se secan, que es urgente poner en la educación más sentimiento.

El corregidor fue todo angustias. Le argüían ellas con mejor palabra. En un senado no hubiera sido el debate más lógico. El discurso de la que pintaba la naturaleza del niño fue una espada de taza de fina cinceladura. Ardiente como las rosas Malmaison que adornaban su seno fue el resumen de una bella señora, sentada entre dos lozanos niños. «¡No han de ser nuestros hijos—decía otra—no ha de ser nuestra patria víctima de este sistema criminal de compadrazgos, por el que se distribuyen aquí los puestos públicos: los capataces de votos, los bebedores fuertes de las cervecerías, están envileciendo la nación: no hay delito mayor que poner en manos descuidadas, ó en gentes de corazón frío, la educación pública: ¿ha de ser nuestro símbolo el águila, ó el cuñete de cerveza? Mientras no se halle, que al fin se ha de hallar, otro modo de pagar los servicios políticos, ¡salve el pudor, al menos, los empleos destinados á crear los hombres que han de fundar más tarde los hogares, y de dirigir y defender la patria! ¡ya sobran las maestras nombradas por compromisos y favores; sobran los consejeros ineptos; hacen falta en las juntas de educación las que adivinan con su amor

el modo más propio de educar, y lo aprenden con la lección diaria y sincera de la vida!»

El corregidor se revolvía en su asiento. Ni una razón halló para oponérseles.

Que se adelantaría: que se tendría en cuenta: que la legislatura acaba de acordar que los puestos de maestra no se den por favor, sino por concurso; que por sí no lo tiene á mal, pero que no favorece la idea la opinión pública. «Eso no es—replicó casi en voz alta una dama afamada por su enérgica virtud—sino que faltan puestos para tener contentos á los amigos políticos, y sacrifican estos bribones, ni un ápice menos de bribones, la médula misma de la patria á sus necesidades electorales.» Parecían los diamantes brillar de ira. Llevaban las señoras al salir de la junta el paso vivo. Se habían caído todas las hojas de la rosa con que se adornó la solapa el trémulo corregidor. «¡Pues no ha de ser!» decía la millonaria, al poner el pie, calzado con un zapato de los que llaman aquí «sentido común,» en el estribo de su coche, «¡no ha de ser!: ¡á casa, á convocar á junta pública para el jueves que viene á todas las madres de la ciudad!» Y así quedan: convocándolas.

* * *

Ellas, las de más plata en el cabello, comentan los asuntos corrientes de religión y de política con aquel lenguaje aterciopelado y temible, como la zarpa felina.

Ellas, las irlandesas del barrio de St. Ste-

phens, exhortan á sus amigas, reunidas en la iglesia del padre Mc. Glynn para protestar contra la amenaza de excomunión que el papa tiene suspendida sobre el que fue su cura: «¡llevad á la procesión del 18 de Junio á vuestros hijos en los brazos, les decía la oradora, para que en los años futuros puedan honrarse con decir que ellos también tomaron parte en la protesta indignada del pueblo contra los que quieren aniquilar, sean nuestros papas ó nuestros arzobispos, al sacerdote más puro que tuvo nunca iglesia!»: y las feligreses la vitoreaban, y le echaban flores.

Ellas, las maestras alemanas, de Cincinatti, llenan el vapor *Suevia*, que las lleva á Alemania, donde van á pasar el verano, para aprender más de lo que saben, y besar las cabezas de los viejos, y volver con más ciencia, y con la fuerza que dan el amor satisfecho y el aire del mar, á las tareas amables del invierno. Ellas, las damas de Washington, las doctoras de los asilos de huérfanos, la decano de la Escuela Médica de Mujeres de Philadelphia, acumulan en memorias minuciosas, conforme á los consejos de la Sociedad Antropológica de Señoras que reside en Washington, los detalles todos del desarrollo de sus hijos, de sus enfermedades, de sus alimentos, de sus vestidos y costumbres, de su estatura, de su ascendencia y ambiente, todo lo cual es obra de cimiento, y capítulo de la ciencia de la patria, por donde se vendrán á hallar reglas sobre el mejor modo

de criar fuertes y alegres á los hombres, y se llegará á saber qué padres dan buenos hijos, y qué razas y pueblos son preferibles para la inmigración, cuáles no han de mezclarse, porque dan crianzas pobres. En las naciones se ha de estudiar cuidadosamente el animal, y de fomentarlo con ciencia y esmero.

Ellas, las de la generación anterior, las que se criaron en las «juntas de ciudad» y en la obra activa de sus iglesias, las que ayudaron al marido á levantar desde los tiempos modestos su fortuna, las que no nacieron de estos padres de ahora, tallados en un diente, febriles perseguidores de la riqueza, negociantes inmorales y sordos; ellas, las ricas que visten aún merino negro, auguran triste fin al pueblo ansioso donde el hijo estorba, donde no nace el matrimonio del amor, donde la conversación íntima, rebosante en vulgares apetitos, destruye el trabajo desganado y superficial de las escuelas, dirigidas por maestras cansadas de su condición y de alma poco amante.

Sólo que Junio no deja ver estas lobregueces, sino que, como si las mujeres y el sol tuvieran parentesco, se las ve florecer y aromar apenas Junio brilla. Casualidad será, pero los diarios están llenos de noticias de ellas. Ya que se casan, como si la mujer fuera ave de luz y tuviera, como las becadas, miedo de que la nieve resplandeciente denuncie al cazador su cuerpo airoso. Ya que inundan las playas y los caseríos, en sus trajes de blanco dril con

adornos azules, en que ahora marinean, ó en aquellos otros, audaces y ceñidos, con que juegan en parques y jardines, á la pelota y al «lawn tennis.»

Pero como más bella aparece aquí en Junio la mujer es en los colegios, donde acaba de echar alas, de soñar con su misión, de prepararse al combate y la fatiga, de aprender para maestra, para escritora, para médico, para abogado, para artista: allí es donde más bellas aparecen. Acaso porque inspiran más piedad. ¡Así nacen luego los hijos, astutos, egoístas y débiles, de estas almas desfloradas por el cuidado prematuro de la fortuna! A función ó á desdicha queda el hijo reducido, el hijo triste de los consorcios sin abandono y sin fe. Se extingue así en la generación nueva el elemento femíneo que salva á los pueblos poderosos y prósperos. Adquiere ¡quién lo dijera! la mujer americana el halo doloroso, el enfermizo brío, la hartura de conciencia, el desdén del amor, la colérica virginidad de las jóvenes rusas. Aquéllas, batallan por la patria: éstas, por sí. Fatigadas por herencia de padecer del hombre, se preparan contra él y solo aparentan cederle para aprovecharlo.

Junio no ve estas cosas. El colegio de Wells, en el austero pueblo de Aurora, viste de gala á su portero negro, y le ata al ojal una cinta amarilla y azul, para recibir de ceremonia á la esposa del Presidente, que de la soledad de la montaña irá á ver, en las fiestas de los premios,

á las que hace dos años eran aún sus compañeras, ya en escribir dramas, ya en imaginarse heroínas de ellos, ya en deshojar, como quien acaricia lo que no se ve, las flores agradecidas de la madreselva. Es fiesta, gorgeo y coro en los colegios todos.

El de Vassar saca sus hijos, retoca el artístico adorno de sus salones, invita á las damas de más prominencia para despedir con régocijos solemnes á las graduandos de este año. Las alcobas, dicen que parecen jaulas abiertas: las gozosas cautivas baten palmas y cambian sueños en los corredores del colegio de mármol: todas llevan al seno ramos de flores, orean sus trajes, disponen con coquetería sus libros, limpios y enteros á pesar del uso, en los aéreos anaqueles: guardan, bajo correas de cuero, sus apuntes de artículos, borradores de conferencias, dibujos ideales: ni lo agitado y ambicioso de la vida de su pueblo, que á la vez las fortalece y desfigura, ha podido descoger de sobre sus sienes el último velo rosado de la primavera: proyectan con una presunción encantadora.

Y como si la Naturaleza, la providente esfinge, quisiera prometer, á cambio de la vida que consume aquí la avidez nacional, nuevas vidas y galas, revuelan picoteando el césped por entre las faldas de las colegialas los lindos pechirrojos, y, cargados de flor, se entran por las ventanas de las alcobas las enredaderas.

HISTORIA DE UN PROCESO FAMOSO.

ÁSPERO VERANO.

New York en Julio.—La bahía de noche.—Un pánico en la Bolsa neoyorquina.—Caso extraordinario de soborno.—Causa y sentencia del millonario Sharp.—Escenas del Jurado.

New York, junio 30 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Sin brisa ni poesía arde en New York, cargado de pestes, el verano. Se suicidan los infelices á racimos: se desploman los caballos en las calles: en las plazas públicas se anda sobre hombres acostados: hornos encendidos de pútridas bocas parecen en la sombra las enormes casas de vecindad donde viven, á seis por cuarto, los obreros: las mujeres de los pobres, exasperadas y sedientas, se están hasta la madrugada en los portales, con sus niños sobre las piernas, moribundos: los niños, de pronto, exhalan un grito que se recuerda después como un remordimiento, y mueren: los más venturosos, embotado el ánimo, huyen á las playas vecinas, donde, después de un gra-

to viaje en los vapores, se representan escenas pintorescas de pirotecnia y espectáculo, en Coney Island «La caída de Sebastopol,» en Staten Island donde los cerros, con la falda verde cargada de casas, se adelantan á mirarse en el mar—«La caída de Babilonia.»

Anoche, por la majestad del río recamado por la luna, venía el vapor henchido de St. George, en Staten Island, que lucía á lo lejos, reclinado en la sombra, como un collar de cuentas sobre un seno africano.

Buscaban las parejas los rincones: muchos búfagos, rasa la cabeza y tachonada la pechera de brillantes, resollaban como si el sol, harto de ver vivir á los egoistas, les tuviera ya puesta al cuello la mano mortal: unos músicos pálidos entonaban una *Lucía* hasposa y famélica: una hija amable abrigaba con el chal, del sudeste traidor, al padre anciano: unas niñas negras acariciaban, con confianzas febriles, á unas muñecas blancas: un extraño, que cuando sabe tristezas de su patria no quisiera ver la luz, pasea, como huyendo, el puente vasto: del fondín que va á bordo sube olor á guiso de almejas y fetidez de cerveza: vació al fin el vapor la muchedumbre en las plazas y muelles, pero no para hallarlos en silencio, como están á esas horas, sino llenos de grupos locuaces, que leían ávidamente los alcances aún húmedos bajo las lámparas eléctricas. *The Evening Sun* acababa de publicar, á media noche, una edición extraordinaria: la

tenían ya todos: la compró el vapor entero: el grito de *¡Extra! ¡Extra!* tiene en Nueva York algo de toque de rebato. Los que comen dejan las mesas: los que van mimando á su pareja, la abandonan: los que andan, se detienen: el vendedor, con los diarios al hombro, en verdad vuela: cobra, cobra por supuesto, pero no se ve cuándo: solo un bellaco, al que responderán con un gruñido ó un chiste, les pregunta «¿qué es?»; lo frecuente es que le respondan, alargándole el papel, «¡cinco centavos!»

* * *

¿Cuál era la noticia? ¿un ferrocarril hecho astillas? ¿un vapor encendido, con el horror de los náufragos aumentando las llamas? ¿alguna nueva convulsión de la Bolsa? ¿algún delito público de esos que se cometen al amparo de la ley con el nombre de especulación? ¿algún pánico como el que acaba de desatar sobre el país pasmado el banquero Jay Gould, recogiendo de súbito sus préstamos, alarmando la plaza, acorralando el dinero, vendiendo á la baja sus acciones del ferrocarril elevado, espantando con el descenso que provocó en estas acciones las demás, todo para levantarse sobre estas ruinas, tumbos de millones, catástrofes y quiebras, dueño mayor del ferrocarril, cuyos socios menores, á quienes forzó á la venta de su parte, le estorbaban? ¡Hasta estos egoístas, al verse aventajados por ese maestro de su vicio, denuncian «al egoísta!»

«¡Cámbiese—dicen los mismos que viven de él—el orden legal que permite estas acumulaciones inmorales de riqueza, estos valores falsos y agitables, estos manejos inicuos en la sombra, estos desmoronamientos de las empresas más firmes del país al capricho de un jugador sórdido, este vivir de toda la nación como un teatro de títeres, suspensos de los hilos que lleva en los dedos nerviosos un rapaz barbudo, que hace veinte años vendía ratoneras!»

Pero no era esa la noticia, sino que el jurado, después de escandalosísimo proceso, acababa de declarar culpable de soborno, con pena de penitenciaría, al millonario Jacob Sharp, dueño de los tranvías más ricos de New York, dueño hasta ayer del tranvía del Broadway, la concesión del cual aseguró comprando por quinientos mil pesos los votos del Ayuntamiento, cuyo presidente Jachne, abrigador de ladrones y prendas robadas por oficio, espera ya á su cómplice, en su traje listado planchando camisas.—*La Nación* contó á tiempo su proceso.

Por recibir dádivas para torcer ó cumplir la ley han sido castigados aquí muchos: ¡si éste es mercado abierto, y el que sale á comprar hombres, anda á pocos pasos seguido de la muchedumbre, que pide, sombrero en mano, que la compren! Pero por ofrecer la dádiva, por tentar al funcionario público á vender por dinero el derecho de que es depositario y ad-

ministrador, este mísero viejo Jacob Sharp, hinchado, más que por la crasa vida, por la ganancia impura, es el primer sentenciado.

Ni canas tiene, á pesar de sus setenta años, sino un ralo vellón, turbio y raído, como si hasta el aspecto exterior de la limpieza fuese negado á este chalán de hombres! Así ha vivido, cebando vicios, serpeando en los Ayuntamientos, deslizando palabras interesadas en los acuerdos públicos, pervirtiendo empleados, comprando por dinero contante los votos de la mayoría de la legislatura.

Fuera del tribunal, aguardaba su coche suntuoso, con cifra roja y lacayo de librea; dentro, abogados, periodistas, jóvenes lujosas, el poder y la pompa de la ciudad, dándose codazos por asegurar un puesto. Veamos el pecado, el veredicto, el reo, la fantástica escena en que cayó sobre la cabeza turbia la justicia.

* * *

No había desde la mañana lugar vacío en el Tribunal, lleno, como un teatro, de privilegiados curiosos, de los amigos de la acusación y la defensa, de damas bellas y de buen vestir, lo que es extraño, porque parece que las mariposas sólo deban ir á la luz: ¡éstas son las vestales de ahora, que ven desde las rejas de su abanico los vuelcos del alma en el rostro del reo, con la misma ansiedad del circo antiguo! Allí estaba la hija del juez:—allí la madre del joven fiscal, tan anciana como

el delincuente, cual si el gozo de ver triunfar al hijo no debiera estar en ella moderado por la natural simpatía que une á los viejos, y por la amargura de todo triunfo que cuesta al vencido honor y lágrimas:—allí, en sus escaños, abatidos por el proceso de treinta y cuatro días, los doce jurados. De cara á ellos, los acusadores. Frente al estrado, los defensores, nerviosos, descompuestos, cuchicheando, animando al defendido.

El defendido, vagos los ojos, casi mondo el cráneo, deshecha la barba, clava el rostro en las palmas de las manos, y los codos en ambas rodillas; ó, en la fatiga del calor ó la duda, se reclina en su asiento, donde su nieto fiel le atrae el aire con un abanico de grotescos dibujos. Preside el juez, con ojo y viveza de guardabosque, bajo su dosel de nogal negro.

* * *

Ya los testigos han declarado: el preso está casi convicto: el ayuntamiento que vendió la concesión, en la única junta secreta celebrada en el Municipio de New York, está en parte en la penitenciaría, y en parte fugitivo: la red de la prueba está tan bien trabada que Sharp renuncia á declarar en su defensa: todo demuestra que Sharp levantó sin necesidad visible sobre el tranvía, y pagó al Ayuntamiento por la concesión quinientos mil pesos. Se demuestra que obtuvo en la legislatura por artes deshonrosas, el acuerdo fundamental en

que basó la concesión el Municipio: que él y sus familiares trataron en seguida con los concejales sobre la concesión del tranvía de Broadway: que el teniente de Sharp no salía en aquellos días del Municipio, ni los capataces de los munícipes de la oficina de Sharp: que á toda prisa levantó Sharp la suma del soborno en billetes contantes para el día mismo en que, dando y dando, votó en su favor el Ayuntamiento: que, según confesión de uno de los concejales, que atestiguó en pro del Estado, las sumas del soborno fueron entregadas, al confeso como á sus compañeros, por un familiar de Sharp: que Sharp mismo, en su coche de librea, los fue levantando de sus camas en la mañana del delito para que no faltasen á la junta: que hasta una señal convinieron el capataz de los munícipes y el teniente de Sharp para que, cuando por una ventana viera alzar el brazo al capataz, supiese que la ciudad había sido vendida, y que la concesión del tranvía de Broadway, solicitada por varias empresas, era de Sharp; del que había ofrecido al Municipio mayor dádiva. Porque los otros también ofrecieron: ¡si en aquel Ayuntamiento, el que dejaba un billete de mil pesos, se llevaba un alma!

Eso dijo el más elocuente de los defensores, poniéndose las manos abiertas sobre las caderas, azotándose, para mayor énfasis, una palma con la otra, levantando de pronto, al encararse con los doce jueces, ambos puños cerrados.— Su oratoria era como su vestido: levita negra

abierta, chaleco blanco, cuello vuelto en las puntas, corbata azul con pintas blancas. Ponía de oscuro las morales públicas; apuntaba algún chiste, tieso y corto; evocaba la pureza privada de su cliente; procuraba ganarse al jurado con burdas elegancias. -- Eso dijo el defensor abriendo el día.—Los concejales vendieron la concesión: no se ha probado que Sharp se la comprara: pero aunque se probase ¿qué culpa tiene el que sale á la carretera plagada de ladrones si les da lo que piden, para poder seguir camino? Castíguese al que intente corromper al virtuoso, pero ¿á estas virtudes que tienen cada una marcado su precio, como los trajes en los bazares? ¿Qué empleado público no se hace pagar en New York por cumplir con su deber, ó por demorar su cumplimiento, ó por violarlo? ¿Qué comerciante puede sacar sus mercancías de la aduana si no suaviza las manos de los empleados? ¿Quién puede llegar á un documento en el registro, que es público y gratuito, sin pasar por una doble hilera de manos tendidas? ¡Cuanto abogado hay en New York tiene que estar incesantemente sobornando á los empleados para que no se le opongan, ó lo vendan á su contendiente, en los trámites más justos del oficio! ¿Quién no sabe que las compañías no pueden adelantar ni en los tribunales ni en las legislaturas sus intereses sin comprar el voto de legisladores y empleados, ó el silencio de los que en las legislaturas hacen práctica provechosa de amenazar

á las empresas ricas con proyectos hostiles, para compelerlas á solicitar de ellos, bolsa en mano, que retiren el proyecto?

¿Qué institución más veneranda tiene el crédito de los Estados Unidos que el ferrocarril central de New York?: pues uno de sus abogados, que es el honor mismo, declaró aquí que el ferrocarril Central ha pagado cuantiosas sumas á los legisladores para amparar sus intereses. ¿Cómo se hará entender á este acusado—aun cuando hubiera cometido lo que nadie, de verlo hacer á todos, mira como culpa—que es justo castigar en él, nada más que en él, aquello que no hay hombre en pie en New York que no haga? El acusado, que es de mente tosca, oía este raciocinio con visible gozo.

El acusador, ceñido el cuerpo en una levita cerrada como una armadura, ni dejó eslabón por atar de los muchos de la prueba, ni con su alegato sutil é inclemente, que ascendió en ocasiones á elocuencia legítima, abrió portillo de escape al mísero anciano que oía atónito el discurso condenatorio del amigo mismo á quien en el club había ganado tantas partidas de baraja. El infeliz aniñaba los ojos, y los volvía al abogado elocuente, alquilado por sus perseguidores, como pidiéndole merced. Al nieto, un niño todavía, se le llenaban de llanto los ojos. Pero el acusador, liso el rostro, enrizada como para una festividad la cabellera, luciendo bajo el labio corto y afilado los dientes cani-

nos, adelantaba el alegato, escuchado con lisonjera avidez por la culta concurrencia:

—«¡Pues si eso que el defensor dice es cierto, exclamaba, éste es uno de los que han traído los caracteres á tanta ignominia!»—«¿Qué culpa tiene un empresario de tranvía, interrumpe el defensor, de que de veintidós concejales de New York sólo dos sean honrados, y veinte le pidan dinero para darle sus votos?»—«¡Por otro como él se ha llegado á eso, y por éste se ha de comenzar á deshacerlo! Este hombre es la encarnación del traficante de conciencias. Como que él no la tiene no la reconoce en los demás. Su único objeto en la vida ha sido amontonar fortuna; y su único método, tentar á los hombres y comprarlos: es un tipo este hombre del intrigante de congresos: de tratar con los inmorales se le ha embotado el sentido de moralidad: ni aun la penitenciaría le hará entender que es un delito comprar en la sombra á un empleado para que altere los documentos que están bajo su guarda—á un juez para que viole en su provecho la ley que debe administrar para el provecho del país, que fía en su honradez y le paga su trabajo—á esos bribones diestros é influyentes que abundan en las asambleas, pronto por la paga á hablar en pro del más bestial ambicioso ó de la más desvergonzada villanía.»

«¿Queréis saber qué hacía este hombre? Va á Albany, el asiento de la legislatura del Estado, donde se discute una ley de tranvías,

propuesta por los legisladores que tiene á su servicio una compañía parecida á la suya; pero el proyecto no incluye la vía de Broadway por la que desde hace treinta años trabaja—y Sharp ofrece al Canciller de la Legislatura cinco mil pesos porque á la callada incluya en el proyecto la vía: el Canciller lo ha declarado. A un abogado, que tiene puesta la mano sobre el hombro de los legisladores, paga cincuenta mil pesos en los días del voto: ¡la ley pasa! Sharp es recio de cuerpo; pero Mercurio mismo no hubiera vuelto á New York más aprisa: varias compañías al amparo del acuerdo, solicitan del Municipio la concesión de la vía de Broadway, con ofertas para la ciudad que aventajan á las de Sharp; pero ninguno lleva su oferta privada á los munícipes á tanto como Sharp.»

«Entre él y el municipio tenían ya ajustado el precio del voto. Dame quinientos mil pesos, te daré la concesión. Pero no faltan más que unos quince días: no hay tiempo para litografiar una nueva emisión de bonos: levanta sobre el camino su proyecto una nueva hipoteca por la suma: hoza, convence, tiene la suma lista para la mañana de la junta: todo eso está probado en el proceso. Al Canciller le dijo en Albany: «¡Al Ayuntamiento lo tengo ya arreglado!» No véis cómo no os dice qué ha hecho de los quinientos mil pesos, que él levantó, y resultan en manos de los concejales, después que la concesión está en las suyas?

Ya ha confesado que hizo entradas falsas en los libros. Los quinientos mil pesos habían de ser para «comprar tierras, erigir estaciones y aumentar las facilidades del tranvía»: ni un metro de tierra se ha comprado, ni se ha erigido una estación: las facilidades sí se han aumentado: ¡los especuladores encuentran siempre estas frases correctas para disimular el crimen!»

El juez se levantó á instruir al jurado; un juez puro, nacido en Irlanda, el juez Barrett, leal en los procesos, á quien pocas veces devuelve corregidas el Tribunal Supremo las sentencias.

Todo el mundo está ansioso: En New York, sólo de Sharp se habla: ¡Es necesario que no se pueda decir que en New York no hay por lo menos un juez honrado! Nerviosamente ase con ambas manos la baranda, y se le ve palpitar la sangre en las venas del cuello. Del dosel encendido baja sobre él luz plena.

—«No debo ser cruel, dice, pero el que ayuda á corromper su pueblo es tan culpable como los que vierten la sangre humana. El que comercia con un truhán, es un truhán. El que desciende hasta el bribón, desciende. El que roba el derecho de todos para sí, roba. El que degrada á los demás, se degrada.»

«Es lícito estudiar á los hombres, y procurar distinguirse entre ellos; pero no por las artes que van haciendo un pantano de la patria. Son habitantes naturales del uniforme de las peni-

tenciarías el que vende un derecho público, y el que lo compra. El que instiga un delito, lo comete. El que se aprovecha á sabiendas de un delito, es cómplice en él. ¡Ya no hay por las calles á quien dar la mano! Si creéis, jurados, por lo que sabéis, que este hombre hizo lo que dicen que ha hecho, no os deshonréis discutiendo vuestro veredicto: ¡condenadlo!»

* * *

Quince minutos habían pasado apenas. Hablaba, rodeado de mujeres, el acusador triunfante en un corrillo. La madre del fiscal lo acariciaba con los ojos. El acusado, en una congoja, no oía los consuelos de sus defensores. El nietecito le había traído la cabeza sobre su hombro:—cuando entraron de pronto los jurados.—«¿Habéis llegado á acuerdo?» dice el alguacil:—«Hemos llegado. El acusado es culpable.» ¡Pobre niño! todos oyeron el sollozo.—«¡Levántate, Jacob Sharp!» El infeliz, como ebrio, se levanta.—«¿Cuántos años tienes?»—«Tendré setenta, el seis de julio.» Y cae sobre su asiento.—«Lo recomendamos á la piedad del juez», dice el jurado. Pasos legales: moción de demora: despedida del jurado, con las gracias del juez, que le ahorra al reo palabras: ¿quién da sobre un viejo? ¡ni él, espantado, entenderá lo que le dicen!

La noticia corre al punto las calles. El reo, que tiene el corazón enfermo, va en coche á la prisión, seguido de la turba que cae siempre,

sin saber de dónde, sobre la desgracia. Llega. Lo entran en brazos.—«¡Mi mujer», balbucea: ¡su compañera de cuarenta años! A poco llega su mujer, en el carruaje de cifra roja y de librea. Al verla, hombre al fin, se pone en pie y se bebe las lágrimas. Una hija, casada, sale de la cárcel sollozando. Afuera se oye el ruido de la turba, que quisiera gozarse en la escena. La mujer queda allí, á su lado, á sus pies, á su cabecera: ¡para ella, él no es criminal! De aquí á diez días le leerán la sentencia, le raparán la barba, y le pondrán el uniforme listado. ¡Así acaban los que, por satisfacer su avaricia, corrompen á los hombres!

CLEVELAND.

EL INCIDENTE DE LAS BANDERAS.

Los Veteranos en la Casa Blanca.—Admirable escena en el campo de batalla de Gettysburg.—"Grises" y "Azules." — La viuda del general confederado.—4 de julio.—Procesión sombría en el Sur.—La raza negra en los Estados Unidos.

New York, julio 8 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

El carácter impera. La elocuencia brilla más: el atrevimiento lleva lejos: el que sabe dominar las pasiones agenas ó tiene grandes las propias, es guía natural de los hombres, aunque efímero, á menos que la virtud no lo posea: pero el que al fin triunfa, no es el que enciende y desata las pasiones, sino el que sabe reprimirlas.

Aquí acaba de verse. Cleveland, con aquella autocracia legítima que va con la honradez, ordenó, como cosa natural en esta época de abrazos entre el Norte y el Sur, que se devolvieran á los Estados de la Confederación los pabellones que les tomó el Norte en buena lid:

ciertos políticos mostachudos y marciales, de esos que quedan siempre como excrecencias de las guerras, pidieron con dramático ademán que cayera del cielo la parálisis sobre la mano que se apresuraba á cerrar las heridas de los hombres: pareció que el país los atendía, no porque tuviese á mal la orden de Cleveland, sino porque le extrañó que en medida de tanta significación no se hubiera solicitado su consejo: ¡acá se quieren Presidentes que guíen, no que manden! Los adversarios de Cleveland, que hasta hoy son todos los que quieren hacer pesebre propio de los puestos públicos, se asieron de esta rara oportunidad de atacarlo con visos de justicia.

Pero se vió que sin esfuerzo alguno de Cleveland la polvareda se aclaraba, volvía el Presidente á todo su renombre y se alcanzaban las razones interesadas de la ira. El Sur, en silencio, se apretó, como para mejor combatir en defensa del que osó poner en riesgo su influjo político por alejar de la memoria de sus conciudadanos un estímulo constante al odio. El Norte, con esa dote del sentido común que es la flor de los pueblos libres, aquietó su censura, y una vez aleccionado el gobernante, reconoció públicamente su nobleza, tal como el buen ginete, luego de verse obligado á herir los hijares de su caballo generoso, le acaricia las crines y tiene para él voces de hermano.

Nada hace padecer tanto á un hombre virtuoso, ni le pone más cerca el juicio de la ira,

que ver interpretadas por la malignidad ó el interés sus intenciones: pero sólo merece gobernar á los hombres quien tiene menos flaquezas que ellos: el uniforme da valor y el gobierno estatura: ya se sabe que el que entra en medio de los hombres, no saldrá á su cabeza sino lapidado: nadie se baje á recoger las piedras, sino échelas con el pie adonde las puedan ver los hombres justos: las piedras del odio, á poco de estar al sol, hieden y se desmoronan, como masas de fango.

Calló Cleveland, mientras las asociaciones de veteranos, creyéndolo vencido, apretaban la lanza, vociferaban su desdén, se vengaban con encono del que les ha negado sus inmorales solicitudes de pensiones, y como el Presidente prometió á los veinte mil ciudadanos de San Luis que lo invitaron, asistir á las fiestas de la ciudad, donde los veteranos levantarán su campo este año, dijeron las asociaciones que allí iba á verse el modo de silbar, y que el ejército es rey y señor, y que al santo ejército no lo ha de tocar nadie. Cleveland, forzado á explicar su ausencia á la ciudad de San Luis, ha publicado ayer su excusa en una carta tan sencilla y serena que no hay diario ó persona que no diga, seducidos por esa viril moderación:—«Este es Presidente.»

Porque no rebaja el puesto hasta el hombre, sino eleva el hombre al puesto. Porque ni alude siquiera, sino con su mismo silencio sutil, á las causas de interés y rencor porque los

veteranos atacan su persona. «Porque—dice—conmigo va mi puesto, que vale más que yo, y debo preservarlo de mi propia pasión y de la agena: y me ha lastimado, ¿cómo no?, el caprichoso é indigno ataque de que en este asunto he sido objeto, pero no siento rencor, ni ha de entenderse que creo que haya acto que me haga temer ver frente á frente á las asociaciones del gran ejército, ni á ninguna otra asamblea de mis compatriotas: la cuenta de mi administración está siempre pronta para ser presentada á mis conciudadanos.»

¿Qué misterioso influjo es el de la palabra justa? Literalmente se ve á los veteranos con los mostachos caídos. La alabanza del digno hombre es á coro. Los generales mismos lo celebran. Sus adversarios políticos ven que se alza por donde parece que caía. La ciudad de San Luis quisiera, si no causase escándalo, negarse á recibir al gran ejército, que se vale de las pasiones nacionales para cebar su ira privada y vergonzosa en un hombre puro. Cleveland ha rescatado con su dignidad de hoy su error de ayer. Los Presidentes son para unir, no para dividir. En las elecciones próximas, será difícil vencer á este candidato á quien hoy todos aclaman porque ha domado el odio.

***

Ni ¿cómo pudo tenérsele de veras á mal la orden de la devolución de las banderas, cuando uno de los Puestos de veteranos va á

Washington, solicita ver á Cleveland, invade con su bandera desgarrada la sala de la Presidencia, y al verlo aparecer, rompe en los tres vítores coreados con que aquí es uso dar suelta al entusiasmo, más el que llaman «tigre», que es una especie de estrambote al vítor, que lo alarga, como el estrambote al soneto, y sólo se tributa para expresar complacencia extraordinaria? ¿Cómo se la han podido tener de veras á mal, en estos días en que, en escena inolvidable, se dan las manos en el campo de batalla de Gettysburg los grises y los azules, en presencia de los sobrevivientes de ambos bandos, por encima del muro mismo á cuyo pie levantaron otro de cadáveres, de una parte y de otra, federales y confederados?

En Gettysburg hubo el cuatro de Julio una procesión magna. Es necesario verla pasar. Mojiganga parece junto á ella la del jubileo de Victoria, que aquí han festejado escandalosamente los anglómanos, cantando, puestos en pie, himnos «á nuestra muy amada reina», mientras en un templo vecino, colgado de luto, se celebraban honras fúnebres por los irlandeses muertos en el destierro, en las prisiones ó en el cadalso, por recobrar de Inglaterra su ley perdida. La procesión de Gettysburg bien pudiera escribirse, sencilla como fue, con coronas y palmas. Sólo acá ha habido hasta ahora estas cosas, porque acá es donde hasta ahora ha lucido la razón más libre.

El hombre lleva en sí lo que lo pierde, que

es el interés, y lo que lo redime, que es el sentimiento. Trabaja inútilmente, porque será vencida, esa generación pueril de filoclastas que anda, por esclavitud de la moda, con traje de cinismo.

La inteligencia tiene sus petimetres, que son los que toman á pechos cualquier novedad que sale de las sastrerías, y sus verdaderos elegantes, que son los que llevan sus vestidos de modo que siempre están bien, porque no acatan ninguna exageración y siguen la gracia natural del cuerpo. ¡Mal va un hombre cuando no le da un vuelco el corazón al leer ó presenciar un acto heroico!

La procesión fue al campo de batalla. Hay por sus cercanías una fonda que apropiadamente se llama «del Águila», porque por allí fue la carga del confederado Pickett, donde los hombres volvieron á ser dioses, y por allí dijo Lincoln aquel discurso que parece celeste, el día de la consagración del cementerio.

En los días anteriores, los veteranos de ambos ejércitos, el del Norte y el del Sur, habían tenido fiestas; y ahora, con la luz fresca de la mañana, iban á visitar juntos, por última vez, el campo que se disputaron puño á puño: porque en aquel combate, donde empezó á caer la confederación, llegó la muerte al cielo. ¿Quién no recuerda las esperanzas de Lee; la arrebatada carga de los grises; su encuentro con los federales en medio de la loma, barba á barba; su desastre grandioso y melancólico, su gene-

ral, rondando solitario, con algo sobre el rostro parecido á la divinidad que da la muerte, entre los pozos llenos de cadáveres, y los heridos, que contenían sus quejas al verlo pasar, mientras brillaba con su piadosa luz la luna!

De la fonda del Aguila salió la procesión en cien carruajes: en uno cuatro mancos; en otro los que tenían el cráneo remendado con láminas de plata; en otro el general Webb, de porte patriarcal, á quien llevó aquel día el brazo derecho una bala de cañón; en el primer carruaje, la viuda del general confederado, de angélica belleza, que mandó, sobre la loma del cementerio que parecía cráter hirviente, aquella terrible carga: iba la viuda del general Pickett en el primer carruaje, con su hijo y con la esposa de uno de los jefes federales, del mismo que cerró su gente, más compacta que el muro, y resistió, sin perder pie, al héroe del Sur.

Dijérase que crecía aquel escenario á la vista de los que lo han hecho famoso. «¿Y mi brazo perdido?» «¿Y el hueso de mi barba?» «¿Y mi hermano?»

Iban todos en silencio. De vez en cuando, reunidos los adversarios en el mismo coche, también en silencio se daban las manos: á su vista los cerros, la cumbre del Cementerio, el pozo de Menchey, el muro de piedra, el Golpe de árboles.

¿Qué himnos podría tocar allí la banda, al bajar de los coches, cerca del puesto donde

habló Lincoln, aquellas viudas, huérfanos é inválidos? ¡Los himnos de los dos ejércitos tocó la banda, mezclados! y cuando, al disponerse los veteranos á recorrer el campo de pelea, la música, como recogiendo el alma de ambos himnos, entonó el *Yankee doodle*, á la vez, sin previo acuerdo, prorrumpieron en su ¡hurrah! los del Norte y los del Sur en el alarido con que entraban en batalla. Y siguieron, brazo en brazo, al punto donde Pickett formó su infantería, para atacar con inútil valor, la masa inmóvil de sus contrarios. Delante iba en el coche la viuda de Pickett. Doscientos de los soldados de su esposo, que seguían tras ella, allí quisieron tributarle honor, que recibió llorando: luego, uno á uno, cabeza descubierta, fueron pasando ante ella los soldados vencedores.

Reconocieron sus puestos, conversando en paz en los lugares mismos donde chocaron con espíritu de muerte: imitaron la batalla: pasaron lista, como cuando estaban en servicio: recogió la viuda algunas margaritas y granos de trébol, que distribuyó luego, en memoria del día, entre federales y confederados. ¿Qué impulso, al mismo tiempo, lleva á unos y otros al Muro de piedra, donde la pelea fue resplandeciente y bárbara? Corren; suben sobre las piedras, unos de un lado y otros de otro; y á la vez se tienden por encima del muro las dos manos: Hurrah sobre hurrah ondeaba por el aire. La viuda y su hijo lloraban abrazados.

¿Por qué, ese mismo día, cuando en juegos sencillos y oficios patrióticos se regocijaban los pueblos más humildes; cuando ante el estrado improvisado sobre el césped, se congregaban las ávidas aldeas á oir leer á su pastor la declaración de independencia, y hablar sabiduría al viejo del lugar, rodeado de montañas; cuando en los ríos todo era regatas, en los vapores músicas y baile, en las iglesias la campana á vuelo, en los topes y mástiles banderas, en las ciudades humo, ceremonias, fuegos y paradas, adelantaba cautelosamente, por el bosque rayano de un pueblo del Sur, una procesión sombría? ¿Qué guerra hay que van armados? Llevan la carabina calzada en el arzón, como para no perder tiempo al caer sobre el enemigo. Bandidos parecen, pero son el alcalde y su patrulla, que vienen á matar á los negros de Oak Ridge, en castigo de que un negro de allí vive en amor con una blanca.

¿Qué han de hacer los negros, perseguidos por todas partes en el Sur del mismo modo, expulsados hoy mismo de la orilla del mar en un poblado religioso del Norte porque los cristianos que van allí á adorar á Dios se enojan de verlos, más que apretar como aprietan, la línea de raza, negarse á recibir del blanco, como antes recibían, la religión y la ciencia, levantar seminarios de negros y colegios de negros, prepararse á vivir fuera de la comunión humana, esquivados y perseguidos en el país donde nacieron? Harto lucen ya, en estos

hijos de padres desgraciados por la esclavitud, el carácter é inteligencia del hombre libre. ¡Se les debe, por supuesto que se les debe, reparación por la ofensa: y en vez de levantarlos de la miseria á que se les echó, para quitarles su apariencia antipática y mísera, válense de esta apariencia que criminalmente les dieron para rehusarles el trato con el hombre!

Y crecen: porque los ignorantes y los pobres, privados de los goces finos del espíritu, son padres fecundos. Compran haciendas y casas; fundan bancos; levantan credo propio y universidad propia; se fortifican en sus pueblos: se defienden, como los infelices de Oak Ridge, con el arma al brazo: todos los días ya hay en el Sur esos ataques y defensas.

Llegó el alcalde al pueblo: intimó rendición á los habitantes: le contestó la pólvora: hubo de un lado y otro muertos: se desbandaron los negros vencidos: cuatro quedaron sobre el campo, y á ocho les dieron muerte: sin proceso, en la horca. ¿Al alcalde quién lo castigará, si él es la ley?

Para otra cacería estará limpiando el rifle.

No en balde se nota en el lenguaje de los negros cultos un dejo de desolación que mueve á echarles los brazos: suelen hablar ásperamente, como se habla en campaña: los hijos nacen más determinados que los padres: leen los libros del sueco Swedenborg, que en lengua que parece red de fuego pinta el advenimiento de una nueva cristiandad: acaudalan, como los

judíos, porque la riqueza es al fin una patria, cuando no se la tiene propia: les luce ya en los ojos aquella súplica desgarradora, que ni cesa ni duerme, por donde revelan su agonía los desterrados!

Es el albor de un problema formidable.

VARIOS SUCESOS.

TRABAJOS PREPARATORIOS DE LOS PARTIDOS POLITICOS

El partido nuevo y los socialistas.—Cleveland y los demócratas.—Blaine y su rival Sherman.—Los temperantes.—Una mujer, Mrs. Salters, Presidente de Ayuntamiento.—Su vida.—La vida de pueblo.—Los juegos.—Tributo de Boston al pugil Sullivan.—Los ejercicios de la milicia.—El campamento.—Organización del campamento y carácter de los ejercicios.

New York, agosto 8 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

No ha habido en estos días suceso magno que tiente de veras á mover la pluma. Ni es el verano, cuando los artistas salen á pintar y los novelistas á buscar caracteres y asuntos, y los viciosos á cazar aventuras, y los políticos á juntar sus hilos, la ocasión de ver—como en los sucesos, libros ó cuadros donde aparece luego total y acumulada—esta vida del Norte, ejemplar hasta en sus mismos vicios. Aquí, como en todo cuerpo social, los pobres aspiran á la justicia, los ricos al abuso, los perezosos á la holganza, los empleados á la perpetuidad, los políticos al despotismo, los

sacerdotes á la agorería. Aquí no es, por la incompleta y brutal educación del hombre, donde éste aparece más amable y bello, viviendo con el mundo, apeteciendo la beldad, agraciando la vida hosca con el sentimiento y con el arte. Pero aquí es donde por la maravilla de la prensa, amiga fiel en estos pueblos donde se vive sin amigos, se ve, con supremo orden final en la aparente rebelión y desconcierto, mostrarse en toda variedad, naturaleza y pujanza al hombre. Aquí, cuando el sol quema los campos, como cuando el invierno ampara con la nieve las cosechas futuras, de toda opresión se salva, contra todo abuso se rebela, á toda novedad presta oído, y ni las fuentes cálidas de Islandia surgen con más fragor é ímpetu de tierra que aquí las opiniones, cuyo continuo contraste y examen mutuo asegura aquella cabal y lenta deliberación de cada uno en lo de todos, y de cada cual en lo que su interés choca con el ageno, que es la labor de entrañas que mantiene viva y saludable á las repúblicas.

¿Quién no conoce la relación visible del sol y la elocuencia? La palabra, abrigada y resplandeciente en los países de hielo, se caldea y va dorando conforme entra en zona más fecunda, hasta que ya, al llegar á la cinta del sol, consumidos por la excesiva luz los cuérpos frágiles que la contienen, los sacude y arrastra, cual arúspices á quienes echa á tierra la fuerza del oráculo, y fluye, llena de esmaltes

y atavíos, como aquellos arroyos de agua clara de que cuenta Mahoma que corren por sobre rubíes, topacios y amatistas. Y quien lo dude, venga á verlo: aquí todo es lengua el verano; no bien pasa el calor mortal de Julio, tan recio este año que los labradores recorren el campo seco en rogativas, y los chinos sacan por las calles, pidiéndole clemencia, á su Joss de oro, celebran los agricultores su congreso, los sabios el suyo, los poetas de Boston su symposio y sus escaramuzas de avanzada los partidos políticos. Entre los republicanos, John Sherman, proclamado ya candidato por la Convención del partido en Ohio, le lleva al pie á Blaine, que con susto ostensible azuza á sus tenientes desde su agitado retiro en Inglaterra.

Entre los demócratas, los empleómanos desconcertados buscan en balde hasta ahora, candidato que oponer á Cleveland, que de toda la Unión, de federales y confederados, del Oeste nuevo y el renaciente Sur, recibe invitaciones, hechas á veces con gran pompa y costo, para que en su gira próxima visite sus ciudades. Entre los republicanos independientes, que por desdén de Blaine y deseo de reformar el sistema de empleos públicos, acordaron votar por Cleveland, el desconsuelo es tal que acaban de declarar en su Convención «no ser este Gobierno de Cleveland, donde á la larga todos los empleados van siendo demócratas, aquel ideal á que aspiran los reformadores del sistema, aunque no sea posible negar que el

Presidente ha empleado todo su poder para resistir los apetitos de su partido.» Entre los trabajadores, como por la masa que lo avigora puede llamarse el partido nuevo, el partido de George y de Mc. Glynn, del abolicionista Redpath, del brillante escritor Russell Joung, del sacerdote protestante Pentecost, del monje protestante Huntington; todos de palabra de llama, todos partidarios de la acción y provecho libres é individuales del hombre en el Estado sin desigualdad y sin miseria; la Convención preparatoria, anticipándose á la solemne que ha de reunirse en pocos días, se desentiende de todo trato en cosas públicas con los socialistas alemanes, segura de ganar con esto en lo general de la opinión que la aplaude, los votos que pierda en los barrios donde domina el alemán, que ya son muchos: el alemán trabaja, cría á sus hijos; bebe cerveza, canta, piensa. Y entre los temperantes del Oeste, entre los los enemigos del licor, que allí asola y triunfa, hay gran júbilo, y pasean en sus procesiones gallos embalsamados y escobas, porque en el voto de este mes ha crecido tanto, con la ayuda de las mujeres, el número de sus secuaces que ya dan por suyo al Gobernador de mañana, y al Presidente de 1892.

* * *

¿A qué esconderlo? Las mujeres acaban de ser en Kansas y en Texas las vencedoras. «Las hemos visto—dicen los diarios—anticiparse á

las intrigas hostiles, urdir magistralmente las propias, perorar con dignidad y gallardía, recorrer casa á casa los distritos, convertir cerca de la urna á los reacios, vigilar concienzudamente el voto, acudir con minucioso conocimiento de la ley á registrar sus protestas, y fungir en todo lo de la elección con tal inteligencia y decoro, que sólo la gracia y el vestido pudieran revelar en ellas el distinto sexo.» Así ha llegado la ciudad de Siracusa, en el condado de Hamilton, á tener su Ayuntamiento de mujeres, salvo el Mayor, que está contento de ellas.

Así el pueblo de Argonia, en Kansas, tiene por Mayor á una buena casada, Mrs. Salters, de veintisiete años y con cuatro hijos, criados por ella tan de cerca que nunca, hasta que la eligieron, tuvo sirviente en su casa: «Lavando nuestra ropa estaba yo, señor, cuando vinieron á anunciarme mi candidatura.» Como burla, por ser ella elocuente enemiga de los defensores del licor, la propusieron éstos para Mayor del pueblo, pero sus adversarios, casi todas mujeres, determinaron usar de veras en favor de Mrs. Salters el derecho de voto que les fue recientemente concedido:—Y salió electa. Con su traje de merino negro y su elegante sombrero de verano preside las sesiones del Municipio, que no murmura de su Mayor porque presida mal, ó ignore la ley, que sabe al dedillo, sino porque se opone la terca señora á rebajar la contribución que pagan ahora los billares y bebederías.

¿Qué cómo llegó á Mayor la señora Salters? Naturaleza le dió luces, y adquirió la costumbre de expresar sus ideas y contestar las agenas en los debates del Colegio Industrial que sostiene en Manhattan el Estado de Kansas, excelente Colegio, puesto que, á más de las letras, que no son lo primero en la educación, obliga á cada alumno, conforme su sexo, á aprender un oficio. El de costurera aprendió la señora Salters, al mismo tiempo que á pensar también que su discurso de examen sobre «La Mujer de Hoy y la de Ayer», sin ser maravilla, agradó por su claridad y cordura. El hijo del maestro se prendó de ella, y, ya casados, no fueron, como vamos nosotros, á un rincón de alquiler, amueblado de préstamo, sino á vivir de sí; á merecer la ventura, á trabajar la casa, á la única habitación que el pueblo de Argonia tenía libre, á un granero, al que las canales de vaciar el trigo servían de ventanas. Allí, entre un artículo para el periódico y una plática sobre las cosas públicas, cocinaba ella, mudando el cañón á la canal por donde entrase aire, en una estufa de gasolina, en la que no hervía mal el maíz quebrado, ni faltaba fuego para salcochar á punto el choclo, de lo que descansaba ayudando al pueblo, á par de su marido, á levantar la iglesia, ó concertando la Liga de las Mujeres Cristianas contra la Intemperancia donde su propensión natural á los debates halló pronto aplauso y empleo.

Ahora, ya viven en casa buena; la estufa es de carbón, por el cristal de las ventanas no entra el frío, el marido es el abogado del pueblo y ella es Mayor. Y dicen que la casa, por el esmero y pulcritud de ella, convida á vivir y no hay pechera más bien planchada que la del abogado en todo aquel lugar.

* * *

En el Oeste pelean de esa manera los hombres, que van en piara á la bebedería, y las mujeres, forzudas y decididas como ellos, que quieren barrer la parte del hogar. En el Este, ausentes de las ciudades populosas todo el que no tiene los panes tasados, anda el gentío luciendo hijos en Newport, Bar Harbor, Long Branch y Saratoga, ó purgando la sangre viciada en los manantiales de Sharon ó Richfield, donde la calma llega á la majestad, ó realzando la hermosura en Narragansett y otras costas amables con trajes estrechos, sin que en lugar alguno falte una Asamblea, ya de clérigos protestantes, que quieren ver cómo se unen las sectas para levantar en New York una catedral famosa que deje enana á la católica de San Patricio; ya de periodistas negros que consultan sobre la conveniencia de que cada negro vote por el partido que le plazca, no como hasta hoy, ciegamente por el republicano, y case con quien quiera, negra ó blanca; ya de bomberos, que luego de reglamentar su Asociación, se entretienen con cuentos de cuan-

do eran los bomberos voluntarios, aunque no más heroicos que los que ayer expusieron sus vidas por salvar de un incendio á dos caballos; ya de jugadores de pelota, que es juego desgraciado y monótono que perturba el juicio, y como todos los demás, como las regatas, como los pugilatos, como las carreras, como cuanto estimula la curiosidad, las apuestas, y el amor natural del hombre á lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen, privan aquí tanto en verano, que para dar cuenta de quién recorrió el cuadro más veces ó tomó más la pelota en el aire, publican los periódicos de nota, al obscurecer, una edición extraordinaria. Boston mismo, que de shakspeariana y poética se precia; Boston, hogar de arte, y como academia del buen gusto, del periodismo experto y de la fina literatura; Boston, en cuyas cercanías pensó Emerson y rimó Longfellow; Boston, en cuyo sacro Fanerril Hall, cuna luego de la soberana oratoria del abolicionista Wendell Phillips nació «con palabras que han puesto cinta al mundo» la libertad americana, ¡Boston mismo, con su Mayor á la cabeza, ha subido á un estrado de púgiles, para ceñir el vientre de John Sullivan, campeón de los peleadores, una faja de oro y diamantes, y águilas esmaltadas, y banderas de Irlanda y los Estados Unidos, que ha costado á los ciudadanos de Boston diez mil pesos! Este es el magnífico bruto que derriba á cuanto hombre sale al frente, que tiene á la cofradía pasmada por

el empuje y peso de su puñetazo, que echa á tierra del golpe, rodeado de trémulos policías que lo disuaden tiernamente, al niño que le enoja, á la mujer en quien tiene hijos, al caballo que le cierra el paso! Babeando y hediendo va todas las noches á su casa este magnífico bruto, honrado ahora, ante el teatro repleto que lo vitorea, por el Mayor de su ciudad de Boston.

* * *

Más dignamente se entretienen, rodando los cañones que ellos mismos arman, quemando la pólvora que ellos mismos fabrican, atacando las trincheras que ellos mismos construyen, los que, unos por fe de ciudadanos, por vanidad otros, otros por moda, forman aquí los regimientos de milicia. Esto está bien. El hombre debe dormir alguna vez al aire, desafiar la lluvia, manejar las armas que defenderán mañana la tierra patria ó el derecho, velar al pie de algo más que un mostrador ó una ventana. ¡El único modo de librarse del soldado es serlo! Aquí los ejercicios de la milicia son de veras, duran semanas, prevee prácticamente cuanto mañana puede suceder en la tienda ó en el hospital, en el asalto ó en la acometida, en las filas ó el campo de batalla. Cada cual funge de lo que, según su grado, en campaña fungiría. Se duerme al raso. Se vela, con el fusil al hombro. Se echa, á tambor batiente, del cuerpo, al que desafía su disciplina: ¡sólo en los días últimos de los simulacros, como pre-

mio, como si sólo el amor fuese la recompensa digna de la guerra, permiten los jefes invadir el campo á las mozas lozanas de las cercanías! El soldado más *combo* y *largirucho* encuentra pronto entusiasta compañera.

No se ejercitan las milicias en campo ageno, sino en el espacioso, bien regado y de mucho accidente natural que compró con este objeto la Legislatura. Van y vienen los cuerpos, para que alcance el tiempo á todos, pero del campo cuida, á costo de la Legislatura, un destacamento de la fuerza del Estado.

El terreno, donde se debe, está cortado á escalones. Hay armería, hospital, cuarto de banderas. Licores, sólo á los enfermos se permiten. No se pierde el tiempo en el manejo de armas, que cada cual aprende en su cuartel en el invierno, ni en paradas, ni en paseos por las cercanías, como era uso antes; ni en el tiro al blanco siquiera, aunque cada miliciano carga veinte hilos de cartuchos.—Ahora está en sus simulacros el regimiento 22. Quien llegase allí de pronto, se creería en batalla real.

Unos arrastran cuatro cañones de Gatlin, cargados hasta la boca, y disparan ochocientos tiros por minuto: los desarman, los arman, los vuelven á cargar y á disparar. Otros á espalda de un cerro, se adiestran en el tiro de fusil, solos, en cuadro, en pelotón, en compañía, arrodillados, acostados. Éstos excavan la tierra y cortan las ramas, con que hacen las

trinchera aquéllos. Ésos van de avanzada, á ojear por donde viene el enemigo. El enemigo, por un lado, viene al fin: por otro, se sale á provocarlo. Cada cual pelea como para vencer. Se fingen sorpresas, combinaciones, flanqueos, retiradas parciales, cargas en masa. A un miliciano se le quema la cara en el ejercicio. ¿Cuándo se firmó un derecho, ó se adquirió una virtud, sin un desastre? ¡El dolor es la sal de la gloria.

SOBRE LA CIENCIA.

ASAMBLEA ANUAL DE LA SOCIEDAD PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS.

Escenas de la Asamblea, y sus trabajos y conclusiones principales.—El Colegio de Columbia.—Preparativos para la Asamblea.—Los miembros.—Hombres y mujeres.—Sabios notables.—Las nueve secciones.—Asuntos más interesantes.—La educación industrial en las escuelas.—La enseñanza científica en las escuelas públicas.—Antigüedad del hombre americano.—Un hacha de México.—El invento nuevo de Edison.—El hombre de Africa.—Darwin en la Asamblea.

New York, agosto 17 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Los colegios están en New York abandonados durante el verano. En el campo es donde ahora se estudia, bien sea lenguas en Amherst, ó Agricultura en los paseos científicos del Colegio de Bryant, en Roslyn, ó filosofía, divinidades ú oratoria en las clases que juntan desde mayo buenos maestros, quienes con sus discípulos se entran por la montaña, á abrigar del estío la escuela libre en un grato retiro.

Aprenden conversando, remando, corriendo los caminos, reposando de ellos bajo el pinar

augusto, el robledal enérgico, ó los olmedos religiosos: la mineralogía, en los pedruscos la aprenden; la botánica, componiendo su herbario; la física, subiendo y bajando montes; la meteorología, viendo desvanecerse la neblina, ó destacarse de sus nubes á los cerros, ó volverse hacia él sobre las hojas desmayadas, ó cuajarse sobre la hoja plácida el rocío. En New York, ni el Colegio de la Ciudad, que educa gratuitamente para las carreras universitarias, abre su biblioteca, lóbrega ahora, á sus alumnos numerosos, hijos en su mayor parte de alemanes, ni en el Colegio de Columbia, ya centenario, hay más morador que el bedel fosco, que con pocas palabras guía al visitante veraniego por aquellas aulas donde, abarcando cuanto hoy tiene el hombre aprendido, se enseña en seis escuelas especiales: ya Artes y Letras, con un conocimiento general del mundo, desde Litología hasta la historia de las religiones, y sus lenguas, del sanscrito al francés; ya Minería, con todas las faenas del ingeniero, y metalurgia, química, arquitectura y paleontología; ya Ciencia Política, con cuanto conduce á entender y practicar el buen gobierno, y leer con juicio lo que va escrito sobre él; ya Arte Bibliotecaria, indispensable en todo pueblo regido por la mente pública, donde se aprende á crear una Biblioteca, conservarla y enriquecerla; ya Medicina y Leyes: «¿Sudamericano?» pregunta el bedel enseñando el colegio: «aquí tenemos un profesor sud-

americano, don Daniel de León, el que enseña Derecho de Gentes, y le llevó el premio al hijo de Blaine: está pálido, dicen que de saber.»

¿Qué sucede ahora, pues, que en lo vivo de Agosto Colombia abre sus puertas, engalana su paraninfo, embandera la tribuna doctoral, sacude los retratos de sus rectores, vestidos unos de toga negra, los más de encarnada? Todo anuncia animación y concurrencia. Aprontan muchas aulas, como si fueran á servir á un mismo tiempo. Un alemán que no deja de la mano «La Historia Natural del Alma», acaricia de vez en cuando con los ojos los insectos de cartón que ha repartido por especies en un ventorrillo improvisado, junto al atrio. Cerca arregla otra mesa una joven, pálida y triste, que va á vender, alineadas en cajas, esquirlas de ágata. Allá adentro, como si fuera á venir gente de Boston, prepara el fondista unas como las munyetas de los catalanes, que son judías blancas, salcochadas y sofritas, con su generosa laja de cerdo, manjar grato en Boston.

Todo es porque esta vez celebra su Asamblea Anual en el Colegio de Columbia la Asociacion Americana para el adelanto de las Ciencias.

* * *

Como quinientos maestros asistieron á la Asamblea este año, y entre ellos muchas damas de ciencia, y otras que iban por gala ó afición, aunque es justo decir que cuando un

maestro en crematística aglomeraba números en sabias hileras para comprobar con los censos el progreso humano, ó un entomólogo desentrañaba los antecedentes de una especie confusa, ó un botánico pretendía demostrar que el protococco unicelular, escogiendo de sí lo más fino y desechando lo inferior, se convirtió por su propio esfuerzo, siguiendo la ley de toda la naturaleza, en el más perfecto y descolorido chytridium, muchas damas de edad sacaron de la vaina los espejuelos de oro, y la calceta, empezada, del ridículo.

Allí estaba junto á Barnard, el rector brioso de Columbia, más amigo de laboratorios que de latines, la historiadora Martha Lamb, que con el color de Motley y la amenidad de Mc Mastert ha narrado los sucesos de New York, y dirige una revista excelente; junto á Morse, para quien no es el mundo más que una despaciosa masa física, que va mejorándose por su prurito propio, la botánica Britton, que no ve en la semejanza de las plantas razón para no alabar á Dios con reverencia los domingos; junto á Newton, el astrónomo de ojos dichosos y benévolos, Miss Winifred Edgerton que, contra mucho barbudo competidor ganó el año pasado doble premio por su raro conocimiento en las más altas matemáticas; y llevaba un sombrerito de hombre, como usan este verano las damas, un traje de sastre, que no esconde la gracia del cuerpo y un quitasol de encajes opulentos.

Científicos famosos había muchos: Langley, que por lo general de su saber queda de presidente del Instituto Smithsonian, centro de todos los americanos, ahora que ha muerto, dejando completas sus obras sobre peces, el paciente Baird; Anthony, campeón de la enseñanza directa y científica en las escuelas públicas, por donde ha de salir el hombre nuevo; Alvord, á quien todos acatan por su singular pericia en lo más alto ó humilde de la agricultura; Brinton, que está sacando á luz lo que ha podido hallarse de poesía y drama aborígene, y lleva publicado un índice cabal de los libros más notables sobre nuestra América: Maberry, salido apenas de las aulas y ya profundo químico.

Abrió la Asamblea, con su palabra pellizcada y lamida, el obispo protestante Potter, y con visible apremio, como si ya les escasease el tiempo para comunicarse sus victorias del año; sus invenciones, sus desfallecimientos, saliéronse todos, después de la plegaria usual, del paraninfo, y cada uno fue al aula de su ciencia, que eran nueve: astronomía, química, física, mecánica, biología, geología, geografía, antropología y estadística. Allí leyeron, cada cual entre los de sus aficiones, los más minuciosos y especiales estudios; éste, sobre los teléfonos de mar; ése, sobre la química del nitrógeno y la facilidad de elaborar artificialmente la quinina; aquél, sobre el corazón de la serpiente, que halla igual al de la rana; uno

sobre el sentido del gusto, que en la mujer le parece menos despierto que en el hombre; otro sobre la «morfología de las piernas de los insectos hymenópteros», que valiéndose de los cepillos que le dió Naturaleza, se limpian sin cesar, con aseo felino, sus piernas y antenas. Pero cuando Morse, enemigo de melindres y tapujos en las verdades científicas, va á leer, con ardor de sectario, su agresivo estudio sobre la verdad palpable de la teoría de la Evolución; ó el comandante Taylor, con otros más, va á defender, por sobre Tehuantepec y Panamá, la ruta breve y sana del canal de Nicaragua; ó James se prepara á discurrir sobre la urgencia de enseñar á los niños el ejercicio industrial en las escuelas; ó Brinton, cargado de datos, diserta sobre la aparición del hombre en el Continente Americano, todos los maestros interrumpen el quehacer de su aula privada, y se congregan para oir á estos colegas de palabra mayor.

* * *

Aquello que dijo Rabelais, siglos ha, sobre los malos maestros que le pusieron á Gargantúa, á quien más hubiera valido no tener maestros tales, porque su saber no era más que torpeza; y hojaldres su maestría, que bastardeaba los nobles ingenios y corrompía toda flor de juventud, fue lo mismo que dijo James al recomendar la eficacia de los ejercicios industriales en la escuela, y confirmó

Anthony con brío, sosteniendo la importancia nacional y verdadera urgencia de enseñar las ciencias físicas en las escuelas públicas. ¿Adónde va con su leer, escribir y contar, su gramática que ni entiende ni aplica, su geografía que aprendió de memoria, el americano que deja la escuela á los quince años? Desdeña el trabajo real, ó no sabe—por falta de rudimentos—cómo acercarse á él. Es un caballero vergonzante, sin valer para sí ni para los demás, que acaba en escribiente pobre, abogado ruin ó estéril clérigo. Lo que pierde el niño, dice James, en aprender letras inútiles y para su país perjudiciales, gánelo aprendiendo, al par que lo útil de las letras, aquellos fundamentos generales de las artes todas, que en sí mismos son ciencia acumulada, y aquella destreza de la mano que le dará fe en sí, disposición para el oficio que después escoja, carácter y orden para aquello á que se dedique, aunque no sea oficio, y afición en vez de desdén á las industrias, que hoy los mismos hijos de los obreros tienen por empleo inferior y villano. Anthony decía lo mismo:—«¡Enciende la sangre ver mascullando verbos, que en la calle conjugará en seguida de manera bárbara, á un niño hermoso que pudiera haber aprendido, en vez del pluscuamperfecto, qué es el calor y cómo puede servirse de él el hombre! Hasta que no enseñemos ciencia en las escuelas, no tendremos á salvo la República.»

Acababa Atwater de recomendar que no se

tomara más alimento del que el cuerpo humano necesita, que es á lo sumo un cuarto de libra de proteina, en magro de carne, leche, gluten de trigo, ó blanco del huevo—otro cuarto de grasa, en lo gordo de la carne, mantequilla y el óleo de la harina, y como una libra de carbohydratos, en la maicena y el azúcar: acababa Leeds de explicar que por cada niño que muere de los criados al pecho materno, mueren tres de los que se crían á biberón, y ocho de los que se nutren de otras sustancias, contra lo que apenas será remedio, para asemejarse á la leche de la madre, poner á la de vaca más agua y crema, y hervirla cinco minutos con algún peptógeno; cuando se llevó la atención de la Asamblea entera el discurso de Brinton, quien mantiene que el hombre vivió ya en América en la época glacial. Todo se lo demuestra: los útiles humanos descubiertos en los depósitos glaciales; y otros útiles y piezas de cerámica hallados en los montículos de conchas, á lo largo de la costa; los restos paleolíthicos desenterrados de los arenales de Treuton; lo extendido del cultivo del maíz de que se han encontrado remotísimas huellas desde el Hudson hasta el Chubut, allá en la Patagonia; lo vario y opuesto de las lenguas de América, que proviniendo de tronco común, como demuestra la identidad de los cráneos antiguos americanos, se descompusieron luego de tal modo que sólo lo remoto de su origen puede explicar sus trances

y final divergencia: todo, en suma, le prueba que el hombre comenzó á vivir en América hace treinta y cinco mil años. Pero no cree que el hombre naciese de América mismo, «porque no pudo desenvolverse, dice, de ninguno de los mamíferos americanos hasta hoy hallados»: cree que vino de Asia y de Europa por puentes proglaciales:—¡como si la identidad, ó semejanzas de los actos, aspiraciones y artes del hombre en países sin relación ni conocimiento, que vemos hoy con nuestros ojos, no estuviese probando que sobre toda la faz de la tierra pudo nacer el hombre á un tiempo mismo!

Sus mismas semejanzas son la prueba de su variedad de origen, á la par que de la identidad de su naturaleza..... ¿Qué es eso que exhibe, entre tantos curiosos, el geólogo Kunz? Es una hacha de jade, gigantesca, traída de México: en una cara tiene esculpido un rostro: de ambos lados le han sacado tajos, «uno, dice Kunz, por cada cacique que moría.» ¿Y aquéllo qué es, que atrae también á todos los maestros? Es la descripción del pyromagneto, el invento nuevo de Edison: pone un rollo de tubos delgados de hierro dentro de un círculo magnético, y al precipitar el aire caliente sobre el rollo, se desarrolla en él una corriente de electricidad que por el alambre que rodea á los tubos, va del fuego común de horno ó cocina que obre sobre el pyromagneto, á la lámpara en forma de luz, ó á la rueda motriz en forma de fuerza.

Luego habló Drummond sobre Africa. Estos místicos con la mirada vuelta adentro, quieren conformar locamente el mundo al concepto que en sí tienen de él. Negar lo espiritual, que duele y luce, que guía y consuela, que sana ó mata, es como negar que el sol da luz, ó que conmueve á un padre la gloria de un hijo; así es negar que, en el desierto tostado como en la cátedra escocesa, son iguales las virtudes y maldades del hombre. Para Drummond, contra lo que narran otros viajeros, ir á Africa es como ver alboreada la bestia humana. Juzga perversión de la inteligencia lo que, por lo mismo que él dice, se nota que es diversidad local. «Medio animal y medio hombre es en el corazón de Africa el ser humano.» Y sin ver que en el orden y correspondencia de la creación van ligados de cerca y con grados paralelos de desarrollo los seres de diferentes reinos que la habitan, cuenta luego que hay valles tendidos á la sombra de cerros selvosos, donde orquídeas gigantes revientan en capullos carmíneos y azules, y el verde canta, y la tierra no está cubierta de césped, sino de maravillosas flores. Y no halló monos en estos lindos valles, ni en las soledades lodosas de árboles enanos por donde bajó de la meseta á los ríos.

Pero, ¿qué idea general, qué razón de los orígenes, qué concepto del mundo pareció predominar en las afirmaciones de la Asamblea? Antes, con el cuvierista Agassiz, el amigo de

Humboldt, resistía en masa la ciencia americana á las novedades inglesas. Después con el canadense Dawson, el amigo de Lyell, negó, hasta aquel libro de Drapper, que hubiese razón de conflicto entre la historia bíblica y la que cuentan las piedras; ahora Morse dijo, ante el concurso claramente atento, que de donde Darwin puso la ciencia ya nadie la quita, que su doctrina es irrecusable, como la de la conservación de la energía, que los hombres serían menos infelices si conocieran las leyes científicas de su reproducción y mejora, que el dolor del pecado original fue el dolor del hombre al ponerse en pie, al surgir de cuadrúpedo á bímano.

Pero como á la mañana siguiente del discurso de Morse fuese domingo, en el paraninfo mismo donde lo pronunció se reunieron casi todos los maestros, con Drummond á la cabeza, á declarar, so pretexto de oficio divino, «que no hallan argumento contra la existencia y bondad del Hacedor en el orden científico con que indudablemente está compuesto el mundo.»

Unos olvidan que en la arrobadora armonía universal toda teoría sobre el cuerpo ha de ir comprobada por una correspondiente sobre el espíritu; otros, ensimismados y soberbios, desconocen aquella relación del alma al cuerpo que no es desemejante de la de la música sublime con el sentimiento que la expresa, y con cuya cuerda perecedera no se extingue la música! Todo se afina, se purifica y crece.

DESDE LOS ESTADOS UNIDOS.

LOS SUCESOS.

El Casino que Vanderbilt regala á sus trabajadores.—Chauncey Depew y Henry George.—Un hombre afortunado.—Un discurso de Vanderbilt y un Obispo entusiasta.—Oposición creciente á los inmigrantes.—El Presidente en San Luis.—Incidentes.

New York, septiembre 3 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Si el Presidente, invitado por el Oeste entero, no anduviera bajo palmas del brazo de su esposa por las ciudades que lo reciben con cordial júbilo, con ferias y procesiones populares, con todas las galas nobles del trabajo; si cerca de San Luis, donde los esposos andan ahora sobre flores, no fuese candidato una dama que goza crédito de buen letrado para el puesto de magistrado de la suprema corte de justicia; si no estuviesen llevando de club en club, con imperiales honores, al dibujante y al dueño del bravo yacht «Volunteer», de quilla móvil; que acaba de sacarle en la regata veinte cuerpos al escocés «Thistle» de quilla fija; si no

acabasen de sancionar vigorosamente la política de Cleveland los demócratas de New York, que se suponía le eran hostiles por no haber recibido de él suficientes empleos; si no se sintiera en la política visible de los partidos, compuestos ya para las elecciones de otoño, el viento de purificación con que todo partido nuevo, el partido de la tierra pública, de George y Mc. Glynn, orea los establos apestados; si no estuvieran abriendo sus puertas las asociaciones de jóvenes cristianos, las escuelas de noche, los talleres de aprendizaje industrial, las clases sensatas y vivas de Cooper; si no pardeasen ya en montones junto á los ventorrillos de café caliente, los vendedores de diarios, anunciando los primeros fríos, lo más notable de estos días fuera acaso el casino suntuoso que ha abierto el nuevo jefe de la familia Vanderbilt para que lean, aprendan, bailen, se asocien y se distraigan en juegos lícitos los empleados de sus ferrocarriles.

¿Por qué no ha de entreverse un verdadero signo de malestar social en la prisa con que esa nueva cabeza de esa estupenda fortuna quiere encariñarse por actos benévolos con los necesitados que pudieran censurársela? Estos Vanderbilt tienen de Mecenas á Chancey Depew, americano desembarazado y agudo que ve venir para los ricos tiempos torvos, y quiere ponerse pronto con sus acaudalados amigos de lado seguro.

Este Depew, gran orador de sobremesa, es

el que desde el pedestal de la estatua de la Libertad, amparándose de la fina lluvia con un casquillo de seda, habló sin caridad y fuera de tiempo, aunque en absoluta justicia, de los desesperados de otras tierras que se aprovechan de la libertad americana para ponerla en peligro.

De un salto, aun en aquellos días de popularidad de Blaine, se puso al frente de la masa inquieta de gentes de caudal que ven discutidos por métodos constitucionales sus títulos á las tierras regaladas á leguas por los amigos complacientes del Congreso; que ven adelantar entre la gente de campo, contra lo que auguraban, esta idea de la tierra nacional, que por el abuso anterior de concesiones del dominio público ha ganado en dos años de propaganda enérgicos conversos; que ven propuesto por el tercer partido del estado de New York para secretario de gobierno al que, en consecuencia de la lotería inmunda que con nombre de especulación se juega en la bolsa, pide que pertenezcan al Estado, como los correos aquí y el telégrafo en otras partes, los ferrocarriles que á su juicio no deben ser propiedad privada porque descansan sobre tierra pública, ni repartir entre un grupo de accionistas privilegiados el producto de los terrenos, de la materia esencial y prima de la vía férrea, que pertenecen por su naturaleza á la comunidad.

Si ágil es George en propalar por el campo entusiasta su doctrina; en retar á sus ad-

versarios económicos á que como Lincoln y Donglass la discutan en público con él, puño á puño, desde la misma plataforma; en aceptar á vuelta de correo el reto de un socialista alemán elocuente que, acusando á George del individualismo humano en que se basa, lo desafía á debate oratorio sobre las ventajas que tiene en su pensar el socialismo puro; si es George ubícuo, si atrae á su voz el campo como la ciudad, si recorre el estado entre muestras de apasionado respeto, no pregonando como dómine, sino respondiendo llanamente á los que le preguntan,—Chancey Depew, que por la fuerza de su mente ha subido de la más llana condición á candidato nato á la Presidencia de las clases conservadoras de los Estados Unidos, no perdona feria, reunión ó symposio donde, explotando el miedo que las bombas anarquistas de Chicago han despertado en el país, no se burle con encono que ya disimula mal, con razones como aquellas que daban los esclavistas sobre la inefable ventura de los negros, de los hombres de piadoso corazón que, viendo crecer desmedidamente la miseria, quieren, con la política infalible de la justicia, extinguirla antes de que estalle.

«¡Ved á Cornelio Vanderbilt!,» decía anoche Depew, como si tuviera enemigos delante, «organizar á los diecinueve años una sociedad de uno, y morir dueño de la mayor riqueza que acumuló con su trabajo hombre alguno! Y George Law, ¿qué tenía, más que un capacho

de albañil? ¿Y Daniel Drew, con un par de terneros por única fortuna?» «¡No creáis!, responde de lejos George, á los que para demostraros lo venturoso de la condición general os presentan, sacados con pinzas de entre sesenta millones, dos ó tres creadores de genio extraordinario, dotados del loco amor de sí, que empuja á los hombres, con poco que la mente ayude y la conciencia se desvíe, á los más altos puestos!»

En vez de un estado social donde unos cuantos hombres excepcionales se levanten por sobre turbas cada día más infelices, ¿no es lícito procurar, conservando en su plenitud los estímulos y el arbitrio propio del hombre, un estado donde, distribuyendo equitativamente los productos naturales de la asociación, puedan los hombres que trabajen vivir con descanso y decoro de su labor?

Bello es ver á un pobre mozo de campo levantarse, como Chancey Depew, dueño sólo de la centella de sus ojos, á presidir, sin que el carácter se le endurezca ni la palabra pierda su flor, cinco mil empleados que entre humo y chispas recorren, sembrando pueblos, siete mil millas de suelo cultivado: pero más bello será ver levantarse á los cinco mil empleados! Y ¿de qué valen espléndidos casinos, baños de mármol, palmas de Méjico en las escaleras, candelabros artísticos, librerías que valen mucho, si para poder estar cerca de su labor tiene el empleado que arrinconar á su mujer joven y

á sus hijos, á costa de lo más de su sueldo, en un inmoral tugurio? No son hospitales de los ojos lo que necesita la gente común, sino aire limpio para el cuerpo y para el alma; espacio, que ayuda á la honradez; esperanza, que predispone á la generosidad; calma, que es necesaria para la virtud!»

Y la escena era curiosa anoche en el Casino. El verlo sólo, mejora: los edificios bellos son verdaderas cátedras. Por entre cuadros y palmas se sube á los suntuosos salones. Casi puede decirse que no tiene New York club de desocupados, más amplio y bello que el que Vanderbilt, con ásperas palabras, dedicó anoche en público, acompañado de Chancey Depew y de un obispo protestante en frac y zapatos bajos, al regocijo é instrucción de sus trabajadores.

Y entusiasmó tanto al obispo la ceremonia, que cuando Vanderbilt acabó entre los vítores de la concurrencia reconocida su discurso desgraciado, saltó sobre sus pies, cortó en el aire con el brazo derecho un círculo vigoroso, y propuso tres hurrahs para el fundador, que fueron coreados de buena voluntad. «Eso doy, tómenlo; jueguen, lean, duerman, bailen, báñense»: tal fue, con pocas palabras más, el discurso de Vanderbilt.

Nada falta, en verdad, para ocupar allí, en gratos y nobles empleos, las horas de ocio. Hay cuartos de leer, con acopio de revistas y diarios. Hay una biblioteca que invita á pensar

grande, con escalerillas que se pierden por el balcón de la galería alta, cual por el aire, azulándose como él, se pierden los pensamientos, y en la biblioteca no sólo hay todos los libros de ferrocarriles, sino poesía y novela sana, historia, viajes.

En cuartos alhajados con esmero hay ajedreces, juegos de damas, dominós, pianos. Nada falta al gimnasio ni al boliche, donde las bolas ruedan por sobre madera rebruñida y fina. El comedor, sin ser estirado, obligará á los comensales, con tanto blanco y bronce, á la cortesía. Y baños no los hay mejores. Para los que tengan la noche libre, hay cuartos cómodos. Habrá clases de noche, conciertos y funciones de teatro, comidas solemnes en los días magnos del ferrocarril.

Iban y venían anoche mezclados por las bellas salas los empleados de saco azul, y las damas ricas recamadas de joyas.

* * *

En dos puntos se asemejan los discursos que con distinto propósito van pronunciando George, candidato de los reformadores, y Cleveland, aspirante poco menos que confeso á la reelección á la Presidencia que, en su partido al menos, no parece pueda disputarle nadie. Y esta semejanza es la cordialidad con que hablan ambos de la población extranjera, y lo ancho que ven todavía el país, cuando apenas hay asunto más frecuente en diarios y discur-

sos desde hace un año que el de la necesidad de poner coto al exceso de la inmigración.

Los republicanos no la apetecen, por temer que con ella continúen viniendo de Europa los elementos anárquicos que ciertamente tienen azorada á la República: y los trabajadores, que ven en el partido republicano el partido de los monopolios y las concesiones descaradas, su más certero enemigo, concuerdan con él en el miedo al inmigrante, imaginando que según le dicen, corre peligro su salario ya escaso por una creciente competencia. Así las grandes empresas se sirven de la ignorancia de los trabajadores.

Pero ve mal quien no ve que de todas partes de la República continúa este clamor contra la inmigración excesiva, aunque ayer, con suma habilidad, le dió Cleveland elocuente respuesta, al saludar en la ciudad de San Luis, la rival de Chicago, «una ciudad creada en una sola generación por el trabajo extranjero.» El Sur no tiene inmigrantes. En el Oeste ha dado el Congreso á favoritos y ferrocarriles lo mejor de las tierras. En el Este, la abundancia de obreros tiende sin duda á las interrupciones de la labor y á la baja de los salarios. ¿Adónde irán los inmigrantes, si la industria, no aliviada todavía por la tarifa, no adelanta en relación al aumento de trabajadores, si las tierras apetecibles andan ya tan escasas?

¿Adónde irá la República, se pregunta el americano genuino, con estas marejadas de

odio que nos vienen de Europa, con estos entes contrahechos, que vienen hablando lenguas bárbaras de las vecindades de Turquía, con estas barcadas de gitanos que llegan aquí sin más aperos que sus tiendas?

De eso viene el ceño con que se recibe toda tentativa de perdón para los anarquistas de Chicago, que van ya á entrar en la vela de muerte, aunque de público se sabe que no está entre ellos el que lanzó la mortal bomba. De eso vienen los partidos que por espontáneo movimiento surgen para protestar contra la inmigración continua en casi todas las ciudades importantes. De eso viene que mirando Cleveland con razón á los inmigrantes sanos como la levadura de la República, no perdone ocasión de adelantar por grados su proyecto de abaratar la vida con una reforma de la tarifa racional, sin poner en peligro las industrias; de recabar para el Estado cuanta tierra se dió á ferrocarriles ú otras empresas por motivos obscuros; de abrir al blanco la tierra inútil reservada hasta hoy al indio. De eso viene que ya circule con favor, como tentando la opinión pública, el plan de exigir que cada inmigrante venga provisto de certificado del cónsul, que no dará éste si el inmigrante no resulta ser, bien por el cuerpo pobre ó la política envenenada, un gusano que venga á roer la República.

* * *

En tanto, New York está contento: la So-

ciedad contra la pobreza celebra en «Madison Square» una feria de hadas, adonde va New York entero, atraído por los villorrios alegres y juegos ingeniosos con que las fieles secuaces de Mc Glynn, en sedas y terciopelos, levantan fondos para pelear por las vías de la constitución contra las causas de la pobreza: allí se vota por el periódico más leído, por el político más popular, por la mujer más hermosa: Rebeca guarda el pozo, una niña protestante cuida unas ovejas: confúndense en verdadero entusiasmo, con simpatía no limitada ya á los humildes, las menos amigables religiones.

Un velocipedista que dió la vuelta al mundo dice en una conferencia descosida que notó en su viaje cómo los pueblos que consumen más licor son los predominantes; se burla del manso hindú, y como prueba de la bondad del licor presenta al Jat fiero, traidor á la India, amigo del inglés. Un diputado rico, que por su fama de chistoso ha malogrado su carrera, pronuncia una conferencia humorística sobre Turquía; y no halla impropio de su decoro de legislador iniciarla con un pronunciadísimo salaam. Un chino, vestido de mandarín, va á ir por los pueblos explicando en inglés por qué se ha convertido á la religión cristiana.

POSTRIMERÍAS DEL VERANO.

PRINCIPALES SUCESOS.

Tres convenciones.—Los dos chimpancés.—La convención de sordo-mudos: Los debates.—Elecciones, discursos, bailes, amores.—La ley de herencia.—Convención de sociólogos: Ideas sobre el arte del censo.—Carácter é importancia de los censos.—Problemas actuales.—La convención de los "prohibicionistas": Los enemigos del tráfico en licor.—Su importancia política.—Su programa.—Apuntes sobre la situación política: Sus cambios y corrientes.

New York, septiembre 4 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Ya se vuelven á Europa los duques pobres que vienen aquí todos los veranos á buscar esposa acaudalada; — ya Saratoga, Bar Harbor y Richfield cierran sus hoteles, y abre sus sotos el aristocrático Tuxedo, donde los neoricos imitan las habitaciones, cacerías, vestidos, juegos y hablar hondo y deshuesado de los nobles de Inglaterra;—ya el partido demócrata, azuzado por el nuevo partido del trabajo, acuerda el modo de aparecer ante el país como reformista decidido de la tarifa en el próximo invierno, como ansioso de devolver á la República las contribuciones que el erario

cobra hoy innecesariamente de ella;—ya en el Sur terminó, con una paz que parece guerra, la cuestión suscitada en el estado de Georgia, sobre si deben educarse juntos los negros y los blancos, ó cada raza en su universidad, como por fin se ha decidido;—ya, por la ley fatal de la aglomeración de lo semejante, que prevalece en la formación de los cuerpos como en la de las naciones, están para juntarse en las mismas manos las dos redes ferrocarrileras de más fuerza en los Estados Unidos, la del «New York Central» y la del «Baltimore and Ohio», puesta al morir por el descuido del principal de sus dueños, que emplea la fortuna acumulada por su padre, rueda á rueda, en levantar baños de plata y tener la percha llena de sombreros;—ya dicen que se rinde el pobre viejo Colorow, que al verse robado é injuriado por los brutales vaqueros que merodean en sus tierras, al ver que le quitaban á su tribu las tres mil ovejas que la sostienen, y el caballo querido, último símbolo de su libertad, se alzó en guerra por un monte cercano con sus squaws y sus bravos, y ahora que ve la opinión á favor suya se le entrega, como si hasta su desaparición debiese el indio dar prueba constante de aquella mezcla de astucia y valor que distingue á su raza:—¡nosotros, allá en nuestra América, la tenemos sofocada torpemente, pero no la hemos asesinado!

Y se están preparando grandes fiestas. Los bomberos veteranos, los voluntarios de camisa

roja y casco de hule, se van en colosal gira, á pasear por las ciudades del Oeste. Washington está de gala, honrando, aunque sin aquella abundancia del latino, al congreso universal de médicos. Los alemanes disponen extraordinarias ceremonias para celebrar el comienzo de las obras de su enorme gimnasio, que será como universidad de los músculos, donde éstos se fortalezcan con el ejercicio para soportar su salud los sacudimientos, agonías y anhelos del alma. Los trabajadores ordenan la más imponente de sus procesiones para dar realce al Día del Trabajo, que este año por primera vez es de fiesta por ley del Estado. Y en Philadelphia, adonde hoy se vuelven todos los ojos, completan el programa solemne con que, en paradas, festines y cuadros históricos, celebrará la ciudad sacra el centenario del nacimiento de esta constitución que aun rige en los Estados Unidos, y á la que, á pesar de sus prácticas liberales de tres siglos, no llegaron sin choques, odios y rebeliones semejantes á los que, con tardanza explicable por lo diverso de los antecedentes, inquietan ahora á los estados de la América del centro.

Pero eso será mañana. A todo iremos: al Turn-Verein de los alemanes, á la procesión de los trabajadores, al congreso de médicos en Washington, á las fiestas de la constitución en Philadelphia. Hoy hemos de asistir á tres convenciones famosas:—la de los sociólogos; la de los «prohibicionistas,» enemigos de la

fabricación y venta de licores, y la de los sordo-mudos. Como trescientos sordo-mudos de cuna, capaces en virtud de su educación de ganar por sí la vida, allí se reunieron—padres, esposas é hijos—á regocijarse en su rescate, á conocerse, á levantar una estatua al sacerdote que trajo aquí la manera de enseñarlos.

¡Apenas hay espectáculo más angustioso que el de la luz presa, que el de la inteligencia humana presa! Aquí exhiben ahora, suponiéndoles sin razón, madre humana, dos que parecen chimpancés, de pocos meses: no sacan los brazos del talle de la negra que los cuida, á quien constantemente acarician, con una ternura dolorosa; pero se siente un malestar invencible, uno como dolor del juicio, cuando se ve el pensamiento caótico bajo aquel cráneo acocado, por aquellos ojos suplicantes y mortecinos, por aquel ademán con que se llevan la mano velluda de uñas carmesíes al cráneo casi mondo, como si quisieran aliviar en él la idea que pide vida:—¡así miran los presos!

* * *

Los sordo-mudos celebraron su congreso en la sala de ayuntamientos de Siracusa. La tiniebla tiene pocas fiestas, así que en cuanto lució el sol señalado, se juntaron en la ancha sala, en grupos que hacían pensar en los astros vacíos. Se entendían con los dedos, que subían y bajaban por el aire en mil figuras, como es fama entre duendes que suben y bajan los

kobolds traviesos por las chimeneas de las cocinas de Holanda. O bien tenían conversación tirada con los músculos del rostro, de un tinte como de luz, albo y misterioso, acaso por el esfuerzo del pensamiento en salir á ellos.

De pronto todos se saludan, se apartan, se sientan, porque por las privaciones del aire han conocido que el presidente acaba de abrir la sesión, dando con el puño cerrado en la mesa. El presidente, sordo-mudo por de contado, es periodista, es director del *Deaf Mutes Journal*, donde todos los afligidos del mal hallan guía y consuelo.

Dos días duró la convención, é hicieron en ellos cuanto en las convenciones se hace. Eligieron, debatieron, protestaron. Cuando la confusión era excesiva, y todas las manos andaban por el aire, el presidente daba con la palma izquierda sobre la derecha. Un sacerdote protestante, de voz sonora, dice un discurso que á la par de él va otro sacerdote sordo-mudo interpretando. Otro protesta en un informe nutrido, contra el profesor Bell, «que osa decir que entre los sordo-mudos no debe haber matrimonio, por las fatalidades de la herencia.» «¿Y nuestro amigo Risley—replica el informe—que habla como el que más, y es hermoso de cuerpo y de buena salud, siendo su padre y madre sordo-mudos?: ¡más vale no tener lengua que emplearla en negarnos la luz del alma!»

De los intereses de su gremio discutieron:

de que hay entre ellos artesanos, artistas, libreros, sacerdotes: del plan para costear un monumento en memoria de Gallaudet, que trajo á América el modo de educar á estos desgraciados. Estuvieron, después de la convención, de convivialidades y recibos, y el mejor de éstos fué un baile, cuyo instrumento único era un violoncello, al acorde del cual llevaban el compás, trasmitido por el aire, muy gallardamente.

Por fin, no sin sembrar amores, se apartaron. En lo más solitario del andén se veía en la mañana de la despedida un grupo triste: se estaban diciendo adiós dos almas que acababan de conocerse. Él, conteniendo mal las lágrimas en los ojos azules, se lleva varias veces la mano al corazón; ella, por no enseñar el rubor, no levanta la cabeza: él, como preguntándole si sabe dónde nace la luz, le toma al fin la mano, que acaricia en la suya largamente: ella, ya al venir el tren, alza los ojos, mueve, diciendo que sí, los dedos trémulos; y ya va el tren lejos, lejos, cuando todavía dos pañuelos se hablan por el aire.

* * *

«Decimos, señores, que no podemos dar fe entera á los censos. La estadística está todavía en pañales. Debemos clasificar más, escudriñar más, dividir de tal modo las preguntas en subpreguntas y comprobatorias, que el interés, pasión ó desidia de los que dan datos

sobre sí y sus asuntos, no haga caer al censo en deducciones tanto más peligrosas cuanto que se las tiene, por una fe romántica en la infalibilidad de las cifras, como base segura para determinar sobre las grandes cuestiones sociales, sobre el peligro ó beneficio de mezclar las razas, los empleos que aumentan ó aceleran la locura, la edad que ha de requerir la ley para tales ó cuales funciones, el modo en que se debe distribuir, para que sea equitativo, el producto del trabajo, la inmigración á que se debe abrir ó cerrar las puertas.»

Eso decía ayer en Saratoga, Carroll Wight, de Massachussets, tachando de imperfecto el último censo norteamericano que reputan famoso, ante el congreso de ciencia social, reunido para tratar de cuanto atañe á su averiguación y mejora: de reformar las leyes de moda que concuerden con el país á que se aplican: de dirigir la educación de manera que prepare á los hombres para vivir sin ahogo en la patria en que nacieron: de inquirir la verdad sobre las relaciones entre el capital y el trabajo, que urge saber cómo realmente sean, para que los abusos de aquél y las ilusiones de éste no tengan al país, como hoy lo tienen, alarmado é inquieto.

¿Para qué, sino para poner paz entre los hombres, han de ser los adelantos de la ciencia? Véase cómo libran ahora su batalla los reformadores, á cifras del censo: por eso el censo ha de ser nimio y veraz, para que no se funde

esperanza ó ley alguna sobre engaño. Ahora está en pie la gente obrera norteamericana. Demanda cambios esenciales en la organización social. Que sufre, es cierto. De alguien será, pues, la culpa. Es preciso que el censo investigue cuánto emplea el empresario, cuánto recoge del trabajo de sus empleados, cuánto paga á éstos, así como otros detalles que impidan al uno dar menos de lo que en justicia ha de dar, y al otro pedir más de aquello á que su porción de trabajo y la especie de él le dan derecho. Y el capitalista debe decir la verdad, porque si, por ejemplo, calla que alimenta su empresa con capital prestado, y sólo confiesa el suyo propio, resulta una proporción falsa entre lo producido y lo empleado para producir, que aparecerá menos de lo que en realidad es, dando así derecho á que el obrero crea fuera de toda relación el producto que saca él de su trabajo con el que, por confesar menos de lo que emplea ciertamente, parece que saca el capitalista del suyo.

De eso hablan: del ejercicio industrial en las escuelas; del modo de unificar las leyes de comercio y matrimonio sin atentar á la independencia que asegura á los estados la constitución; de la influencia que en la especie y número de los crímenes y en la inmundicia de las costumbres tiene el hacinamiento de las masas pobres en edificios enormes y hediondos, donde se vive en peste de alma y cuerpo.

Y entre los sociólogos, por de contado, hay

dos damas, maestra la una en New York y la otra en Princeton. Lo cual no ha de creerse que sea dote exclusiva de este país sensato; porque de penitenciarías y de derecho internacional, por ejemplo, no hay quien sepa más que Concepción Arenal, una española, á quien, poco después de haberla premiado con medalla de oro Dinamarca por un libro admirable sobre cárceles, halló un visitante respetuoso zurciendo medias.

* * *

En Siracusa también, como los sordo-mudos, se reunieron, con sus cintas blancas en la solapa, con su roseta blanca sobre el generoso seno, los caballeros y damas que de todas partes de los Estados Unidos, del Oeste, donde triunfan, del Sur, donde se abren paso, vinieron al pueblo vecino de New York para repetir su determinación de trabajar por la moralidad de la vida. y como raíz de ella, por la supresión del tráfico en vinos y licores.—«¡Venimos á pelear contra el reinado del ron, que con la riqueza que trae siempre el satisfacer los vicios, tiene comprados ó sujetos á los partidos que no pueden triunfar sin su influjo y la magnanimidad de su tesoro! ¡No puede salir virtud, decimos, de un triunfo que se compra con el producto del vicio!» Y otro dice, subido por la fuerza de la oratoria sobre el asiento de su silla:—«Ha habido una nación conocida en el mundo con el nombre de «narices atravesa-

das»; á nosotros nos va á llamar pronto el mundo, con justicia, la nación de las «narices rojas.»

El congreso fue un hurrah continuo, y ardía en él visiblemente el entusiasmo que inspira las revoluciones religiosas. ¡Duérmanse otros pueblos sobre glorias pasadas, ó esperanzas que no tienen derecho á alimentar los que no las cultivan! ¡Aquí, según el consejo de Franklin, nadie fía en otro para hacer las cosas, sino que las hace por sí mismo! Por un lado, es ala el hombre, que mira al cielo; y por el otro es hocico, clavado en la tierra: hay que empujar perennemente el ala.

Así dicen en su programa estos mil ochocientos entusiastas de Siracusa:—«Sin honradez privada no hay república segura. El tráfico en bebidas es un enemigo del hombre, una maldición para la casa, una carga para la sociedad, un crimen contra la Naturaleza y el Estado. El que vende un voto y el que lo compra son ambos criminales contra la República, y deben ser desposeídos por la ley del derecho que emplean en corromperla. La mujer, que sabe más de virtud que el hombre, debe tener el mismo derecho de votar que el hombre tiene.»

Pero algo más dijo la convención de los «prohibicionistas», esperanzados, ya que no en vencer de lleno en la contienda presidencial, en reunir por lo menos tantos votos que por el interés de ellos tenga que comprometerse á realizar en leyes sus demandas el partido que sin el voto prohibicionista no pudiera alcanzar

la victoria. Y este poder moderador de los partidos menores, no extraño en las repúblicas, es de más importancia ahora, cuando la aparición pujante de los obreros como cuerpo político demuestra que el partido que pierda el grueso de los votos de la nueva agrupación, bien podría verse obligado á reponerlos con los que los prohibicionistas le trajesen, siempre que,contra lo que parece probable, en el Este, al menos, fueran más los enemigos del tráfico en bebidas, que los miembros que por oponerse á él perdiera el partido; ¡y cuántos son, aquí donde los partidos antiguos tienen por puntales—después de los monopolios y los empleados—las cervecerías!

Por ahí van las corrientes políticas. Los demócratas ven con susto que en el estado de New York, sin el cual no pueden triunfar, lo más de su voto, que era de los obreros, parece mudarse irremediablemente al nuevo partido del trabajo, lo que le pone en situación desesperada, y necesitado de extraño concurso.

Los republicanos, contentos de una parte por esta merma en las fuerzas de sus adversarios, quisieran por la otra, ya que en ellos se tiene poca fe como partido de reforma, ver esparcido en agrupaciones diversas el voto de los trabajadores que, si se junta, ha de ser incontrastable.

Los prohibicionistas, que en las mujeres del obrero tienen sus sectarios más convencidos y ardorosos; que ven cómo crece, invadiendo la

iglesia y la ley, el cuerpo organizado de los trabajadores; que comprenden la necesidad de acatarlos para atraerlos, y de engrosar con ellos sus filas para darse peso en sus ligas con el partido que solicite sus votos, determinaron redondear su programa con declaraciones de simpatía absoluta con el elemento obrero; y como que en éste se señala el deseo de restringir la inmigración, también en eso han querido halagarle, é ir más lejos que el partido mismo del trabajo, presentándose como abogados de una ley restrictiva de la inmigración, que ya asusta con una angustiosa competencia á los mismos que ayer vinieron aquí como inmigrantes, y no ven más medio de mantener sus jornales al tipo actual que cerrar á los que sufren de lo que sufrían ellos ayer las puertas clementes á que ellos llamaron.

Abocados ambos partidos, el republicano y el demócrata, á una descomposición irremediable, sin que les quede más medio de imperar que abrazarse á la virtud, que vuelve á estar en boga en esta época de muda, es fácil ver que puede tocar puesto importante en los nuevos arreglos de las fuerzas nacionales á un partido basado en la honradez, que en el Oeste acaba de acercarse al triunfo, que se pone al lado de la masa obrera, sin los extremos que pueden alejar á ésta de la victoria á que parece encaminada, que pelea con la exageración indispensable en las reacciones, contra la bestial embriaguez, contra «el enemigo público.»

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Días de fiesta y días de trabajo.—Procesiones pintorescas.—Los antiguos bomberos.—El Gran Turn-verein.—Niños alemanes.—Obreros.

New York, septiembre 7 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Ha nacido un día nuevo. Cada época se pone en una fiesta que la representa y refleja sus ideales. Naturaleza, en todas partes igual, celebra sus mudas, con uno ú otro vestido, en todas partes, ya libando la sangre de las uvas, ya segando la garganta del cordero.

Pero ahora se entra en tiempo en que el hombre obra por sí, y no como obraba antes, por apoderado; en que la vergüenza no es ser menestral, sino no serlo; en que se muestran capaces de gobernar el mundo los que lo construyen. Jamás llegaron á fiesta pública, fuera de aquéllos que la pasión exagera y deshace, sino aquellos sentimientos potentes que de vez en cuando, como energías volcánicas, levantan los pueblos, y quedan para siempre visibles en ellos, como los montes en la tierra.

Así, aquí, donde por todos lados, como si acudiesen al clarín de cita, asoman el rostro enérgico los obreros; donde se coaligan todas las fuerzas reales del trabajo contra los que tienen la libertad á punto de morir con sus corruptelas, sus robos y su holganza; donde el trabajo se da cuenta de sí, se reconoce como eje del mundo, y ve que sin él, sin el brazo, sin el martillo, sin la rueda, todo se estanca y desbarata; aquí, al fin del siglo libre, que es como se llamará este siglo luego, por lo que ha trabajado para serlo, los trabajadores han obtenido de la ley que les señale, tal como hay un día para poner flores sobre las tumbas de los soldados que defendieron la patria, otro día para celebrar el trabajo que la mantiene.

Y no se ha escogido el día cuando el frío hostil cierra las almas, como cierra la noche las flores sensibles; no cuando el cielo está negro y ceñudo; no cuando caen las hojas; sino cuando, como en símbolo de la humanidad oreada, lo viste todo de fiesta natural el aire azul de Septiembre, limpio de miasmas, cuando el sol desvía de la tierra sus rayos más crueles, como si así la fiesta del trabajo indicase que ya el hombre deja atrás sus mayores torturas.

* * *

Hoy ha sido día de fiesta. Á vida la ciudad, aprovecha el día inesperado de reposo: alegre el cielo parece lleno de espíritus vocíferos que invitan á la animación y la alabanza: por es-

pontánea simpatía se han dado cita, en tres diversas procesiones, el heroísmo, la juventud y el trabajo: New York, hosca y parduzca, parece un cesto de flores.

¡Allá van las madres, con sus hijos pomposos en todo su lujo, con el varón de marinero, con la niña mayor vestida de blanco, que es el único lujo propio de los niños, á ver pasar en la procesión al padre endomingado, que montará á caballo, que llevará una banda al pecho, que cargará un estandarte, que en su tarea de maquinista, de librero, de excavador, de albañil, pone el del hombre cada día más alto! ¡Allá van las novias, olvidadas de coquetear en esta mañana de mayores triunfos, á saludar desde las aceras á sus enamorados, á llegar á tiempo para que les den puesto en los carruajes donde han de ir de reinas de la procesión, á tomar su lugar en el taller rodante de costureras, de cigarreras, de engomadoras, que han de lucir en el séquito, llevadas sobre carros, engalanadas con las banderas nacionales!

***

Pero, ¿qué trompetas, qué rodaje, qué músicas suenan por allá abajo de la ciudad, que no son las de los trabajadores?

Son los héroes del fuego, los bomberos veteranos de antes, aquellos voluntarios valerosos, escogidos de entre lo mejor de la ciudad, que cuando no tenía New York los bomberos diestros y disciplinados de ahora, á tanto por mes,

acudían en algarada celosa de los bancos donde se ejercitaban en los cambios, del bufete en que despachaban el pleito, de la bolsa donde sacudían millones, á apagar el incendio del palacio ó el tugurio, vestidos de camisa encarnada, cubiertos con gran casco de hule, llevando á rastras, por sobre cuanto hallaban al paso, la bomba de bronce y de níquel, pugnando, á puñetazos y á balas á veces, por llegar los primeros.

Luego vino la bomba de vapor, que no parece obra de hombre, sino alma de montaña que en vez de ir á afrontar el incendio sobre la superficie, huye de él en las entrañas de la tierra. Luego vino el perfecto servicio de mangas y escalas, el tener las estaciones provistas de juegos ágiles de botones eléctricos, el precaver de modo que cuando el botón anuncia llamas, ya salen los caballos, libres de su cadena por el mismo aviso, á uncirse el arnés que día y noche cuelga esperando ante la puerta abierta. Ya aquellos bravos abogados y médicos, banqueros y bolsistas, que en los celos y codeos de las antiguas compañías y en sus reñidísimos debates, aprendieron mucho de aquella arte humana, con la que—más que con libros y con imaginaciones—se gobiernan á los pueblos; aquellos que mimaban como á novia la bomba de su escuadro, y la solían vestir de plata y oro—hoy reemplazados por los bomberos de paga, no menos heroicos, sólo se reunen, como en este día bello, para conme-

morar aquellas riñas, rebatos y humaredas, ó para ir cual van ahora, con la bomba que domó entonces más llamas, á pasear, seguidos de la simpatía pública, por las ciudades nuevas del Oeste.

***

Y ¿aquél canto que por lo alto de la ciudad se oye, que parece lo entonasen á la vez miles de niños? ¿Qué es, que parece ala que cae sobre plata? Son niños de veras, los hijos de los alemanes, que con todas las sociedades germánicas de música y gimnasio á la cabeza, con el sacerdote que va á rezar la plegaria, con el poeta que va á decir su oda, se encaminan al ancho solar, de roca recién abierta, á celebrar con himnos, con saludos, con todo el estruendo de las almas alegres y los orfeones, la colocación de la primera piedra del magno edificio donde, entre coros para mantener el alma en alto y libros para aprender y consolar la vida, tendrán los alemanes de la ciudad todos los juegos físicos con que la docta raza germana ejercita el cuerpo—para que el espíritu no lo arrebate y trastorne, para que el pesar no lo desconsuele y abrume, para que la salud de la fibra le dé ejemplo y certeza de la del alma—en los salones de orden, regocijo y música que ellos miran como su patria en los pueblos extraños;—en sus bulliciosos Turn Verein.

***

Pero es en Broadway, en las plazas centrales,

en «Union Square» famosa por sus juntas públicas, en las aceras cuajadas de cordial gentío, en los postes del telégrafo, faroles y árboles de toda la línea, en las cornisas de las casas, en las torres de las iglesias, donde está New York viendo pasar, desde hace ya tres horas, los veinticinco mil trabajadores:—¡Allí, ante la humanidad triunfante, olvidábase el destierro, que es un egoísmo! ¡Allí, ante tanta fuerza, se veía á los hombres inquietos, como ganosos de ponerse en marcha! ¡Allí se curaban los enfermos, de ver tanto hombre sano! ¡Qué robustez! ¡Qué viril ingenuidad! ¡Qué encanto en aquellas sonrisas! ¡En aquellos pasos, qué anuncio! Hablaban poco, como si se fueran sintiendo consagrados.

Ya hemos visto procesiones como éstas. No son los alquilados hachones que á gran costo pasean los viejos partidos en las campañas electorales para hacer creer, por el número de sus procesionarios, en lo poderoso de sus fuerzas. Son los que tunden, levantan y sajan, en los quehaceres recios de la vida; son los que abren al hombre el camino, y aun no disfrutan la paga ni el respeto que cumple tributar á la avanzada de los hombres; son los esposos, los padres, los novios, de las que desde las aceras los vitorean, los saludan con pañuelos, los saludan, levantándolos en alto, con sus propios hijos; son los que han dado á bordar á sus mujeres palabras nuevas sobre los estandartes blancos.

Si decimos que son veinticinco mil, en escuadrones, con sus jefes á caballo, con sus músicas, con sus carros alegóricos, con sus carruajes llenos de niñas y de ancianos ¿no se está viendo pasar aquella grandeza? Desocupada la policía, no halla donde dejar caer la masa que blande, en la multitud henchida de aquel impalpable rebelde: el derecho. En sus estandartes va escrita su historia, su esperanza, su pena: Quieren ver á sus hijos al sol:—«¡Que el trabajo no dure más que ocho horas!» Quieren salvar á sus hijos de la peste:—«¡Que se abran más parques!» Quieren defender á sus hijos de la corrupción, la angustia y la avaricia:—«¡Qué se prohiba el trabajo de los niños!» Quieren demostrar que ya se acabó la época tiránica de los procuradores:—«¡No descànsamos en hombres, sino en principios!» Quieren enseñar que son capaces del triunfo:—«¡Respetemos á todos: no temamos á nadie!»

Así pasan, con orden marcial, todos los gremios detrás de sus banderas:—los carpinteros, con un colosal cepillo por insignia; los peones de albañil, con camisas de lana blanca y sombreros negros; los canteros, con delantales de lona, y un grupo de ellos que iba rompiendo cantos en un carro; los panaderos alemañes, que por mostrar desavenencia con los antisocialistas que George capitanea, pasaron ante él con el pabellón socialista á la funerala; los revocadores, con sombreros blancos como el yeso que manejan; los albañiles, con una casa

á medio hacer sobre un camión embanderado; las cigarreras, en treinta ómnibus, y niñas en un carro, vestidas de indias, recogiendo tabaco; los floristas, con un monte de flores; los cajistas, con banderas azules; los cerveceros, con hebras de trigo y lúpulo en los fieltros grises; los herradores, con una herradura roja en el delantal de cuero; los boteros de los canales, con un bote como aquellos en que los sorprende en el canal brumoso la mañana. Y cada grupo su enseña ingeniosa. Al fin, como una súplica más honda y elocuente que las palabras, un grupo de niños vestidos con miseria, y detrás, como pidiendo la libertad del aire y de la luz, un carro que imitaba un parque pequeño sembrado de árboles.

CENTENARIO DE LA CONSTITUCION DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Grandes fiestas en Filadelfia.—Los Estados Unidos en 1876.—La obra de la organización.—Washington y Franklin.

New York, septiembre 19 de 1887.

Señor Director de *La Nación:*

¿Por qué han de describirse en día nublado las fiestas con que celebran los Estados Unidos el aniversario de la constitución que los ha hecho gloriosos? Filadelfia, que vió en 1778 la traidora «Meschianza», cuando sus hijas disfrazadas de moras bailaron en salones recamados de espejos con los oficiales ingleses, vestidos de oro y negro ó de seda blanca y roja, para el torneo con heraldos de dalmática en que despidieron á sir Howe, ha conmemorado hoy, con procesiones históricas, con pompa industrial, con colosales juntas públicas, con plegarias solemnes, el día en que, acomodando en un código prudente sus tercas diferencias, los hombres educados en la libertad imaginaron un gobierno digno de ella.

Los pueblos crecen en estas grandes fiestas; y aun los míseros que aspiran á la libertad, sin hallarle sabor en tierra ajena, sentían como un grato frío de aurora, como un dichoso temblor de héroe, cuando á la limpia luz de la mañana fue la ciudad saliendo de la noche, vestida de banderas.

Bella es Filadelfia siempre, y más si se la mira desde la torre de su nueva casa pública, destacando su masa alegre de edificios rojos, ceñidos por el claro y manso río, sobre el cielo de fijo azul que cobra majestad mayor de aquellas esmeradas y próvidas llanuras; pero la ciudad de mármol y ladrillo tenía en estas fiestas aquel realce de gracia que da el inefable orgullo de las bodas: y los hombres, que ni ante los muertos sofocan sus enemistades, se olvidaron de ellas para conmemorar la forma de gobierno á que deben su ventura, lo que no han hecho acaso por egoísmo, sino por el placer divino con que saludan los humanos, torvos aún y confusos, cuanto adelanta y consagra su persona. Las casas hablaban: lindas cuáqueras prendían al amanecer las últimas guirnaldas y colgaduras: y los que primero se echaron á las calles, fueron los viejos. La vida tiene horas de oro, en que parece que el sol sale en el alma, y como ejército que asalta, escala y bulle la gloria por las venas. Se rompe en risa y llanto, y con la fuerza del pecho se abatiría una fortaleza.

* * *

Hace cien años vió Filadelfia, vestida entonces de calzón de pana, vestón de seda y chupa de tirilla, las mismas iras, discordias y querellas que los latinos ignorantes, enfermos de destemplada admiración, tienen por patrimonio exclusivo de su raza. Por cada hebilla de zapato había una opinión hostil en la junta convocada por el Congreso inerme, á fin de reunir bajo un gobierno de poderes reales los trece Estados distantes y celosos que por amor excesivo á su soberanía anulaban con su rebelión ó indiferencia las medidas nacionales que en vano dictaba el Congreso de la federación, sin fuerzas por los artículos de mil setecientos ochenta y uno, para hacer cumplir lo que recomendaba. Era la burla pública el Congreso. Cada Estado rico y populoso, como Virginia, ó raquítico é insignificante, como Rhode Island, tenía un voto. La nación era de aire, y los Estados se negaban, so pretexto de pobreza, á pagarle su cuota. No había modo de que los Estados acatasen las leyes enfermizas que acordaba el Congreso para trabar por un comercio equitativo las antiguas colonias, desunidas por los celos y los productos rivales. La Nueva Inglaterra, que levantaba ya sus industrias, desobedecía las leyes que pudieran favorecer la agricultura del Sur. El Sur, agrícola, quería el comercio libre con Europa, contra el Este, marino, que apetecía para sí todo el tráfico de agua.

No había moneda común, que unos querían

y rechazaban otros. Por sí, no podía vivir ningún Estado; pero, engolosinados con su soberanía inútil, se negaban á fijar en el código la unión indispensable á su existencia. La única forma visible de la nación era el Congreso, que servía sólo para demostrar su ineficacia. Los grandes que, como siempre, eran pocos, recomendaban á sus conciudadanos con angustia la conveniencia de poner término con un gobierno nacional efectivo á aquellas disensiones crecientes que amenazaban la Unión sin fortalecer los Estados, ni aprovechar más que á los politicuelos criminales que cultivan con pompa sagrada las pasiones. Cada Estado tenía un dueño de almas, á quien importaba más ser caudillo en su conuco que figura secundaria en una gran república. Los caracteres prominentes, deslucidos á veces por rivalidades indignas, coincidían, por la inevitable fraternidad de la grandeza, en el deseo de fomentar un pueblo glorioso, antes de que los intereses, en apariencia hostiles, se sobrepusieran á las virtudes. Hamilton, con aquella marcial compostura de su entendimiento, demostraba, bajo el nombre de Phocyon, la necesidad de que los Estados se juntasen bajo un gobierno fuerte: entonces se escribía con nombres antiguos: Phocyon declaraba, los Publius explicaban, Helvidius contendía con Pacificus; había Honestus, Camillus, Leonidas; Roma y Grecia imperaban, como en Francia; la juventud se precipitaba en los moldes de Plutarco, ansiosa

de asemejarse á sus héroes; Madison se sabía al dedillo los debates del Ágora, los discursos de Cleon, las leyes de Lycia. Pero Washington no aprendía en pergaminos, sino en la vida, la política: rogaba en sus cartas, urgía en sus discursos, propagaba en sus viajes, miraba por la unión de los Estados como hubiera mirado por la de sus hijos. Y Franklin, como él, ponía su nombre, limpio de cola y polvos como su venerable cabellera, al pie de aquellas sabias misivas que con su amable influjo esclarecían en pro de la constitución nueva los entendimientos, y se entraban como cariños por los corazones.

***

¿A quién había de ir á saludar Washington cuando vino entre arcos de triunfo á presidir la convención de Filadelfia, á quién sino á Franklin?

De su coche de gala, que era un globo dorado, bajó á verlo, antes de dejar en la posada el sombrero de tres picos, antes de correr el embozo de seda roja de su capa azul. El que había defendido la Nación se juntaba para salvarla con el que la había preparado. ¿Qué podrían contra aquella augusta benignidad los eruditos dañinos, los políticos interesados, los imaginadores verbosos? ¡Lo que la serpiente que quiere morder el rayo de sol que denuncia sus escamas!

Al fin, el Congreso daba licencia para revisar los artículos inútiles de la confederación:

la convención mercantil convocada por New York para remediar el desorden del comercio, se convertía en la suspirada convención nacional para dar nuevas bases y funciones al gobierno. Desde Penn en mil seiscientos noventa y ocho; desde d'Avénant y Livingstone, de quienes no ha querido hablar Bancroft; desde el folleto de un hijo de Virginia sobre el «gobierno de los establecimientos ingleses»; desde Lord Stairs y Daniel Coxe, que quisieron echar las colonias unidas sobre Francia; desde el «plan de Albany» de Franklin, que aprovechó en bien de las colonias el odio y miedo que tenían á Inglaterra los franceses; desde el congreso de mil setecientos setenta y cinco que proclamó los estados libres, puso en manos de Jefferson la pluma con que trazó sobre un escritorio de mujer la declaración de independencia, y aprobó, á propuesta de Franklin mismo, los artículos de la primera confederación, ¿no venían agrupándose naturalmente, como miembros de un mismo cuerpo, los estados? «Unión ó Muerte» decía en aquellos días un dibujo que representaba una serpiente dividida en trece pedazos.

Aun se recuerda el instante en que Franklin con las canas sedosas caídas sobre la tirilla de su chupa parda, salió á la puerta de su casa, de techo de pizarra, de la mano de Washington, que sin hablar le dijo adiós, y lleno de esperanza sublime entró, descubierta la cabeza, en su coche dorado.

Allí se habían reunido, unos en casaca de paño negro ó verde, otros de calzón de terciopelo y cuello y puños de encaje, los próceres, los letrados, los comerciantes, los mercaderes, que los estados, descontentos del descrédito é impotencia del gobierno federal, enviaban para discurrir el modo de robustecer la Unión sin que perdieran la soberanía sus partes. Allí esclavistas y abolicionistas: allí criadores de arroz, armadores y manufactureros: allí nacionalistas y provincialistas: allí oradores típicos y organizadores prácticos.

Allí el impetuoso Hamilton, en quien la elegancia contenía el valor, y la gracia el genio; sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y de francesa; precoz, como nacido en zona cálida; fundador sensato de la hacienda; hombre de arriba, de brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía: no limpio de culpa; muerto luego de un balazo.

Allí Madison, valioso asesor, muy metido en letras, cargado de historia, ponente preclaro y persuasivo, de juicio tan seguro que le brillaba lo original por entre montes de retórica ridícula, capaz de odiar á Washington.

Allí Martin, de fama fugaz como su palabrería, célebre entonces y seguida de vanos aplausos: llenaba horas, arrebataba al vulgo, remedaba la grande elocuencia, prorrumpía en estudiados apóstrofes, era servido por las pasiones á que servía: después de hablar él todos se preguntaban: «¿qué ha dicho?»

Allí Morris, Gouverneur Morris, cuya mente no tuvo niñez, conocedor sutil de los móviles de los hombres, piloto frío y feliz en los debates, creador de fórmulas dichosas, consejero de reyes y de repúblicas, fino en vestidos, empréstitos y madrigales.

Allí Patterson, díscolo y facundo, defensor de estados y pleitos pequeños, proyectil que los enemigos natos de lo grande hallaban siempre á mano, compuesto para dividir, como todos los que son incapaces de fundar, abogado terco del plan de New Jersey, de la soberanía absoluta de los estados.

Allí Randolph, dramático y vistoso, más pronto á perorar que á meditar, desposeído del carácter que hubiera dado belleza permanente á sus bravos impulsos, defensor ágil del plan de gobierno nacional enérgico, el plan de Virginia: desdichado ministro.

Allí Gorham, riquísimo comerciante, hombre hecho á sacar argumentos de la realidad; enemigo colérico de la esclavitud, con la que se negó, como Rufus King, á acuerdos ni pactos: «¡Lo que ha de ser mañana, sea ahora! ¡Qué república es ésta, llevada en hombros de esclavos! ¡Cómo la «Meschianza» de los ingleses, donde iban los negros con argollas al cuello!»

Allí los fraseadores profundos, los componedores de mente judicial: Ellsworth y Rutledge, que con Gorham, Randolph y James Wilson bosquejaron la constitución; Roger

Sherman, zapatero al principio, y luego abogado, juez, firmante de la declaración de derechos, de la de independencia, de los artículos de confederación; Johnson, famoso universitario, con honores de afuera, de los ingleses mismos; James Wilson que aprendió en d'Aguesseau y en Montesquieu y en cuyo brazo se apoyaba Frankin.

* * *

Es moda nueva, moda de esmalte, moda de puro barniz, suponer que los accidentes de educación y clima pueden alterar la esencia de los hombres, iguales en todas partes, salvo lo que les pone, ó lo que no les ha puesto, la vida acumulada de las generaciones. El maíz habla como la carne. El rubio odia, engaña y cacarea como el trigueño. El norteamericano se apasiona, se exalta, se rebela, se aturde, se corrompe lo mismo que el hispano-americano.

¡Viéraseles en la convención! Cada cual traía un plan. Éste llamaba demagogo á aquél. Aquél llamaba monárquico á éste. De trece estados, tres se negaron á venir. De tres delegados de New York, dos abandonaron la convención enfurecidos. Un estado no tenía con qué pagar el viático á sus delegados. «¡Tiranos!», decían los estados pequeños á los grandes: «¡Nos rebelaremos contra la Unión!» —«¡Rebélense!»—«¡Antes que ceder al plan de Virginia, nos someteremos á un déspota ex-

tranjero!» Los discursos se decían por centenares: Madison sólo pronunció ciento noventa y ocho. El desorden llegó á ser tal, y con tal ira terminaban las sesiones, que Franklin, menos cordialmente respetado de lo que se debiera, propuso abrir el día con una plegaria.

Había momentos en que se temía una riña general. Evitábanla enviando á una junta escogida las cuestiones candentes. Ante la junta los intereses se balanceaban; las frases se estiraban y encogían; las heridas del deseo se curaban con concesiones á la vanidad: cuando la ira volvía á estallar, «¡válgame Dios!», decía Franklin, se encerraba un domingo á preparar un discurso prudente, lleno de apólogos sagaces; y lo que aquietaba y convencía no era el discurso mismo, sino que el anciano hubiese puesto tanta alma en él que ya al leerlo le faltaba la voz, y dejándose caer en su sillón, lo dió á leer á Wilson.

Los discursos eran después de esto moderados y tímidos. En vano, cansados de la justicia como los griegos, se burlaban algunos parricidas de «los grandes nombres».

* * *

Y aquel debate, natural en las condiciones políticas que lo producían, dió fruto vivo por su misma fuerza. No ha de temerse á la sinceridad: sólo es tremendo lo oculto. La salud pública requiere ese combate en que se aprende el respeto, ese fuego que cuece las ideas bue-

nas y consume las vanas, ese orèo que saca á la luz á los apóstoles y á los bribones. En esos debates apasionados los derechos opuestos se ajustan en el choque, las teorías artificiosas fenecen ante las realidades, los ideales grandiosos, seguros de su energía, transigen con los intereses que se les oponen. Los trece estados diversos, en la necesidad de vivir juntos con elementos hostiles, de crear un gobierno nacional sin privar á los estados de su soberanía, decidieron acomodar sobre las bases reales sus pretensiones extremas, después de luchar cada uno desesperadamente por salvarlas.

«Todos desean, todos esperan algo de nuestra convención», decía Washington desde ella en carta á un amigo; «pero mientras se batalle con tanto fuego por la soberanía absoluta de los estados, mientras las miras locales de cada estado y el interés especial que influye en cada uno con exceso, no ceda á una concepción más elevada de la política, la incompatibilidad entre las leyes de los estados diversos y su falta de respeto al gobierno general han de tener á este gran país, débil, impotente y en desgraciada condición.» Esa pelea rabiosa de cada estado por su peculiar interés; ese miedo de los estados pequeños á perder por la liga de los grandes su independencia; esa repulsión de cada estado á arriesgar su especial riqueza ó someter sus instituciones, aun la inhumana de la esclavitud, á las conveniencias generales, mantuvieron en liga fogosa á la convención

constitucional, pusieron hasta el último instante en peligro la suerte de sus debates, y si bien impidieron el triunfo inmediato de los ideales generosos, lograron descubrir, con una novedad precisa en la doble naturaleza varia y una de la nación recién nacida, la única forma viva en que podían preservarse con gérmenes de mejora y vigor de realidad los elementos indestructibles y diversos que se oponían á una unión más pura.

Pero la guerra enorme que á los tres cuartos de siglo fué indispensable al fin para decidir el pleito entre las secciones rivales, guerra que hubiera sido al empezar la unión igual en resultados y menos cruenta, enseña que si cabe transigir en meras suspicacias, orgullos é intereses, no hay transacción fecunda ni sancionada por la historia en lo que acorta y tortura la esencia del ser humano.

En la justicia no cabe demora: y el que dilata su cumplimiento la vuelve contra sí. La experiencia política así lo falla, no el mero sentimiento. ¡Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado! Los pícaros han puesto de moda el burlarse de los que se resisten á ser pícaros. La política virtuosa es la única útil y durable.

* * *

Era grande el encono de los convencionales. Unos iban á crear un gobierno nacional vigoroso: otros iban á estorbarlo. Unos á soste-

ner la igualdad primaria y absoluta de los estados ante la unión; otros á sostener la prioridad de los derechos naturales del hombre sobre los de la entidad abstracta de los estados. Unos iban á procurar el comercio forzoso entre los Estados Unidos; otros á resistirse á toda obligación que pusiese trabas á su comercio libre con el extranjero.

Los estados pequeños acusaban á los grandes de intentar su absorción, é insistían, para que no desapareciese la igualdad ficticia, en que en el gobierno nacional tuviera el mismo número de votos cada estado.

Los estados grandes preguntaban con asombro cómo en el gobierno de una nación podían tres millones de hombres en un estado tener el mismo número de votos que doscientos mil de otro. Los estados que mantenían la esclavitud, ansiosos de hacer valer á los negros como hombres para aumentar su representación, insistían en que se les reconociese luego como agentes de producción de riqueza para traerlos de Africa libres de derechos; á lo que se negaban los estados de población libre, que veían en la importación ilimitada de esclavos y en la representación de los negros el peligro de que los estados esclavistas imperasen con este recurso falso é inhumano en el gobierno de una nación fundada para el triunfo de la humanidad. Los estados de la costa, ganosos de dar empleo á sus buques, querían facultar al gobierno de la nación para que impidiese

en las aguas americanas el predominio de la bandera inglesa, á lo cual se oponían los estados agrícolas, temerosos de que este monopolio de la marina americana produjese un alza irremediable en el costo del añil y el arroz que enviaban á Europa.

¿Cómo acercar los partidarios de la representación por estados á los defensores del voto personal? ¿Cómo conciliar los estados del Norte y del Este, partidarios del voto libre exclusivo, á los el Oeste, que ya apetecía la esclavitud para cultivar sus tierras, y los del Sur, que se anunciaba dispuesto á abandonar la Unión si se negaba representación á los esclavos? ¿Cómo avenir el Este, que anhelaba amparar su marina, con el Sur, que resistía su imperio?

Esas fueron las luchas de los cuatro penosos meses que duró la convención: había injurias, amenazas de separación, desafíos, puños alzados. Lo demás eran cuestiones menores: si habría tres poderes ó una suprema legislatura que fuera judicial y legislativa; si el ejecutivo sería de uno ó de tres, temporal ó vitalicio, electo por el pueblo ó por la legislatura; si el poder legislativo tendría una cámara ó dos; si los de la cámara llana serían elegibles á los veinticinco años ó á los treinta; si los senadores servirían nueve, siete ó cinco años, ó durante su buena conducta. Mas, por airados que fuesen, como solían ser, estos debates, y los de la presidencia, sobre todo, ninguno levantó tormentas como las que sacudían la conven-

ción cuando chocaban los intereses vitales, ó la cuestión de soberanía de los estados. Tres fueron las batallas mayores, y tres los compromisos. Impotentes para vencerse, acortaban disputas, reconociéndose sus intereses vitales.

* * *

La batalla de la soberanía de los estados fue la primera; mantenida por el plan de New Jersey y opuesta por el de Virginia: hasta la palabra «nacional» era odiosa á los estados pequeños; Virginia excluía la representación por estados; New Jersey se negaba á la representación personal: los estados pequeños alegaban que la convención no tenía derecho á crear una Unión nueva, sino á reformar la primitiva: los estados grandes niegan que sean ellos los que puedan combinarse, teniendo cada uno interés distinto.—«¡Los pequeños son los que se combinan!»—«¡Nos ahogarán los estados mayores si accedemos á la representación personal!»—«¡Cómo, replican los estados mayores, hemos de consentir en tener representación igual en el gobierno de la nación cuando pagamos mayor cuota para su sostenimiento, cuando la cuota se impone sobre la población á que se le niega voto en lo que paga!» Entonces, en la paz de la junta de examen, ayudó Franklin, con sus chistes y llanos ejemplos, al triunfo de aquel primer acomodo, que dio pie y modelo á todos los demás: allí surgió la idea realmente nueva de la cons-

titución americana, sugerida por la especial composición de las entidades desiguales políticas á que había de aplicarse: allí, reservando el voto sobre asuntos del erario á la representación personal, á los estados que más podían padecer de él, se imaginó el congreso de dos cámaras, una de representantes de la población, á un voto por cada cuarenta mil, y otra de representantes de los estados, que con la primera discutirían las leyes nacionales.

Cien años ha vivido el acomodo; y como que los estados tienen entidad real, como la desigualdad entre el Senado y la Casa de Representantes en el derecho á votar el presupuesto, que ésta se guarda, corresponde á una desigualdad de población verdadera, subsiste y ayuda al equilibrio de esta noble máquina de gobierno la representación de los estados, cuya ley interior, arreglada á sus peculiaridades y hábitos, facilita el trabajo gubernamental, puesto que lo divide, y alimenta en círculos bastantes las vanidades y ambiciones cuya concentración es amenaza perpetua para las repúblicas.

***

Pero no bien se había acordado con calma volcánica la representación personal, estalló la ira de nuevo, y los estados alteraron sus puestos de combate, en cuanto el Sur pidió representación para los negros. ¿Para qué la pide, pues que los negros no tienen allí perso-

na, sino para influir fuera de su derecho en los estados que están limpios de esa mancha?

Ya la lucha no era entre los estados pequeños y los grandes; sino entre los libres y los esclavistas. Uno quería dar á los negros voto entero, otro darles tres quintos: el Sur alegaba que la esclavitud, que añade á la riqueza de la nación, debía estar representada en su gobierno.—«¿Conque por ser inhumanos y perezosos, contestaban los estados libres, tendréis más representantes que nosotros, que somos humanos y trabajadores?» Morris propuso que la cuota de los estados se impusiese conforme al número de representantes.

—«Si con la amenaza de una cuota sobre nuestros negros se nos quiere negar su representación, me aparto de la convención»,—dijo la Carolina del Norte. Si la Carolina se apartaba, como faltaban tres estados más, la convención quedaba sin poderes, según los artículos en cuya virtud se había reunido. Hay que ceder, pues. King y Gorham no ceden.—«¡La conveniencia no nos puede hacer cómplices de la inhumanidad!» Pero cede el Congreso.—«La cuestión no es de humanidad; la cuestión es que si la Carolina se separa, la Unión se desvanece.»—Se llega al otro acomodo: el número de representantes corresponderá al monto de la cuota directa del Estado; ambos se basarán sobre la población: en la población se contarán todos los blancos y tres quintos de los negros.

Han pasado cien años, y este arreglo no ha

vivido, porque no nació de lo real y constante, sino de caprichoso reparto de poder sobre la base innatural y transitoria del crimen; y lo funesto de aquella concesión hecha al crimen por el miedo, se ve en la lucha sorda y creciente que en los estados esclavistas entablan contra sus dueños de ayer, aun soberbios y crueles, los millones de emancipados incultos que sin aquel aciago arreglo no hubieran nacido.

* * *

No sin amenazas se obtuvo que los estados menores no se saliesen aquí de la convención; y ya lucía el sol rojo de Agosto cuando, en imponente silencio, fueron recibiendo los convencionales, impreso con anchos márgenes é interlíneas, el bosquejo de la constitución, bien distinto por cierto, fuera de los acomodos esenciales, del que el día diecisiete de Septiembre firmaron con orden solemne aquellos que supièron someter su soberbia al bien público.

Notas se tienen apenas de aquellos debates animados en que, atendido ya lo real, ostentaron los eruditos sus nociones de historia, y los demagogos fingieron alarma, y con terco pudor se opusieron los amigos del hombre á todo asomo de ataque á la libertad esencial, á su ventura. Al Presidente le quitaron fuerza y títulos; confirmaron la libertad de la prensa; desaprobaron el alojo de tropas en tiempos de paz: y en esas noblezas estaban, cuando, agru-

pándose de súbito, según sus intereses, los estados, salió á debate el poder del congreso nacional sobre el comercio.

Que el Sur no traiga negros de Africa. Que pague derechos si los trae. Que no debe pagarlos porque son productores de riqueza pública. Que la Carolina del Sur y Georgia abandonan la Unión si los negros que importen han de pagar derechos. Que se les arruina su agricultura si se les prohibe importarlos. Más que llevar tendrán los barcos del Este, mientras más negros haya. King y Gorham hallan magníficos acentos para negar que prospere un país de esclavos. El Este pide que el Congreso pueda favorecerle su marina mercante. El Sur se opone. El Sur niega al Congreso el poder de pechar las exportaciones. El Este, á cambio del asentimiento del Sur al poder del Congreso para dar leyes de mar, accede á negarle el derecho de pechar las exportaciones y la entrada de esclavos. ¡Así, por regateos, no todos dignos, quedó sancionada aquella constitución que á Gladstone le parece «la obra más poderosa que de un solo arranque haya producido en el arte del gobierno el espíritu humano.»

* * *

Ya van á firmar. Ya Washington, que no dio muestras jamás de esa familiaridad propia de los que cortejan las turbas, parece, aun á los que no lo aman, que á su propia vista se transfigura y diferencia del resto de los hom-

bres. Ya el secretario Jackson le da la pluma, humedecida en el tintero de plata, ¡y todavía tienen proyectos que oponer! ¡Ya piden nuevo congreso! ¡Ya están proponiendo nuevas enmiendas! Franklin, con su modo de padre, invoca en aquel tono humilde, nunca desoído, la prudencia de los descontentos. Morris halla la fórmula apetecida: «Acordada en convención por el consentimiento unánime de los estados presentes.» Washington pone el primero su nombre: «No creí, cuentan que dijo, que llegáramos á esto sin sangre.» Los convencionales van firmando por el orden geográfico de sus estados. Dieciseis se niegan á firmar. Franklin se acerca á la mesa presidencial, bajo cuyo dosel había pintado un sol: «Nunca acerté á entender, dijo, si este era sol naciente ó sol poniente; pero ahora veo que es sol que nace!» Y dos años después, todavía un estado reacio se negaba á entrar en el «buen barco de la constitución», á cobijarse bajo el «techo nuevo.»

La sangre que Washington esperaba vino después. Aplazar no es resolver.

El crimen, el crimen de permitirlo, traen siempre sangre. Pero la constitución americana, prosperando á pesar de él, enseña á los pueblos que sólo echan raíces en las naciones los códigos que nacen de ellas, y que así como los artículos de la confederación cayeron en ridículo y desuso por ser imitación postiza de las ligas griegas, así las púrpuras extrañas

pueden podrir el lienzo no dispuesto á recibirlas, ni necesitado tal vez de más colores que los que echa en él el ingenuo sol nativo.

* * *

Veamos, veamos la más bella de las procesiones con que celebra Filadelfia el centenario.

No es la de militares: tribunas embanderadas rodean la plaza central; pasan uniformes, cascos, fusiles; el presidente Cleveland no ve más que sombreros levantados. ¿Cómo estás, viejo? le dice dándole la mano un mozalbete; al Presidente de la Suprema Corte lo echa atrás rudamente un policía; la marina lleva pantalón blanco y sombrero rojo, la esposa del Presidente los ve pasar desde un balcón, vestida de seda negra; va la milicia azul, recogiendo himnos; la esposa del Presidente saluda con el pañuelo á los cadetes huérfanos; artillería, banderas, caballos, veteranos.

No es la fiesta oratoria, celebrada en estrado gigantesco en medio de la plaza; oró el obispo protestante, con túnica de seda negra, estola morada, y bonete chato de negro terciopelo; no halló Cleveland las palabras nacionales que requería el enorme suceso; el juez Miller, orador oficial, lee inoportunas diatribas contra los que, en las agonías de Europa, no hallan tiempo para tener fe en la libertad; un negro mantiene un quitasol abierto sobre el manuscrito; el juez antes de leer, se preparó una bebida de un vaso á otro con sus propias

manos. Dos mil niños corearon el himno nuevo de la república, himno sin alas. Bendice la fiesta el cardenal de Baltimore, vestido de encarnado.

Pero la procesión singular fue la de las industrias, como eran hace cien años, como son ahora. Pasan ridiculeces, pasan grandezas, están pasando durante nueve horas. Ahí va un grupo de continentales: tricornio, chupa azul de vueltas rojas, calzón blanco, polaina negra; y así eran los que, con Washington y Lafayette á la cabeza, rindieron á Cornwallis! Llevan en andas una miniatura de los padres de la constitución: Franklin se está acercando á la mesa; Washington está firmando; Hamilton, mira, de pie: ¡se sentaba poco, Hamilton! Los carpinteros llevan dos templos, con trece columnas uno, los trece estados de antes; otro con treinta y ocho, los treinta y ocho de ahora. Un arado de mil ochocientos dieciocho, y mil arados de hoy, en grandes carros de anuncio: «La Joya del Este», «El Rey del Oeste», «El Soberano.» Una arrogante sembradora lleva delante un labriego antiguo, que va regando á puñados de un saco la semilla. En el carro que sigue van imprimiendo, distribuyendo letras, hirviendo tipos. Esto que aplauden es la escuela india de Carlyle: niños y niñas indias van en los carros en sus labores de escuela: unos dibujan, otros tallan, otras cosen y escriben: detrás de los últimos, doblados sobre sus pizarras, cabalga una tribu salvaje,

pintada en guerra, envuelta en sus frazadas de colores; en un carro van indios de antes y colonos, fumando sobre el tratado recién hecho el calumete de la paz. Junto á una sierra mohína, que corta al día ciento cincuenta pies, pasa silbando, con real magestad, una máquina de aserrar que abate al día cuarenta mil pies. Los gremios todos, centenares, miles, décimos de miles, con sus aperos al hombro. Tras de unos negros de ayer, recogiendo algodón, medio desnudos, van los buenos artesanos negros que tienen tienda próspera en Filadelfia, un relojero, un ebanista, un encuadernador. En el lomo de una monstruosa águila dorada van unos caballeros de lanza y rodela, con el casco sobre los muslos ó la loriga desabrochada. Ahora siguen los carteros, como mil doscientos; los de la casa de moneda, de negro y guantes amarillos; un mensajero sorprendiendo á un ladrón que abre la caja que lo delata. ¿Quién cuenta lo que sigue? invenciones de anunciar; tejedores de alfombra, con alfombrillas por delantales; ovillos gigantescos; un pastor con ovejas; un telar rodeado de tejedoras lindas; tras de la diligencia de ayer, cuarenta caballos arrastran una locomotora: ¡no es la locomotora la más bella! Y vacío, porque no hay nadie que pueda ocuparlo con justicia, cierra la procesión el coche dorado de Washington.

LAS FERIAS CAMPESTRES.

Sucesos principales.—Maquinaria agrícola.—La política en las ferias.—La cura por la fe: Un santuario de creyentes.—El milagro en nuestros días.—La hermana Peterson.—Fuerza del campo.—Los anarquistas de Chicago: Se confirma su sentencia.—Mujeres heroicas.—La novela de Nina Van Zandt.—Los presos.

New York, septiembre 22 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Estos son ya los últimos Congresos de estos meses, los que celebran en enormes ferias agrícolas los campesinos; en cada centro de tráfico se celebra una. Ni un duque inglés, feo, calvo y de poca caballerosidad en sus fáciles amores, obtuvo semanas pasadas tanta atención entre lo más advenedizo, por supuesto, de la gente rica en un pueblo de baños, en New York; —ni las fiestas de los judíos, las fiestas del Rosh Kashanah ó Año Nuevo, en que se confunden por tres días en el templo y en la casa criados y señores;—ni el príncipe hindú, vestido con ropas de oro y turbante blanco, que pasea con las familias de los magnates por parques y avenidas;—ni la briosa escena en que con aplau-

so unánime le niega un juez el derecho de naturalización americana á Most, el anarquista que solicita entrar en la patria para trabajar con más seguro contra ella;—ni el artículo notable del chino Wong Chin Foo, que se resiste á mudar de religión porque, con abundancia de razones y resultados, cree la suya superior á la cristiana;—ni la Langtry, de tez de nácar, que ha vuelto;- ni el cuadro de Detaille, la conmovedora *Defensa de Champigny*, que campea en el Museo como un soberano, ocupan tanto la mente pública como esas grandes fiestas campesinas, donde, antes de que el año se entre en nieve, vienen á verse, á comprar, á beber ciudad, á oir política, los moradores de los condados de la redonda. A una, á la de Nenburg, van como veinte mil: más á la de Lyons; más que á todas á la de New Jersey.

De tres días á una semana dura en cada una la fiesta; por los caminos no se puede andar, llenos de carruajes: mercan, curiosean, entran en rifas, se empeñan tercamente en salir con ventaja en los juegos fraudulentos que allí, ¡lo mismo que en nuestras tierras!, llevan, disimulando la ruleta, los estafadores. Son grandes áreas, casi siempre alambradas, y como exposiciones al aire libre, donde el tablado para el baile se alza, jamás desierto, entre un concurso de pollos y un ventorrillo de salchichas. Una cuadra está llena de máquinas y útiles agrícolas, y el que quiera adelantar su campo, venga acá en Septiembre, á ver las

ferias, porque allí las casas rivales tienen en juego todo su mostruario; uno ara, otro trilla, otro descascara, otro muele el maíz, otro desmenuza el forraje, otro saca azúcar. En el concurso de las viandas ganó una calabaza, de doscientas cincuenta libras, cultivada por los presos de la Penitenciaría de Essex. Los gallos más altos, de tamaño trágico, eran los shangais, que comían el grano de la boca del barril: y los bantams, de exquisita finura, son tan menudos que hay que darles partidos los granos de maíz.

Pero cuando la feria triunfa es á la llegada de los caimacanes de los prohombres políticos, que, como el novio cuando está para merecer, salen por todas partes al paso de su voto, que es su dama. ¡Cómo viajan de una á otra feria, como con alas, demócratas, republicanos, amigos de la tierra libre, prohibicionistas! Unos, como George, encienden con energía religiosa el entusiasmo simpático y puro, propio de los primeros años de un partido nuevo: otros, como Sherman, el candidato de muchos republicanos á la Presidencia, trata con solicitud, en él no nueva, del modo de hacer de New York, á fuerza de remolacha, un gran estado azucarero, lo cual, yendo como él va, de candidatura, es tanto como convertir la remolacha en votos; otros, como el diestro Hill, el gobernador del Estado de New York, pronuncia hábiles discursos en que explota, con arte maravilloso de demagogo, las preocupaciones

arraigadas en el campesino, levanta como sin querer el miedo á lo que recomiendan sus adversarios políticos, y con cortesía de forma, como la de pedir que supriman el vino en un banquete, halaga á los partidos menores, de cuya ayuda pudiera necesitar cuando, á pesar de lo que repelen su politiquilla de interés las gentes de influjo, pudiera conseguir que, en estas elecciones ó en las próximas, le proclamen los demócratas candidato á la Presidencia. ¡Dan pena, esos criados del voto!

* * *

No lejos de este bullicio se levanta, animada en un bosque de meples, una ruinosa casa de madera; han reunido la casa y el corral con una tienda de lona, como la de los circos; y aquél es en el silencio del bosque, sin más ruído que el lejano de un canal por donde bajan como con alma, las maderas, el Santuario del Monte Zion, donde vienen á orar todos los Septiembres los que creen por aquellas cercanías que con la fe se curan las enfermedades del cuerpo, y con el unto del óleo sagrado. En Boston hay muchedumbres de creyentes en estas curas milagrosas, que llenan en sus juntas, juntas de lágrimas, plegarias y exclamaciones, los grandes teatros. En Brooklyn no hace mucho estaba repleto un lugar de asambleas: las mujeres lloraban; gente de buena fe rezaba en voz alta; un ex-cojo ostentaba la pierna devuelta. En New York, frente mismo

al Parque Central, hay un Hospital de Curas por la Fe, que acaso no son más que el hábil aprovechamiento de la imaginación en los disturbios físicos que de ella nacen, ó se agravan por ella.

Partidos políticos en boga no pueden á veces allegar el gentío que en aquel recodo de selva atrajo esta fe. Eran como mil, mujeres y hombres, aunque por allí no pasan muchos caminos. Grandes carteles rojos dicen en la puerta: «Venid á Jesús!» «Tened fe en Dios!» El templo, que la luz tamizada por la lona llena de claror espectral, rebosa de gente que oye atenta, con la frente apoyada en el respaldo de la silla delantera, la historia que les hace, en lenguaje llano, de su conversión la hermana Peterson, dama de campo, de no mal parecer, que vive cerca, en otro rincón de árboles, donde ella y su marido, partiendo como los rusos los trabajos, tienen una casita blanca que mira á la bahía. Cuando la oradora se deja arrastrar por un párrafo fervoroso, el auditorio se humilla, como las ramas cuando pasa el viento: se oyen suspiros, sollozos sofocados, «loados sea Dios», y amenes entrañables. La asamblea empieza cantando himnos. «Levántense los que tengan algo que pedir, que los dones del Señor son libres!», dice la Hermana Peterson: muchas mujeres se levantan, á demandar al Señor ésto ó aquéllo para el pariente enfermo, para el amigo extraviado; un hombre se pone en pie, sin que le deje hablar el llanto;

quiere que el Señor le cure á su hijo que agoniza. «¡Levántense los que quieran dar gracias á Dios por los beneficios recibidos!» Y se levantaron muchos más que los que tuvieron súplicas que hacer; se llenó de hombres y mujeres en pie la tienda de lona, tan súbitamente como á la primavera se llenan en los países fríos de flor los árboles de lilas. «¡Levántense ahora los que tengan milagros de cura que decir!»

Diez, veinte, treinta curados por la fuerza de la fe se levantaron á dar su testimonio «A mí me ahogaba el hígado, y ya me deja vivir.» «Yo me moría de consunción, y ahora respiro y trabajo.» «Mi mujer, dijo un comerciante transeunte, se curó por el rezo de un mal viejo; y luego se rompió el brazo al bajar de un wagón, y con el rezo se le soldó, porque no quiso llamar á cirujano. Aquí están siete de la familia, que se curaron por la oración. Y los siete se pusieron en pie.» «Y yo tenía la piel mala, recé con fe, y las lacras se me han ido.» Pero el negociante no fue quien conmovió de veras al auditorio, sino una mujer del campo que con acento concentrado, hondo, brusco, pintó su amor á un hijo, que se le moría en manos de médicos; hablaba entre gemidos; pocos ojos estaban allí secos; «¡hasta que resignada á la voluntad de Dios, entregada de corazón á lo que quisiese hacer de mí, le dije de rodillas: «¡llévatelo, Señor, si es tu voluntad!» «¡Y me devolvió mi hijo!» «¡Gloria á Dios!» exclamaba al sentarse: y hombres y mujeres,

sacudiendo en alto los pañuelos, «¡Gloria á Dios!» decían en coro, abrazándose, sollozando; los aquietó la hermana Peterson entonando un himno. Se puso en pie una niña de diez años, que con la fe curó de la escarlatina, y pidió á la congregación que orase para que le volviera el oído.

Eso ven, meciendo su ramaje como el aire mece las barbas luengas de aquellos creyentes, los meples que esconden el santuario á la vista del camino. Tienen al día tres juntas. Vienen al templo por una vereda que atraviesa un cementerio. Por un paso casi oculto en el monte se baja á la bahía, donde sumerjen de cuerpo entero á los bautizantes. Dos sacerdotes del campo se bautizaron ayer. El cielo y los altos árboles recalientan en el hombre el culto mortecino.

***

Mujer es la sacerdotisa del santuario de Zion; una mujer, de crédito entre los abogados, solicita los votos del Estado de Nebraska, para un puesto en la Corte Suprema de Justicia; mujeres son las que, con muerte en el alma y circulares en las manos, trabajan con más fervor por librar de la sentencia de horca, confirmada ya, á aquellos siete anarquistas acusados de arrojar la bomba mortal á los policías de Chicago. ¡Cuán distinta de Ada Bittenbender, la que solicita los votos sobre sus méritos de abogado, político y escritor, es aquella mulata Lucy Parsens, que con el mis-

mo fuego de Vera Zasulitch y de Sofía Bardina, pone en manos del juez, ante quien la traen presa por repartirlas, una petición de clemencia para su marido, condenado á morir, y para sus siete compañeros! ¡Cuán distinta de la esposa próspera, temida de los cofrades por su ciencia jurídica y sus raciocinios, es esa pobre criatura de buena casa y fina educación á quien el exceso de lo más noble del alma llevó á casarse por noticia pública, único modo en que la ley no podía prohibírselo, con el apuesto periodista Spies, uno de los sentenciados, á quien ella cree víctima del amor á los hombres! Nina van Zandt, que acompañada de su madre asistió al turbulento proceso, arrostró la pérdida de la herencia que aguarda de una tía, y la burla, y la notoriedad que repugna á las almas sensibles, para ofrendarse como esposa á un condenado á muerte, á quien sólo puede ver en público, entre rejas. Acaso le facilitó la resolución ese amor á lo extravagante que en la mujer de los Estados Unidos es ya un hábito; acaso, como parece cierto, tiene su alma en grado sumo aquella excelsa cualidad de la mujer que no la deja estimarse á sí misma sino cuando se da con dolor, y prescinde de su bien por el de otro, regocijándose en el deleite puro del martirio, que es la dote femenina en que, confundiéndose las diferencias materiales en la altura moral, abundan los verdaderos grandes hombres.

Ella, con el recato victorioso del sincero

amor, ni se avergüenza ni se enseña; sus padres, personas de respeto, le ayudan por sana piedad á allegar recursos para la defensa del que mira como esposo, á visitarlo, con las chucherías que alegran la vida del preso, á consolar con una humilde devoción el espíritu agrio y brutal, según dicen, de aquel á quien ella perdona como asperezas de la prisión las palabras secas y actos desdeñosos con que el alemán egoísta la recibe en la guerra, á ella, delicada y joven. Y el mismo Chicago, donde parece por lo unánime de la opinión ser irremediable la muerte de estos hombres, ya no se burla de aquel dolor donde es visible la virtud. Ni se ve que fuera de Chicago se ablanden los corazones, aunque apenas hay quien crea que entre los ocho llamados á morir, está el que lanzó la bomba. De los ocho, uno es un orador de ímpetu y elegancia literaria, cuya suma cultura le hace afrontar en paz la muerte; otro, el periodista, escribe dramas y sabe oficios finos; otro, que lleva en la cara la manía agitatoria, parece proyectil, no hombre; otro, es buen socialista, según libros; otro, de cajista, subió á escribir en diarios; hay otro sabio en artes; á otro, un impresor, no lo fueron ya á ver, el día en que se confirmó la sentencia, dos niños que tiene, agraciados y lindos; otro, el condenado á quince años de penitenciaría, vende cestas, que trabaja muy bien, y dice serenamente que si le matan á sus compañeros, se mata.

LOS SUCESOS DE LA SEMANA.

Cleveland de viaje.—Los pájaros y la estatua de la Libertad.—New York en Octubre.—Política: Los partidos se preparan á las elecciones.—Una oficina de elecciones.—Interioridades de las campañas políticas.—Las mujeres en las elecciones.—La reunión socialista: La policía y los socialistas.—Desmanes de la policía.—El país y los socialistas.—Escenas de la reunión.—El efecto.

New York, octubre 18 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Con los cielos turbios y las hojas amarillas comienza aquí la estación de las conferencias, los teatros y las elecciones. Ya cada partido tiene en un hotel suntuoso su cuartel general, cada teatro su actriz favorita, cada conferenciante su público entusiasmado. Y mientras el Presidente, en excursión triunfante, viaja por el Oeste y el Sur, con peripecias que *El Partido Liberal* contará al fin de la gira á sus lectores; mientras la gigantesca Compañía telegráfica «Western Union» absorbe, sin cuidarse de la inquietud pública, á su única rival poderosa, la «Baltimore y Ohio»; mientras con escándalo nacional absuelve un jurado

de New York á un policía que asesinó á mansalva en una querella de ebrios á un nadador heroico; mientras los pobres pájaros que van huyendo de la nieve, caen, cegados por el fuego de la antorcha, á los pies de la Estatua de la Libertad, ribeteando con los esmaltes del colibrí y el amarillo de la oropéndola, su túnica de bronce, en New York, agitada por la cercanía de las elecciones, la novedad de los teatros y la resurrección del comercio, todo es palabra, movimiento y música. De noche, sobre todo, es animadísima la escena, no en las calles aristocráticas, menos alegres que los cementerios, donde en torvas hileras van expulsando, en vez de atraer caminante, las casas iguales y pardas; no en los barrios revueltos de los pobres, en cuya sombra brillan las tabernas como los ojos viscosos de un monstruo moribundo; sino por las calles de tránsito privilegiado y en torno de las plazas donde celebran los partidos contendientes sus reuniones, y donde con tal claridad y fuerza se exponen las opiniones propias y se atacan las ajenas, donde con tan constante ejercicio se fortalece el carácter personal indispensable en las repúblicas, que renace viendo esa muestra de salud política, la fe en el hombre que rudamente lastiman los barrios tabernarios, los jurados venales y los políticos de alquiler que salen á flor de agua en estos días.

***

Ya todos los partidos tienen compuesta y

recomendada ante el público su candidatura ; y el interés que la batalla política despierta siempre, el desborde casi satánico de pasiones que aquí se considera modo legítimo de aspirar al triunfo, la suposición maligna, la calumnia fría, la réplica aristofánica, la pelea que deja el aire fétido, como son fétidas las entrañas donde se elabora y mantiene la salud, despiertan este año con brío nuevo, por el poder súbito con que se presenta en el combate el partido prohibicionista, hostil á la fábrica y venta de licores, y por el influjo que pueda tener en los partidos antiguos, republicano y demócrata, el nuevo partido reformador de George, reclutado principalmente de entre los demócratas, y ya dividido, por haberse separado de él en masa los obreros socialistas. Candidatos, casa de banderas, banderas, impresos, procesiones, oradores, laborantes, urnas de patente, con las que no se puede apuntar más votos de los recogidos, todo lo tiene ya cada-partido preparado.

El cuartel general de cada uno, la casa de banderas, la casa donde en salones misteriosos se dirigen las operaciones de la campaña, son en verdad dignas de verse. Las antesalas están llenas de pedigüeños; todos van allí á vender algo, uno su influjo en una cervecería, otro una canción en que denigra á los candidatos rivales, otro el secreto que deshonra al candidato enemigo, otro va á que lo alquilen de orador. De espaldas contra las paredes están

en maniquíes los modelos del uniforme con que ha de darse más lujo á los mastuerzos, que á peso por noche, fungirán de entusiastas en las procesiones. La pared está llena de retratos de los candidatos del partido. En los rincones, sobre las mesas, sobre las sillas, hay grandes atados de periódicos é impresos, que con ayuda de grandes registros va colocando en fajas de correo una falanje de infatigables secretarios. Allá adentro, en la sombra, están en junta constante los prohombres; hay poca luz, como para que no vean su bochorno los que van á venderse; las sillas están dispuestas en grupos por los rincones, donde se abejea como en un confesonario; no se sale por la misma puerta por que se entra. Allí se acuerda el itinerario de cada orador, se le da la pauta de sus discursos, se fija la subvención que debe darse á cada diario, se desecha el diario que la pide, sin que su importancia haga temible el tenerlo por opositor, se paga en tanto ó cuanto el gamonal que ofrece llevar al partido cierto número de votos, se solicita con vergonzosos ofrecimientos el apoyo del hombre honrado á quien se cree dueño de la opinión de algunos de sus conciudadanos.

En los partidos nuevos, el cuartel general es más franco y humilde; los secretarios reciben en la antesala á los visitadores, escriben las direcciones de los votantes en las fajas de los impresos que les envían, comunican con su juventud y agilidad la simpática fe del novi-

cio; en un cuarto interior espera el jefe, que conferencia sin tasa, recibe á muchos, dice á más que no los puede recibir, y de vez en cuando visita la antesala, sonriendo sin cesar, acariciando á un niño, galanteando á una mujer, dando á los hombres la mano; se hunde luego en su salón, alumbrado por una gran araña dorada.

* * *

¡Qué si hay mujeres en estas oficinas políticas! Unas hacen de secretarias; otras son oradoras celebradas; otras son edecanes valiosos de los partidos de la Prohibición y del Sufragio Femenil; otras son indispensables auxiliares en el día de los votos. En Newark, el trabajador más activo, el «laborante», que con más energía ayudó la candidatura de un sacerdote protestante para Presidente del Municipio, fue con vestidos de seda y sortijas de brillantes, su propia esposa. Y anoche mismo, en la reunión al aire libre de las socialistas en «Union Square», cuando ocho mil de ellos se congregaban impacientes para protestar contra la brutal arremetida con que una semana antes los dispersó la policía; cuando la ciudad esperaba que no acabase sin sangre la noche; cuando cercaban el estrado de los oradores, doscientos policías armados de revólvers y de la porra temible; cuando aun padecen en los hospitales de sus contusiones y heridas los concurrentes ó transeuntes indefensos que arrolló aquella noche la policía sanguinaria,

una mujer habló desde el estrado á la plaza que la vitoreaba sin cesar, mientras ella, dando la libertad de los Estados Unidos por moribunda, aconsejaba á los socialistas que la fortalecieran con el estudio de los problemas que acarrea el predominio del dinero, y la restableciesen con el voto. Silenciosamente, mientras ella iba hablando, pasaban ante el estrado compañías de obreros, que ondeaban la bandera roja.

Con tres «hurrahs por la palabra libre» acabó la reunión, que había oído atenta los discursos de los oradores que les hablaban desde los estrados dispuestos en las cuatro esquinas de la plaza, y los carretones convertidos en las bocacalles en improvisada tribuna. Allí estaban todos los partidarios con que en New York cuenta el dogma socialista, encabezados por un noble ruso. Allí estaban, con sus mujeres y sus hijos, los mismos sobre quienes, fingiendo una equivocación de que se ha avergonzado luego, cayó ciega de furia la policía, tundiendo, aporreando, derribando, hiriendo á cuanto tranquilo espectador ó paseante desentendido se le oponía al paso. Dejaban á sus víctimas machucadas por la porra, cegadas por la sangre, levantándose á rastras, implorando socorro. Así se vengaron los policías, en una junta consentida por las autoridades públicas y celebrada conforme á la Ley, de las censuras que su brutalidad y su conducta venal arrancan á los oradores del partido nuevo, que

viene á derrocar el sistema impuro en que los que viven de los vicios de la ciudad mantienen con el producto mismo de ellos en el poder á los que les permiten el ejercicio libre de sus viles profesiones.

Pero á ese odio personal hay que añadir, para entender en su alcance este acto de violencia, el encono con que ve el policía, casi siempre irlandés ó hijo de él, á los alemanes, polacos, bohemios y rusos que, más por aspiración vaga que por entendimiento, siguen, en unión de escasos norteamericanos, las doctrinas socialistas, propagadas aquí por los medios legales de la palabra, el periódico y el libro, con aquella volcánica intensidad propia de los países donde el hombre estalla de puro comprimido: el desinterés evangélico de unos, el odio heredado de otros, el ansia de mejora de todos, da á esta propaganda ingertada, á esta política de importación, un tono de extranjería y vehemencia que inspira espanto verdadero á los americanos de raza, hechos á volcar en paz, por la virtud del voto puesto en la urna, los hombres y las instituciones que les estorban. Y en los policías vienen á juntarse, con el rencor hacia el que denuncia sus abusos, el odio del emigrado irlandés á su rival alemán ó eslavo, y la impaciencia clara con que el pueblo americano mira el adelanto de las doctrinas europeas, impaciencia tal que no vacilaría, si así pudiera detener el progreso de las del extranjero, en mermarse sus propias libertades.

Así pasan ahora los días rápidos: leyendo los diarios en que los republicanos y demócratas, enemigos entre sí, se coaligan para atacar el partido de George, y animan á los socialistas de quienes George, con enérgica política, se ha separado; oyendo calumnias; aplaudiendo en estrenos teatrales; preparándose para la Exposición de Atlanta; viendo á los negros, al favor de un buque, representar á lo vivo las escenas bíblicas del Hijo Pródigo; asistiendo á un teatro donde debaten ante el público, compuesto por mitad de los dos partidos, George, defensor de un impuesto único sobre la tierra dada en alquiler por el Estado, y el ruso Shevitch, orador tonante y de hermoso pelo negro, jefe de los socialistas. Así pasan los días, mientras otoño, rico de colores, viste ya de fogosos matices la tierra que pide á los árboles la cubierta de hojas secas que la protejerá de la primera helada: en ríos y lagos se reflejan, como en láminas de oro móvil, los fantásticos cambiantes de las orillas, donde el verde perpetuo de los pinos, fieles á la primavera, realza la hermosura de incendio del haya roja, el nogal pardo, y el castaño amarillo, por entre cuyas ramas, sin cuidarse del ruido de los ferrocarriles ni del de las pasiones de los hombres, corretean las ardillas buscando nueces.

MEXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

SUCESOS REFERENTES A MEXICO.

Junta de la Liga de la Anexión en New York.—Se ha de estudiar este país por todos sus aspectos.—Cutting preside la "Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México."—La anexión del Canadá.—El "Sun" responde una pregunta sobre la anexión de México.—Cutting con la Liga.—Dos artículos sobre México en las revistas de Junio.—"La Villa de Guadalupe" en el "American" Magazine.—Artículo de Charles Dudley Warner en el "Harper's Magazine" sobre Morelia y Toluca.—Warner como escritor.—Importancia de su juicio en los Estados Unidos.—En Toluca le asombra la agricultura.—Morelia, como belleza natural, le entusiasma.—Su juicio hostil.—"¡Piernas pobres!"

New York, junio 23 de 1887. (*)

Señor director de *El Partido Liberal:*

Estos días han sido mexicanos. Que México tendrá pronto en Washington un palacio digno de él; que el comercio entre México y los Estados Unidos recibirá un súbito empuje con el nuevo tratado de correos, según el cual pueden enviarse cartas y paquetes á la otra margen del Bravo, por lo mismo porque circulan en los Estados Unidos; que la hija de Juárez, el indio que crece, fue agasajada en la Casa Blanca; que unas fieles amigas peregri-

(*) Por error en la numeración de originales no aparece esta carta en el correspondiente orden de fechas.

naron á la tumba de Helen Hunt Jackson, la que con tal arte y ternura contó en su novela *Ramona* las desdichas de los indios de México, cuando la conquista de California; que en un salón, con poca luz, se reunieron para oir á Cutting los delegados de la «Liga de Anexión Americana», y hablaron cosas torvas; que es una maravilla la loza tornasolada de los indios de Santa Fe, y pudiera convertírsela en una pingüe industria; que el *American Magazine*, buena revista, trae un artículo limpio de iras, sobre la Villa de Guadalupe, y sus piedades y leyendas; que Charles Dudley Warner, el escritor pintoresco y afamado, describe sin bondad en el *Harper's Magazine* su viaje por Toluca, Pátzcuaro y Morelia. Veamos todo esto. Desembaracémonos primero de lo desagradable. Asistamos al salón de poca luz. Para conocer á un pueblo se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos!

* * *

Era de noche, como conviene á estas cosas, cuando en los salones de un buen hotel de New York, se reunieron en junta solemne los directores de la «Liga de Anexión Americana» y los delegados de todas las ramas de ella, para hacer un recuento de sus fuerzas y mostrar su poder á los misteriosos representantes que los estados anexionistas del Canadá envían á la

Liga, á la vez que para tributar honores al Presidente de la «Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México», al coronel Cutting. Presidía el coronel George W. Gibbons, conocido abogado; canadenses había muchos, á más de los delegados de la Liga, cuyo objeto inmediato es «aprovecharse de cualquier lucha civil en México, Honduras ó Cuba, para obrar con celeridad y congregar su ejército»; pero no había ningún hondureño, ningún cubano, ningún mexicano. «La ocasión puede llegar pronto, decía el Presidente; lo cierto es que puede llegar de un momento á otro.» «¿Honduras también?» preguntó un neófito. «¡Oh, sí; vea el mapa de Byrne. Honduras tiene muchas minas.» «¡Qué no nos tomen en poco», decía un orador, «que lo que va detrás de nosotros, nosotros lo sabemos; con menos empezó Walker hace treinta años; sólo que tendremos cuidado con no acabar como él.»

Nueve años hace quedó establecida la Liga de Anexión, y hoy cuenta, repartidos en los varios Estados de la República, y «prontos á acogerse al banderín de marcha» más de diez mil afiliados, «gente buena», dice uno de los informes, «á la que cuesta esfuerzo reprimir, pero los tiempos no están aún maduros para una agresión aislada é independiente.» Cada delegado de las ramas numerosas de la Liga leyó su informe, y de ellos y de sus conversaciones, resulta que tienen fe en la espalduda canalla que, impaciente de guerra y saqueo,

se cría siempre, como las setas venenosas de las mejores maderas, en los pueblos fuertes de muchos habitantes. Su deber es acudir á la primera voz de mando. Les sobran afiliados, dicen, lejos de faltarles. Su organización es la de un ejército de reserva.

De todo el Sur y el Este del Canadá habían venido para esta junta magna delegados especiales, y no de poca monta, pues dos de ellos son diputados en el Parlamento del Dominio. ¿Ni cómo pueden tomarse enteramente á la ligera, por lo menos en cuanto hace al Canadá, los trabajos de la Liga, cuando á la vez que celebra una convención especial para afirmar sus relaciones en el país vecino y tratar con sus representantes, piden los diarios demócratas, el *Sun* y el *World*, sin escándalo de los demás, que el partido haga dogma de su programa la anexión del Canadá á los Estados Unidos? En New Brunsick no hay un sólo ciudadano que quiera ser inglés, dijo uno de los diputados, y todo Manitoba es anexionista.

—¿Y á México, por qué no?—preguntó al *Sun* otro diario, puesto que está tan cerca de nosotros y nos es tan necesario como el Dominio?

—No debemos querer á México, respondió el *Sun*, porque su anexión sería violenta, inmaterial y odiosa, sobre que nos fuera incómoda, porque allí, ni las instituciones, ni la lengua, ni la raza son las nuestras, y no habría modo de llegar á una asimilación fecunda;

mientras que en el Canadá vienen de ingleses como nosotros, como nosotros hablan inglés, y como nosotros desea el país confundirse con nuestra República. Y eso mismo dijeron en la junta los canadenses, que no son conocidos por su nombre, sino por números, para que no les caiga encima por traidores su gobierno nativo.

Pero este asunto, con ser tan importante, lo pareció menos á la junta que la presencia del coronel Cutting.—«Viene, se decían en susurros, á unir las fuerzas de la Liga de Anexión con las de la Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México.»—«Sí, á eso viene, se trabaja mucho. Las dos asociaciones van á celebrar una Asamblea.»—«¿Dónde?—En Niágara Falls.»—«¡Ah! ¿en la frontera del Canadá?»—«¿De qué se trata, pues, primero, del Canadá ó de México?»

Y en medio de esos comentarios, todos al caso y ciertos, iba explicando Cutting á la junta, que lo oyó con favor, la organización de «las fuerzas de la Compañía», después de haber pretendido encender el odio con la aleve pintura de su prisión en México, que acaso procuró para servir de buen pretexto á la Compañía invasora. Allí dijo lo que debe repetirse y los periódicos todos publican:—que los soldados de la Compañía pertenecen á Estados diversos. pero son más los del Sur, por irles más de cerca; que ya son quince mil, prontos á una llamada; que el objeto de la Compañía es desposeer á México de los Estados del Norte, y

en especial de Sonora, California, Chihuahua y Coahuila; que «su gente» es probada, toda de aventura, y hecha ya la mano á empresas tales, gente recia y sin miedo. Dijo, en fin, lo que no puede ser, que Nuevo León y Tamaulipas, semejantes á un hijo que acaba de asesinar aquí á su madre porque ella se empeñaba en hacerlo ir por bien, están dispuestos á acogerse á los Estados Unidos; y dijo la vulgar locura de que, con tal de echar á su gobierno abajo, muchos mexicanos ayudarían á la invasión, á pesar de su odio al Norte. —Va á reunirse una asamblea preparatoria de la general en New Orleans.

Ya tienen escogido el hotel donde la general va á celebrarse en Niágara Falls. A Cutting, para su persona, nada le falta. Ahora urgiría que todo lo favorable á México se propalara y cundiese, para que cuando por una ú otra parte alzasen cabeza estos bandidos, no estuviera la opinión de acá indiferente ó inclinada en su pro, sino sintiera que le venía de la conciencia el freno; lo que no puede lograrse sino aprovechando, y con prisa, toda ocasión de inspirar respeto á quienes pueden ser, con su obra, ó su bolsa, ó su indiferencia, hostiles. ¿No cuentan ahora mismo los historiadores de Lincoln cómo atizaban año sobre año los espíritus turbulentos de la frontera; cómo provocaron; cómo intentaron, una y otra vez; cómo al fin trajeron la guerra, entre el Sur y el Norte, de que eran ellos látigo y van-

guardia? Las saetas venenosas no son más que saetas, pero matan. Y es bueno conocerlas y prevenirse contra su uso.

* * *

El que describe á Guadalupe en el *American Magazine*, no pone por cierto su leño en esa hoguera. Él, Arthur Howard Noll, no es de los que busca en las estatuas los lunares; él no estudia á los vecinos por lo absoluto, como no se les ha de estudiar, sino en relación con sus antecedentes, que es como queda el observador prendado de ellos. Guadalupe le parece «la población más interesante de los alrededores de la capital». La Sacristía le recuerda la Vicaría de Fortuny. Cuenta sin burla las aventuras de Juan Diego; el crecer de las rosas en la piedra viva; el milagro de que, al llegar á la casa del Obispo, las flores hubiesen pintado el retrato de la virgencita en la frazada; cuenta las hazañas de la de Guadalupe, en su formidable pelea con la de los Remedios; en el día de los muertos, ve, entre las sepulturas cubiertas de flores, la tumba de Santa Anna con una sola corona, la de su esposa; azota «el gran vicio nacional, el juego», aunque observa que el mexicano no juega tanto por la ganancia como por los lances y la novela de la diversión, y porque se vea que sabe perder como sabe morir.

Pero ¡en cuán distinto espíritu está inspirado lo que Charles Dudley Warner, que

aquí campea entre las autoridades literarias, escribe sobre su viaje, superficial y pretencioso, por Toluca, Pátzcuaro y Morelia! Nadie, en verdad, pudiera atestiguar mejor sobre aquella hermosura natural, y evocar con palabras, vivas como colores, los soberbios cambiantes de aquellas puestas; porque él es escritor elegante y personal, que comparte con John Burroughs el mérito de describir con ternura la naturaleza, y la ama como Thoreau, el solitario de Concord, mas no con la pasión desmedida de aquel eremita desconsolado, sino con gracia de artista francés, y en virtud de una fina y vehemente necesidad de color y hermosura.

Hay en sus estilos la misma diferencia que entre sus personas:—Thoreau, enjuto, ceceñio, de ojos dolorosos y fijos, de cabello despeinado é hirsuto, raso el labio de arriba, como un lacedemonio, la boca comprimida, para que no se le saliese por ella la tristeza, y la barbilla en barboquejo: — Warner, pulcro en el traje, amigo de gustar, nariz montada, ceja rasgada, ojo adoselado, frente griega, cabello rico, partido á la mitad; barba apostólica. Conoce su jardín hoja por hoja. Se ha sentado á horcajadas junto al árabe. Ha ido, buscando la gracia, al Levante y al Nilo. Después de eso, ve á Morelia, y exclama: «¡Es lo más bello que he visto!» Pero no merece escribir para los hombres; porque no sabe amarlos.

Ve bien en los detalles: pero ¿de qué le sir-

ve, si no ve con cariño? Pinta bien lo que ama, los lagos resplandecientes, los sembrados lucidos, los coros de montañas, arrebujadas como las vírgenes en velos vaporosos; mas el mérito no está en eso, pues para eso no hay nada que vencer sino en domar la antipatía, si se la tiene, y pintar con lealtad, y como si se le quisiera, aquello que por naturaleza no se ama. No es que todo sea bueno, ni que haya de disimularse lo malo que se ve, porque con cosméticos no se crían las naciones, ni con recrearse contemplando en la frente inmóvil su hermosura; pero todo se ha de tratar con equidad, y junto al mal ver la excusa, y estudiar las cosas en su raíz y significación, no en su mera apariencia. ¡Pues si acá fuera á juzgarse el país por la corteza, y no se mirara á sus brutalidades con la piedad y razón que son menester para excusarlas! Los pueblos, Warner, son como los obreros á la vuelta del trabajo, por fuera cal y lodo, pero en el corazón las virtudes respetables!

Entiende la naturaleza, pero es escritor estrecho, que no sabe salirse de su raza, como aquél del cuento indio, que porque tenía asido al elefante por una pata, sostenía que todo era pata. Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano, que los confunde y unifica: sus emperadores tienen el pensamiento, que son los que ven de alto y en junto, como Emerson, y sus alféreces, que son los que de andar en los

asuntos de su compañía todo lo quieren modelar por ella.

Como Warner. Entiende la naturaleza, mas en cuanto les ve cambiar de color, ya no entiende á los hombres. ¡Lástima de estilo, porque de veras escribe con cierto calor, precisión y viveza en todas partes desusados!

Toluca le parece limpísima ciudad, y preferible en ésto á todas las de los Estados Unidos; le recuerdan el Oriente las columnas egipcias del mercado, y la capilla con su dombo de azulejos. Admira estático la perfección de los cultivos, no sin enseñar su vulgar preocupación. «No creíamos, dice, hallar en México tan celosa agricultura.» La puesta de sol, vista desde un cerro que domina la población, «es uno de los más bellos espectáculos del Universo.» El viaje á Morelia le impacienta por lo lento; y el viaje á Toluca le entretuvo reflexionando en lo mucho que robaban antes por allí «estos mexicanos, que al parecer con el favor de la opinión pública variaban la monotonía de sus ocupaciones ordinarias con la del robo en despoblado;» como si en los Estados Unidos no se hubiese robado de la misma manera, cuando vivían sus comarcas en el mismo aislamiento y condición primitiva en que estaban, cuando eso pudo decirse, las de México; como si los enormes fraudes que comete en los Estados Unidos, en lo cabal de su civilización, la gente culta, y de los que México está casi libre, no revelasen una corrupción

nacional más vasta é inexcusable que el bandidaje romanesco, fatal secuela de las guerras, en soledades sin vigilancia y sin medios de trabajo; como si en México, donde quiera que ha aparecido el trabajo, no hubiese desaparecido el robo!

Al fin llegó á Morelia, después de ver el lago Cuitzeo, que cree más bello que el de Winnipiscoyee, ó el afamado lago George; después de apuntar que los indios de México viven como cuando Cortés, ¡como si hubiese cosa más triste, fuera de las escuelas de Hampton y Carlyle, que los indios norteamericanos; como si no los tuviera extenuados la desolación ó el vicio; como si Helen Hunt Jackson no apellidase este siglo, por el maltrato de los indios, «un siglo de infamia;» como si de los indios norteamericanos hubiese surgido un Juárez!

Llega á Morelia, y allí escribe sus páginas con rosas; se siente en su estilo la noche serena y el aire aromado; las flores invisibles danzan en torno del búfago, y lo doman; ellas le dejan ver que la ciudad es un árbol de jazmines, que el orden reina en Morelia adorable y sencilla, que el colegio es excelente, aunque sobran en su librería pergaminos inútiles y faltan los libros de la vida nueva. Las flores lo guían; Morelia sale de sus manos como una maga que invita al mundo á reparar las fuerzas en su seno; hay suave tristeza en el éxtasis con que admira cada nuevo espectácu-

lo. Las flores lo llevan, no le enseñan castellano, porque dice que «calzada» quiere decir «sombrío», pero describe la calzada como bóveda sacra y opulenta, y entra en paz el espíritu, sólo de divisar en la pintura las guías de carmelina, asomadas á los muros blancos para ver pasar al búfago vencido. Y llega á la Alameda por el noble acueducto que trae á su memoria, con lo que alcanza á ver entre los arcos, los paisajes menos bellos de la campiña romana, donde nada hay que se compare en su poético abandono á aquel paseo, á la vez jardín y bosque, con una que otra choza de labrador en los canteros, cercada de claveles, con su follaje espeso y elocuente, con su rumor que acalla los pesares, con la divina quietud del poeta persa. ¡Repara, el mal agradecido, en que los bancos no están bien cuidados!

Luego, más vale no leerlo. ¡Pretende juzgar la ciudad, quien no sabe que allí vivió Ocampo! ¡Quiere dar voto sobre la gente del país, y no pregunta dónde peleó Rayon! ¡Que son mestizos; que los extranjeros tienen que sobornar á los jueces para obtener justicia; que los amantes se entienden á señas por las ventanas, como si no fuera esto mejor, sin ser loable, que estrujarse en el Parque Central por los rincones; que los novios, como cosa nunca vista y pecado especial de México, se ganan á las criadas para hablar con las novias en sus habitaciones; que á un americano le permitieron una vez depositar en una elección

el voto de sus trabajadores ausentes; que en las fiestas de la plaza, adornada de carnavales, vió á los «petimetres de la ciudad, de piernas pobres, jovenzuelos sin seso, escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito.»

¡Este Warner merecería que se le pusiera, como en tiempo del Cid, la mano en la barba! ¡Conque las piernas fuertes hacen los corazones animosos!

¡La civilización en México no decae, sino que empieza!

¡La han levantado de sobre un cesto de hidras, con brazos que esplenderán en lo futuro como columnas de luz, un puñado de hombres gloriosos! ¡Ha sido la heroica pelea de unos cuantos ungidos contra los millones inertes, y contra privilegios capaces de ampararse de la traición! ¿Qué civilización heredó México, cuando ya tenía el brío propio necesario para declararse libre? ¡Esa Nación ha nacido de esas piernas pobres y de unos cuantos libros franceses! ¡Más ha hecho México en subir á donde está, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo, de donde vinieron! Quede Warner en paz, que fuera hablar más de él, darle la gran lanzada al moro. ¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliates; Bolívar pesaba tanto como su espada; Don Miguel Hidalgo llegaría á unas ciento treinta libras; las piernas pobres no arremetieron mal el Cinco de Mayo. ¡Piernas pobres!; precisa-

mente era así el guía que cierto caminante llevaba una vez de Acapulco á México, el cual camino acabó con una buena suma á la cintura, sin que nadie le robara; era así el guía, poco de carnes y años, sin seso y zancudo; pero como un francés corpulento, que se agregó á la caravana, diera en punzarlo y hacer burla de él, llegando, porque lo creyó flojo, á mover mucho el sable y desafiarle el valor, saltó el mozo de su arria con tal vuelo que pareció á todos gigante, y más que á nadie al francés, que escondió el sable en cuanto le vió al mozo los ojos, tan encendidos que no había modo de hacerle seguir camino hasta que el francés no se bajara de su caballo y aceptase el combate. Al francés no le pareció el mozo ¡piernas pobres!—Pero, ¡ah, de esos juicios de viajeros, que no se responden al punto y en su propia casa, se hace aquí lentamente el juicio nacional, que México no ha de querer que le sea en las malas horas enemigo!

LA REPUBLICA ARGENTINA

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

UN ARTICULO DEL "HARPER'S MONTHLY."

New York, octubre 22 de 1887.

Señor Director de *La Nación:*

De dos años acá se nota en los periódicos de los Estados Unidos deseo marcado de conocer los países y recursos de nuestra América, que les parece campo necesario, cuando no obligado, para los productos excesivos de las industrias norteamericanas; sin que á estas averiguaciones de riquezas y costumbres haya presidido aquella cordial afición que á nuestros países corteses y caballerescos enamora, y nos induce á sacrificar en pago de ella el propio interés; antes bien, nos estudian é historian á meras ojeadas, y con mal humor visible, como noble apurado que se ve en el aprieto de pedir un favor á quien no mira como igual suyo. Así es que, siendo en verdad admirables la mayor parte de los pueblos de

nuestra América por haber subido entre obstáculos mortales á su condición presente, de los más obscuros y opuestos orígenes, no pasa día sin que estos diarios ignorantes y desdeñosos nos traten de pueblecillos sin trascendencia, de naciones de sainete, de republicuelas sin ciencia ni alcance, de «pueblos de piernas pobres» — como decía ayer Charles Dudley Warner hablando de México,—«escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito!»

¡Este Warner merecería que se le pusiera, como en tiempo del Cid, la mano en la barba! ¡Lástima de estilo el suyo, porque de veras escribe con cierto calor, precisión y viveza, en todas partes raras! La civilización en México, como en toda nuestra América, no decae, sino empieza. Tendrá el carácter de nuestra naturaleza, de pampa y de ombú. De sobre un cesto de hidras ha levantado la civilización en nuestra América, con brazos que esplenderán en lo futuro como columnas de luz, un puñado de hombres gloriosos, de apóstoles marciales, de mentes enciclopédicas, de universitarios redimidos.

¿Qué ha sido en México la civilización contemporánea sino la heroica pelea de unos cuantos ungidos contra los millones inertes, contra privilegios capaces de ampararse de la traición, y de vender al extranjero su república? ¿Qué civilización heredó México, heredó toda nuestra América, cuando ya tenía brío

propio para declararse libre? Más han hecho nuestras tierras en subir á donde están, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron.

Dudley Warner ve bien los detalles; pero ¿de qué le sirve, si no ve con cariño? Pinta bien lo que ama, los lagos celestes, los sembrados lucidos, los coros de montañas, arrebujadas como las vírgenes en velos vaporosos; mas el mérito no está en eso, pues para eso no hay nada que vencer, sino en domar la antipatía, si se la tiene, y pintar con lealtad, y como si se le quisiera, aquello que por naturaleza no se ama. No es que todo sea bueno, ni que haya de disimularse lo malo que se ve, porque con cosméticos no se crían las naciones, ni con recrearse contemplando en la fuente inmóvil su hermosura; pero todo se ha de tratar con equidad, y junto al mal, ver la excusa, y estudiar las cosas en su raíz y significación, no en su mera apariencia. ¡Pues si acá fuera á juzgarse el país por la corteza, y no se mirara á sus yerros con la piedad y razón que son menester para excusarlos! Entiende Warner la naturaleza; pero es, á pesar de su forma, escritor estrecho, que no sabe salirse de su raza, como aquél del cuento indio, que porque tenía asido por una pata al elefante, sostenía que todo era pata. Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano que las domina y uni-

fica. Sus emperadores tiene el pensamiento, que son los que ven de alto y en junto, como Emerson; y sus alféreces, que son los que, de mirar en los asuntos menudos de su escuadra, todo lo quieren modelar por ella.

¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliates. De San Martín no se cuenta que pesase montes: Bolívar pesaba tanto como su espada: el cura Hidalgo llegaría á unas ciento treinta libras. ¡Piernas pobres! Precisamente era así el guía que cierto caminante llevaba una vez de Acapulco á México, al cual viaje dió fin sin que le robase nadie la suma fuerte que cargaba al cinto; así era el guía, poco de años y carnes, muy cenceño y zancudo; pero como un francés corpulento que se agregó á la caravana diera en punzarlo y hacer burla de él, llegando, porque le creyó flojo, á mover mucho el sable y desafiarle el valor, saltó el mozo de su arria con tal vuelo que pareció á todos gigantes, y más que á nadie al francés, que escondió el sable en cuanto le vió al mozo los ojos, tan encendidos que no había modo de hacerle seguir camino hasta que el francés no se bajara de su caballo y aceptase el combate. ¡Al francés no le pareció el mozo «piernas pobres!»

* * *

Precedidos casi siempre por la fama de la riqueza natural del país, se han publicado principalmente en las revistas mensuales ar-

tículos miopes sobre Guatemala; que con política culpable ofrece ahora su alianza á los Estados Unidos á cambio de que éstos abusen de su temible influjo en México para que el Gobierno mejicano permita al guatemalteco oficiar de potencia mayor y absoluta entre los países de Centro América que Guatemala mira como botín natural suyo; sobre Costa Rica, industriosísima colmena, que inspira cariño por la cordialidad de sus habitantes, de los «hermaníticos», como en Centro América los llaman, y respeto por su laboriosidad é industria;—sobre Honduras, que levanta su nueva generación, medulosa y prudente, entre minas de oro y plata que estallan por todas partes á flor de tierra como en la ceniza caliente se abren en florones níveos los granos de maíz;—sobre Colombia montada en oro, sujeto el seno henchido por un corselete de esmeraldas, oreada la frente, repleta en mal hora de latines, por las alas anchas de las mariposas azules de Muzo;—sobre Chile, «el país del yankee sudamericano», donde vió Eleroy Curtis, secretario de aquella volante comisión norteamericana que recorría hace dos años nuestros países, «el paseo de Santa Lucía, el lugar más bello que he visto jamás», donde le pareció el chileno «el más activo, emprendedor é ingenioso entre los hispanoamericanos, agresivo, audaz, arrogante, perspicaz, rencoroso, fiero de naturaleza, hombre de sangre fría», mezclando en eso y en lo que aquí se calla, de tal modo las vir-

tudes á los reparos, que más llegan á ser éstos que aquéllas.

Y hoy mismo acaba de publicarse en el *Harper's Magazine*, que reclama con justicia entre las revistas ilustradas el puesto de representante terco del espíritu aguileño de Norte América, un respetuoso estudio sobre «el otro extremo del hemisferio», sobre la Argentina y el Uruguay, donde el asombro mal contenido no deja al autor, que es el mismo Eleroy Curtis, espacio para la censura.

Adivínase el estupor con que los comisionados vieron surgir, cuando desembarcaban en Buenos Aires, «sobre los hombros de un tempestuoso italiano», aquella inesperada y ya temible grandeza; y el escritor lijero que de todos los demás países de América trasmitió impresión tal que resultan, aun los más prósperos de entre ellos, semi bárbaros y deformes, sólo ve en Buenos Aires al gaucho que espira sobre su poncho de colores á los pies de una nación mágica y pujante.

* * *

No tiene el estudio mucha literatura; pero su misma desnudez realza su efecto y es su lección mejor, puesto que desde el exabrupto con que comienza, revela el miedo é impone el respeto que á su juicio merece la Argentina de un país que «vergonzosamente la desconoce», aunque, á seguir como van los precios de producción y trasporte en los Estados Unidos

«acabarán los argentinos por echarnos de los mercados de provisiones y harinas».

Y hay algo del floreo de brazos de los boxeadores en aquella avalancha de contrastes estadísticos. Ya no preocupan al escritor, como en los demás pueblos que visita, «si la costaricense anda descalza», lo cual sólo es verdad de alguna campesina infeliz; ni si en Santiago de Chile se deja morir de frío la gente en las casas, arrebujada en sus pieles alrededor de un ético brasero». ¡Lo que os debe preocupar, imbéciles, es que «á nosotros nos cuesta cincuenta pesos poner una res curada de Chicago, en Londres, y á ellos les cuesta veinticinco: que hace cinco años empezaron á exportar cereales, y de aquí á poco nos van á quitar el mercado de harinas del Brasil, como Chile nos ha quitado el del Pacífico; que con su tierra, cultivable casi toda, sus ríos hondos, sus impacientes ferrocarriles, los pueblos del Plata tienen ventajas que superan á las de cualquier otro país del globo!»

Y con aquel espanto con que Catón acababa su discurso, con un elogio continuo y casi colérico que va levantando á latigazos la atención de sus compatriotas soberbios y dormidos;—en vez de entretenerse en describir estatuas y edificios;—en vez de intentar desdichados y rudimentarios esbozos de mera historia política de nuestra lucha sublime por poner de acuerdo, con generosidad é ímpetu difíciles de entender para otras razas, nuestra población supers-

ticiosa y primitiva con nuestros ideales acrisolados y magníficos;—en vez de burlarse á boca ancha de costumbres risibles que acaso conservamos sólo por aquel tierno respeto del nieto leal á las chocheces de sus viejos buenos,—esto es lo que dice Curtis á los norteamericanos: «No os fiéis de aquella Patagonia inhabitable, porque lo es tanto como nuestro gran desierto; nuestra población aumenta en un setenta y nueve por ciento, y la de ellos en ciento cincuenta y cuatro; creéis que nuestra Minneapolis es la ciudad que más de prisa crece en el mundo, y Buenos Aires crece mucho más de prisa que Minneapolis. Wheelright, de Pensylvania, les fundó su primer ferrocarril; Halsey, de New Jersey, su primer rancho; Hale, de Boston, la primera casa de comisiones que abrió la vida al comercio extranjero; pero tales son ellos que no sólo imitan nuestros métodos, sino los mejoran, y nosotros somos tales que mientras Inglaterra envía allí trescientos nueve vapores en un año, los Estados Unidos, invitados por una subvención anual de cien mil pesos, que no nos decidimos á igualar, no enviamos uno sólo. La Compañía de carnes frigorizadas de Londres y el Plata está ya siendo enorme pulpo comercial, que acaparará el tráfico de carnes como nuestra Standard Oil Co. acapara el tráfico de petróleo. Y cuando aquel pueblo que va un siglo adelante de cualquiera otro país hispano-americano; que tiene en sus ciudades más teléfonos y luces eléctri-

cas que nosotros, sus propios inventores; que con avidez inteligente se apodera de toda idea ó procedimiento útiles; que tiene más escuelas, más riqueza animal, más riqueza relativa que nosotros; que echa por todo el continente, con éxito que pudiéramos aquí mismo envidiar, suntuosos ferrocarriles por tentáculos; cuando la Patagonia—de donde ha volado el indio como el avestruz—esté poblada por los rebaños que ya la inundan, y por el ferrocarril del Norte baje el comercio, el tránsito, las minas del Pacífico, Buenos Aires será á la vez Londres y New York, y la constancia de aquel pueblo latino habrá levantado contra la misma naturaleza un populoso emporio, una nueva maravilla hermana, en la ribera que con más prisa que juicio escogió para sitio de la ciudad, pensando antes en guerra que en trabajo, el fundador Mendoza. Ya no es aquella la «Confederación Argentina,» como nuestros textos de geografía la siguen llamando torpemente, sino Nación, Nación con N mayúscula como la nuestra, y «una é inseparable,» y «unidos nos salvamos y divididos perecemos,» y todo lo más que nos plazca decir de nosotros, todo eso es la República Argentina; llamarla de otro modo es injuriar á los patriotas que con su sangre la han hecho lo que es, y poner en berlina nuestra propia inteligencia.

* * *

Y así como la relación desnuda del viaje de

Darwin en la fragata «Beadle» resulta á veces, por el influjo de la beldad americana en el autor sincero, épica como nuestro natural resplandeciente, fúlgida como un brillante negro, fresca y casi olorosa, así, por su efecto en este narrador desordenado y frío, por el orden y poesía que le infunden, por la belleza desusada que adquiere al describirlo su lenguaje, se enseñan mejor que con pujos retóricos ó mercenarios éxtasis los elementos originales, y pintorescos como todo lo grandioso, con que se elabora aquella nación nueva, ya el pastoral, que pinta en el gaucho á la vez infatigable y muelle «devorando el espacio, semi-salvaje y semi-caballero,» acogiendo como esposa á la viuda del que la pagó con la vida el delito de vencerlo en la payada, ya el ímpetu contemporáneo, que sin más ayuda histórica que el arranque nativo, enfrena los ríos, levanta ciudades en lo que crece la yerba, da cita y envidia á las naciones y con tal virtud que obscurece sus vicios, ante el extranjero hostil, cubre los llanos maravillosos de un pueblo digno de ellos.

* * *

Esmaltan el artículo—donde se ve regatear las locomotoras, ir y venir los vapores repletos, encerrar con homérica sencillez la última indiada—las peculiaridades graciosas que llamaron más su atención de viajero; y aun en esto se nota cómo domina al observador el asombro de hallar hasta en lo bajo y popular

del argentino la única condición que inspira respeto al norteamericano: la opulencia. «¿De qué familia eres?» dicen que preguntaban antes en Filadelfia al que quería hospedarse en la ciudad. «¿Qué sabes?» preguntaban en Boston. «¿Cuánto tienes?» preguntan en New York. Ahora New York ha embebido la nación entera, y en toda ella sólo se pregunta: «¿Cuánto tienes?» A Eleroy Curtis le llaman la atención, no las obras de arte que embellecen las plazas, sino las espuelas y estribos de plata maciza, la chinela de plata donde anida el pie breve la amazona argentina, las túnicas de plumón de avestruz «que ya desaparece como nuestro búfalo», el poncho de vicuña «tan caro como un chal de pelo de camello.» «¡Cosa magnífica—dice—el poncho argentino; y ojalá que algún petimetre de New York lo pusiera de moda, que no hay mejor ni más airoso abrigo!» «El estanciero va á su hacienda en un carro de Pullman, en vez del caballo de antes, colmado de argentería, y habla con su mayordomo por teléfono, y mata sus reses á la luz eléctrica.» «Cuesta seis pesos un asiento en el teatro.» «Hay bancos en Buenos Aires que mueven más caudal que casi cualquiera otro del mundo, y ocupan palacios de hierro, cristales y mármol.» «Su crédito es bueno y sus bonos están sobre la par.» Todo, aunque á paso de viaje, lo celebra, acata y admira, y concretando con recogimiento visible sus inesperadas impresiones, depone la soberbia con que el hombre de

Norte América se juzga único y prominente entre los pueblos, augura que la nueva generación, educada como en los Estados Unidos para dar á la patria hombres y mujeres útiles, borrará los últimos restos de la dominación española, y después de exhibir en sumario leal las leyes generosas y sensatas de la república, declara que aunque el Brasil, edificado sobre diamantes, le lleva la delantera en población femínea é inculta; aunque Chile «se envanezca con la devastación del Perú», la Argentina es de todas esas naciones «la más próspera, la que mejor establecidas tiene las libertades religiosas y civiles, y la que con más éxito y cuidado levanta los cimientos de la grandeza nacional.»

COSAS DEL OTRO MUNDO.

Ultimas elecciones de New York.—Su importancia para la elección presidencial.—Cleveland será probablemente reelecto.—Triunfan los demócratas.—Bastideres de la política.

New York, noviembre 9 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

ACABA de triunfar en elecciones reñidísimas el partido demócrata de New York, anunciando así que en la próxima elección presidencial, que por New York se gana ó se pierde, la victoria será de los demócratas, á cuya paz ha contribuido, con una carta de veinte líneas que le asegura su reelección, el Presidente Cleveland.

Es media noche.

Las muchedumbres, apiñadas desde el obscurecer, esperando noticias, frente á los edificios de periódicos, hoteles y lugares de reunión de los varios partidos, se vuelven ya, con la última luz de las fogatas, á sus hogares. Asidos por el cuello llevan los policías á los que insisten en continuar celebrando la fiesta

con candeladas que ponen en peligro las casas vecinas.

Los candidatos, roncos, entran de prisa, levantándose el cuello del gabán, en los carruajes que los llevaron durante el día de casilla en casilla, animando el voto.

El abogado Fellows, sobre cuya candidatura á la fiscalía, lidiaron con su mayor fuerza y veneno estas elecciones, se despide así de sus amigos, á quienes ya falta voz para vitorearlo: —«Y ahora me vuelvo á la parte alta de la ciudad, á ver á una mujercita que me hubiera recibido con cariño si hubiésemos sido derrotados, y á la que me llevan esta noche los brazos de cien mil demócratas triunfantes, que no han creído indigno de su confianza á aquel á quien ella creyó digno.»

Subió de prisa la escalera de hierro que lleva á la estación del ferrocarril elevado, saltó al tren, á cuyas lámparas dio más luz, orgulloso de su César, el conductor, que resultó demócrata, y ciudad arriba arrancó jadeando la máquina, con cuyo humo se mezclaba el que despedía por la boca estrecha, en lenguas negras y rojas, una columna de barriles encendidos al pie de la estación, á cuyo alrededor danzaban, como los indios después de la victoria, los regocijados muchachos de las cercanías. En los hoteles, desdeñado el diario whisky, fluía champaña, el vino del triunfo.

Los periódicos vencidos habían apagado desde temprano las luces.

Tenía esta elección interés extraordinario, porque por ella había de conocerse si los demócratas conservaban, á pesar de su división sobre la política de Cleveland y de la pérdida del voto obrero en el año anterior, la pujanza precisa para vencer en la contienda presidencial inmediata; ó si mermado su voto por el partido nuevo de George y Mc Glynn, y por el odio de los traficantes políticos á Cleveland, demostraban que los republicanos, que eso querían ver para brindar su candidatura á Blaine, podían vencer con él en la campaña por la presidencia venidera.

Las facciones demócratas, convencidas de la popularidad de Cleveland por su viaje victorioso al Sur y al Oeste, y halagadas por la ya franca adhesión del Presidente, á quien creían en excesiva paz con los republicanos, determinaron dar muestra anticipada del ímpetu con que intentan trabajar por la reelección de su caudillo el año entrante; y con menos dificultades que otras veces compusieron, por mutuas concesiones de los opuestos bandos, las diferencias de mera granjería, los apetitos por mayor número de puestos, que es riña constante, tan agria en ocasiones, que uno de los bandos del partido vota en masa por los contrarios para que no triunfe el bando hostil.

Fuera de aquella gente honrada que vota por sí, ó por lealtad, al programa que prefiere, y sólo sacude la pereza y muestra su tamaño mermado por el descanso peligroso, cuando

está en riesgo algún gran interés de la ciudad, el estado ó la nación, ó cuando el abuso del poder y los caudales públicos es ya amenazante, lo activo aquí en política es lo que vive de ella.

Ellos tienen organizados los barrios, los distritos, la ciudad entera,—porque su influjo es mayor en la ciudad que con sus salarios los seduce y mantiene, — con la precisión de un ejército en campaña. Cada barrio tiene su amo: éste es de O'Neil, que está en la penitenciaría por vender su voto en el Ayuntamiento; aquél es de Jaehne, que purga igual pecado planchando camisas; el otro es de Cleary, que por una uña se libró de una sentencia igual; cuál es de un cervecero, cuál de un carnicero, cuál de un muñidor, que acaso por los entierros que fía tiene aquí notable influjo electoral.

La asociación de estos hombres, de los que para encumbrarse necesitan los votos de que ellos disponen, de los que procuran obtener en las cámaras del Estado y en el Ayuntamiento leyes propicias, y de los que hallan cómoda fuente de recursos en acercar para el mayor provecho general á estas catervas de logreros, es la verdadera médula de esos cuerpos políticos de vastos recursos y poder, á que el entusiasmo de partido y la presencia de sus hombres principales, lealmente interesados en la vida pública, lleva un elemento que apenas basta á mejorar las candidaturas, ó imponerlas

alguna vez, cuando ya ha sido mucho el escándalo y tráfico de las elecciones anteriores, ó cuando el empeño de los adversarios aconseja ponerles en frente hombres que pueden por su fuerza hacerles difícil la victoria.

Pero, por lo común, aun en los años apurados, las candidaturas no son más que el laborioso ajuste de ambiciones rivales, animadas por el lucro del puesto más que por el noble deseo de adelanto político; y en ellas vence aquél que ofrece al partido, tanto republicano como demócrata, más seguridades de pagarle el empleo con favores, con parte de sus ganancias, ó con su honor á veces, cuando los riesgos en que suelen caer los que viven en esas encrucijadas se lo exijan.

Porque en esta cadena el delincuente cuyo voto ayuda á la fuerza electoral del cervecero de un barrio tenebroso, está unido al mismo gobernador del estado, á los jueces que son electos por el voto público, al fiscal que ha de acusarlos.

* * *

Y la explicación viene ahora á cuento, porque sin ella no se podría acaso entender el áspero combate de estas elecciones. Los demócratas de oficio, que quieren tener, en los puestos donde se castiga, personas amigables, convinieron en proponer para fiscal de la ciudad á un abogado más elocuente que firme, hecho á tratos políticos y á no escandalizarse de los recursos con que sostienen sus arcas é

influencia los que hacen profesión y negocio de ellos; aunque debe decirse en verdad que cuando los procesos de los concejales que vendieron su voto á la empresa de tranvías, la palabra de Fellows, que era uno de los asesores de la fiscalía, cayó sobre los criminales como hierro encendido.

En esos procesos trabajó mucho, con más empuje y actividad que Fellows, otro asesor joven, del fiscal, demócrata como ellos, y candidato á la fiscalía á que por su celebrada actitud en aquella persecución famosa creía tener derecho.

Los republicanos vieron en el despecho de Nicoll, que tuvo al principio por cierta su candidatura, ocasión de presentarse con él de candidato, como depositarios de la moral pública, ofendida por la elección que los demócratas habían hecho de Fellows, herido en el talón en la brega política de años, no purificada ciertamente por el mal hábito de jugar á la baraja de palabra, y vivir por encima de su entrada legítima. Nicoll, dando la espalda al partido que lo había postergado á un rival de más servicios, edad y talentos, consintió en ser el candidato de los republicanos, deseosos deatraerse con ese acto de aparente honradez votos bastantes para sacar electo al hijo de Grant, á quien sólo por serlo, mudo y romo como es, propusieron para Secretario de Estado, con el designio de ganar por la fama del general muerto estas elecciones previas, de que parece depender la elección presidencial.

Desde la campaña de Blaine y Cleveland no se había visto elección tan disputada. Todos los demás puestos quedaron subordinados á la contienda por la fiscalía, que por sí no hubiera sido de tanto interés.

Los demócratas, con toda su antigua fuerza, bracearon en pro de Fellows. Los republicanos, fingiendo descuidar á Grant, hicieron de Nicoll envanecido su portaestandarte.

El *World*, diario ansioso de notoriedad, cuyo director húngaro presta sus servicios al partido demócrata, abogó contra el partido en pro de Nicoll, y llegó á tanto en el empeño por ganar gloria á su sombra, que valido de su interesada imparcialidad para con George, osó ofrecer á éste, en vano por supuesto, veinticinco mil pesos para gastos de campaña, con tal de que, en la certeza de no elegir el candidato obrero para fiscal, diesen sus votos al republicano.

Ya daba ira leer los periódicos en toda esta semana.

A Nicoll, intachable, le acusaban de joven, de traidor, de petimetre, de Judas, de perro alquilado.

El húngaro diputó espías, invadió cocinas, sobornó cocineras, desenterró documentos, pagó á oro vivo un check nulo que dió Fellows á un su amigo por una deuda de juego, compró y publicó unas cartas, ya por los años amarillas, en que Fellows, que es caballero manirroto, pedía dinero al insigne ladrón Tweed, ya

por entonces acusado de tener los brazos hasta el hombro en las arcas de la ciudad, por cuyo delito y el de tener en pie todo un ejército de corrupción, fue enviado á morir á la penitenciaría, sin que el castigo, poco frecuente acaso, sirviera á sus sucesores de marcado ejemplo.

Y la lucha entre Nicoll y Fellows se enconó por la rivalidad mortal del *World*, el diario del húngaro que sirve sin interés con ágil genio, y el *Sun*, abogado implacable de los viejos demócratas, que como diario es una verdadera maravilla, y el más despierto y artístico que se escribe tal vez en lengua alguna; pero que á pesar de estos méritos perdió recientemente mucho de su popularidad, porque en su amiga por el partido viejo, desconoció, con brutales arranques, el derecho á vivir, á buscar remedio, á hacer sentir el voto de los obreros que, en una hora de conmovedora rebelión, se juntaron para sacar corregidor de la ciudad á Henry George, cuyo libro, henchido de simpatía por los humildes, leían en corrillos con el corazón palpitante.

Este año no ha sido así: George, sin valer menos, perdió la mitad de sus secuaces; en cuanto lo vieron por sobre sus cabezas, los mismos que en el primer arrebato del agradecimiento lo encumbraron, decidieron moverle sorda guerra; todos los caudillos de trabajadores se ligaron contra este otro caudillo, á cuya puerta fueron antes á llamar como á la de un Mesías. ¿Quién pone su fe en las olas de la mar?

La determinación de separarse de los socialistas alemanes privó á George, candidato ahora para la Secretaría de Estado, del voto considerable de este grupo.

El jefe de los Caballeros del Trabajo, que ya tiene, como dicen acá, «la abeja presidencial en el gorro de dormir», retiró su ayuda al que ya ve como rival posible en sus aspiraciones á la presidencia. Y la masa venal, que por aquella honradez que nunca falta en la hora extrema á los más viles, votó con el alma el año pasado en pro de George, como protesta contra la miseria injusta, este año, solicitada á buen precio por los demócratas y los republicanos, vendió su voto á unos ó á otros.

Así George, que un año hace obtuvo, cuando aquel levantamiento unánime de los obreros, sesenta y ocho mil votos para corregidor, esta vez sólo ha recibido treinta mil.

Nicoll llegó á setenta mil.

Y Fellows á noventa y cinco mil, por lo que el *Sun*, al día siguiente de las elecciones, encabezó el relato de ellas con la imagen de un gallo cacareando.

* * *

El olor de la batalla saca á los más entecos de su serenidad en estas mañanas de elecciones. Se espera ansioso el diario, para ver hasta dónde pueden los escritores de alquiler vestir de ingenio y novedad la injuria.

Bien cerrado el gabán, porque en estos días andan acá las manos del ratero sueltas, se

sale á ver cómo vota el Este alemán,—la parte baja de la ciudad, toda demócrata;—lo mejorcito y más empinado de ella, que es republicano,—las orillas del Oeste, donde abundan los húngaros y los polacos.

Votar se ve, aunque con lentitud, y sin más entusiasmo que el que por la paga, cinco pesos al día, emplean los «trabajadores» de cada partido para repartir sus boletas y tratar de ganarse la voluntad de los electores.

Lo que sucede en una esquina, sucede en todas. La taberna, cerrada por la ley, está abierta por la benevolencia de la policía. El italiano, repantigado en su tarima de dar betún, como en un trono, mira, con la cachucha hasta los ojos y las manos en los bolsillos, si el curioso que pasa lleva limpias las botas. En fila al borde de la acera, cubierta de cartelones y retratos, están las garitas de pino que sirven de punto de reunión á los fieles de cada partido.

Los «trabajadores», con el saco de boletas colgando de la mano, asaltan, con los ojos y el ademán, al que se acerca á la garita, con la misma expresión y gesto con que los judíos del Bowery, apostados en la puerta de sus tiendas, se disputan al comprador rural, incierto y aturdido. Otros, los inspectores, pasean de uno á otro lado, hablan con el policía, divisan al votante que viene por la media cuadra, se echan sobre él con otro inspector rival á los talones, ó dándose aires de persona que tiene con qué pagar, tuerce el ojo hacia el recién

llegado, chupa recio el tabaco de lujo, y sin cuidarse del policía, que es todo espalda, deja asomar por los bordes del puño, cerrado como quien ase un cetro, un mazo de billetes de banco, frescos y coruscantes.

Otros, de alto sombrero y de mejor vestir, van y vienen con agilidad felina, se entran por un zaguán, salen prendidos del ojal de la levita de un votante terco, revolotean por las casas del barrio requiriendo á los electores morosos del partido, abren con familiar solicitud la portezuela del carruaje ostentoso en que recorren sus huestes, apretando manos y tuteando sin tasa, los candidatos sumisos.

Allí cerca, en una tienda alquilada por el Ayuntamiento, van los electores depositando sus votos. Tropiezan al salir con una patrulla de carteros que miran á las urnas con desconfianza, como temerosos de perder en consecuencia de esta elección el puesto que deben á sus servicios políticos;—ó con una turba de chicuelos, armados de garfios y lazos, con que apresan cajones y barriles para las candeladas de la noche;—ó con una bandada de niñas, cuyos abrigos abiertos le flotan á la espalda como alas, que corren á recibir del aire el papel de oro escapado de las manos del obrero que está dorando un balcón vecino.

FIESTA DE LA LIGA DE PROPIEDAD LITERARIA.

New York, diciembre 15 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Quien lee con cuidado los periódicos de estos días, los boletines del Congreso, los informes de los secretarios del Presidente, ve por ellos cómo en los Estados Unidos, lo mismo que en Inglaterra, el correo produce más mientras más barato es; cómo los indios ladinos del Territorio y de New York, y las tribus que van mostrando apego al arado y la escuela, viven sin trastorno y en adelanto visible en los repartimientos, en cabeza propia que les concede la ley nueva, según la cual cada indio es ciudadano, habita y labra la tierra de que es dueño, y disfruta con la comunidad del interés de la suma en que su tribu cedió al gobierno la tierra que para los indios era mucha y ya está poblando el banco de arrozales y ganados.

Pero mientras Washington no vuelve del asombro que por lo inusitado de la forma y lo pujante del argumento le ha causado, como al país entero y á Inglaterra el mensaje de Cle-

veland; mientras Boston, que da gente bien criada, pone cubiertas ornadas por el simbólico muérdago á los libros de viajes, leyendas y poesías, que es aquí dulce costumbre regalar de año nuevo; mientras Filadelfia ve morir, al bajarse á levantar del suelo una oropéndola herida, á un poderoso irlandés que deja á Henry George, para que propague la nacionalización del suelo, toda su fortuna; mientras New York acompaña en un remolcador de fiesta el buque que lleve á Nicaragua á los ingenieros, cubanos y yankees, que van á abrir los trabajos del canal propuesto por el ingeniero Menocal, de Cuba; mientras los representantes, divididos en proteccionistas, librecambistas y conciliadores, acuerdan en el Congreso sus comisiones, y las madres, mientras duermen los niños, recaban lo más de la bolsa marital para saciarles los deseos de pascuas, los juguetes, los dulces, las baratijas mil que obstruyen ya las calles y rebosan de las henchidas tiendas, lo más culto de New York, que es casi todo damas, se agolpa á la sala histórica de Chickering, para ver más que á oir, á los literatos famosos que hoy se exhiben al público, á fin de allegar fondos con la fiesta en beneficio de la Liga de Propiedad Literaria; porque ahora, como la de Inglaterra, se reimprime aquí, sin pagar derechos de autor, al mero precio del papel, el público satisface en los libros de ingleses su ansia de leer, desdeñando á los autores de casa, más caros y me-

nos célebres; de modo que los autores de casa, cuyas obras también lee sin pagar derechos el público inglés, creen justo que entre Inglaterra y los Estados Unidos se acuerde un tratado de propiedad equitativo para los autores.

* * *

No está en el estrado de Chickering, notable á primera vista porque los literatos de rica cabellera son más que los calvos, el famoso Oliver Wendell Holmes, el médico-poeta, el *Autócrata de la mesa de Almuerzo*, que en prosa y rima patéticas y fáciles loó las virtudes y castigó la frivolidad de la gente bostoniana, y luego en los días de la guerra, acuñó versos que se parecen á aquellos soldados de Bunkerhill, de chupa abierta, manos humeantes, cabello apelmazado por la sangre, mirada al morir venturosa. John Whittier tampoco está allí, el bardo á quien llaman acá, porque no tuvo miedo de hablar en pro del esclavo cuando la campaña por la abolición, «laureado de la Libertad», el que deja correr su verso suave, como los riachuelos que triscan por entre las colinas donde como un pardal en el alero se acoge su modesta casa, el cuáquero que, como los obreros de Eibar repuja en hierro, blando á su mano, hilos de plata y oro, y con hoja de perla los alegra y recama. Faltan en el estrado Bret Harte, que desde Inglaterra escribe cuentos sentidos y finos de los mineros de California; Joaquín Miller, el poeta de la

Sierra; William Carletan y John Hay, que en la lengua y los lances del pueblo del Oeste describen sus hazañas, amores y aventuras.

Pero sí está, con la originalidad literaria que le vino de su libre y agitada vida, aquel Mark Twain, famoso por su chiste satírico de entre americanos y europeos, que en su mismo seudónimo, voz de mando en las balsas de los ríos del Sur, revela cómo ha sacado sus libros ya célebres del pecho mismo de los hombres, y de su propio pecho en las noches en que á lo largo de los bambúes iba escurriéndose la balsa atrevida por donde no la denunciase á los enemigos de la luna. Está R. K. Stoddard, tocado con su cabello cano como con un turbante, huroneando, como en su mesa de crítico del *Mail and Express*, pronto siempre, sin dejar de escribir sátiras elegantes, á recoger del suelo una perla caída, y á echar del jardín de la poesía á los que no llaman á él con las alas. Está Edward Eggleston, literato de fagina, fecundo en biografías de indios, cuentos de guías y escuchas, y toda especie de libros de comercio de asunto cómodo y preciosa pasta. Está el que pareció entre todos mejor, porque hizo reir, y con la sola nariz, que es regañona y opulenta, ya está contando cuentos: un Riley, poeta del Oeste, que dicen merece más fama de la que goza aún, porque con tres ó cuatro toques de su verso preciso viste un carácter de aquellos de Indiana y Missouri, bigotazos y botudos, como en pocos

sesgos de espátula, tendiendo y enrollando en torno á una hebra de caña la masilla de colores, fabrica sabios, guerreros y mandarines un artífice chino.

Mas, ¿quién entre todos ellos—ni el censor George Curtis, de palabra que ara y siembra; ni Howells, el novelista fisiómano; ni Dudley Warner, el poeta de las soledades y jardines; ni Frank Stockton, el narrador ingenioso que ahora triunfa; ni Cable que en novelas profundas pinta y sacude el Sur de los criollos,—iguala en celebridad al patriarca de las letras amenas en América, al que dibujó con abundancia de corazón al yankee tenaz y astuto en los *Biglow Papers*, al que cortejó la opinión de su pueblo, cuando la sentía esquiva por su amor excesivo á lo inglés, con el discurso majestuoso, montado en lengua histórica, en que en plena Inglaterra defendió, desde su puesto de embajador, el decoro y la vitalidad de la *Democracia*,—á James Russell Lowel?

La edad le ha apagado la voz; el señorío mundano le sofocó aquella bravura juvenil con que, con mano cual la del herrero de Longfellow, flageló á los avariciosos y á los hipócritas; vendido á la prosperidad, ya se le ha helado el genio. El cabello le cae á los dos lados de la raya que se lo parte por mitad, como las lanas de un carnero merino; de la barba copiosa le cuelgan los mostachos luengos; lleva levita de príncipe, de doble hilera de botones y cerrada al cuello; preside sí, pero no

ya cómo antes, por el talento robusto y la palabra franca, por la crítica osada é ingenua, por aquellos versos en que acusaban de debilidad oculta «al que no sabe esperar sereno en sí», y adula á la victoria; preside por la autoridad que le viene de la vanagloria de haberla adulado. El pudor del hombre está en la mente, y se ha de llegar con él incólume á los ochenta años. ¡La admiración del mundo no vale la vergüenza de cederle!

Los autores leyeron mal, y cosas pobres. La concurrencia premiaba en ellos su obra conocida, no su lectura, generalmente fuera del caso ó desmayada.

Sólo resisten sin pestañear el fuego de la tribuna el arcángel Gabriel y Satanás,—por ser una de las pruebas de la virtud el haber de triunfar sobre las que la imitan, y creen que el mejor modo de vencerla es falsificarla. Aquellos autores famosos, salvo Tivain, Cable y Kiley, parecían escolares que acuden á recibir su primer premio. A Lowel, no le oían. Stockton pesa ciento veinte libras. Cuando Howells se pone en pie, entre palmadas nutridas, la concurrencia se dice al oído que aquel es el que gana al año, sin contar sus derechos de autor, unos diez mil pesos con lo que le corre de la pluma; sus novelas son burdas, no porque lo sea su talento noble y leal, sino porque lo es el pueblo que, conforme á su falso código literario, copia..... Reproducir no es crear; y crear es el deber del hombre.

Obispos, corregidores, jueces, generales, clérigos y banqueros se juntaban un día después á las puertas del restaurant famoso de Delmónico. A grupos los va llevando el ascensor al salón alto, un salón de á tanto la hora, repulsivo como un amor alquilado. La palabra sincera huye, como niña decorosa, de los comedores venales. El aire ha de estar lleno de almas desinteresadas y amigas... Van subiendo por el ascensor, mientras salva á trancos la escalera de servicio un mozo con un gallo dorado, los banqueros, los clérigos, los jueces, los generales, los corregidores, los obispos. Son los nobles de New York, los que con su arrogancia noble deslucen el justo placer de venir de una familia honrada y vieja, los que van á conmemorar los patriarcas holandeses, comiendo, bebiendo y fumando en pipa, tal como en el vestíbulo de su casuca fumó antaño, en paz con los indios de la virgen Mannahatta, el buen viejo lampiño Wonter Van Twiller. Son los caballeros de la Sociedad de San Nicolás, el santo barbón que baja del cielo, en un brinco halado por venados, repleto de juguetes, con los que callandito se entra por las chimeneas para meter los regalos de pascuas en la media que cuelgan de la cabecera ó la repisa, los niños buenos que esperan la visita del santo.

El salón del festín está vacío; al respaldo del asiento presidencial, bajo una cota de flores en que descansan las imágenes de un ma-

rinero y un indio, se lee la divisa de los nicoleños: *Orange Horew*. Resuena en el corredor una trompeta. Entra, vestido de soldado inglés, el trompetero, á la cabeza del séquito festal. Síguele un patriarca cargando el gallo forrado de papel de oro que lleva en el lomo un cataviento, el gallo, venerable para el holandés, amigo de los fundadores y del labriego solitario. Y luego siguen Depew, candidato de los ricos á la presidencia de la República; Hervitt, rival suyo, y Corregidor de New York; Potter, Obispo de las sectas protestantes unidas; y muchos Schermerhorns y Vander Weydes. El Presidente lo es desde que le ponen en la cabeza un tricornio, y una cinta rosada en el hojal de la flor. Les traen patatas fragantes y lechosas, que rocían con cidra buena. Hablan jocosamente los que tienen la lengua colgada en la mitad, como acá dicen de las personas de palabra voluble. Depew, mortifica á Hervitt. Hervitt, mortifica á Depew, y lee un periódico de cien años ha, con las mismas quejas, violencias y agorerías de los de ahora. Uno saluda á los «Fundadores de New Amsterdan», otros á «Nuestros Huéspedes», «á Nuestro país padre», «á Nuestro Santo Patrón», «al Presidente», «al Estado», «á la ciudad»: el asunto del primer brindis, fue este verso:—¡Déjame, oh Nicolás, volver á niño!» Y se sentaron todos á la redonda, pugnando en vano por sacar humo de las largas pipas.

***

Entre dos girasoles que ornaban las esquinas del atril, usado acá como tribuna, hablaba á esa misma hora á un escogido concurso el hijo de un tejedor escocés que, por su bondad é ingenio, ha llegado á ser dueño amado de los talleres de hierro y acero donde, entre las montañas que les hacen natural compañía, trabajan sin ira doce mil hombres. Es Andrew Carnegie, el autor de *La Democracia Triunfante*, libro de agradecido que el observador estudioso no debe leer sin *El Progreso y la Pobreza* de George al lado. Como la derrota consume, el éxito robustece; este millonario que empezó la vida de telegrafista hace medio siglo, fue á paso ágil á su atril, el paso ágil de aquel que, porque no la conoce, no teme á la palabra. A la palabra no se llega nunca sin temblar, como jamás entró sin temblar Talma en el escenario.

Lo ha invitado á hablar sobre el problema obrero ante la sociedad de «El Siglo Diecinueve» el juez Courtlandt Palmer, millonario socialista en cuyos salones es obligatoria la casaca. Courtlandt Palmer ha invitado á la vez á Andrew Carnegie, que por la certeza de su propia bondad y su noble fortuna, no sabe ponerse en la desdicha de los telegrafistas, como él, ni de los tejedores, como su padre; y á Grönlund, elocuente socialista alemán, que diseñó con palabra feliz ante las damas, en seda y en plumas un mundo de oro, como su barba.

GRAN BAILE EN NEW YORK.

Crónica de las bodas de plata del famoso Club "Union League."—Origen del Club.—El edificio.—La arquitectura americana.—El baile.—La entrada.—El vestuario de señoras.—Los salones.—Notas sobre los vestidos.—Carácter dominante de la fiesta.—Apuntes curiosos.—Recuerdos de otros bailes.—La galería de cuadros.—Cuadros célebres.—"El Estudio" de Munckacsy; Gerome, Delacroix, Newills, Jiménez Aranda, Jacquet.—La cena.—Camovito.—Manjares y adornos.

New York, febrero 10 de 1888.

Señor director de *El Partido Liberal:*

En años no ha visto New York fiesta tan sonada como la que hace tres días celebró el famoso Club «Union League», para conmemorar sus bodas de plata, sus primeros veinticinco años de vida. Las invitaciones, solicitadas en vano por lo más influyente y rico de la ciudad, ostentaban en cifras de realce los años « 1863–1888 », de plata, como las iniciales del club; letras de plata encabezaban la lista de la cena; con un lápiz de plata apuntaban las damas el nombre de los galanes favorecidos para el baile en la blanca cartulina. ¡El Club tenía derecho de bailar, porque en la hora de

la angustia, cuando el Sur quiso perpetuar su predominio y la infamia de la esclavitud, surgió para mantener la unión de la República y lavar aquella mancha:—«Creamos este Club —dijeron los hombres de entonces, pobres aun y poco conocidos—para cultivar el cariño profundo á la patria entera, y no el apego funesto á una sola de sus partes, para fortalecer el respeto y amor á la Unión, y desvirtuar cuanto propenda al privilegio injusto de intereses parciales; para discutir y proponer al país proyectos nobles y amplios para el adelanto nacional, é influir en los negocios de la República con cuanto sea dable realizar á una agrupación de patriotas sinceros que se prestan mutua ayuda!»

Aquellos cuantos, que ni eran muchos ni podían mucho entonces, convidaron en privado, como conviene cuando se preparan grandes cosas, á los que pudieran pensar como ellos; alquilaron, para empezar, una casa pobre; discutieron, propagaron, avergonzaron con su actividad á los inactivos; ni dinero ni soldados tenían; ¡pero la palabra es la bandera de Dios, detrás de la cual surgen los soldados y el dinero! Veinticinco años después la República sin esclavos ha adelantado de modo que empieza á padecer de los vicios de una prosperidad entonces desconocida; la casa pobre se ha trocado en imperial mansión, de cuyas ventanas, abiertas sobre la Quinta Avenida, ven los fundadores canosos rodar en co-

ches lucientes la riqueza que ayudaron á inaugurar con el triunfo sobre el Sur; y el Club «Union League» goza de tal respeto y fama que, con ser mil quinientos sus socios, más son los que año por año llaman en balde á sus puertas para serlo: allí los gobernadores, allí los generales, allí los jueces, allí los millonarios, allí los candidatos á la presidencia de la República y los que lo han sido: ¡de allí tal vez el nuevo Presidente! De modo que cuando el Club anunció la celebración pomposa de sus bodas de plata, con asistencia de lo más granado de New York, se preparó la ciudad á una noble y memorable fiesta, donde con todo el lujo de la metrópoli se congregara cuanto hay en ella de ilustre y poderoso. *El Partido Liberal*, quiso ver, y vió, esta fiesta característica, por lo cual, en lo mejor de su gente, iba á enseñar New York si adelantaba en la elegancia y dulzura de trato tanto como en la pujanza de sus empresas, la gracia de su pintura y el atrevimiento de sus fábricas.

* * *

Estos amarillos que están ahora de moda, y estas sombras inglesas, atenúan en lo interior de los salones, tapizados de obscuro y con cenefas de arco, la fuerza de la luz que da la hermosura regia al espacioso blanco ó misterioso poético á las salas pequeñas donde los claros combinados predisponen al amable sigilo y la hidalga galantería. La gigantesca fábrica del Club,

producto de un arte híbrido y ambicioso, que hace más infelices sus imitaciones por el afán de disimularlas con novedades postizas, tiene, sí, fantásticos faroles á la entrada, como en Florencia y Venecia, y finos recodos en la escalera, amarilla también, que lleva del amplio atrio, con sus salas varias y la vasta del billar, al piso, ya majestuoso, que de un lado ostentaba la noche del baile la rica biblioteca, sin más lectura que la que cubriendo las mesas, ofrecían las rosas, y del otro daba celos á los museos ricos por los cuadros que adornan la sala de pintura, y atraía el gentío al teatro de altivo puntal, dispuesto para el baile, con la música que convida á valses, lanceros y mazurkas, fáciles en aquel pavimento de tabloncillo encerado; y de allí por escaleras y ascensores, se va á otros cuartos, hermoseados con rosas, y al rico comedor, que para salón de descanso pudiera apetecer el teatro más bello.

Pero en arquitectura, como en todas las artes, el modo más seguro de matar el efecto es rebuscarlo; así que cuando el noble Club abrió sus puertas para una fiesta á que los recuerdos históricos y la singular concurrencia imprimían involuntaria majestad, resultaron pobres para expresarla aquellas salas concebidas sin ella.

Allí se vió cómo á las grandes ocasionse convienen los espacios grandes, y cómo en los espacios solemnes las líneas continuas realzan la belleza y acentúan la idea, que empeque-

fiecen los rincones caprichosos y las líneas quebradas.

Ni la colosal ventana de cristal pintado que da fondo y pompa á la gran escalera, ni las plantas preciosas que sin vulgar cargazón animaban, ya los tramos, ya los descansos, ya el escenario, ya las salas, lucían como debieran en toda su beldad, perdidas en aquel ambiente opaco y entre tanto ángulo y recodo. Y es también que, á semejanza de la estructura de su propio cuerpo, el norteamericano concibe aún el edificio huesudo y anguloso, sin aquella gracia de la curva, indispensable en las fábricas de arte como en la mujer, sobre todo allí donde ésta ha de mostrar en el imperio del baile su hermosura. ¿Ni cómo, aun en lo que balbucea é imita, podrá dejar de enseñar con lo que tiene de propio, un pueblo en quien el influjo del suelo é instituciones nuevas sobre el carácter heredado ha producido una originalidad briosa? El norteamericano, que apenas empieza á dar en los hijos de sus ricos muestras de afeminamiento, refleja en su arquitectura el predominio de sus hábitos viriles, y no revela hasta hoy en sus construcciones aquella gracia femenil, nivel y gusto de la vida, que aun no ejerce aquí, y acaso no llegue nunca á ejercer, su influjo regulador sobre la existencia nacional.

Y es muy de notar, como prueba de la semejanza constante del hombre á sí propio en estados análogos, que lo más genuino que lleva

producido la agricultura norteamericana, lo más legítimo y grandioso acaso de cuanto lleva hecho, recuerda—aunque con menos gracia y novedad—las fábricas espaciosas y sin curvas de los indígenas de nuestra América.

* * *

Pero, ¿quién pensaba en esto—á no ser un observador convencido de la necesidad de estudiar en sus raíces las cosas, al detenerse llegado el turno, en aquel pueblo de carruajes, ante el camino entoldado y alfombrado que lleva á las damas, levemente calzadas y vestidas, del estribo del coche á la entrada del palacio del Club? Algunas hay, aunque pocas, que vienen de sombrero. Otras, que llegan á pie, traen el calzado fuerte, y las zapatillas de baile en la mano, envueltas en papel de china. A su vestuario los hombres, donde los atienden criados de librea; á la sala de billar las señoras, que es su vestuario, desde cuya puerta abierta, sin más guardián que dos pajes que reparten las tarjetas de baile, divisan los caballeros impacientes una animada escena:—deja caer una beldad de la espalda desnuda su talma de armiño; una camarera arrodillada descalza las botas de «sentido común» á la dama que vino con ellas por temor al frío; una se empolva el cabello; otra saca de su caja redonda de marfil un abanico japonés; otra cambia diez veces de puesto un lunar; cien á la vez entregan sus abrigos, reparan los estragos del coche, se prenden sus flores.

Y con la tarjeta del baile colgada por un cordón de seda de plata de la muñeca, van tomando las señoras á la puerta del vestuario el brazo de sus caballeros, y repartiéndose, ansiosa de ver, por las salas lujosas; por la biblioteca, enriquecida con retratos ilustres, donde con frase siempre feliz recibe á los huéspedes del Club su presidente Chauncey Depew, esperanza y orgullo de los ricos temerosos;—por la galería de pinturas donde «en color nada más tenemos aquí esta noche—como decía un socio—quinientos mil pesos»;—por la sala del teatro, sin más adorno que el boscaje que en el escenario oculta los músicos, y los grandes cuadros que de trecho en trecho animan las paredes; por el comedor en fin, «el pasmo de las noches», donde Camovito, tan célebre como Trompette, ha acumulado tales maravillas que «¡oh, dice otro socio—vaya usted á verlo! nunca se ha puesto en New York una mesa más costosa: ¡véalo antes de que lo destrocen!» —Y así va toda la concurrencia, como al salón de cuadros, al de la cena, expuesta á toda luz desde primera hora, como «El Caballero» de Meissonier, como «El Tigre Sediento» de Delacroix, como «El Paso del Riachuelo» de Troyon. La multitud respetuosa revisa en procesión la cena.

* * *

Suben, bajan, ya son tres mil; no estorba el ruído de las voces; ni en la sala más concurrida se halla quien cierre el paso; sólo en los trajes

reina el desorden. Sentémonos un instante, con una linda niña vestida de blanco violetas, allí en aquel sofá del salón de pinturas que queda frente á la «Carga de Caballería» de Détaille. New York va desfilando por allí: Vanderbilts y Roosevelts, Stebbins y Schnylers, Clinton Sweets y Van Santvoorts, todas las familias, todas las noblezas; los obispos protestantes de alzacuello y levita; el ejército en plaza, con botones de oro y entorchados; el almirantazgo, con charreteras de oro. Las jóvenes, como criadas ya con más cultura, van de gasas y sedas ligeras, con decoroso escote, ó sin escote las más. Una, que saca toda la cabeza á su marido calvo, lleva un traje rojo, abotonado al cuello y de manga larga. De raso amarillo, marco feliz de su admirable busto, va, sin más joya que su beldad, una judía de cabellera negra. Una dama estética, envuelta en encajes, carga á la espalda, como cuello enorme de capa invisible, una capellina de peluche carmesí. Pasan moarés cortados como para visita, terciopelos negros con collar de brillantes, Watteaus de gris de acero con abanicos rojos, tules amarillos, brocados de azul y oro y un traje escotado de tisú de iglesia con zapatos de calle, zapatos de botones. Pasa, cubierto el seno por un pañuelo de burato, una recién casada, con el vestido de gasa pajiza adornado de colibríes: se le rueda el pañuelo de un hombro, y descubre un colibrí, con las alas tendidas, mirando al seno. Pasa una an-

ciana caduca, de cara pergaminosa, de andar trémulo; va arrastrando la cola de tisú blanco y oro; sobre la clavícula lleva un lunar falso, en los pómulos le arden dos motitas rojas; los brillantes, que en el collar de tres vueltas le penden, lucen sobre el pecho hundido como las joyas guardadas en yeso.

Y según van pasando se nota el divorcio palpable de la riqueza y el buen gusto, como en una millonaria sesentoná que lleva botas de cabritilla y vestido de brocado persa, recamado de esmeraldas, zafiros y rubíes, ó en una joven verde, de delgadez suma, que carga en la mano un abanico redondo, un bote de sales, largo como un cetro, y un ridículo de canutillo: á una no se le ve la seda blanca del busto, ni el castaño del cabello, porque va vestida y tocada de brillantes. Los ojos, por supuesto, no se iban tras ellas, sino tras los vestidos de sedas claras, sin más adorno que el supremo de la belleza natural, favorecida por el amplio uso del tul, que da como vapor y poesía al color que encubre, y por el abanico de plumas en forma de cola de ave del Paraíso, que es la cosa más púdica y bella que en el abandono del baile puede una mujer escotada reclinar sobre su hombro.

Más que el lujo impropio de la mayor parte de los trajes, era de notar en la procesión de viudas acaudaladas, de esposas resplandecientes, de ricas herederas, la degeneración, si no ausencia total, de aquella beldad de Diana y

Juno que distinguía á la mujer de Norte América antes de la mezcla desconsiderada de las razas, y las fatigas de una prosperidad violenta y excesiva, y las que por su hermosura llamaban la atención, que fueron pocas, eran en lo general gente nueva, recién venida del trabajo; porque las herederas de más caudal y de familia más antigua se conocían, no por la soltura del trato, sino por la tez sin color ó la espalda jibosa, ó el cuerpo infeliz, ó el perfil embebido de Carlos II el Hechizado.

Como sólo iba pintada una que otra anciana loca, se podía ver por lo pobre del cutis, así como por lo desmedrado de los cuerpos, que las angustias de la vanidad en que aquí viven los ricos, y el ansia con que el banquero inseguro y vinoso engendra su prole, y la falta del sentimiento en las ocupaciones y objetos de la vida, no son elementos sociales que produzcan y perpetúen la salud y la hermosura.

* * *

Así eran las mujeres; y los hombres, casi todos de mediana edad ó ancianos, no como nosotros, ágiles y blandílocuos, sino que, aun los que por sus méritos y fortuna han subido á los más altos puestos, revelaban en su rudimentaria cortesanía el guante de lana del trabajador ó el de gamuza del soldado. Lo que sólo parecerá defecto á los observadores fútiles, porque bien fuese por hallarse allí, después de veinticinco años de victoria, muchos

de los que ayudaron á fundar en su nuevo maravilloso estado la República, bien porque la democracia tenga un señorío natural suyo menos pintoresco y más decoroso que el de la realeza, fue imposible dejar de observar cómo por sobre esas desigualdades de pueblo nuevo donde la vida social no es arte aun, se sentía en aquella enorme fiesta sin dirección y centro visible una como dirección superior y majestad que producían sutil encanto, y eran los de carácter hecho á regirse é imponerse en este pueblo de almas libres. Verdad que allí no estaban los petimetres de casa grande que, en el palacio de Vanderbilt como en la mansión de la Hicks Lord, ofenden con chistes brutales, cargados de vino, á la esposa que busca en el repugnante tumulto á su compañero; ni niñas casaderas que se entran por la coquetería á escape tendido; sin saber dónde acaba Récamier para empezar Manon Lescaut, como la que en Washington halló pesada la gasa que protegía su beldad íntima, ó la que en Baltimore dió á beber champaña en su zapatilla á uno de sus galanteadores. Verdad es que la sala de baile, donde, de tres mil concurrentes, nunca valsaban más de veinte á un tiempo, cierto caballero, servidor esta noche de una dama de suma riqueza, la entrega á un valsador, siéntase á esperarla cruzadas las piernas, y ostenta un borceguí de becerro, atado al tobillo con cordones, por donde rebosa en arrugas una media de lana. Pero, aquel

digno y natural reposo, no deslucido en un solo instante de la fiesta, le embellecían con originalidad indudable, y al verlos presidir sobre sus pedestales de honor, no pareció que estuviesen allí fuera de lugar ni el mármol de Webster ni el bronce de John Brown.

* * *

¿Y los cuadros prestados por los socios para las bodas de plata? No había allí esa acumulación que lastima el gusto noble, ni lienzos que no alcanzara el concurrente á ver, ni cuadro que no fuese verdadera maravilla. Ni con mucho decían de ellos los hombres, aunque gobernadores de estados y almirantes, lo que con rara sensatez sabían decir muchas de las mujeres, y los Bisrstadt bosques y otoños de colosal tamaño, unas les preferían los caprichos de Knauss y las cabezas de Von Bremew, otras los soldados tristes y augustos de Neuville, á la de Détaille, siempre más jóvenes; otras las vacas de Troyon, Van Marcke y Rosa Bonheur, gratas á las que recuerdan sin bochorno sus primeros años de vida campesina. Allí la pintura de Díaz, voluminosa y esmaltada, subyugaba los ojos con sus «Ninfas del Bosque», que no parecen de color, sino de relieve, y convidan bajo la húmeda sombra á la merienda. De Jacquet había delicias, en nácar y seda, como todo lo suyo,—el enamorado que llega, de tricornio y chupa azul, á los pies de su amada, perdida en la saya de gro de

grandes ramazones,—el que en lo amable del bosque deja en la mano de su desposada el primer beso. De Pasini había cielos deslumbrantes; de Schereyer, árabes fantásticos; de Kowalski, un polaco de genio, la «Caballería en el Herrador»; de Gérome, grande en lo pequeño, «El Mercado de Esclavos», glorias todas del pincel moderno. Y de Jiménez Aranda el español, había un cuadro que tuvo coro toda la noche, por la gracia del asunto, y la vida y maestría de los colores: un salón de España de principios del siglo, que invade «Jugando á Papá» al pequeñuelo de la casa, vestido de montera, casaca y bastón. En el salón del teatro, entre Izquierdos y Zimmermanss, están dos de los cuadros sobre que haya librado más recias batallas la crítica moderna: el «Colón é Isabela», de Laurens, verde y rojo; el «Pintor en su Estudio», de Munkaczy, con él y su esposa por únicos actores, todo negro.

Y en tanto que en ese grato orden iba de uno en otro salón la serena multitud ya al volverse á sus casas; aquí viendo los retratos; allí la biblioteca envidiable; allá el descanso que inundan de luz mansa los florones eléctricos disimulados bajo las palmas; acá admirando en grupos la colosal ventana de cristal de colores, iluminada por luz invisible, que da sobre la suntuosa escalera, otros subían ó bajaban; ya repuesta la dulce fatiga, de los corredores donde en torno de las mesas, sentadas las favorecidas, y de pie las menos,

rociaban con champaña—el único vino de la noche—las magestades culinarias que de toneles sin fondo iba enviando en mil fuentes pequeñas Camovito; las ostras fritas, la tortuga verde, las lajas de capón, el pastel de caza y volatería, el de hígado de ganso, le pechuga de faisán, la lonja de oso, la pava silvestre; ó café, te y caldo; ó helados y dulces. Un galán arranca de un castillo de merengues una bandera americana de flecos de oro, y la pone en los cabellos rubios de su amiga, que saborea una ensalada de pollo, y un emparedado de lengua escarlata. Un marido trae abierta una botella de champaña y la deja sobre la alfombra á los pies de su esposa. Un socio del club, calvo como una bola de billar, arranca para una octogenaria escotada, vestida de azul, un oso blanco de los que adornan, en linda escena de nieve, el gran jamón ursino «á lo Polo Norte.» Nadie, ni el enamorado más ardiente, osa hundir el cuchillo en el gigantesco salmón de Kennebec, cubierto de escenas de pesca, dibujadas con materiales suculentos; y del cual halan por los dos cabos, como luchando en vano por alzarlo, dos pescadores de graciosa escultura.. Sentados bajo una palmera departían Eva y Adán, hechos de azúcar, con muchas aves de pluma á sus pies, y frutas y flores. Había castillos de crocante y buques de almendra, con marineros y soldados vestidos como cuando la guerra del Sur, y fusiles y cañones. En estatuas de cera presidían la

mesa central Washington, Lincoln, Grant y Sherman, y sobre ellos y más grande que todos ellos, la libertad, con su bandera de listas y su escudo de estrellas. Sobre una pirámide de faisanes y de pollos dominaba el conjunto, extendida la cola, un pavo real.

INDICE.

Página

Prólogo V

La obra de Martí en relación con los últimos sucesos. (Discurso pronunciado por el † Sr. Nicolás Heredia en «Chickering Hall» la noche del 19 de Mayo de 1898, tercer aniversario de la muerte de Martí.).... 1

José Martí como literato. (Discurso pronunciado por el Sr. Nicanor Bolet Peraza el 19 de Mayo de 1898.)..... 17

José Martí, por el † Sr. Domingo Estrada. (Guatemala, Febrero de 1899.)..... 41

CARTAS DESDE NEW YORK.

Año de 1886.

La Revolución del trabajo.—Grandes huelgas.—La reforma de las tarifas en el Congreso; etc. (Marzo 25.)..... 63

Primavera.—Los quehaceres de la cuaresma.—La mujer en los Estados Unidos; etc. (Mayo 2.)..... 77

New York y el arte.—Nueva exhibición de los pintores impresionistas.—Los vencidos de la luz; etc. (Julio 2.)..... 91

Cleveland y su partido.—Lucha entre el Presidente y los demócratas.—Vicios políticos de los representantes; etc. (Agosto 9.)..... 99

Página.

La vida de verano en los Estados Unidos: pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables.—Peligro grave de guerra entre México y los Estados Unidos; etc. (Agosto 12.)..... 109

El proceso de los siete anarquistas de Chicago.—El problema del trabajo en Europa y América; etc. (Septiembre 2.)..... 125

El monumento de la prensa.—Los periodistas de New York.—Grave incidente; etc..... 137

Año de 1887.

Sobre los Estados Unidos.—Ciudadanos y propietarios.—Adelanto de los indios; etc. (Enero 3.)..... 151

Revista de los últimos sucesos.—Descripción de la primera votación de mujeres en Kansas; etc. (Abril 10.)..... 161

Acontecimientos interesantes.—México en los Estados Unidos.—Una reina en Washington; etc. (Mayo 9.)..... 179

Primer aniversario de las bodas del Presidente.—Mrs. Cleveland en Washington; etc. (Junio 10.) 189

Historia de un proceso famoso.—Aspero verano.—New York en Julio; etc. (Junio 30.)..... 203

Cleveland.—El incidente de las banderas.—Los veteranos en la Casa Blanca; etc. (Julio 8.)..... 217

Varios sucesos.—Trabajos preparatorios de los partidos políticos; etc. (Agosto 8.)..... 229

Sobre la ciencia.—Asamblea anual de la Sociedad para el adelanto de las ciencias; etc. (Agosto 17.) 241

Desde los Estados Unidos.—Los sucesos.—El Casino que Vanderbilt regala á sus trabajadores; etc. (Septiembre 3.)..... 253

Postrimerías del verano.—Principales sucesos.—Tres convenciones.—Los dos chimpancés; etc. (Septiembre 4.)..... 263

Páginas.

En los Estados Unidos.—Días de fiesta y días de trabajo.—Procesiones pintorescas; etc. (Septiembre 7.) 275

Las ferias campestres.—Sucesos principales.—Maquinaria agrícola; etc. (Septiembre 22.) 307

Los sucesos de la semana.—Cleveland de viaje.—Los pájaros y la Estatua de la Libertad; etc. (Octubre 18.) 317

México en los Estados Unidos.—Sucesos referentes á México. Junta de la Liga de la Anexión en New York; etc. (Junio 23.) 325

La República Argentina en los Estados Unidos.—Un artículo del «Harper's Monthly.» (Octubre 22.) 339

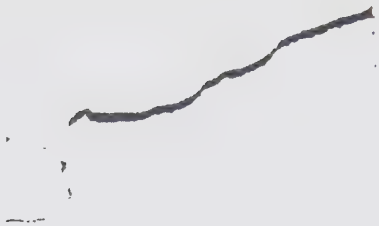
Cosas del otro mundo.—Ultimas elecciones en New York.—Su importancia para la elección presidencial; etc. (Noviembre 9.) 351

Fiesta de la Liga de Propiedad Literaria. (Diciembre 15.) 363

Año de 1888.

Gran baile en New York.—Crónica de las bodas de plata del famoso Club «Unión League»—Origen del Club; etc. (Febrero 10.) 373

Esta obra se acabó de imprimir,
por tipógrafos confederados, en la Imprenta de
la Gaceta de la Habana, el día
20 de Mayo del año
1902.



MARTÍ

EN LOS ESTADOS UNIDOS

HABANA

IMPRENTA DE RAMBLA Y BOUZA
Obispo números 33 y 35
1905

MARTÍ

Obras IV

Vol II.

MARTÍ

EN LOS ESTADOS UNIDOS

VOL. IV.

HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA Y BOUZA

OBISPO NUMEROS 33 Y 35

1905

como está—temeroso de que permanezca por más tiempo inédito ó que se pierda totalmente.

Sea, pues, este cuarto tomo, impreso en el año mismo en que los admiradores del patriota le han levantado en su ciudad natal estatua de mármol, homenaje sencillo que consagro á la memoria del libertador, desconocido todavía como literato en su propio pueblo.

Gonzalo de Quesada.

Cerca de las Azores, Abril 19 de 1905.

En los Estados Unidos

JOSÉ MARTÍ

POR RUBEN DARIO

Toi dont les yeux erraient alterés de lumière,
De la couleur divine au contour inmortel,
Et de la chair vivante á la splendeur du ciel
Dors en paix dans la nuit qui scelle ta paupiére

L. DE L.

El fúnebre cortejo de Wagner exigiría los truenos solemnes del Tannhauser: para acompañar á su sepulcro á un dulce poeta bucólico irían, como en los bajos relieves, flautistas que hiciesen lamentarse á sus melodiosas dobles flautas; para los instantes en que se quemase el cuerpo de Melesigenes, vibrantes coros de liras para acompañar— oh! permitid que diga su nombre delante de la gran Sombra épica: de todos modos, malignas sonrisas que podáis aparecer, ya está muerto!.....—para acompañar, americanos todos que habláis idioma español, el entierro de José Martí, necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso, lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros. Sí, americanos, hay que decir quién fué aquel grande que ha caído! Quien escribe estas líneas que salen atropelladas de corazón y cerebro, no es de los que creen en las riquezas existentes de América.... Somos muy pobres.... Tan pobres, que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero, se morirían de hambre. Debemos llorar mucho

por esto al que ha caído! Quien murió allá en Cuba era de lo mejor de lo poco que tenemos nosotros los pobres!; era millonario y dadivoso: vaciaba su riqueza á cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico: hay entre los enormes volúmenes de la colección de "La Nación," tanto de su metal fino y piedras preciosas, que podría sacarse de allí la mejor y más rica estatua. Antes que nadie, Martí hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías. Sobre el Niágara castelariano, milagrosos iris de América. Y qué gracia tan ágil, y qué fuerza natural tan sostenida y magnífica! Otra verdad aún, aunque pese más al asombro sonriente: eso que se llama el genio, fruto tan solamente de árboles centenarios—ese magestuoso fenómeno del intelecto elevado á su mayor potencia, alta maravilla creadora, el Genio, en fin, que no ha tenido aún nacimiento en nuestras repúblicas, ha intentado aparecer dos veces en la América: la primera, en un hombre ilustre de esta tierra, la segunda en José Martí. Y no era Martí, como pudiera creerse, de los semigenios de que habla Méndez, incapaces de comunicar con los hombres, porque sus alas les levantan sobre la cabeza de éstos, é incapaces de subir hasta los dioses, porque el vigor no les alcanza, y aun tiene fuerza la tierra para atraerles. El cubano era "un hombre." Más aun: era como debería ser el verdadero superhombre. Grande y viril, poseído del secreto de su excelencia, en comunicación con Dios y con la naturaleza.

En comunión con Dios vivía aquel hombre, de corazón suave é inmenso; aquel hombre que aborreció el mal y el dolor; aquel amable león, de pecho colombino, que pudiendo desjarretar, aplastar, herir, morder, desgarrar, fué siempre seda y miel, hasta con sus enemigos. Y estaba en comunión con Dios, habiendo ascendido hasta él por la más firme y segura de las escalas: la escala del Dolor. La piedad tenía en su ser un templo; por ella diríase que siguió su alma los cuatro ríos de que habla Rusbrock el Admirable; el río que asciende, que conduce á la divina altura; el que lleva á la compasión por las almas cautivas; los otros dos que envuelven todas las miserias y pesadumbres del herido y perdido rebaño humano. Subió á Dios por la compasión y por el dolor. ¡Padeció mucho Martí!—desde las túnicas consumidoras, del temperamento y de la enfermedad, hasta la inmensa pena del Señalado que se siente desconocido ante la general estolidez ambiente; y por último, desbordante de amor y de patriótica locura, consagróse á seguir una triste estrella, la estrella solitaria de la Isla, estrella engañosa que llevó á ese desventurado rey mago á caer de pronto en la más negra muerte!

Los tambores de la mediocridad, los clarines del patrioterismo tocarán dianas celebrando la gloria política del Apolo armado de espada y pistolas que ha caído, dando su vida, preciosa para la humanidad y para el Arte y para el verdadero triunfo futuro de América—combatiendo entre el bravo negro Guillermón y el general Martínez Campos!

¡Oh Cuba! Eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre; y bien hace el español de no dar paz á la mano por temor de perderte, Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua; mas la sangre de Martí no te pertenecía; pertenecía á toda una raza, á todo un continente; pertenecía á una briosa juventud que pierde en él quizás al primero de sus maestros, pertenecía al porvenir!

Cuando Cuba se desangró en la primera guerra, la guerra de Céspedes, cuando el esfuerzo de los deseosos de libertad no tuvo más fruto que muertes é incendios y carnicería, gran parte de la intelectualidad cubana partió al destierro.

Muchos de los mejores se expatriaron, discípulos de D. José de la Luz, poetas, pensadores, educacionistas. Aquel destierro todavía dura para algunos que no han dejado sus huesos en patria ajena, ó no han vuelto ahora á la manigua. José Joaquín Palma, que salió á la edad de Lohengrin con una barba rubia como la de él, y gallardo como sobre el cisne de su poesía, después de arrullar sus décimas "á la estrella solitaria" de república en república, vió nevar en su barba de oro, siempre con ansias de volver á su Bayamo, de donde salió al campo á pelear después de quemar su casa. Tomás Estrada Palma, pariente del poeta, varón probo, discreto y lleno de luces, y hoy elegido presidente por los revolucionarios, vivió de maestro de escuela en la lejana Honduras; Antonio Zambrana, orador de fama justa en las repú-

blicas del norte, que á punto estuvo de ir á las Cortes, en donde habría honrado á los americanos, se refugió en Costa Rica, y abrió su estudio de abogado; Izaguirre fué á Guatemala; el poeta Sellén, el celebrado traductor de Heine, y su hermano, otro poeta, fueron á New York, á hacer almanaques para las píldoras de Lamman y Kemp, si no mienten los decires; Martí, el gran Martí, andaba de tierra en tierra, aquí en tristezas, allá en los abominables cuidados de las pequeñas miserias de la falta de oro en suelo extranjero, ya triunfando, porque á la postre la garra es garra y se impone, ya padeciendo las consecuencias de su antagonismo con la imbecilidad humana; periodista, profesor, orador: gastando el cuerpo y sangrando el alma, derrochando las esplendideces de su interior en lugares en donde jamás se podría comprender el valor del altísimo ingenio y se le infligiría además el baldón del elogio de los ignorantes:—tuvo en cambio grandes gozos: la compresión de su vuelo por lo raros que le conocían hondamente; el satisfactorio aborrecimiento de los tontos; la acogida que "l'elite" de la prensa americana—en Buenos Aires y México—tuvo para sus correspondencias y artículos de colaboración.

Anduvo, pues, de país en país, y por fin, después de una permanencia en Centro América, partió á radicarse á New York.

Allá, á aquella ciclópea ciudad, fué aquel caballero del pensamiento á trabajar y á bregar más que nunca.

Desalentado, él tan grande, y tan fuerte, Dios

mío! desalentado en sus ensueños de Arte, remachó con triples clavos dentro de su cráneo la imagen de su estrella solitaria y dando tiempo al tiempo, se puso á forjar armas para la guerra, á golpe de palabra y á fuego de idea. Paciencia la tenía; esperaba y veía como en una vaga fatamorgana, su soñada Cuba libre. Trabajaba de casa en casa, en los muchos hogares de gentes de Cuba que en New York existen; no desdeñaba al humilde, le hablaba como un buen hermano mayor, aquel sereno é indomable carácter, aquel luchador que hubiera hablado como Elciis, los cuatro días seguidos, delante del poderoso Otón, rodeado de reyes.

Su labor aumentaba de instante en instante; como si activase más la savia de su energía aquel inmenso hervor metropolitano. Y visitando al doctor de la Quinta Avenida, al corredor de la Bolsa, al periodista, al alto empleado de "La Equitativa," y al cigarrero y al negro marinero, á todos los cubanos neoyorkinos, para no dejar apagar el fuego, para mantener el deseo de guerra, luchando aún con más ó menos claras rivalidades, pero, es lo cierto, querido y admirado de todos los suyos, tenía que vivir, tenía que comer: entonces eran aquellas cascadas literarias que á estas columnas venían y otras que iban á diarios de México y Venezuela. No hay duda de que ese tiempo fué el más hermoso tiempo de José Martí. Entonces fué cuando se mostró su personalidad intelectual más brillante. En aquellas kilométricas epístolas, si apartáis una que otra rara ramazón sin flor ó

fruto, hallaréis en el fondo, en lo macizo del terreno, regentes y ko-hinoores.

Allí, aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver aquí unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas, por diez centavos. Aquella "Nación" colosal, la "sábana" de antaño, presentaba en sus columnas á cada correo de New York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría que aumenta el color de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico, que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos, oh, sí! mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí, como si Manitu mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las "Hojas de Yerba."

Y cuando el famoso Congreso Panamericano, sus cartas fueron sencillamente un libro. En ese tiempo escribió Martí el autógrafo que publicó "La Nación." En aquellas correspondencias ha-

blaba de los peligros del yanqui, de los cuidados que debía tener la América latina respecto á la Hermana mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso á la frase de Monroe.

Era Martí de temperamento nervioso, delgado, de ojos vivaces y bondadosos. Su palabra suave y delicada en el trato familiar cambiaba su raso y blandura en la tribuna, por los violentos cobres oratorios. Era orador y orador de gran influencia. Arrastraba muchedumbres. Su vida fué un combate. Era blandílocuo y cortesísimo con las damas; las cubanas de New York teníanle en justo aprecio y cariño, y una Sociedad femenina había que llevaba su nombre.

Su cultura era proverbial, su honra intacta y cristalina; quien se acercó á él se retiró queriéndole.

Y era poeta, y hacía versos.

Si aquel prosista, que siempre fiel á la Castalia clásica se abrevó en ella todos los días, al mismo tiempo que por su constante comunión con todo lo moderno y su saber universal y políglota formaba su manera especial y peculiarísima, mezclando en su estilo á Saavedra Fajardo con Gautier, con Goncourt—con el que gustéis, pues de todo tiene; usando á la contínua del hipérbaton inglés, lanzando á escape sus cuadrigas de metáforas, retrocediendo, retorciendo sus espirales de figuras; pintando ya con minucia de pre-rafaelita las más pequeñas hojas del paisaje, ya á manchas, á pinceladas súbitas, á golpes de espátula, dando vida á las figuras; aquel fuerte cazador, hacía versos pe-

queñitos, versos sencillos—¿no se llamaba así un librito de ellos?—versos de tristezas patrióticas, de duelos de amor, ricos de rima, ó armonizados siempre con tacto; una primera y rara colección está dedicada á su hijo á quien adoró y quien perdió por siempre: Ismaelillo.

Los "Versos" sencillos, publicados en New York, en linda edición, en forma de eucologio tienen verdaderas joyas. Otros versos hay, y entre los más bellos "Los zapaticos de Rosa." Creo que como Banville la palabra "lira" y Leconte de Lisle la palabra "negro", Martí la que más ha empleado es "rosa."

Recordemos algunas rimas del infortunado:

I

¡Oh, mi vida en la cumbre
Del Ajusco hogar buscó,
Y tan fría se moría
Que en la cumbre halló calor!
¡Oh, los ojos de la virgen
Que me vieron una vez,
Y mi vida estremecida
En la cumbre volvió á arder!

II

Entró la niña en el bosque
Del brazo de su galán,
Y se oyó un beso, otro beso
Y no se oyó nada más.

Una hora en el bosque estuvo,
Salió, al fin, sin su galán:
Se oyó un sollozo, un sollozo,
Y después no se oyó más.

III

En la falda del Turquino
La esmeralda del camino
Los incita á descansar:
El amante campesino
En la falda del Turquino
Canta bien y sabe amar.
Guajirilla ruborosa,
La mejilla tinta en rosa
Bien pudiera denunciar,
Que en la plática sabrosa
Guajirilla ruborosa,
Callar fué mejor que hablar.

IV

Allá en la sombría
Solemne Alameda,
Un ruido que pasa,
Una hoja que rueda,
Parece al malvado
Gigante que alzado
El brazo le estruja,

La mano le oprime,
Y el cuello le estrecha,
Y el alma le pide.—
Y es ruido que pasa
Y es hoja que rueda;
Allá en la sombría,
Callada, vacía,
Solemne Alameda.....

V

—Un beso!
—Espera!
Aquel día
Al despedirse se amaron.
—Un beso!
—Toma.
Aquel día
Al despedirse lloraron.

VI

La del pañuelo de rosa,
La de los ojos muy negros,
No hay negro como tus ojos
Ni rosa cual tu pañuelo.
La de promesa vendida,
La de los ojos tan negros,
Más negros que tus ojos
Las promesas de tu pecho.

Y este primoroso juguete:
De tela blanca y rosada
Tiene Rosa un delantal,
Y á la margen de la puerta
Casi, casi en el umbral,
Un rosal de rosas blancas
Y de rojas un rosal.
Una hermana tiene Rosa
Que tres años besó Abril,
Y le piden rojas flores
Y la niña va al pensil,
Y al rosal de rosas blancas
Blancas rosas va á pedir.
Y esta hermana caprichosa
Que á las rosas nunca va,
Cuando Rosa juega y vuelve
En el juego el delantal,
Si ve el blanco, abraza á Rosa,
Si ve el rojo, da en llorar.
Y si pasa caprichosa
Por delante del rosal,
Flores blancas pone á Rosa
En el blanco delantal.

Ni Martí tenía pretensiones de rimador, ni yo cometo el pecado de "Fígaro" al publicar versos de Taine.

Las estrofas anteriores van únicamente como una curiosidad, para los que admiran á Martí prosista.

Un libro, la Obra escogida del ilustre escritor, debe ser idea de sus amigos y discípulos.

Nadie podría iniciar la práctica de tal pensamiento, como el que fué no solamente discípulo querido, sino amigo del alma, el paje, ó más bien "el hijo" de Martí: Gonzalo de Quesada, el que le acompañó siempre leal y cariñoso, en trabajos y propagandas, allá en New York y Cayo Hueso y Tampa. Pero quién sabe si el pobre Gonzalo de Quesada, alma viril y ardorosa, no ha acompañado al jefe también en la muerte!

Los niños de América tuvieron en el corazón de Martí predilección y amor.

Queda un periódico único en su género,—los pocos números de un periódico que redactó especialmente para los niños. Hay en uno de ellos un retrato de San Martín, que es una obra maestra. Quedan también la colección de "Patria" y varias obras vertidas al inglés; pero eso todo no es lo menor de la obra literaria que servirá en lo futuro.

Y ahora, maestro y autor amigo; perdona que te guardemos rencor los que te amábamos y admirábamos, por haber ido á exponer y á perder el tesoro de tu talento. Luego sabrá el mundo lo que tú eras, pues la justicia de Dios es infinita y señala á cada cual su legítima gloria. Martínez Campos, que ha ordenado exponer tu cadáver, sigue leyendo sus dos autores preferidos: "Cervantes y.... "Ohnnet." Cuba qui-

zá tarde en cumplir contigo como debe. La juventud americana te saluda y te llora, pero, ¡oh Maestro, qué has hecho!.....

Y paréceme que con aquella voz suya, amable y bondadosa, me reprende, adorador como fué hasta la muerte del ídolo luminoso y terrible de la Patria; y me habla del sueño en que viera á los héroes: las manos de piedra, los ojos de piedra, los labios de piedra, las barbas de piedra, la espada de piedra.....

Y que repite luego el voto del verso:

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores y una bandera!

Buenos Aires, Argentina, 1897.

MARTÍ Y SU OBRA POLÍTICA

Discurso pronunciado
en la velada conmemorativa de la Sociedad Literaria
Hispano-Americana,
la noche del 14 de marzo de 1896
por Enrique José Varona

Señoras, Señores:

Sean mis primeras palabras expresión de gracias para vosotros. Tan brillante concurso colma los deseos de la Sociedad Literaria, que os ha convocado, á vosotros, sus amigos, para honrar la memoria de uno que fué amigo de todos cuantos supieron amar lo bello y admirar la grandeza de alma, porque llevaba su mente poblada de imágenes bellas, y su corazón latía por todo lo excelso y heroico. La Sociedad contaba con vosotros, para pagar esta deuda de gratitud y amor á uno de sus presidentes más queridos, que aquí, como en todas partes, ha dejado huella luminosa para marcar sus pasos y coro de alabanzas para acompañar su nombre. ¿No fué él quien dijo que los héroes son propiedad humana, comensales de toda mesa y de toda casa familiares? La Sociedad contaba con vosotros, para rendir este póstumo tributo al literato insigne, al orador elocuente, al patriota fervoroso, caído antes de tiempo, pero ya desde antes colocado, por sus extraordinarios merecimientos, en la gloriosa constelación de los héroes de América.

No podía, ni debía la Sociedad Literaria abstenerse de tributar este público homenaje á su presidente José Martí, porque muchas de las páginas brillantes de su historia fueron escritas por la mano de aquel que, en medio de una vida

vertiginosamente atareada, para todo tuvo tiempo y en todo ponía su corazón entero, que era fuente inagotable, y la totalidad de sus fuerzas, que no parecían conocer la intermitencia, ni la fatiga. Martí hacía florecer cuanto tocaba, porque sabía aprovechar la más débil chispa, y calentando los corazones, producía con unas cuantas ramas secas un incendio. A todos aquí comunicó vigor, por todos lados esparció vida y la Sociedad Literaria floreció en su tiempo, como si la mano gentil de un hada hubiera trazado en torno suyo círculo resplandeciente.

Nadie hubiera podido sospechar al verlo afanarse, multiplicarse, acudir á todo, improvisar fiestas, ampliar los programas y el objeto de esta sociedad, sacando recursos no se sabe de dónde, allegando elementos valiosos, armonizando aptitudes, concertando voluntades; que esta impaciente actividad, que esta premiosa tarea no eran sino descanso para su espíritu, hostigado por otros propósitos más altos, persiguiendo otro ideal más remoto, empeñado en otra más grande empresa, en la suya verdadera, en la definitiva, en la de su existencia, en aquella para la cual todas las demás que emprendía y acababa no eran sino preparación y bosquejo. El artista probaba su mano en trabajos efímeros, para tenerla flexible y educada cuando hubiera de ponerse á la obra maestra.

En todas las tareas que se impuso encontró siempre dóciles sus múltiples aptitudes, porque esas varias y brillantes facultades, esas luminosas facetas de su gran inteligencia, conver-

gían todas, como los radios al centro, á una facultad suprema, que las animaba y vigorizaba: el entusiasmo. Su portentosa fantasía desplegaba las alas á todos los vientos del espíritu, mas no para vagar al acaso, con la facilidad gallarda del mero dilettante; sino para buscar por cada rumbo lo mejor, lo más exquisito, la flor de perfección que soñaba, y que su corazón ardiente le hacía amar con indecibles transportes. Amó siempre su obra. He aquí el secreto de sus grandes éxitos. Era cada una la hija predilecta, en las horas de preparación y labor, y la concebía y la quería la más gallarda, la más hermosa, la más acabada. No colocó su ideal en un mundo inaccesible. Quiso y logró esculpirlo en la roca de la realidad. Dió valor á cada situación de su vida, precio á cada trabajo. Hizo cada vez y en cada caso lo más y lo mejor que pudo. No hay regla de vida más alta, ni más fecunda.

Atravesó la vida como quien lleva en las manos antorcha y pebetero. Mas cuando llegaba el caso, quitaba del cinto el hacha ó bajaba del hombro la piqueta y las empuñaba con resolución. Quería alumbrar y perfumar; pero sabía que muchas veces es preciso antes descuajar el bosque, ó acabar de derruir el edificio carcomido y ya inservible. Mas destruyera, preparara ó edificara, todo lo hacía como si no hubiera de hacer otra cosa. Sabía que éste era el medio, el único medio de hacer al cabo la grande obra, que era el imán de su alma, la que sentía palpitar debajo de las otras, como se siente bullir el agua profunda en las entrañas de la roca.

Por eso fué su vida al parecer tan compleja. Peregrinó por el mundo con una lira, una pluma y una espada. Cantó, habló, escribió, combatió; dejó por todas partes chispas de su numen, rasgos de su fantasía, pedazos de su corazón; pero en cualquier ruta, por todos los senderos su vista estaba siempre fija en la solitaria estrella, que simbolizaba su honda y perpetua aspiración de hogar y patria. De su poesía se exhala en perfume sutil la nostalgia del desterrado. Cuando su pluma corre sin freno sobre el papel, cuando su palabra se desborda desde la tribuna, se adivina que lo aguija, que lo impulsa la visión distante de Cuba que lo llama, y le pide que escriba para ella y que hable por ella, y alumbre las conciencias y encienda los corazones. Aquí está la nota profunda de su alma y esto constituye la unidad perfecta de su vida. Martí poeta, escritor, orador, catedrático, agente consular, periodista, agitador, conspirador, estadista y soldado no fué en el fondo y siempre sino Martí patriota. Para ver y abarcar desde un punto central la existencia tan accidentada de este grande hombre nada es tan adecuado como considerar su labor política. Esta es la esencia; las demás fases de su vida pública son detalles y accidentes.

Cuando se veía á Martí silencioso, la espaciosa y limpia frente decía inteligencia; los ojos dulces, profundos y melancólicos sobre toda ponderación decían arte, denotaban la honda simpatía de un alma con todas las cosas tristes, que son ¡ay! las más bellas en la vida del hombre. Pero cuando Martí hablaba, de tal suerte

vibraban sus palabras, las recorría tal fluído de vida brotando á borbotones, que empezaba á comprenderse que el soñador escondía un verdadero hombre de acción. Y si entonces se le veía levantarse nerviosamente ágil, dirigirse rápido á la tribuna, erguirse en ella, casi abrazarla, llenarla y empezar á dar salida al raudal impetuoso de sus pensamientos que empujaban las palabras y rebosaban de ellas, como de cauce demasiado estrecho para contenerlos, el simétrico cerco de su cabellera tomaba forma de aureola, y el orador se transfiguraba en apóstol. Se comprendía entonces que aquel hombre hablaba para obrar, y que su palabra era fuego para calcinar corazones empedernidos y palanca para levantar pueblos aletargados.

Martí no era un político especulativo. En el gabinete, delante del libro, pensaba en el club, veía la plaza pública, rebosando de multitudes afanosas, oyendo la arenga tribunicia que las llama á la conquista del derecho. Los problemas políticos no tenían para él objeto, si no se resolvían por la concertada acción de sucesos provocados y previstos. Su temperamento artístico lo hacía encarnar abstracciones y teorías en hombres y pueblos. Su refinamiento moral lo hacía comprender que no se justifica la acción sino por el bien que de ella resulta. El artista concebía un ideal político, hermoso y apetecible; el moralista lo cotejaba con la realidad imperfecta y deforme; y por eso aborrecía ésta con todas las fuerzas de su corazón generoso é iba en pos de aquél con todo el ímpetu de su voluntad indomable. Martí era y tenía que ser

lo que fué, un gran agitador político, un Mazzini, un Kossuth, un Stambuloff.

Temprano lo consagró la vida, temprano lo ungió el dolor para su duro apostolado. En el albor de la existencia, niño de dieciseis años, algunas líneas llenas de fuego juvenil, algunos versos en que se estremecía su ansia de adolescente por la libertad, lo condujeron maniatado ante un tribunal español, ante un consejo de guerra; y por esos enormes delítos, el niño imberbe sintió que manos brutales remachaban en sus piernas un ignominioso grillete. El primer contacto de su alma pura con el poder brutal que dominaba su patria fué ese cruel ultraje á la dignidad humana, respetable siempre, más respetable en la primera mocedad, risueña é inocente. Aquel niño soñador, de espíritu inmaculado, fué confundido en un presidio con criminales soeces, porque había escrito algunos artículos de periódico y un ensayo de tragedia. Todo el horror del sistema colonial de España se le reveló de una vez y para siempre. Los estólidos verdugos que cargaron de cadenas aquel niño endeble, no podían sospechar, en la estrechez de sus entendimientos, el ángel vengador que había de surgir de entre aquellos hierros, armado con la lengua llena de imprecaciones y con la espada fulminante de rayos.

El niño se hizo hombre en el dolor inmerecido y en la ignominia injusta, y el hombre comprendió su vocación irrevocable y se sintió profeta. Profeta para estigmatizar la protervia de la tiranía más inicua, y profeta para evocar, predecir y apresurar la resurrección, la rege-

neración del pueblo, que bajo esa tiranía agonizaba. Su espíritu entra desde entonces en ebullición, desde entonces comienza su labor perenne, su incesante actividad, el batallar que no había de encontrar descanso hasta la hora suprema de la final y gloriosa batalla. Su primer arma fué la pluma, su primer palenque la tribuna. Libertado de sus hierros, que son el primer timbre de su ejecutoria de mártir, sale desde luego á la plaza pública á predicar su cruzada. El tirano lo había arrancado de su Isla amada y lo había conducido al suelo de la aborrecida Metrópoli. Allí se encontró, y aceptó aquel campo para empezar la lid. No le importaba tener el sol de frente, ni que los jueces fueran sus verdugos. Desde entonces, y como siempre, tenía fe, fe profunda en la justicia de su causa.

Su primer folleto es una denuncia generosa del más nefando de los crímenes que comete España contra los cubanos, cuando mezcla al patriota, en contubernio indigno, con el criminal, lo carga con la cadena infamante y lo somete al palo del cómitre sin dignidad y sin entrañas. Martí, condenado á presidio por un conato de delito político, protestaba contra la infamia sin tamaño de hacer purgar con una pena degradante el crimen de amar la patria y la libertad. Se dirigió á España, que pretendía entonces arrancar de sus hombros el manto de plomo de cuatro siglos de opresión, se encaró con ella, con la España revolucionaria, creyendo que su noble protesta sería escuchada; pero España ha

sido siempre sorda, cuando la voz de un cubano le ha pedido justicia.

El político adolescente no se engañó ya un solo instante. Vió y midió en toda su profundidad el irreductible antagonismo que divide la vieja sociedad europea, amasada de preocupaciones y fanatismos, y la joven sociedad americana, llena de anhelos de progreso y libertad. Comprendió que la política colonial de España gira automáticamente sobre un eje, cuyos dos polos se llaman dominación y explotación; mientras que toda colonia necesita para desenvolverse con fruto aprovechar sus recursos y ser dueña de sus actividades. No se le podía ocultar, por tanto, que sobre el tronco carcomido y anémico de la Metrópoli decrépita ningún renuevo podía crecer vigoroso, y que el único remedio al mal era dividirlo de la vieja cepa, arrancarlo, para que encontrase mejor y más rica savia en suelo propio. Martí llegó por el raciocinio á donde ya había llegado antes por el sentimiento, y fué desde entonces lo que había de ser siempre, separatista. Su ideal político tenía ya forma definida: la independencia de Cuba.

Esta idea determina la orientación del resto de su vida. Ya no hará nada, no producirá nada que no tienda á encarnar ese gran designio en los actos que han de realizarlo. Como el austero y noble Mazzini, con quien tiene tantos y tan característicos puntos de contacto, puede escoger por lema de su bandera: "Pensamiento y acción." Se proclama la república en España—sueño de una noche de verano,—y el mo-

zo, que perora en las aulas y en los cafés, se va ante Figueras á pedirle la independencia de su patria. Se discute en las academias la manera de que el lazo federal mantenga unidas á Cuba y España, y Martí habla hora tras hora, batalla como un gladiador contra una cohorte, desbarata todos los argumentos, y mantiene que Cuba se basta á sí misma, y que debe aspirar á brillar sola, una estrella más en la pléyade de las repúblicas americanas.

Como no encuentra en torno calor ni simpatía, y el espíritu no desciende de lo alto para abrir aquellos oídos, ni calentar aquellos corazones, Martí deja á España, y comienza su larga peregrinación por gran parte de América. Reside en México y en Guatemala, donde sus múltiples aptitudes y su vertiginosa actividad le ganan nombre, estimación y honores. Escribe para periódicos y para el teatro, pronuncia discursos, enseña, y gana por todas partes corazones para sí y amigos para Cuba. Habla á esos pueblos libres de un pueblo hermano que está esclavo, y derrama su sangre por la libertad. A esos americanos dice que el equilibrio de América está mal ajustado, porque falta una pieza central al grandioso mecanismo. Y lo dice tan hermosamente, que las almas se abren, y reciben la simiente fecundada.

En lo mejor de su propaganda, caen rendidos por la fatiga y la indignación de su aislamiento los héroes de nuestra primera guerra de independencia. España brinda y consigue laboriosamente la paz. Martí se detiene un momento con amargura y dolor, no con asombro. Pero

es sólo un momento. Mira hacia atrás el resplandor del gran incendio que se extingue y lanza las últimas llamaradas, fija sus ojos profundos en el porvenir donde sólo se condensan tinieblas, y echa de nuevo á andar solo y en medio de la noche. Va solo, pero va adelante, va en la obscuridad, pero sigue un rumbo. Lejos, muy lejos, detrás del nubarrón espeso que cierra el horizonte, rutila todavía para él con luz inextinguible la estrella polar de su vida.

Vuela á Cuba, como si quisiera, nuevo Anteo, cobrar fuerzas con el contacto de la madre tierra. Quiere ver por sus ojos el suelo sembrado de escombros, y quiénes son los obreros del edificio que sobre ellos intenta levantarse. Quiere vagar por los campos de batalla y preguntar á las tumbas sin nombre si el espíritu de libertad yace enterrado en ellas para siempre. Quiere acercarse á los fatigados combatientes, y á los que ahora de refresco han escogido otro campo para otras lides. Quiere oir á los conformes y á los inconformes. Quiere hablar de cerca á Cuba, y que Cuba le responda.

La respuesta no debió ser contraria á sus deseos, ni á sus designios, pues á poco se le oye tronar en la tribuna, y se sospecha que predica en secreto. La carrera del propagandista y del conspirador fué en Cuba corta. El volcán, que parecía apagado, se sacude y despierta en breve aunque amenazadora erupción. El levantamiento de 1879 aborta, pero no sin gloria. Es la protesta que se hace oir, en los días mismos en que la resignación á la derrota se preconizaba como un triunfo. Con motivo de los graves su-

cesos de Oriente, la mano del gobierno español cae otra vez sobre Martí, lo aprisiona, lo arranca de Cuba y lo confina á España.

Martí se yergue altaneramente bajo el golpe, rompe el confinamiento, y asume de una vez para siempre la noble actitud de rebelión, que ha de conducirlo al sacrificio y á la inmortalidad. Rebelarse parece siempre fácil. Rebelarse en los momentos y en las condiciones en que lo hizo el patriota cubano resulta, sin embargo, extraordinario. Cuba yacía desangrada é inerme después de dos luchas tremendas. Si algo parecía flotar sobre ella era el anhelo de paz, para restañar las heridas y recuperar las fuerzas. Las poblaciones, cansadas de esgrimir las armas de la guerra, se afanaban sólo por emplear los instrumentos de la paz. El lema era reconstrucción. Reconstruir ¿qué? Primero lo material, la casa en que abrigarse, la industria de que mantenerse; después, si había tiempo, se pensaría en las necesidades del espíritu, en las exigencias de la dignidad cívica, en las reclamaciones del derecho. Cada cual honraba y lloraba sus muertos; pero era difícil saber si alguien creía posible que resucitara la gran idea por la que habían sacrificado sus vidas. Si acaso, otras generaciones en lo venidero se encargarían de la ardua empresa. La actual había cumplido su deber y tenía entre las manos su labor. España podía estar tranquila; la colonia vencida iba á comenzar de nuevo á trabajar para el fisco y la burocracia, que representan y encarnan su soberanía.

Un joven que vagaba sin hogar por el mun-

do, pensó que los cansados se engañaban en su cansancio, que los descreídos se engañaban en su falta de fe y los desesperados en su falta de esperanza. Pensó que la generación de entonces no había acabado, sino suspendido su tarea; y que, si era preciso, la nueva iría á ayudarla y sabría ayudarla. Pensó que no hay transacciones con la libertad, que se conquista ó se pierde; y que ningún pueblo, si es digno del nombre de tal, puede resignarse á perderla. Creyó que cuando se saca la espada por ella, se la puede bajar para tomar alientos, pero no se la debe envainar. Y en sus sueños de gloria y dignidad patriótica, se vió á sí mismo con la espada de Cuba desnuda en las manos.

Tenía fe en sí, en la pureza de su intención, en la eficacia del derecho. Y no necesitaba más. Ya desde entonces abrigaba la convicción, que expresó con noble confianza antes de lanzarse á la tremenda obra, y podía decir, como después: "Yo alzaré el mundo." Y se puso á levantarlo, con su corazón y su genio.

Dos fases tenía la obra que iba á emprender el proscrito. Dos, cada una de las cuales exigía un hombre entero. Buscar elementos y simpatías fuera de Cuba, para ayudar eficazmente la empresa; reanimar espíritus, concordar voluntades, y dar plan y dirección á los que habían de ejecutarla dentro. En cada una de estas labores, Martí estuvo á la altura de su inmensa dificultad, y en una y otra se reveló dotado de las aptitudes más singulares y eficaces. Su sagacidad, su constancia, su asiduidad, su conocimiento de los hombres y de los pueblos con

quienes se ponía en relaciones, lo justo de su criterio y de su apreciación de los sucesos y de las circunstancias políticas, todo en él fué notable, todo extraordinario; pero aquello que lo señala y pone á un lado, aquello que lo eleva sobre muchos que han poseído y poseen esas mismas prendas es la cualidad maestra, la que constituye á los directores de hombres y á los jefes de pueblos: su facultad de armonizar, de organizar. Manejar á los hombres sin violencia, tomar sus pasiones, sus creencias, sus ideales como una blanda masa, para echarla en el molde adecuado, hacer que sus fines personales, particulares, se subordinen espontáneamente al fin común, que sus fuerzas individuales concurran sin torcerse ni resistirse á formar la fuerza colectiva, no hay nada más arduo. Y cuantos conocen la historia de Martí en el destierro y sus trabajos con la emigración cubana saben que venció todas esas dificultades, y logró hacer de grupos dispersos, descorazonados y casi hostiles, un todo coherente, animado de un solo deseo y dispuesto á los mayores sacrificios. Se dirá que su acción enérgica sobre la multitud dependía de que lo animaba la misma pasión, abrigaba la misma creencia, tendía al mismo ideal, que todos aquellos hombres. Ciertamente; pero en él todos esos estados de alma se encontraban tan de relieve, tenían tal vigor y lograban de tal modo exteriorizarse, que se imponían á los demás como una fascinación; ellos reconocían en él su propio espíritu y lo seguían con plena confianza. Creían en Martí, porque Martí

sentía con ellos y era sincero. No hay grande hombre, sin una gran sinceridad.

En la emigración cubana de los Estados Unidos supo encontrar el revolucionario su primer punto de apoyo. El propagandista necesitaba otros de diversa índole; y reanudó su peregrinación por América. Antes había ido por aquellos pueblos buscando hogar; iba ahora buscando patria. No á pedir á ninguno patria prestada, sino á decirles que debían ayudarle para que la tierra, en que había nacido, hermana de ellos por la naturaleza y la historia, pudiera ser patria de sus hijos. Les mostraba á Cuba, la hermosa y triste Cenicienta del hogar americano, sola y sin amigos. Les pintaba su belleza y les refería su infortunios. Y les hablaba de Europa despótica y de América libre, y les decía que la libertad americana sería sólo un nombre hueco, mientras en el corazón del continente hubiera pueblos donde el europeo dominador pusiera la planta como amo, por derecho de conquista.

La palabra de fuego del proscrito labró en el corazón de muchas gentes. A su paso sentía rebullir el corazón del Nuevo Mundo. Quizá entonces, en sus horas de insomnio, el soñador inspirado vió muchas veces llegar la hora solemne de la lucha, contempló á Cuba como inmenso campo de batalla, en que un joven David se alzaba desarmado, recogiendo del abrupto suelo el guijarro vengador para asestarlo sin miedo contra el soberbio Goliat. Y al rumor de la lid y al clamor de los combatientes, le pareció que por las crestas alterosas de la Sierra y de los

Andes se empinaban, en su dignidad y en su gloria marcial, las repúblicas vencedoras de España, miraban con júbilo el glorioso espectáculo, enviaban sus voces de aliento al mancebo animoso, y se precipitaban al cabo en su ayuda, desplegados al viento los pendones fulgurantes de Junín y de Ayacucho. Ah! su espíritu generoso no pudo nunca presentarle la visión sombría de la América latina, dormida sobre sus laureles, mientras á pocos pasos, en suelo americano, se desangra un pueblo, en lucha desigual, lanzando el mismo grito de guerra, que le enseñaron los próceres de la emancipación del continente.

Mas de seguro, si alguna vez lo hubiera turbado tan triste presentimiento, su ánimo fuerte no se hubiera abatido. Martí esperaba en América, pero sobre todo confiaba en Cuba. Esta fué su mayor grandeza. Y esto demuestra que estaba más compenetrado que ningún otro cubano del espíritu de su pueblo. La aspiración generosa que circulaba, como savia fortificante, por su alma, él la sentía palpitar en el alma de Cuba. Cuando todos ó casi todos la creían descorazonada, recogiendo trabajosamente los restos de su manchada opulencia, para vivir la vida de los sentidos, él sabía que allá en lo íntimo de su pecho resonaban las sílabas del conjuro poderoso, que la maga libertad había destilado en sus oídos. El sorprendía los relámpagos de ira santa que pasaban por sus ojos, fijos en la tierra. El escuchaba la elegía melancólica que salmodiaba en la noche. El sabía que la postrada esperaba ansiosa la hora de sentirse fuerte,

para saltar en pie; y que la sumisa tenía siempre en los labios el reto con que había de provocar á la batalla decisiva.

No lo engañó su noble confianza. Por cada colaborador animoso que encontró fuera, encontró cien aun más animosos dentro. Mientras la obra pública de organización del partido revolucionario en el extranjero atraía las miradas y hasta las sonrisas compasivas, la obra secreta de la conspiración se ramificaba á escondidas por toda la Isla, ganaba prosélitos en todas las clases, se apoderaba del campo, minaba las poblaciones, se extendía como red de apretadas é invisibles mallas, y se adhería á todos los miembros del organismo social. Mientras en la superficie nada parecía irregular, y sólo algunas pequeñas trepidaciones rompían de cuando en cuando su monótona tranquilidad, el fuego interno corría por las entrañas de la tierra, y se acumulaba en los lugares que habían de servir de cráter para expelerlo en conflagración estruendosa.

Martí que impulsaba y seguía ese trabajo subterráneo, Martí que sabía cómo pensaban y lo que querían y lo que estaban dispuestos á hacer los más, los que no hablaban ni se exhibían, pudo por entonces contestar á un cubano distinguido, que trataba de disuadirlo de su empeño, encareciéndole la poca disposición del país desvelado con otros propósitos, una frase luminosa que caracteriza gráficamente su obra. Le decía su interlocutor que la revolución se asfixiaría al nacer en una atmósfera de indiferencia, si no de hostilidad, y Martí le contestó sonriendo:

"Usted ve la atmósfera y yo veo el subsuelo." Aquí estaba todo. Su mirada profética había entrado desde mucho atrás en las entrañas del pueblo, y ahora sabía que todas las corrientes profundas estaban encauzadas, y que cuando Moisés tocara la roca, se precipitarían en catarata desbordada que ningún obstáculo podría detener.

Martí vió más hondo que todos los suyos, porque sentía más hondo. La grandeza de su ideal explica la profundidad de su mirada. Y su entusiasmo, fortalecido por el dolor y el trabajo, le sirvió más que á otros su ciencia. En su labor de años, de muchos años, no conoció la fatiga, ni la impaciencia. Por eso pudo aguijar á los cansados y refrenar á los impetuosos. Seguro de sí mismo, supo estarlo de los demás. Tenía un talismán supremo, y era que estaba dispuesto al sacrificio. Toda su vida sufrió por Cuba; sufrió el destierro, sufrió la pobreza, sufrió la burla, sufrió la calumnia, sufrió el desconocimiento de los que más estimaba, y el apartamiento de los que más amaba. Pero tenía que seguir, debía seguir, solo ó acompañado, y siguió. Al cabo se encontró acompañado por todo su pueblo.

Cuando llegó la hora marcada en el reloj de su previsión, todo estaba listo. Soldados y jefes no esperaban más que la señal. El pueblo estaba detrás para seguirlos, para identificarse con ellos. El apóstol había concluído su obra de apostolado. Lo esperaba ya la obra de martirio. Su corazón profético se lo había dicho: "Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía

y deber." Cuando estalló la lucha que había preparado, creyó que el deber lo llamaba á la lucha, y fué á la lucha. Dió la cara á la muerte, que lo esperaba artera. Pero él daba siempre la cara. Voló á Montechristi, donde residía el veterano general, que en su pensamiento simbolizaba el destino de su patria libre, se abrazó á él como á un lábaro santo, y en imperceptible esquife, con solo tres hombres, se lanzó al mar proceloso, pudiendo decir, nuevo César, mejor que César, "la fortuna de Cuba va conmigo." Pisó la tierra amada, la pisó de nuevo, como lo había soñado, con el acero libertador levantado en alto. Un solo instante fulguró en el cielo de la patria, que se precipitó á recibirlo. Al levantarlo, cayó fulminado. El águila desapareció entre rayos. Cayó como un titán, pero cayó en lo alto, después de haber escalado el cielo. Y el mundo, que había sostenido en sus brazos, no se hundió con él. Había preparado diez mil brazos para recibirlo.

Grande en la vida y en la muerte, heróico en el aspirar y en el ejecutar, así fué Martí. Ayer se le miraba como un conjunto de raras y contrapuestas cualidades. Hoy, á nuestros ojos asombrados y entristecidos, su vida nos aparece hecha de un solo bloque de indestructible granito. Martí fué un hombre tipo. Uno, por la fijeza de su idea, uno por la firmeza de su carácter. Todo lo inmoló por esa idea, que no era otra sino la redención de un pueblo. El artista exquisito olvidó su arte, el hombre apasionado sus afectos. Martí se desposeyó de sí mismo por completo y por completo se dió á Cuba. Dema-

siado sabía lo que cuesta esa consagración. Mas nunca se le vió vacilar. Aunque sus pies sangraran, proseguía su camino; aunque desgarraran sus oídos los silbidos y los insultos, continuaba mirando hacia adelante. ¿Qué obstáculo podría detenerlo? ¿Qué riesgo amedrentarlo? Sabía él que la mirada de Cuba lo seguía, y estaba dispuesto á merecer esa preferencia, para enseñar á los otros á merecerla. Sabía más, sabía que iba á la muerte, lo presintió, lo profetizó. Pero, ¿qué le era la muerte, si lo que él quería era dar vida á un pueblo? Para que resplandeciera en lo más alto la pureza de su corazón sería quizás necesario que una bala enemiga lo traspasara. No importaba. El iría á desafiar la bala enemiga. Pero entonces sus enemigos, que eran los enemigos de Cuba, tendrían que callar avergonzados; y este silencio sería el principio del triunfo de Cuba. El no lo presenciaría, no disfrutaría de sus beneficios. Tampoco importaba, si ya su obra estaba realizada, y Cuba recogía el fruto glorioso y sangriento.

¿Cabe mayor grandeza de alma? No, no hay vida más digna de admiración que la del patriota cubano José Martí. Sus amigos íntimos lo reconocían, cuando le daban el noble y cariñoso título de maestro. Los cubanos todos lo reconocemos, cuando lo veneramos con el nombre insigne de mártir. Fué maestro que enseñó doctrinas de libertad, lecciones de concordia, ejemplos de dignidad moral. Y por su vida de abnegación y por su muerte heroica ha merecido que se sintetice su carrera en la palabra gloriosa, que pone un limbo resplandeciente en

torno de unos cuantos grandes nombres, en la que inmortaliza á los Prometeos, clavados en su roca, y á los Cristos clavados en su cruz, la palabra SACRIFICIO.

JOSÉ MARTÍ Y LA REVOLUCION CUBANA

Fragmento de un discurso pronunciado
en Chickering Hall, la noche del 19 de Mayo de 1896
en la reunión pública
que organizó el Cuerpo de Consejo del Partido
Revolucionario Cubano,
para conmemorar el primer aniversario de la muerte
de su fundador, por Manuel Sanguily

Señoras, Señores:

Para conmemorar el día aciago en que la devoción patriótica más ardiente y conmovedora quedó coronada en los brazos de la gloria con la fúlgida aureola del martirio;— para honrar una gran memoria que difícilmente podrían marchitar ni los años ni el olvido, la vida melancólica, aprovechada y fecunda, tan merecedora de generosa emulación como de amor sincero, esa vida sencilla y á un tiempo apocalíptica de un hombre que padeció, como si llevara el corazón atravesado de lanzas encendidas, el suplicio de sentir como suyos los dolores de su pueblo y, á modo de ser devoradora, el anhelo santo de su salud y su ventura;—un hombre que desde la niñez, por triste y augusto privilegio, parecía predestinado á vagar por el mundo sin calma ni alegría, como si las heridas jamás cicatrizadas de su patria hubieran abierto en sus entrañas úlceras incurables y encendido en su mente la sublime idea de su redención, cual llama inextinguible que habría de consumirlo en holocausto propiciatorio ofrendado á la verdad y á la justicia,—y para evocarlo al conjuro de la gratitud y del cariño,—para bendecirlo,—para reanimarlo en forma más alta y más pura que la imperfecta y transitoria forma mortal, estamos aquí congregados, se habrán congregado también, seguramente, á par de no-

sotros, cuantos cubanos moraban de antiguo en la tierra extraña por voluntario destierro, ó han ido desparramándose al través de los continentes desde que estremecido por el fuego revolucionario el suelo antes tranquilo de la patria abre de improviso, para expulsar á sus odiosos detentadores, las grietas de oculto volcán que lanza contra el cielo bocanadas de ceniza é ilumina con siniestro incendio la noche silenciosa del Océano,—y aun aquellos compatriotas nuestros que quedaron en las ciudades españolas, en el rincón sombrío de su hogar, asiento ahora de la zozobra ó la desesperación, durante este día, tal vez en este momento mismo, sintiendo con nosotros, á compás los corazones todos, como si batieran una marcha fúnebre, como el inmenso gemido de nuestro dolor, como la estrofa marcial de la victoria, pronunciarán con reverencia, enorgullecidos y apiadados, el nombre inmortal de Martí;—porque ahora ese nombre es para todos los cubanos el símbolo de la patria viva, la cifra y compendio de su fe, de su virtud y de su grandeza.

Antes de caer para levantarse más alto, debió sentir delicia inefable y satisfacción casi divina. Era un desvalido, carecía de bienes de fortuna, carecía de honores y títulos mundanos, carecía de cuanto en la vida social coloca á los hombres, por el accidente ó el pasado, en condiciones de mandar y ser obedecidos,—y, sin embargo, un gesto suyo ha ocasionado extraordinario trastorno y alarma universal. Extendió la diestra débil y delicada en que no vibraba el acero teñido de sangre, y en el silencio y

las sombras de la colonia vigilada é inerme, brotaron de la tierra, como los guerreros de la leyenda griega, legiones animosas de héroes resueltos al último combate. Quien parecía estar solo ha roto el equilibrio general del comercio, ha puesto en peligro una monarquía desdeñosa y opresiva, ha puesto en peligro también hasta la paz de las naciones,—y si pudo inquietarle, en su postrer momento, la angustia de la incertidumbre y el religioso horror de lo desconocido y venidero, sentiría, en cambio, el orgullo de los dioses, la fruición sobrehumana de haber creado, de haber impreso en el mundo su voluntad, de haber influído poderosamente en el destino humano, de haber desatado la tempestad que purifica, de haber dictado á los hombres y á la sociedad mandatos supremos, que son del exclusivo patrimonio de los inmortales,—y, por encima de todo, sentiría la dicha incomparable de haber vivido en íntima comunión con el alma de su pueblo, de haber vivido su pueblo y él sufriendo el mismo martirio, atormentados por una misma aspiración, identificados así por el espíritu, por el corazón y por la conciencia, pero preparado él, como por inexcrutable arcano y soberano ordenamiento, á ser el verbo de salvadora doctrina, el apóstol y el mártir de una grande, santa y poderosa idea.

Su genio se manifestaba bajo el vario aspecto de la inteligencia, el amor y la resolución; pero enardecidos y flameantes, por el influjo de su corazón, que hervía en su pecho como una fragua,—y su genio, en vez de revelarlo como un gran poeta, fijó su destino personal hacien-

do de él un orador cubano y un político revolucionario.

Donde la mayor parte de sus paisanos, y la más favorecida de dones del entendimiento, veía la ley, el orden y el progreso, él veía sólo el desorden, el estancamiento y la fuerza, y mientras casi todos creían inconmovible la paz pública, él estaba seguro de que la guerra pronto encontraría la ocasión favorable de sacudir el continente incompleto y desequilibrado.... Y es que acaso era el único que no se equivocaba, por amar de veras la libertad que veía falseada ó mal servida en su tierra, y por amar á su pueblo que consideraba calumniado por los que lo explotaban, y aun por los mismos que, procurando é invocando su ventura, desconfiaban de sus aptitudes para ser feliz en el ejercicio normal de su absoluta soberanía, y, probablemente sin quererlo, contribuían—no obstante—á su despojo é ignominia. Unos y otros—los que no se cansaban de estrujarlo, y los que sin razón lo desdeñaban—unían las manos que debieran combatirse sin descanso, para sostener el pílori del vilipendio y la agonía, proclamando ó murmurando que eran los cubanos gente mal avenida entre sí, corrompidos por la herencia y el ambiente, preparados para eternas mortales discordias, incapaces de vivir en sosiego sino bajo extraña tutela, siquiera su único destino fuese al cabo trabajar sin fruto, resignarse á la explotación en provecho de la ajena incorregible holganza, producir riqueza con el copioso sudor de su frente para la granjería de los ladrones,—que Cuba no podía des-

ligarse del sino adverso que la había condenado sin remisión, por culpa de pecados ajenos, á ser perpetuamente la estropeada odalisca de un sultanato depravado,—que el infeliz pueblo cubano, en fin, había luchado en una guerra de desolación y de barbarie, mas por su buena fortuna y el interés comprometido de la civilización, había sido definitiva, irrevocablemente vencido.

Pero multitud de circunstancias á propósito, mantenían en el alma de Martí la exquisita susceptibilidad moral y política y las ansias torcedoras del patriotismo.—Había salido de la Isla cuando todavía á impulso de la antigua fe latía el corazón cubano, y repercutían á lo lejos los últimos truenos de la tormenta,—y luego, había vivido en el destierro, en el comercio frecuente de los héroes vencidos, aquellos jefes ilustres é infortunados que por destino semejante al de los caudillos épicos de las narraciones homéricas, peregrinaron por mares y tierras sin reposo ni ventura. Renovaba así constantemente el recuerdo punzante de sus prematuros agravios, como si llevara siempre colgados de su corazón los grillos que le remacharon á los pies por amar á su país á los dieciseis años, sin titubear en la temeridad de proclamarlo entre bayonetas homicidas. Había podido también, durante su deportación en la Península, observar de cerca á los explotadores de Cuba, y convencerse de la miseria, la incapacidad y la codicia indominable de la Metrópoli, de tal manera que su brillante elocuencia de proscripto fulminó, aunque en vano, ante los sabios y los po-

derosos, en defensa de la causa porque á la sazón morían sus compatriotas, y para convencer de las ventajas y la gloria de levantar sobre las ruinas de la colonia rezagada una nueva y vívida República.

Desde entonces brotó en su ánimo el convencimiento de que no había otro remedio para males tan hondos que el heroico remedio de la guerra, y en cuanto se acercó á los vencidos inconformes, en la misma capital de la Isla, cuando la generalidad se entregaba al júbilo de una pacificación superficial y estéril,—como una protesta contra tamaña desventura y tan inconsolable caída, procuró la renovación de la lucha, y después de sufrir nueva deportación, y siempre, no veía, no vió más solución cabal y verdadera del conflicto permanente, que la independencia de los cubanos, ni otro recurso para alcanzarla que la fuerza.

En la común desgracia, en el confinamiento forzado, la patria fué absorbiendo su ser, dominando en su sensibilidad, exaltando su fantasía, templando su resolución. Ante sus ojos soñadores aparecía aún más bella y digna de rendida devoción cuando la cruel nostalgia avivaba sus lamentos en presencia de la carrera, serena ó revuelta, pero sin trabas ni deshonra, de pueblos por ningún título superiores, aunque más afortunados que el suyo,— esa nostalgia indefinible y letal, más dolorosa y sombría en los largos inviernos del Norte, cuando encogido de frío el cuerpo, arde y vaga entristecida la fantasía poética, en medio de la nieve blanca que cae sin ruido como el paso de la muerte, bajo

el cielo gris, en el día breve, crepuscular y desolado, y más todavía en la noche prolongada en que el aislamiento aviva los dolores,—y entonces, al pie de las palmeras que sollozan, frente á la colina alfombrada de hierba siempre verde, en el ambiente diáfano que espejea en la menuda polvareda de oro, y la embriaguez de la brisa perfumada de aromas penetrantes, entre flores maravillosas en cuyos sedosos pétalos vibra en el vértigo de sus alas el sunsún tornasolado, junto al bosque ribereño del mar en que el enamorado ruiseñor despierta los ecos de la noche con sus endechas no aprendidas,—los ojos deslumbrados del amador distante veían surgir de las ondas mansas y azules, como la imagen divina de la patria, brindando con la dicha y las promesas misteriosas de la vida, la maga del ensueño, la risueña Nereida americana, desgranando perlas de su flotante cabellera en que lleva prendido al sol apasionado del Trópico, que sobre su frente morena resplandece como la diadema de su gloria!

Mientras él vivía de este modo, absorto en la contemplación ideal que labraba en su espíritu, inundándolo de esperanzas y fortaleciendo su fe,—los que aceptaron como el ejercicio de un derecho, y el cumplimiento de deberes que no pueden declinarse, la residencia en la tierra calcinada por el incendio y en el seno de aquella sociedad desmedrada y sin norte fijo, —creían asistir á un retroceso rápido, á una transformación profunda de la conciencia pública, y consideraban perdidos los grandes sacrificios de tres generaciones;— porque, con

efecto, todo aparecía muy diverso á poco de haber terminado la contienda armada. El tiempo, y los accidentes innumerables en el mudar incesante de las cosas y los hombres, pasaron sobre el país, para borrar ó alterar su antigua fisonomía, para ahogar el grito del dolor, para reprimir la ira, para olvidar al patriota vencido ó desterrado, aun para lamentar su generoso empeño como extravío de la quimera, y para eclipsar y empequeñecer su ideal fecundo y antes prestigioso.

Martí, empero, creyó, cada vez con más firmeza, que también las circunstancias y los tiempos, por obra de la justicia escarnecida, irían decidiendo, antes que la fusión de dos pueblos diferentes y artificial y violentamente superpuestos, ni la concordia de intereses opuestos é irreconciliables,—la forzosa separación de los espíritus, la hostilidad de los sentimientos, el antagonismo de los intereses incompatibles, y la necesidad, quizás inevitable, de la final ruptura. Inspirado en esa convicción, tan legítima como sincera, se puso á trabajar desde el destierro, se consagró á la áspera labor de preparar las nuevas vías del destino, con tenacidad nunca desmayada, poniendo en juego sus apropiadas condiciones de carácter—la energía, la prudencia, la actividad asombrosa,—y sus singulares condiciones de inteligencia—la poderosa fantasía, la riqueza, la idealidad poética, particularmente su gran palabra—en que la miel del afecto se mezclaba al óleo de la fe, la dulzura para amonestar con la pasión del catequista. Su tribuna, por lo mismo, semejaba á

una cátedra sagrada en que el original apóstol aparecía como un infatigable misionero. Su oratoria extraña empapada de religiosa unción, fulminaba á veces con el acento irritado de los profetas, aunque, por lo común, se abría mansamente como una rosa mística para exhalar celestiales aromas;—que de sus labios vibrantes brotaba el discurso en arrullos de tórtola,—como del ascua del incensario la nube perfumada; —pero las ideas, que á modo de bandadas de blancas palomas volaban hacia los corazones, como á sus nidos, con los últimos desesperados mensajes de la patria,—resonaban en el fondo del horizonte sombrío como el estruendo marcial de fantástico galope!

Mas apenas había dado los primeros pasos, sintió gotear sobre su corazón el acíbar del apostolado, y si su perseverancia no hubiera estado alimentada por la fe más viva, acaso habría debido vacilar y ceder, renunciando temprano á la empresa magna y á primera vista irrealizable; pero lo que en otro caso y otro hombre justificara la renuncia y el retiro, en él —por su entusiasmo y su tesón—y por las circunstancias en que comenzó la agitación revolucionaria,—selló su prestigio y afianzó su autoridad en la emigración, desde entonces unificada, y le alentó y decidió irrevocablemente. El error y la cólera asumieron la altísima representación de la gloria antigua y del patriotismo heroico, y en su nombre, desde la colonia despreocupada ó indiferente, y para regocijo de sus señores,—los que él tanto admiraba, los que amaba como á hermanos, los que contaba

como colaboradores indispensables de la obra futura, cuyos fundamentos acababa de poner,—le salieron al encuentro lanzándole al rostro inmerecidos ultrajes, y pretendiendo imprimir en su frente altiva el hierro infamante de los réprobos, en un instante de extravío, y creyendo defender el honor y prestigio de los que combatieron por la causa cubana,—en el errado supuesto de que el ardiente agitador acababa de mancillarlos. Uniendo al sarcasmo el anatema se le llamó cobarde, se le dijo que era "un cubano póstumo"—porque durante la otra guerra no le había sido dado combatir con las armas,—que para resolver los arduos problemas políticos y sociales de la Isla ideaba "las más galanas soluciones"—es decir, la Independencia y la República—con miras estrechas y personales. Y si recuerdo ese episodio, al cabo sin verdadera trascendencia, olvidado después, olvidado desde el primer momento por su benevolencia, á punto que los mismos que le tildaron de insensato, y antes que desacreditarle, produjeron en la emigración que porque le conocía de cerca le amaba entrañablemente, una protesta espontánea y unánime,—están ahora peleando con la bravura de antes, depuesto el antiguo resentimiento apasionado, y por el amor á la misma idea, en que ellos y él se confundieron como servidores magnánimos;—que no es la fuerza ó la pasión ciega quien rige el mundo y el humano albedrío, sino los principios vivificantes que al eclipsarse en la conciencia dejan caer el brazo fatigado, ó lo levantan de nuevo diligente si otra vez iluminan el horizonte moral con sus fulgores divinos....

es única, exclusivamente, porque ese incidente fué ocasión para acrisolar la fortaleza y la sinceridad de Martí, porque fué acaso la única ocasión también en que habló de sí mismo, para revelar á sus contemporáneos y á la posteridad la clave de su conducta, de su carácter y de su influencia. Quiso, en trance tan amargo y tan duro, que sólo le defendiese su vida. "Sé que ha sido útil y meritoria—dijo—y lo puedo afirmar sin arrogancia, porque es deber de todo hombre trabajar porque su vida lo sea:— "responder á los ataques que se me dirigen—añadió—sería enumerar los que considero yo mis méritos." Jamás fué, en el concepto que de sí propio tenía, el hombre en que acababan de desfigurarle; porque jamás prefirió su bienestar á su obligación. Jamás tampoco dejó de cumplir "en la primera guerra, niño y pobre y enfermo, todo el deber patriótico" que en su mano estuvo "y fué á veces deber muy activo." "Quémese la lengua—profirió irguiéndose de dolor—á quien haya dicho que serví yo á la madre patria!" En su ardorosa exaltación, herido en sus convicciones más hondas y más puras, llegó á declarar que aun en el mismo Parlamento español lo único que á su juicio podía defender, para bien de la Isla y de España, un cubano sensato, era la Independencia de Cuba! Y contestando á la acusación que se le hacía de engañar á los cándidos con dudosas intenciones,—se conformó con aludir á las juntas populares en que había estallado la amorosa indignación de los emigrados, y con recordar—lo que me ha impresionado como la expresión de un presentimiento tier-

no y melancólico—que las trabajadoras cubanas de Cayo Hueso acababan de regalarle una cruz! Y para vaciar de una vez su corazón, y confirmar aquel vago y profético anuncio de su vocación y su martirio, concluyó de vindicarse con estas palabras que compendian su espíritu y su historia:—"Creo que he dado á mi "tierra, desde que conocí las dulzuras de su "amor, cuanto hombre puede dar. Creo que he "puesto á sus pies muchas veces fortuna y ho-"nores. Creo que no me falta el valor necesario "para morir en su defensa!"

Consagradas por el sacrificio su sinceridad y su abnegación, santificadas por la muerte, esas palabras tienen que resonar ahora como versículos del Evangelio de su espíritu,—y decidme, pues, si no fué él un dechado de virtud y de patriotismo, es decir, de fortaleza y de generosidad? ¿Hay acaso mayor virtud que la firmeza en los altos propósitos? ¿Cabe más grandeza moral que la del que consagra su existencia á una idea fecundante y beneficiosa, y lucha sin cansancio por encarnarla en la realidad rebelde y resistente, y pone sus potencias todas al servicio del empeño sublime de esculpirla en la conciencia popular, de amoldar á ella hombres amoldados á otros fines por fuerzas poderosas y contrarias, y luego corona la rectitud de los propósitos, la unidad de una vida tan provechosa y tan noble con la renuncia absoluta de sí mismo, con el sacrificio voluntario? Pues así fué, así vivió, y por tan grandes móviles afrontó y recibió la muerte el dulce y heroico Martí.

Por eso, cuando pienso en él no me lo figuro

en aquella su primera, última y fulgurante carga, acosando con devoradora impaciencia su caballo blanco espantado, lanzándose de frente al enemigo, contra la línea de fuego, en galopar vertiginoso,—como fantasma irritado del patriotismo,—y cayendo allá, solitario y gigantesco, en medio de los defensores de España, en el estruendo de la fusilería, entre el humo del combate improvisado,— adolorido, moribundo,— contemplando acaso, en el último resplandor de la vida y la esperanza, el apoteósis de la patria martirizada y heroica,—acaso retorciéndose en la satánica visión del triunfo de la iniquidad y de la fuerza, que allí, en ese trance de la agonía final, pudo ser para él, caído y prisionero, una realidad horrible que confirmaban dolorosamente su cuerpo agujereado por el plomo y su sangre generosa encharcándose en la tierra querida, mientras á distancia retumbaban las descargas postreras de sus compañeros que cedían desesperados el campo ante la fatalidad irremediable! Sino que le veo siempre de pie, sobre el pedestal de su gran tribuna, la tribuna de la Revolución y de la Justicia, inculcando la fe que alienta y salva, encendiendo los corazones en la esperanza consoladora, juntando las manos de los suyos en una misma promesa de concordia y redención, fundiendo las almas en un mismo sentimiento de amor para producir en la suprema armonía de todas las actividades el alma inmortal de la patria, destruyendo por el fuego de su palabra inspirada las escorias coloniales, para purificar el espíritu público anublado, decaído y sin rumbo, despertando

así las energías amortiguadas, avivando, en fin, en la mente del pueblo cubano, con el horror de su servidumbre estéril y su ignominia inmerecida, la visión anticipada y magnífica de su nacionalidad, en la paz honrada y la fecunda libertad de la República!

Porque, aun cuando él no pudo producir y determinar la Revolución, su mérito indisputable consistió en haberla sentido palpitar en las entrañas de su pueblo, cuando los demás la creían vencida y muerta para siempre, en haber vivido en el alma de su pueblo, y de ahí su misión,— la propaganda incansable de la buena nueva, para tenerle preparado el camino,—y su verdadera, su grande obra de previsión y patriotismo,—la creación oportuna y la organización del Partido Revolucionario. Un día del invierno de 1891 desapareció de New York, donde residía, yéndose por los senderos del Sur, donde por necesidades imperiosas en la economía industrial de nuestro país; y el influjo de la guerra pasada, se habían establecido numerosas agrupaciones de cubanos. En su adivinación y su vigilancia había creído Martí llegado el momento de la acción. Para eso no llevaba en la mano sino un pliego abierto; pero en él había trazado las bases del nuevo partido,— esto es, una nueva palingenesia americana, la lucha formidable, el porvenir de la libertad y los futuros destinos de Cuba y España. Creía inevitable desde entonces la guerra, y creía asimismo, en su consecuencia, su deber más premioso é ineludible preparar á los cubanos para que no fuese la guerra un motín desordenado,

sino el esfuerzo decisivo, eficiente y feliz del pueblo todo. Creía desde luego en el triunfo, y juzgaba indispensable para asegurarlo, previniendo los males y errores que al fin malograron la primera guerra, que la última proviniese del orden y el concierto, de la inteligencia y la generosidad, con elementos suficientes para que fuese breve, á fin de crear la patria de todos—como él decía—"por el espíritu y los métodos republicanos:" concepto vago, si se quiere, pero del cual es fácil inferir que no hubiera consentido él un solo momento, sino que hubiese condenado sin vacilar, la obra torticera de los que con métodos españoles, con mano que pudiera creerse española, pretenden, por el exclusivismo y el interés de personas y de grupos, dividir á los cubanos, cuando deben todos estar apretados como un haz indestructible,—y enconar las antiguas clases separadas entre sí por la acción del despotismo y de la monarquía, avivando odios interesados y rencores egoístas, que fueron errores calculadamente sembrados en la sombra colonial para impedir la gran armonía del país,—más indispensable ahora que estamos luchando contra el furor del enemigo, ahora que al destruir el ominoso pasado debemos preparar más dichoso porvenir; porque la Revolución que Cuba necesita y quiere, la Revolución que soñó Martí y esperaba confiado y apercibido en cuanto pudo, es la guerra contra los dominadores forasteros que nos confiscaron nuestro país, la destrucción de su obra secular y odiosa; pero es también, es sobre todo, lo que esencialmente incubaba en su espíritu Martí y

procuró inculcar en el espíritu de sus compatriotas,—la gran creación republicana, la empresa titánica de levantar con los escombros de la carcel el templo augusto, con las piedras ensangrentadas de un monumento de opresión, derribado por nuestra constancia y nuestra virtud, la arquitectura nueva de una patria regenerada, en que se asienten perpetuamente en consorcio indisoluble, la libertad y la justicia, para que todos los moradores de la tierra bendita sientan el interés sagrado de amarse como hermanos, y nunca la necesidad horrible de perseguirse como enemigos!

Las Fiestas de la Constitucion en Filadelfia

LA PROCESION INDUSTRIAL

LA PARADA: LA CEREMONIA DE LOS DISCURSOS

RECUERDOS HISTÓRICOS:
LOS ESTADOS UNIDOS ANTES DE LA CONSTITUCIÓN
RAZONES PARA LA NUEVA CONSTITUCIÓN.
DIVISIÓN Y CELOS DE LOS ESTADOS.—NACIONALISTAS CONTRA ESTADISTAS.—LOS GRANDES HOMBRES DE LA CONVENCIÓN.
ORADORES Y POLÍTICOS.
WASHINGTON Y FRANKLIN.—HAMILTON, MADISON, MORRIS, RANDOLF, PATTERSON, MARTIN.
LOS ABOGADOS EN LA CONVENCIÓN.
HISTORIA DE LAS TRES GRANDES TRANSACCIONES.
LOS DEBATES
LA ESCENA DE LA FIRMA.—"¡UN SOL QUE NACE!"

Nueva York, Septiembre 28 de 1887.

Sr. Director de EL PARTIDO LIBERAL.

¿Por qué han de describirse en día nublado las fiestas con que celebran los Estados Unidos el aniversario de la Constitución que los ha hecho gloriosos? Filadelfia, que vió en 1778 la traidora Meschianza,—cuando sus hijas disfrazadas de moras bailaron en salones recamados de espejos con los oficiales ingleses, vestidos de oro y negro ó de seda blanca y roja, para el torneo con heraldos de dalmática en que despidieron á Sir Howe, ha conmemorado hoy, con procesiones históricas, con pompa industrial, populosas juntas, plegarias solemnes el día en que, acomodando en un código prudente sus tercas diferencias, los hombres educados en la libertad imaginaron un gobierno digno de ella. Los pueblos crecen en estas grandes fiestas; y aun los míseros que aspiran á la libertad, sin hallarle sabor en tierra ajena, sentían como un grato frío de aurora, como un dichoso temblor de héroe, cuando á la limpia luz de la mañana, fué la ciudad saliendo de la noche, vestida de banderas. Bella es Filadelfia siempre, y más si se la mira desde la torre de su nueva Casa Pública, destacando su masa alegre de edificios rojos, ceñidos por el claro y manso río, sobre el cielo de fijo azul que cobra majestad mayor de

aquellas esmeradas y próvidas llanuras; pero la ciudad de mármol y ladrillo tenía en estas fiestas aquel realce de gracia que da el inefable orgullo de las bodas; y los hombres, que ni ante los muertos sofocan sus enemistades, se olvidaron de ellas para conmemorar la forma de gobierno á que deben su ventura, lo que no han hecho acaso por egoísmo, sino por el placer divino con que saludan los humanos, torvos aún y confusos, cuanto adelanta y consagra su persona. Las casas hablaban: lindas cuáqueras prendían al amanecer las últimas guirnaldas y colgaduras y los que primero se echaron á las calles, fueron los viejos. La vida tiene horas de oro, en que parece que el sol sale en el alma y como ejército que asalta, escala y bulle la gloria por las venas. Se rompe en risa y llanto, y con la fuerza del pecho se abatiría una fortaleza.

Hace cien años, vió Filadelfia, vestida entonces de calzón de pana, vestón de seda y chupa de tirilla, las mismas iras, discordias y querellas que los latinos ignorantes, enfermos de destemplada admiración, tienen por patrimonio exclusivo de su raza. Por cada hebilla de zapato había una opinión hostil en la junta convocada por el Congreso inerme, á fin de reunir bajo un gobierno de poderes reales los trece Estados distantes y celosos que por amor excesivo á su soberanía anulaban con su rebelión ó indiferencia las medidas nacionales que en vano dictaba el Congreso de la Federación, sin fuerzas por los Artículos de 1781 para hacer cumplir lo que recomendaba. Era la burla pú-

blica el Congreso. Cada Estado, rico y populoso como Virginia ó raquítico é insignificante como Rhode Island, tenía un voto. La nación era de aire, y los Estados se negaban, so pretexto de pobreza, á pagarle su cuota. No había modo de que los Estados acatasen las leyes enfermizas que acordaba el Congreso para trabar por un comercio equitativo las antiguas colonias, desunidas por los celos y los productos rivales. La Nueva Inglaterra, que levantaba ya sus industrias, desobedecía las leyes que pudieran favorecer la agricultura del Sur. El Sur agrícola quería el comercio libre con Europa, con daño del Este marino, que apetecía para sí todo el tráfico de agua. No había moneda común, que unos querían y rechazaban otros. Por sí no podía vivir ningún Estado; pero, engolosinados con su soberanía inútil, se negaban á fijar por la ley la unión indispensable á su existencia. La única forma visible de la nación era el Congreso, que servía sólo para demostrar su ineficacia. Los grandes, que como siempre eran pocos, recomendaban á sus conciudadanos con angustia la conveniencia de poner término con un gobierno nacional vivo, á aquellas disensiones recientes que amenazaban la Unión sin fortalecer á los Estados, ni aprovechar más que á los politicuelos criminales que cultivan con pompa sagrada las pasiones. Cada Estado tenía un dueño de almas, á quien importaba más ser caudillo en su conuco que figura secundaria en una gran República. Los caracteres prominentes, deslucidos á veces por rivalidades indignas, coincidían, por la inevitable fraterni-

dad de la grandeza, en el deseo de fomentar un pueblo glorioso, antes de que los intereses en apariencia hostiles se sobrepusieran á las virtudes. Hamilton, con aquella marcial compostura de su entendimiento, demostraba bajo el nombre de Phocyon, la necesidad de que los Estados se juntasen bajo un gobierno fuerte: entonces se escribía con nombres antiguos Phocyon, declaraba, los Publius explicaban, Pacificus contendía con Helvidius: había Honestus, Camillos, Leonidas; Roma y Grecia imperaban, como en Francia: la juventud se precipitaba en los moldes de Plutarco, ansiosa de asemejarse á sus héroes. Madison se sabía al dedillo los debates del ágora, los discursos de Cleon, las leyes de Lycia. Pero Washington no aprendía en pergaminos, sino en la vida, la política: rogaba en sus cartas, urgía en sus discursos, propagaba en sus viajes, miraba por la unión de los Estados como hubiera mirado por la de sus hijos. Y Franklin, como él, ponía su nombre, limpio de cola y polvos como su venerable cabellera, al pie de aquellas sabias misivas que con su amable influjo esclarecían en pro de la constitución nueva los entendimientos, y se entraban como cariños por los corazones.

Al fin, el Congreso daba licencia para revisar los artículos inútiles de la Confederación. La Convención mercantil convocada por New York para remediar el desorden del comercio, se convertía en la suspirada Convención Nacional para dar nuevas bases y funciones al gobierno. Desde William Penn, en 1698; desde d'Avenant y Livingstone, de quienes no ha querido hablar

Bancroft; desde el folleto de un hijo de Virginia sobre el Gobierno de los Establecimientos ingleses; desde Lord Stairs y Daniel Coxe, que quisieron armar las colonias unidas contra Francia; desde el plan de Albany de Franklin, que aprovechó en bien de las colonias el odio y miedo que tenían á Inglaterra los franceses; desde el Congreso de 1775, que proclamó los Estados libres, puso en manos de Jefferson la pluma con que trazó sobre un escritorio de mujer la Declaración de Independencia, y aprobó, á propuesta de Franklin mismo, los Artículos de la primera Confederación, ¿no venían agrupándose naturalmente, como miembros de un mismo cuerpo, los Estados? "Unión ó Muerte" decía en aquellos días un dibujo que representaba una serpiente dividida en trece pedazos.

Allí se habían reunido, unos en casaca de paño negro ó verde, otros de calzón de terciopelo y cuello y puños de encaje, los próceres, los letrados, los comerciantes, los mercaderes que los Estados, descontentos del descrédito é impotencia del gobierno federal, enviaba para discurrir el modo de robustecer la Unión sin que perdieran la soberanía sus partes. Allí esclavistas y abolicionistas: allí criadores de arroz, armadores y manufactureros: allí nacionalistas y provincialistas: allí oradores típicos y organizadores prácticos. Allí el impetuoso Hamilton en quien la elegancia contenía el valor y la gracia el genio, sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y francesa; precoz, como nacido en zona cálida; fundador de la hacienda: hombre de arriba, de

brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía; no limpio de culpa; muerto luego de un balazo. Allí Madison, valioso asesor; muy metido en letras; cargado de historia; ponente preclaro y persuasivo; de juicio tan seguro que le brillaba lo original por entre montes de retórica ridícula; capaz de odiar á Washington Allí Martin, de fama fugaz como su palabrería, célebre entonces y seguro de vanos aplausos: llenaba horas, arrebataba al vulgo, remedaba la grande elocuencia: prorrumpía en estudiados apóstrofes: era servido por las pasiones á que seguía: después de hablar él, todos se preguntaban: "¿qué ha dicho?"

Allí Morris, governeur Morris, cuya mente no tuvo niñez; conocedor sutil de los móviles de los hombres; piloto frio y feliz en los debates; creador de fórmulas dichosas; consejero de reyes y de repúblicas; fino en vestidos, empréstitos y madrigales. Allí Paterson, díscolo y fecundo; defensor de Estados y pleitos pequeños; proyectil que los enemigos natos de lo grande hallaban siempre á mano; compuesto para dividir, como todos los que son incapaces de fundar; abogado terco del plan de New Jersey de la soberanía absoluta de los Estados. Allí Randolf dramático y vistoso; más pronto á perorar que á meditar; desposeído del carácter, que hubiera dado belleza permanente á sus bravos impulsos; defensor ágil del plan de gobierno nacional enérgico, el plan de Virginia; desdichado ministro. Allí Gorham, riquísimo comerciante, hombre hecho á sacar argumentos de la realidad, enemigo colérico de la esclavitud, con

la que se negó como Rufus King, á acuerdos ni pactos: "Lo que ha de ser mañana, sea ahora. ¿Qué República es ésta, llevada en hombros de esclavos como la "meschianza" de los ingleses, donde iban los negros con argollas al cuello?" Allí los fraseadores profundos, los componedores de mente judicial: El Isworth y Rukledge, que con Gorham, Randolph y James Wilson bosquejaron la Constitución: Roger Sherman, zapatero al principio y luego abogado, juez, firmante de la declaración de Derechos, de la de Independencia, de los Artículos de Confederación: Jhonson, famoso universitario, con honores de afuera, de los ingleses mismos: James Wilson, que aprendió en D'Aguésseau y Montesquieu, y en cuyo brazo se apoyaba Franklin.

Es moda nueva, de barniz, suponer que los accidentes de educación y clima pueden alterar la esencia de los hombres, iguales en todas partes, salvo lo que les pone ó lo que no les ha puesto la vida acumulada de las generaciones. El maiz habla como la carne. El rubio odia, engaña y cacarea como el trigueño. El norteamericano se apasiona, se exalta, se rebela, se atorde, se corrompe lo mismo que el hispano-americano. ¡Viérasele en la Convención! Cada cual traía un plan. Este llamaba demagogo á aquél. Aquél llamaba monárquico á éste. De trece Estados, tres se negaron á venir. De tres delegados de New York, dos abandonaron la Convención enfurecidos. Un Estado no tenía con qué pagar el viático á sus delegados; "¡Tiranos!" decían los Estados pequeños á los grandes:

"¡Nos rebelaremos contra la Unión!"—"¡Rebélense!"—"¡Antes que ceder al plan de Virginia nos someteremos á un déspota extranjero!" Los discursos se decían por centenares: Madison sólo pronunció 198. El desorden llegó á ser tal, y con tal ira terminaban las sesiones, que Franklin, menos cordialmente respetado de lo que se debiera, propuso abrir el día con una plegaria. Había momentos en que se temía una riña general. Evitábanla enviando á una junta escogida las cuestiones candentes. Ante la junta, los intereses se balánceaban; las frases se estiraban y encogían; las heridas del deseo se curaban con halagos á la vanidad. Cuando la ira volvía á estallar "¡Válgame Dios!" decía Franklin; se encerraba un domingo á preparar un discurso prudente lleno de apólogos sagaces, y lo que aquietaba y convencía no era el discurso mismo, sino que el anciano hubiese puesto tanta alma en él que ya al leerlo le faltaba la voz, y dejándose caer en un sillón, lo dió á leer á Wilson. Los discursos eran, después de esto, moderados y tímidos. En vano, cansados de la justicia como los griegos, se burlaban algunos parricidas de los "grandes nombres!"

Aquel debate, natural en las condiciones políticas que lo producían, dió fruto vivo por su misma fuerza. No ha de temerse la sinceridad; sólo es tremendo lo oculto.

La salud pública requiere ese combate en que se aprende el respeto, ese fuego que cuece las ideas buenas y consume las vanas; ese oreo que saca á la luz á los apóstoles y á los bribones. En esos debates apasionados los derechos opuestos

se ajustan en el choque, las teorías artificiosas fenecen ante las realidades, los ideales grandiosos, seguros de su energía, transigen con los intereses que se les oponen. Los trece Estados diversos, en la necesidad de vivir juntos, con elementos hostiles, de crear un gobierno nacional sin privar á los Estados de su soberanía, decidieron acomodar sobre las bases reales sus pretensiones extremas, después de luchar cada uno desesperadamente por salvarlas. "Todos desean, todos esperan algo de nuestra Convención," decía Washington desde ella en carta á un amigo, "pero mientras se batalle con tanto fuego por la soberanía absoluta de los Estados, mientras sus miras locales y el interés especial que influye en cada uno con exceso no cedan á una concepción más elevada de la política, la incompatibilidad entre las leyes de los Estados diversos y su falta de respeto al gobierno general, han de tener á este gran país débil, impotente y en desgraciada condición."

Esa pelea rabiosa de cada Estado por su peculiar interés, ese miedo de los Estados pequeños á perder por la liga de los grandes su independencia, esa repulsión de cada Estado á arriesgar su especial riqueza ó someter sus instituciones, aun la inhumana de la esclavitud, á las conveniencias generales, mantuvieron en lidia fogosa á la convención Constitucional, pusieron hasta el último instante en peligro la suerte de sus debates, y si bien impidieron el triunfo inmediato de los ideales generosos, lograron descubrir, con una novedad precisa en la doble naturaleza varia y una de la nación re-

ción nacida, la única forma viva en que podrían preservarse con gérmenes de mejora y vigor de realidad los elementos indestructibles y diversos que se oponían á una unión más pura. Pero la guerra enorme que á los tres cuartos de siglo fué indispensable al fin para decidir el pleito entre las secciones rivales, guerra que hubiera sido al empezar la Unión igual en resultados y menos cruenta, enseña que, si cabe transigir en meras suspicacias, orgullos é intereses, no hay transacción fecunda ni sancionada por la historia en lo que acorta ó tortura la esencia del ser humano. En la justicia no cabe demora: y el que dilata su cumplimiento, la vuelve contra sí. La experiencia política así lo falla, no el mero sentimiento. Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado. Los pícaros han puesto de moda el burlarse de los que se resisten á ser pícaros. La política virtuosa es la única útil y durable.

* * *

Era grande el encono de los Convencionales. Unos iban á crear un gobierno nacional vigoroso: otros á estorbarlo: unos á sostener la igualdad palmaria y absoluta de los Estados ante la Unión; otros á sostener la prioridad de los derechos naturales del hombre sobre los de la entidad abstracta de los Estados. Unos iban á procurar el comercio forzoso entre los Estados Unidos; otros á resistirse á toda obligación que pusiese trabas á su comercio libre con el extranjero. Los Estados pequeños acusan á los

grandes de intentar su absorción, é insisten, para que no desapareciese la igualdad ficticia en que en el Gobierno Nacional tuviera el mismo número de votos cada Estado: los grandes preguntaban con asombro cómo en el Gobierno de una nación podían tres millones de hombres en un Estado tener el mismo número de votos que doscientos mil de otro. Los Estados que mantenían la esclavitud, ansiosos de hacer valer á los negros como hombres para aumentar su representación, insistían luego á que se les reconociese como agentes de producción de riqueza, para traerlos de Africa libres de derechos; á lo que se negaban los Estados de población libre, que veían en la importación ilimitada de esclavos y en la representación de los negros el peligro de que los Estados esclavistas imperasen con este recurso falso é inhumano en el Gobierno de una nación formada para el triunfo de la humanidad. Los Estados de la Costa, ganosos de dar empleo á sus buques, querían facultar al Gobierno de la nación para que impidiese en las aguas americanas el predominio de la bandera inglesa, á lo cual se oponían los Estados agrícolas, temerosos de que este monopolio de la marina americana produjese un alza irremediable en el costo del añil y del arroz que enviaban á Europa. ¿Cómo acercar los partidarios de la representación por Estados á los defensores del voto personal? ¿Cómo conciliar los Estados del Norte y el Este, partidarios del voto libre exclusivo, y los del Oeste, que ya apetecía la esclavitud para cultivar sus tierras, y los del Sur, que se anuncia-

ban dispuestos á abandonar la Unión si se negaba representación á los esclavos? ¿Cómo avenir el Este, que anhelaba amparar su marina, con el Sur, que resistía su imperio?

Esas fueron las luchas de los cuatro penosos meses que duró la Convención; había injurias, amenazas de separación, desafíos, puños alzados. Lo demás eran cuestiones menores: si habría tres poderes, ó una Suprema Legislatura que fuera judicial y legislativa; si el Ejecutivo sería de uno ó de tres, temporal ó vitalicio, electo por el pueblo ó por la legislatura; si el poder legislativo tendría una Cámara ó dos; si los de la Cámara llana serían elegibles á los veinticinco años ó á los treinta; si los senadores servirían nueve, siete ó cinco años ó durante su buena conducta. Mas por airados que fuesen, como solían ser, estos debates, y los de la presidencia sobre todo, ninguno levantó tormentas como las que sacudían la Convención cuando chocaban los intereses vitales ó la cuestión de soberanía de los Estados. Tres fueron las batallas mayores, y tres las transacciones. Impotentes para vencerse, acortaban las disputas reconociéndose sus intereses vitales.

* * *

La batalla de la soberanía de los Estados fué la primera, mantenida por el plan de New Jersey, y opuesta por el de Virginia. Hasta la palabra "nacional" era odiosa á los Estados pequeños: Virginia excluía la representación por Estados; New Jersey se negaba á la representación personal; los Estados pequeños alegaban

que la Convención no tenía derecho á crear una Unión nueva, sino á reformar las primitiva: los Estados grandes niegan que sean ellos los que puedan combinarse, teniendo cada uno interés distinto: "los pequeños son los que se combinan:"—"Nos ahogarán los Estados mayores." —Hemos de consentir en tener representación igual en el Gobierno de la nación cuando le pagamos mayor cuota para su sostenimiento, cuando la cuota se impone sobre la población á que se le niega voto en el Estado que la paga?" Entonces, en la paz de la junta de examen, ayudó Franklin con sus chistes y llanos ejemplos al triunfo de aquel primer acomodo que dió pie y modelo á todos los demás: allí surgió la idea realmente nueva de la Constitución Americana, sugerida por la especial composición de las entidades desiguales políticas á que habría de aplicarse: allí, reservando el voto sobre asuntos del Erario á la representación personal, á los Estados que más podían padecer de él, se imaginó el Congreso de dos Cámaras, una de representantes de la población á un voto por cada cuarenta mil y otra de representantes de los Estados, que con la primera discutirían las leyes nacionales.—Cien años ha vivido el acomodo, y como que los Estados tienen entidad real, como la desigualdad entre el Senado y la Casa de Representantes en el derecho á votar el presupuesto, que ésta se guarda, corresponde á una desigualdad de población verdadera, subsiste y ayuda al equilibrio de esta noble máquina de gobierno la representación de los Estados, cuya ley interior, arreglada á sus peculia-

ridades y hábitos, facilita el trabajo gubernamental, puesto que lo divide, en todo lo que no estorba ó contradice á la nación, y alimenta en círculo bastante las vanidades y ambiciones cuya concentración es amenaza perpetua para las repúblicas.

Pero no bien se había acordado, con calma volcánica, la representación personal, estalló la ira de nuevo, y los Estados alteraron sus puestos de combate, en cuanto el Sur pidió representación para los negros. "¿Para qué la pide, pues que los negros no tienen allí persona, sino para influir inmoderadamente en los Estados limpios de esa mancha? Ya la lucha no era entre los Estados pequeños y los grandes, sino entre los libres y los esclavistas. Uno quería dar á los negros voto entero: otros darles tres quintos: el Sur alegaba que la esclavitud que añade á la riqueza de la nación, debía estar representada en su gobierno." "¿Conque por ser inhumanos y perezosos, contestaban los Estados libres, tendréis más representación que nosotros, humanos y trabajadores? Morris, de los Estados libres, propuso que la cuota de los Estados para los gastos federales, se impusiese conforme al número de sus representantes: "Pues si con la amenaza de imponernos cuota mayor por nuestros negros intentan impedirnos que pidamos su representación, me aparto de la Convención;" dijo la Carolina del Norte: Si la Carolina se apartase, como faltaban tres Estados más, la Convención quedaba sin poderes, conforme á los mismos artículos de la Confederación, en cuya virtud se había convocado. Hay

que ceder, pues, King y Gorham no ceden:—"¡La convención no nos puede hacer cómplices de la inhumanidad!" "Pero cede el Congreso:

"La cuestión Gorham no es de humanidad: La cuestión es que si la Carolina se separa de la Convención, se hace imposible la Unión, que nos es indispensable." Se llegó entonces al otro acomodo: los Estados libres y los esclavistas componen sus diferencias: el número de representantes se determinará con arreglo á la cuota directa de los Estados: representantes y cuotas se determinarán con arreglo á la población: en la población se contarán como válidas tres quintas partes del número de negros. Por un solo voto se salvó la transacción. Han pasado cien años, y este arreglo no ha vivido, porque no nació de lo real y constante, sino del caprichoso reparto de poder sobre la base innatural y transitoria del crimen: y lo funesto de aquella concesión á la avaricia por el miedo, se ve en la lucha sorda y creciente que en los Estados esclavos entablan contra sus dueños de ayer, aun brutales, los millones de emancipados incultos que sin aquel aciago arreglo no hubieran nacido.

* * *

No sin amenazas se obtuvo que los Estados menores, deseosos de anular lo que acababan de conceder, asistieran á continuar los debates de la Convención, que á su juicio, temerosos como estaban de nuevas derrotas, debían ya llevarse como terminados al Congreso; y ya lucía el sol rojo de Agosto cuando en imponente silencio,

en uno de esos silencios en que parece que nace la luz, fueron recibiendo los delegados, sentados en sillones de alto respaldar, el bosquejo de la Constitución, impreso con anchos márgenes é interlíneas, y bien distinto por cierto, fuera de los acomodos esenciales, del que después de descompuestas discusiones, de anuncios de separación, de ofensas rudas, firmaron con órden solemne los que supieron someter su soberbia al bien público.

Notas se tienen apenas de aquellos animados debates en que, atendido ya mucho de lo real, ostentaron los eruditos sus nociones de hechos, fingieron alarma los demagogos, y con terco pudor resistieron los amigos del hombre todo asomo de ataque á la libertad esencial á su ventura. Allí murieron los nombres de los poderes: al Ejecutivo se llamó "Presidente," á la Cámara de los Estados "Senado," á la Cámara electa sobre la población total "Casa de Representantes." Al Presidente le negaron el título de "Excelencia:" el proyecto le daba siete años de poder, y quedó en cuatro: prohibía el proyecto la reelección, y quedó decidido que el Presidente pudiese ser reelecto, sin límite alguno: por el proyecto no necesitaba ser nacido en el país, mientras que en la Constitución aprobada es ésta cualidad indispensable. Durante esas y otras discusiones, luchaban con tenacidad igual los Estados pequeños por mermar facultades al poder nacional de que estaban celosos, y los partidarios de un gobierno seguro de toda la Federación, con los que se confundieron en mala hora, exagerando sus justos deseos, aquellos

que, más que la unión fuerte de Estados débiles sin ella negaban la capacidad del pueblo común para el gobierno, y ansiaban ver éste reservado como estaba entonces entre los ingleses, á una casta superior de los "bien nacidos."

Pero la confusión en los debates no volvió á ser completa hasta que, al tratar de las facultades del Congreso sobre el comercio y la navegación, surgieron de nuevo los intereses hostiles de los varios grupos de Estados. El Sur quería que se le permitiese traer esclavos de Africa sin pagar derechos, basado en que los esclavos eran productores de riqueza, y elemento primo en los Estados agrícolas. El Este, adverso á esa concesión, se exasperaba por la resistencia del Sur á dar al Congreso poder de amparar con una ley prohibitiva el tráfico de los buques nacionales: "Si no se echa á los buques ingleses de nuestras aguas, se arruina nuestra industria mercante," decía el Este. "Si se da el monopolio del mar á los barcos del Este, decía el Sur, pondrán los fletes á Europa á precios tan altos que no podremos exportar nuestros productos. O se nos deja introducir los esclavos sin pagar derechos, ó nos apartamos de la Unión," dijeron la Carolina del Sur y Georgia. "Nos apartamos de la Unión, dijo el Este, si no se da al Congreso poder de defender de la competencia extranjera los barcos de que vivimos." Ajustaron sus intereses por un tercer acomodo, hasta 1808 podrían entrar sin pagar derechos los esclavos: el Congreso tendría facultad de dar leyes sobre el comercio por los ríos y la mar. ¡Así, por regateos no todos dig-

nos, por el ajuste de contrarios derechos, por sumisiones mutuas y dolorosas, quedó compuesta aquella Constitución que á Gladstone le parece "la obra más maravillosa que haya forjado en un momento fijo el espíritu del hombre."

* * *

Ya van á firmar; ya Washington, que no dió muestras jamás de esa familiaridad propia de los que cortejan las turbas, parece, aún á los que no lo aman, que á su propia vista se trasfigura y diferencia del resto de los hombres; ya el Secretario Jackson le da la pluma, humedecida en el tintero de plata, ¡y todavía tienen proyectos que oponer! ¡ya están pidiendo otra Constitución! ¡ya están proponiendo enmiendas! Franklin, con su modo de padre, invoca en aquel tono humilde nunca desoído, la prudencia de los descontentos. Morris halla la fórmula apetecida. "Hecha en la Convención por el consentimiento de los Estados, Washington pone el primero su nombre, "No creí, dijo al firmar, que pudiéramos llegar á esto sin sangre." Los delegados van firmando, por el orden geográfico de sus Estados. Dieciséis se niegan á firmar. Franklin se acerca á la mesa presidencial, bajo cuyo dosel había pintado un sol. "Nunca acerté á entender, dijo, si este sol era de orto ó poniente; pero ahora veo que es un sol que nace." Y dos años después, todavía un Estado reacio se negaba á entrar en el "buen barco Constitución," á cobijarse bajo el "techo nuevo!"

La sangre que Washington esperaba vino después. Aplazar no es resolver. Si existe un

mal, con permitir que se acumule no se remedia. El crimen, el crimen de permitirlo, trae siempre sangre. Pero la Constitución americana, prosperando á pesar de él, enseña á los pueblos que sólo echan raíces en las naciones las formas de gobierno que nacen de ellas; y que así como los artículos de la Confederación cayeron en ridículo y desuso por ser imitaciones postizas de las ligas griegas, así las púrpuras extrañas pueden podrir el lienzo no dispuesto á recibirlas, ni necesitado tal vez de más colores que los que eche sobre él el ingenuo sol nativo.

* * *

Filadelfia en todos estos días fué digna del asunto que conmemoraba. Levantó arcos á sus entradas; estrados á lo largo de sus aceras: rosas de banderas en cada ventana: en coliseos convirtió todas sus plazas. Vino con su esposa el Presidente. Vinieron los Gobernadores de los Estados. Los periodistas aclamaron en un banquete jovial á Cleveland, que en otro banquete aconsejó á los comerciantes, como ofrenda, propia de la Constitución, sacrificar alguna vez el interés local é inmediato al interés de la República. Pero no fué la parada militar, ni la ceremonia de los discursos la que dió novedad y sentido á las fiestas, sino la procesión de las industrias, caídas, groseras, en burro, como eran ha cien años, luego triunfantes, como son ahora.

La parada militar fué de millares de hombres. Lo de siempre: gentío, pabellones, hurras, músicas. El Presidente las ve pasar desde su tribuna, sentado en una silla de talla de hermo-

sa caoba. Abre la marcha Sheridan, el General amigo de la paz, que con el brillo y rapidez de su hoja de sable guió, durante la guerra Sur, su caballería. La esposa del Presidente ve desde un balcón, vestida de negro. Pasan los marinos, con pantalón blanco, blusa azul y sombreros rojos: pasa la milicia de Pennsylvannia, victoriosa é imponente como una avalancha, toda de hombres fornidos: pasan, entre muchos aplausos, los cadetes huérfanos. De un patio aplauden mucho: una fuente, rodeada de plantas bellas, murmura entre dos estrados donde va todo el sol: uno está lleno de uniformes, charreteras y penachos: otro de camas. Pasan los veteranos, y el Presidente se pone en pie al verlos. Se van perdiendo á la distancia, colas de caballo, culatas bruñidas, chispazos de música, cañones.

A pleno sol fué también el otro día la ceremonia oratoria. La tribuna estaba llena de próceres. En palcos suntuosos veían la fiesta las familias y huéspedes notables. Y tanto público que no hubiera podido pasar una hoja de rosa entre dos hombres. Dijo la plegaria un obispo protestante, en túnica de seda negra y estola de púrpura, con su bonete de copa cuadrada. No halló el Presidente las palabras grandiosas que requería la conmemoración de aquel enorme suceso humano. El orador del día, el Juez Miller, después de prepararse con sus propias manos una bebida de dos vasos, la bebió, saludó, y leyó una diatriba inoportuna, aunque justa, contra los que, incapacitados por la educación monárquica europea para entender el orden de la

libertad, vienen aquí, so pretexto de servirla, á amenazarla. El Cardenal Gibbons invocó al fin la bendición de Dios sobre la República, vestido de rojo.

Pero la fiesta mayor fué el día de la procesión de las industrias. Nueve horas tardó en pasar. Allí se veía el Siglo, en su cuna y en su término. No todo lo que se tiene por nuevo lo es, ni en ciencias, ni en industrias, ni en literatura, ni en política; pero jamás, como que jamás la libertad fué tan verdadera, adelantaron tanto los hombres en cien años. Delante, en colosal pintura, iba una imagen de la República enseñando con una mano con qué instrumento se trabajaba hace un siglo, y con la otra los instrumentos de ahora. Carro tras carro seguía, llenos de arados con nombres pomposos, en que los fabricantes aprovechaban la fiesta patria como anuncio: "el rey del Oeste," "el orgullo del Este," "el Soberano." Detrás de un labriego, que va esparciendo las semillas que toma de un saco, pasa una sembradora, arrancando vítores, y un caballo de vapor, orgulloso y humeante. En un carro van los impresores juntando letras, ajustándolas en las formas, hirviendo tipos, mientras que un duende vestido de encarnado, el diablo del impresor, el mandadero de la imprenta, á un tiempo ayuda á todos, traspapela, empastela, sufre coscorronazos, huye y salta. En una mula va un negro con el trigo para el molino, como se iba antes, y detrás van montes de barriles de harina de hoy; una sierra de ayer que aserraba apenas ciento cincuenta pies al día, trae á la zaga una silbante máqui-

na, que va aserrando á razón de tres mil pies por hora. Iban botes de canal, iban casas enteras, iba la casa donde se hospedó Washington durante la guerra de Valley Forge. Un águila de oro llevaba en el lomo muchos caballeros de casco y rodela, con la loriga abierta, y el casco sobre las piernas ó á los pies. Detrás de los carros de los niños indios de la escuela de Carlyle, escribiendo, dibujando, cosiendo, ensamblando, iban, en símbolo de los indios de antes, un grupo de pawníes pintados de guerra, montados en sus poníes. Un negro, desnudo de cintura arriba como cuando la esclavitud, sembraba algodón, delante del carruaje donde se ostentaban los negros más prósperos de la ciudad en nobles industrias. ¡Cuarenta caballos arrastraban una locomotora, no más bella que ellos! Y vacío, porque no hay nadie que pueda ocuparlo con justicia, cerraba la procesión el coche dorado de Washington.

POLITICA INTERNACIONAL Y RELIGION

HAITI Y LOS ESTADOS UNIDOS

CLEVELAND.—MRS. CLEVELAND.

LOS KINDERGARTENS DE POBRES.—LA SOCIEDAD DE NEW-YORK.

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

EL CRISTIANISMO Y LA LIBERTAD.

EL FAMOSO PREDICADOR BROOKS.—UN SERMÓN DE MEDIODÍA EN LA IGLESIA DE LA TRINIDAD

New-York, Marzo 4 de 1890.

Señor Director de EL PARTIDO LIBERAL:

De Haití cuentan que vuelve el Almirante norteamericano con sus buques, sin haber logrado que los hijos de Toussaint L'Ouverture, que tienen los ojos abiertos, cedan de hecho á la compañía de vapores de Clyde la Punta de San Nicolás que los Estados Unidos francamente desean, y la Constitución haitiana prohibe ceder, ni á los Estados Unidos ni á potencia alguna—por lo cual propuso el Almirante el medio disimulado de adquirir la Punta, que era darla en cesión por cierto número de años á la Compañía de Clyde, con la cláusula de que los Clyde permitirían su uso, como estación carbonera, á los Estados Unidos, y á ninguna otra potencia más: y Haití hizo como que cedía, y empezó á tratar con los Clyde, pero con tan hábiles trastiendas y cortapisas, que la Compañía solicitante ha tenido que negarse á recibir lo mismo que solicitó, sin que Haití quede en compromiso alguno, puesto que el Presidente Hyppolite mantiene que no es de su derecho conceder privilegio alguno por un plazo mayor que el que la Constitución señala á su presidencia, ni puede él compeler á su sucesor, en un asunto de esta monta, á aceptar una medida que acaso rechace. Ya dicen, por supuesto, los partida-

rios de Legitime, el presidente vencido, que de New York saldrá el dinero que eche á Hyppolite abajo. Hyppolite anda de paseo por el interior del país, para que vean sus súbditos supersticiosos que él no es "mulato liberal," como propalan sus malquerientes, á fin de quitarle la simpatía de los de color entero, sino "negro nacional," y de los más previsores, puesto que para que los comerciantes descontentos de New York no le muevan guerra con los generales de Legitime, se ha llevado á todos estos de comitiva, y va enseñándolos como trofeo de paz y prueba de concordia, cuando en verdad los lleva consigo como prisioneros.—La prensa norteamericana levanta de vez en cuando el grito, y un día dice que Francia quiere quedarse con la isla, y otro que va á ser necesario habérselas con Francia, y otro que Sesmaisons, que era el ministro francés ante el gobierno haitiano, volvía de ministro á pesar de su hostilidad reconocida al influjo del Norte en Haití, ó acaso en virtud de ella. Pero Roustan no está en Washington en vano, ni sus consejos son desoídos en París, ni es nuevo en el arte de seguir con los ojos los del vecino, para pararle la estocada antes de que le eche encima el florete; así es que Sesmaisons no vuelve para que no pueda tomarse pretexto en Washington de su elección, ni se quebrante con una querella inoportuna el poder supremo de espíritu de que Francia goza en la isla, donde todo se quiere de Francia, y aun se piensa en volverse á poner á la sombra de ella.

* * *

De Cleveland, no se ha hablado estos días poco. Un día es la noticia cierta de que vendió en ciento treinta y seis mil pesos la casa de bodas que apenas le costó treinta mil, la casa célebre de Red Top, que era una pobreza antes de que los Cleveland la renovaran y vinieron, y se pusiese de moda aquella vecindad. Otro día cuenta otro diario que la joven esposa es persona mayor en la empresa de crear en los barrios pobres kindergartens gratuitos, donde en vez de andar descalzas por las calles las criaturas, ó viendo fealdades por las escaleras fétidas, ó formando fila para abrir paso al cadáver de una mujer que con hijo al pecho seco se murió de hambre en su cuarto frío, tengan donde bañarse las manos, so pretexto de jugar en el agua con botes de papel, y donde habituarse al trabajo, orden y belleza, con el entretenimiento de los dibujos y tejidos, y donde elevar el espíritu con la música, y ennoblecerlo desde la raíz, con los tonos sentidos compuestos para los coros y la danza; ¡no es lo mismo criarse en un kindergarten que en un barril de cerveza! Pan no se puede dar á todos los que lo han menester, pero los pueblos que quieren salvarse han de preparar á sus hijos contra el crimen: en cada calle, un kindergarten: el hombre es noble, y tiende á lo mejor: el que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y belleza: la infancia salva: una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela: la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad: ¿á qué ir con la frente coronada de palacios, y los gusanos hasta las rodillas?:

al patriotismo literario, hay que oponer el patriotismo activo: de salmos y chocolates eran las Misiones de antes, las de ahora han de ser de kindergarten y zapatos: se han de reclutar soldados para el ejército, y maestros para los pobres: debe ser obligatorio el servicio de maestros, como el de soldados: el que no haya enseñado un año, que no tenga el derecho de votar: preparar un pueblo para defenderse, y para vivir con honor, es el mejor modo de defenderlo. Otro día se susurra que la esposa de Cleveland halla penosa en New York la vida de sociedad, porque todo es hablar unos de otros, y hablar mal, y con juicios tan indulgentes sobre los mayores pecados, que sólo el que peca recio gana nombre de caballero de buen tono, y la que no tiene picante en la lengua, ni da qué decir, es dama incompleta y descolorida, que viene á estorbar, con su cara de mimos, la amable soltura y mutuo perdón en que vive, mudando de brazos, la gente de comodidad; como en la cuadrilla virginiana—en que cada dama, en un paso del baile, da el brazo, uno tras otro, á los caballeros todos de la cuadrilla, y cada caballero, en el paso que sigue, á todas las damas. Da un banquete el club de próceres del Sur, donde tenía Cleveland cubierto de prominencia; y un amigo indiscreto, de esos que no saben que no se ha de encajar la piedra hasta que no esté dispuesta la montura, lo propuso de candidato, en nombre de los Estados del Noroeste, para las elecciones de 1892. Al día siguiente iba Cleveland, á la hora de negocios por Wall Street, con cara que echaba atrás, á paso de quien va aplas-

tando, con un andar como de babor á estribor, pobre el gabán, despeinado el sombrero, bombacho el paraguas.

* * *

Eran muchos los que se detenían á verlo pasar; pero más eran los que iban á oir en la iglesia de la Trinidad, en la cabeza de la calle, la iglesia de la alta espira y las campanas de orquesta, el último sermón de los que predicó á los hombres de negocios, con casa llena y fama grande, el sacerdote Phillip Brooks, hombre gigantesco, que habla como si derramase las palabras sobre el corazón, con un arte que á la vez manda y suplica, y abundancia de voces que parece descargar de catapulta, y el único gesto llevarse la mano á la frente, y echarse atrás el cabello plateado, como para dar más campo y luz á las ideas fogosas.

Y había sido semana de escándalos en New York: la Legislatura levanta sumaria sobre la administración culpable del municipio metropolitano: el juez que firmó en un expediente fraudulento el divorcio inicuo que libraba de su esposa indefensa al Alcaide Mayor de la ciudad, está en el banquillo, alegando que lo engañaron, por no confesar que cedía al miedo de que el poder del Alcaide, que es mucho entre los votantes, lo sacase de su sitial de juez: el millonario que vendió á precio excesivo sus acciones, y su puesto de presidente, en un banco nacional, á una camarilla de salteadores financieros, es tachado por el tribunal, sin respeto á los millones, de cómplice de esta nueva especie de

bandidos, que le han hallado al comercio los caminos obscuros, y van alzándose sobre la ruina ajena, sin más trabajo que el de llamar especulación á lo que es robo:—Ward, el socio del general Grant; Ives, que de mozo de limpieza llegó á hacerse dueño de un ferrocarril: Claassen, que antes de comprar el banco nacional al millonario Leland, tenía la mano sobre dos bancos menores, y sobre el mismo Western National Bank,—son tipos de esos criminales del comercio. Claasen, está preso: Ward, está planchando camisas en la penitenciaría: Ives está bebiendo champaña en la cárcel de Ludlow donde el "Herald" tuvo preso á uno de sus empleados, para contar luego, con la prueba al calce, el regalo en que viven en la prisión todos los que tienen con qué pagar el beneficio al carcelero.

Pero de Phillip Brooks se habló durante la semana tanto como de todo eso. A las doce, en el corazón del día, eran los sermones, y ya á las once no había asiento en la iglesia. El diario, por la mañana, traía el elogio del sermón del día anterior. Moody, otro evangelista, está en una iglesia menor, poniendo la biblia en chistes, y convirtiendo con anécdotas á los reacios: los convida con la llaneza, los retiene con la amenidad, los conmueve de súbito con una exhortación vehemente y desesperada, les enjuga con un cuento las lágrimas de los ojos:—Talmage, mientras le levantan su iglesia nueva sobre la piedra que fué á buscar á Palestina, proclama á grandes voces, con gestos de titiritero é imágenes dantescas, la necesidad de abrir al

aire la religión, de modo que cuantos crean en Cristo quepan en ella, aunque no crean en este dogma ó en el otro; porque los tiempos no están para meticulosidades, y el cristianismo cede, ó muere.—Y eso mismo es lo que con más fuego y dignidad predica y hace Phillips Brooks. No alarma, no castiga, no exige credos, hace la iglesia cómoda: ¡hay lugar para todos! ¡con creer un poco, basta, hermanos! ¡si acá somos muy liberales, muy tolerantes, como que se nos está yendo de las manos el poder!—y de debajo de la estola negra, por sobre la cruz de oro del púlpito, saca, en forma de manos, las garras aterciopeladas.

¿Qué es lo que lleva á la multitud á la iglesia rica de la Trinidad, á la hora en que la Bolsa grita, y los corredores se tropiezan por las calles, y los banqueros calculan el tipo del oro, y se responden los cablegramas de la mañana? Ningún teatro se llena más aprisa. Por todas las puertas á la vez, entran, disputándose los puestos con los ojos, los clérigos de boca cerrada, los jóvenes de espejuelos, los abogados de un año de título, los creyentes, ásperos y ceñudos, los oradores famosos, los ricos calvos, de gabán de piel, los dependientes, pálidos y barbones. Los trae la fe, la curiosidad, la emulación. Por cada joven, diez viejos. Los jóvenes de ojos místicos ó centelleantes vienen á oir al orador. Los viejos, muy apretados en su gabán, hablan, susurrando, de los grandes predicadores: ¡oh Chamuing! ¡oh Eduardo! ¡oh el padre de Beecher! ¡oh Beecher! Ya la iglesia está henchida: y los periodistas afilando los lápices,

de codos en sus mesas. Las mesas de los periodistas están de cara al púlpito, en el camino de la puerta al altar. La luz, como una música, se filtra por las ventanas de colores. Al fondo, sobre el altar mayor, se levanta, de la cornisa al techo, la ventana de los doce apóstoles. Ni en los pasillos hay puesto ya para los que se quedan de pie. Los sentados, leen su diario, ó escriben en su libro de notas, ó conversan sin desorden ni disimulo. Entra un caballerete de abrigo de esclavina y barba enriqueña. Entran tres viejos, uno detrás de otro, el de delante mesándose la barba, el de atrás encorvado sobre su bastón; el otro alisándose al cráneo. Y á los viejos, como á personas consagradas, les ceden el asiento en New York antes que á las mujeres: pero hoy, dan la vuelta á la iglesia, sin que se lo ceda nadie. Sobre el púlpito vacío, en la concha gris, baja en un halo de luz, una paloma blanca.

La iglesia se pone en pie, porque Philip Brooks está entrando. En el altar han tenido que colocar la gente. Rebosa la concurrencia por las puertas. Por sobre el gentío se ve venir, con la cabeza más alta que la de los más altos,— la cabeza gacha. Trae al pecho el devocionario, el alba le da en la punta de los pies, la estola negra le cuelga por ambos lados, pisa sin ruido, va á paso rápido. Un suspiro, y aparece en el púlpito. Ase con ambas manos la banderilla, se inclina hacia adelante, como para romper á hablar, y anuncia el himno. Con las dos manos, crasas y fuertes, aprieta el libro de himnos, de pasta roja. Le da en la cara un rayo de luz: es

lampiño, de ojos ardientes, de cabello plateado y lacio, desdentado. ¿Cómo van juntas aquella manera felina de andar, y aquella cabeza napoleónica? De pie entona el himno la iglesia: de pie recita el padre nuestro: ricos, oradores, curiosos, dependientes, jóvenes, ancianos, clérigos, periodistas, todos recitan el padre nuestro, con un fervor como el de la niñez: ¿qué no dan los hombres por una hora de pureza? ¿por el instante en que vuelven á ser como cuando corrían detrás de las mariposas?: el padre nuestro es la niñez. Al fin se sientan todos. Brooks no es hombre de fórmulas, y lee su texto de corrido, sin decir antes, como es uso, que lo va á leer. Pero no ese su texto verdadero.

El sabe que la ciudad toda ha estado hablando de él; que los potentados de lo alto de la ciudad, en la humareda azul de las Cabañas de los clubs, le han quitado al whist unos cuantos minutos para comentar su sermón, y hubo un potentado que se negó á jugar, por una noche; que los periódicos han estado celebrando su oratoria veloz, su cristianismo sagaz, sus metáforas amplias y felices, su voz trémula que se entra, aleteando como un pájaro herido, por los corazones:—un curioso que llegó tarde el día antes para oirlo, le oyó la voz de lejos, desde donde no lo podía ver, ni le entendía las palabras, y al volver á su oficina, se echó en un sillón llorando: él sabe que, de Beecher á él, nadie ha sacudido así las almas, ni ha puesto menos teatro aparente y tema mundano en sus sermones, ni ha hablado de cosas religiosas con más semejanza de libertad y de razón.—Porque el cris-

tianismo se siente como al morir, en los umbrales de la iglesia nueva donde, con el cielo por techo, se sentará el Cristo católico junto al Cristo hindú, con Confucio de un lado y Votan de otro, sin más clérigo que el sentimiento del deber, ni más candelabros que los rayos del sol, ni más incensarios que los cálices de las flores: y en esta agonía del dogma de la cristiandad, que en lo que tiene de moral y universal persiste, y en lo que tiene de credo ya no vive más que en las alas de las lechuzas, unos cristianos quieren entrarse de mano alta por el mundo, llamando con tambor de pelea á la fe, y marcando con el hierro del infierno á los que no creen, ó pregunten antes de creer, como en los tiempos de Torquemada y Calvino,—y otros sostienen, como Brooks, que si se quiere salvar lo esencial, que es para ellos la autoridad religiosa, no ha de exigirse á los cristianos que crean en lo que condena su razón, sino presentarles la cristiandad, para que no puedan negarla, como aquella dulce y temerosa dependencia en que toda criatura se siente para con el desconocido creador, y aquella paz que resulta de obrar con el desinterés y amor con que obró Cristo: "pintemos," dicen los cristianos liberales, "el sentimiento religioso que jamás muere en el hombre, y llamémosle cristianismo; que así el hombre no nos negará lo que tiene en sí, no se nos vaciarán, como se nos están vaciando, las iglesias:" O hacemos casa de infierno la menor falta de fe en el dogma, dicen los autoritarios—ó, por la menor puerta que le abramos al raciocinio, se nos va el hombre al libre pensamiento. O concilia-

mos—replican los liberales—la razón del hombre con su sentimiento religioso, sin exigirle creer en más divinidad que la que lleva en sí, ni en más revelación, fuera de la inevitable de Cristo, que aquélla constante por donde la vida futura y perfecta se exhibe como tipo en la conciencia del hombre, ó á pesar de los rezos de la madre, y de la poesía de la infancia crédula, y del temor de todos los nacidos al poder de la creación, y del perenne sentimiento religioso, buscará el hombre fuera de los dogmas históricos y puramente humanos, aquella armonía del espíritu de religión con el juicio libre, que es la forma religiosa del mundo moderno, adonde ha de venir á parar, como el río al mar, la idea cristiana.

Y ese es el poder, y ese fué el texto del sermón de Brooks—que no habla "como sacerdote de oficio, sino como hombre hermano"—que no quiere saber de este dogma ni aquél; sino de lo esencial de la fe en Dios, que es la claridad que nos conduce y alegra, así como cuando va á Europa en el vapor de ijares anchos y de puente fuerte, con los botes salvavidas colgando á la banda, no navega en los botes frágiles y pequeños, que son los dogmas, sino en el vapor de puente é ijares, que es la creencia en la comunicación constante y benéfica con lo divino. Y da permiso á los agentes desde el púlpito con su voz trémula, igual en el himno ajeno y en el sermón propio, en las retóricas del exordio que en las alturas del simulado éxtasis; en las frases de enganche que en los párrafos esenciales y tallados, para creer en esto ó en aquéllo, y

aun para creer en el error,—con tal que crean. ¡Eso sí, creer! ¡En la manzana de la iglesia pueden jugar los niños, pero no se han de ir de la manzana! ¡Vuelen, como el gerifalte, pero de la mano del halconero! y luego que les ha ganado el ánimo con la voz vibrante, plañidera y meliflua; luego que les mete por el corazón con frases de hombre, en que les manda, haciendo atrás la cabeza, y como quien les echa encima carbones encendidos, que no opriman á sus inferiores, que no vivan para la mera bestialidad, que sean humanos antes que negociantes, ó no sean negociantes si no pueden ser humanos; luego que ya tiene sobre su auditorio la simpatía de la llaneza, y la autoridad de la sensatez—dice que hay cuatro modos de salvarse, y no hay salvación fuera de los cuatro modos, que consisten en sacarse los pecados del pecho, rezar de rodillas á Dios Todopoderoso, leer la Biblia, y asistir puntualmente á la iglesia de Cristo, el único cuerpo organizado para proclamar al mundo la verdad de Dios."

La palabra vaga, se va desvaneciendo: El discurso, como para vengarse, se le pierde. Puja en vano por sacar lustre, al fin del sermón, á las palabras moribundas. Se muerde los labios, y suena como collera de cascabeles que se viene al suelo, la inútil voz trémula. El que lloró un día antes, de oirlo de lejos, está ahora cansado, y como indignado, como avergonzado, como apenado, de oirlo de cerca. Cierra con la plegaria de uso vulgar y premioso. La iglesia, de pie otra vez, entona el himno de adiós. Los viejos lo balbucean, con la cabeza baja, como quien

pide merced á un acreedor. Por sobre todas las voces descuella la de un mocetón de patillas de chuleta, cabeza de pico y anteojos de oro: empuña en una mano el libro de himnos, y un bastón de hueso: echa la voz ronca por entre los labios belfudos y colorados:—En la puerta, al salir, dice un joven: "¡Magnífica la metáfora!"

LA EXCOMUNION DEL PADRE Mc. GLYNN

Curso del conflicto católico
en los Estados Unidos.—Lucha inútil de Mc. Glynn por
introducir el espíritu
y prácticas de la democracia en la Iglesia Americana
Síntesis de los argumentos,
discursos y escritos sobre el conflicto
Actitud de la población católica. Los secuaces del padre.

El Día de la excomunión.
La gente acude en procesiones á oir á Mc. Glynn,
y llena dos teatros.
Extraordinaria escena en la Academia de musica.
Ovación sin ejemplo.—Entrada del padre.
Incidentes conmovedores.
Su doctrina.—Su oratoria.—Su discurso.
¡"Contigo hasta la muerte"!

Nueva York, Julio 20 de 1887.

Señor Director de EL PARTIDO LIBERAL:

Aquel sacerdote de vida pura que estudió la Iglesia con el filial cariño que tienen por ella los irlandeses y los polacos; aquel varón de cuerpo y alma atléticos que en el goce de consolar males ajenos halló modo feliz de no sentir los propios; aquel párroco fuerte que antes que ceder de su derecho de hombre á pensar por sí en los peligros y remedios de la patria, ha consentido en que el Papa fulmine sobre él la excomunión mayor, que resbala sobre su virtud como sobre el acero una gota de agua; aquel Mc Glynn de bravo corazón en quien, á lo que su pueblo se degrada y pudre, vuelve á encarnarse el soberano espíritu de rebeldía y examen, á que deben los hombres su adelanto, y su oreo y saneamiento las naciones; aquel católico ardiente que ha hallado natural manera de servir con el alma de Hutten y de Zuvinglio á la libertad sin que se entibien en él ni en sus feligreses el culto pintoresco y la fe activa del dogma—ha sido al fin excomulgado por el Papa.

¿Conque el que sirve á la libertad, no puede servir á la Iglesia? ¿Conque hoy, como hace ocho siglos, el que se niega á retractar la verdad que ve, y que la Iglesia acata donde no puede vencerla, ó tiene que ser vil, y negar lo que

está viendo, ó en pago de haber levantado en una diócesis corrompida un templo sin mancha, es echado al estercolero, sin agua bendita ni suelo sagrado para su cadáver? ¡Conque la Iglesia se vuelve contra los pobres que la sustentan y los sacerdotes que estudian sus males, y echa el cielo en la hora de la hiel del lado de los ahítos, y arremete con ellos, como en los tiempos del anatema y la flor del Papado, contra los que no hallan bien que las cosas del mundo anden de modo que un hombre vulgar acumule sin empleo lo que bastaría á sustentar á cincuenta mil hombres? ¡Conque la Iglesia no aprende historia, no aprende libertad, no aprende economía política? ¡Conque cree que este mundo de ahora se gobierna á cuchicheos y villanías, de barragana hedionda en rey idiota, de veneno en cuchillo, de calabozo en pica, de chisme en intriga, de augurio en excomunión, de complicidad en venta, como en los tiempos de Estes, Esforzas y Gonzagas?

¡Ah, no! El mundo ha crecido. Queda aquella caballerosa condición del alma, por la que el hijo ama la fe paterna como voz que no muere, y cuerpo que no se pudre, de sus padres. Queda aquella primera marca de las aulas, que aturde el espíritu y quema en él la yerba, como quema la marca el cabello en la piel de los brutos: ¡tiene el mundo quien tiene el poder de poner sobre los niños las primeras manos! Queda, en la sordidez perpetua humana, aquel inexhausto y dócil anhelo de los corazones, altos como llanos, flojos como viriles, por un país de piedad y un mar sin ruido donde se vive sin crimen y sin

odio, y halle el alma su asiento, que el ignorante busca sin saberlo, y el que conoce, con el cansancio de conocer, espera airado. Queda aquella poesía innata en el alma, más exigente mientras menos culta, y á cuya actividad involuntaria ó torpe dan pueblo alado y regocijo hecho los mitos religiosos, ó aquellos símbolos enriquecidos con lo que la mente levantisca añade ó forja, en los que él que mira de prisa cree ver á Dios, cuando lo que está viendo lo es de veras, porque es el hombre. Por eso, porque nacen de la esencia del alma y se fabrican naturalmente de sus elementos, perduran, entre los cultos como los salvajes, las religiones. Pero aquellos emperadores despavoridos que iban envueltos en sayales, desmelenados y descalzos, á tocar en la puerta de hierro del Pontífice prepotente, para que les sacase, como un manto de zarzas, la excomunión divina; aquellas hordas de labriegos testudos, sin más vestir que el sayo, supersticiosos y bestiales, calzados de alpargatas; aquel pueblo de ayer, crudo y espantadizo, está tomando asiento delantero, y viendo como limpia el templo humano de víboras y momias. De vez en cuando es necesario sacudir el mundo, para que lo podrido caiga á tierra.

¿Que se ejercita el hombre en vano? ¿Que, no madura, desde Delfos hasta América? ¿Que, poseyendo razón suya, ha de pedírsela al oráculo? ¿Que cree como antes en Velledas, en Pia-atnas, en Mokannas? Ya ha arrancado su velo á los profetas; ha visto por dentro el andamio vestido de elefante donde entraba el augur á fingir la palabra divina; ya ha desmontado á Jug-

gernaut terrible, y visto que no era más que una armazón ventruda de madera.

Las religiones todas son iguales: puestas una sobre otra, no se lleva un codo ni una punta: se necesita ser un ignorante cabal, como salen tantos de Universidades y Academias, para no reconocer la identidad del mundo. Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios. Las religiones, que en su primer estado son una necesidad de los pueblos débiles, perduran luego como anticipo, en que el hombre se goza, del bienestar final poético que confusa y tenazmente desea. Las religiones en lo que tienen de durable y puro, son formas de la poesía que el hombre presiente fuera de la vida, son la poesía del mundo venidero: ¡por sueños y por alas los mundos se enlazan!: giran los mundos en el espacio unidos, como un coro de doncellas, por estos lazos de alas. Por eso la religión no muere, sino se ensancha y acrisola, se engrandece y explica con la verdad de la naturaleza y tiende á su estado definitivo de colosal poesía. Las religiones todas; fuera de aquellas ya aventadas que en anuncio de la final religión poética han establecido la razón, tienen sus milagros, sus arúspices, sus oráculos, sus ídolos, sus Juggernaut que tunden y fulminan, hasta que, negados los fieles á creer que la palabra de Dios sea enemiga del albedrío; condiciones y virilidad que nacen con el hombre, se acercan á Juggernaut con maza en mano, le desciñen el manto, le quitan las faldas de forma

de flores, le quiebran el vientre esférico, le levantan el capuz funeral, orlado de luminosa pedrería, y en vez de la palabra de Dios, á que en seguida corren á alzar templo, encuentran un tablón viejo y roído, con los pies y las manos de cartón pintado, como los gigantes de las ferias.—Así, montados en ira por la desvergüenza con que la Iglesia oficial trafica en sus derechos de hombres libres, tratan los católicos de New York, maza en mano, al poder papal que excomulga en mal hora al cura virtuoso.

* * *

Al fin se está librando la batalla. La libertad está frente á la Iglesia. No combaten la Iglesia sus enemigos, sino sus mejores hijos. ¿Se puede ser hombre y católico ó para ser católico se ha de tener alma de lacayo? Si el sol no peca con lucir ¿cómo he de pecar yo con pensar? ¿Dónde tienes tú escrita, Arzobispo: Papa, dónde tienes tú escrita, la credencial que te da derecho á un alma? Ya no vestimos sayo de cutí, ya leemos historia, ya tenemos curas buenos que nos expliquen la verdadera teología, ya sabemos que los obispos no vienen del cielo, ya sabemos por qué medios humanos, por qué conveniencias de mera administración, por qué ligas culpables con los príncipes, por qué contratos inmundos é indulgencias vergonzosas se ha ido levantando; todo de manos de hombres, todo como simple forma de gobierno, ese edificio impuro del Papado!

Como si los hubieran citado á batalla salieron de sus casas los católicos la mañana en que se

publicó la excomunión. ¡Ni un santo descolgó de la pared ninguna de aquellas devotas, ni un solo dogma suspendió en sus rezos! "Dios mío, ¿qué ha hecho este padre de los padres, este enamorado de la Iglesia, este cura de almas para que lo echen de su altar esos codiciosos, intrigantes, glotones, lame-ricos, que viven chismeando como dueñas y aleteando como brujas, en el Arzobispado de mármol? ¿Conque el Papa lo ha excomulgado, y mi conciencia no me remuerde, sino que me llena de ardor, y Dios me dice de adentro que vaya á besar la mano al Padre, y porque se las voy á mandar con mi hijo, me parecen más lindas las rosas?"—Y los hombres, con las levitas á medio poner, daban con el puño sobre los diarios, en los corrillos de las aceras: "¡Cómo si un italiano que no sabe dónde está New York, pudiera venir á decirme cómo debemos cobrar en Nueva York las contribuciones! Conque el sol no se enoja porque se le diga que tiene manchas, ¿y el hijo de un país libre, porque lleva la túnica del que murió por sacar á los hombres de pena, no puede decir, cuando ya se tiene el hambre encima, cómo se remedia el hambre?"—"Dr. Smith, ¿te sientes tú excomulgado?"—"No, Jones, me parece que empiezo á ser católico ahora."—Así al llegar la noche, cuando se acercó la hora en que Eduardo Mc Glynn, expulso de la Iglesia aquella mañana, debía hablar en la reunión del domingo de la "Sociedad contra la Pobreza," miles de católicos, vestidos de fiesta, acudían de todos los barrios de la ciudad y los pueblos vecinos—la abuela, la madre, el hombre mayor,

los niños y las niñas — á recibir al excomulgado!

No era la hez de las ciudades europeas que viene aquí ya á medio podrir, y como torre viva hincha las casas fétidas de los barrios bajos, y horada y hormiguea, como los gusanos en los quesos: era la casta llana, la familia burguesa, el periodista generoso, el pensador desinteresado y grave, los americanos nacidos de Irlanda, el obrero alemán que conta y lee: era la gente justa, educada racionalmente en el trabajo, que sabiendo en conciencia que en las buenas obras no puede haber mal, da de todo, como á indigna estantigua, al que usa el nombre de Dios para castigar al que obra bien.

¡Oh! la ciencia que se aprende en el libro de todos los días, con la pluma, con las bridas, con el componedor, con el cepillo, con la lezna! La verdad se revela al hombre en el trabajo con tal poder y armonía que no hay Papa que pueda conmover en las almas de los trabajadores la superior justicia que les ha enseñado el mundo.

Pues qué: ¿ni la libertad había de abatir la iglesia corrompida? ¿Los apetitos, habían de vencer otra vez á los derechos? Como un pulpo, braceando en la sombra, se le iba viniendo encima el mal catolicismo á la República. Se le entraba pidiendo vestido de mujer, con un huerfanito de la mano "Para los huérfanos." Les dieron tierras, les fabricaron casas. El centavo irlandés da para todo: para hospitales, para conventos, para asilos, para templos de piedra, para palacios de mármol. Al principio,

mientras les resbalaba el pie ¡qué obsequiosos con la libertad! ¡ellos no pedían nada, más que un rincón donde alabar á Dios! ¡excelentes las escuelas públicas! ¡la Iglesia y la libertad pueden vivir unidas!: todo era sonrisas, facilidades, hacerse á un lado para no estorbar el paso, oir amablemente la opinión ajena. Pero las iglesias se juntan, las de la religión como las de la política: ¡los intereses reunen hasta lo que ha dividido la fe!: las autoridades, por instinto, se coligan contra los que padecen de ellas. Así hablaba la Iglesia:—Al político: "Dame esta tierra, esta ley, este derecho exclusivo: yo haré que vote por tu candidato mi rebaño." Al rico: "Las masas se están echando encima: sólo la Iglesia prometiéndoles justicia en el cielo, puede contenerlas: es necesario hacer frente á las masas." Al pobre: "La pobreza, es divina: ¡qué cosa más bella que un alma fortificada por la resignación?: allí en el cielo se encuentra luego el premio y el descanso!"—Y aquí, donde cada mañana, como se avienta en la era el trigo, se avienta al sol la vida pública; donde todo se inquiere y se comenta; donde lo descarnado y ansioso de la existencia habitúa al hombre á la realidad brutal; aquí, entre esta gente sanguínea y musculosa, hecha á la verdad y el puñetazo, ¿no habían de verse esos comercios, esas traiciones, del voto católico á los políticos, esas ventas, esas ligas de los ricos de todas las sectas, esa osadía de hablar de la pobreza de Jesús y vivir de faisán con vino de oro en pompa de palacio, deslizando la púrpura suave entre altas damas, que gusten de los clérigos blandí-

locuos? Así, cuando cayeron sobre el piadoso sacerdote que con la discreción de la sabiduría busca remedio en las leyes para evitar la revuelta sangrienta de los desesperados, se alzó contra estas excrecencias de Jesús el pueblo que lo ama, y á la excomunión de la Iglesia que castiga al buen cura por servir al hombre, ha respondido el pueblo de Jesús excomulgando á la Iglesia. ¡Esa es nuestra Iglesia, ese cura pálido!

* * *

Sí: hervían aquellas calles en torno á la Academia de Música. Había como un silencio en aquel ruido. ¿Dónde aquel miedo viejo por la excomunión? los rayos se prostituyen y se cansan. Se leía en las caras decisión y prisa. Ni un harapo en el gentío, todo de ropa buena. Mucha mano ancha, cabello blanco, paso de pelear. ¿Quién dice que se ha extinguido la poesía? Por cada gusano nacen dos rosas! Donde luce un espíritu sincero, los hombes se congregan y siguen el camino, como detrás del manso la majada. Aun había sol y ya estaba lleno el teatro. Arriendan otro en frente ¡y ya está lleno! Las calles mismas parecían iglesia, y la gente llegaba, llegaba.

¿Quién que entró en el teatro aquella noche, á la media luz que precede á la plena de la fiesta, olvidará aquella escena que parecía una apoteósis, ni un asiento sin dueño, hileras y pasillos apiñados, ya caídos á las manos los sombreros y cierto aire de amor y de bravura á que los mismos que por su mal han visto tierras no ha-

¡laban nada comparable? ¡Color y olor tienen las almas! Aquella era una batalla de paz: ¡una victoria! Cabellos blancos y espadones fieros cruzaban por aquel aire acerado. Según con la cercanía de la hora avivaban la luz, se iban viendo aquellos rostros férvidos que con esfuerzo reprimían el grito, aquellos hombres asidos de la baranda de los palcos, como jinete que enfrena á su corcel, aquellas mujeres animosas; á quienes venía el asiento estrecho, aquellos estandartes de seda blanca y oro que adornaban el escenario, con frases de Mc Glynn, con el retrato de Mc Glynn, con este lema: "la tierra es de la nación," con este otro: "¡con él hasta la muerte!"

A cada instante aquel vigor crecía. ¿Cuándo vendría el Padre, para darle el alma? Se oía ya uno ú otro grito, como aquellos edecanes veloces que al empezar la revista recorren la parada. Preocupados, no aplaudieron la luz. Por donde el entusiasmo se mostró primero fué por el aplauso, vivo y amoroso con que el teatro saludó la entrada de las jóvenes del coro, vestidas de blanco: ¡sólo el dolor de ver á nuestras mujeres indiferentes á las noblezas de espíritu, iguala al gozo, casi perfecto, de verlas padecer y conmoverse á nuestro lado! Empieza la sesión. El coro canta, canta con voces tímidas de nido, voces vírgenes. Preside, entre hurras, un hombre que cabe en un grano de anís, todo jiboso y muengo, pero que por venir á esta cruzada de los pobres perdió su puesto de lucro sin pesar. ¿Decir el rumor, el estremecimiento, la ola, cuando se puso en pie el coro en

la escena, mirando á la puerta por donde venía el Padre Mc Glynn? ¡Ni rey ni papa nunca, ni orador ni guerrero, oyeron estruendo de almas semejante! Era la libertad, que se vengaba de haber estado comprimida. Pretexto ó nombre no importan: ¡Era la libertad, atacada de nuevo y viva siempre! Los niños le iban sembrando el camino de rosas. El andaba de prisa. ¡Todo el mundo de pie, mujeres y hombres! Ondeaba la voz, tal como el mar. ¡Cuánta niña le lleva ramos de flores! Una mujer, vestida de negro cruza la escena, se arrodilla á sus pies y le besa la mano. No se nota que la aplaudan: ¡ya no se puede aplaudir más! Llorar sí: casi todos lloran. También llora él caído sobre un sillón, una mano á los ojos, otra sobre el muslo, como los hebreos cuando juraban. Lo rodean sus amigos, en aquella agonía del placer. Sigue ondeando la voz, tal como el mar! La mesa del orador es un monte de flores. Y para que las almas bajen sin dolor de aquella altura, el Presidente hace cantar al coro. "¡Por Dios, dice el Presidente, que Eduardo Mc Glynn es un cura bien excomulgado!"

Habló. habló después de otra tempestad de vítores, en que las mujeres, de pie en los asientos, agitaban sus pañuelos, y sombreros los hombres, y los niños banderas, y una anciana, vecina ya de la suprema luz, le tendía los dos brazos. De veras que aquel discurso irregular, impetuoso, desgarrador, violento, era una fiesta de la razón, no menos grande que aquel que se pronunció en la ruta de Worms bajo el título de Mæra. Abrió como majestad, castigó como

justicia, padeció como azotado, chismeó, denunció, acabó sereno. El es agigantado, membrudo, de rostro napoleónico, aunque amansado por la clerecía. Va enseñando el candor y el acometimiento. Engañarlo será más fácil que domarlo. El discurso lo arrastra cuando habla, sin lo cual figuraría, por la elegancia y poder de su lenguaje, entre los primeros oradores. No es lírica su oratoria, ni la tiene aun libre de los lugares comunes de la Iglesia: es como una fortaleza, tan bien trabada y segura, cuando la verba no le arrebata el pensamiento, que no es fácil hallar la juntura de las piedras. Comenzó su discurso lento y grave, con palabras que involuntariamente recordaban los martillazos con que clavó Lutero su tesis en la puerta de la iglesia de Witemberg.

"Católico como soy, por aquello mismo porque es roja mi sangre, yo os digo, católicos, que debéis obedecer siempre á vuestra conciencia, puesto que Dios no nos la pudo poner en las almas para que fuese desobedecida: antes que la misma ley revelada está la ley natural de la conciencia. La teología moral católica enseña que el que sigue á su conciencia, aun cuando sea errando, obedece la voluntad de Dios. A la sombra del Vaticano he aprendido que si el que se sienta en el Vaticano manda á un hombre hablar ú obrar contra su conciencia, manda contra el espíritu de Dios. Séquense nuestros miembros uno á uno antes que abjurar, mándelo quien lo mande, lo que nos dice nuestra razón ó ven los ojos. Cuanto pretende hablar en nombre de Dios ha de traer de la razón sus creden-

ciales. Contra la razón no puede haber verdad. Por quererla divorciar de la razón; por envilecerla en tratos temporales; por apetecer beneficios que no sientan á la túnica sagrada; por vender á trueque de poder ó ganancia mortal la libertad y conciencia de los fieles á príncipes y gobiernos enemigos; por atacar neciamente lo que la naturaleza enseña con su invencible pontificado; por deslucir la esencia amorosa de la cristiandad con los incontables abusos, errores, estulticias, crímenes, del gobierno eclesiástico romano, está la Iglesia sin crédito ni casa honrada, y no hay sátrapas más grotescos y escarnecidos que los curas en los pueblos católicos! ¡Oh, me han libertado! me han libertado!" A esto le respondían hurras frenéticos: Henry George el autor de la teoría sobre las contribuciones, por cuya defensa excomulga el Papa á Mc Glynn, saltó sobre sus pies y guiaba el arrebato.

Pero la pena del cura excomulgado, del cura de veintisiete años, se enroscaba á las alas del discurso. Los hombros eran fuertes, pero también la losa! Pintó con ingenua ternura la Iglesia del Nazareno; mas luego,—crecido de pronto con el decoro humano hollado en su persona, —como quien salta al cuello de un rufián, como quien lo sacude y lo acogota, denunció la política aleve, la intriga sutil, el gobierno fraudulento, las complicidades inicuas, la ambición tenebrosa, la naturaleza meramente humana del Pontificado. Ya era el aniquilado sacerdote què en el dolor de la agonía clava las uñas en la mano implacable que lo echa del cielo; ya el ciu-

dadano que halla acento altivo para declarar la dignidad de su conciencia; ya el teólogo honrado recordando á su pueblo que miente quien le diga, en lo callado de la confesión ó en lo solemne del altar, ó comminándolo con la excomunión, que peca contra Dios y la fe católica el que opina y da voto conforme á su propio juicio en las cosas del gobierno de la tierra. Aprenda su fe el católico decoroso que no quiera ser burlado por los falsos ministros! ¿Qué la fe es una librea? ¿Qué ser católico es ser esclavo? ¿Que no se sabe en qué tratos mundanos están siempre los palacios de los obispos? No hay cuadro más mísero que el de esos ciegos que andan por el mundo de rodillas, cogidos de la fimbria de una sotana como los brahmanes que se asen, para morir en la gracia, de la cola del buey sagrado.

Aquel era discurso sin cuartel. De lo alto de toda su estatura echaba el guante. "Enseñadle á Roma los dientes, si queréis obtener de ella justicia! ¡Qué saben de nuestros asuntos de gobierno civil esos italianos que condenan el libro de George, sin leerlo, porque alarma á los ricos con quienes viven confabulados, que excomulgan á un sacerdote desde Roma porque aboga por un cambio en el sistema de cobrar los tributos en los Estados Unidos? ¿Qué les pondremos nuestra patria á los pies? ¡Sed católicos, pero hasta el instante en que para serlo tengáis que ser traidores á la patria! Ved lo que hace el Papa con los católicos de Irlanda, los más leales acaso del mundo: ¡venderlos á cambio de influjo político. al gobierno protestante de Ingla-

terra! Ved lo que hace el Papa con los católicos alemanes que lo defendieron como leones en el Parlamento: ¡abandonarlos, censurarlos, venderlos, á cambio de apoyo para el poder temporal, al gobierno protestante de Alemania!—Y decía sin respeto el nombre de León XIII, y apayasaba los dulcísimos apellidos de monseñores y eminencias; y provocaba sobre ellos silbidos, gruñidos, befa, toda especie de escarnecimiento, del auditorio que lo seguía subyugado.

Luego, como quien desahoga el corazón, bajó á la historia de su conflicto con el Arzobispo; de su insistencia en mantener aparte el Estado y el templo; de su santo pecado, hace cuatro años, cuando habló fuera del púlpito en pro de la tierra de sus padres, de Irlanda; de la envidia con que los curas de la ciudad miraban su iglesia, adornada de nuevo, siempre con fieles y rosas, siempre abierta; de la inmoral servidumbre, del atentado político desde el confesonario y el altar, del abuso de almas que, como condición del beneficio, exige el Arzobispo á los párrocos de su diócesis; del mentidero de la sobremesa arzobispal. Mármol de anatomía eran aquellos párrafos. A pedazos salían de ellos vicarios y obispos.

"Pero cómo los he de pintar, si así son, si de esos chismes viven, si por esas lentejas venden perpetuamente á Jesús, si odian la libertad sagrada al hombre, si me han robado mis niños y mis viejos, que yo asilaba con vuestra ayuda en la casa limpia que les compramos junto al mar;

si son hombres secos, fosilizados, comidos de gusanos?''

Y se le retorcía en los labios el discurso. Hablaba así por no llorar: sin rienda ó tasa hablaba. Quien ha visto condenados á muerte, sabe que poco antes de morir, como moría él para su iglesia, les viene esa volubilidad inagotable y dolorosa: la vida, como soldados sin esperanza que asaltan una fortaleza, se les agolpa al cerebro: las palabras á medioacabar, les salen á borbotones: es una luz de incendio. Cuando acababa de desnudar á algún bribón, de enseñar bien una de esas cabezas de marfil de las sacristías, de llamar ''bufón viejo'' al cura indigno que le acusa de querer tomar esposa, ''cuando él no quiere más esposa que la Iglesia, sacudía hacia adelante la cabeza con gestos enérgicos, como clavando con la barba en su adversario lo que acababa de decir; tal cual el indio que mira satisfecho, pegados á los hijares del caballo, los talones desnudos, altivo y sonriente, cuán bien va á la puntería su lanza. Pero el discurso en estos arranques de disimulada pena se le torcía y salía de su madre; y volvía sobre un cargo ó argumento una y otra vez, como el juglar que en pleno circo, perdidas las fuerzas, siente crecer sobre sus hombros el globo de hierro con que juega, y lo echa sin cesar de un hombro á otro, para entretener el exceso de dolor con la novedad de la postura.

''¡Excomulgado! No tiene terrores para el que conoce á Dios, el abuso que hacen de él los que lo desfiguran! ¿Quiénes me excomulgan? ¿esos que pasaban las horas en el silencio vipe-

rino de las antesalas, murmurando porque yo había dejado acercar á la reja de comunión una pobre trabajadora cargada con un fardo? ¡ésos, que me prohiben hablar en pró de George, cuya teoría de contribuciones juzgo buena, y mandan á todos los párrocos de la diócesis que hablen con la casulla puesta, contra George, y rehusan la comunión á los que le dan su voto? ¡Esos, que nos niegan á los párrocos el derecho de expresar opinión política que no sea la que nos manden que expresemos, cuando ellos viven hundidos hasta la tirilla en manejos políticos, cuando el Arzobispo es el aliado público de la menos respetable de las asociaciones políticas de New York, cuando á mí mismo me ha enviado el Arzobispo á Washington á pedir un empleo para uno de sus favorecidos, cuando están moviendo desde hace cinco años cielo y tierra porque les reciba el Gobierno un nuncio en Washington, un nuncio que ate en tratos y convenios la Iglesia que debe ser libre, en pago de cuyo atentado contra la Iglesia y la República en América le tienen empeñada palabra á un Obispo alemán de hacerlo Arzobispo?''

¡Parecía, entre aquellos desesperados ataques, que llovían sobre la escena máscaras y huesos!

Pero cómo no había de volver al cura afligído la paz de la palabra aquella continua ovación, aquellos aplausos que parecían juramentos y caricias, aquellas fieras protestas de fidelidad que como saeta cruzaban el teatro? Con el puño levantado acentuaban las palabras. Los hombres, como para acercarse más á él, se habían

puesto en pie. Las mujeres, ansiosas y erguidas, ondeaban sus pañuelos, con aquel mismo gesto con que enjugó la Verónica el sudor de Cristo. Del cura expulso fué poco á poco emergiendo el hombre; y la palabra, conforme entraba en las ideas mayores, adquiría aquella heroica sencillez que levanta de súbito al que escucha, como si viera nacer torres del suelo, ó á tajo señorial escalar el aire al águila.

"¿Sabéis por qué me han excomulgado? Porque yo quiero que la Iglesia se gobierne en bien de los pobres, y no contra ellos en bien exclusivo de la Iglesia; porque no me siento á las mesas de tráfico donde se ríe en secreto de la fe que en los altares se promulga; porque amo mi fe, pero no tanto que por obedecer á los que la falsean, desobedezca yo el mandato augusto que trae á la vida el ciudadano de una República; porque no quiero consentir, ni por mi patria ni por mi religión, en que so pretexto de religión, roa una curia codiciosa las libertades de mi patria! ¿Os dicen que yo trabajo contra la Iglesia? Sí: en la única parroquia amada y popular de New York he trabajado veintisiete años, á vuestra cabecera y entre vuestros hijos, para que no engañen á mi pueblo; para que no prospere por métodos corruptores una jerarquía eclesiástica egoísta; para que el clero viva en aquella nobleza y santidad de los siglos en que la Iglesia pobre admiró y sedujo al mundo; para que no hagan el catolicismo abominable por su odio á la libertad y su avaricia; para que no levanten la cólera de la nación hurtando del Tesoro, acumulado por el óbolo de todas las sec-

tas, sumas enormes destinadas á pagar las instituciones superfluas y las escuelas ciegas de una secta sola; para que no nos quiebren desde el nacer el carácter con un sistema de serviles escuelas de parroquia, donde clérigos ignorantes y abyectos, en vez de alas pondrán al niño vendas; para que no nos minen, como nos quieren minar, nuestro amplio y glorioso sistema de enseñanza pública, donde el hebreo aprende sin odio al lado del cristiano!"

"¿Sabéis por qué me han excomulgado? Porque he visto que la distribución injusta de la riqueza, que la Iglesia debiera corregir en vez de aprovechar, tiene ya amontonada mucha cólera en el pecho de los hombres; porque creo que, en el riesgo de este encuentro bárbaro peca contra Dios el que en vez de evitar la obra de muerte con una distribución más justa, la atrae con su descaro y la provoca; porque creo honradamente que el sistema de cobrar los tributos todos sobre la tierra acercará las fortunas, pondrá en circulación un gran caudal de riqueza estancada, criará á los hombres sin ira ni miseria, en hogar propio, y evitará el levantamiento más hondo y temible que haya visto el mundo; porque el Papa me ha mandado que peque contra mi conciencia, que jure el nombre de Dios en vano, que niegue lo que creo; y porque, aunque me quemen vivo, no lo niego!"

¿Se ha visto al huracán arrebatar, arremolinar, lanzar al cielo, desmenuzar las olas? Pues así, en un vítor que todavía no cesa, que repitió la calle, que la nación repite, rompieron á esta declaración aquellas almas. "¡Y si os amenazan

—decía—sobre el aplauso la voz tonante—si os amenazan con rehusaros los sacramentos porque os negáis á abjurar la verdad en que honradamente créeis, negaos á recibir los sacramentos!" —"¡Tú nos guías!" "¡Contigo hasta la muerte!" "¡Tú eres nuestro Papa!" lo abrazaban de lejos; las madres ponían en alto á sus hijos, para que aplaudiesen: hacían los hombres con los brazos, al ir saliendo Mc Glynn del escenario, el movimiento de quien saluda con ramos de palmas.—De esta manera, seguido de ciudades, comienza su campaña el que, si no alcanza á purificar la Iglesia católica, ó á conciliarla con la República, habrá sido al menos uno de los salvadores de la libertad.

COMO SE CREA UN PUEBLO NUEVO EN LOS ESTADOS UNIDOS

UNA CIUDAD DE DIEZ MIL ALMAS EN SEIS HORAS.
UN INCENDIO EN NEW-YORK,
Y UN DOMINGO DE PASCUAS.—EL PASEO DE LOS RICOS.
EL PASEO DE LOS NEGROS.

COLONIZACION SUBITA DE LAS TIERRAS LIBRES

LA INVASIÓN DE LOS COLONOS EN OKLAHOMA.
CUARENTA MIL COLONOS INVADEN Á OKLAHOMA Á LA VEZ.
LA TIERRA DE LA LECHE Y LA MIEL.
EL SEMINOBLE OSSCOLA.
RIVALIDAD DE LOS GANADEROS Y LOS AGRICULTORES.—VENCEN LOS AGRICULTORES.

LA PEREGRINACION Y LA ENTRADA

MILES DE CARROS.—CUADRILLAS DE GINETES.
LOS PUEBLOS VECINOS.—LA NOCHE EN EL CAMINO.—MUERTOS.
TEMPESTAD.
EL DOMINGO DE LAS VÍSPERAS.—CUADRILLAS DE MUJERES.
MUJERES SOLAS.—LOS VETERANOS.
EL SACERDOTE IMPROVISADO.
EL COMBATE CON LOS INTRUSOS. ELLA DLACKBURNE, LA BONITA
LA PERIODISTA,
NANNITTA DAISY.—LA HORA DE LA INVASIÓN.
DESBORDE POR LAS CUATRO FRONTERAS.
CARROS Á ESCAPE Y CABALLOS EN MASA. PIE Á TIERRA Y POSESIÓN
EL ESPECTÁCULO MAGNÍFICO.
CÓMO SE CREÓ LA CIUDAD.—LA OFICINA DE RECISTRO.
EL PRIMER TREN QUE LLEGA.—TRAICIÓN Y DESCONSUELO.
¿QUIÉN TRAZÓ LA CIUDAD?
TIENDAS, HOTELES, ANUNCIOS.—EL BANCO.
EL PRIMER PERIÓDICO.
LA PRIMERA ELECCIÓN.—LA NOCHE EN EL DESIERTO.

New-York, 25 de Abril de 1889.

Señor Director de La Opinión Pública.

Montevideo.

Todo lo olvidó New York en un instante. ¡Muere el Administrador de Correos tanto de enfermedad como de pena, porque su propio partido republicano le quita el empleo que ganó palmo á palmo, desde la cachucha hasta la poltrona, para dárselo á un busca votos de barba larga, que se pasa la vida convidando á cerveza y allegándose los padres de barrio? ¿Se niega el Ayuntamiento á extender las vías del ferrocarril aéreo, que afean la ciudad, y la tienen llena de humo y susto? ¿Se ha puesto de moda una corbata nacional, con los tres colores del pabellón, y con las puntas tiesas á los hombros? ¿Están las calles que no se puede andar por ellas, de tanta viga por tierra y estrado á medio hacer, y el aire azul, blanco y ojo, y de calicó y muselina, porque las banderas del centenario no dejan ver el cielo? ¿Se pagan á diez pesos los asientos para ver pasar la procesión, á ciento cincuenta una ventana, á mil un palco en el teatro del gran baile? ¿Se ha trabajado el Viernes Santo como todos los demás días, sin que la santidad se viera más que en la hermosura primaveral, que se bebe en el aire, y les centellea á las mujeres en los ojos?

Todo lo olvida New York en un instante. Un fuego digno del centenario consume los graneros del Ferrocarril Central. El río, inútil, corre á sus pies. Las bombas, vencidas, bufan, echan chispas. Seis manzanas arden, y las llamas negruzcas, carmesíes, amarillas, rojas, se muerden, se abrazan, se alzan en trombas y remolinos dentro de la cáscara de las paredes, como una tempestad en el sol. Por millas cunde la luz, y platea las torres de las iglesias, calca las sombras sobre el pavimento con limpieza de encaje, cae en la fachada de una escuela sobre el letrero que dice: "Niñas." Muda la multitud, la multitud de cincuenta mil espectadores, ve hervir el mar de fuego con emociones romanas. —De la refinería de manteca, con sus millares de barriles en el sótano, y sus tanques de vil aceite de algodón, sale el humo negro. Del granero mayor, que tocaba á las nubes, chorrean las llamas, derrúmbase mujiendo el techo roído, cae el asbestos en ascuas, y el hierro en virutas, flamea, entre los cuatro muros, la manzana de fuego. De los muelles salta al río el petróleo encendido, que circunda al vapor que huye, seguido por las llamas. El atrevido que se acerca, del brazo de un bombero, no tiene oídos para los comentarios,—la imprudencia de permitir semejante foco de peligro en el corazón de la ciudad, la pérdida que llega á tres millones, la magnificencia del espectáculo, más bello que el del incendio de Chicago, la majestad del anfiteatro humano, con caras como de marfil, que lo contempla;—el susurro del fuego es lo que se oye, un susurro como de vendabal; y el corazón

se aprieta con el dolor solemne del hombre ante lo que se destruye. Un monte está en ruinas, ya negras, con grietas centelleantes, de las que sale el humo en rizos. Otro monte está en llamas, y se tiende por sobre la ciudad un humo dorado. A la mañana siguiente contemplaba en silencio el cascajo encendido la muchedumbre tenebrosa que acude siempre á ver lo que perece,—mozos fétidos, con los labios manchados de tabaco; obreras jóvenes, vestidas de seda mugrienta y terciopelo; muchachos descalzos, en el gabán del padre; vagabundos de nariz negra, con el sombrero sin ala, y los zapatos sujetos con cordeles. Se abre paso el gerente de una compañía de seguros, con las manos quemadas.

* * *

De trajes vistosos era el río un día después y masa humana la Quinta Avenida, en el paseo de Domingo de Pascuas. El millonario se deja en calma pisar los talones por el tendero judío: leguas cubre la gente, que va toda de estreno, los hombres de corbata lila y clavel rojo, de gabán claro y sombrero que chispea, las mujeres con toda la gloria y pasamanería, vestidas con la chaqueta graciosa del Directorio de botones como ruedas y adornos de cachemira, cuando no de oro y plata. Perla y verde son los colores en boga, con gorros como de húsar, ó sombreros á que sólo las conchas hacen falta, para ir bien con la capa peregrina. A la una se junta con el de las aceras, el gentío de seda y flores que cantaba los himnos en las iglesias protestantes, y oía en la catedral la misa de Cherubini. Ya es

ahogo el paseo, y los coches se llevan á las jóvenes desmayadas. Los vestidos cargados van levantando envidias, saludando á medias á los trajes lisos, ostentando su precio. Sobre los guantes llevan brazaletes, y á la cintura, cadenas de plata, con muchos pomos y dijes. Se ve que va desapareciendo el ojo azul, y que el ojo hebreo invade. Abunda la mujer gruesa. Hay pocas altas.

Pero en la avenida de al lado es donde se alegra el corazón, en la Sexta Avenida: ¿qué importa que los galanes lleven un poco exagerada la elegancia, los botines de charol con polaina amarilla, los cuadros del pantalón como para jugar el ajedrez, el chaqué muy ceñido por la cintura y con las solapas como hojas de flor, y el guante sacando los dedos colorados por entre la solapa y el chaleco? ¿qué importa que á sus mujeres les parezca poca toda la riqueza de la tienda, y carguen túnica morada sobre saya roja, ó traje violeta y mantón negro y amarillo? Los padres de estos petimetres y maravillosas, de estos mozos que se dan con el sombrero en la cintura para saludar y de estas beldades de labios gruesos de cara negra, de pelo lanudo, eran los que hace veinticinco años, con la cotonada tinta en sangre y la piel cebreada por los latigazos, sembraban á la vez en la tierra el arroz y las lágrimas, y llenaban temblando los cestos de algodón. Miles de negros prósperos viven en los alrededores de la Sexta Avenida. Aman sin miedo; levantan familias y fortunas; debaten y publican; cambia su tipo físico con el cambio del alma: da gusto ver cómo saludan

á sus viejos, como llevan los viejos la barba y la levita, con qué extremos de cortesía se despiden en las esquinas las enamoradas y los galalanes: comentan el sermón de su pastor, los sucesos de la logia, las ganancias de sus abogados, el triunfo del estudiante negro, á quien acaba de dar primer premio la Escuela de Medicina: todos los sombreros se levantan á la vez, al aparecer un coche rico, para saludar á uno de sus médicos que pasa.

Y á esa misma hora, en las llanuras desiertas, los colonos ávidos de la tierra india, esperando el medio día del lunes para invadir la nueva Canaan, la morada antigua del pobre Seminole, el país de la leche y de la miel, limpian sus rifles, oran ó alborotan, y no se oye en aquella frontera viva, sujeta sólo por la tropa vigilante, más que el grito de saludo del miserable que empieza á ser dueño, del especulador que ve espumas de oro, del pícaro que saca su ganancia del vicio y de la muerte. ¿Quién llegará primero? ¿Quién pondrá la primera estaca en los solares de la calle principal? ¿Quién tomará posesión con los tacones de su bota de los rincones fértiles? Leguas de carros; turbas de jinetes; descargas á cielo abierto; cantos y rogativas; tabernas y casas de poliandria; un ataúd, y detrás una mujer y un niño; por los cuatro confines rodean la tierra libre los colonos; se oye como un alarido: "Oklahoma! Oklahoma!"

* * *

Ya campea por fin el blanco invasor en la tierra que se quedó como sin alma cuando mu-

rió en su traje de pelear y con el cuchillo sobre el pecho el que "no tuvo corazón para matar como á oso ó como á lobo al blanco que como oso y lobo se le vino encima, con amistad en una mano, y una culebra en la otra," el Osseola del cinturón de cuentas y el gorro de tres plumas, que se los puso por su mano en la hora de morir, después de pintarse media cara de rojo y de desenvainar el cuchillo. Los Seminoles vendieron la tierra al "Padre Grande" de Washington, para que la vinieran otros indios á vivir ó negros libres. Ni indios ni negros la vivieron nunca, sino los ganaderos que tendían cercas por ella, como si la tierra fuese suya, y los colonos que la querían para sembrados y habitación, y no "para que engorden con oro puro esos reyes del mundo que tienen amigos en Washington." La sangre de las disputas corrió muchas veces donde había corrido antes la de las cacerías: desalojó la tropa federal á los intrusos ganaderos ó colonos: al fin proclamó pública la tierra el Presidente y señaló el 22 de Abril para su ocupación: ¡entren todos á la vez! ¡el que clave primero la estaca, ese posea el campo! ¡ciento sesenta acres por la ley al que primero llegue! Y después de diez años de fatiga, los ferrocarriles, los especuladores, los que quieren "crecer con el país," los que han hallado ingrata la tierra de Kansas ó Kentucky, los que anhelan echar al fin el ancla en la vida, para no tener que vivir en el carro ambulante, de miseria un día y de limosna otra, se han venido juntando en los alrededores de esta comarca en que muchos habían vivido ya, y levantado á es-

condidas crías y siembras, donde ya tenía escogida la ambición el mejor sitio para las ciudades, donde no había más huellas de hombre que las cenizas de las cabañas de los pobladores intrusos, los rieles del ferrocarril, y la estación roja.

Se llenaron los pueblos solitarios de las cercanías; caballos y carretas comenzaron á subir de precio; caras bronceadas, de ojo turbio y dañino, aparecieron donde jamás se las vió antes; había juntas en la sombra, para jurarse ayuda, para jurar muerte al rival; por los cuatro confines fué bajando la gente, apretada, callada, con los caballos, con las carretas, con las tiendas, con el rifle al hombro y la mujer detrás, sobre el millón de acres libres que guardaba de los invasores la caballería. Sólo podían entrar en la comarca los delegados del Juez de Paz nombrado por el Presidente, ó aquellos á quienes la tropa diera permiso: gente del ferrocarril para trabajos de la línea, un periodista para ir echando la planta de su imprenta, un posadero para tener preparado el lugar, ó los empleados del Registro, adonde la muchedumbre ansiosa ha de inscribir por turno riguroso su intención de ocupar una sección de los terrenos libres. Pero dicen por las cercanías que entran muchos delegados, que el ferrocarril está escondiendo gente en los matorrales, que la tropa ha dado permisos á posaderos que no tienen posada, que los ferrocarrileros se han entendido con la gente oficial, y no va á quedar en Guthrie, en la estación roja, una manzana sin amo cuando se abra la tierra á la hora de la ley.

Bajan de los caminos más remotos, pueblos de inmigrantes, en montones, en hileras, en cabalgatas, en nubes. De entre cuatro masas vivas, sin más valla que las ancas de la tropa montada, se levanta la tierra silenciosa, nueva, verde, con sus yerbales y sus cerros. Por entre las ancas miran ojos que arden. Así se ha poblado acá la soledad, y se ha levantado la maravilla de los Estados Unidos.

Y en los días cercanos al de la entrada libre, como cuando se muda una nación, eran campamento en marcha las leguas del contorno, sin miedo al sol ni á la noche, ni á la muerte, ni á la lluvia. De los bordes de la tierra famosa han ido echando sobre ella ferrocarriles, y se han erguido en sus fronteras poblaciones rivales, última estación de las caravanas que vienen de lejos; de las cuadrillas de jinetes que traen en los dientes la baraja, la pistola al disparar, y la bribona á la grupa; de las romerías de soldados licenciados, de campesinos, de viejos, de viudas.

Arkansas City ha arrancado los toldos de sus casas para hacer literas á los inmigrantes, tiene mellados los serruchos de tanto cortar bancos y mesas de primera hora, no encuentra leche que vender á las peregrinas que salen á buscarla del carro donde el marido cuida los enseres de la felicidad,—la tienda, la estufa, el arado, las estacas que han de decir que ellos llegaron primero, y nadie les toque su terruño; setenta y cinco wagones tiene Arkansas City entre cercas para llevar á Guthrie el gentío que bulle en las calles, pide limosna, echa el licor por los

ojos, hace compras para revender, calcula la ganancia en los cambios de mano de la tierra. En otra población, en Oklahoma City, se vende ya á dos pesos el acre que aún no se tiene, contando con que va por delante el jinete que lo ha de ocupar, el jinete ágil y asesino. En Purcell la noche es día, no hay hombre sin mujer, andan sueltos mil vaqueros tejanos, se oyen pistoletazos y carcajadas roncas: ¡ah, si esos casadotes de las carretas se les ponen en el camino! ¡para el que tenga el mejor rifle ha de ser la mejor tierra! "¡Si me ponen un niño delante, Enriqueta, te lo traigo de beefsteak!" y duermen sobre sus náuseas.

Y van pasando, pasando para las fronteras, los pueblos en muda, los pueblos de carros. Se les cansa el caballo, y empujan la rueda. No puede el hombre solo, y la mujer se pone á la otra. Se le dobla la rodilla al animal, y el hijo hombrón, con el cinto lleno de cuchillos, lo acaricia y lo besa. Los días acaban, y no la romería. Ahora son mil veteranos sin mujeres, que van con carros buenos, "á buscar tierra." Cien hombres ahora, con un negro á la cabeza, que va á pie, solo. Ahora un grupo de jinetes alquilones, de bota y camisa azul, con cuatro revólvers á la cintura y en al arzón el rifle de Winchester, escupiendo en la divinidad y pasándose el frasco. Por allí vienen cien más, y una mujer á caballo que los guía. Ahí pasa el carro de la pobre Dickinson, que trae dentro sus tres hijas, y dos rifles. Muchos carros llevan en el toldo este letrero: "Tierra ó muerte." Uno, del que por todas partes salen botas, como de hom-

bres tendidos en el interior, lleva éste: "Hay muchos imbéciles como nosotros."

Va cubierta de polvo, con azadas al hombro, una cuadrilla que obedece á un hombre alto y chupado, que está en todas partes á la vez, y anda á saltos y á voces, con el sombrero á la nuca, tres pelos en la barba y dos llamas en los ojos, sin color seguro la blusa, y los calzones hechos de una bandera americana, metidos en las botas. Otros vienen á escape, con dos muertos en el arzón, dos hermanos que se han matado á cuchilladas, en disputa sobre quién tenía mejor derecho al "título" que han escogido ya, "donde nadie lo sabe." Allá baja la gran romería, la de los "colonos viejos" que se han estado metiendo por el país estos diez años, y traen por jefe al que les sacó en Washington la ley, con su voz de capitán, sus espaldas de mundo, y sus seis pies de alto: la tropa marcha delante, porque son mil, decididos á sacar de la garganta á quien se les oponga la tierra que miran como suya, adonde han vuelto cuando los echó la caballería, adonde tienen ya clavadas las estacas. Se cierra de pronto el cielo, la lluvia cae á torrentes, el vendabal vuelca los carros y les arranca los toldos, los caballos espantados echan á los jinetes por tierra. Cuando el temporal se serena, pasa un hotel entero, de tiendas y sillas plegadizas; pasa la prensa para el periódico; pasa un carro, cargado de ataúdes.

¡Un día nada más, ya sólo un día falta! De Purcell y de Arkansas llegan noticias de la mala gente; de que un vaquero amaneció clavado con un cuchillo á la mesa de la taberna; de que

se venden á precios locos los ponis de correr, para la hora de la entrada; de que son muchas las ligas de los especuladores con los pícaros, ó de los pícaros entre sí, para defender juntos la tierra que les quiten á los que lleguen primero, que no tendrán más defensa que la que quepa en una canana: de que unos treinta intrusos vadearon el río, se entraron por el bosque, se rindieron, uno sin brazo, otro sin quijada, otros arrastrándose con el vientre roto, al escuadrón que fué á echarlos de su parapeto, donde salió con el pañuelo de paz un mozo al que no se le veía de la sangre, la cara. Pero los caballos pastan tranquilos por esta parte de la frontera, donde está lo mejor de la invasión y la gente anda en grupos de domingo, grupos de millas, grupos de leguas, por donde un anciano de barba como leche, llama con un cencerro á los oficios, desde la caja de jabón de que ha hecho púlpito; ó donde los veteranos cuentan cómo ayer, al ver la tierra, se echaron á llorar y se abrazaron, y cantaron, y dispararon sus rifles; ó en el corro que oye de cuclillas, con la barba en las palmas, lo que les dice la negra vieja, la tía Cloc, que ya tuvo gallinas y perro en Oklahoma, antes de que los soldados la echarán, y ahora vuelve á aquel "país del Señor, á ver si encuentra sus gallinas" ó en el corro de mujeres, que han venido solas, como los hombres, á "tomar tierra" para sí, ó á especular con las que compren á otros, como Polly Young, la viuda bonita, que lo hizo ya en Kansas, ó á repartirse en compañía las que, ayudándose del caballo y del rifle, logren alcanzar, como las nueve juramen-

tadas de Kentucky; ó á vivir en su monte, como Nellie Bruce, que se quedó sola con sus pollos entre los árboles, cuando le echaron al padre los soldados, y le quemaron la casa que el padre le hizo para que enseñara escuela; ó á ver quién le ha quitado "la bandera que dejó allí con un letrero que dice: "Esto es de Nanitta Daisy, que sabe latín, y tiene dos medallas como tiradora de rifle: "¡cuidado!" Y cuando Nanitta saca las medallas, monta en pelo sin freno ni jáquima, se baja por la cabeza lo mismo que por la grupa, enseña su revólver de cabo de márfil, recuerda cuando le dió las bofetadas al juez que le quiso dar un beso, cuenta de cuando fué maestra, candidato al puesto de bibliotecario de Kansas; y periodista en Washington, óyense á la vez, por un recodo del camino, un chasquido de látigo y una voz fina y virgen: "¡Ehoe! ¡Hurrah!" "¡Aquí venimos nosotras, con túnica de calicó y gorro de teja!" "¡Ehoe! ¡Hurrah!" "¡Tomay Barny se llevó á la mujer de Judas Silo!" "¡Aquí está Ella Blackburn, la bonita, sin más hombre que estos dos, de gatillo y cañón, y sus tres hermanas!"

Y á las doce, al otro día, todo el mundo en pie, todo el mundo en silencio, cuarenta mil seres humanos en silencio. Los de á caballo, tendidos sobre el cuello. Los de carro, de pie en el pescante, cogidas las riendas. Los de animales infelices, atrás, para que no los atropellen. Se oye el latigazo con que el caballo espanta la mariposa que le molesta. Suena el clarín, se plega la caballería, y por los cuatro confines á la vez se derrama, estribo á estribo, rueda á rue-

da, sin injuriarse, sin hablarse, con los ojos fijos en el cielo seco, aquel torrente de hombres. Por Tejas, los jinetes desbocados, disparando los rifles, de pie sobre los estribos, vitoreando con frenesí, azotando el caballo con los sombreros. De enfrente los ponies, los ponies de Purcell, pegados anca á anca, sin ceder uno el puesto, sin sacarse una cabeza. De Kansas, á escape, los carros poderosos, rebotados y tronando, mordiéndole la cola á los jinetes. Páranse, desuncen los caballos, dejan el carro con la mujer, ensillan, y de un salto le sacan á los jinetes la delantera. Riéganse por el valle.

Se pierden detrás de los cerros, reaparecen, se vuelven á perder, echan pie á tierra tres á un tiempo sobre el mismo acre, y se encaran, con muerte en los ojos. Otro enfrena de súbito su animal, se apea, y clava en el suelo su cuchillo. Los carros van parándose, y vaciando en la pradera, donde el padre pone las estacas, la carga escondida, la mujer y los hijos. No bajan, se descuelgan. Se revuelcan los hijos en el yerbal, los caballos relinchan y enroscan la cola, la madre da voces de un lado para otro, con los brazos en alto. No se quiere ir de un acre el que vino después; y el rival le descarga en la cara el fusil, sigue estacando, da con el pie al muerto que cae en la línea. No se ven los de á caballo, dispersos por el horizonte. Sigue entrando el torrente.

En Guthrie está la estación del ferrocarril, las tiendas de la tropa, la Oficina de Registro, con la bandera en el tope. Guthrie va á ser la ciudad principal. A Guthrie va todo Arkansas y

todo Purcell. Los hombres, como adementados, se echaron sobre los wagones, se disputaron puestos á puñetazos y mordidas, tiraban las mochilas y maletas para llegar primero, hicieron en el techo el viaje. Sale entre vítores el primer tren: y el carro primero es el de los periódicos. Pocos hablan. Los ojos crecen. Pasa un venado, y los del tren lo acribillan á tiros. "¡En Oklahoma!" dice una voz, y salen á la plataforma á disparar, disparan por las ventanillas, descargan las pistolas á sus pies, vociferan, de pie en los asientos.

Llegan: se echan por las ventanas: ruedan unos sobre los otros: caen juntos hombres y mujeres: ¡á la oficina, á tomar turno! ¡al campo, á tomar posesión! Pero los primeros en llegar hallan con asombro la ciudad medida, trazada, ocupada, cien inscripciones en la oficina, hombres que desbrozan la tierra, con el rifle á la espalda y el puñal al cinto. Corre el grito de traición. ¡La tropa ha engañado! ¡La tropa ha permitido que se escondiesen sus amigos en los matorrales! ¡Estos son los delegados del juez, que no pueden tomar tierra, y la han tomado! "De debajo de la tierra empezó á salir la gente á las doce en punto," dicen en la oficina. ¡A lo que queda! ¡Unos traen un letrero que dice: "Banco de Guthrie," y lo clavan á dos millas de la estación, cuando venían á clavarlo en frente. Otro se echa de bruces sobre un lote, para ocuparlo con mejor derecho que el que solo está de pie sobre él. Uno vende en cinco pesos un lote de esquina. ¿Pero cómo, en veinticinco minutos, hay esquinas, hay avenidas, hay ca-

lles, hay plazas? Se susurra, se sabe: hubo traición. Los favorecidos, los del matorral, los que "salieron de debajo de la tierra," los que entraron so capa de delegado del juez y empleados del ferrocarril, celebraron su junta á las diez, cuando no había por la ley tierra donde juntarse, y demarcaron la ciudad, trazaron las calles y solares, se repartieron las primicias de los lotes, cubrieron á las dos en punto el libro de Registros con sus inscripciones privilegiadas. Los abogados de levita y revólver, andan solicitando pleitos. "¿Para qué, para que se queden los abogados con la tierra?"

Los banqueros van ofreciendo anticipos á los ocupantes con hipoteca de su posesión. Vienen los de la pradera, en el caballo que se cae de rodillas, á declarar su título. En hilera, de dos en dos, se apiñan á la puerta los que se inscriben, antes de salir, para que conste su demanda y sea suya una de las secciones libres. Ese es un modo de obtener la tierra, y otro, el más seguro y expuesto, es ocuparla, dar prenda de ocupación, estacar, desbrozar, cercar, plantar el carro y la tienda. "¡Al banco de Oklahoma!" dice en una tienda grande. "¡Al primer hotel de Guthrie!" "¡Aquí se venden rifles!" "¡Agua, á real el vaso!" "¡Pan, á peso la libra!" Tiendas por todas partes, con banderolas, con letreros, con mesas de jugar, con "banjos" y violines á la puerta. "¡El Herald de Oklahoma" con la cita para las elecciones del Ayuntamiento! "A las cuatro es la junta, y asisten diez mil hombres. A las cinco, el Herald de Oklahoma da un alcance, con la lista de los electos.

Pasean por la multitud los hombres-anuncios, con nombres de carpinteros, de ferreteros, de agrimensores á la espalda. En el piso no se ve la tierra, de las tarjetas de anuncios. Cuando cierra la noche, la estación roja del ferrocarril es una ciudad viva. Cuarenta mil criaturas duermen en el desierto. Un rumor, como de oleaje, viene de la pradera.

Las sombras negras de los que pasan se dibujan, al resplandor de los fuegos, en las tiendas. En la oficina de registrar, no se apaga la luz. Resuena toda la noche el golpe del martillo.

EL GRAN MONUMENTO DE LOS PEREGRINOS Y LOS CRISTOS QUE HAN APARECIDO EN EL SUR

EL MONUMENTO

HISTORIA DE PLIMOUTH, Y DEL MONUMENTO.
LOS PEREGRINOS DE LA "FLOR DE MAYO".—LA FE Y LA TOLERANCIA RELIGIOSA.
LOS RECUERDOS DE LA BAHÍA. — REMINISCENCIAS DE HACE CUATRO SIGLOS.
LOS INDIOS Y LAS FIESTAS DEL MONUMENTO.
LA POESÍA DE LA CEREMONIA.

UN DISCURSO INDIO

LOS INDIOS EN LOS ESTADOS UNIDOS.
LOS LIONX VENDEN SU ULTIMA TIERRA.
UN DISCURSO DE NUBE-ROJA.

LOS DOS CRISTOS

UN BLANCO Y OTRO NEGRO.
ORTH, EL JESUS.
LO SIGUEN LAS POBLACIONES. — LA TIERRA DE CANAAN.
LA DISPUTA CON LOS JUECES.—EL CRISTO NEGRO:
JAMES, EL DESNUDO.

New-York, 20 de Agosto de 1889.

Señor Director de EL PARTIDO LIBERAL:

Ni de las intrusiones de la política norteamericana en Haití; ni de las tres viudas del prestidigitador Irving Bishop; ni de la pelea de los electricistas contra el Brown que ha puesto á la electricidad de verdugo; ni de lo que adelanta el iracundo Foralher entre los republicanos, y el pensamiento de Cleveland en la masa del país, iban hablando el primero de Agosto los descendientes de los peregrinos de la "Flor de Mayo," sino de la lástima de que les tocase mañana tan lluviosa para dedicar, con la oratoria de Breekinridge y la poesía de Boyle O'Reilly, el monumento de granito que al cabo de veinticinco años de fatigas, de peticiones, de regalos, de colectas, de limosnas, ha logrado levantar la Sociedad de los Peregrinos en memoria de aquellos bravos de bota y alabarda que se arrodillaron en la limpieza de la nieve á dar gracias á Dios, el 22 de Diciembre de 1620, porque en la catedral azul del cielo podían creer como les dictaba la conciencia, con el amparo del mar de Plymouth, á la música de los pinos. De todos los Estados fué gente de honor á la ciudad, que tiene lejos, por donde no se las sospeche sus telares y factorías, para que no vea el visitante más que las casas señoriales, cercadas

de álamos, donde viven, en arrogante soledad, los que aun llevan en los ojos aguileños, en la espalda cuadrada, en la mano ponderosa, en el pie fuerte, marcas de aquellos á quienes no les fué obstáculo el saber de los libros ni la elegancia de las costumbres para echarse, mujeres y hombres, á la mar revuelta, en busca de una playa donde tuviera asilo seguro, so capa de libertad religiosa, la que bajo ella les daba alientos para arrostrar la muerte, la libertad política. Bien lo dijo el poeta de la fiesta: "¡Aquí empezó el reinado de los hombres!"

Ya no es Plymouth el caserón de troncos donde se albergaron los Peregrinos con sus Priscillas y sus pequeñuelos, que eran cien por todos, y tan bravos que no se les encogió el corazón cuando los fríos les dejaron en la mitad, sino que los cincuenta siguieron derribando pinos y defendiendo el pueblo, hasta que tuvieron la tierra de los alrededores repartida, y los solteros viviendo como de la casa con los matrimonios, que eran diecinueve con su casa de tablones para cada uno, en dos calles que hacían cruz, y en el mismo crucero la mansión del gobernador, que desde allí veía bien el entarimado de los seis cañones. Plymouth es hoy población de monumentos, y éste de ahora es de lo más alto de su especie, aunque no de lo más hermoso, con sus ochenta y un pies de alto, en la cumbre del cerro que impera sobre la bahía, y las cuatro figuras de la Libertad, la Moralidad, la Educación y la Ley puestas como baluartes y esquinas á la base cuadrada donde se yergue con el brazo á medio alzar, la estatua de roca

de la Fe, que por el cuello mide nueve pies en redondo, y trece por la frente y treinta y seis de la fimbria del manto á la estrella que la corona. Y bajo cada figura de la base hay un relieve de mármol, que por su ejecución vale menos que por su asunto, como que en uno están los Peregrinos embarcándose, rumbo á la libertad en la rada de Delft, y en otro se les ve en el camarín de la "Flor," formando el convenio de gobierno civil con que había de regirse la nueva comunidad: otro relieve pinta el desembarque; cuando el pastor se arrodilló sobre la nevada, para agradecer al cielo el arribo á una playa libre: en el otro mármol están los Peregrinos, de chambergo y vestón, tratando de paz con el indio, de plumas y pieles,—el indio Massassoit.

¡Pero en este momento tan trabajado, tan traído y vuelto á traer; con un relieve regalado por Massachussetts, y la estatua de la Libertad regalada por el Congreso Federal; en este monumento de corte áspero y artes escolares, sin el soplo vivo de la magnífica rebelión que conmemora, no hay figura ni adorno donde se celebre la verdad y trascendencia de aquella peregrinación, que no estuvieron tanto en la Fe, sino en la independencia religiosa, por la cual se establece el derecho del hombre á pensar por sí en los asuntos que le atañen, y no acatar á más rey en el mundo que al que le ha dado la conciencia por monarca! Y aun eso era cosa espiritual, que por su dignidad y alteza estaba fuera y por encima de la intervención del hombre, sin que el arte menor de gobernar los intereses terrenos de la comunidad lleve la arrogancia

hasta tomar bajo su ala de criatura á la casa del creador, ni su usurpación hasta presumir de alimentar y cuidar á la iglesia; que no debe estar á sueldo de nadie, porque es como poner á Dios á pesebre, y darle un pienso por la tarde y otro por la mañana! No eran aquellos peregrinos los puritanos de quijada fuerte y de mosquete al hombro, que quemaban brujas y acribillaban á balazos á los cuáqueros, sino los que recibían á los cuáqueros prófugos con amor, porque conque el hombre fuese sincero, y conque padeciese por la libertad, ya era para los peregrinos religioso.—En busca de puerto para ese derecho de creer fueron del Norte de Inglaterra á Leyden y á Amsterdam: en busca de ese puerto virgen se fiaron á la mar en Delft, con su carga de arados, de escopetas y de biblias: en busca de ese puerto venían cuando á bordo de la "Flor" reconocieron y firmaron que en las cosas del alma no hay más guía ni autoridad que la razón, y que sobre esa base de felicidad había de levantarse, sin ingerencia alguna en el gobierno ni especie del templo, la asociación que los peregrinos formaban para habitar y prosperar juntos donde el hombre pudiese vivir conforme á su naturaleza. Y en el camarín de la "Flor" quedó establecido para siempre el precepto sin el cual no puede haber pueblo dichoso, el que asegura á la vez la dignidad y la paz del hombre y á la religión, el precepto de la separación de la Iglesia y el Estado.

* * *

Pero lo que no está en el monumento con la claridad y preeminencia que debía, en la ceremonia estuvo, porque el discurso lo dijo un protestante, de los que pone la razón por sobre su cabeza, y no ve salud sin el albedrío de la opinión, y la poesía fué de un católico famoso, que no se mesaba los cabellos ni invocaba el fuego celeste cuando los masones dedicaron el monumento, antes de los versos y de la oratoria, con ritos en que fué parte principal el ungir la piedra con jugo de maíz, y con aceite y vino. Oraron los Grandes Maestros y cantaron himnos los Grandes Capellanes. Uno invocó, y otro proclamó. Y masones, protestantes y católicos corearon juntos al pie del monumento de la razón libre, el himno á "América."

Ya cuando empezó su discurso el kentuckiano Breckinridge, que es orador famoso, que le pone riendas al fuego y alas al juicio, habían vuelto de su primera curiosidad los que del ferrocarril se fueron á ver las memorias preciosas del lugar,—la roca de Plymouth, donde pusieron el pie los peregrinos, y ahora está bajo un dosel de piedra;—el cerro de Cole, adonde llevaron en procesión los huesos de aquellos cincuenta que en el primer invierno se murieron de frío,—la calle de Leyden, como se llama ahora la de las diecinueve casas, con su "mansísimo arroyo," al que vienen alborotando, como chicuelos desnudos que se echan al baño de cabeza, "muchos alegres manantiales,"—la columna de Bradford, puesta sobre el sepulcro del gobernador sagaz, que atraía con las pala-

bras, y mantenía con los cañones—el templete donde están en pinturas los sucesos de los peregrinos, y se ve en una mesa de roble la biblia de John Robinson, y entre cristales la alabarda de Aldeu, y en su estuche gastado la hoja damasquina de Miles Standish, el soldado intrépido de la peregrinación: y á la puerta de todo, como si el mundo hubiera de parar en verso, el manuscrito de la oda de Felicia Hemans: "¡Se empinaban las olas rompientes!"..... Otros venían, empapados de la lluvia, del lago cercano de Billington, por cuyas orillas frondosas enarcan la cola, paran las orejas finas, y saltan con las pezuñas de punta, como cuando quieren matar á las serpientes al caer, los venados que la ley del pueblo ampara de los cazadores, y crecen cada día: cerca están huraños y miserables, los últimos indios.

¡Ni un indio quiso ir á oirle el discurso á Breckinridge, que ponía á los peregrinos como zapadores de esta idea de la conciencia libre, y de la iglesia independiente en el Estado! ¡Ni un indio fué á oirle las estrofas repulidas al irlandés Boyle O'Reilly, que es hombre de genio y cuerpo hermosos, amigo y capaz de lo épico, y gran mantenedor de la poesía vieja de Irlanda, y de la gracia y salud de boxear, y en que es tan perito como en sacarle punta á las antífonas, y ponerle refrán á los épodos. Ama á la religión católica con la fuerza de quien ve en ella el símbolo de la patria oprimida y tiene para condolerse de los vencidos, del negro, del indio, del hombre de corazón sensible, acentos de esencia y música, que suelen llegar á la beldad

estatuaria por la limpieza de la idea y la composición de la armonía, arte á que no pudo llegar con los versos oratorios de la ceremonia de Plymouth, que con ser ejemplares no fueron más que poesías de monumento, que perdure por la ocasión más que por su valer, y á lo sumo es, como aquí, un rosario de enumeraciones ó un párrafo que da vueltas y va subiendo como un caracol, para ponerle en el tope un verso que le salió al poeta feliz.

Pero esto es la albañilería de la literatura, y no su aroma, como la poesía debiera ser. La flor del pensamiento es la poesía, y lo nuevo del mundo: ó la flor del sentir, que en los pueblos viejos, por la cultura ó por la edad, acaso sólo es dable en los jóvenes, si es que el atiborramiento de las escuelas deja á la juventud de hoy la frescura é individualidad propicias é indispensables á la creación poética, como á toda especie de creación. Educar no debiera ser eso, ni echarle al hombre el mundo encima, de modo que no le quede por donde asomar los ojos propios; sino dar al hombre las llaves del mundo, que son la independencia y el amor, y prepararle las fuerzas para que lo recorra por sí, con el paso alegre de los hombres naturales y libres.

* * *

Más poesía, tremenda é ingenua, hay en el discurso en que Nube-Roja sacó el dolor de su alma de indio ante la concurrencia que había venido al pueblo de Chaldron, con sus ropas de fiesta y sus músicas de vencedor, á ver cómo danzan los últimos Sioux, los que ya no tienen

"ni lo que cubre una piel de venado" para oir lo que dice del cielo el hombre de la medicina, el que enseña cómo se curan las heridas, y cómo se pone á los enemigos en paz: el hombre de la medicina, con su crestón de plumas tendido á los pies oía, encuclillado, el discurso de Nube-Roja, encuclillado con la cabeza, hundida en las rodillas: ¡dicen que les dejan la mitad de su tierra, de lo único que les queda ya de su tierra! ¡pero les quitarán esa mitad, como les han quitado esta otra! ¿para qué quieren ellos los catorce millones de pesos que les dan? "¡la pluma del águila que vuela libre por el aire, dice Nube-Roja, vale más que tus catorce millones de pesos!" ¿Si esto es convenio, corazones de serpiente; si esto es convenio, corazones de lobo; si esto es convenio, corazones de zorra, ¿qué será asesinato? ¡A mí también se me ha metido la culebra en el corazón, porque no tengo valor para arraneármelo con las manos y echárselo á los pies, para que se lo lleven al Gran Padre de Washington, á que reparta entre los blancos lo último que queda de nosotros! Los militares lo oyen, con la mano al revólver; las mujeres y los músicos se han metido en los carros: los indios todos, en cuclillas con la cabeza baja, atienden al discurso de Nube-Roja. Tiene alta la cabeza: las palabras le salen como apretadas, martirizadas, rotas de los labios; y con la mano izquierda se arranca los flecos de la calzonera de cuero: con la mano derecha hace gestos violentos, como de quien echa lejos de sí lo que le causa horror. "Me han mandado venir aquí para que vean los blancos cómo bailan los indios: esto

está bien ¡está bien! porque los indios de ahora no saben más que bailar: ya los indios se han muerto: estos indios de ahora son como la sombra de los árboles, que de noche da miedo, y hace reir de día; estos indios de ahora son huesos de pájaros! Pero yo he querido venir, porque todavía creo lo que mi padre me dijo, que la sangre enojaba la tierra, y que los blancos y los indios son todos hermanos, como nacidos de una misma mujer: El Gran Padre me manda á decir que le venda mis tierras, porque si no se les vendo, va á ser como en el agua del estanque, que el pez grande se come al pez chico; y no vale que yo le ponga una cerca á mi tierra, porque los blancos saltarán por encima del cercado, y me quitarán la tierra. El Gran Padre me ha engañado como á un niño, me ha robado como á un niño: yo no quiero firmar más tratos, porque el Gran Padre manda luego sus soldados á quitarme lo que en el trato me dijo que era mío. Ya no nos queda ni corazón. Ya en el pueblo de los sioux no hay más que mujeres. Déjenme morir en paz, déjenme morir en mi tierra como se muere en el aire el humo de los troncos quemados!'' Y el hombre de la medicina levantó del suelo el crestón, y hundió la cara en él. Nube-Roja se cubrió el rostro con el brazo, y echó á andar, solo, á un macizo de árboles. Los guerreros se quedaron en cuclillas, con el rifle á traviesa en la falda, y la rienda del pony de una mano.

Pero todos han tenido que firmar, porque se lo han mandado á boca de fusil; y ya cercan los cuatro confines, esperando la voz de entrar, los

colonos blancos que hace años vienen cerrando el cerco sobre la tierra sioux, como estrecha sus anillos la serpiente alrededor de la presa. Once millones de acres de Montana y Wyoming les han hecho vender por catorce millones de pesos, á aquellos á quienes el General Crook, que los ve trabajar y morir, les decía "por su fe de hombre honrado:"—"sois iguales al blanco por la inteligencia y el corazón: sois fuertes y juiciosos como el blanco, y no tenéis más culpa que la de defender vuestra tierra con los rifles que nosotros mismos os hemos dado para que os extingáis en la guerra contra nuestro poder mayor: sois nuestros hermanos por la naturaleza y nuestros superiores por vuestra bravura en la desdicha: ¿por qué os niegan un puesto de hermano en la nación los malos corazones?—"¡Tú eres bueno, Crook; pero tu pueblo roba y mata!"—Y todos los que habían venido al powwow, apagaron en el suelo la pipa de la paz, en señal de desconfianza.

* * *

No andan por el Sur más tranquilos los negros, ni menos perseguidos, puesto que en ciudad de tanto influjo como Atlanta la población ha quemado en la horca la efigie del director de correos, porque osó dar un puesto á un negro inteligente y cortés, que hubiera tenido á sus órdenes á una joven blanca: "¡Yo cambiar papeles mano á mano, yo recibir mandatos, yo tener frente á frente todo el día á un negro que no es mi igual, y viene á ser mi superior!" La joven renunció: hubo juntas de indignación, en

que alabaron la renuncia, levantaron frente al correo una horca, con la efigie colgante del General Lewis, y al entrar la noche le prendieron fuego; seis policías de la ciudad abrieron paso entre la multitud á los que llevaban las antorchas: en el club todos los miembros decidieron dar la espalda en la calle al general, y negarle el saludo—uno de sus fiadores le ha retirado la firma—el periódico del lugar le dice: "¿Cómo acepta Lewis un puesto público para ofender la opinión decidida de aquellos cuya ayuda aceptó para encumbrarse al puesto de donde los ofende?" Lewis responde que él es empleado federal, que no sabe, en cuanto lo es que haya blancos ni negros, sino ciudadanos con derecho igual á los empleos y recompensas de la República: "¿No he de nombrar, dice, á un negro para un empleo inferior, y de mero amanuense, cuando la nación nombra un mulato, Federico Douglass, como su representante, representante de los Estados Unidos, en otra república, en Haití?"—"¡Haití es tierra de negros!" le responde el diario: ¡no necesitaran ustedes los republicanos, del voto de los negros para tenerlos en jaque á los demócratas del Sur, y ya veríamos si tenían tanto empeño en echarnos sobre la mesa de correr á estas hordas africanas!"

Lo de hordas lo repiten ahora más porque con los calores, que pueden en la sangre negra más que en la blanca, se les ha encendido la fe á las negradas de Georgia, que es donde fué la quema de la efigie. Y no quieren ver los negrófobos las otras hordas de los seminarios, donde se preparan á cientos los negros y mulatos para

sacerdotes; ni las listas que los diarios están publicando estos días de negros ricos, que han hecho fortuna sin contrato de ayuntamiento, ni concesiones de ferrocarriles, y negros actores que los ha habido famosos, y tan buenos en la tragedia como en la caricatura, y negros autores, que van siendo ya muchos, y se distinguen en el periódico y en la teología, acaso porque en ésta hallen un tanto de la piedad que les niega el mundo. Lo que los diarios cuentan con encono, como si entre los blancos de España y los mestizos de México no hubiera habido locura igual, es que en cuarenta millas á la redonda de Savannah los negros están abandonando sus melonares, dejando ir por los troncos la trementina, abriendo al ganado las siembras, echando al río en sacos su dinero, para seguir por los campos, besándole la mano y arrodillándose á su voz, á un blanco de unos treinta años y cabellera rizada, que les dice que en su cuerpo magro y casi transparente del ayuno está encarnado Cristo. Duermen en las selvas. Rezan con la aurora. Van detrás de Cristóbal Orth, que se sabe de memoria la Biblia, y les promete llevarlos á la tierra donde todos los hombres son iguales, á la tierra de Canaan. En vano se le oponen los sacerdotes negros, cuyas plegarias flojas no pueden sacar de su miseria al etiope acorralado, "que se queda sin cabeza en cuanto la quiere sacar más alta que sus melones." Ese sí es Cristo, el que no les pide dinero á los negros para llevarlos á la tierra de Canaan! ¡Ese es Cristo, el que da, el que no pide! ¿No se están cumpliendo todas sus profecías?

¿No lo han acusado de vagabundo, como dijo él que lo acusarían? ¿No lo han llevado preso ante el juez, como dijo él que lo iban á llevar? ¿No le disputó el juez su divinidad, como él lo dijo? ¿No dijo que lo pondrían otra vez libre, como lo han puesto, para seguir su viaje, como están siguiéndolo á la tierra de los Canaanitas? Trescientos negros y muchos con armas, fueron detrás de él, en plena fuerza del sol, al pueblo del juzgado. Los jurados eran doce y el juez un coronel que sabe Biblia; pero Orth sabe más, y se defiende de pie, abriendo las manos sobre los jueces, como si les echara encima los versículos. Por vagabundo no lo pueden condenar: y enseña las manos llenas de dinero. El milagro del vino le piden; pero él no lo quiere hacer, porque no digan que anda con vino, y se valgan de esos para cerrarle con la ley el paso á Canaan. No detendrá la mano al coronel, que se va á llevar á la boca un mascullón de tabaco, porque á quien tiene preocupado la salvación del hombre, no le importa que el coronel masque; ni quiere dejarle manco de por vida. El espíritu de Cristo está en él, y estuvo en Abraham Lincoln y en Jefferson Davis. Lo que él quiere es que el hombre viva donde no lo maltraten los demás hombres, y todos coman y beban, y no digan que la rosa colorada no es rosa, porque no hay más rosa verdadera que la blanca. El dinero es la mancha del mundo. Canaan es la tierra de la justicia, donde el que más ama es el más rico, porque todos se lo pagan en amor.—Por todo lo cual el jurado declaró á Orth lunático y enemigo de la paz pública; pe-

ro por aquellos campos no había cárcel que quisiera dentro de puertas á quien tiene por sí cientos de negros armados; así es que lo dieron libre, en lo que vió su gente la prueba de la divinidad que les tenía anunciada el sagaz Orth, á quien con más fuerzas se llevaron preso pocos días después. Sólo que ya no se podía apagar el ansia despierta de la redención, y por allí cerca salió de entre los negros un James, que se declaró también Jesús, é iba á la cabeza de sus secuaces desnudo por los campos, con éxtasis religiosos que paraban en el abrazo y confusión pública de los sexos, según la práctica de la secta africana de los voodoos; que ponen en la tierra los delirios conyugales que los swedenborgianos de Suecia ponen, como corona de todos los gustos, en el unisexo, y conjunción definitiva de los ángeles del cielo. Pero James no hizo armas cuando le cayó encima la ley, como había hecho puños contra un negro sensato que lo quiso sacar de su demencia, y á quien atacó con ferocidad el gentío de los conversos: á la ley se rindió James, é intimó, á los que la querían resistir, que se rindieran—lo cual hizo como quien sabe que le van á obedecer, y no tiene más que ondear la mano: besaban la tierra por donde se llevaban á James desnudo: también ellos habían echado al río todos sus ahorros:—"¡A qué el dinero, decía James, si por el amor de los hombres al dinero hemos venido á esta infelicidad?" "¡quién nos llevará ahora, se pregun taba un viejo, á donde están el placer y la justicia?" A James, que era alcalde de su caserío, lo han encerrado por loco.

EL CENTENARIO DE WASHINGTON

PRIMERA FIESTA

INAUGURACIÓN DE LA "EXHIBICIÓN DE RETRATOS Y RELIQUIAS"

DE LO QUE SE HABLA EN NEW YORK

LOS PROVINCIANOS.—LA CRÓNICA DEL GRAN BAILE.
CISMA EN LA ALTA SOCIEDAD.-LOS ARISTÓCRATAS DE LA SANGRE CONTRA LOS ARISTÓCRATAS DEL DINERO.
DESPACHOS É INJURIAS.

LA EXHIBICION

LA MASCARILLA DE WASHINGTON.—LAS ESPADAS.
LA ESPADA DE LA INAUGURACIÓN.
LA PLATA DE MESA: CINCELADURAS Y RELIEVES.
LOS AUTÓGRAFOS: WASHINGTON Y LAFAYETTE.-LOS PERIÓDICOS DE AQUELLA ÉPOCA.
EL TRAJE DE SEDA CON QUE WASHINGTON JURÓ.—EL TRAJE DE MARTHA WASHINGTON.
LA VAJILLA DE CAMPAÑA Y LA DE LA PRESIDENCIA.
EL BAUL DE LA GUERRA.

LOS RETRATOS

HAMILTON Y FRANKLIN.—EL WASHINGTON MILITAR DE PEALE MEJOR QUE EL WASHINGTON POMPOSO DE STUART.
MRS. CLEVELAND.

Nueva York, Abril 18 de 1889.

Señor Director de EL PARTIDO LIBERAL:

Esta noche ha comenzado el Centenario suntuoso de la primera jura de Washington. De eso sólo se ocupa la ciudad. Ya no cabe en los hoteles la gente que llega. Las calles están llenas de campesinos endomingados, de novias de aldea que se pasean por Broadway con los guantes de boda, de ancianas satisfechas, de esas de quitasol y ridículo, que sonríen á la multitud, para que les admiren el vestido escocés, ó dorado y azul, ó verdepino con adornos de plata. En las escuelas no se da clase, sino de patriotismo, y cada niño recita un arranque de Patrick Henry, el primer abogado de la guerra, ó de Rutbedge, el orador ardiente del Congreso Filadelfiano, que el inglés Chathan proclamó el primer Congreso del mundo, ó de Henry Clay, el que halló bien que en los días de amargura los hombres amen á su patria hasta el sacrificio: á las niñas les enseñan versos de Emerson, de Lowell, de Whittier, en que se celebra "el cañonazo que dió la vuelta al mundo," "el aire que respiraron Dekalb y Sumter," "el suelo que nos dió este hombre imperial;" ó cesa la enseñanza, y salen á la calle con los maestros á ensayar el paso con que han de ir estos soldados de mañana en la procesión á que le están levan-

tando arcos más altos que la cruz de las iglesias. Se piensa en Roma cuando se pasea estos días por las calles principales, llenas de travesaños y virutas, de escaleras y puntales, de los estrados donde, á tanto por cabeza, van á ver la procesión el señorío y el pueblo. El señorío quiso hacer suya la fiesta, como cosa de herencia personal, y ocasión de lucir la sangre, que los que vienen de los próceres de la revolución creen tener más fina que los que han comprado libreas para sus lacayos con el dinero del comercio y los ferrocarriles. Ni de las procesiones siquiera se habla tanto como del baile que trae á capirotazos á toda la gente linajuda, aunque una procesión va á ser de buques, como la que salió á recibir á Washington cuando vino á New York á jurar la presidencia, y en otra van á marchar juntos, como pocas veces se les vió, los federales azules, que celebran el centenario como la confirmación de su poder, y los confederados grises, que tienen á Washington por suyo propio, porque él fué la flor y la gloria del Estado materno, de la romántica Virginia: y la parada mayor será la cívica, la parada popular, con muchas maravillas, pasos y alegorías, y Washington y su mujer de cera en su coche, como cuando iban los domingos á la iglesia, ó venían de bailar el minué en casa del embajador español, hombre de buenos vinos y espada de ceremonia, muy mentado por sus bailes de tono, en que se servían nueces, helados y manzanas.

Los eruditos y los curiosos son los que hablan de estas cosas, y saben si Washington deletreaba bien el inglés en sus cartas sesudas, ó si es-

cribió ó no con asesor lo que pasa por suyo, ó si fué de verdad tan pomposo como lo pintan, y tan amigo del clarete y del madera, ó si amó ó no fuera de casa. Los libreros dicen que no han vendido estos días más literatura de Washington, más "Vidas" de Irving ó Hale, más "Escritos" de Sparks, más "Mount Vernon" de Lossing, que los que venden usualmente, que nunca son muchos. De lo que no se cansan de hablar pobres y ricos es del baile famoso; de la fatiga de los linajudos porque el baile no se les fuera de las manos, y parase en cosa pública; de las escaleras que hay que subir, y los pesos que hay que pagar, para obtener de los ceñudos caballeros una papeleta de entrada, impresa en letras de oro, con el medallón del prohombre en el centro; de que por fin vendrán al baile los representantes y senadores del Estado de New York, entre quienes resulta que anda un encubridor de bandoleros, que no hace malos discursos, y cobra el barato á las cuadrillas de jugadores y asesinos; de que ha habido entre los "cuatrocientos," entre lo de arriba de la nata y lo fino de la flor, peleas mortales de hombres y mujeres, porque la junta no quiere dar puesto en el cotillón de honor á quien no venga en línea recta, sin escapadas ni menjurjes, de las familias que bailaron en casa del francés Moustier la contradanza célebre de la primera inauguración, cuando salió Washington de traje de terciopelo y sin espada, á hacer paso y cadena, al son de los violines, con aquella desdeñosa, aquella coqueta Sally Carry, que lo dejó cuando joven para casarse con un lord Fairfax. Se

cuchicheó mucho entonces, y ahora más; porque por mucho que estiran la genealogía los ricos, no les llega á cien años, ó le quiebra una rama un tendero como Astor, ó un botero como Vanderbilt, ó un especiero como Peter Cooper, por lo que ha habido millonario despechado que está ya en viaje para sus castillos de Inglaterra, antes de morderse los labios en el baile, viendo desde su palco piruetear entre Adamses y Jays, entre Hamiltons y Fishes, entre Lewises y Gerrys, entre Morrises y Kings, á "unas pobretas mal vestidas," con "pedrotes montados en plata," como si el venir de los fundadores de un pueblo fuera más mérito que el de aprovecharse de él para hacerse bañaderas de marfil, alcobas de ónix y comedores de oro.

Pero cuando, desde el mismo escritorio de caoba que usó Washington en sus tiempos de Presidente, declaró hoy un delegado del Corregidor de la ciudad abiertas, con la "Exhibición de Retratos y Reliquias," las fiestas del Centenario de la jura, no faltaba en los salones, en los cinco salones repletos, una cara conocida: allí las damas mentoras, que amparan beneficencias y dan banquetes; allí las herederas principales, con trajes de seda parda y talle suelto, como en los tiempos de "la hija adoptiva" la lindísima Nelly, á quien le compró Washington un clavicordio de mil pesos; allí, como mendigos de estas reinas, los pobres galanes, con franja en el pantalón y solapa de raso; allí los que se llevan el corazón con su cabeza blanca, con aquel modo de inclinarse ante las mujeres que ya se va olvidando, con aquellas corbatas de

tres vueltas y casacas de ala de pollo,—los viejos con su sonrisa de resucitados. De memoria conocen los viejos los retratos de Washington: los jóvenes pasan sin mirar, alisándose el capul, tentándose el corsé, codeando.

Y no se sabe lo que ver primero. Hay trajes de la revolución, armas de las que vencieron al inglés Cornwallis, periódicos de la época en que contendían "Pacificus" y "Helvius," óleos y miniaturas, muebles y libros, loza y argentería. Junto á la mascarilla de Washington, donde se le ve el rostro noble y fuerte, ancho por los ojos, de boca reflexiva y nariz de poder, con el labio de arriba embebido, está un tocador donde se besan dos palomas, un cubierto de mango de piedra verde, un encaje del que se ponía el prohombre de puño, y la pierna de palo del embajador que encantó y aconsejó á París, de "Gouverneur" Morris. Todo el mundo quiere ver á la vez las espadas: la corta, de cabo de hierro, que llevaba Washington, el único oficial que quedó con caballo, en la derrota cuando la guerra india del Monongahela; la de puño de plata, de guarda hecha á cincel, con vaina blanca y cordón de plata pura, que cargaba al cinto cuando puso la mano en la biblia de los masones, y prometió servir á su país como caballero honrado; la de puño de oro que le regaló Lafayette, fina y esbelta como su donante. Entre las espadas enseñan los pistolones el cabo marroquí, y la chispa mordida por las tenazas del gatillo, que es toda una ferretería. Al lado están las platas de aquel tiempo, las cafeteras lisas, con mucho cuerpo del mango al pico, y el

mango de ébano; las cestas cinceladas, para que se viera bien la fruta; los candelabros estriados, con su base de escalinata, y su capitel corintio; las salseras capaces, con el asa imitando una paloma; los jarros altos y delgados como columnas, con el angel arrodillado ante la corona de la tapa, y los relieves de guerras y de biblias.

¿Qué autógrafo se verá primero? ¿El de Lafayette, franco y firme, no sin sus adornos y vueltas, ó el de Washington, que peca por la ortografía, sólido y preciso como su carácter, con muchos puntos—y—comas y guiones, de letra corrida y de tamaño común, que no cambia jamás, bien apunte las libras que adelanta á sus hijastros del dinero que les administra, bien escriba á su mujer que ha arrodillado á Inglaterra en Saratoga, y no tienen ya que hacer las águilas republicanas?

¿A los periódicos se irá primero, ó á los trajes? Los periódicos de entonces eran muchos, de tres ó cuatro columnas, y más sustancia que páginas. Todo era el "Federal," "el Americano," "el Colombiano." Había Mentores, Monitores, Censores, Anunciadores, Crónicas, Gacetas, Centinelas, Heraldos. Uno era "Argus," otro "Estrella," y otro "Paladión." Allí se publicaba la historia de Eugenio y Florinda," ó "el largo y detallado encuentro de nuestro buque Hampden con un barco de guerra inglés de las Antillas," ó "pensamientos sobre la guerra," ó cartas de polémica y consejo, con firmas bucólicas ó romanas. Y al fin los anuncios, de un jardinero que vende semillas, de un tende-

ro que acaba de traer sedas francesas y botones con el retrato de Franklyn, de un librero que ofrece libros de salmos, de un buey y un negro que se han perdido, el buey, bermejo, y el negro, cojo. Aquí está el baúl de Washington, el baúl de campaña, no mayor que una maleta de ahora, de cuero claveteado, con la tapa de haldas. Esos son los platos de estaño de Su Excelencia, en los que daba á comer con mucha ceremonia á su familia de ayudantes, ó á los marqueses del rey francés, á quienes asombraba aquél poner y quitar mesas, y servir la cena cuando estaban cascando las nueces del festín de por la tarde, donde todos comían como héroes, menos "el hombre más grande y virtuoso del mundo," que se contentaba con una sencillez, y su madera para los brindis, que eran de uso entonces,—unos cuatro ó cinco brindis.

De los trajes, el más lujoso es el del munífico John Adams, caballero de peluca y bastón, y de chupa de terciopelo y chaleco enflorado: pero el que se viene á ver es el vestido de seda castaña que llevó Washington el día de la jura, y no estuvo mal, según cuentan, en aquel cuerpo formidable, que tenía de las corvas á la coletilla la altura de una persona de buen tamaño: es de tapa el calzón, abotonado y abrochado á la rodilla: y el chaleco tiene sobre los bolsillos tres botones de seda, como en la hilera del pecho y en las bocamangas: allá, solitario, en un maniquí con el seno de papel, cuelga un traje de mujer, de la misma seda, el traje vacío de Martha Washington,—la de familia ilustre,—"era de Dwindidge,"—la que "nunca fué bo-

nita,"—la celosa,—la viuda rica,—la que en los años de la guerra iba á vivir con su señor en el campamento cuando se aquietaba la campaña. ¡Entonces no era como cuando se comía en la vajilla de porcelana de lo mejor, con una orla de mirto y otra de laurel, y la "G. & M. W." en medio del plato, en un cerco de rosas, y arriba un águila de oro, con las estrellas á la cabeza y los rayos á los pies! Debajo de un cristal están juntos un traje verde de mujer, de mangas muy floridas y una capa de miliciano.

Washington, Hamilton y Franklin se llevan los ojos en la galería de retratos. Ni Washington oscurece á Hamilton, el chiquitín isleño, el tesorero de la guerra y de la primera presidencia, el que se sacó de la cabeza casi divina la república armada; el de los ojos azules como el mar de sus Antillas, de boca fina que va á romper á hablar, de frente alta por las cejas y echada muy atrás hacia el pelo de espaciosas entradas: la levita le hace pliegues sobre el pecho, como si sobrase lo de abajo: la cara fea resplandece con gracia de Apolo.

Franklin no quiso que lo vieran poco galán, y regaló él mismo su retrato al pastel, con todos los ojos azules y rosados de su carne sana: la frente se le levanta como en doble cúpula sobre ambas cejas, y tiene el ceño arrugado, como del mucho pensar: los ojos de párpados claros dicen: "no me mientas:" la boca es como de quien se ríe á sus horas y sabe callar, con el labio de abajo como burlándose del de arriba, y de los que se lo ven: el cabello gris, fino como

seda, le cae por los hombros: es de un paño de perla el traje; y el abdomen voluminoso.

Washington está mejor, con su perfil aguileño, su nariz caída por la edad, su labio encogido, su barba firme, cuando le saca á hurtadillas el retrato un curioso en la iglesia, que cuando se sienta con polvos y pompas á que le copien á la vez la cara presidencial tres pintores á quienes el respeto de su persona les hace temblar la mano. De muchos pintores se dejó retratar, y aun sacar en vida la mascarilla donde se le ve la magnanimidad y entereza. El se retrató cuando volvía de su primera gloria, de haber ido sin guardia, por entre indios asesinos y guías traidores, á decirle al francés que echara atrás los fuertes que estaban plantando en tierra inglesa; cuando de guerra en guerra ganó la coronelía, la mano de la viuda y el respeto de sus americanos; cuando el arrebatado Patrick Henry declaraba que no había en el Congreso de Filadelfia, el que echó los cimientos de la nación, militar más apuesto ni consejero más sesudo. que aquel que años antes se quedó sin palabras con que responder, cuando el presidente de la Asamblea de Virginia le alabó en un discurso improvisado el valor: "¡A ese, dijo un jefe indio, lo creó el Padre del mundo para que pasase vivo por las balas!". "¡A ese, dijo un sacerdote inspirado, le ha permitido la Providencia salir salvo de manos de los indios para que preste algún inestimable servicio á su patria!"

Se retrató cuando vivía, ya coronel famoso, en su hacienda de Mount Vernon, cazando y sembrando, con mesa abierta y cuarto libre pa-

ra los amigos del señorío, cuando supo los agravios de Boston contra los ingleses, y salió de su prudencia, con aquel fuego que guardaba él entre cenizas, para "levantar á su costa dos mil hombres en defensa de la libertad americana;" cuando peleó en tanta estrechez á la cabeza de las tropas, que quinientos pesos le hubieran parecido "la salvación," y un pan fresco, un festín; cuando, echado el inglés, vino entre arcos de flores á Nueva York á jurar su cargo de presidente primero de la República, que rigió con mano de padre; pero sin quitarse los encajes ni el terciopelo: y acababa de retratarse cuando, llegada la hora de morir, acaso por haberse detenido en la mañana lluviosa á acariciar á su caballo de guerra, se sentó en la cama, se compuso la ropa, cruzó los brazos sobre el pecho, y acabó sereno. Pero tal vez su retrato mejor es aquél de cara enjuta, sin bellezas postizas ni adulaciones del pincel, en que clava los ojos inquisidores en el que atenta á su respeto ó le compromete su República; tal vez está mejor en el cuadro de Peale, de militar arrogante con cara traviesa, en traje mahón de casaca azul, con bota negra y acero desenvainado, entre heridos y pabellones, venciendo en Monmouth, que cuando Stuart lo pinta de presidente después de la hora de tocador; cuando los dientes recién hechos le afeaban la encía, y los retoques de colorín le daban á la cara mortecina cierto aire de máscara.

¡No es á ese anciano repintado y frío á quien Federico el Grande llamó el primer general del mundo! Ni el que en una reunión amenazadora

de los militares descontentos del poder civil, les pidió permiso para leer con espejuelos el discurso en que les aconseja respetarlo: "¡se me han puesto los ojos débiles en el servicio de mi patria!" Pero no era la caja de espejuelos lo que se agolpaba á ver el gentío favorecido, el gentío rico é ilustre de esta primera noche de la exhibición, el gentío de caballeros y de damas: no era la biblia sobre que juró: no era el tomo de máximas de Hale en que aprendió la virtud: no eran los platos de estaño: lo que se agolpaban á ver era la espada.

Pero de pronto se vuelven unánimes todas las cabezas. De reliquias, de retratos, de la argentería, de la vajilla, de todo se olvidan:—"¡Encantadora!"

"¡Una reina!" "¡Oh, qué sencillez!" "¡Pero qué alta!" "¡Qué bien le está la frente desnuda!" "¡Nadie como ella pudiera llevar sin deslucirse ese traje de casimir amarillo!" "¡Traje suelto, y saya casi lisa!" "¿Quién la olvida que la ve sonreir y mirar una vez?" "¡Oh, qué delicada criatura!" "¡Oh, Mrs. Cleveland!"

Y pasa, graciosa como una niña, del brazo de un anciano.

El Centenario Americano

WASHINGTON Y LA CONSTITUCION

LA MANO DEL HEROE

EN LA PAZ Y EN LA GUERRA

¡ AQUELLOS TIEMPOS, AQUELLOS HOMBRES !

EL PRINCIPIO DE LA FIESTA

New York, Mayo 11 de 1889.

Señor director de LA NACIÓN:

Salen las manos como consagradas de revolver las páginas viejas, donde están, como con su voz y sus vestidos de paño y encaje, los hombres que se pusieron por columnas, sin temer el peso ni contar la fatiga, á la casa más amplia que se ha sabido labrar aún el decoro humano. Quedan ante ellos como enanas y sin sentido, como procesiones de anca y luminarias de feria las fiestas con que New York ha celebrado el primer centenario de su obra, los arcos de triunfo, las paradas marciales, el baile desordenado, el gentío ejemplar, el banquete magnífico, la oración fulmínea y profética del obispo de los protestantes en el templo, rodeado de huesos de héroes, donde después de jurar la presidencia vino á postrarse ante el Padre Benigno, temblando de miedo, aquel ante quien á menudo temblaban los hombres, y pedía perdón al ofendido con la misma mano colosal donde se aplastaron las balas del indio, tropezó el caballo triunfante del inglés, y saltó en pedazos la corona que quiso darle su tropa descontenta: aquella mano de Washington, "que era una curiosidad," tan grande que le tenían que hacer el guante á la medida, torpe en los versos de amor, cuando en las penas del desdén de Betsy pide

al sueño refugio contra sus inveterados enemigos, y más firme y certera que mano alguna de hombre cuando guía en salvo á su patria naciente por entre los celos del mundo y las propias pasiones; aquella mano huesuda de jinete de más de seis pies, que aprendió, domando todos los caballos del contorno, á sujetar sus iras, y dominó con el desinterés, en la hora revuelta de la constitución del país, las envidias locales que se habían comido, con dientes de fiera, el lazo flojo que ligó á los trece estados, y los ímpetus despóticos con que quiere encadenar la libertad la tropa que había ayudado á conquistarla. Para Washington ha sido, al cabo de un siglo, la apoteósis destinada á la constitución que ató con más firmeza á los trece estados deshechos, y dió un gobierno equitativo y fuerte á las colonias celosas, cuya ruina acechaban, con el veneno en la sonrisa, los pueblos tiránicos donde se erguía ya, mirando á América, el hombre oprimido. Por Washington llegó á su término la guerra con toda la fuerza de la ley, sin que la milicia, sólo enfrenada por aquella mano, se echase sobre el congreso flaco y mandarín, que pagaba los sueldos con reprimendas y decretos, y andaba con la silla al hombro, sin que los estados reunidos en él le reconocieran más que una autoridad aparente, que hiciese de gobierno ante el mundo, sin cobrarles tributos, ni mermarles en un ápice la autoridad local, que cada estado ponía por sobre la de la república, á que no querían dar ente ni fuerza. Por Washington volvió á sus faenas de hombre trabajador el ejército colérico y clamoroso que

aprendió en él á deponer ante la ley la espada que pudo emplear en asesinarla. Por Washington llegaron á juntarse en la convención de Filadelfia los representantes encargados de imaginar una nueva manera de gobierno en que el pueblo quedase como uno, según lo quiso y dijo la declaración de independencia, sin que perdiesen los estados, aquella soberanía, ya á medio desmoronar, que siempre defendieron con frenesí, ni delegasen de ella más que lo indispensable para no caer en nueva esclavitud. Por Washington, que sabía balbucear, se salvó, en la hora sublime en que dijo sus frases de padre, el proyecto de constitución que la furia de los convencionales tenía ya echado abajo. Por Washington, que juntó sobre su corazón á los partidos hostiles, salió triunfante de sus primeras pruebas la constitución, que sólo á regañadientes aprobaban los estados recelosos. "Por eso la aprobamos, como experimento, porque el Presidente va á ser Washington." Entre cañones y campanas nació por fin el congreso que mandó á Thomson á sacar de su paz de Mount Vernon al que vino á New York á jurar en la Biblia ser buen presidente, por entre arcos de laurel y sobre hojas de rosa. Lé sacaban los hijos, á que los bendijese con la mirada. Le escondían en un arco al niño que le puso al pasar una corona en la frente. Salían á recibirlo con pompa marcial, y con coros de vírgenes. En la punta de Elizabeth se embarcó para New York, toda llena de júbilo y banderas, en un bote donde iban de remeros trece capitanes. A media bahía vino cantándole una oda una barca enflo-

rada. Se le fueron detrás, cañoneando y vitoreando, las carboneras ponderosas, las barcas de tres velas, las corbetas galanas. El aire era oro, un grito la bahía, las caras rosas.

El iba "como un reo va al suplicio, pensando en la amargura de la vuelta, si no le da buen éxito tanta fatiga y deseo de hacer bien." Las tortugas seguían el bote, sacando la cabeza, como para ver "la razón de aquella felicidad." ¡Al cabo de cien años, la milicia que formó para celebrar la constitución, era en número doble que la ciudad toda que vió las fiestas de la primera jura, cuando el que había vencido al inglés, no pudo, al sentir sobre sus hombros la nación, vencer sus propias lágrimas. Y por espontáneo acuerdo declara la ciudad que debe levantarse, en memoria de este primer siglo, un arco de mármol.—"¡Temed, dijo el obispo, que de tanto adorar la riqueza, y de comerciar con la política, seamos de aquí á un siglo más un pueblo de gusanos!"

* * *

"¿De qué está hecho el hombre, Dios bondadoso, que al día siguiente de derramar su sangre por el gobierno en que vive, por un gobierno que él mismo imagina y establece, se dispone á desenvainar el acero para volcarlo? Así exclamaba Washington, poco después del día famoso en que devolvió su espada vencedora al congreso, en carta á aquel Humphreys que tenía á su jefe por persona más divina que humana, y lo puso en trabajos cuando lo sirvió luego de edecán en la presidencia, porque al pueblo no

le parecía bien que diera el coronel tantas voces, como si viniera Dios mismo, cuando pedía paso para la carroza de color de crema con lindas pinturas en que iba Washington á sus paseos, ó á un te de señoras, con las que usó siempre cortesía que llegó á parecer mucha, por buenas razones, á su austera esposa, ó al teatro, donde lo recibió siempre con vítores aquel pueblo que lo quería tan bien que ni al cocinero Hércules dejaba pasar sin saludarlo con cariño, cuando iba á la plaza á ver si le traía el primer lenguado al amo, sin que él lo supiera, porque no quería su excelencia dar en su mesa ejemplo de lujo, sino de un buen comer, con moderada abundancia, y un Madera de bríos, con que brindar cinco veces á lo menos por "Todos nuestros amigos," que era en aquellos tiempos de brindis el que él prefería:— aunque cuando escribió la carta á Humpheys no era ese el brindis en boga, sino el que pedía "Un aro para el barril," ó fuerza para el gobierno, sólo que los militares querían ser el aro y Washington quería que fuese un gobierno civil, acordado en vista de la necesidad por toda la nación.

Porque con los míseros artículos de la confederación, que habían provocado por su impotencia y desorden la cólera y atrevimiento de los militares, era el país una batalla de estados, que no querían obedecer las leyes del congreso, ni tomar su papel como moneda, ni autorizarlo á levantar con impuestos el dinero necesario para los gastos federales, para pagar los atrasos de la tropa, que se había ido á sus casas

sin paga, para devolver á Francia los millones que adelantó á la confederación por mano del poeta Beaumarchais. A boca de fusil obligaba un estado á su legislatura á derogar el acuerdo que aceptaba como moneda el papel federal. Los estados no pagaban las cuotas atrasadas á la confederación. Los campesinos se resistían á pagar al congreso por cabeza doscientos pesos, que era más de lo que ganaba al año. Se imponían los estados contribuciones entre sí, se iban á las armas por cuestión de límites, se cobraban portazgo, derechos de entrada, tonelaje. El sur, por celos del este, daba su carga á los buques ingleses, á los buques enemigos, antes que á los de la confederación. Ni el tratado de paz con Inglaterra podía cumplir el congreso ni rescatar á sus ciudadanos cautivos de los piratas de Argel, ni levantar en toda Europa más de unos trescientos mil pesos. Estado había en que el whiskey servía de moneda, y en otro el puerco salado. Ya seguían á balazos por las calles al juez federal, celebraban congresos rebeldes, se alzaban contra el congreso en armas. Washington, que se levantó siempre dos horas antes de salir el sol, nunca escribió tantas cartas. Ama su paz, pero ¿cómo va á ver aquella anarquía con ojos indiferentes? ¡Está loco su ayudante Knox, que quiere que se reserve para alguna emergencia!", para juntar por la fuerza en la hora de la catástrofe, para juntar para su persona de dictador, los estados que no quieren ligarse por la buena voluntad!

Y el único que podía ser el tirano, rogaba, casi con lágrimas, que la nación se pusiera á

tiempo en condiciones de no ser presa de tirano alguno. De entre las luchas, las escaramuzas, las peleas rabiosas de los defensores del imperio absoluto de los estados y los partidarios de un gobierno federal vigoroso, surgió por fin, á fuerza de concesiones mutuas, la constitución en que actúan sin choque los gobiernos libres de los estados, que tienen en los senadores su cuerpo de veto y defensa, el poder unificador de la confederación, regido por el ejecutivo, y la judicatura que resuelve en los casos de contienda de uno y otro.

Jamás asamblea de latinos apasionados debatió, injurió, estorbó, amenazó tanto. Estos convencionales se iban, alegando que sus estados no les habían dado poder para acordar constituciones nuevas, sino para reformar la que se deshacía.

Los estados pequeños acusaban á los grandes de absorbentes, y le negaban todo poder al ejecutivo federal. Los estados esclavistas sólo le concedían poder á cambio de garantías para su privilegio inmundo. De allí nació la batalla entre los esclavistas y los abolicionistas, las transacciones durante ochenta años, los magníficos duelos de Clay y Calhoun, de Webster y Hayne, de Lincoln y Douglass, la guerra horrenda que paró en la casa de ladrillo de Appomattox. Allí se peleó la batalla del sur agrícola, que quería navegación libre, y el norte manufacturero, que quería llevar las cosechas del sur en sus barcos. Allí en cien formas en las elecciones de representantes, en los derechos del senado, en el carácter y duración de la presidencia, en enmien-

das mezquinas y obstáculos descabellados, en denuestos y acusaciones á que sólo pudieron poner coto la bondad de Franklin, que pedía como abuelo lo que no le concedían como convencional, la habilidad de Madison, que fué tanta para modificar su proyecto como para imaginarlo, la súplica de Washington, que enmudeció encogido cuando lo recibió con honores de coronel triunfante la casa de Burgueses de Virginia, y halló en la convención acentos de esos que ablandan las entrañas; allí estalló aquella brega continua entre los partidarios del poder central, que lo tienen como cemento, garantía y fuente de la vida de la nación; y los del poder local, que nada le quisieran conceder al centro, por parecerles vorágine donde va á morir la libertad, y con el mismo dolor que la carne propia se arrancan cualquier cesión del poder del estado; allí estalló el combate que, á raíz mismo de la constitución triunfante, produjo la hostilidad de Jefferson, columna de los estados, que supo escribir en una mesa tan pequeña aquella declaración tan grande, y Hamilton, el creador, que tenía prisa por abrir á la libertad una casa segura, con paredes que no se pudieran echar á la espalda los estados celosos, como los niños cuando se enojan, que se ponen á da y quita, y con la hacienda unida, porque siendo uno el interés, será una la casa; produjo el dogma de la modificación, que un estado tras otro proclamó luego, por donde cada estado podía dejar sin valor la ley federal que no le pareciese bien; produjo la teoría de la separación, que dió fundamento á la guerra terrible. Pero allí,

con todas sus manchas, nació el sol que le pareció aurora á Benjamín Franklin. "¡Ahora sé que es un sol que nace ese que brilla en el dosel, y no un sol que se pone!"

* * *

Y la nueva república volvió los ojos á Washington, quien junta y equilibra en sí todas las fuerzas que produjeron la revolución: que lleva en su persona, como las dos pesas de la balanza de la justicia, el ímpetu que lucha y desconfía y la prudencia que lo dirije y mantiene; que tiene cóleras como de tempestad, en que mete la pistola por la cara á los soldados cobardes, y á votos y blasfemias los vuelve á poner en línea de pelear, y calmas de mundo superior, como cuando ve perdida la batalla, y se clava á caballo, en medio de su gente que huye, á esperar de frente la derrota que el valor renovado de sus milicias convierte en victorioso frenesí; que con la mano izquierda le levanta chichones al negro que le limpió mal las botas, y con la derecha escribía á modo de hombre ungido, aquellas cartas de consejo y comunicación, de letra clara y macizo pensamiento, donde fluía como de cabeza de monte la idea alta y serena, con fuerza de miope y présbita á la vez, y esa elocuencia judicial que viene á las almas fundadoras de la ternura del amor y la dignidad de la virtud. El era como sus tiempos, y como las cintas con que se adornaron para recibirlo las mujeres de Boston, que llevaban de un lado la flor de lis, y el águila de América del otro.

Era aquel santo impecable de las historias,

como un monte sin zarzas ni cuevas, de virtudes más limpias que el cielo, sentado de ceremonia con el pelo en polvos y el espadín asomando por la casaca de pana, á la diestra y á la siniestra de Dios Padre, repartiendo sonrisas sobre el mundo, con labios que no humedeció nunca el vino, ni besó más que el matrimonio casto, ni tuvieron más que palabras de monumento,—ó era "el padrastro de la patria," y no el padre, —"disimulado inglés", "tonto de cuna," tan "ladrón" y tan "César," debajo de sus renuncias falsas y virtudes de bastidores, que había que "llorar con sangre, y no celebrar con bailes y odas," el día en que vino al mundo este "Fabio de juego" que quiere que le llamen al presidente "Su poderío," "Su alto poderío," este saca-castañas, á quien Jefferson, Jay, Madison, Hamilton, le ponían en los labios la sabiduría y el oro, este general de fortuna, que tenía como en tutela á la libertad, una libertad de zapatillas de seda, con manga de pompón y ojos de pupila timorata, una libertad de minuet y manguito;—ó era el hijo de aquella austera viuda que recorría todas las mañanas su hacienda á caballo, el que por derecho natural era capitán y árbitro en la escuela, el primero en la carrera, en la pista, en la barra, en el salto y en la lucha, el mocetón de nariz colorada que se gastaba los dineros en papel de flores, y las noches en sonetos y suspiros, el que á los dieciseis años, más amigo de la silla de montar que de la de gabinete, andaba entre indios y nieves midiendo tierras por cinco pesos al día, y á los diecinueve era mayor, masón, jefe de casa, y

á los veintiuno el emisario, el coronel, el héroe de Virginia, el primer militar criollo, aplaudido por su valor en la guerra, por su hermosura en las paradas, por su tesón en los debates con los oficiales ingleses, por su energía y capacidad de improvisar y mandar en las elecciones, el prohombre sagaz que casó con viuda rica y de abolengo, y tuvo veinte años casa abierta, con vino para todas las gentes de pro, maiz para los pobres, zorras para la cacería, bailes para la juventud, oídos para las ideas nuevas, calma para examinar, presteza para resolver, coraje para "levantar á mi costa contra los ingleses que tiranizan á Boston mil hombres de batalla;" el que venció á los ingleses con tal arte de guerra, que el gran Federico le dedicó su retrato "al primer general del mundo," con tal fuego de hombre que saltaba en Mommouth de contento las cercas á caballo, porque la batalla era "magnífica, magnífica, una caza de zorras," con tal piedad que en medio del combate enfrenaba su Nelson, blanco de la espuma, para admirar el valor de "esos nobles muchachos," de sus enemigos; el que sujetó la ambición del ejército que condujo á la gloria, y se desciñó ante el congreso débil la espada con que hubiera podido derribarlo; el que antes de montar su caballo de señor, para ver si la castaña de Mount Vernon venía bien ó cortaban los pinos como tenía mandado, escribía, á la hora de salir el sol, á sus amigos de batalla, á los cincinatos de quienes era presidente, á los masones, entre los que nunca fué completo su poder, á los gobernadores y políticos de influjo que siempre lo venera-

ron como á padre, ó lo temieron como á Júpiter, para que no se echasen sobre la ley que habían creado, para que levantaran con los estados raquíticos una nación fuerte, el que fué llamado por los corazones, á presidir el gobierno que se creó por sus opiniones, entre vajillas de oro y audiencias semimonárquicas guió, con un partido de cada mano, las pasiones públicas con tanta pureza que lloraba de dolor ante sus consejeros cuando la gaceta vil que uno de ellos inspiraba lo acusó de impuro, en tal acuerdo con los antecedentes de raza y la naturaleza, secreto del éxito en los gobiernos, que aunque pareciese, y fuera ingratitud, no quiso ayudar á los franceses, á los que le ayudaron á libertar su país, contra sus padres, contra los ingleses que se lo oprimieron con tal calma que cuando le censuraba la opinión esta neutralidad, y su apoyo al primer banco nacional, y su intención de imponer derechos á las cosas de afuera, escribía á su mayordomo que cuidase de este negro, que es "remolón," y de aquello "que empieza temprano," y de que no le anden los negritos por la cocina, ni con los árboles del jardín, y de que lo que quede del puerco se sale, y se dé á los negros lo que necesiten de comer, "pero no más;" el que con furia de huracán, lo mismo que sacude el viento los árboles, increpaba al amigo que no quería servir á la nación por preocupaciones locales, y al otro día lo llevaba del brazo, como si no lo hubiera vapuleado ayer, á que viese sus establos, con tanto caballo bueno, la negrada que iba á quedar libre á su muerte, las tierras que iba á dar á los nietos de su mujer, á aquel

Laurence á quien trataba en sus cartas de "estimado señor," á aquella Nellie, linda y astuta, que lo celebraba por galán cuando iba de señoras, con la pechera de rizos y la cara de tocador, mientras la esposa hacía compotas y daba de beber á los soldados, en traje de muselina blanca, ó quitaba el polvo del salón de recibir, con un estrado como trono, donde venía á saludar la gentileza del país, que tachaba de alegres, y de muy amigas de su excelencia, á más de una dama; el que, con retoques de la mano suprema de Hamilton, dió á su patria y al mundo, antes de salir por su deseo del poder, aquella carta de adiós donde pudieron ir peregrinando, á buscar juicio las edades, y después de haber vencido con el desinterés y la cordura, y con el arte de ajustar el gobierno á la realidad, á los que en todo le sobrepujaban, menos en arranque heroico, sagacidad y virtud, volvió á sus campos "á saber cómo iba el castañar," y á recibir á lo mejor del universo que venía á ver en sus ojos al hombre ceremonioso y magnánimo, que en la hora de morir, pidió que lo enterrasen decorosamente, no antes de tres días, se arregló las ropas con su propia mano alrededor del cuerpo, y murió sin dolor con los brazos en cruz.—"¡Oh, qué haremos, qué haremos!" decían las gentes desoladas por las calles. "Lágrimas de cocodrilo!" le dijo la viuda á Jefferson que vino con los ojos húmedos á darle el pésame. En las tabernas se quedaron los vasos vacíos. ¡El cielo está más claro como si hubiese entrado luz en él! "¡Ha muerto el padre!"

Pero cuando en la ceremonia oratoria, baña-

do por el sol, con júbilo de triunfo en el rostro aguileño, enumeraba Depew, como quien pone monte sobre monte, las conquistas, los crecimientos, los resultados, las adiciones de los cien años, al pie de la estatua de bronce, afeada con una coronilla de oro, del que allí mismo, sobre aquella misma piedra, de Wall Street, juró un siglo antes servir bien á la patria, con voz que hacía insegura el noble miedo de errar; cuando entraban en un mismo carruaje, hablándose corteses, el que fué presidente republicano, el Hayes, de poca fortuna, y el que acababa de ser presidente demócrata, el vitoreado Cleveland; cuando en las calles, negras del gentío, le abre paso el del sud, de pera en punta y ojos negros, al veterano del norte, de ojos azules y bigotes caídos, y el de Connecticut parte su pan con el de Filadelfia, y los niños llevan la bandera al hombro, y todos corrían, á tiempo que pasa una bandada de palomas, el hurra que saluda á un viejo que repite el arranque de Webster: "¡Gracias á Dios que soy americano!;" cuando delante del caballo de un gobernador del norte marcha, en la parada de la milicia, con ciertos sones á que no está habituado el clarín, la caballería de penacho amarillo que le salió al frente en la guerra, y lo echó atrás; cuando en la mesa que preside su rival triunfante, el caudillo de los amigos del poder fuerte, del poder de los de arriba, del presidente Harrison, habla, entre aplausos que no han cesado todavía, el candidato vencido, el caudillo de los amigos del poder justo, del poder igual de todos, Cleveland el demócrata; cuando en el templo, morada

usual de la preocupación y el interés, se levanta, como una llama abrasadora, el obispo honrado, y entre yerro y verdad le echa en cara á la nación su vida ruda y á medio podrir, sin más mira que la de llenarse los arcones; y encomia ante el presidente que da puestos pingües á su propio hermano, ó aquel que pidió allí, en aquel mismo asiento de cerezo, al padre Benigno fuerzas para rechazar á los que lo invitasen al robo y al deshonor, á la estafa y la villanía, de repartir entre sectarios y favorecidos los empleos y bienes públicos, cuando el presidente lo oye, con la cabeza baja; aun se puede decir, como dijo el canciller Livingstone en el balcón de la casa federal cuando juró en sus manos Washington: "¡Está hecho! ¡Vive el padre!"

* * *

No vino, como debía, cuanto tiene pies y bolsa en la nación, á pasear bajo los arcos, á ver los bancos y hoteles decorados con lujo de banderas, á ver la calle por Wall, por donde Washington desembarcó de Elizabeth, llena de rojos y azules, á asistir á las fiestas arregladas de manera que fuesen como el simulacro de las de hace un siglo, del viaje de Elizabeth á Nueva York, cuando el héroe venía temeroso entre cantos y cañonazos; de la entrada de Wall, cuando no quiso la carroza de lujo, y siguió á pie, entre la gente frenética; de la jura en la casa federal, donde está ahora en su templo de granito el tesoro; de la oración en la iglesia de San Pablo, donde fué él á ponerse "en manos de Dios" después de la jura; del baile de cere-

monia, cuando bailó sin espada con la esposa de uno de sus contendientes, que le era menos enemiga que el esposo; no vinieron todos los hijos ufanos, cuanta escuela aprende, cuanto taller humea, cuanta ciudad se ha levantado en el desierto, á poner una corona de bronce en la pirámide de gratitud y fortaleza que hubiera dado la medida de este pueblo al mundo; á ver conciliados á los enemigos en la procesión militar; á formar en maravilloso cortejo, vario como el universo, en la parada cívica; á ver en el simulacro naval la mañana sublime. Vino la gente de los alrededores. Vinieron las milicias de los estados. Vinieron unas cuantas comisiones. Vinieron los del sud á la fiesta de su héroe. Seiscientas personas acomodó una junta de hoteleros que había preparado casa para miles. A cinco pesos se vendían los asientos para las procesiones cuando se creyó ver venir el mundo. La mañana de la procesión asientos de sobra había por poco menos de centavos. Pero nadie lo dijera que viese lo que se vió en New York el día naval. Las paredes se volvieron hombres, y los techos cabezas, y los mástiles tenían jarcia humana.

¡A los muelles todo lo vivo! A los mil buques de la bahía, los invitados, los ricos, los jóvenes, las mujeres, cuantos hallaron donde poner el pie en los barcos de la parada! Asomarse á la calle llenaba de júbilo; los niños paseaban la acera de gorro militar, con las manos en los bolsillos: los viejos llevaban la barba fresca; las mujeres van de oros y grises, que es la gala de moda; los jóvenes salen de las casas persegui-

dos hasta la puerta por la madre amante, con el gabán al brazo y los anteojos en bandolera; los ferrocarriles, como que andan más de prisa. A la puerta de los vapores privilegiados, que ya vienen llenos de gente de más favor, se desmayan las mujeres en la muchedumbre ruda de obispos y de generales, de tricornios y gorras de flores, de politicones y banqueros.

Ya se alcanza vapor, y los viejos se apiñan en la proa descubierta, aunque amenaza lluvia: el del oeste, con paraguas de mucho puño y guante de costurón va junto al marino impasible, el miliciano muy peinado, el padre de cuatro hijas, el sacerdote de patillas blancas; tan preparado se viene á lo grande, que parece salón de bahía, visitas tempraneras los buques que la van poblando, amigo íntimo el sol, lenguaje natural la música. ¡Qué emoción entre las mujeres al ver aparecer el primer "hombre de guerra" uno de los muchachos de la guerra civil, un barcón negro, con hadas como de monte!

Tanta bandera se ha visto que al acercarse á los cerros de la isla vecina parecen embanderados los árboles. Van viéndose los pueblos de la costa en esqueleto, como nidos vacíos, esperando el verano.

Los trenes, mudos, reposan en las orillas.

La playa, de legua en legua, es un hilo de gente que aguarda. Y el que alzó allí los ojos de repente, al clamoreo repentino, vió al presidente, que venía como Washington de la punta de Elizabeth, subir al Dispatch, el barco de honor, lindo como un potro, blanca la chimenea y los botes blancos, enmoñado y en flor, todo

gallardetes, pendones y cintas. ¡Oh, muchachos curiosos, aquellos vapores cargados de humanidad, los amarillos de tres puentes, los blancos de música y festín, los de remolque, con seis yachts á la zaga! Entre cañonazos empieza la procesión y cuernos, chimeneas y campanas. New York la veía de lejos, y dicen que oyeron que fué como si en el corazón se les levantasen dos alas. Allá era el cuchicheo, el espumeo, el susurro de tanto vapor rompiendo la ola. Ni hay orden, ni quien lo pida, ni necesidad de él porque el cariño es de ordenada locura, y con la mucha regla se le quita gracia. Los vapores pequeños le van detrás al Dispatch, acercándosele, codeándose, cambiando de puesto, sacándose la voz, saludándolo con las banderas, que se mueven más.

Se va como cuando se sueña, fuerte y ligero como un novio, inundado de orgullo. El buque debe llevar alas. Los jóvenes saludan á una carbonera llena de estudiantes roncos: "¡Oh, me muero por ellos!" Las banderas rojas se destacan sobre un girón de cielo negro y sobre el mar verdusco. De pronto los mismos que van de pie, sienten como si se pusiesen de pie ahora: rompen los cañones de los barcos de guerra, suenan las músicas, cesan los hélices sujetos, exhalan las chimeneas potentes alaridos, pasa en una nube, derramando fuego, el Dispatch veloz: por sobre el humo entre las músicas que vuelan, con el pueblo de barcos á los pies, bañado de sol el

Calló el estruendo de las chimeneas, y no se pedestal, se alza la estatua de la libertad, levantando el brazo.

oyó más que el ceceo de los vapores y el estampido de los disparos con sus bocas rojas. Hubo como un silencio de almas, como silencio de miedo y de iglesia, y cuando al descorrerse la humareda apareció brillante y lleno de luz el cielo, gozó el hombre lo que ha de volver á gozar cuando, lavado de la fealdad del mundo, ponga el pie en los umbrales divinos. Entró la flota en New York por entre montes de hombres.. Roma no lo vió nunca, ni conocieron antes los ojos humanos en grado igual el placer de las lágrimas viriles.

EL CISMA DE LOS CATOLICOS EN NEW YORK

Los católicos protestan en reuniones publicas
contra la
intervención del Arzobispo en sus opiniones políticas
Compatibilidad del catolicismo y el gobierno
republicano.
Obediencia absoluta en el dogma, y libertad
absoluta en la política.

HISTORIA DEL CISMA

La Iglesia Católica en
New York, sus orígenes, y las causas de su crecimiento.
Los irlandeses:
el catolicismo irlandés: el "Sogarth Aroon"
Elementos puros é impuros del catolicismo.—Causas
de la tolerancia
con que se ve hoy en los Estados Unidos el poder católico
La Iglesia, la política y la prensa.
Tratos entre la Iglesia y la política.

EL PADRE Mc. GLYNN

El padre Mc. Glynn ayuda al movimiento de reforma
de las clases pobres.
Revista del movimiento.
Carácter religioso del movimiento obrero.
Mc. Glynn favorece las doctrinas de George,
que son las de los católicos de Irlanda.
El Arzobispo suspende
al padre Mc. Glynn, y el Papa le ordena ir á Roma.
El Papa lo degrada.
Santidad del Padre Mc. Glynn.
Rebelión de su parroquia.—Gran "meeting" de los
católicos en Cooper Unión contra el abuso de autoridad
del Arzobispo.
Los católicos apoyan á Mc. Glynn,
y reclaman el respeto á su absoluta libertad política.

Nueva York, 16 de Enero de 1887.

Señor Director de EL PARTIDO LIBERAL:

Nada de lo que sucede hoy en los Estados Unidos es comparable en trascendencia é interés, á la lucha empeñada entre las autoridades de la Iglesia Católica y el pueblo católico de New York, á tal punto que por primera vez se pregunta asombrado el observador leal, si cabrá de veras la doctrina católica en un pueblo libre sin dañarlo, y si es tanta la virtud de la libertad, que restablece en su estado primitivo de dogma poético en las almas una iglesia que ha venido á ser desdichadamente el instrumento más eficaz de los detentadores del linaje humano. ¡Sí, es la verdad! los choques súbitos revelan las entrañas de las cosas. De la controversia encendida en New York, la Iglesia mala queda castigada sin merced, y la Iglesia de misericordia y de justicia triunfa. Se ve cómo pueden caber, sin alarma de la libertad, la poesía y virtud de la Iglesia en el mundo moderno. Se siente que el catolicismo no tiene en sí propio poder degradante, como pudiera creerse en vista de tanto como degrada y esclaviza; sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los gerarcas de la Iglesia, y la confusión en que mezclan á sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los

mandatos sencillos de la fe. Se entiende que se pueda ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república. ¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, los que se juntan frente á la iniquidad hombro á hombro, y echan á volar, con sus alas de plata encendida, el Evangelio! La verdad se revela mejor á los pobres y á los que padecen! Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!

* * *

Acabo de verlos, de sentarme en sus bancos, de confundirme con ellos, de ver brillar el hombre en todo su esplendor en espíritus donde yo creía que una religión atentatoria y despótica lo había apagado. ¡Ah! la religisón, falsa siempre como dogma á la luz de un alto juicio, es eternamente verdadera como poesía: ¿qué son en suma los dogmas religiosos, sino la infancia de las verdades naturales? Su rudeza y candor mismos enamoran, como en los poemas. Por eso, porque son gérmenes inefables de certidumbre, cautivan tan dulcemente á las almas poéticas, que no se bajan de buen grado al estudio concreto de lo cierto.

¡Oh! si supieran cómo se aquilatan y funden allí las religiones, y surge de ellas más hermosa que todas, coronada de armonías y vestida de himnos, la Naturaleza! Lo más recio de la fe del hombre en las religiones es su fe en sí propio, y su soberbia resistencia á creer que es capaz de errar: lo más potente de la fe es el cariño á los tiempos tiernos en que se la re ibe, y á las ma-

nos adoradas que nos la dieron. ¿A qué riñen los hombres por estas cosas que pueden analizarse sin trabajo, conocerse sin dolor, y dejarlos á todos confundidos en una portentosa y común poesía?

* * *

Acabo de verlos, de sentarme á su lado, de desarrugar para ellos esta alma ceñuda que piedra á piedra y púa á púa elabora el destierro. Otro se hubiera regocijado de su protesta: yo me regocijaba de su unión. ¿Para qué estaban allí aquellos católicos, aquellos trabajadores, aquellos irlandeses? ¿Para qué estaban allí aquellas mujeres de su casa, gastadas y canosas? ¿Para qué estaban allí los hombres nobles de todos los credos, si no para honrar al santo cura, perseguido por el Arzobispo de su Iglesia por haberse puesto del lado de los pobres?

Era en "Cooper Unión," la Unión de Cooper, la sala de reuniones de la Escuela gratuita, que aquel gran viejo levantó con sus propias ganancias para que otros aprendiesen á vencer las dificultades que él había hallado en la vida: ¡jamás ha sido tan bello un hombre que no lo era! Era en la sala baja de "Cooper Union." Llovía afuera y adentro rebosaba. Apenas se encontraba rostro innoble, no porque no los hubiese, sino porque no lo parecían. Seis mil hombres, seis mil católicos, ocupaban los asientos, los pasillos, las puertas, las espaciosas galerías. ¡Al fin, les habían echado de su Iglesia á su "Sogarth Aroon," al "cura de los pobres," al que los aconseja sin empequeñecerlos desde ha-

ce veintidos años, al que ha repartido entre los infelices su herencia y su sueldo, al que no les ha seducido sus mujeres ni iniciado en torpezas á sus hijas, al que les ha alzado en su barrio de pobres una Iglesia que tiene siempre los brazos abiertos, al que jamás aprovechó el influjo de la fe para intimidar las almas, ni oscurecer los pensamientos, ni reducir su libre espíritu al servicio ciego de los intereses mundanos é impuros de la Iglesia, al padre Mc Glynn! Lo han echado de su casa y de su templo, su mismo sucesor lo expulsa de su cuarto de dormir: han arrancado su nombre del confesionario: ¿quién se confesará ahora con el espíritu del odio? Porque ha dicho lo que dijo Jesús, lo que dice la Iglesia de Irlanda con autorización del Papa, lo que predica á su diócesis el Obispo de Meade, lo que puso á los pies del Pontífice como verdad eclesiástica el profundo Balmes; porque ha dicho que la tierra debe ser de la nación, y que la nación no debe repartir entre unos cuantos la tierra; porque con su fama y dignidad, porque con su sabiduría y virtud, porque con su consejo y su palabra, ayudó en las elecciones magníficas de otoño á los artesanos enérgicos y los pensadores buenos que buscan en la ley el remedio de la pobreza innecesaria—su Arzobispo le quita su curato, y el Papa le ordena ir disciplinado á Roma!

Cuando por creer á Cleveland honrado, lo defendió en sus elecciones el Padre Mc Glynn hace dos años en la tribuna política, no se lo tuvo á mal el Arzobispo, porque Cleveland era el candidato del partido con que está en tratos en

New York la Iglesia, en tratos y en complicidades! Pero lo mismo que pareció bien al Arzobispo en el Padre Mc Glynn cuando defendía al candidato Arzobispal, esa misma expresión de preferencia política de parte de un sacerdote católico, le parece mal ahora que la defensa del Padre Mc Glynn puede alarmar á los ricos protestantes, que se atrincheran en la Iglesia y se valen de ella, para oponerse á la justicia de los pobres que la levantaron!

* * *

La Iglesia católica vino á los Estados Unidos en hombros de los emigrados irlandeses, en quienes, como en los polacos, se ha fortalecido la fe religiosa porque sus santos fueron en tiempos pasados los caudillos de su independencia, y porque los conquistadores normandos é ingleses les han atacado siempre á la vez su religión y su patria. La religión católica ha venido á ser la patria para los irlandeses; pero no la religión católica que el servil y desagradecido secretario del Papa Pío VII ponía de asiento del rey protestante de Inglaterra Jorge III, cuando al pedir favores á este enemigo implacable de los católicos de Irlanda, le hacía observar que "las colonias protestantes de América se habían alzado contra su Graciosa Majestad, mientras que la colonia católica del Canadá le había quedado fiel;" sino aquella otra religión de los obispos caballeros y poetas que con el arpa de oro bordada en su estandarte verde como su campiña, hacían atrás á los clérigos hambrientos que venían de Roma, manchados con un

fausto inicuo, con todos los vicios de una oligarquía soberbia y con el compromiso inmoral de ayudar contra sus vasallos y enemigos, mediante el influjo de la fe, á los príncipes de quienes habían recibido donaciones. Los mercaderes de la divinidad mordieron el suelo ante los sencillos teólogos de Irlanda, que tenían pan seguro en la mesa de los pobres, y no apetecían más púrpura que aquella de que les investía el hierro del conquistador, al herirlos, con el himno en los labios, entre las turbas de fieles campesinos que peleaban rabiosamente por su libertad. El cura irlandés fué la almohada, la medicina, el verso, la leyenda, la cólera de Irlanda: de generación en generación, precipitado por la desdicha, se fué acumulando en el irlandés este amor al cura, y antes le quemarán al irlandés el corazón en su pipa, que arrancarle cariño á su "Sogarth Aroon," su poesía y su consuelo, su patria en el destierro y el olor de su campo nativo, su medicina y su almohada!

Así creció rápidamente, sin razón para pasmo ni maravilla, el catolicismo en los Estados Unidos, no por brote espontáneo ni aumento verdadero, sino por simple trasplante. Tantos católicos más había en los Estados Unidos al fin de cada año, cuantos inmigrantes de Irlanda llegaban durante él. Con ellos venía el cura, que era su consejero y lo que les quedaba de la patria. Con el cura la Iglesia. Con los hijos educados en ese respeto, la nueva generación de feligreses. Con la noble tolerancia del país, la facilidad de levantar por sobre las torres protestantes las torres de los centavos irlandeses. Esos

fueron los cimientos del catolicismo en estos Estados: los hombres de camisa sin cuello y de chaqueta de estameña, las pobres mujeres de labios belfudos y de escaldadas manos.

¿Cómo no habían de entrarse por campo tan productivo los espíritus audaces y despóticos, cuyo predominio lamentable y perenne es la plaga y ruina de la Iglesia? La vanidad y la pompa continuaron la obra iniciada por la fe; desdeñando á la gente humilde, á quien debía su establecimiento y abundancia, levantó reales la Iglesia en la calle de los ricos, deslumbró fácilmente con su aparato suntuoso el vulgar apetito de ostentación, común á las gentes de súbito engrandecimiento y escasa cultura, y aprovechó las naturales agitaciones de la vida pública en una época de estudio y reajuste de las condiciones sociales, para presentarse ante los ricos alarmados como el único poder que con su sutil influjo en los espíritus podía refrenar la marcha temible de los pobres, manteniéndoles viva la fe en un mundo cercano en que ha de saciarse su sed de justicia, para que así no sientan tan ardientemente el deseo de saciarla en esta vida. ¡De ese modo se ve que en esta fortaleza del protestantismo, los protestantes, que aun representan aquí la clase rica y culta, son los amigos tácitos y tenaces, los cómplices agradecidos de la religión que los tostó en la hoguera, y á quien hoy acarician porque les ayuda á salvar su exceso injusto de bienes de fortuna! ¡Fariseos todos, y augures!

Puesta ya en el deseo del poder, en que el misterio religioso y lo amenazante de los tiem-

pos la favorecen tanto, echó la Iglesia católica los ojos sobre el origen de él, que es aquí el voto público, como en las monarquías los echa sobre los soberanos. Y traficó en votos. La democracia era el partido vencido cuando arreció la inmigración irlandesa; y como siempre fué de partidos vencidos el parecer liberales, á él se iban los inmigrantes tan luego como entraban en sus derechos de ciudadanía, por lo que vino á ser formidable el elemento católico en el partido democrático y triunfar éste en la ciudad de New York y aquellas otras donde se aglomeraban los irlandeses. Pronto midieron y cambiaron fuerzas la Iglesia, que podía influir en los votos, y los que necesitaban de ellos para subir al goce de los puestos públicos. La Iglesia Católica comenzó á tener representantes interesados y sumisos en los Ayuntamientos, Asambleas y Consejos de los Gobernadores, y á vender su influjo sobre el sufragio á cambio de donaciones de terreno y de leyes amigas; y sintiéndose capaz de elegir los legisladores, ó impedir que fuesen electos, quiso que hiciesen las leyes para el beneficio exclusivo de la Iglesia, y en nombre de la libertad fué proponiendo poco á poco todos los medios de sustituirse á ella.

Todo lo osó la Iglesia desde que se sintió fuerte entre las masas por una fe que no pregunta, entre los poderosos por la alianza que les ofrecía para la protección de los bienes mundanos, y entre los políticos por la necesidad que estos tienen del voto católico. En el barrio de los Palacios alzó una Catedral de mármol, roleada de edificios de beneficencia, donde los

viera y alabara todo el mundo,—¡no como los que ha mantenido el padre Mc Glynn, que están en los barrios sombríos donde las almas saben de angustia! Comenzaron á verse los milagros de la influencia eclesiástica: abogados mediocres con clientela súbita, médicos untuosos que dejan preparada para el bálsamo á la atribulada enferma, banqueros favorecidos sin razón visible por la confianza de sus depositantes, cardenales de seda y de miel que venían de Inglaterra, frescos y lisos como una manzana nueva, á convertir á la fe en el Arzobispo las familias ricas. Hubo hospitales y asilos deslumbrantes. Los candidatos de más empuje solicitaban el apoyo á la neutralidad de la Iglesia. ¡Los periódicos mismos, que debían ser los verdaderos sacerdotes, atenúan ó disimulan sus creencias, coquetean con el palacio Arzobispal, y parecen aplaudir sus ataques á las libertades públicas, por miedo los unos de verse abandonados por sus lectores católicos, y los otros por el deseo de fortificar á un aliado valioso en la lucha para la conservación de sus privilegios! Se usó la amable influencia del "Sogarth Aroon" para llevar el voto irlandés por donde convenía á la autoridad arzobispal, confabulada para sacar ventaja de las leyes con los que, como ella comercian con el voto. Y así creció en proporciones enormes la fuerza de la Iglesia en los Estados Unidos, por lo numeroso de la inmigración europea, por la complicidad y servicio de las camarillas políticas, por lo temido de las aspiraciones de las masas de obreros, por lo desordenado y tibio de las sectas protestantes, por lo

descuidado de la época en cosas religiosas, por lo poco conocido de la ambición y métodos del clero de Roma, por lo vano y necio de los advenedizos enamorados de la pompa nueva, y sobre todo, por aquella vil causa, propiamente nacida en este altar del dinero, de considerar el poder de la Iglesia sobre las clases llanas como el valladar más firme á sus demandas de mejora, y el más seguro mampuesto de la fortuna de los ricos.

* * *

Tal parece que en los Estados Unidos han de plantearse y resolverse todos los problemas que interesan y confunden al linaje humano, que el ejercicio libre de la razón va á ahorrar á los hombres mucho tiempo de miseria y de duda, y que el fin del siglo diecinueve dejará en el cenit el sol que alboreó á fines del dieciocho entre caños de sangre, nubes de palabras y ruido de cabezas. Los hombres parecen determinados á conocerse y afirmarse, sin más trabas que las que acuerden entre sí para su seguridad y honra comunes. Tambalean, conmueven y destruyen, como todos los cuerpos gigantescos al levantarse de la tierra. Los extravía y suele cegarles el exceso de luz. Hay una gran trilla de ideas, y toda la paja se la está llevando el viento. Enormemente ha crecido la majestad humana. Se conocen repúblicas falsas, que cernidas en un tamiz sólo producirían el alma de un lacayo; pero donde la libertad verdaderamente impera, sin más obstáculos que los que le pone nuestra naturaleza, no hay trono que se

parezca á la mente de un hombre libre, ni autoridad más augusta que la de sus pensamientos! Todo lo que atormenta ó empequeñece al hombre está siendo llamado á proceso, y ha de sometérsele. Cuanto no sea compatible con la dignidad humana, caerá. A las poesías del alma nadie podrá cortar las alas, y siempre habrá ese magnífico desasosiego, y esa mirada ansiosa hacia las nubes. Pero lo que quiera permanecer ha de conciliarse con el espíritu de libertad, ó de darse por muerto. Cuanto abata ó reduzca al hombre, será abatido!

Con las libertades, como con los privilegios, sucede que juntas triunfan ó peligran, y que no puede pretenderse ó lastimarse una sin que sientan todo el daño ó el beneficio. Así la Iglesia Católica de los Estados Unidos, con sus elementos virtuosos é impuros, sale á juicio por esclavizadora y tiránica cuando los espíritus generosos del país deciden ponerse á la cabeza de los desdichados, para ayudar á mejorar la servidumbre de cuerpo y espíritu en que viven. Todas las autoridades se coligan, como todos los sufrimientos. Hay la fraternidad del dolor, y la del despotismo.

Viva está aún en la memoria, como si se hubiese visto pasar una legión de apóstoles, la admirable campañà para las elecciones de corregidor de New York en el otoño de 1886. En ella apareció por primera vez con todo su poder el espíritu de reforma que anima á las masas obreras, y á los hombres piadosos que sufren de sus males. Hay hombres ardientes en quienes, con todos los tormentos del horno, se purifica la es-

pecie humana. Hay hombres dispuestos para guiar sin interés, para padecer por los demás, para consumirse iluminando!—En esa campaña se vió la maravilla de que un partido político nuevo, que apenas cuenta tres años de disensiones y errores preparatorios, combatiese sin amigos, sin tesoro, sin autoridades complacientes ó serviles, sin castas cómplices, y estuviese á punto de vencer, porque no le animaba el mero entusiasmo de las campañas políticas, sino un ímpetu de redención, pedida en vano á los partidos ofrecedores y parleros.

Ya se saben los orígenes de este movimiento histórico. Henry George vino de California, y reimprimió su libro "El Progreso y la Pobreza," que ha cundido por la cristiandad como una Biblia. Es aquel mismo amor del Nazareno, puesto en la lengua práctica de nuestros días. En la obra, destinada á inquirir las causas de la pobreza creciente á pesar de los adelantos humanos, predomina como idea esencial la de que la tierra debe pertenecer á la Nación. De allí deriva el libro todas las reformas necesarias.—Posea tierra el que la trabaje y la mejore. Pague por ella al Estado mientras la use. Nadie posea tierra sin pagar al Estado por usarla. No se pague al Estado más contribución que la renta de la tierra. Así el peso de los tributos á la Nación caerá sobre los que reciban de ella manera de pagarlos, la vida sin tributos será barata y fácil, y el pobre tendrá casa y espacio para cultivar su mente, entender sus deberes públicos, y amar á sus hijos.

No sólo para los obreros, sino para los pen-

sadores, fué una revelación el libro de George. Sólo Darwin en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable á la de George en la ciencia de la sociedad. Se ve la garra de Darwin en la política, en la historia y en la poesía; y donde quiera que se habla inglés, con ímpetu soberano se imprime en los pensamientos la idea amante de George. El es el de los que nacen padres de hombres: allí donde ve un infeliz, siente la bofetada en la mejilla! En torno suyo se agruparon los gremios de obreros:—¡Educarse, les dijo, es indispensable para vencer! En un pueblo donde el sufragio es el origen de la ley, la revolución está en el sufragio. El derecho se ha de defender con entereza; pero amar es más útil que odiar.—Cuando los obreros de New York se sintieron fuertes, todos, católicos, protestantes y judíos,—todos, irlandeses, alemanes y húngaros,—todos, republicanos y demócratas, designaron á George como su candidato para dar, con motivo de las elecciones de corregidor de New York, la primera muestra de su voluntad y poder.

No era un partido que se formaba, sino una iglesia que crecía. Semejante fervor sólo se ha visto en los movimientos religiosos. Hasta en los meros detalles físicos parecían aquellos hombres dotados de fuerza sobrenatural. El hablar no les enronquecía. El sueño no les hacía falta. Andaban como si hubieran descubierto en sí un ser nuevo. Tenían la alegría profunda de los recién casados. Improvisaron tesoro, máquina de elecciones, juntas, diario. Grande fué la alarma

de las camarillas políticas, de las asociaciones de rufianes y logreros que viven regaladamente de la compra y venta del sufragio. Aquellas hordas de votantes se les escapaban, y entraban en la luz. "¡Buscad el remedio de vuestros males en la ley!" dicen los partidos políticos á los obreros, cuando censuran sus tentativas violentas ó anárquicas, pero apenas forman los obreros un partido para buscar en la ley su remedio, los llamaron revolucionarios y anarquistas: los dejó solos la prensa: las castas superiores les negaron su ayuda: los republicanos, partidarios de los privilegios, los denunciaron como enemigos de la patria; y los demócratas, amenazados de cerca en sus empleos é influjo, pidieron auxilio á los poderes aliados á ellos para administrar la ley en el común beneficio. La iglesia entera cayó sobre los trabajadores que la han edificado. El Arzobispo que depone á un sacerdote por haber apoyado la política de las clases llanas, ordena en carta circular á sus párrocos que apoyen la política de los logreros y rufianes determinados á vencerlas. ¡Solo un párroco, el más ilustre de todos, el único ilustre, no abandonó á las clases llanas, el Padre Mc Glynn!

Pues qué: si el Arzobispo, que ha de ser el ejemplo de los curas, puede favorecer una política, ¿cómo ha de ser delito en un cura hacer lo mismo que hace el Arzobispo? ¿Y de qué parte estará la santidad, de los que se ligan con los poderosos para sofocar el derecho de los infelices, ó de los que, desafiando la ira de los poderosos, y estando sobre todos ellos en inteligen-

cia y virtud, dan con el pie á la púrpura y van silenciosamente á sentarse entre los que padecen?

* * *

Dicen que hay santidad igual á la del Padre Mc Glynn, pero no mayor: que en su espíritu excelso es tal la mansedumbre que no halla obstáculo en toda su sabiduría al dogma del descendimiento de la gracia: que ve al hombre más alto tan esclavo del cuerpo, que no acierta á comprender por qué aquél que triunfó de su cuerpo fuese solamente un hombre. Dicen que la virtud le parece tan deseable y bella que no quiere otra esposa. Dicen que vive para consolar al desdichado, robustecer y dilatar las almas, elevarlas por la esperanza y la hermosura del culto á un estado amoroso de poesía, y hacer triunfar en el seno de la Iglesia el espíritu de caridad universal que la engendró, sobre la ambición, el despotismo y el interés que la han desfigurado. Pero también dicen que tiene la energía indomable de los que no sirven á los hombres, sino al hombre!

Cuanto sofoca ó debilita al hombre, le parece un crimen. No puede ser que Dios ponga en el hombre el pensamiento, y un Arzobispo, que no es tanto como Dios, le prohiba expresarlo. Y si unos curas pueden por orden del Arzobispo intimar desde el púlpito á sus feligreses que voten por el enemigo de los pobres ¿por qué no ha de poder otro cura, por su derecho de hombre libre, ayudar á los pobres fuera del altar, sin valerse, ni aun para hacerles bien en cosas

no religiosas, de su autoridad puramente religiosa sobre las conciencias? ¿Quién peca, el que abusa de su autoridad en las cosas del dogma para favorecer inmoralmente desde la cátedra sagrada á los que venden la ley en pago del voto que les pone en condición de dictarla, ó el que sabiendo que al lado del pobre no hay más que amargura, lo consuela en el templo como sacerdote, y le ayuda fuera del templo como ciudadano?

El párroco, es verdad, debe obediencia á su Arzobispo en materias eclesiásticas; pero en opiniones políticas, en asuntos de simple economía y reforma social, en materias que no son eclesiásticas ¿cómo ha de deber el párroco obediencia absoluta á su Arzobispo, si las materias no pertenecen á la Administración del templo ni al ejercicio del culto á que se limita su autoridad sobre el párroco? ¿Cómo ha de ser en New Yok mala doctrina católica la nacionalización de la tierra, que hoy mismo promulga todo el clero católico de Irlanda? ¿O no ha de tener el párroco más política que la que le manda tener su Arzobispo, que no es autoridad suya en política, y cura viene á ser tanto como esclavo, que tiemble ante la ira del señor, porque se atreva á abogar con ternura por los desventurados? ¿O el cura ha de renunciar á tener patria?

Pues porque el Arzobispo, que ha expresado en una pastoral opinión sobre la propiedad de la tierra, ordenó sin derecho al Padre Mc Glynn que no asistiese á una reunión pública en que se iba á tratar la cuestión de la tierra, y el Padre

lo desatendió en aquella en que tenía el derecho de cura y el deber de hombre de desatenderlo, lo suspendió el Arzobispo en sus funciones parroquiales, á él, que ha hecho un cesto de amor de su parroquia! Porque desatendió á su superior eclesiástico en una materia política, el Papa le ordena ir, á él, á la virtud humanada, en castigo á Roma! Y porque en vez de ir, explica al Papa en una carta sumisa el error porque se le condena, el Papa, á él, el único sacerdote santo de su diócesis, le arranca las vestiduras sacerdotales!

* * *

Aquí fué donde se vió el espectáculo hermoso. Al poder, claro está, ¿cómo han de faltarle amigos? Los que viven del voto de la iglesia, los políticos que la temen, los que tienen de ella recomendación ó apoyo, los que la miran como salvaguardia de sus riquezas excesivas, la prensa interesada en conservar su alianza, aletean satisfechas en la sombra en torno del palacio Arzobispal; pero la parroquia en masa ha desertado los bancos de la iglesia, ha vestido de siempreviva el confesionario vacío de su párroco, ha echado indignada de la sala de reuniones del templo al nuevo cura, que osó presentarse á disolver una junta de los feligreses para expresar cariño á su "Sogarth Aroon" ardientemente amado.—¡Por él, por él, estaremos contra el Arzobispo y contra el Papa!"—"¡Nadie nos le hará daño, ni ha de faltarle en esta tierra nada!"—"Hemos levantado este templo con

nuestro dinero: ¡Quién ha de atreverse á echarnos de nuestro templo?

"¿A quién ha podido ofender ese santo que vive para los pobres?"—"¿Por qué nos le maltratan, porque se opuso á que tuviéramos escuelas religiosas que no necesitamos, cuando tenemos la escuela pública para aprender, y para la religión tenemos nuestra casa y nuestra iglesia?"—"¡El nos quiere católicos, pero también nos quiere hombres!" Mujeres eran las más entusiastas de la junta. Una mujer redactó la protesta que llevó la comisión de la junta al Arzosbispo. Artesanos fornidos sollozaban, con los rostros ocultos en las manos. El Padre, humilde y enfermo, á nadie ha visto, ni con nadie ha hablado, y padece en la casa pobre de una hermana.

Pero los católicos de New York se alzan coléricos contra el arzobispo, preparan juntas colosales; oponen la piedad inefable del cura perseguido al indigno carácter de obispos y vicarios que el arzobispado tiene en gloria: y con toda la intensidad del alma irlandesa recaban su derecho á pensar libremente sobre las cosas públicas, denuncian los tratos inmorales del arzobispado con los mercenarios políticos á cuyos dictados obedece, proclaman que fuera de las verdades de Dios y el gobierno de su casa "el "Arzobispo de New York no tiene sobre las opiniones políticas de su grey más autoridad que la del hombre intermediario que andan buscando los naturalistas en los senos de Africa," y recuerdan que hubo en Irlanda un Arzobispo que murió de vergüenza y abandono por haber con-

denado la resistencia justa de los católicos irlandeses á la corona protestante de Inglaterra. "¡Sobre nuestras conciencias, Dios; pero nadie venga á segarnos el pensamiento, ni á quitarnos el derecho de gobernar á nuestro entender nuestra República!"—"En las cosas del dogma, la Iglesia es nuestra madre; pero fuera del dogma, la Constitución de nuestro país es nuestra Iglesia."—"¡Arzobispo, manos fuera!"

Nunca, ni en la campaña de George en el Otoño, hubo entusiasmo mayor. Retumbaba la sala con los vítores cuando aquellos católicos prominentes vindicaban en frases fervorosas la libertad absoluta de su opinión política.

"¿Conque á nuestro consuelo, al que fué honor por su sabiduría en la Propaganda y es estrella por su caridad en New York: conque á ese santo Padre M. Glynn que es nuestro decoro y alegría, y nos ha enseñado con su ejemplo y palabra amorosa toda la razón y hermosura de la fe; conque al que en nuestras manos virtió toda su fortuna, y nos devolvía en limosnas el sueldo que le dábamos y jamás quiso abandonar el barrio de sus pobres, nos lo echan de la Iglesia que él mismo levantó, nos le niegan por un día más el cuarto donde reza y sufre,—y ese otro Obispo Ducey que se llevó bajo su capa al Canadá á un banquero ladrón, goza de toda la confianza de la Iglesia? ¿Conque el Arzobispo compele á nuestro Papa á ser injusto con esta gloria de la fe cristiana, y asiste compungido á los funerales de ese católico liberticida, de ese Jaime Mc Master, que lucía como los ojos de las hienas, que pasó la vida vilipendiando á los

pueblos libres y ayudando con su palabra venenosa á los dueños de esclavos y á los monarcas?''—''¡Líbrenos Dios de hablar contra nuestra fe, de obedecer á los sacerdotes que atentan á nuestra libertad de ciudadanos y de abandonar á nuestro ''Sogarth Aroon,'' por cuya inmensa caridad se ha hecho el catolicismo raíz de nuestras almas!''

En este fervor queda el cisma de los católicos. ¡Cuántas intrigas y complicidades, cuántos peligros para la República ha revelado. ¿Conque la Iglesia compra influjo y vende voto? ¿Conque la santidad la encoleriza? ¿Conque es la aliada de los ricos de las sectas enemigas? ¿Conque prohibe á sus párrocos el ejercicio de sus derechos políticos; á no ser que los ejerzan en pro de los que trafican en votos con la Iglesia? ¿Conque intenta arruinar y degrada á los que ofenden su política autoritaria, y siguen mansamente lo que enseñó el dulcísimo Jesús? ¿Conque no se puede ser hombre y católico? ¡Véase como se puede, según nos lo enseñan estos nuevos pescadores! ¡Oh Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿acompañando al Canadá al ladrón rico, ó en la casita pobre en que el Padre Mc Glynn espera y sufre?

UN DRAMA TERRIBLE

LA GUERRA SOCIAL EN CHICAGO

ANARQUÍA Y REPRESIÓN

EL CONFLICTO Y SUS HOMBRES

ESCENAS EXTRAORDINARIAS

EL CHOQUE.—EL PROCESO.—EL CADALSO.—LOS FUNERALES

New-York, Noviembre 13 de 1887.

Señor Director de LA NACIÓN:

Ni el miedo á las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar á los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente á la libertad el que, á riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acaban de ser llevados á la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago á la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita, que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores ó cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, á manos

de la policía, en el ataque á la única fábrica que trabajaba á pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y ayudado á lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejé á uno muerto, causó después la muerte á seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó á uno de los reos á quince años de penitenciaria y á pena de horca á siete.

Jamás, desde la guerra del sud, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor é interés alrededor de un cadalso.

La república entera ha peleado, con rabia semejante á la del lobo, para que los esfuerzos de abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales á su mantenimiento.

Amedrentada la república por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido sólo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante á la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para ate-

rrar con el ejemplo de ellos, no á la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino á las tremendas capas nacientes. El horror natural del hombre libre al crimen, junto con el acerbo encono del irlandés despótico que mira á este país como suyo y al alemán y eslavo como su invasor, pusieron de parte de los privilegios, en este proceso que ha sido una batalla, una batalla mal ganada é hipócrita, las simpatías y casi inhumana ayuda de los que padecen de los mismos males, el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansia de remediarlos que les embotó el juicio.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, á pedir merced al gobernador del estado, anciano flojo rendido á la súplica y á la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun á riesgo de su vida, salvara á la sociedad amenazada.

Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder, fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acusación concreta que no llegó á probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del terror, morían víctimas del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos; Adler, el pensador cauto y robusto que vislumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaniaco que

vive en la plaza pública dando pan á los pájaros y hablando con los niños.

Ya no cabe intercesión.

Ya, en danza horrible, murieron dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos.

Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social, ni más salvaguardia contra el hambre de los útiles, ni más luz y esperanza para los tugurios, ni más bálsamo para todo lo que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor á los hombres aventó su vida, con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta república, por el culto desmedido á la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

* * *

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez.

Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, por sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido san-

gre, á servir los intereses impuros que nacen de ella.

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada.

Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperan ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

Habituados los del país á vencer sin sangre por la fuerza del voto, ni entienden ni excusan á los que, nacidos en pueblos donde el sufragio es un instrumento de la tiranía, sólo ven en su obra despaciosa una faz nueva del abuso que flagelan sus pensadores, desafian sus héroes, y maldicen sus poetas. Pero, aunque las diferencias esenciales en las prácticas políticas y el desacuerdo y rivalidad de las razas que ya se disputan la supremacía en esta parte del continente, estorbasen la composición inmediata de un formidable partido obrero con unánimes métodos y fines, la identidad del dolor aceleró la acción concertada de todos los que lo padecen, y ha sido necesario un acto horrendo, por más que fuese consecuencia natural de las pasiones encendidas, para que los que arrancan con invencible ímpetu de la misma desventura interrumpan su labor, su labor de desarraigar y recomponer, mientras quedan por su ineficacia condenados los recursos sangrientos de que por

un amor insensato á la justicia echan mano los que han perdido la fe en la libertad.

En el oeste recién nacido, donde no pone tanta traba á los elementos nuevos la influencia imperante de una sociedad antigua, como la del este, reflejada en su literatura y en sus hábitos; donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela á las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos,—en el oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados á leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha; donde justificados á sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, extreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento á la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada é inteligente, vomitando sobre la patria inicua las tres maldiciones terribles de Heine; en el oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descaro é inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende á la vez á lo grande y á lo

pequeño, tal como el agua que va de mar á vapor y de vapor á mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de los instituciones libres, á la vez que infundía miedo ó esperanza por la república y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.

El odio á la injusticia se trocaba en odio á sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiendo como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta á obrar, no cesa; el dolor, puesto á bullir, estalla; la palabra, puesta á agitar, se desordena; la vanidad, puesta á lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo ó la catástrofe: "para el revolucionario, dijo St. Just, no hay más descanso que la tumba!"

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside á la pasión, se revela apenas á las mentes sumas que ven hervir el mundo sentados, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo? ¿Quién que trata con hombres no sabe que, siendo en ellos más la carne que la luz, apenas conocen lo que palpan, apenas vislumbran la superficie, apenas ven más que lo que les lastima ó lo que desean; apenas conciben más que el viento que les da en el rostro, ó el recurso

aparente, y no siempre real, que puede levantar obstáculo al que cierra el paso á su odio, soberbia ó apetito?

¿Quién que sufre de los males humanos, por muy enfrenada que tenga su razón no siente que se le inflama y extravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen, como si lo cubriesen de lodo, como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien pueden mantener en estado de constante locura á los que ven podrirse en ellas á sus hijos y á sus mujeres?

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale á buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

¿No lo decía Desmoulins? "Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?"

Cegados por la generosidad, ofuscados por la vanidad, ebrios por la popularidad, alimentados por la constante ofensa, por su impotencia aparente en las luchas del sufragio, por la esperanza de poder constituir en una comarca naciente su pueblo ideal, las cabezas vivas de esta masa colérica, educadas en tierras donde el voto apenas nace, no se salen de lo presente, no osan parecer débiles ante los que les siguen, no ven que el único obstáculo en este pueblo libre para un cambio social sinceramente deseado está en la falta de acuerdo de los que lo solicitan, no creen, cansados ya de sufrir, y con la visión del falansterio universal en la mente,

que por la paz pueda llegarse jamás en el mundo á hacer triunfar la justicia.

Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. "Mi hija trabaja quince horas para ganar quince centavos." "No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco á una junta de obreros."

El juez los sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas.

¡América, es pues, lo mismo que Europa!

No comprenden que ellos son mera rueda del engrane social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje. El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra un tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redaño.

¿Dónde hallará esa masa fatigada, que sufre cada día dolores crecientes, aquel divino estado de grandeza á que necesita ascender el pensador para domar la ira que la miseria innecesaria levanta? Todos los recursos que conciben, ya los han intentado. Es aquel reinado del terror que Carlyle pinta, "la negra y desesperada batalla de los hombres contra su condición y todo lo que los rodea."

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal, y la de la tierra en las

masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres, erguidos y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Del invierno vienen: ¿qué lengua han de hablar sinó la del infierno?

Sus discursos, aun leídos, despiden centellas, bocanadas de humo, alimentos á medio digerir, vahos rojizos.

Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo!; como en el Sinaí, entre terrenos: como en Noventa y Tres, de un mar de sangre: "¡Mejor es hacer volar á diez hombres con dinamita, que matar á diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!"

Se vuelve á oir el decreto de Moctezuma "¡Los dioses tienen sed!"

Un joven bello, que se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta á una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando al estampido de la revolución social Chicago, símbolo de la opresión del universo, reviente en átomos.

Pero todo era verba, juntas por los rincones, ejercicios de armas en uno que otro sótano, circulación de tres periódicos rivales entre dos mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar—¡de que son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por los que la emplean la decisión de resistirlos.

Cree el obrero tener derecho á cierta seguridad para lo porvenir, á cierta holgura y limpieza para su casa, á alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, á una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, á alguna hora de sol en que ayudar á su mujer á sembrar un rosal en el patio de la casa, á algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas, castigábanlos negándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz; echábanles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida; mataba la policía á veces á algún osado que le resistía con piedras, ó á algún niño; reducíanlos al fin por hambre á volver á su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra á la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos, y recomendaban el uso de la dinamita, co-

mo el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.

No en sombra traidora, sino á la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes, para emancipar al hombre, se reconocían en estado de guerra, bendecían el descubrimiento de una sustancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado común de balística: se ven círculos de color de hueso,—cuando se leen estas enseñanzas,—en un mar de humareda: por la habitación, llena de sombra, se entra un duende, roe una costilla humana, y se afila las uñas: para medir todo lo profundo de la desesperación del hombre, es necesario ver si el espanto que suele en calma preparar supera á aquél contra el que, con furor de siglos, se levanta indignado,—es necesario vivir desterrado de la patria ó de la humanidad.

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la presidencia de la república, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía á sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario á su defensa. Hablaba á saltos, á latigazos, á cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía después de él romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás

el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla las palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una madre pobre, tonos dulcísimos é hilos de lágrimas.

Spies, el director del "Arbeiter Zeitung," escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable á la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el "Alarm," el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso fúnebre, se asombra y complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende á la reja de su calabozo como la mártir cristiana se prendía de la cruz, y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir á los hombres, no amó á Magdalena.

Cuando Spies arengaba á los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba á oler las propias entrañas. Cuando la policía acababa de dar muerte á un huelguista en una refriega, lívido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego solo por las calles sombrías.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener al anarquismo en pie de guerra, él á la cabeza de una compañía: él donde se enseñaba á cargar el rifle ó á apuntar de modo que diera en el corazón: él, en el sótano, las noches de ejercicio, "para cuando llegue la gran hora:" él, con su "Anarchist" y sus conversaciones, acusando á Spies de tibio, por envidia de su pensamiento: él solo era el puro, el inmaculado, el digno de ser oído: la anarquía, la que sin más espera deje á los hombres dueño de todo por igual, es la única buena: perinola el mundo y él,—y él, el mango: ¡bien iría el mundo hacia arriba, "cuando los trabajadores tuvieran vergüenza," como la pelota de la perinola!

El iba de un grupo á otro: él asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos: él tachaba al comité de pusilánime y traidor, porque no decretaba "con los que somos, nada más, con estos ochenta que somos" la revolución de veras, la que quería Parsons, la que llama á la dinamita "sustancia sublime," la que dice á los obreros que "vayan á tomar lo que les haga falta á las tiendas de State Street, que son suyas las tiendas, que todo es

suyo:" él es miembro del "Lehr und Wehr Verein," de que Spies es también miembro, desde que un ataque brutal de la policía, que dejó en tierra á muchos trabajadores, los provocó á armarse, á armarse para defenderse, á cambiar, como hacen cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Sprigfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el "gran rebelde," el "autónomo."

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los amorzuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhauser ó Lohengrin, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el bozo le nació aprendiendo á hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al riñón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

Acababa de llegar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en los demás es palabra, en él será acción: él, él solo, fabricaba bombas, porque, salvo en los hombres de ciega energía, el hombre, ser fundador, sólo para libertarse de ella halla natural dar la muerte.

Y mientras Schwab, nutrido en la lectura de los poetas, ayuda á escribir á Spies, mientras Fielden, de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando las almas al conocimiento de la

reforma venidera, mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él, en un cuarto escondido, con cuatro compañeros, de los que uno lo ha de traicionar, fabrica bombas, como en su "Ciencia de la guerra revolucionaria" manda Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el "Alarm," rellena la esfera mortal de dinamita, cubre el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre la mecha que en lo interior acaba en fulminante, y, cruzado de brazos, aguarda la hora.

* * *

Y así iban en Chicago adelantando las fuerzas anárquicas, con tal lentitud, envidias y desorden intestinos, con tal diversidad de pensamientos sobre la hora oportuna para la rebelión amada, con tal escasez de sus espantables recursos de guerra, y de los fieros artífices prontos á elaborarlos, que el único poder cierto de la anarquía, desmelenada dueña de unos cuantos corazones encendidos, era el furor que en un instante extremo produjese el desdén social en las masas que la rechazan. El obrero, que es hombre y aspira, resiste, con la sabiduría de la naturaleza, la idea de un mundo donde queda aniquilado el hombre; pero cuando, fusilado en granel por pedir una hora libre para ver á la luz del sol á sus hijos, se levanta del charco mortal apartándose de la frente, como dos cortinas rojas, las crenchas de sangre, puede el sueño de muerte de un trágico grupo de locos de piedad, desplegando las alas humeantes, revolando sobre la turba siniestra, con el cadáver

clamoroso en las manos, difundiendo sobre los torvos corazones la claridad de la aurora infernal, envolver como turbia humareda las almas desesperadas.

La ley, ¿no los amparaba? La prensa exasperándolos con su odio en vez de aquietarlos con justicia, ¿no los popularizaba? Sus periódicos, creciendo en indignación con el desdén y en atrevimiento con la impunidad, ¿no circulaban, sin obstáculos? Pues ¿qué querían ellos, puesto que es claro á sus ojos que se vive bajo abyecto despotismo, que cumplir el deber que aconseja la declaración de independencia derribándolo, y sustituirlo con una asociación libre de comunidades que cambien entre sí sus productos equivalentes, se rijan sin guerra por acuerdos mutuos y se eduquen conforme á ciencia sin distinción de raza, iglesia ó sexo? ¿No se estaba levantando la nación, como manada de elefantes, que dormía en la yerba, con sus mismos dolores y sus mismos gritos? ¿No es la amenaza verosímil del recurso de fuerza, medio probable aunque peligroso, de obtener por intimidación lo que no logra el derecho? Y aquellas ideas suyas, que se iban atenuando con la cordialidad de los privilegiados tal como con su desafío se iban trocando en rifle y dinamita, ¿no nacían de lo más puro de su piedad, exaltada hasta la insensatez por el espectáculo de la miseria irremediable, y ungida, por la esperanza de tiempos justos y sublimes. ¿No había sido Parsons, el evangelista del jubileo universal, propuesto para la presidencia de la república? ¿No había luchado Spies con ese progra-

ma en las elecciones como candidato á un asiento en el congreso? ¿No les solicitaban los partidos políticos sus votos, con la oferta de respetar la propaganda de sus doctrinas? ¿Cómo habían de creer criminales los actos y palabras que les permitía la ley? Y ¿no fueron las fiestas de sangre de la policía, ebria del vino del verdugo como toda plebe revestida de autoridad, las que decidieron á armarse á los más bravos?

Lingg, el recién llegado, odiaba con la terquedad del novicio á Spies, el hombre de idea, irresoluto y moroso: Spies, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aun en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaban la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel, enamorado de Lingg, veían su jefe propio, Engel, contento de verse en guerra con el universo, medía su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une á Spies, como el héroe de la palabra y amigo de las letras. Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular creía, prendado de la patria cuyo egoísta amor prohibe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados. Engel—"ha llegado la hora:" Spies:—"¿habrá llegado esta terrible hora?": Lingg, resolviendo con una púa de madera arcilla y nitro-glicerina:— "¡ya verán, cuando yo acabe mis bombas, si ha llegado la hora!": Fielden, que ve levantarse, contusa y

temible de un mar á otro de los Estados Unidos, la casta obrera, determinada á pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca á ocho horas diarias, recorre los grupos, unidos solo hasta entonces en el odio á la opresión industrial y á la policía que les da caza y muerte, y repite:—"sí, amigos, si no nos dejan ver á nuestros hijos al sol, ha llegado la hora."

* * *

Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la república, demandar á las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no excediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quién quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, á sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinadas y lívidas las mujeres, cuando aun no ha cesado de reposar el mismo sol!

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistada el fusil de motín la policía, y, no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba á los obreros á duelo.

Los obreros, decididos á ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda á los oradores lúgubres del anarquismo y

á los que magullados por la porra ó atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hierro á hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos á la calle, echaron á los obreros que fueron á presentarles su demanda. En masa, como la orden de los Caballeros del trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se podría sin envasadores que lo amortajaran, mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de Mc Cormick, ocupadas por obreros á quienes la miseria fuerza á servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fué llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de Mc Cormick, de obreros airados que subían calle arriba, con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo: ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria?: "¡allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir á los obreros que luchan contra el hambre y el frío, á las mismas víctimas desesperadas del hambre!: ¿no se va á acabar, pues, este combate por

el pan y el carbón en que por la fuerza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos?: pues ¿no es esta la batalla del mundo, en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan?: ¡de veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores!" Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira á las casuchas míseras que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil: el humo de Mc Cormick caracolea sobre el molino: ya se acerca la hora de salida: "¡á ver qué cara nos ponen esos traidores!": "¡fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!...."

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando á aquellos ansiosos padres á resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en vano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies: primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y aclaman: "¡ese, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!" Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino: ¿qué importa lo que está diciendo Spies?: arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fá-

brica, y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso!: "¡aquellos, aquellos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan á oprimir á sus hermanos!" ¡piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas: vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno el estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso á balazos en la turba, que los caballos arrollan y atropellan: saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan á tiros sobre la muchedumbre que á pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por los patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, á escondidas, á fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

¿No se ve hervir todos aquellos pechos? ¿juntarse á los anarquistas? ¿escribir Spies un relato ardiente en su "Arbeiter Zeitung?" ¿reclamar Engel la declaración de que aquella es por fin la hora? ¿poner Lingg, que meses atrás fué aporreado en la cabeza por la patrulla, las bombas cargadas en un baúl de cuero? ¿acumularse, con el ataque ciego de la policía, el odio que su brutalidad ha venido levantando? "¡A las armas, trabajadores!" dice Spies en una circular fogosa que todos leen estremeciéndose: "¡á las armas, contra los que os matan porque ejercitáis vuestros derechos de hombre!"

"¡Mañana nos reuniremos,"— acuerdan los anarquistas,—"y de manera y en lugar que les cueste caro vencernos si nos atacan!" "Spies, pon Ruhe en tu Arbeiter: "Ruhe quiere decir que todos debemos ir armados." Y de la imprenta del "Arbeiter" salió la circular que invitaba á los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket á protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, á oir á los que les ofrecían dar voz á su dolor; pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba á dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: "Trabajadores á las armas," habló de la injuria con cáustica elocuencia, mas no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: "¿Es esto Alemania, ó Rusia, ó España?" decía Spies. Parsons, en los intantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden preguntaba en bravo arranque si, puestos á morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial ó caer defendiéndose contra el enemigo,—nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega á la tribuna: intima la dispersión; no cejan pronto

los trabajadores; "¿qué hemos hecho contra la paz?" dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vió descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros á bala graneada contra los trabajadores que le resisten: "huimos sin disparar un tiro!" dicen unos; "apenas intentamos resistir," dicen otros; "nos recibieron á fuego raso," dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros á sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza: otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar á su mujer su último aliento; otro, que sigue á pie, va agujereado de pies á cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebanado como un cincel.

¿Pintar el terror de Chicago, y de la República? Spies les parece Robespierre; Engel, Marat; Parsons, Danton. ¿Qué?: ¡menos!; esos son bestias feroces Tinvilles, Henriots, Chaumettes, ¡los que quieren vaciar el mundo viejo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva el mundo! ¡A lazo cáceseles por las calles, como ellos quisieron cazar ayer á un policía! ¡salúdeseles á balazos por donde quiera que

asomen, como sus mujeres saludaban ayer á los "traidores" con huevos podridos! ¿No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas? ¿No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derriten el plomo, como aquellas de Paris que arañaban la pared para dar cal con que hacer pólvora á sus maridos? ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del Terror, asaltando la tienda de un boticario que denunció á la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la calle como perros, envenenados con el vino de colchydium! ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan asomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab y Fischer caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastrera y babosa, en que trata á Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de "la medicina," y de un rival suyo, de Paulus el Grande "que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch." A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y á Neebe, de su casa también. Y á Lingg, de su cueva: ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver, el policía lo abraza: y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquizamí lleno de tuercas, escoplos y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar, Lingg casi tiene ahogado á su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga: ¡ni inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescien-

tos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjuro. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vió por el casquete, á la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Persons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjuro fué quien dijo, y desdijo luego, que vió á Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano á la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, á petición de Engel, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el "Arbeiter" la palabra "Ruhe." Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una ú otra casa rimeros de "manuales de guerra revolucionaria." Lo que sí se probó con prueba plena, fué que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fué que Parsons, hermano amado de un noble general del sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal á compartir la suerte de sus compañeros. Lo que sí estremece es la desdicha de la leal Nina van Zandt, que prendada de la arro-

gante hermosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso; llevó á su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos á la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fué á echar de rodillas á los pies del gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como á bruja, después de catervas crueles de chicuelos para "pintar al mundo el horror de la condición de castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo." ¿El proceso? Los siete fueron condenados á muerte en la horca, y Neebe á la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa á la rebeldía, con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién que castiga crímenes, aun probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prever la enfermedad, ó curarla en sus raíces, á dejar que florez-

ca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperado.

* * *

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La suprema corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento ó miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo: que los gremios obreros de la república envían al fin á Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco á Nueva York, falseando el proceso, pinta á los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma la sentencia? ¡Quién nos defenderá mañana, cuando se alce el monstruo obrero, si la policía ve que el perdón de sus enemigos los anima á reincidir en el crimen! ¡Qué ingratitud para con la policía, no matar á esos hombres? "¡Nó!" grita un jefe de la policía, á Nina van Zandt, que va con su madre á pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una ma-

no recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida, les va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del estado, el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull? La cárcel es jubileo: de la ciudad salen y entran repletos los trenes: Spies, Fielden y Schwab han firmado, á instancias de su abogado, una carta al gobernador donde aseguran no haber intentado nunca recursos de fuerza: los otros no, los otros escriben al gobernador cartas osadas: "¡ó la libertad, ó la muerte, á que no tenemos miedo!" ¿Se salvará ese cínico Spies, ese implacable Engel, ese diabólico Parsons? Fielden y Schwab acaso se salven, porque el proceso dice de ellos poco, y, ancianos como son, el gobernador los compadece, que es también anciano.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres, esposas y hermanas de los reos, á implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador. ¡Allí, en la hora real, se vió el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frases ante la muerte! "¡Señor, dice un obrero, condenarás á siete anarquistas á morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar á la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro á un niño obrero? Sí: el gobernador los condenará; la república entera le pide que los condene para ejemplo: ¿quién puso ayer en la

celda de Lingg las cuatro bombas que descubrieron en ella los llaveros?: de modo que ese alma feroz quiere morir sobre las ruinas de la cárcel, símbolo á sus ojos de la maldad del mundo?: ¿á quién salvará por fin el gobernador Oglesby la vida?

¡No será á Lingg, de cuya celda, sacudida por súbita explosión sale, como el vapor de un cigarro, un hilo de humo azul! Allí está Lingg tendido vivo, despedazado, la cara un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa roja: se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha, y le llevó la cápsula la barba: lo cargan brutalmente: lo dejan caer sobre el suelo del baño: cuando el agua ha barrido los coágulos, por entre los girones de carne caída se le ve la laringe rota, y, como las fuentes de un manantial, corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Y pidió que lo sentaran! ¡Y murió á las seis horas,—cuando ya Fielden y Schwab estaban perdonados, cuando convencidas de la desventura de sus hombres, las mujeres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez, no con flores y frutas como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, á aquellas bárbaras puertas!

La primera es la mujer de Fischer: ¡la muerte se le conoce en los labios blancos!

Lo espero sin llorar: pero ¿saldrá viva de aquel abrazo espantoso?: ¡así, así se desprende el alma del cuerpo! El la arrulla, le vierte miel en los oídos, la levanta contra su pecho, la be-

sa en la boca, en el cuello, en la espalda. "¡Adiós!": la aleja de sí, y se va á paso firme; con la cabeza baja y los brazos cruzados. Y Engel ¿cómo recibe la visita postrera de su hija? ¿no se querrán, que ni ella ni él quedan muertos? ¡oh, sí la quiere, porque tiemblan los que se llevaron del brazo á Engel al recordar, como de un hombre que crece de súbito entre sus ligaduras, la luz llorosa de su última mirada! "¡Adios, mi hijo!" dice tendiendo los brazos hacia él la madre de Spies, á quien sacan lejos del hijo ahogado, á rastras. "¡Oh, Nina, Nina!" exclama Spies apretando á su pecho por primera y última vez á la viuda que no fué nunca esposa: y al borde de la muerte se la ve florecer, temblar como la flor, deshojarse como la flor, en la dicha terrible de aquel beso adorado.

No se la llama desmayada, no; sino que, conocedora por aquel instante de la fuerza de la vida y la beldad de la muerte, tal como Ofelia vuelta á la razón cruza, jacinto vivo, por entre los alcaides, que le tienden respetuosos la mano. Y á Lucy Parsons no la dejaron decir adiós á su marido, porque lo pedía, abrazada á sus hijos, con el calor y la furia de las llamas.

* * *

Y ya entrada la noche y todo oscuro en el corredor de la cárcel pintado de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias con la escopeta al hombre, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores, mezclado de vez en cuando á un repique de llaves, por sobre el golpeo in-

cesante del telégrafo que el "Sun" de Nueva York tenía en el mismo corredor establecido, y culebreaba, reñía, se desbocaba, imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre, por sobre el silencio que encima de todos estos ruidos se cernía, oíanse los últimos martillazos del carpintero en el cadalso. Al fin del corredor se levantaba el cadalso. "¡Oh, las cuerdas son buenas: ya las probó el alcaide!" "El verdugo halará, escondido en la garita del fondo, de la cuerda que sujeta el pestillo de la trampa." "La trampa está firme, á unos diez pies del suelo." "No: los maderos de la horca no son nuevos: los han repintado de ocre, para que parezcan bien en esta ocasión; porque todo ha de hacerse decente, muy decente." "Sí, la milicia está á mano: y á la cárcel no se dejará acercar á nadie." "¡De veras que Lingg era hermoso!" Risas, tabacos, brandy, humo que ahoga en sus celdas á los reos despiertos. En el aire espeso y húmedo chisporrotean, cocean, boquean, las luces eléctricas. Inmóvil sobre la baranda de las celdas, mira al cadalso un gato..... ¡cuando de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres á quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante en seguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis, recitaba "El Tejedor" de Henry Keine, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto:

Con ojos secos, lúgubres y ardientes,
Rechinando los dientes,
Se sienta en su telar el tejedor:
¡Germania vieja, tu capuz zurcimos!
Tres maldiciones en la tela urdimos;
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Dios que implora en vano
En invierno tirano
Muerto de hambre el jayán en su obrador:
¡En vano fué la queja y la esperanza!
Al Dios que nos burló, guerra y venganza:
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso rey del poderoso
Cuyo pecho orgulloso
Nuestra angustia mortal no conmovió!
¡El último doblón nos arrebata,
Y como á perros luego el rey nos mata!
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Estado en que florece,
Y como yedra crece
Vasto y sin tasa el público baldón;
Donde la tempestad la flor avienta
Y el gusano con podre se sustenta!
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Corre, corre sin miedo, tela mía!
¡Corre bien noche y día
Tierra maldita, tierra sin honor!
Con mano firme tu capuz zurcimos:
Tres veces, tres, la maldición urdimos:
¡Adelante, adelante el tejedor!

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundiendo en la palmas el rostro envejecido. Muda lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados á los barrotes, estremecidos los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo, Spies á medio sentar. Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos, como quien va á emprender el vuelo.

El día sorprendió á Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado á muerte, sobre lances curiosos de su vida de conspirador; á Spies, fortalecido por el largo sueño; á Fischer, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descansar mejor; á Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

"¡Oh, Fischer, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaidía!"— "Porque"— responde Fischer, clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos, —"creo que mi muerte ayudará á la causa con que me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que á mi vida misma, la causa del trabajador,—y porque mi sentencia es parcial, ilegal é injusta!" "¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces, y los pies, estás leyendo que la san-

gre se te hiela, cómo no tiemblas, Engel!"— "¿Temblar porque me han vencido aquellos á quienes hubiera querido yo vencer? Este mundo no me parece justo; y yo he batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo justo. ¿Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas: quiero vino de Oporto!" Y uno sobre otro se bebe tres vasos..... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el "Arbeiter Zeitung" el universo dichoso, color de llama y hueso, que sucedería á esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una ú otra vez deja descansar la pluma, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: ¡oh, patria, raíz de la vida, que aun á los que te niegan por el amor más vasto á la humanidad, acudes y confortas, como aire y como luz, por mil medios sutiles! "Sí, Alcaide, dice Spies, beberé un vaso de vino del Rhin!"..... Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó á ser angustioso, en aquel instante en que en las ejecuciones como en los banquetes callan á la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de "La Marsellesa" que cantó con la cara vuelta al cielo..... Parsons á grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles

que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías: tiende las manos, como para recibir el don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar á los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de lóbregos muros parecían, como el bíblico, vivos en medio de las llamas, cuando el ruido improviso, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcaide y los carceleros que aparecen á sus rejas, el color de sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncian, lo que oyen sin inmutarse, que es aquélla la hora!

Salen de sus celdas al pasadizo angosto; ¿Bien?—"¡Bien!": Se dan la mano, sonríen, crecen. "¡Vamos!" El médico les había dado estimulantes: A Spies y á E. Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, á cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero: les echan por sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca: ¡abajo la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, á cuyo remate se levanta la horca; delante va

el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va á paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás á la manera de quien va á una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones. Parsons, como si tuviese miedo á no morir, fiero, determinado, cierra la procesión á paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza, el de Parsons, orgullo radioso: á Engel que hace reir con un chiste á su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, á Fischer, á Engel, á Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bugías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que á los que lo oyen les entra en las carnes: "La voz que vais á sofocar será más poderosa en lo futuro que cuantas palabras pudiera yo decir ahora." Fischer dice, mientras atiende el corchete á Engel: "¡Este es el momento más feliz de mi vida!" "¡Hurra por la anarquía!" dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas." "¡Hombres y mujeres de mi querida Améri-

ca....'' empieza á decir Parsons..... Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen á la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y bajo el pecho como la marejada, y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea: y al fin espira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza á los espectadores.

* * *

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amoratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner á los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vió pasar tras las músicas fúnebres, á que precedía un soldado loco agitando como desafío un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores: el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas—y los carruajes de las viudas, re-

catadas hasta los pies por velos de luto,—y sociedades, gremios, vereins, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pábilo defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres,—"¿Qué es la verdad,"—decía, en tal silencio que se oyó gemir á las mujeres dolientes y al concurso,—¿qué es la verdad que desde que el de Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas: su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza: su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud: su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz á la justicia: ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!"

De la tiniebla que á todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajusticiados á la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa, y de corazón grave y agriado: "¡Yo no vengo á acusar ni á ese verdugo á quien llaman alcaide, ni á la nación que ha estado hoy dando gracias á Dios en sus tem-

plos porque han muerto en la horca estos hombres, sino á los trabajadores de Chicago, que han permitido que les asesinen á cinco de sus más nobles amigos!''..... La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombro inquieto, dispersaron los concurrentes y los hurras: flores, banderas, muertos y afligidos, perdíanse en la misma negra sombra: como de olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre en vuelta á sus hogares. Y decía el ''Arbeiter Zeitung'' de la noche, que al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: ''¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme á justicia: seamos sagaces como las serpientes, é inofensivos como las palomas!''

LA RELIGION EN LOS ESTADOS UNIDOS

EL CARACTER MORAL EN LA REPUBLICA

LA RELIGION OFICIAL Y LA POPULAR

LAS HIJAS DEL REY

HISTORIA EXTRAVAGANTE — ESCENAS EXTRAORDINARIAS

HIMNOS.—LAGRIMAS.—GRITOS.

Nueva York, Abril 8 de 1888.

Señor Director de La Nación:

Dice Clark en su libro sobre el "Derecho original del hombre" á una parte inalienable de dominio en los beneficios de la naturaleza, que á seguir como van los monopolios, acaparando la riqueza pública, concentrando en pocas manos la privada, acorralando á la nación trabajadora, como un pugilista á su rival, sobre la última esquina del circo "no aseguraría por un cincuenta por ciento los negocios de los Estados Unidos, y las vidas no las aseguraría por un noventa." Se ve ahora de cerca lo que "La Nación" ha visto desde hace años que la república popular se va trocando en una república de clases: que los privilegiados fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida á los que vienen á ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado, y los pobres de otro; que los ricos se coligan, y los pobres también; que la inmigración, no bien destilada ni contenida, aporta más de sus vicios europeos que lo que adquiere de virtudes americanas; que el lujo, el lujo descompuesto y casi bestial, obliga la mente á tales agudezas y el honor de ambos sexos á tales sacrificios, que la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco

remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan á salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan condición más estimable que la riqueza, asimilan al carácter nacional las masas indiferentes ú hostiles que se les unen.

Se ve que no bastan las instituciones pomposas, los sistemas refinados, las estadísticas deslumbrantes, las leyes benévolas, las escuelas vastas, la parafernalia exterior, para contrastar el empuje de una nación que pasa con desdén por junto á ellas, arrebatada por un concepto premioso y egoísta de la vida. Se ve que ese defecto público que en México comienza á llamarse el "dinerismo," el afán desmedido por las riquezas materiales, el desprecio de quien no las posee, el culto indigno á los que la logran, sea á costa de la honra, sea con el crimen, ¡brutaliza y corrompe á las repúblicas!; debiera sin duda negarse consideración social, y mirarse como á solapados enemigos del país, como á la roña y como á Yagos, á los que practican ó favorecen el culto á la riqueza: pues así como es gloria acumularla con un trabajo franco y brioso, así es prueba palpable de incapacidad y desvergüenza, y delito merecedor de pena escrita, el fomentarla por métodos violentos ó escondidos, que deshonran al que los emplea, y corrompen la nación en que se practican. Debieran los ricos, como los caballos de raza, tener donde todo el mundo pudiese verlo, el abolengo de su fortuna.

Todo eso se ve aquí ahora; pero así como del

estudio de la naturaleza, tenido por hostil al espiritualismo, surge éste, podado de supersticiones y acorazado con hechos, más enérgico y resplandeciente: así como las grandes opresiones engendran los grandes rebeldes: así como las tierras de menos poesía natural producen, por la vehemencia con que la desean, los poetas más profundos y sensibles; así, por la falta general de las condiciones más finas del carácter, surgen aquí propagandistas fervorosos, entusiastas, ardientes, maniáticos santos, redentores callejeros, apóstoles de salón, sacerdotisas intensas, toda suerte de trabajadores espirituales, con las variantes más caprichosas y risibles. Y puede decirse á boca llena que el clero oficial, que muestra hoy en servir á los ricos la rivalidad que mostró antes en la interpretación de la Escritura, es quien menos ayuda á esta obra de reconstruir el alma nacional caída. Es el clero improvisado el que remueve más ideas, ve más de cerca la desdicha, y exhorta con más elocuencia á la caridad para con el hombre y la fe en Dios) es el sacerdote campesino, ayer vendedor de medicinas de patente, que llega á la ciudad, á "predicar el Evangelio" con botas de montar, levita á los talones, nariz y ojos de águila, labio de arriba raso, y barba al pecho: es el rufián arrepentido, que levanta una iglesia donde tuvo primero otra de vicios; es un peón de albañil, un botero inspirado, un dependiente de muelle, una buena mujer tan conocedora de la desventura que la gente infeliz acaba por hacer de su casa como un templo, donde

entran á que les cure las llagas del corazón con su palabra balsámica y caritativa.

Así se fundan aquí las religiones, se levantan templos nuevos bajo la advocación cristiana, se renueva el carácter moral amenazado y á medio podrir, se escogen por una especie de sufragio no estricto los educadores religiosos. Siempre lo impuesto es vano, y lo libre es vivífico.

* * *

Y esta es la ocasión propicia para notar lo numeroso, ya que no lo eficaz, de estos esfuerzos, que por esa misma descompuesta manera de nacer, y por el influjo insidioso de cultos más deslumbrantes y amañados, no vienen á ser más que ventarrones cargados de semilla, y como sacudimientos que sacan á los espíritus de su letargo, mas sin extinguir en las almas, abiertas un instante á la piedad y la resignación, aquella falta de desinterés, aquel amor enconado de sí, aquella vida carnal y grosera que desluce acá el trato y afea la vida de los más míseros como de los más elevados del país.

Ahora, con el sol que se acerca, con los frescos de marzo y abril, con la primavera pascual, parecen renacer la elocuencia y la fe, y ser mayores y más lúcidas las potencias del alma. Ahora, con la cuaresma, las iglesias disponen fiestas memorables, los pastores populares congregan á los transeuntes en las plazas y en los atrios, los evangelistas levantan tiendas de conversión en los rincones más fétidos é infelices.

El pastor famoso de la iglesia de la Trinidad castiga los vicios de la gente alta de Nueva York, de las jóvenes ricas que sólo procuran atraer á los hombres por los atractivos de su cuerpo, y asisten á almuerzos de doce platos y no menos de seis vinos, y van al teatro vergonzosamente vestidas, á que refocilen los ojos y contenten las manos los galanes jovenzuelos ó calvos que le pagan después la exhibición con cenas de Delmónico ó de Brunswick, donde se sirven anguilas menos resbaladizas que los cuentos, y salsas menos picantes que la conversación ordinaria.

Otro pastor, vecino de Sharp, de aquel sobornador que compró los votos de los regidores para su tranvía de Broadway,—cuando todavía está caliente en el ataúd el cadáver del infeliz, denuncia ante su iglesia, como tipo abominable de su especie, la vida de aquel hombre que de cocinero de una balsa de maderas ascendió sin más ayuda que la propia á contratista afortunado, pero llegó á tener por el dinero tal pasión, y á ver junto á sí tan venales á los hombres, que se pasó treinta años comprando jueces, senadores, regidores, como compraba antes sus papas y sus carnicerías en el mercado.

Un sacerdote de pueblo, de ochenta y cuatro años, censura en una serie de sermones el apetito exagerado de las riquezas como raíz de todos los males de la nación, de los que el menor no es por cierto el miedo que van teniendo los hombres á decir la verdad, por temor de ofender á aquellos á quienes les conviene tener por amigos en los negocios y en la política. "Y el

horror que tengo á la mentira es tal, que el domingo que viene voy á predicar en mi iglesia, delante del que será mi ataúd, mi propia oración fúnebre.'' Y la predicó, fueron á oirlo de todos los pueblos á la redonda.

El ataúd estaba al pie del estrado, y la familia en su banco, vestida de luto como en las ceremonias funerales. Se cantaron los himnos mortuorios. Y el pastor Pridgeon flageló en un discurso de dos horas sus ''groserías carnales,'' y encomió las ''victorias de su espíritu.'' La multitud lloraba unas veces, y reía otras. He aquí una de sus frases: ''Ningún hombre debe vivir soltero un solo instante, cuando hay tanta buena mujer deseosa de encontrar buenos maridos.''

Uno predica sobre el influjo de la ciencia en la religión, y ven, en Darwin mismo, como el albor de una religión científica, no sin razón, puesto que Darwin fué quien dijo que le era intolerable el pensamiento de que el ser humano tardase tanto en adquirir su condición actual para que de un soplo lo apagase el viento. Otro con un barril de harina que va distribuyendo entre los pobres de su barrio, da á las mujeres y á los niños durante todas las cuaresmas unas lecciones pintorescas sobre la Biblia, que él les enseña de modo que ellos lo puedan entender, con su lenguaje sin gramática, y con ejemplos de su propia vida: los niños lo oyen con interés: á las madres suele ir á sacarlas de la clase el marido colérico, porque no ha hallado al volver la mesa puesta: el orador defiende á la culpable con un chiste, y el marido le

contesta con un terno, y se lleva á empujones á aquella "pícara holgazana." Otro congrega á gentes distinguidas para pedir, en nombre del obrero y del americanismo acorralado, que se restituya la santidad del domingo á su vigor antiguo, y no haya en domingo trabajo, ni teatro, ni ferrocarriles, ni correos: "¡que el trabajador no tenga un día suyo, es bueno para países de esclavos! ¡para que el domingo sea fiesta es necesario que para una gran parte de la población sea día de trabajo! ¡nos están envenenando la sangre nacional, y debemos empezar la cura por las raíces!"—Otros vienen del colegio de Yale, donde hay escuela célebre de divinidad, y como tratan de convertir á los rufianes del Bowery, de cara lampiña y llena de costurones, sombrero á la oreja, y camisa sin cuello ni corbata, "recemos amigos" les dicen "porque el rezar es cosa buena: en Yale tenemos un gran tirador de pelota, que gana siempre, porque antes de entrar en el juego, reza:" en este templo, encaramado en el sotabanco de una cervecería, hasta el jarro de beber agua está sujeto por una cadena, y en los muros musgosos hay letreros así: "El Señor es mi pastor, y cuidará de su oveja," al lado de este otro: "Los concurrentes se servirán no mascar tabaco en este cuarto." Pocas calles más arriba rodean unas cincuenta señoras á una anciana bella que les habla con sencillez patética del nuevo testamento, y les descubre con maternal destreza los consuelos que el alma tiene en el orgullo de su virtud contra las más grandes desdichas: "en el conocimiento y ejercicio de lo que hay de más

noble en el alma hay tal fuerza para la vida y tal esplendor para el rostro que no habrá belleza de aventurera que pueda competir con la de la esposa que ha descubierto el gozo inefable de domar el dolor, y convertirlo en caridad cristiana.'' Las damas más ricas de Nueva York favorecen estas conversaciones caseras de Margarita Bottome; se la disputan las ciudades; asiste á una de sus pláticas la mujer de Cleveland; once mil mujeres llevan ya la cruz de plata de su Orden, que es la de ''Hijas del Rey,'' obligadas á tratarse con bondad y saludarse en público aunque pertenezcan á las clases sociales más opuestas, á prestarse ayuda mutua y consolar á los necesitados, á soportar en calma la desdicha y reprimir la cólera: ¡suele una dama de la Quinta Avenida bajar de su carruaje á dar la mano á una vendedora de flores!

* * *

Pero para ver esta faena cuaresmal en toda su pujanza, ha de irse á los bosques de los alrededores, donde con preces de siete días esperan el descenso del espíritu divino, ya golpeándose los muslos, como los hebreos cuando juraban, ya desgarrándose los vestidos, ya orando largas horas con la cabeza baja; ha de irse á la plaza pública donde una cohorte de exbribones, á tambor batiente y con los estandartes en alto, cuenta á su público de vagos y tahures como ellos lo fueron, hasta que vieron en sueños el estandarte, ó pasó por delante de su madriguera el tambor y ''como un trago de agua fres-

ca cuando se acaba de dar una puñalada'' se les entró por el alma la gracia de Dios: y los tahures y vagos los oyen sin burlarse, les compran el periódico que venden, y les echan centavos en las gorras; ha de irse á los caserones de los barrios bajos, dispuestos en pocas horas para templos donde á palmadas, lloros y gritos ''se llama hacia Dios'' á la multitud, desde que sale el sol hasta muy adelantada la noche: ha de irse á la bahía, donde los que creen en la fuerza de la fe para curar los males del cuerpo se bautizan el domingo, de brazo del pastor, en el río helado. Tienen su templo, que llaman del Monte Sion, y es una barca de canal, consagrada de antiguo, porque anduvo trayendo y llevando los misioneros suecos, que iban Hudson arriba condenando la impureza del amor escortatorio y describiendo, con la lengua de llamas de Swedenborg, la fusión de los sexos en los ángeles.

Salen del templo los catecúmenos, cambian en una barraca vecina sus vestidos por ropones de franela, lo mismo que el pastor, y ya reunidos en la orilla ante el concurso de creyentes, caen de rodillas sobre la nieve, mientras que, sin cuidarse de que el viento le echa la barba por encima del hombro, pide el pastor á Dios que ''caliente el agua que ha de recibir á los neófitos, y ahuyente el diablo del alma grosera de los mozos que se ríen, y de los periodistas que quieran contar con burlas el santo bautismo.'' Y á tiempo que el concurso entona un himno, uno tras otro va llevando el pastor consigo al agua á cada bautizante. El primero es

un anciano: hasta el pecho lo tiene ya sumergido el pastor, cuando por fin le hunde en el agua la cabeza por pocos instantes. "¡Gloria á Dios!" dice, levanta al inmerso, le limpia la sal de los ojos, lo saca á la playa, y mientras vuelve el pastor á su río con una ponderosa sesentona, el anciano, dando diente con diente, echa á correr hacia la barraca, agitando los brazos en alto, y gritando: "¡Aleluya! ¡Aleluya!" Una tísica se desmaya en el agua. Un mocetón sale bufando, y voceando "¡gloria!", y dice que nunca se ha sentido "con tanto calor." Una irlandesa desvanecida sale del baño en brazos. Un concurrente, tocado de fe súbita, quiere bautizarse, y como no hay ropón para él, entra en el baño con su vestido de domingo. "¡La Biblia lo dice!" Va repitiendo el pastor, á quien le cae el agua á chorros de la franela pegada á los huesos: "la Biblia en tal versículo dice que para curarte de los males del cuerpo te bastará tener fe en Dios!"

* * *

¿Y eso qué es, comparado con "conversiones," las mil conversiones que en una semana ha obtenido como si con sus propios brazos sacara á los conversos del infierno, el metodista Harrison? ¿Quién sabe de dónde viene ese niño predicador de treinta años, que desde que tenía ocho está en el oficio de salvar almas con el fervor de su elocuencia, ese hombre larguirucho, perdido en su traje negro, lampiño, marmóreo, de cabellera selvosa, de mirada ya negra, ya verde, ya gris, ya chispeante y terrible, ya

estática y anegada en lágrimas? Principia á convertir por la mañana; y á viva fuerza tiene la policía que cerrar el templo á la una de la noche. Los de afuera empujan á los de adelante.

El servicio, aquel servicio extravagante y titánico, sólo termina para comenzar de nuevo. "¡Déjenlo venir, déjenlo venir!" Es un anciano que viene sin aliento, abriéndose paso por el gentío, para que el sacerdote "le imponga las manos." "¡Oh, uno más, uno más, una presa al demonio, una estrella para el cielo, una llama azul en el camino de la salvación!" "Eran ochocientos, dice, y ya son ochocientos uno."

Y el metodista rompe á llorar. Lloran las mujeres. Dan con los pies los hombres en el suelo. Se echan los unos en brazos de los otros. Se cuentan en voz alta sus pecados. Vuelve á empezar el servicio. "¡A orar!", y se van sofocando los gritos y sollozos. Silencio no hay jamás, porque ya no saben de él aquellas almas desencadenadas: sube al estrado un diácono de levita y pantalón negro. Oran tres, el diácono, arrodillado de espaldas á la concurrencia: el teniente del predicador, de espaldas, también, pero de pie, con la frente apoyada en una columna: el predicador á medio caer de rodillas sobre el lectuario. El rezo es brevísimo. Ahora vienen los himnos. "Este himno," "aquél." Unos suben al estrado, otros bajan. Llevan recados. Del estrado invitan á voces á los de atrás á que se acerquen. El predicador y su teniente, dando palmadas, diciendo chistes recios, mandando á brazo tendido, recorren el tablado de un cabo á otro: ¡ya cantan el himno! ¿Qué es,

qué Harrison, el predicador, se detiene, saca la pierna derecha, tiende el cuerpo adelante, se pone á oir como si lo que oyera viniese de lejos, se mesa la cabellera, se oprime la frente con las palmas hasta que parece que van á salírsele de las órbitas de los ojos?

Al fin da un paso, tiende los brazos, los sacude como arrebatado de un temblor, y levantándolos por sobre su cabeza, une al himno su voz, que es la más alta. El canto acabó, no los lloros y suspiros, y aleluyas, y amenes: Harrison reclinado en la Biblia abierta sobre el lectuario, va á pronunciar el sermón. Elige un texto. Comienza en voz baja. Está hablando de las "cosas buenas de la mesa de Dios," y se interrumpe para decir que abran una ventana: "la luz á nadie hará daño." Sigue hablando, pero como para sí, y ya no se le entiende lo que dice, cuando apartándose de un salto del atril, como si fuera á caer sobre la concurrencia apiñada á sus pies. "¿No han oído lo que he dicho?" pregunta con gritos estridentes: "¡De Dios lo acabo de saber! ¿no han oído lo que he dicho? Y el concurso solloza; con la cabeza baja, como cuando un amo le pega á su perro. Entonces se desata aquella elocuencia singular, no por lo que dice, que es la jerga teológica, sino por aquellos cambios súbitos de voz, aquellas anécdotas que interpola en el punto divino, aquel parecer que se saca de los ojos las lágrimas y las riega como perlas sobre sus adeptos convulsos, aquel volver misterioso sobre una frase insignificante que de puro repetida llega á parecer llena de sentido profético y pavoroso: aquel

detenerse de pronto para decir una frase, como leería á su estado mayor el parte de un triunfo un general en campaña: "Ya somos mil: ¡ahora, al campamento, de rodillas todo el verano! y volveremos en otoño, á conquistar la ciudad." De grado en grado va levantando una pintura del sillón de luz donde se sienta el Eterno, que comenzó casi tendido sobre el estrado, como si poco á poco la fuera arrancando del suelo, y cuando está para terminarla, levantado sobre la punta de los pies, y con ambos brazos hacia el cielo, los baja de repente, se adelanta sobre el público, hiere el tablado con el pie: "Me informan, dice, que hoy mismo cesarán de usar blasfemias los dependientes de tiendas."

El estrado le vendrá estrecho. Se echará de él entre la multitud: "¡De pie los salvados!" "¡A mí los que se quieran convertir!" El llanto le corre á hilos. Su teniente anima los gritos. El los abraza. El se arrodilla junto á ellos. Le palpan los vestidos. Le besan la mano. Materialmente se ve crecer al hombre. Y cuando de un salto de tigre vuelve al estrado lleno de conversos, va á hablar y no puede: el color se le va del rostro, y el cuerpo va ya á ceder: su teniente lo lleva hasta la silla, donde lo deja con la cabeza entre las manos; sollozando: ¡ha recibido "el choque de la gloria!"

El terremoto de Charleston

HORROR DEL PRIMER CHOQUE

ROMPE EL INCENDIO

EXTRAORDINARIAS ESCENAS

ESCENAS DE LA MADRUGADA

TORRES CAIDAS

CASAS ROTAS: SESENTA MUERTOS

New-York, Septiembre 10 de 1886.

Señor Director de La Nación:

Un terremoto ha destrozado la ciudad de Charleston. Ruina es hoy lo que ayer era flor, y por un lado se miraba en el agua arenosa de sus ríos, surgiendo entre ellos como un cesto de frutas, y por el otro se extendía á lo interior en pueblos lindos, rodeados de bosques de magnolias, y de naranjos y jardines.

Los blancos vencidos y los negros bien hallados viven allí después de la guerra en lánguida concordia: allí no se caen las hojas de los árboles; allí se mira al mar desde los colgadizos vestidos de enredaderas; allí, á la boca del Atlántico, se levanta casi oculto por la arena el fuerte Sumter en cuyos muros rebotó la bala que llamó al fin á guerra al sur y al norte; allí recibieron con bondad á los viajeros infortunados de la barca Puig.

Las calles van derecho á los dos ríos: borda la población una alameda que se levanta sobre el agua: hay un pueblo de buques en los muelles, cargando algodón para Europa y la India: en la calle de King se comercia; la de Meeting ostenta hoteles ricos: viven los negros parleros y apretados en un barrio populoso; y el resto de la ciudad es de residencias bellas, no fabricadas hombro á hombro como estas casas impú-

dicas y esclavas de las ciudades frías del norte, sino con ese noble apartamiento que ayuda tanto á la poesía y decoro de la vida. Cada casita tiene sus rosales, y su patio en cuadro, lleno de yerba y girasoles y sus naranjos á la puerta.

Se destacan sobre las paredes blancas las alfombras y ornamentos de colores alegres que en la mañana tienden en la baranda del colgadizo alto las negras risueñas, cubierta la cabeza con el pañuelo azul ó rojo: el polvo de la derrota veía en otros lugares el color crudo del ladrillo de las moradas opulentas, se vive con valor en el alma y con luz en la mente en aquel pueblo apacible de ojos negros.

Y ¡hoy los ferrocarriles que llegan á sus puertas se detienen á medio camino sobre sus rieles torcidos, partidos, hundidos, levantados; las torres están por tierra; la población ha pasado una semana de rodillas; los negros y sus antiguos señores han dormido bajo la misma lona, y comido del mismo pan de lástima, frente á las ruinas de sus casas, á las paredes caídas, á las rejas lanzadas de su base de piedra, á las columnas rotas!

Los cincuenta mil habitantes de Charleston, sorprendidos en las primeras horas de la noche por el temblor de tierra que sacudió como nidos de paja sus hogares, viven aún en las calles y en las plazas, en carros, bajo tiendas, bajo casuchas cubiertas con sus propias ropas.

Ocho millones de pesos rodaron en polvo en veinticinco segundos. Sesenta han muerto, unos aplastados por las paredes que caían, otros de

espanto. Y en la misma hora tremenda, muchos niños vinieron á la vida.

Estas desdichas que arrancan de las entrañas de la tierra, hay que verlas desde lo alto de los cielos.

De allí los terremotos con todo su espantable arreo de dolores humanos, no son más que el ajuste del suelo visible sobre sus entrañas encogidas, indispensable para el equilibrio de la creación: ¡con toda la majestad de sus pesares, con todo el empuje de olas de su juicio, con todo ese universo de alas que le golpea de adentro el cráneo, no es el hombre más que una de esas burbujas resplandecientes que danzan á tumbos ciegos en un rayo de sol!: ¡pobre guerrero del aire, recamado de oro, siempre lanzado á tierra por un enemigo que no ve, siempre levantándose aturdido del golpe, pronto á la nueva pelea, sin que sus manos le basten nunca á apartar los torrentes de la propia sangre que le cubren los ojos!

Pero siente que sube, como la burbuja por el rayo de sol!: pero siente en su seno todos los goces y luces, y todas las tempestades y padecimientos, de la naturaleza que ayuda á levantar!

Toda esta majestad rodó por tierra en la hora de horror del terremoto en Charleston.

* * *

Serían las diez de la noche. Como abejas de oro trabajaban sobre sus cajas de imprimir los buenos hermanos que hacen los periódicos: ponía fin á sus rezos en las iglesias la gente de-

vota, que en Charleston, como país de poca ciencia é imaginación ardiente, es mucha: las puertas se cerraban, y al amor ó al reposo pedían fuerzas los que habían de reñir al otro día la batalla de la casa: el aire sofocante y lento no llevaba bien el olor de las rosas, dormía medio Charleston: ¡ni la luz va más aprisa que la desgracia que la esperaba!

Nunca allí se había estremecido la tierra, que en blanda pendiente se inclina hacia el mar: sobre suelo de lluvias, que es el de la planicie de la costa, se extiende el pueblo; jamás hubo cerca volcanes ni volcanillos, columnas de humo, levantamientos ni solfataras: de aromas eran las únicas columnas, aromas de los naranjos perennemente cubiertos de flores blancas. Ni del mar venían tampoco sobre sus costas de agua baja, que amarillea con la arena de la cuenca, esas olas robustas que echa sobre la orilla, oscuras como fauces, el Océano cuando su asiento se desequilibra, quiebra ó levanta, y sube de lo hondo la tremenda fuerza que hincha y encorva la ola y la despide como un monte hambriento contra la playa.

En esa paz señora de la ciudades del mediodía empezaba á irse la noche, cuando se oyó un ruido que era apenas como el de un cuerpo pesado que empujan de prisa.

Decirlo es verlo. Se hinchó el sonido: lámparas y ventanas retemblaron.... rodaba ya bajo tierra pavorosa artillería: sus letras sobre las cajas dejaron caer los impresores, con sus casullas huían los clérigos, sin ropas se lanzaban á las calles las mujeres olvidadas de sus hijos:

corrían los hombres desolados por entre las paredes bamboleantes: ¿quién asía por el cinto á la ciudad, y la sacudía en el aire, con mano terrible, y la descoyuntaba?

Los suelos ondulaban; los muros se partían; las casas se mecían de un lado á otro: la gente casi desnuda besaba la tierra: ¡oh Señor! ¡oh, mi hermoso Señor! decían llorando las voces sofocadas: ¡abajo, un pórtico entero!: huía el valor del pecho y el pensamiento se turbaba: ya se apaga, ya tiembla menos, ya cesa: ¡el polvo de las casas caídas subía por encima de los árboles y de los techos de las casas!

Los padres desesperados aprovechan la tregua para volver por sus criaturas: con sus manos aparta las ruinas de su puerta propia una madre joven de grande belleza: hermanos y maridos llevan á rastra, ó en brazos á mujeres desmayadas: un infeliz que se echó de una ventana anda sobre su vientre dando gritos horrendos, con los brazos y las piernas rotas: una anciana es acometida de un temblor, y muere: otra, á quien mata el miedo, agoniza abandonada en un espasmo: las luces de gas débiles, que apenas se distinguen en el aire espeso, alumbran la población desatentada, que corre de un lado á otro, orando, llamando á grandes voces á Jesús, sacudiendo los brazos en alto. Y de pronto en la sombra se yerguen, bañando de esplendor rojo la escena, altos incendios que mueven pesadamente sus anchas llamas.

Se nota en todas las caras, á la súbita luz, que acaban de ver la muerte: la razón flota en girones en torno á muchos rostros, y en torno de

otros se le ve que vaga, cual buscando su asiento ciega y aturdida. Ya las llamas son palio, y el incendio sube; pero ¿quién cuenta en palabras lo que vió entonces? Se oye venir de nuevo el ruido sordo: giran las gentes, como estudiando la mejor salida; rompen á huir en todas direcciones: la ola de abajo crece y serpentea; cada cual cree que tiene encima á un tigre.

Unos caen de rodillas: otros se echan de bruces: viejos señores pasan en brazos de sus criados fieles: se abre en grietas la tierra: ondean los muros como un lienzo al viento: topan en lo alto las cornisas de los edificios que se dan el frente: el horror de las bestias aumenta el de las gentes: los caballos que no han podido desuncirse de sus carros los vuelcan de un lado á otro con las sacudidas de sus flancos: uno dobla las patas delanteras: otros husmean el suelo: á otro, á la luz de las llamas se le ven los ojos rojos y el cuerpo temblante como caña en tormenta: ¿qué tambor espantoso llama en las entrañas de la tierra á la batalla?

* * *

Entonces, cuando cesó la ola segunda, cuando ya estaban las almas preñadas de miedo, cuando de bajo los escombros salían, como si tuvieran brazos, los gritos ahogados de los moribundos, cuando hubo que atar á tierra como á elefantes bravíos á los caballos trémulos, cuando los muros habían arrastrado al caer los hilos y los postes del telégrafo, cuando los heridos se desembarazaban de los ladrillos y maderos

que les cortaron la fuga, cuando vislumbraron en la sombra con la vista maravillosa del amor sus casas rotas las pobres mujeres, cuando el espanto dejó encendida la imaginación tempestuosa de los negros, entonces empezó á levantarse por sobre aquella alfombra de cuerpos postrados un clamor que parecía venir de honduras jamás exploradas, que se alzaba temblando por el aire con alas que lo hendían como si fueran flechas. Se cernía aquel grito sobre las cabezas, y parecía que llovían lágrimas.

Los pocos bravos que quedaban en pie, ¡que eran muy pocos! procuraban en vano sofocar aquel clamor creciente que se les entraba por las carnes: ¡cincuenta mil criaturas á un tiempo adulando á Dios con las lisonjas más locas del miedo!

Apagaban el fuego los más bravos, levantaban á los caídos, dejaban caer á los que ya no tenían para qué levantarse, se llevaban á cuestas á los ancianos paralizados por el horror. Nadie sabía la hora: todos los relojes se habían parado, en el primer estremecimiento.

* * *

La madrugada reveló el desastre.

Con el claror del día se fueron viendo los cadáveres tendidos en las calles, los montones de escombros, las paredes deshechas en polvo, los pórticos rebanados como á cercén, las rejas y los postes de hierro combados y retorcidos, las casas caídas en pliegues sobre sus cimientos, y

las torres volcadas, y la espira más alta prendida solo á su iglesia por un leve hilo de hierro.

El sol fué calentando los corazones: los muertos fueron llevados al cementerio donde está sin hablar aquel Calhoun que habló tan bien, y Gaddens, y Rutledge y Pinckney; los médicos atendían á los enfermos: un sacerdote confesaba á los temerosos: en persianas y en hojas de puerta recogían á los heridos.

Apilaban los escombros sobre las aceras. Entraban en las casas en busca de sábanas y colchas para levantar tiendas: frenesí mostraban los negros por alcanzar el hielo que se repartía desde unos carros: humeaban muchas casas: por las hendiduras recién abiertas en la tierra había salido una arena de olor sulfuroso.

Todos llevan y traen. Unos preparan camas de paja. Otros duermen á un niño sobre una almohada y lo cobijan con un quitasol. Huyen aquéllos de una pared que está cayendo. ¡Cae allí un muro sobre dos pobres viejos que no tuvieron tiempo para huir!: va besando al muerto el hijo barbado que lo lleva en brazos, mientras el llanto le corre á hilos.

Se ve que muchos niños han nacido en la noche, y que, bajo una tienda azul precisamente, vinieron de una misma madre dos gemelos.

San Michael de sonoras campanas, Saint Phillips de la torre soberbia, el Salón hiberniano en que se han dicho discursos que brillaban como bayonetas, la casa de la guardia, lo mejor de la ciudad, en fin, se ha desplomado ó se está inclinando sobre la tierra.

Un hombre manco, de gran bigote negro y

rostro enjuto, se acerca con los ojos flameantes de gozo á un grupo sentado tristemente sobre un frontón roto:—"no ha caído, muchachos, no ha caído:" ¡lo que no había caído era la casa de justicia, donde al oír el primer disparo de los federales sobre Fort Sumter, se despojó de su toga de juez al ardiente Mc Grath; juró dar al sur toda su sangre, y se la dió!

En las casas ¡qué desolación! No hay pared firme en toda la ciudad, ni techo que no esté abierto: muchos techos de los colgadizos se mantienen sin el sustento de sus columnas, como rostros á que faltase la mandíbula inferior: las lámparas se han clavado en la pared ó en forma de araña han quedado aplastadas contra el pavimento: las estatuas han descendido de sus pedestales: el agua de los tanques, colocados en lo alto de la casa, se ha filtrado por las grietas y la inunda: en el pórtico mismo párecen entender el daño los jazmines marchitos en el árbol y las rosas plegadas y mustias.

* * *

Grande fué la angustia de la ciudad en los dos días primeros. Nadie volvía á las casas. No había comercio ni mercado. Un temblor sucedía á otro, aunque cada vez menos violentos. La ciudad era un jubileo religioso; y los blancos arrogantes cuando arreciaba el temor, unían su voz humildemente á los himnos improvisados de los negros frenéticos: ¡muchas pobres negritas cogían del vestido á las blancas que pasaban, y les pedían llorando que las llevasen con

ellas—que así el hábito llega á convertir en bondad y á dar poesía á los mismos crímenes,—¡así esas criaturas, concebidas en la miseria por padres á quienes la esclavitud heló el espíritu, aun reconocen poder sobrenatural á la casta que lo poseyó sobre sus padres!: ¡así es de buena y humilde esa raza que sólo los malvados desfiguran ó desdeñan!—¡pues su mayor vergüenza es nuestra más grande obligación de perdonarla!

Caravanas de negros salían al campo en busca de mejoras, para volver á poco aterrados de lo que veían. En veinte millas á lo interior el suelo estaba por todas partes agujereado y abierto: había grietas de dos pies de ancho á que no se hallaba fondo: de multitud de pozos nuevos salía una arena fina y blanca mezclada con agua, ó arena solo, que se apilaban á los bordes del pozo como en los hormigueros, ó agua y lodo azulado, ó montoncillos de lodo que llevaban encima otros de arena, como si bajo la capa de la tierra estuviese el lodo primero, y la arena más á lo hondo. El agua nueva sabía á azufre y hierro.

Un tanque de cien acres se secó de súbito en el primer temblor, y estaba lleno de peces muertos. Una esclusa se había roto, y sus aguas se lo llevaron todo delante de sí.

Los ferrocarriles no podían llegar á Charleston, porque los rieles habían salido de quicio, y estallado, ó culebreaban sobre sus durmientes suspendidos.

Una locomotora venía en carrera triunfante á la hora del primer temblor, y dió un salto, y

sacudiendo tras de sí como un rosario á los wagones lanzados del carril, se echó de bruces con su maquinista muerto en la hendidura en que se abrió el camino. Otra á poca distancia seguía silbando alegremente, la alzó en peso el terremoto, y la echó á un tanque cercano, donde está bajo cuarenta pies de agua.

Los árboles son las casas en todos los pueblos medrosos de las cercanías; y no sale de las iglesias la muchedumbre campesina, que oye espantada los mensajes de ira con que visitan sus cabezas los necios pastores: los cantos y oraciones de los templos campestres pueden oirse á millas de distancia. Todo el pueblo de Summerville ha venido abajo, y por allí parece estar el centro de esta rotura de la tierra.

En Colombia las gentes se apoyaban en las paredes, como los mareados. En Abbeville el temblor echó á vuelo las campanas, que ya tocaban á somatén desenfrenado, ya plañían. En Savannah, tal fué el espanto que las mujeres saltaron por las ventanas con sus niños de pecho, y ahora mismo se está viendo desde la ciudad levantarse en el mar á pocos metros de la costa una columna de humo.

Los bosques aquella noche se llenaron de la gente poblana, que huía de los techos sacudidos, y se amparaba de los árboles, juntándose en lo oscuro de la selva para cantar en coro arrodillada las alabanzas de Dios é impetrar su misericordia. En Illinois, en Kentucky, en Missouri, en Ohio, tembló y se abrió la tierra. Un masón despavorido, que se iniciaba en una lo-

gia, huyó á la calle con una cuerda atada á la cintura.

Un indio cherokee que venía de poner mano brutal sobre su pobre mujer, cayó de hinojos al sentir que el suelo se movía bajo sus plantas, y empeñaba su palabra al Señor de no volverla á castigar jamás.

* * *

¡Qué extraña escena vieron los que al fin, saltando grietas y pozos, pudieron llevar á Charleston socorros de dinero y tiendas de campaña! De noche llegaron. Eran las calles líneas de carros, como las caravanas del oeste. En las plazas, que son pequeñas, las familias dormían bajo tiendas armadas con mantas de abrigo, con toallas á veces y trajes de lienzo. Tiendas moradas, carmesíes, amarillas; tiendas blancas y azules con listas rojas.

Ya habían sido echadas por tierra las paredes que más amenazaban. Alrededor de los carros de hielo, bombas de incendio y ambulancias, se habían levantado tolderías con apariencia de feria. Se oía de lejos, como viniendo de barrios apartados, un vocear salvaje. Se abrazaban llorando al encontrarse las mujeres, y su llanto era el lenguaje de su gratitud al cielo: se ponían en silencio de rodillas: oraban: se separaban consoladas.

Hay unos peregrinos que van y vienen con su tienda al hombro, y se sientan, y echan á andar, y cantan en coro, y no parecen hallar puesto seguro para sus harapos y su miedo. Son negros,

negros en quienes ha resucitado, en lamentosos himnos y en terribles danzas, el miedo primitivo que los fenómenos de la naturaleza inspiran á su encendida raza.

Aves de espanto, ignoradas de los demás hombres, parecen haberse prendido de sus cráneos, y picotear en ellos, y flagelarles las espaldas con sus alas en furia loca.

Se vió, desde que en el horror de aquella noche se tuvo ojos con que ver, que de la empañada memoria de los pobres negros iba surgiendo á su rostro una naturaleza extraña: ¡era la raza comprimida, era el Africa de los padres y de los abuelos, era ese signo de propiedad que cada naturaleza pone á su hombre, y á despecho de todo accidente y violación humana, vive su vida y se abre su camino!

Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre á cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia: ni ¿quién cree que sin atraerse un castigo lógico pueda interrumpirse la armonía espiritual del mundo, cerrando el camino, so pretexto de una superioridad que no es más que grado en tiempo, á una de sus razas?

¡Tal parece que alumbra á aquellos hombres de Africa un sol negro! Su sangre es un incendio; su pasión, mordida; llamas sus ojos; y todo en su naturaleza tiene la energía de sus venenos y la potencia perdurable de sus bálsamos.

Tiene el negro una gran bondad nativa, que

ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura.

Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres á estremecerse y regocijarse con sus cambios.

Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león: hay en su afecto una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas: y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen á las de los rayos del sol.

Miserable parodia de esa soberana constitución son esas criaturas deformadas en quienes látigo y miedo sólo les dejaron acaso vivas para trasmitir á sus descendientes, engendrados en las noches tétricas y atormentadas de la servidumbre, las emociones bestiales del instinto, y el reflejo débil de su naturaleza arrebatada y libre.

Pero ni la esclavitud que apagaría al mismo sol, puede apagar completamente el espíritu de una raza: ¡así se la vió surgir en estas almas calladas cuando el mayor espanto de su vida sacudió en lo heredado de su sangre lo que traen en ella de viento de selva, de oscilación de mimbre, de ruido de caña! ¡así resucitó en toda su melancólica barbarie en estos negros nacidos en su mayor parte en tierra de América y enseñados en sus prácticas, ese temor violento é ingenuo, como todos los de su raza llameante, á los cambios de la naturaleza escandecida, que

cría en la planta el manzanillo, y en el animal el león!

Biblia les han enseñado, y hablaban su espanto en la profética lengua de la Biblia. Desde el primer instante del temblor de tierra, el horror en los negros llegó al colmo.

Jesús es lo que más aman de todo lo que saben de la cristiandad estos desconsolados, porque lo ven fusteado y manso como se vieron ellos.

Jesús es de ellos, y le llaman en sus preces "mi dueño Jesús," "mi dulce Jesús," "mi Cristo bendito." A él imploraban de rodillas, golpeándose la cabeza y los muslos con grandes palmadas, cuando estaban viniéndose abajo espiras y columnas. "Esto es Sodoma y Gomorra" se decían temblando: "¡Se va á abrir, se va á abrir el monte Horeb!" Y lloraban, y abrían los brazos, y columpiaban su cuerpo, y les rogaban que los tuviesen con ellos hasta que "se acabase el juicio."

Iban, venían, arrastraban en loca carrera á sus hijos; y cuando aparecieron los pobres viejos de su casta, los viejos sagrados para todos los hombres menos para el hombre blanco, postráronse en torno suyo en grandes grupos, oíanlos de hinojos con la frente pegada á la tierra, repetían en un coro convulsivo sus exhortaciones misteriosas, que del vigor é ingenuidad de su naturaleza y del divino carácter de la vejez traían tal fuerza sacerdotal que los blancos mismos, los mismos blancos cultos, penetrados de veneración, unían la música de su alma atribulada á aquel dialecto tierno y ridículo.

Como seis muchachos negros, en lo más triste de la noche, se arrastraban en grupo por el suelo, presa de este frenesí de raza que tenía aparato religioso. Verdaderamente se arrastraban. Temblaba en su canto una indecible ansia. Tenían los rostros bañados de lágrimas: "¡Son los angelitos, son los angelitos que llaman á la puerta!" Sollozaban en voz baja la misma estrofa que cantaban en voz alta: Luego el refrán venía, henchido de plegaria, incisivo, desesperado: "¡Oh, dile á Noé, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca!" Las plegarias de los viejos no son de frase ligada, sino de esa frase corta de las emociones genuinas y las razas sencillas.

Tiene las contorsiones, la monotonía, la fuerza, la fatiga de sus bailes. El grupo que le oye inventa un ritmo al fin de frase que le parece musical y se acomoda al estado de las almas: y sin previo acuerdo todos se juntan en el mismo caso. Esta verdad da singular influjo y encanto positivo á estos rezos grotescos, esmaltados á veces de pura poesía: "¡Oh, mi Señor, no toques, oh, mi Señor, no toques otra vez á mi ciudad!"

"Los pájaros tienen sus nidos: ¡Señor, déjanos nuestros nidos!" Y todo el grupo, con los rostros en tierra, repite con una agonía que se posesiona del alma,— "¡Déjanos nuestros nidos!"

En la puerta de una tienda se nota á una negra á quien da fantástica apariencia su mucha edad. Sus labios se mueven; pero no se la oye hablar: sus labios se mueven; y mece su cuer-

po, lo mece incesantemente, hacia adelante y hacia atrás. Muchos negros y blancos la rodean con ansiedad visible, hasta que la anciana prorrumpe en este himno:—"¡Oh déjame ir, Jacob, déjame ir!"

La muchedumbre toda se le une, todos cantando, todos meciendo el cuerpo como ella de un lado á otro, levantando las manos al cielo, expresando con palmadas su éxtasis. Un hombre cae por tierra pidiendo misericordia. Es el primer convertido. Las mujeres traen una lámpara, y se encuclillan á su rededor, le toman de la mano. El se estremece, balbucea, entona plegarias; sus músculos se tienden, las manos se le crispan: un paño de dichosa muerte parece irle cubriendo el rostro: allí queda junto á la tienda desmayado. Y otros como él después. Y en cada tienda una escena como esa. Y al alba todavía ni el canto ni el mecer de la anciana habían cesado.—Allá en los barrios viciosos, caen so pretexto de religión en orgías abominables, las bestias que abundan en todas las razas.

* * *

Ya, después de siete días de miedo y oraciones, empieza la gente á habitar sus casas: las mujeres fueron las primeras en volver, y dieron ánimo á los hombres; la mujer, fácil para la alarma y primera en la resignación: el corregidor vive ya con su familia en la parte que quedó en pie de su morada suntuosa: por los rieles compuestos entran cargados de algodones los ferrocarriles: se llena de forasteros la ciu-

dad consagrada por el valor en la guerra, y ahora por la catástrofe: levanta el municipio un empréstito nacional de diez millones de pesos para reparar los edificios rotos y reponer los que han venido á tierra.

De las bolsas, de los teatros, de los diarios, de los bancos les van socorros ricos en dinero: ya se plegan por falta de ocupantes muchas de las tiendas que improvisó el gobierno en los jardines y en las plazas. Tiembla aún el suelo, como si no se hubiese acomodado definitivamente sobre su nuevo quicio: ¿cuál ha podido ser la causa de este sacudimiento de la tierra?

¿Será que encogidas sus entrañas por la pérdida lenta de calor que echa sin cesar afuera en sus manantiales y en sus lavas, se haya contraído aquí como en otras partes la corteza terrestre para ajustarse á su interior cambiado y reducido que llama á sí la superficie?

La tierra entonces, cuando ya no puede resistir la tensión, se encoge y alza en ondas y se quiebra, y una de las bocas de la rajadura se monta sobre la otra con terrible estruendo, y tremor sucesivo de las rocas adyacentes siempre elásticas, que hacia arriba y á los lados van empujando el suelo hasta que el eco del estruendo cesa.

Pero acá no hay volcanes en el área extensa en que se sintió el terremoto; y los azufres y vapores que expele por sus agujeros y grietas la superficie, son los que abundan naturalmente por la formación del suelo en esta planicie costal del Atlántico baja y arenosa.

¿Será que allá en los senos de la mar, por

virtud de ese mismo enfriamiento gradual del centro encendido, ondease el fondo demasiado extenso para cubrir la bóveda amenguada, se abriera como todo cuerpo que violentamente se contrae, y al cerrarse con enorme empuje sobre el borde roto, estremeciera los cimientos todos, y subiese rugiendo el movimiento hasta la superficie de las olas?

Pero entonces se habría arrugado la llanura del mar en una ola monstruosa, y con las bocas de ella habría la tierra herida cebado su dolor en la ciudad galana que cría flores y mujeres de ojos negros en la arena insegura de la orilla.

¿O será que, cargada por los residuos seculares de los ríos la planicie pendiente de roca fragmentaria de la costa, se arrancó con violencia, cediendo al fin al peso, á la masa de gneiss que baja de los montes Alleghanis, y resbaló sobre el cimiento granítico que á tres mil pies de hondura la sustenta á la orilla de la mar, comprimiendo con la pesadumbre de la parte más alta desasida de la roca las gradas inferiores de la planicie, é hinchando el suelo y sacudiendo las ciudades levantadas sobre el terreno plegado al choque en ondas?

Eso dicen que es: que la planicie costal del Atlántico blanda y cadente, cediendo al peso de los residuos depositados sobre ella en el curso de siglos por los ríos, se deslizó sobre su lecho granítico en dirección al mar.

¡Así sencillamente tragando hombres y arrebatando sus casas como arrebata hojas el viento, cumplió su ley de formación el suelo, con la

majestad que conviene á los actos de creación y dolor de la naturaleza!

El hombre herido procura secarse la sangre que le cubre á torrentes los ojos, y se busca la espada en el cinto para combatir al enemigo eterno, y sigue danzando al viento en su camino de átomo, subiendo siempre, como guerrero que escala, por el rayo del sol!

Ya Charleston revive, cuando aun no ha acabado su agonía, ni se ha aquietado al suelo bajo sus casas bamboleantes.

Los parientes y amigos de los difuntos, hallan que el trabajo rehace en el alma las raíces que le arranca la muerte. Vuelven los negros humildes, caído el fuego que en la hora del espanto les llameó en los ojos, á sus quehaceres mansos y su larga prole. Las jóvenes valientes sacuden en los pórticos repuestos el polvo de las rosas.

Y ríen todavía en la plaza pública, á los dos lados de su madre alegre, los dos gemelos que en la hora misma de la desolación nacieron bajo una tienda azul.

FIESTAS DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

BREVE INVOCACION

ADMIRABLE ASPECTO DE NUEVA YORK

EN LA

MAÑANA DEL 28 DE OCTUBRE

LOS PREPARATIVOS DE LA PARADA

EL ESCULTOR BARTHOLDI

APARICION DE LA ESTATUA

EL FRAGOR DE LOS SALUDOS

IMPONENTE ESCENA

LA PLEGARIA DEL SACERDOTE

CLEVELAND Y SU DISCURSO

LA BENDICION DEL OBISPO

¡ADIOS, MI UNICO AMOR!

New-York, Octubre 29 de 1886.

Señor Director de La Nación:

Terrible es, libertad, hablar de tí para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado.

Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura que le asienta. Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de tí, sino conquistarte.

Pero levántate ¡oh insecto! que toda la ciudad está llena de águilas. Anda aunque sea á rastras: mira, aunque se te salten los ojos de vergüenza. Escúrrete, como un lacayo abofeteado, entre ese ejército resplandeciente de señores. ¡Anda, aunque sientas que á pedazos se va cayendo la carne de tu cuerpo! ¡Ah! pero si supieran cuanto lloras, te levantarían del suelo, como á un herido de muerte: y tú también sabrías alzar el brazo hacia la eternidad!

Levántate, oh insecto, que la ciudad es una oda. Las almas dan sonidos, como los más acordes instrumentos. Y está oscuro, y no hay sol

en el cielo, porque toda la luz está en las almas. Florece en las entrañas de los hombres.

¡Libertad, es tu hora de llegada! El mundo entero te ha traído hasta estas playas, tirando de tu carro de victoria. Aquí estás como el sueño del poeta, grande como el espacio, de la tierra al cielo.

Ese ruido es el del triunfo que descansa.

Esa oscuridad no es la del día lluvioso, ni del pardo octubre, sino la del polvo, sombreado por la muerte, que tu carro ha levantado en su camino.

Yo los veo, con la espada desenvainada, con la cabeza en las manos, con los miembros deshuesados como un montón informe, con las llamas enroscadas alrededor del cuerpo, con el vapor de la vida escapándose de su frente rota en forma de alas: Túnicas, armaduras, rollos de pergamino, escudos, libros, todo á tus pies se amasa y resplandece; y tú imperas al fin por sobre las ciudades del interés y las columnas de la guerra ¡oh aroma del mundo! ¡oh diosa hija del hombre!

El hombre crece: ¡mira como ya no cabe en las iglesias, y escoge el cielo como único templo digno de cobijar á su deidad! Pero tú, oh maravilla, creces al mismo tiempo que el hombre; y los ejércitos, y la ciudad entera, y los barcos empavesados que van á celebrarte llegan hasta tus plantas veladas por la niebla, como las conchas de colores que sacude sobre la roca el mar sombrío, cuando el espíritu de la tempestad, envuelto en rayos, recorre el cielo en una nube negra.

¡Tienes razón, libertad, en revelarte al mundo en un día oscuro, porque aun no puedes estar satisfecha de tí misma! ¡Y tú, corazón sin fiesta, canta la fiesta!

* * *

Ayer fué, día 28 de octubre, cuando los Estados Unidos aceptaron solemnemente la estatua de la libertad que les ha regalado el pueblo de Francia, en memoria del 4 de julio de 1776, en que declararon su independencia de Inglaterra, ganada con ayuda de sangre francesa. Estaba áspero el día, el aire ceniciento, lodosas las calles, la llovizna terca; pero pocas veces há sido tan vivo el júbilo del hombre.

Sentíase un gozo apacible, como si suavizase un bálsamo las almas: las frentes en que no es escasa la luz la enseñaban mejor, y aun de los espíritus opacos surgía, con un arranque de ola, ese delicioso instinto del decoro humano que da esplendor á los rostros más oscuros.

La emoción era gigante. El movimiento tenía algo de cordillera de montañas. En las calles no se veía punto vacío. Los dos ríos parecían tierra firme. Los vapores, vestidos de perla por la bruma, maniobraban rueda á rueda repletos de gente. Gemía bajo su carga de transeuntes el puente de Brooklyn, New York y sus suburbios, como quien está invitado á una boda, se habían levantado temprano. Y en el gentío que á paso alegre llenaba las calles no había cosa más bella, ni los trabajadores olvidados de sus penas, ni las mujeres, ni los niños, que los viejos veni-

dos del campo, con su corbatín y su gabán flotante, á saludar en la estatua que lo conmemora el heroico espíritu de aquel marqués de Lafayette, á quien de mozos salieron á recibir con palmas y con ramos, porque amó á Washington y lo ayudó á hacer su pueblo libre.

* * *

Un grano de poesía sazona un siglo. ¿Quién no recuerda aquella amistad hermosa? Grave era Washington y de más edad: á Lafayette no le asomaba el bozo; pero en los dos había, bajo diversa envoltura, aquella ciega determinación y facultad de ascenso en que se confunden los grandes caracteres. Mujer y monarca dejó aquel noble niño por ayudar á las tropas infelices que del lado de América echaban sobre el mar al rey inglés, y ponían en sublime palabras los mandamientos de la enciclopedia, por donde la especie humana anunció su virilidad, con no menor estruendo que el que acompañó la revelación de su infancia en el Sinaí.

Iba la aurora con aquel héroe de cabellos rubios; y el hombre en marcha gustaba más á su alma fuerte que la pompa inicua con que en los hombros de vasallos hambrientos como santo en andas sobre cargadores descalzos, paseaba con luces de ópalo la majestad. Su rey le persigue, le persigue Inglaterra; pero su mujer le ayuda.

¡Dios tenga piedad del corazón heroico que no halla en el hogar acogida para sus nobles empresas! Deja su casa, y su riqueza regia: ar-

ma su barco: desde su barco escribe: "Intimamente unida á la felicidad de la familia humana está la suerte de América, destinada á ser el asilo seguro de la virtud, la tolerancia y la libertad tranquila." ¡Qué tamaño el de esa alma, que depone todos los privilegios de la fortuna, para seguir en sus marchas por la nieve á un puñado de rebeldes mal vestidos! Salta á tierra: vuela al congreso continental: "Quiero servir á América como voluntario y sin paga." En la tierra suceden cosas que esparcen por ella una claridad de cielo.

La humanidad parecía haber madurado en aquel cuerpo joven. Se muestra general de generales. Con una mano se sujeta la herida para mandar á vencer con la otra á los soldados que se preparaban á la fuga. De un centelleo de la espada recoge la columna dividida por un jefe traidor.

Si sus soldados van á pie, él va á pie. Si la república no tiene dinero, él, que le da su vida, le adelanta su fortuna: ¡He aquí un hombre que brilla, como si fuera todo de oro! Cuando su fama le ha devuelto el cariño de su rey, ve que puede aprovechar el odio de Francia á Inglaterra para echar de América á los ingleses abatidos.

El congreso continental le ciñe una espada de honor, y escribe al rey de Francia: "Recomendamos este noble joven á vuestra majestad por su prudencia en el consejo, su valor en el campo de batalla, y su paciencia en las privaciones de la guerra."

Le pide alas al mar. Francia, el primero de

los pueblos, se cuelga de rosas para recibir á su héroe. "¡Es maravilla que Lafayette no se quiera llevar para su América los muebles de Versalles!" dice el ministro francés, cuando ya Lafayette cruza el océano con los auxilios de Francia á la república naciente, con el ejército de Rochambeau y la armada de De Grasse.

Washington mismo desesperaba en aquellos instantes de la victoria. Nobles franceses y labriegos americanos cierran contra el inglés Cornwallis y lo rinden en Yorktown.

Así aseguraron los Estados Unidos con el auxilio de Francia la independencia que aprendieron á desear en las ideas francesas. Y es tal el prestigio de un hecho heroico, que aquel marqués esbelto ha bastado para retener unidos durante un siglo á dos pueblos diversos en el calor del espíritu, la idea de la vida y el concepto mismo de la libertad, egoísta é interesada en los Estados Unidos, y en Francia generosa y expansiva. ¡Bendito sea el pueblo que irradia!

* * *

Sigamos, sigamos por las calles á la muchedumbre que de todas partes acude y las llena: hoy es el día en que se descubre el monumento que consagra la amistad de Washington y de Lafayette. Todas las lenguas asisten á la ceremonia.

La alegría viene de la gente llana. En los espíritus hay mucha bandera: en las casas poca. Las tribunas de pino embanderadas esperan, en el camino de la procesión, al presidente de la

república, á los delegados de Francia, al cuerpo diplomático, á los gobernadores de estado, á los generales del ejército.

Aceras, portadas, balcones, aleros, todo se va cuajando de gozoso gentío. Muchos van por los muelles, á esperar la procesión naval, los buques de guerra, la flota de vapores, los remolcadores vocingleros que llevarán los invitados á la Isla de Bealoe, donde, cubierto aún el rostro con el pabellón francés, espera sobre su pedestal ciclópeo la escultura. Pero los más afluyen al camino de la gran parada.

Acá llega una banda. Allá viene un destacamento de bomberos, con su bomba antigua, montada sobre zancos: visten de calzón negro y blusa roja. Abre paso el gentío á un grupo de franceses, que van locos de gozo. Por allí llega otro grupo: uniforme muy lindo, todo realzado de cordones de oro, gran pantalón de franja, chacó con mucha pluma, mostacho fiero, cuerpo menudo, parla bullente, ojo negrísimo, es una compañía de voluntarios italianos. Por una esquina se divisa el ferrocarril elevado: arriba, el tren repleto: abajo, reparte sus patrullas la policía, bien cerrada en sus levitas azules de botón dorado. A nadie quita la lluvia la sonrisa.

Ya la multitud se replega sobre las aceras, porque viene á caballo, empilándola con las ancas, la policía montada. Una mujer cruza la calle, llena la capa de hule de medallas de la estatua: de un lado está el monumento; de otro, el amable rostro del escultor Bartholdi. Allí va

un hombre de mirada ansiosa, tomando apuntes á la par que anda. ¿Y Francia?

Ah!, de Francia, poca gente habla. No hablan de Lafayette, ni saben de él. No se fijan en que se celebra un don magnífico del pueblo francés moderno al pueblo americano.

De Lafayette, hay una estatua en la plaza de la Unión; pero también la hizo Bartholdi, también la regaló Francia. Los literatos y los viejos de corbatín recuerdan solo al marqués admirable. En la caldera enorme hierve una vida nueva. Este pueblo en que cada uno vive con fatiga para sí, ama poco en realidad á aquel otro pueblo que ha abonado con su sangre toda semilla humana.

"Francia—dice un ingrato—nos ayudó porque su rey era enemigo de Inglaterra." "Francia—rumia otro en un rincón—nos regala la estatua de la libertad para que le dejemos acabar en paz el canal de Panamá."

"Laboulaye—dice otro—es el que nos regaló la estatua. El quería poner freno inglés á la libertad francesa. Así como Jefferson aprendió en los enciclopedistas los principios de la declaración de independencia, así Laboulaye y Henry Martin quisieron llevar á Francia los métodos de gobierno que los Estados Unidos heredaron de la Magna Carta."

Es pequeño: cabe en el hueco de la mano de la estatua de la libertad; pero rompió á hablar con voz tan segura y fresca que la concurrencia ilustre, arrebatada y seducida, saludó con un vítor que no parecía acabar á aquel monumento humano. ¿Qué era el estruendo, el vocear

de las máquinas, el cañonear de los barcos, el monumento arriba, á aquel hombre hecho á tajar la tierra y á enlazar los mares?

¿No hizo reír, reír delante de la estatua, con su primera frase? "El vapor, señores, nos ha hecho progresar de una manera pasmosa; pero en este momento nos hace mucho daño."

¡Viejo maravilloso! los americanos no lo quieren, porque hace á pesar de ellos lo que ellos no tuvieron el valor de hacer; pero con su primera frase sedujo á los americanos. Luego leyó su discurso, escrito por su misma mano en páginas sueltas, blancas y grandes. Decía cosas de familia, ó daba forma familiar á las cosas más graves: se ve en su modo de frasear cómo le ha sido fácil alterar la tierra: cada idea, breve como una nuez, lleva adentro un monte.

No se está quieto cuando habla: se vuelve hacia todos los lados, como para dar á todo el mundo el rostro: algunas frases las dice, y las apoya con toda la cabeza, como si las quisiera clavar: habla un francés marcial, que suena á bronce: su gesto favorito es levantar rápidamente el brazo: sabe que por la tierra se ha de pasar venciendo: la voz, lejos de extinguírsele, le crece con el discurso: sus frases cortas ondean y acaban en punta como los gallardetes: el gobierno americano lo convidó á la fiesta, como el primero de los franceses.

"Me he dado prisa á venir, dice poniendo la mano sobre el pabellón de Francia que viste el antepecho de la tribuna: la erección de la estatua de la Libertad honra á los que la concibieron, y á los que la han comprendido acep-

tándola." Francia es para él la madre de los pueblos, y con egregia habilidad, deja caer en su discurso este juicio de Hepworth Dixon sin contradecirlo: "Un historiador inglés, Hepworth Dixon, después de decir en su obra sobre la Nueva América que vuestra constitución no es producto del suelo, ni procede del espíritu inglés, ha añadido: "se puede, por lo contrario, considerarla como una planta exótica nacida en la atmósfera de Francia."

No se detiene en símbolos, sino en objetos. Las cosas á sus ojos son por aquello para que sirven. Por la estatua de la libertad va él á su canal de Panamá. "Gustáis de los hombres que osan y que perseveran: yo digo como vosotros: "go ahead:" nosotros nos entendemos cuando yo uso este lenguaje!"

"Sí, sí: fué Laboulaye quien inspiró á Bartholdi: en su casa nació la idea: "Vé, le dijo, y propón á los Estados Unidos construir con nosotros un monumento soberbio en conmemoración de su independencia: sí, la estatua quiso significar la admiración de los franceses prudentes á las prácticas pacíficas de la libertad americana."

Así nació la idea, como crece en lo alto del monte el hilo de agua que, hinchado en su carrera, entra al fin á ser parte del mar. En la tribuna están los delegados de Francia, el escultor, el orador, el periodista, el general, el almirante, el que une los mares y abre la tierra: aires franceses mariposean por la ciudad: el pabellón francés golpea en los balcones y flota en el tope de los edificios; pero lo que aviva to-

dos los ojos y tiene alegres las almas, no es el don de una tierra generosa, que acaso no se recibe aquí con el entusiasmo que conviene, sino el desborde del placer humano, al ver erguido con estupenda firmeza en un símbolo de hermosura arrebatadora aquel instinto de la propia majestad que está en la médula de nuestros huesos, y es la raíz y gloria de la vida.

Vedlos: ¡todos revelan una alegría de resucitados! ¿No es este pueblo, á pesar de su rudeza, la casa hospitalaria de los oprimidos? De adentro vienen, fuera de la voluntad, los voces que impelen y aconsejan. Reflejos de bandera hay en los rostros: un dulce amor conmueve las entrañas: un superior sentido de soberanía saca la paz, y aun la belleza, á las facciones: y todos estos infelices, irlandeses, polacos, italianos, bohemios, alemanes, redimidos de la opresión ó la miseria celebran el monumento de la libertad porque en él les parece que se levantan y recobran á sí propios.

¡Vedlos correr, gozosos como náufragos que creen ver una vela salvadora, hacia los muelles desde donde la estatua se divisa! Son los más infelices, los que tienen miedo á las calles populosas y á la gente limpia: cigarreros pálidos, cargadores jibosos, italianas con sus pañuelos de colores: no corren como en las fiestas vulgares, con brutalidad y desorden, sino en masas amigas y sin ira: bajan del este, bajan del oeste, bajan de los callejones apiñados en lo pobre de la ciudad: los novios parecen casados: el marido da el brazo á su mujer: la madre arrastra á sus pequeñuelos: se preguntan, se animan, se

agolpan por donde creen que la verán más cerca.

Ruedan en tanto entre los hurrahs de la multitud las cureñas empavesadas por las calles suntuosas: parecen con sus lenguas de banderas, hablar y saludar los edificios, enfrénanse, piafan y dejan en la playa á sus jinetes los ferrocarriles elevados, que giran sumisos, como aérea y humeante caballería: los vapores, cual cargados de un alma impaciente, ensayan el ala que los ata á la orilla; y allá, á lo lejos, envuelta en humo, como si la saludasen á la vez todos los incensarios de la tierra, se alza la estatua enorme, coronada de nubes como una montaña.

* * *

En la plaza de Madison es la fiesta mayor, porque allí, frente al impío monumento que recuerda la victoria ingloriosa de los norteamericanos sobre México, se levanta, cubierta de pabellones de los Estados Unidos y de Francia, la tribuna donde ha de ver la parada el presidente. Todavía no ha llegado; pero la plaza es toda una cabeza. Surgen de entre la masa negra los cascos pardos de los policías. Cuelgan por las fachadas festones tricolores.

Parece un ramo de rosas en aquel campo oscuro la tribuna. De vez en cuando recorre un murmullo los grupos cercanos, como si de pronto se hubiera enriquecido el alma pública. ¡Es Lesseps que sube á la tribuna: es Spuller, el amigo de Gambetta, de ojos de acero y de cabeza fuerte: es Jaurés, valeroso, que sacó con

gloria del combate de Mamers los doce mil soldados, mordidos de cerca por los alemanes: es Pelissier, que herido en Nogent-sur-Marne empuja con la mano pálida la rueda de sus cañones: es el teniente Ney, que cuando sus franceses aterrados huían de una trinchera toda en fuego, abrió los brazos y afirmó el pie en tierra, y á empellones, bello el rostro con un resplandor de bronce encendido, echó á los cobardes sobre la boca terrible, y entró por ella: es Laussédat, el coronel canoso que amasó murallas con manos de joven contra las armas prusianas: es Bureaux de Pussy, que no dejó caer entre los enemigos la espada de su bisabuelo Lafayette: es Deschamps, el alcalde de Paris, que fué tres veces hecho prisionero por los alemanes, y se escapó tres veces: es el joven marino Villegente, figura viva de un cuadro de Neuville: es Caubert, abogado de espada, que quiso hacer con los abogados y los jueces una legión para sujetar el paso á Prusia: es Bigot, es Meunier, es Desmons, es Hielard, es Giroud, que han servido á la patria bravamente con la bolsa ó la pluma; es Bartholdi, el creador de la estatua, el que en los hijares de la fortaleza de Belfort clavó su león sublime, el que forjó para Gambetta en plata aquella Alsacia desgarradora que maldice, el que lleva en sus ojos, melancólicos como los de los hombres verdaderamente grandes, todo el dolor del abanderado que en el regazo de su Alsacia muere, y toda la fe del niño en que á su lado la patria resucita.

No se vive sin sacar luz en familiaridad con lo enorme. El hábito de domar da al rostro de

los escultores un aire de triunfo y rebeldía. Engrandece la simple capacidad de admirar lo grande, cuanto más el moldearlo, el acariciarlo, el ponerle alas, el sacar del espíritu en idea lo que á brazos, á miradas profundas, á golpes de cariño ha de ir encorvando y encendiendo el mármol y el bronce.

Este creador de montes nació con alma libre en la ciudad alsaciana de Colmar que le robó luego el alemán enemigo; y la hermosura y grandeza de la libertad tomaron á sus ojos, hechos á contemplar los colosos de Egipto, esas gigantes proporciones y majestad eminente á que la patria sube en el espíritu de los que viven sin ella: de la esperanza de la patria entera hizo Bartholdi su estatua soberana.

Jamás sin dolor profundo produjo el hombre obras verdaderamente bellas. Por eso va la estatua adelantando, como para pisar la tierra prometida; por eso tiene inclinada la cabeza, y un tinte de viudez en el semblante; por eso, como quien manda y guía, tiende su brazo fieramente al cielo.

¡A Alsacia, á Alsacia! dice toda ella; y á pedir la Alsacia para Francia ha venido esa virgen dolorosa, más que á alumbrar la libertad del mundo.

Disfraz abominable y losa fúnebre son las sonrisas y los pensamientos cuando se vive sin patria, ó se ve en garras enemigas un pedazo de ella: un vapor de embriaguez perturba el juicio, sujeta la palabra, apaga el verso, y todo lo que produce entonces la mente nacional es deforme y vacío, á no ser lo que expresa el an-

helo de las almas. ¿Quién siente mejor la ausencia de un bien que el que lo ha poseído y lo pierde? De la vehemencia de los dolores viene la grandeza de su representación.

Ved á Bartholdi, que toma su puesto en la tribuna saludado amorosamente por sus compañeros: una vaga tristeza le baña el semblante: un dolor casto le luce en los ojos: anda como en un sueño: mira hacia lo que no se ve: hacen pensar en los cipreses y en las banderas rotas los cabellos inquietos que caen sobre su frente.

Ved á los diputados: todos ellos han sido escogidos entre los que pelearon con mayor bravura en la guerra en que perdió Francia á la Alsacia.

Ved á Spuller, el amigo de Gambetta, en la fiesta que dió en honra de sus compatriotas el Círculo francés de la Armonía. ¡Habían hablado de vagos cumplimientos, de histórica fraternidad, de abstracciones generosas?

Vino sobre las luces Spuller, como viniera un león: comenzó como una plegaria su discurso: hablaba lenta y dolorosamente, como quien lleva una vergüenza encima: en un augusto y lloroso silencio se iba tendiendo su inflamada palabra: cuando la recogió, todo el teatro estaba en pie, envolvía á Spuller una bandera invisible: el aire retemblaba, como un acero sacudido: ¡A Alsacia! ¡A Alsacia!

Spuller trae ahora baja la cabeza, como todos aquellos que se recogen para acometer.

* * *

Desde aquella tribuna, juntos vieron los delegados franceses, con los prohombres de la república en torno al presidente Cleveland, la parada de fiesta con que celebró New York la inauguración de la estatua: ríos de bayonetas: millas de camisas rojas: milicianos grises, azules y verdes: una mancha de gorros blancos en la escuadra; en un carro llevan al Monitor en miniatura, y va á la rueda un niño vestido de marino.

Pasa la artillería, con sus soldados de uniforme azul; la policía, con su marcha pesada; la caballería, con sus solapas amarillas: á un lado y otro las dos aceras negras. El hurrah que empezaba al pie del Parque Central, coreado de boca en boca, iba á morir en el estruendo de la batería. Pasan los estudiantes de Colombia, con sus gorros cuadrados; pasan en coches los veteranos, los inválidos y los jueces; pasan los negros; y redoblan las músicas, y por toda la vía los va siguiendo un himno.

Aplaude la tribuna el paso firme de la milicia elegante del 7°. regimiento: va muy bella en sus capas de campaña la milicia del regimiento 22: dos niñas alemanas, que vienen con una compañía, le dan al presidente dos cestos de flores: apenas puede hablar una criatura vestida de azul que alcanza á Lesseps un estandarte de seda para Bartholdi: vuela la Marsellesa, con su clarín de oro, por toda la procesión: el presidente, con la cabeza descubierta, saluda á los pabellones desgarrados: humillan sus colores las compañías cuando cruzan delante de la tribuna, y los oficiales de la milicia francesa

besan al llegar á ella el puño de su espada. Pasan las mangas sin brazo, entre frenéticos saludos de las aceras, tribunas y balcones: pasan los banderines atravesados por las balas: pasan las piernas de madera.

A rastras viene un viejo, en su capote de color de tórtola, y la ciudad entera le quiere dar la mano: hala su cuerpo roto bravamente, como haló en su mocedad en el tiempo de los voluntarios las bombas de incendio: se rompió los brazos por recibir en ellos á un niño encendido: por salvar á un anciano se dejó caer una pared sobre las piernas: los bomberos le siguen, en sus trajes de antes, tirando de las cuerdas que arrastran las bombas: y cuando, cuidada como una niña, toda llena de plata y de flores, viene á la zaga de los mozos de camiso roja la bomba más antigua tambaleando en sus ligeras ruedas, desbócase sobre el gentío, á apagar un incendio cercano, una de las bombas modernas formidables. Deja el aire caliente y herido. Negro es el humo y los caballos negros. Derriba carros y atropella gentes. Bocanadas de chispas dan un color rojizo á la humareda.

Sigue desalado el carro de las escalas, como en una nube: rueda tras él la enorme torre de agua, con fragor de artillería.

Se oye una campana, que parece una orden: el gentío se aparta con respeto, y pasa en una ambulancia un hombre herido. A lo lejos se oían los regimientos. Con su clarín de oro volaba sobre la ciudad la Marsellesa.

* * *

Entonces los espíritus, llegada la hora de descorrer el pabellón que velaba el rostro de la estatua, bulleron de manera que pareció que se cubría el cielo de un toldo de águilas. Era prisa de novio la que empujaba á la ciudad á los vaporés.

Los vapores mismos, orlados de banderas, parecían guirnaldas, y sonreían, cuchicheaban, se movían alegres y precipitados, como las niñas que hacen de testigos en las bodas.

Un respeto profundo engrandecía los pensamientos como si la fiesta de la libertad evocase ante los ojos todos los que han perecido por conquistarla. ¡Qué batalla de sombras surgía sobre las cabezas! ¡qué picas, qué rodelas, qué muertes esculturales, qué agonías soberanas! La sombra de un solo combatiente llenaba una plaza. Se erguían, abrían los brazos, miraban á los hombres como si los creasen, y emprendían el vuelo.

La claridad que hendía de súbito la atmósfera oscura no eran rayos del sol, sino los cortes de los escudos en la niebla, por donde descendía la luz de la batalla. Lidiaban, sucumbían, morían cantando: tal, por sobre el de los campanarios y los cañones—es el himno de triunfo que conviene á esta estatua hecha, más que de bronce, de todo lo que en el alma humana es oda y sol.

* * *

Un cañonazo, un vuelo de campanas, una columna de humo fueron la bahía y ciudad de

New York desde que cerró la parada hasta que, al caer el crepúsculo, acabaron las fiestas en la isla donde se eleva el monumento.

¡A encías desdentadas se asemejaban, diosa como la tempestad y amable como el cielo! Vuelven en su presencia los ojos secos á saber lo que son lágrimas. Parecía que las almas se abrían, y volaban á cobijarse en los pliegues de su túnica, á mumurar en sus oídos, á posarse en sus hombros, á morir, como las mariposas en su luz. Parecía viva: el humo de los vapores la envolvía: una vaga claridad la coronaba: era en verdad como un altar, con los vapores arrodillados á sus pies! Ni el Apolo de Rodas, con la urna de fuego sobre su cabeza y la saeta de la luz en la mano fué más alto! Ni el Júpiter de Fidias, todo de oro y marfil, hijo del tiempo en que aun eran mujeres los hombres. Ni la estatua de Sumnat de los hindúes, incrustada como su fantasía de piedras preciosas. Ni las dos estatuas sedientas de Tebas cautivas como el alma del desierto en sus pedestales tallados. Ni los cuatro colosos que defienden, en la boca de la tierra, el templo de Ipsambul. Más grande que el San Carlos Borromeo, de torpe bronce, en el cerro de Arona, junto al lago; más grande que la Virgen de Puy, concebida sin alas, sobre el monte que ampara al caserío; más grande que el Arminio de los Cheruskos, que se alza por sobre la puerta de Tautenberg citando con su espada las tribus germánicas para anonadar las legiones de Varus; más grande que la Germania de Niederwald, infecunda hermosura acorazada que no abre los brazos; más

grande que la Baviera de Shwautaler que se corona soberbiamente en el llano de Munich, con un león á las plantas,—por sobre las iglesias de todos los credos y por sobre las obras todas de los hombres se levanta de las entrañas de una estrella la "Libertad iluminando al mundo," sin león y sin espada. Está hecha de todo el arte del universo, como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres.

De Moisés tiene las tablas de la ley: de la Minerva el brazo levantado: del Apolo la llama de la antorcha; de la Esfinge el misterio de la faz; del Cristianismo la diadema aérea.

Como los montes, de las profundidades de la tierra ha surgido esta estatua, "inmensidad de idea en una inmensidad de forma," de la valiente aspiración del alma humana.

El alma humana es paz, luz y pureza; sencilla en los vestidos, buscando el cielo por su natural morada. Los cintos le queman; desdeña las coronas que esconden la frente; ama la desnudez, símbolo de la naturaleza; pára en la luz de donde fué nacida.

La túnica y el peplum le convienen, para abrigarse del desamor y el deseo impuro: le sienta la tristeza, que desaparecerá sólo de sus ojos cuando todos los hombres se amen: va bien en pies desnudos, como quien sólo en el corazón siente la vida: hecha del fuego de sus pensamientos, brota la diadema naturalmente de sus sienes, y tal como remata en cumbre el monte, toda la estatua, en lo alto de la antorcha, se condensa en luz.

* * *

Pequeña como una amapola lucía á los pies de la estatua la ancha tribuna, construída para celebrar la fiesta con pinos frescos y pabellones vírgenes. Los invitados más favorecidos ocupaban la explanada frente á la tribuna. La isla entera parecía un solo ser humano.

¡No se concibe como voceó este pueblo, cuando su presidente, nacido como él de la mesa del trabajo, puso el pie en la lancha de honor para ir á recibir la imagen en que cada hombre se ve como redimido y encumbrado!

Sólo los estremecimientos de la tierra dan idea de explosión semejante.

El clamor de los hombres moría ahogado por el estampido de los cañones: de las calderas de las fábricas y los buques se exhalaba á la vez el vapor preso con un júbilo loco, conmovedor y salvaje: ya parecía el alma india, que pasaba á caballo por el cielo, con su clangor de guerra: ya que, sacudiendo al encorvarse las campanas todas, se arrodillaban las iglesias: ya eran débiles ó estridentes, imitados por las chimeneas de los vapores, los cantos del gallo con que se simboliza el triunfo.

Se hizo pueril lo enorme: traveseaba el vapor en las calderas: jugueteaban por la neblina los remolcadores: azuzaba la concurrencia de los vapores á sus músicas: los fogoneros vestidos de oro por el resplandor del fuego, henchían de carbón las máquinas: por entre la nube de humo se veía á los marineros de la armada, de pie sobre las vergas.

En vano pedía silencio desde la tribuna, moviendo su sombrero negro de tres picos, el ma-

yor general de los ejércitos americanos: ni la plegaria misma del sacerdote Storrs, perdida en la confusión, acalló el vocerío: pero Lesseps, Lesseps, con su cabeza de ochenta años desnuda, bajo la lluvia, supo domarlo. Jamás se olvidará aquel espectáculo magnífico. Más que de un paso, de un salto se puso en pie el gran viejo.

¡Ah, piadoso viejo: antes de que se siente, premiado por los aplausos de sus enemigos mismos, rendidos y maravillados, démosle gracias, allá, en la América que no ha tenido todavía su fiesta, porque recordó nuestros pueblos y pronunció nuestro nombre olvidado en el día histórico en que América consagró á la libertad: ¿pues quién sabe morir por ella mejor que nosotros? ¿y amarla más?

"¡Hasta luego, en Panamá! donde el pabellón de las treinta y ocho estrellas de la América del Norte irá á flotar al lado de las banderas de los Estados independientes de la América del Sur, y formará en el nuevo mundo, para el bien de la humanidad, la alianza pacífica y fecunda de la raza francolatina y de la raza anglosajona."

¡Buen viejo, que encanta á las serpientes! ¡Alma clara, que nos ve lo grande del corazón bajo los vestidos manchados de sangre! A tí, que hablaste de la libertad como si fuera tu hija, la otra América te ama!

Y antes de que se levantara el senador Evarts á ofrecer la estatua al presidente de los Estados Unidos en nombre de la Comisión americana, la concurrencia, conmovida por Lesseps,

quiso saludar á Bartholdi, que con feliz modestia se levantó á dar las gracias al público desde su asiento en la tribuna. Nunca habla el senador Evarts sin noble lenguaje y superior sentido, y es su elocuencia diestra y genuina, que va á las almas porque nace de ella.

Pero la voz se le apagaba, cuando leía en páginas estrechas el discurso en que pinta, con frase llena de cintas y pompones, la generosidad de Francia.

Y después de Lesseps, parecía una caña abatida: ya en la cabeza no tiene más que frente: apenas puede abrirse paso la inspiración por su rostro enjuto y apergaminado: viste gabán, y lleva el cuello vuelto; le cubría la cabeza un gorro negro.

Y cuando inopinadamente, en medio de su discurso, creyeron llegada la hora de descorrer, como estaba previsto, el pabellón que cubría el rostro de la estatua, la escuadra, la flotilla, la ciudad, rompió en un grito unánime que parecía ir subiendo por el cielo como un escudo de bronce resonante: ¡Pompa asombrosa y majestad sublime!; ¡nunca ante altar alguno, se postró un pueblo con tanta reverencia!: los hombres pasmados de su pequeñez, se miraban al pie del pedestal, como si hubieran caído de su propia altura: el cañón á lo lejos retemblaba: en el humo los mástiles se perdían: el grito, fortalecido, cubría el aire: la estatua, allá en las nubes, aparecía como una madre inmensa.

* * *

Digno de hablar ante ella pareció á todos el presidente Cleveland. El también tiene estilo de médula, acento sincero, y voz simpática, clara y robusta. Sugiere más que explica. Dijo esas cosas amplias y elevadas que están bien frente á los monumentos. Con una mano tenía asido el borde de la tribuna, y la derecha la hundió en el pecho bajo la solapa de la levita. Mira con ese amable desafío que sienta á los vencedores honrados.

¿No se ha de perdonar un poco de altivez á quien sabe que, por ser puro, está lleno de enemigos? Su carne es gruesa y mucha; pero la inteligencia la echa atrás. Aparece como es, bueno y enérgico. Lesseps lo miraba cariñosamente, como si se estuviera haciendo de él un amigo.

También él, como Lesseps, habló con la cabeza descubierta. Sus palabras solicitan el aplauso, más que por la pompa de la frase y autoridad del ademán, por lo vibrante del acento y firme del sentido. Si vaciasen la estatua en palabras, eso mismo diría: "Esta muestra del afecto y consideración del pueblo de Francia demuestra el parentesco de las repúblicas, y nos asegura de que en nuestros esfuerzos para recomendar á los hombres la excelencia de un gobierno fundado en la voluntad popular, tenemos del otro lado del continente americano una firme aliada." "No estamos aquí hoy para doblar la cabeza ante la imagen de un dios belicoso y temible, lleno de rabia y venganza, sino para contemplar con júbilo á nuestra deidad propia, guardando y vigilando las puertas de América, más grande que todas las

que celebraron los cantos antiguos: y en vez de asir en su mano los rayos del terror y de la muerte, levanta al cielo la luz que ilumina el camino de la emancipación del hombre." Nació de los corazones cariñosos el largo aplauso que premió á este hombre honrado.

* * *

Chancey Depew, "el orador de plata," comenzó en seguida la oración de la fiesta. Bella hubo de ser, para sujetar sin fatiga, ya al caer la tarde, la atención del concurso.

¿Quién es Chancey Depew? Todo lo que puede ser el talento, sin la generosidad.

Ferrocarriles son sus ocupaciones; millones sus cifras; emperadores su público; los Vanderbilt sus Mecenas y amigos. El hombre le importa poco; le importa más el ferrocarril. Tiene el ojo rapaz, la frente ancha y altiva, la nariz corva, el labio superior fino y estrecho, la barba lampiña larga y en punta: y aquí se miran en él por lo armonioso y brillante de su lenguaje, lo agresivo y agudo de su voluntad, y lo listo y seguro de su juicio. Su estilo, fresco y versátil, no chispea ahora como suele en sus oraciones celebradísimas de sobremesa; ni expone con cerrada lógica, como en sus casos de abogado y director de caminos de hierro; ni tunde á sus adversarios sin misericordia como es fama que hace en los malignos y temibles ejercicios de las asambleas políticas: sino cuenta en encendidas frases la vida generosa de aquél que no satisfecho de haber ayudado á

Washington á fundar su pueblo, volvió ¡bendito sea el marqués de Lafayette! á pedir al congreso norteamericano que diese libertad á "sus hermanos los negros."

Pintó Depew con encendidos párrafos, las pláticas amigas de Lafayette y Washington en el hogar modesto de Mount Vernon, y aquel adiós del marqués "purificado por las batallas y las privaciones" al congreso de América, en que veía él "un templo inmenso de la libertad, una lección para los opresores, y una esperanza para los oprimidos de la tierra."

Ni el noventa y tres lo aterró, ni el calabozo de Olmutz lo domó, ni la victoria de Napoleón lo convenció: ¿qué son, para quien siente de veras la libertad en el alma, más que acicates las persecuciones y bombas de jabón los imperios injustos de la tierra? Estos hombres de instinto guían el mundo. Raciocinan después que obran.

El pensamiento corrige sus errores; pero no posee la virtud de sus arrebatos. Sienten y empujan. Así, por la voluntad de la naturaleza, en la historia de los hombres está escrito!

Magistrado parecía Chancey Depew cuando, sacudiendo sobre su cabeza cubierta de un gorro de seda el brazo en que temblaba el dedo índice, reunía en cuadro admirable los beneficios de que goza el hombre en esta tierra fundada por la libertad, y con el fuego del corcel que lleva la espuela hundida en los hijares, trocaba en valor el disimulado miedo, se erguía en nombre de las instituciones libres contra los fanáticos que se acogen de ellas para trabajar por

volcarlas, y enseñado por el ímpetu creciente con que se viene encima en los Estados Unidos el problema social, humilló la soberbia porque este caballero de la palabra de plata es afamado, y halló inspirados acentos para decir cual suyas las frases mismas que ostenta como su evangelio la revolución obrera.

¡Tu sombra, pues, oh libertad, convence: y los que te odian ó se sirven de tí se postran al mandato de tu brazo!

* * *

Un obispo en aquel instante surgió en la tribuna, alzó la mano comida por los años, y en el magnífico silencio, puestos en pie á su lado el genio y el poder, bendijo en nombre de Dios la redentora estatua. Entonó la concurrencia, guiada por el obispo, un himno lento y suave, la Doxología mística. De lo alto de la antorcha anunció una señal que había terminado la ceremonia.

Ríos de gente, temerosa de la torva noche, se echaron precipitados, sin respeto á la edad ni á la eminencia, sobre el angosto embarcadero. Pálidamente resonaban las músicas, como si desmayasen la luz de la tarde.

El peso del contento, más que el de los seres humanos, hundía los buques. El humo de los cañonazos envolvía la lancha de honor que llevaba á la ciudad al presidente. Las aves sorprendidas, en lo alto de la estatua, giraban como medrosas en torno al monte nuevo. Más fir-

mes dentro del pecho sentían los hombres las almas.

Y cuando de la isla convertida ya en altar, arrancaban en la sombra nocturna los últimos vapores, una voz cristalina exhaló una melodía popular, que fué de buque á buque, y mientras en la distancia se destacaban en las coronas de los edificios guirnaldas de luces que enrojecían la bóveda del cielo, un canto á la vez tierno y formidable se tendió al pie de la estatua por el río, y con unción fortificada por la noche, el pueblo entero, apiñado en las popas de los barcos, cantaba con el rostro vuelto á la isla: "¡Adios mi único amor!"

EL LIBRE PENSAMIENTO

EN LOS ESTADOS UNIDOS

MUERTE DE UN MILLONARIO SOCIALISTA

SUS ULTIMOS MOMENTOS

SU OBRA.—EL CLUB DEL SIGLO XIX

EL SOCIALISMO Y LOS RICOS—CHAMPAÑA Y ATEISMO

LIBERTAD Y TEOCRACIA

FUNERALES PRIVADOS—LLAMAS AZULES

Nueva York, 28 de Julio de 1888.

Señor Director de LA NACIÓN:

¡Ven, esposa! ¡ven hijo! ¡Vengan, para que me vean salir de la vida sin miedo, y puedan decir al mundo cómo muere un libre pensador!" Con estas palabras en los labios ha muerto Courtlandt Palmer, "el millonario socialista." Lo han traído á la ciudad. Le han hecho dobles funerales, filosófico el uno, y el otro religioso. En el horno del crematorio quemaron su cuerpo, en presencia de sus amigos, y con una cuchara de plata recogieron de la retorta sus cenizas ¡Cuatro ó cinco puñados de cenizas era á las ocho de la noche el que un día antes fué el pensador ambicioso, el positivista ardiente, el rico benévolo, el amigo de los ateos, el mantenedor de la verdad demostrable, el abogado de la absoluta libertad de pensar, el fundador de la academia de debates donde cruzaban armas, delante de lo más escogido de Nueva York, los ortodoxos y los agnósticos, los anarquistas y los autoritarios, los reverendos y los rabíes, los agazzistas y los darwinianos, los estéticos y los filisteos, los siervos de la gleba industrial y los señores feudales del monopolio. El,—el que no es ahora más que cuatro ó cinco puñados de cenizas, presidía de casaca aquella lujosa concurrencia ordenando la discusión, afiliándose

con los extremos, negando lo sobrehumano, proponiéndose de ejemplo á los ricos, repartiendo sorbetes á las damas.

"¡Ven, esposa! ¡ven, hijo! Ya he dicho quién debe hablar en mis funerales, y qué música me ha de tocar. Que hable Wakeman, libre pensador como yo. Que hable Ingersoll, el pontífice de nuestros agnósticos. Que no hable más de quince minutos cada uno. Que no me toquen música cristiana. Que no me entierren de iglesia cristiana. Tú, esposa, eres libre como yo, y haces bien en ser episcopal, puesto que crees en el dogma de los episcopales. Respeta mi voluntad como yo respeto la tuya: No me impongas tu creencia en la inmortalidad, como yo no te impongo mi falta de creencia. Que me toquen en mi funeral la marcha del Siegfried. Que no me entierren, para acabar en gusano ó en podre; ni me embalsamen, para parar en piedra fea: Que me quemen, que la ceniza es limpia, y de color de nácar!"

"¡Ven, esposa! ¡ven, hijo! Mira á este libre pensador cómo llega al umbral de ultratumba, sonriendo, pensando en sus amigos y en Tannhauser! El hombre no debe creer sino lo que puede demostrar. El mundo es bello, la humanidad adelanta. Comte ha dicho la verdad. Le es lícito al hombre esperarlo todo; pero creer sólo en lo demostrable le es lícito. Yo no digo que no existe el cielo; pero no sé si existe."— Y este hombre que no creía en la inmortalidad, preparaba su cama mortal como una escena de teatro. Los que no creen en la inmortalidad creen en la historia.

Imperan después de la muerte estos hombres concentrados que consagran á una idea única su vida. Durante su existencia se les nota como fuera de proporción, y como tonos que disuenan en el concierto humano; pero en cuanto entran en la muerte, y la fama los lleva de edades á pueblos, vese la armonía entre lo intenso de su carácter y lo extenso de su influjo; y se percibe el equilibrio. Es necesario elevarse como los montes para ser visto de lejos. La falta de proporción parece indispensable á la grandeza. Como la montaña, la vida del hombre que perdura ha de ser selvática, enmarañada; acá una cripta, allí un roble, por allá una enredadera; incorrecta, abrupta, rugosa.

Los hombres que quedan son los que encarnan en sí una idea que combate, ó una aspiración destinada al triunfo,—los que pasan por el mundo voceando y luciendo, con velocidad extraordinaria—como los astros. Mientras viven, se les señala con el dedo: En cuanto mueren se ve que donde ellos caen se levanta una estatua. No importa que hayan defendido sus doctrinas con exceso: así han de defenderse las ideas justas, para que al retraerse, como todo se retrae, en la marea del universo, no quede la idea demasiado atrás.

Además, la pasión es una nobleza. Los apasionados son los primogénitos del mundo. Los fuertes doman la pasión; pero en cuanto logran extinguirla, cesan de ser fuertes. Hasta para ser justo, se necesita ser un poco injusto. La grandeza consciente es más medrosa, y rehuye la batalla pública, por el decoro artístico

que es compañero natural de los hombres verdaderamente grandes. Pero esa es la grandeza fundadora, que viene después de los caracteres de ímpetu, como la hermosura y esplendor de la tierra, que es toda luz y dicha y huele á simiente cuando acaba de pasar el huracán. Primero es la fuerza huracánica: la que obra por instinto cuando cree que obra por reflexión; primero es la grandeza invasora. Cuando va á aparecer una idea, echa por delante, como una avanzada incontrastable, á sus heraldos. El heraldo pasa, mirando hacia arriba, rasgando la tierra, abriendo el surco á la idea que viene detrás, sin ver si lo que deja á la espalda es humo ó sangre. El pensador viene después de él, apagando el incendio, cerrando los bordes de la herida, apilando la tierra recién abierta sobre la simiente, coronando de templos los montes nuevos. La fama es premio justo de quien tiene el valor de sacrificar el grato sigilo de su persona á la idea que defiende. Se debe saludar á los heraldos que pasan.

* * *

Courtlandt Palmer era uno de esos convencidos ardientes en cuyo pecho la raíz que llega á prender no se arranca sino con la vida. En su carácter entraban en conjunto, como en todos los tipos de esa gloriosa especie moral, la sumisión del juicio al instinto, la pasión por la justicia, y el ansia de la fama, superior como acicate de la grandeza á la misma virtud. Donde el virtuoso se recata, el ambicioso vence. La

justicia manda reconocer que el mundo adelanta por la obra unida, hostil en la apariencia é idéntica en el fondo, de la ambición y la virtud. Cuando están tan ordenados en la naturaleza los agentes físicos, y hay flor silvestre que es una maravilla de labor, ¿por qué no han de estar dispuestas con igual orden, aunque no se las pueda probar de hecho ni ver con los ojos, las fuerzas morales?

Pero en Courtlandt Palmer no era lo original esa disposición belicosa y apasionada del espíritu, común á todos los zapadores de ideas; sino la alianza de este tipo humano con el de su pueblo, y el ser ejemplo vivo de lo que en los caracteres constantes de la humanidad, que van por tipos como las especies físicas, influyen las condiciones accidentales de la sociedad en que funcionan. Porque Palmer no se señaló más que otros por su atrevimiento en pensar, sino por haber sido el primero en conciliarlo pacíficamente con las preocupaciones de su pueblo, y en llevar las prácticas liberales de éste al debate febril, descompuesto y tiránico de los temas fundamentales en la ciencia del hombre.

Al ateo Ingersoll le preguntaron una vez qué le había costado el publicar su libro sobre los dioses, en que, como novísimo Volney, señala á la luz del cielo de estrellas de la razón, el polvo, acurrucado en figura de ídolo, de las religiones muertas: "Me costó mi elección para gobernador del estado de Michigan." ¡Y esto lo dice con entera verdad un hombre joven en los Estados Unidos, ya al ir muriendo en brazos de la república el siglo diecinueve!

La teocracia es como el curare. Hinca el diente, y envenena el mundo. Muy cerca de la parrilla y el apedreo están aquí los que osan confesar su creencia en un mundo sin teología, ó en una teología anticristiana. No se puede llamar á una puerta sin que salga con el rodillo encendido el reverendo. Es pascual ó anapascual, hiperdoxo ó adoxo, satanista ó antisatanista; pero lo que tiene la iglesia en pro, ya cuenta con caudal, éxito, socios, bufete, clientela; y lo que la tiene en contra muere. En cuanto se entra en las grandes corrientes de la existencia, en cuanto se aspira á bogar en lo hondo del país y con sus propias maderas, hay que pedir venia para vivir á la tirilla y al levitón negro.

Para que la libertad sea acatada, ha de ser teológica. Se puede ir hasta el umbral del libre pensamiento, y coquetear con él, y tenderle la mano como por limosna, para que suba un domingo á la tribuna. Pero al que se sienta á su lado le dan con los faldones en la nariz.

En Inglaterra festejan á Harrison y aquí cierran las puertas al que lo baraja con Voltaire, con Thomas Payne, con Andrés Poey, con Büchner,—á Ingersoll. Oyen al apostólico Thomas Parker, al semicomtista Frothingham, al independiente Beecher, al rebelde Heber Newton, porque no niegan lo final de la iglesia, sino la confirman y enriquecen como variantes y reencarnaciones de ella, y son, en las cosas del pensamiento, liberales á lo Horacio Walpole, para quien el asesinato de un rey "era el menor asesinato posible," cuando era un francés el

muerto; pero cuando le iba llegando el regicidio á la casa propia, se colgó de la peluca real, y acabó la vida de turiferario de las majestades: ¡estos revolucionarios suaves son siempre bienquistos entre las clases privilegiadas, que se entretienen con ellos, como los niños con los globos de papel, que se queman en cuanto suben por el aire, ó como las damas de salón con los falderos llenos de tufos, pompones y cintajos!

"Como á fieras, dice el "Sun," miraba hace cinco años nuestra sociedad elegante de Nueva York á los que osaban poner en duda, fuese en religión, política ó filosofía, las creencias á cuyo amparo levantan y disfrutan, entre las sedas de esta vida y los ángeles de la otra, su riqueza." Y Palmer, nacido de lo más amarillo de la crema aristocrática, en cama de millones; Palmer, hijo de uno que empezó el siglo de mozo de tienda, y murió dueño de grandes ferreterías, caminos y bancos; Palmer, que almorzaba con un nihilista y comía con un duque, igualándose á aquél por la aspiración, y al duque por la gracia; Palmer, que dormía con corbata blanca, logró fundar con lo más fino de la nobleza de Manhattan en hombres y mujeres, un club donde iban descotadas ellas y ellos de frac, á oir sin horror, y aun con aplauso, los debates casi corporales por lo muy reñidos, de aquellos que hallan grato el mundo como es, con los que lo tachan de injusto y odioso, y creen que la vida está aún muy cruzada del látigo y muy metida en sotanas.

¡Por supuesto que no pierde nada la libertad

con vestirse en lo de un buen sastre y unir al mérito de la virtud el de la buena crianza! No basta saber llevar la levita para ser cómplice nato de los tiranos. La levita no es un pecado, ni la casaca tampoco. Washington, Bolívar y Lafayette eran tres dandys perfectos. Una arruga en un pantalón ponía á Bolívar fuera de quicio; Lafayette era un espejo de caballería, y gran perito en galanteos y danzas; Washington le echaba los platos á su despensero cuando le traía el vino picado. Courtlandt Palmer, en cuya casa tenía asiento propio todo el que pensaba con vehemencia, y mejor asiento mientras la vehemencia era más, supo traer á sus salas, sin mentir, hoy con una visita de Emerson, mañana con una plática del poeta Holmes, á los que, á las pocas veces de oir hablar la verdad, le hallaron cierto encanto, y fueron perdiendo el primer miedo.

Sin ser él tan rico como era, y tan pomposo y atufado de personas, no habría podido juntar para semejantes debates á los ricos; pero no hubiera bastado, en país de tan pocos miramientos como éste, el caudal ni la cuna de Palmer para ganarse el apoyo de los que creían dañino el influjo que parecían tener sobre su espíritu levantisco los pensadores más exagerados. Fué su tacto lo que los fué atrayendo; el disponerles como un jardín la sala; el hablarles un día de novelas, para que oyesen con paciencia hablar del anarquismo el otro; el ponerles delante á la vez el que atacaba con ardor pintoresco sus ideas, y el que las defendía con más aplauso. Fué la novedad de presentar, entre el Can-

to á la Estrella de Wagner y una copa de champaña, un millonario que empezó de telegrafista, declarándose en un discurso ardiente sectario de la reconstrucción social, como Courtlandt Palmer. Fué la picante sorpresa de ver mano á mano en la misma tribuna á un judío y á un antisemita; á Depew, abogado de los ricos, y á Carnegie, que se acuerda á veces de cuando no lo era: á Field, para quien toda la verdad está en la Biblia, y á Ingersoll, para quien la Biblia es libro contradictorio, cruel y deshonesto. Fué que allí, como en todas partes, alegraba los ojos ver á un varón fuerte, á Courtlandt Palmer, prefiriendo afrontar la burla y abandono de sus amigos y parientes á ser traidor á lo que, después de buscar la filosofía, llegó á temer por verdadero. Fué, sobre todo, este hábito de resignarse y oir en calma, que en las cosas políticas ha mantenido en salvo á la nación, y con tan sutil y durable proceder se le ha entrado por las venas, que cuando por lo florido del camino se vió esta aristocracia de Nueva York como sin sentir frente al ágora llameante donde cruzaban espadas este siglo y el que viene, halló justo lo que Courtlandt Palmer decía, en su prosa insegura y verso tuerto: que lo verdadero lo es, aunque no se le quiera oir, y es mejor oirlo: que el mundo no está tan firme que sea ocioso ir sabiendo cómo se le podrá sujetar á las amarras con un poco de justicia: que el que se cree con derecho á dar una razón, tiene el deber de oir la que le dan á él en respuesta: que lo que ha de caer del cielo no se va á detener con pilares de leyes ni toldos de biblias, si-

no mejorando la suerte de los desdichados del mundo, para que con sus lágrimas no se desborde la furia de la mar, ni con sus brazos tendidos á la bóveda celeste llamen la ira, como los árboles llaman á los rayos.

* * *

Sí,—decía Ingersoll, hablando en la sala de la casa que rebosaba de amigos, sin cruces de jazmín, ni áncoras de siempreviva, frente al féretro cubierto de ramos y coronas:—¡así fuiste, amigo mío, y más amigo de la verdad, y de descubrirla con tu propia luz, y del modo libre de buscarla!—Lo oían los concurrentes con la cabeza baja; y el orador que no sabe del Dios que no le habla y de la inmortalidad que no da prueba patente de sí, celebraba en apotegmas felices ó hinchados el mérito moral del que afrontó la muerte como el médico Beard, tomando notas del ahogo que le iba cerrando los pulmones, como el senador Carpenter, que llenó de perlas de oratoria un discurso de asunto menor, de un tribunal de cónsules en China, cuando llevaba en el bolsillo, en un frasco de sus propias excrecencias, su boleta de entierro. "Para tí tampoco tuvo temores la muerte, por lo mismo porque los tenía el obrar mal. El mundo era tu patria, y tu religión el obrar bien: ¡qué credo atrevido osa levantarse por sobre este credo! Tú practicaste la hospitalidad intelectual. Tú concedías á los demás los derechos que ejercitabas. Creiste en la moralidad de lo útil. Sobre las religiones caídas viste con Au-

gusto Comte, erguirse, como árbol cargado de frutos, la religión, más bella que todas, de la humanidad. Lo verdadero no tiene miedo de la luz; y tú buscaste, con la guía de tu luz, lo verdadero: ¡Tú protegiste á los hijos de la inteligencia del Herodes de la autoridad!" ¿Cómo puede la muerte inspirar una frase tan violenta como esta última? ¡La retórica suena á careta de cómico en la oratoria funeraria! ¡Siempre suena á careta de cómico la retórica!

"¡Amigo!"—decía Ingersoll al acabar, resbalándole el llanto por la cara lampiña, de barba redonda, de boca persuasiva, de ojos imperiosos, de frente como cúpula, con las cejas adoseladas: "¡Amigo: no hay en este mundo complaciente un espectáculo comparable al de un hombre de alma libre: la vida de un hombre sincero mejora al mundo, amigo! Adiós: te amábamos ayer, y te amamos ahora."

Y un instante después, cuando el orador ateo y su mujer entraban en el carruaje que les aguardó á la puerta, celebraba el protestante Heber Newton, muy reñido también con la biblia, el servicio religioso, que fué un tierno discurso, como el de Ingersoll, sólo que no lo precedió, como á aquél, el canto de Wagner á la Estrella sino "Luz muerta," que es un bello himno de la iglesia episcopal: "Luz muerta y bondadosa." "¡Demos gracias, dijo Newton, porque en esta metrópoli de Maurman haya vivido en pleno siglo XIX un hombre que redimido por el azar feliz de los cuidados usuales de la existencia, hizo misión suya de soñar y de realizar sus sueños." Con una plegaria ce-

rró el discurso, y bendijo el cadáver, juntas las dos manos.

* * *

En unos cuantos carruajes fueron los amigos privilegiados de Courtlandt Palmer al crematorio. Cargaron el cadáver hasta el cuarto de desvestir. Le quitaron las joyas. Lo envolvieron en una sábana blanca. Lo pusieron en una cuna de hierro. En un carro rodante llevaron la cuna á la retorta. Por el portillo de la retorta, al entrar la cuna, se vió un gran ojo rojo, de bordes negros. Cuando invitaron á los amigos, sentados silenciosamente en la sala de espera, á ver el cadáver por los postigos del horno, revoloteaban por sobre la sábana blanca muchas llamas azules.

¡ELECCIONES!

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

EN LOS ESTADOS UNIDOS

CAUSAS, MÉTODOS Y TRASCENDENCIA

DE LA DERROTA DE CLEVELAND

CLEVELAND EN EL GOBIERNO

LA ESCENA POR DENTRO Y FUERA

DIA DE ELECCIONES

Nueva York, Noviembre 2 de 1888.

Señor Director de LA NACIÓN:

Acaba de ser electo el presidente. Unos pasean la ciudad con el sombrero á la nuca, la mano triunfante en la hombrera del chaleco, y colgado de la solapa, en plumas ó en cartón, el gallo de la victoria. Otros van como si no quisieran que los viesen, con la insignia abatida en el ojal, cabizbajos y torvos, pagando á los vencedores el dinero de las apuestas. El asta desnuda publica el luto en los edificios de demócratas, y el pabellón vocinglero, como con nuevos colores y lustre, cuenta, abriéndose y plegándose, el triunfo de los republicanos. West Virginia, sometida al fin, contra su opinión y su historia, al interés de los ferrocarriles, vota contra la democracia, capitaneada por el enemigo de la práctica culpable de dar á los ferrocarriles la tierra sin contar, y montes de privilegios. Delaware, donde la democracia enconada se rebela contra la familia que quiere gobernar el estado como su mayordomía, forma con los republicanos por primera vez. El demócrata Cleveland es vencido en el estado de Nueva York, donde triunfan los candidatos demócratas locales. Vence Harrison, el abogado del proteccionismo. Y detrás de Harrison, dejando caer sobre sus adversarios arrollados la mirada

amarilla de su ojo de marfil, vence Blaine. ¡Al poder los amigos de los ricos, y la política que los sigue enriqueciendo! ¡Fuera del poder el que inauguró una política que calma al pobre airado, sin amenazar la riqueza justa, ni hostigar la injusta fuera de medida!

En la Casa Blanca, cuando se supo al amanecer, en torno de la mesa cubierta de te olvidado y de manjares vírgenes, que la traición de sus partidarios, tanto como el soborno de sus enemigos, le negaba á Cleveland, al bravo Cleveland, la reelección, se calló el hombre bruscamente, y la esposa joven lo besó en las dos mejillas, sujetando mal las lágrimas. En la casa del triunfador, cuya cerca de madera se han ido llevando á astillas los republicanos fanáticos, salen de brazo al pórtico á recibir la enhorabuena loca de la multitud, el general electo, el "abuelo Benjamín," y una viejecita, de pañuelo á los hombros y cabeza blanca. Y después de haber visto en su grandeza y en su lepra el acto más bello de la libertad, después del fragor de la campaña y el silencio del voto, después del combate de los bandos y su resignación magnífica, después del espectáculo solemne, las calles de ebrios dormidos, las plazas de cabezas frenéticas, el hurra que el sol cansado ponía en las alas de la hermosa noche, y devolvía la noche al sol, no sabe en su casa alquilada al extranjero, cuando todo lo convida á enmudecer, como conseguirá narrar.

Venga el uno ó el otro, aunque no ha venido el que debía, ¡lo que importa, por sobre todas las batallas de los héroes, en este ejercicio pací-

fico de la voluntad de la nación: el triunfo del espíritu público es lo que importa

Ayer aun resonaban los cuernos y trompetas, llamando á la madrugada los ciudadanos al voto: luego hubo un gran silencio, un silencio penoso, como cuando se crea, y luego una majestad, como de quien pasa por bajo pórticos de luz. Han cambiado de asiento en el gobierno, después de la lucha vehemente de un año, dos partidos que agitan la pasión de veinticinco millones de hombres: han llenado las ciudades, codo á codo, los partidarios anhelosos loando juntos, juntos burlando á los candidatos enemigos, y no se ve al día siguiente más huellas de la lidia, en el ruido de los vapores que engullen su carga y de los ferrocarriles mugientes en las estaciones, que unos cuantos ojos deshechos y cabezas vinosas.

Hubo hombre que se vendió por cinco pesos, y por dos, y por un vaso de whisky: hubo el tráfico infame de boletos á que incita la concurrencia siempre peligrosa de las elecciones de la nación y las del estado y la ciudad: hubo los fraudes y sobornos nacidos del mal modo de votar, no de la institución del voto.; pero el corazón del hombre humano se conmovía dulcemente al ver esperando su vez en hilera ante las urnas de pino nuevo y cristal, para resolver en concordia los asuntos de la nación, al magnate de sombrero de seda y al cargador de blusa y cachucha. ¡Vigílese al gusano; pero no, porque lo atrae con su belleza, se desespere ó maldiga de la rosa!

* * *

Cleveland está vencido, vencido por el interés de sus adversarios y la codicia y alevosía de los propios. Pues si sirvió á su patria antes que á sí; si puso en riesgo su elección segura por poner á tiempo ante el país la verdad que puede evitar la enemistad y choque de sus elementos; si trajo consigo brío y bondad bastante para sentar en el gobierno, con ira del norte ambicioso y vengativo, al sur que pudiera cansarse de verse, por pasión y avaricia, privado de administrar el tesoro á que contribuye, y las leyes de que padece; si espantó al partido de los monopolios por su capacidad para organizar una campaña nacional de resistencia á las ganancias impúdicas y prácticas liberticidas de los monopolizadores; si triunfó una vez por sí, contra el consejo y oposición de esos santones de partido que no quieren de portaestandarte persona viril con idea nueva y fuerza superior, sino hombre segundón, tímido y blando, que comparta el poder real con los que, en espera de provechos comunes, lo proponen y encumbran al poder nominal; si resistió en su propio partido á los traficantes que ven en la política un mercado de empleos, y á los que exigen, en pago de su apoyo, concesiones desmedidas á sus vanidades y odios, ó á sus delitos é intereses, ¿qué suerte había de caberle, sino la que, salvo en las horas de crisis, tiene en la política la virtud? Triunfa de lado la virtud en la política, pero nunca de un modo directo y absoluto; y no está su victoria en la conquista del poder, premio casi siempre del que baja á representar el interés ó la pasión, sino en enseñarse con tal

constancia y juicio que el gobernante interesado que la acusa y persigue no ose prescindir enteramente de ella. Acosarlo, colgar sobre su cabeza, aparecérsele en sus banquetes.—La virtud, más que bridas, es látigo. Cuando fustiga es útil, y casi impotente cuando guía. Como los hombres no son aun en su conjunto virtuosos, no puede representarlos naturalmente la virtud; á no ser de aquel grado menor y gubernativo, don de algunos políticos á la vez honrados y sagaces, que otorga á la codicia y preocupación lo que exigen como premio de no salirle al paso.

Si era el demócrata único cuya novedad y fuerza personal pudo sacar de su silla desdeñosa y monárquica á los republicanos que llevaban en ella un cuarto de siglo, ¿qué esfuerzo no habían de hacer los republicanos ricos y atónitos, por derribar al que con su valor y desinterés, demostrado al encabezar por sobre amigos y enemigos el debate sobre la rebaja de la tarifa, mostraba los tamaños necesarios para realizarla?

Si los republicanos amigos, como Cleveland, de la reforma del arancel, veían que su realización por los demócratas mantendría al partido rival lejos del poder por largo tiempo, ¿cómo, con la ruin lógica del interés de partido, no habían de preferir vencer al portaestandarte de su propia víctima, á verla triunfar por los esfuerzos del contrario?

Si los monopolios todos, poseídos por los republicanos prominentes, han visto sus privilegios suspensos durante el gobierno de Cleve-

land, y las industrias favorecidas han hallado en él el adversario patriótico que procura el equilibrio y bienestar de la nación antes que el beneficio inmoderado y odioso de una minoría de industriales, ¿cómo no han de consagrar los monopolios y las industrias protegidas sus sobrantes mal ganados, á sacar del poder á quien manifiesta la decisión y capacidad de oponerse á que se perpetúen en ellos?

Si hay demócratas malamente interesados en mantener la tarifa alta á cuyo amparo venden á precio exorbitante sus fábricas privilegiadas, ¿cómo, poniendo su interés personal sobre el del demócrata que se los amenaza, y sobre el del país, no votarán con sus contrarios, que le prometen sustentarle su privilegio, antes que con el candidato de la democracia, que le aconseja subordinar al bien público, y á la paz de la nación, el exceso de su ganancia?

Si se negó á hacer de los puestos nacionales comedero de hambrones políticos, y á repartir los empleos públicos, pagados por toda la nación, como recompensa de los servicios dados á su partido en arriendo por oradores de alquiler y tratantes en votos, ¿á qué han de apoyar las "asociaciones" demócratas, mantenidas para la conquista y el goce en común de los empleos, á un presidente atrevido que quiere "ganar fama de puro para sí, privando de los empleos á los que lo han puesto en la presidencia?"

Si ha desatendido, con la fiereza de la honradez, las demandas de la minoría avarienta de Nueva York, cuya traición en las elecciones pasadas lo puso á punto de perder la presidencia.

en vez de ponerlo en ella; si prefirió, obedeciendo su mandato, encarnar en el partido que le debe la vuelta al gobierno nacional, las ideas de reforma que el país inquieto exige, á escuchar el consejo rencoroso de los neoyorquinos que no ven en los candidatos á altos puestos más que los agentes del poder político asociado que los eleva y mantiene para el provecho de la asociación, ¿cómo no habían de cebarse en él, según se han cebado, cómo no habían de cerrarle el paso al poder, según se lo han cerrado, so capa de ayudarle, las asociaciones de Nueva York, las asociaciones de demócratas que usan las ideas populares como pretexto y los candidatos de renombre como disfraz, pero anteponen á todo el principio porque existen, que es el de la distribución de los empleos entre los miembros de la asociación que obtiene, con su ejército disciplinado de votantes, el poder que ha de distribuirlos?

¿Y si esta vez concurrían con la elección del presidente enemigo del principio de la piratería en la política, la del gobernador Hill, ídolo y cabeza de los piratas, y la del corregidor de la ciudad y á quien tocará proveer el año entrante los más pingües empleos, ¿cómo no han de "mercar", de "acuchillar," de "cocear," de "tratar," de dar sus votos de demócratas al candidato de los republicanos contra el demócrata á quien aborrecen por su virtud, en cambio de los votos de los republicanos,—más interesados en ganar la presidencia que el estado y el corregimiento,—por el gobernador demócra-

ta que capitanea á las asociaciones, por el corregidor?

Porque en vano se oponía al razonamiento preciso del mensaje arancelario de Cleveland, base de la contienda de esta elección, el partido republicano cuyos prohombres, cuyos candidatos mismos á la Casa Blanca y la vicepresidencia vienen pidiendo desde años atrás, y poniendo en ambas salas del congreso, una reforma del arancel más enérgica aun que la que Cleveland propone, y ya ha adoptado la casa de representantes. En vano levantaba, con estadísticas falsas, la astucia de Blaine, señalado ya como primer ministro del republicano en caso de victoria, la grita de libre-cambio contra una reforma que apenas toca al subido arancel existente, sino para introducir con menos costos los artículos y productos vitales, y quitar el impuesto de entrada sobre la materia prima cuyo tributo de aduana impide á la industria yankee producir á precios de competencia con las fábricas europeas. En vano acusó Blaine de lenidad alevosa á Cleveland en la defensa de las pesquerías americanas en las aguas del Canadá, porque, basándose en la negativa del senado republicano, á probar el convenio pendiente con el inglés, pidió Cleveland á los senadores facultades inmediatas, que no le concedieron, para acudir en represalias, con energía mayor que la que nadie hubiese sugerido, contra el gobierno de Inglaterra á quien Blaine tachaba de cómplice de Cleveland, porque este ó aquel diario libre-cambista de Londres le celebraba su

mensaje, como lo celebraban los de Norte América.

En vano provocaron los republicanos arteramente al ministro de Inglaterra en Washington á escribir, en respuesta á un inglés naturalizado, una carta en que le estimula á que vote por los demócratas, insinuando que no se les debe ver con enojo por lo del Canadá: porque cuando Blaine, en discursos untados de curare, ondeaba á puño alto la carta infeliz como prueba del interés británico en la elección de Cleveland, éste aguardó en calma decorosa, aunque para él llena de peligros en las postrimerías de la campaña, á que Inglaterra reconviniese al ministro intruso, con menos energía acaso de la que bastase á desmentir el rumor, y cuando el silencio inglés y la voz pública lo autorizaron á obrar por sí, envió sus pasaportes al ministro, con asombro de los republicanos, regocijo de los irlandeses, y aplauso unánime de la nación, ante la que Blaine acusaba en seguida á Cleveland de haber sacrificado el ministro al deseo de allegarse el voto tibio de los naturalizados de Irlanda.

De tal modo creció el prestigio, que del mismo Indiana, del estado fiel á los republicanos donde residía su candidato á la presidencia, llegaban anuncios de que pudieran ganarles la campaña los demócratas. La mayoría de las industrias se declaraba por la reforma. El abanderado de la rebaja aduanera era el dueño de una de estas maravillosas ferrerías.

Los negocios, en vez de languidecer ó replegarse como en otras elecciones, se mostraban

confiados y agresivos. ¡Materia prima libre, y tendremos comercio para nuestras industrias. ¡Madera libre, y tendremos barcos para nuestro comercio! ¡Trabajo para nuestros telares y ferrerías, cerrados ó á medio cerrar ahora, y tendremos paces con los obreros! ¡Lana libre, y vestiremos al mundo! Cuando con estos lemas en su estandartes pasó en revista ante el presidente bajo la lluvia fiera de un sábado famoso, un pueblo de millonarios, de banqueros, de bolsistas, de industriales, de comerciantes importadores; cuando cuarenta mil hombres de negocios soportaron en fila, vitoreando sin cesar, la lluvia que daba mayor grandeza á aquella procesión de hombres libres, de ricos, de manufactureros, de ancianos, de tísicos, de cojos, ¡no era de derrota, por cierto, el rostro enérgico y astuto del presidente que de pie y con la cabeza descubierta los veía pasar!

El amor de su esposa y la estimación pública han mudado el rostro áspero y feo del gobernador solterón de hace tres años, el cuerpo lerdo y bovino, en este cuerpo erecto, no sin fuerza y presteza, en este rostro benévolo y radiante. Estaba seguro de su reelección, él, que sabe de las "cuchilladas" de los amigos! Envuelta en pieles, y acariciando á dos niños rubios, lo veía de en frente, desde un balcón de hotel, la regocijada esposa. Y de un piso más arriba, miraba Blaine, solo.

* * *

Pero de Nueva York era la esperanza principal de los republicanos. ¡Agitemos todos los

odios de la guerra, y todo el poder de los ferrocarriles, todo el influjo de las industrias favorecidas sobre los obreros amenazados ó ignorantes! ¡Pero á Nueva York sobre todo, con cuanto dinero los monopolios puedan dar! Lo que importa, por si nos falla la elección en los estados industriales y ferrocarrileros, es quitarle á Cleveland los treinta y seis electores de Nueva York.

En Nueva York están los ricos que pagan, y el voto que se vende. En Nueva York manda Hill, que tiene de su lado las cervecerías y quiere vengarse de Cleveland, que le ofende con su honradez, y le cierra el paso á la presidencia con su candidatura. En Nueva York está la asociación de Tammany, decidida á apoderarse, á costa de la presidencia que no le promete beneficios, del corregimiento de la ciudad, que tiene esta vez que distribuir canongías tales, canongías de ochenta mil, de cincuenta mil, de treinta mil pesos al año. En Nueva York está la asociación del Condado, de que es cabeza Hewitt, anciano hábil y vano, que ha vivido con más prosperidad que valor político, y quiere ahora, con arranques desordenados y tardíos, igualarse á Cleveland á quien abomina, aunque parece demócrata como él, y acaso permita que su gente trate el voto con el del presidente republicano, para que no triunfe Cleveland, en quien ve al rival feliz, y para que no lo venza el joven rico que por ir adelantado en política se presta á ser el convidado de la otra asociación demócrata, de Tammany, para corregidor. ¡A Nueva York, donde se odia al pre-

sidente bueno, y los demócratas están disputándose el botín, y están de venta distritos enteros, á cinco pesos por cabeza!

Músicas, candeladas, vociferaciones nocturnas, procesiones de seis horas, ¡qué no se compra con el tesoro enorme de los monopolios! ¿Se necesita más el día antes de la elección? Pues á Filadelfia, hogar de las industrias protegidas. Y en pocas horas, cuando ya parecen cubiertos los gastos todos de la campaña, levanta el emisario medio millón de pesos. ¿Que Indiana está en riesgo? ¡Pues allá van trescientos mil pesos en un check, para comprar el voto flotante, que allí ¡oh, ignominia! es de los mismos hombres del país, de los campesinos norteamericanos!

¿Qué importa que el Club de la Reforma, compuesto de abogados vigilantes, haya denunciado al juez los hoteles que la junta republicana soborna á oro puro, para que dejen en blanco páginas enteras de fecha atrasada, y que se llenan luego con gente de no se sabe dónde, con los colonos que vienen de lugares donde el voto republicano sobra, á fin de pasar como residentes de un mes atrás donde no residían, y tener derecho al voto? ¿Qué importa que los comerciantes demócratas, reunidos en junta de vigilancia permanente, determinen tener en cada una de las ochocientas veintiseis casillas un centinela que vea porque las "asociaciones" no vendan ó cambien el voto, y un abogado que defienda á los demócratas á quienes con falso pretexto intimiden ó acusen los republicanos?

Todo se hará, y á mordidas se le quitará la carne al león.

En una casilla donde el sufragio les ha de ser hostil, se pondrán testigos que tachen el voto, para que, mientras se va y viene del juez, ya llega el voto tarde á la casilla, que se cierra á las cuatro.

Donde un demócrata muestra deseos de vengarse del copartidario que lo venció en la candidatura, mil pesos á la callada, para que ponga mostrador libre de cerveza, y demuestre á sus amigos que á la democracia se la sirve mejor esta vez votando por los republicanos. Y en las casillas donde afluye de mañanita el voto de los trabajadores, que quieren votar sin perder el jornal, se hará de modo que den las diez sin que aparezcan los inspectores de urnas que al fin llegan en brazos de amigos desconocidos, enseñando por el bolsillo del chaleco los billetes de banco manoseados, porque otros años los han dado nuevos, como los mandan del banco á los comerciantes; pero ahora han cambiado los verdes y sonantes, recién salidos de la caja, por otros que no denuncien el soborno, sobados y mugrientos.

En el resto del país se ayudará como se pueda el prestigio del sistema proteccionista, que no es poco, aunque ayudado de la bolsa de los fabricantes protegidos y del miedo de los obreros á perder el trabajo si votan contra su patrón, será mucho más. Pero en Nueva York, donde hay tres candidatos á la presidencia,—el demócrata, el republicano y el antilicor,—¡la pluralidad á todo costo! ¿Qué no darán las

"ligas" de los fabricantes en las industrias protegidas para traer al poder al que mantiene que el alza de precio de los artículos vitales merced á la alianza de los que los producen al favor de la tarifa, no conviene al país, que paga la tarifa?: ¿qué no darán por echar del poder al que en vez de defender su candidatura con el dinero acumulado por este fraude continuo á la nación, por el cobro garantido de un precio injusto, por el interés de los menos, protegido por la nación contra el interés de los más, se presenta candidato contra los defraudadores? Que la pasión ó la opinión den noventa mil votos: los once mil que faltan se compran con cincuenta y cinco mil pesos!

Para eso son republicanos todos los miembros de las "ligas" de fabricantes, que ahogan la competencia é imponen el precio forzoso de los productos; y los agiotistas, de que es cabeza Morton, el candidato millonario á la vicepresidencia; y los ferrocarriles, que se están comiendo lo mejor de la tierra de los estados nuevos, y tienen por abogado favorito en el senado y en los tribunales al "abuelo Benjamín," el candidato para presidente. Ya es de los ferrocarriles y millonarios el senado. Mucho de la casa de representantes es de ellos, bien por elección hecha con sus fondos, bien por compra parcial. Pues ahora á la silla presidencial, con un famoso especulador de la bolsa por vicepresidente, y por ministro principal al que, reconociendo que con la tarifa alta no pueden las industrias producir á precios de venta, ni los obreros tener el trabajo que exigen, halla natu-

ral y cómodo imponer sus precios inicuos á la casa ajena antes que mermar la ganancia de la minoría rica que abusa de su pueblo en la propia, y propone, so capa de americanismos y hermosuras internacionales, congresos de repúblicas, de Hispano-América, al amor de la Casa Blanca, como ocasión de ajustar, por entusiasmo frívolo ó por intimidación, tratados rapaces de comercio que equilibren el desarreglo mantenido para provecho de la oligarquía industrial del norte, con los precios impuestos en los países mínimos de América á los productos yankees de compra forzosa.

* * *

Y nunca hubo contienda tan reñida en la ciudad, que fué en todo Octubre como morada de dos ejércitos en tregua; nunca más oratoria, cantos y estribillos, insignias y uniformes, riñas á palo y puño, paradas de á cien mil pesos, con cientos de bandas y cincuenta mil antorchas; nunca fué tanto el decoro en la discusión, por la nobleza con que Cleveland expuso en su mensaje el tema electoral, ni mayor el contraste entre el reposo de los demócratas, seguros del triunfo, y el ímpetu agresivo de los republicanos, aunque asombró el comedimiento de unos y otros, que se cruzaban en paz por las calles con sus estandartes y sus músicas, á la derecha los de la bandera colorada, á la izquierda los de la bandera del país, y solo en las últimas noches se vinieron á las manos, cuando una caballería de negros, vestidos de blanco y azul, car-

gó sobre los demócratas de casaca roja que les cerraron el camino, no sin pagar la demasía con sangre, puesto que las hachas de latón hicieron de pronto oficio de hachas de armas, y el petróleo de las antorchas quemó más de un casco áureo: como delante de las casas donde tenían los partidos su cuartel general, que eran lugar de cita noche sobre noche de los bandos contrarios, hasta que los estribillos mortificantes los sacaban de juicio, y se metían los puños por las barbas, á tiempo que la policía ubicua arremetió á palo limpio contra los abogados y estudiantes, que eran la masa del motín, y unos se curaban el hombro molido con coñac de Delmónico, y otros, entre soda y ajenjo, descansaban las pantorrillas aporreados sobre las poltronas de Hoffman.

Seis horas tardó en pasar la última procesión de los republicanos: río de fuego fué de noche, y como fiesta persa por las luces, la última parada democrática: todo era pífano, tambor y corneta: por una calle iban los navieros con un vapor de madera tirado por ocho caballos de gran caparazón: por otro iban los del tabaco, con un abanico hecho de la hoja: topaban con los de algodón, que llevaban en la solapa motas de él: se detenían para abrir paso á los loceros, que cargaban en el ojal tazas de porcelana tricolores: por la otra bocacalle caían en la avenida los estudiantes de leyes con macanas por bastón y una escoba al hombro en signo de victoria: en andas traían los carpinteros un gran gallo: se oían arriba los ferrocarriles, y abajo, hornadas de música, y rachas de voces: todo

era banderín, llamada, estruendo: el hombre se disponía á ejercerse, y so pretexto de pasión política, anunciaba su fuerza de rey con el bello arrebato de un campamento victorioso. Las procesiones de alquiler pasaban mustias, con esclavinas de hule reluciente sobre las levitas de mugre, y las antorchas apagadas.

* * *

Pero á aquel vocerío, que parecía toldo, á aquel palco de fuego prendido de río á río por sobre la ciudad vibrante, sucedió con claridad serena, y sublime silencio, la mañana del voto. Las últimas cornetas fueron las que al aclarar llamaban, bajo las ventanas á los votantes. ¡Arriba, que ya son las seis, para que todo el voto del partido esté antes de las cuatro en las urnas! Cada distrito tiene su capitán, cada barrio sus tenientes, cada calle su vigilante republicano, que despierta á los de su comunión, y el demócrata, que levanta á los suyos. ¡Es día de fiesta! pero no para todos los obreros, que no pueden perder su jornal. Ya nadie carga insignias, para que el enemigo no lleve la cuenta. Ochocientas veintiseis son las casillas de la ciudad. A cien pies de la casilla están, junto á sus garitas de pino cubiertas de retratos y carteles, los repartidores de boletos de cada candidatura, hombres de alquiler, á cinco pesos por día, con la traición en los ojos, y los boletos en un saco blanco. ¡Por la mañana cuando el sol acaba de salir, aun no osan vender el interés que les han pagado para conservar!

A la puerta de la casilla dan guardia, porra en mano, dos policías de casco negro. La casilla es la barbería, la tabaquería, la florería, la papelería, adquiridas para casa de sufragio por el municipio,y mientras en las urnas caen doblados los boletos de papel, después de que los inspectores compulsan la residencia y nombre del votante, y los secretarios, uno por cada partido, los anotan, otro policía con la porra en las rodillas, lee su diario sentado á lo monarca en un sitial de limpiabotas, y al fondo de la tienda rapan barbas, venden diarios, y atan flores. La hilera silenciosa de la puerta, formada de uno en uno, da la vuelta á la cuadra.

El sol brilla y los niños corretean. Frente á la garita de Tammany tiende á los transeuntes su haz de boletos un irlandés desdentado. El de la republicana espía á los que llegan con buen traje. El de la del Condado se echa sobre el que viene para que su rival de Tammany no le hable primero. Los vigilantes de cada partido, de buen sombrero y gabán de moda, de uno á otro en la hilera, cuchicheando. ¡Oh, la hilera! Un comerciante, de porte gigantesco, les lleva á todos la cabeza, de sombrero de copa y rostro grave: un miserable sin camisa, con el levitín á la barba y los ojos sanguinolentos, está detrás de él, el fajo de votos temblándole en la mano: le sigue un petimetre de vestido inglés, con bombín á la corona y botas de charol: un mozo de trabajo, sano de cara y de puños forzudos, le saca medio cuerpo por cada hombro: un italiano de pelo á lo Capoul y bigote retorcido, luce el sombrerito de castor gris y el alfiler falso

en la corbata: ¿qué hace allí el italiano? ¿Cómo te vá, Miguelón?" pregunta el policía al miserable sin camisa, que responde que va bien, y le presenta, con aires de caballero, á un viejo de cara pícara y lampiña, que ostenta delante de él su bastón de plata. ¿Quién llega, que le abre paso todo el mundo? Un inválido, que viene á votar con sus dos hijos, en una silla de manos.

Y en las casillas de buena población el voto fué tan diligente, que á las diez se veían por los cristales de las urnas los montones blancos. En otras casillas venían en manchas, con su padrón á la cabeza, napolitanos de pipa y calañés, de chaqueta y aretes, á votar en los asuntos de un país cuya lengua no hablan, á peso por oreja. ¡Merinos de lana turbia parecían, y gusanos de fango!: ¿á qué viene á dar voto ese irlandés por el que le regaló el galón de whisky, que deja escondido en el portal de al lado?: ¡judío ruso que no sabes leer, por qué, por una chaqueta nueva ó por un peso, vienes á influir, con un nombre que te es indiferente, en las cosas públicas de que sólo conoces la ganancia que sacas para venderlas?: ¿qué derecho tienes á ejercitar la libertad que odias, alemán barbudo é iracundo?: ¡zíngaro raquítico, por qué roes la chupa de seda de Washington?: ¡extranjero! ¿por qué perturbas con tu pasión ó tu venalidad el pueblo que te da asilo?

"¡Aquí, aquí!" ¡á la garita del Condado, donde están vendiendo, por sacar de corregidor al demócrata Hewitt, la candidatura del presidente demócrata! ¡Aquí! ¡al viejo Hewitt! ¡dos votos demócratas para Harrison por un voto

de corregidor para el viejo! ¡A Tammany, á la garita de Tammany, donde ofrecen un voto demócrata para Harrison, á cambio de un voto republicano para Hill! ¡Que estamos "acuchilleando" al presidente! Y ¿qué ha hecho por "los muchachos" este presidente Cleveland? "¡En la sopa, en la sopa!" pasan gritando unos chicuelos, que toman por suyo este estribillo de la elección. "¡En la sopa!" está cayendo Cleveland, empujado por los partidarios que prefieren la derrota del presidente virtuoso á la pérdida de Hill, el gobernador que reparte entre "los muchachos" contratos y empleos, á la pérdida del corregimiento, que dispone este año de puestos públicos por un período en que han de producir como ochenta millones de pesos! ¡El que guía, atrás: y el que se deja guiar, adelante! Todo el voto á Harrison, todo el voto que necesite para ser electo, con tal que queden en nuestras manos, en las manos de Tammany, los ochenta millones.

¡Nos vengamos de este presuntuoso, nos quedamos con el estado y las ciudades! ¡Aquí tres votos para Harrison, por uno para Grant, el corregidor de Tammany! ¡Más votos para Harrison, por votos para Hewitt, el corregidor del Condado! ¡Un voto para Harrison, por un voto á Coogan, el corregidor del partido obrero del padre Mc Glynn, que ha bajado de evangelista á político! ¡Aquí, á las garitas de los demócratas, ¡un voto para Harrison! Y en vano se opone al sufragio vendido de los demócratas la votación de los republicanos independientes, y la gente de idea libre, que vota donde ve ra-

zón. "¡Cuatro, cuatro, cuatro años más!" pasan cantando, á son de tamboril, los chicuelos frenéticos. "¡Cuatro, cuatro, cuatro meses más!" repiten riendo, tomados del brazo, republicanos y demócratas frente á las garitas.

Y en un barrio bajo, repleto de italianos é irlandeses, la cacería es abierta, los gariteros acodan al sufragante medio ebrio en lo oscuro de un zaguán: "¡gracias á Hill, dice un gariteró que no nos han puesto para este año la ley de la reforma de los boletos que manda que el votante escriba en secreto el voto dentro de la casilla!" ¡Tomasín, un peso por tu voto al buen demócrata, al gordo Campbell, que ya está tan borracho como tú! ¡Dos pesos, Tomasín, dos pesos por tu voto al republicano Mc Carthy, que te sacará de la cárcel cuando te caigas muerto del whisky! ¡Ahí va Pedrote, que quiere cinco pesos!

¡En el portal, Pedrote, donde el policía no te vea! ¡Que allá el policía, que anda por Campbell, buscándole irlandeses! ¡A un lado, bribones, yo voto por Harrison, porque peleé con él en la guerra! ¿Quién se atreve á ofenderme?: yo soy un tejedor que llevo ya seis meses sin trabajo, y pago un peso por el mal paño americano que vale una peseta: ¡yo voto por Cleveland! ¡Ahí viene Tim Campbell, abierto el chaleco, al vientre los muchos dijes, un solitario en la pechera, cenizo el rostro y los ojos colorados, del brazo de dos pintos, hipando y riendo: "¡A beber, policía! ¡á beber, muchachos!"

¡Las cuatro por fin! A empezar el recuento, en las casillas cerradas. A abrir las puertas del

frente de las cervecerías, que han tenido abierta la del lado. A devorar la impaciencia, los partidarios fieles, los votantes puros. Al arroyo, ahitos de licor, los que han hecho fiesta con la paga del voto. Al sótano, los napolitanos, á guardarse en el borceguí los dos pesos del año. A recibir noticias, las juntas de los partidos. A prepararse los hoteles, para la muchedumbre de la noche. A un te ligero, los candidatos nerviosos.

Y calle arriba viene, cada cual con una raja de la garita al hombro, la procesión de los chicuelos. A sangre y diente se disputan las bandas rivales el pino de las garitas. Delante va el capitán, con un cartel de Coogan por mandil, y por espada una bandera americana: su teniente lleva un cartel de Hewitt, atado con una correa á la cintura, á modo de enaguas: dos rinconetes van detrás, llena la cara de flemas y chirles, de seis años el uno, y el otro como de cuatro, con los brazos al hombro, el de seis con un gabán que le arrastra, y los dos sin zapatos: luego viene en andén, sirviendo de tambora, un barril vacío: á guisa de pavés cargan por cuatro las paredes de garita que salieron enteras: los de las rapas van tras ellos, á paso militar, unos frescos y bellos, otros tiñosos y ceñudos: los de chaqueta y más años van á la cola, feos y de cara cruel, con piedras en las manos.

* * *

Y á las seis empezó á crecer la ola, y eran como llanuras de cabezas á la media noche las

plazas, masa viva los hoteles, como tumba las asambleas de los vencidos, frenesí la sala de Tammany, la asociación vencedora, y grito, cuerno, caracol el aire frente á los edificios asediados de los diarios. A cada anuncio cóleras y vítores. Va triunfando Cleveland, que por sobre la traición se lleva la ciudad, y nadie quiere ver las caricaturas que para entretener el gentío echan en sus lienzos de anuncio las linternas rivales. Una novia se desprende del brazo de su compañero, y le da un beso. Un hombre de buen traje saluda á brazos abiertos, lleno el rostro de la agonía de la dicha. Un octogenario de noble frente se descubre, sin miedo al aire de la noche, y con el pañuelo de yerbas vitorea las cifras la amiga que lo acompaña, de cofia de seda y crespos blancos. Vacío se queda junto al "Sun," que da el primero la noticia, el "Tribune," el diario de Blaine, que apoya á Harrison, vencido en apariencia. Patrullas de mozos roncos marchan á paso de redoble por la acera, la vía única libre. Por sobre el fragor, como colosal pajarería, vibran los gritos de los vendedores de diarios. Vuélvese cara de repente, y se ve, con ondeo de mar rojo, la pampa de bandanas. Mas la nueva decisiva llega pronto: un demócrata que ha perdido la apuesta, aparece vestido de tigre, á dar vuelta á todos los postes de telégrafo de la ciudad: cambian de mano en los hoteles, turbios de humo, millaradas de pesos: y de unánime empellón, cuando el lienzo del "Tribune" anunció la victoria del republicano, movió pies el gentío, dejó solo al demócrata,

y con unción de iglesia entonó frente al diario victorioso un himno de triunfo. El octogenario, colérico, dijo á su amiga de los crespos blancos: "¡Vamos!"

El arte en Nueva York

VENTA DE LA FAMOSA GALERIA STEWART

LOS MEJORES CUADROS

PRECIOS ENORMES

EL ESPECTÁCULO

Nueva York, Abril 15 de 1887.

Señor Director de La Nación:

El alma, es verdad, va por la vida como en la cacería la cierva acorralada, sin tiempo para despuntar los retoños jugosos, ó aspirar el aire vivífico, ó aquietar la sed en aquel arroyuelo del bosque que corre entre las dos riberas verdes, luz derretida, joya líquida, discurso de la naturaleza que fortifica y alecciona por donde pasa. En cuanto el alma asoma, un escopetazo la echa abajo: para vivir, hay que esconderla donde no nos la sospechen, y en las horas de soledad, en las horas de lujo, sacarla á la luz tenue, como el relicario que guarda la efigie de la mujer querida, y llorar sobre ella, acariciárle la cabellera pegada á las sienes, aquietarle la mirada ansiosa, y decirle con la voz de los desesperados: "¿cuándo acabaremos, oh alma?" Todo vivo,que debiera ser un aroma, es un cómplice; y la existencia es más feliz, mientras son más numerosas y francas las complicidades.

Pero también el alma, aun en estos corrales donde la persiguen, tiene sus días de fiesta, en que se regocija y dilata: algo se sabe entonces de la maravilla que colora el ónix en las entrañas de los montes, y de esos vapores tornasolados que, como mariposas que se despiertan lentamente, van desapareciendo de las cumbres

cuando las calienta la mañana. ¿Quién que padezca de lo agrio de la vida en esta comunidad sórdida no ha de comparar á esos deleites el de ver, como hambriento sobre quien cae lluvia de frutas luminosas y aladas, una colección de cuadros soberbios, de esfuerzos del pincel de vistosísimas acumulaciones espirituales, de las batallas á cuyo fragor nació este siglo, de los tanteos y afanes con que engaña su actividad aun no madura, de la glóriosa luz y el aire alegre con que la edad nueva se prepara á reanimar, con los flancos abiertos y encendidos, la dulce religión pagana?

¿No es Fortuny, vencedor de la luz, el pintor en quien parece haberse reconocido nuestro siglo?: él, la gracia heredada: él, la fuerza discreta: él, la creación indecisa y encogida; él, el consorcio de la libertad y la academia; él, la luz armoniosa y final que corona sus ensayos y dudas, tal como del conocimiento de la naturaleza surge, ahuyentando espantos, la creencia de alas universales á cuyo abrigo crecerán en paz los hombres. Todo es símbolo y síntesis, y hay que ir á buscar la raíz de todo.

* * *

Pero ahora no: ahora veamos estas obras famosas del arte moderno: esta galería incompleta y envidiable que acumuló por vanidad de advenedizo el odioso Stewart, el rico impío que encerró viva á su mujer, privada hasta del dinero de alfileres, en un sepulcro de mármol y oro. Aquí, en sus inútiles pujos por igualar

la frescura de color del maravilloso catalán están todos esos pintores elegantes y alegres: Alvarez, con sus pompas y dorados; Jiménez Aranda, que no acierta á ligar las tintas claras en el aire libre; Nittis, cuyo cielo anaranjado ya mostraba los fuegos de ocaso de su temprana muerte; Simonetti, leve y gracioso como un paisaje de abanico; Palmaroli, un sombrero de paja; Michetti un "niño sublime" de la pintura de la luz; Boldini, que pinta con el polvo esmaltado y rebelde de las alas de las mariposas. —Zamacois, sabio como su maestro Meissonier y desolado como Larra, salpica con verdes y rojos altivos sus telas que debaten, arrollan y acusan. Y Madrazo pinta mujeres adorables, con una luz cernida por un tamiz de seda.

¿A qué contar, en esa colección desordenada, los cuadros alemanes de peluca y chupa, los paisajes rojizos y sinceros de los norteamericanos, los lienzos de asuntos domésticos que seducen las almas sencillas, los campos graves y corpulentos de los artistas franceses, los estudios académicos, famosos y exangües? Los cuadros, como los hombres que los crean, se congregan por sus cualidades comunes en grupos: uno ú otro, como los magníficos caballos rebeldes en la "Feria" de Rosa Bonheur, levanta sobre el conjunto con las crines resplandecientes la cabeza. No veamos lo menor, que ese es entretenimiento grato sólo á los menores, y propio de ellos: no digamos, aunque es verdad, que en esta célebre galería de Stewart no había la ligazón y orden que da á las colecciones meritorias valor lógico é histórico. Amontonó sus cua-

dros Stewart en la época en que, deslumbrados por Fortuny, todos los pintores vivos, los que buscan y crean, pugnaban por encarcelar la luz y remedar el aire; y eso es lo que tuvo de original esta galería afamada, fuera de la posesión feliz de algunas obras de empeño en que los pintores eminentes de nuestra época campean con su mayor bravura.

En el remate los veremos todos, entre los abejeos de la concurrencia, las ofertas, los chistes, los aplausos, las cortinas rojas. ¿En cuánto se venderá el "Friedland" de Meissonier, su único lienzo de tamaño heroico? La "Carrera" y el "Police verso" de Géróme, ¿se venderán en acuerdo con su fama? ¿Quién comprará la "Feria de caballos," el cuadro monumental de Rosa Bonheur? ¿Nos entenderán nuestros Fortunys, de sombra mística el uno, el otro de claridad deslumbradora?

Todo el señorío de New York, para comprar ó curiosear, espera pacientemente á que abran las puertas del salón de Chickering. "La Nación" está en la concurrencia al lado de Jay Gould, un millonario de cuerpo pequeño y ojos vivaces, que lleva el gabán raído. Son las ocho. La sala está llena. Los catálogos, empastados de rojo, brillan entre los vestidos negros del concurso como manchas de sangre. Un cintillo de luces de gas da sobre el escenario, en cuyo fondo aguardan los cuadros su fortuna, ocultos tras las cortinas encarnadas. Abrense las cortinas. El remate empieza.

* * *

Como neblina tachonada de globos de colores queda en la memoria esa escena que la fama de los cuadros, lo considerable de las sumas y la leyenda del dueño primitivo, han contribuído á hacer histórica. Los cuadros aparecían, oían el debate, se desvanecían detrás de la cortina. El rematador era, como suelen ser ellos, de aguda mirada: espejuelos, nariz bermeja, barba rala y comida en los arranques: frac: voz que acude con viveza de urraca donde huele á compra. No se mueve el rematador de delante de su pupitre, y se ve revolotear, cernirse, posarse en un hombro lejano, abalanzarse sobre una presa nueva, saltar, picotear, á aquella voz. El sigue el humor del público, que el que solicita ha de lisonjear. Deja reír, porque sabe que la alegría predispone á la largueza; pero no quiere que se hable: "el hablar, señoras y caballeros, déjenmelo á mí." Aquella sala de millonarios le obedece: él, como ellos, es vulgar y astuto. Fascina por la presteza con que anuncia el cuadro, con que sigue las puestas, con que excita á los rivales. Para él, un Tiziano se resume en esto: "Si, ya sabemos que en este punto es inútil querer vender maestros antiguos." Su lenguaje es éste: aparece el cuadro: "¡Ea, párense ahí!" "Buen cuadro, muy buen cuadro." "¿Cuánto me dan?" "¿Cinco mil?" "¿Tres mil?" "¿Dos mil," "¿He oído mil?" "¡Mil gracias!" "Cuadro valioso, muy valioso." "No volverán á ver su igual por el dinero." El no florea, no explica, no alaba la mercancía. "Eh? oí dos mil pesos?" "¡Dos mil!"

"Ha costado mucho, ha costado mucho." "No se equivocarán comprando esa pintura."

De tiempo en tiempo dice un chiste, como cuando trajeron tres retratos pomposos de damas á la Dubarry, con un paje negro para realzar su blancura, con mucho pelucón, cota de depeto y gran lujo de flores y de pliegues: "Vaya, no rían tanto: alguno los necesitará para su galería de antepasados." El sabe que estos ricos neoyorquinos prefieren á la gloria verdadera de crearse á sí propios la de parecer descendientes de algún busca-mozas ó guarda-puertas de monarca. Pero en seguida aparece el retrato de Washington por Stuart, y las risas se cambian en un aplauso cerrado. "¡Mil!" "¡Dos mil!" "¡Tres mil pesos!" Se va el retrato ufano seguido de palmadas.

A veces el remate decae. Los cuadros con viejos, niños y animales gustan, lo mismo que los paisajes y marinas, y los de historia y costumbres inglesas. Pero cuando un cuadro notable ocupa el caballete, sostenido á uno y otro lado por dos negros de guante y librea, entonces es de ver cómo el rematador con su arte sutil enfrena al público, que susurra como colmena levantada. Descubre á los competidores, dirígese personalmente á ellos, les ruega que no dejen salir el cuadro de la ciudad, se inclina sobre el pupitre como sobre el cuello de un caballo en la carrera, recoge en el aire la puesta nueva, ordena con un gesto feliz al rival que haga una puesta mayor: las provoca, las logra, las engasta en su dedo nervioso y erguido, co-

mo el caballero del torneo antiguo engastaba las sortijas en su lanza.

Las puestas silban como si fueran balas: la una da en el aire contra la otra: á cada puesta atrevida el público aplaude. "¡Al caer, al caer! ¿Quién da más? Cien pesos más? Pues dado!" Las cortinas, como empujadas de adentro por elefantes invisibles, caen sobre el cuadro que se aleja bajo ellas con ruido de triunfador. A veces, por una abertura del cortinaje, se ve á los gañanes, deformados por la faena como los campesinos de Millet, forcejear con el cuadro en la sombra.

* * *

Las obras de gracia alcanzan poco precio en este país de fuerza. La yerba jugosa, el camino solemne, el celaje apretado, los árboles robustos de "El fin de Mayo" de Daubigny, obtienen más favor que las nubecillas pizpiretas que animan el cielo risueño de "Las Lavanderas" de Boldini, y el elegante boscage versallés que asiste al paseo alado de sus damas, cuyos rostros, pulidos como la cuenca de una concha, asoman por entre un polvo de colores.

Bajo un cielo rugoso se vienen por la sombra del camino, en la majestad de la espesa arboleda, las ovejas cansadas que sacian la sed en el arroyo pedigüeño con que agracia Jacque, artista potente, su oscuro paisaje; pero esa calma profunda, es preferible á "La vuelta del Bosque" de Nittis, donde desde sus sillas de alambre, menos frágiles que ellas, ven pasar las ale-

gres de Paris los carruajes que vuelven del paseo, destacando sus líneas ligeras en el aire rojizo. Pinta Vallés una "Tentación" á lo Casanova, un sacristán, de puro flaco líquido, que ya no halla rincón en su banco donde libertarse de la desenvoltura de tres lozanas mozas: "Una mujer galante" de Simonetti oye, tendida en un sofá de blancas pieles, el vivo amor de un caballero barbilindo, de quien se burlan, escondidas detrás de una cancela, tres regocijadas curiosas: Michetti, desdeñando esas falsas poesías, pinta en su arrobadora "Mañana de bruma" los campesinos italianos, de vivos colores, adelantando en la neblina del crepúsculo con sus verdes melones á la cabeza, mientras rompe á lo lejos sobre la vieja muralla una luz cegadora;—pero esos cuadros apenas alcanzaron el precio de una "Familia de gatos" de Lambert, que con ese ojo humano que dan á los animales los pintores que atentamente los estudian, persiguen absortos los revoloteos de dos mariposas, desde su cojín de gatos ricos.

* * *

¿Cómo explicar el gusto excesivo del norteamericano por los lienzos de animales, á no ser por ese cariño de conquistador á todo lo que le ayuda á la conquista, por esa ternura con que ama el labriego su caballo y su vaca, por el amor natural de la mujer al gato, que acaricia, al perro, que acompaña, al viejo amigo del campesino, que hala del carro en el verano y en la nieve? Un caballo salvaje, atacado por un león,

se vendió en más que la deliciosa "Marquesa" de Madrazo, mujer que sabe de amor, y empolvada la cabeza, agraciada la barba con el lunar, dormidos ya los ojos del sueño venidero, consulta con un espejo de mano la sabiduría de sus hechizos.

Una salva de aplausos merecida estalló cuando pusieron en el caballete unas "Vacas" de Troyon, no—como otras suyas—notables sólo por la firmeza de la copia, sino porque allí los pacientes animales, en cuyo ojo turbio se ve aun la fuerza caótica de la creación, campean con natural beldad en el valle sereno donde dos altos chopos, quebrando la monótona llanura, realzan la magestad del horizonte.

Pero ni "La fiesta de niños" de Krauss, con tanto rostro menudo que parece moldeado sobre una manzana;—ni la "Carrera" y el "Pollice Verso" de Gérome, más célebres que dignos de serlo, puesto que en ellos no iguala al interés del tema la decisión y sabiduría de la pintura;—ni "La vuelta de la Vendimia" de Bouguereau, grupo frío de labriegos de Italia, donde no pudo este fecundo artista lucir los nácares y gracias de la carne, que él anima con una luz de aurora;—ni el retrato de Humboldt que hizo Schrayer, donde su cuerpo, débil sostén de la cabeza inefable y gloriosa, destácase desde su asiento en la colina sobre el argentado ambiente, en cuyo fondo alzan la cana cumbre los volcanes;—ni la solidez y relieve soberanos de "La visita al recién nacido" de Munckaczy, donde la madre, pálida aun del admirable dolor, sonríe desde su sitial de convaleciente á

las curiosas amigas que le saludan aquella joya labrada en sus entrañas;—ni los "Bufones" de Zamacois, verde uno, blanco otro, otro rojo, otros en todo el fuego de la luz, otros en un rincón sombrío, y el cuadro entero, salpicado de enanos, piernas colgantes y jorobas, hecho á una luz que acusa y quema, como el infierno de aquellas tremendas almas,—arrancaron aplausos tan ardientes como el grandioso rincón de bosque vivo por donde los lujosos caballos de Rosa Bonheur van á "La Feria." "Se ven, se ven aquellos duros lomos, aquellas ancas altas y macizas, aquellas cabezas pujantes y fogosas. Uno negro, normando, se encabrita y flagela con las crines erizadas el rostro del jinete de blusa que lo doma: á paso travieso lo sigue un pony peludo por entre sus mayores, con la mordida en la mirada. Un mozo va arrogante, como si supiese que el animal que monta es el más bello. Por el recodo vienen alazanes, retintos, bayos, ruanos. Del otro lado se entran en el bosque los que abrían la magnífica cuadrilla. Un chalán vigoroso, en lo mejor del lienzo, sujeta con ambos brazos desnudos el paso orgulloso de dos sementales blancos. Llevan la cola anudada, como para que se vea el dibujo rico. La carne recia hinchaba la piel tendida. La luz cae en las ancas."

Sobre ese cuadro sí fué la batalla recia. "¡Cuarenta mil pesos!" dijo una voz vibrante. Ruedos de aplausos acogían las ofertas, que iban de mil en mil. "¡Cincuenta mil!" "¡Cincuenta y tres mil!" En cincuenta y tres mil pesos lo compró el mayor de los Vanderbilt para

regalarlo al museo de New York, donde servirá de modelo permanente esa obra fresca y pura.

* * *

"¡Cuarenta y cinco mil pesos!" "¡Cincuenta mil!" "¡Sesenta mil!" "¡Sesenta y seis mil!" ¿Qué cuadro es ese que obtiene el mayor precio alcanzado en los Estados Unidos por cuadro alguno?

Es el "Friedland" de Meissonier, su cuadro querido, su Napoleón en gloria, no cuando—como en aquel otro cuadro suyo "1814"—volvía de Rusia con el águila muerta á la grupa de su caballo, sino cuando la fiereza de una criminal ambición no había deslucido aún en su rostro de dominador la gracia olímpica. Desde lo alto de un cerro, rodeado de sus generales y su guardia, con los cuerpos de ejército por horizonte, saluda Napoleón á los coraceros que en heroico desfile, alzándose sobre los estribos y con los aceros fuera de la vaina, van jurando, á galope tendido, morir por su emperador. Acá la furia é ímpetu de la carrera, el choque de ferralla de vainas y corazas: la yerba arremolinada bajo la caballería, el plumeo de los cascos relampagueantes, la locura de los caballos y de las espadas: los caballos flamean, los hombres juran: no hay un músculo en paz, ni en caballos ni en hombres: un corneta, vestido de amarillo, alza el clarín por sobre su cabeza, mientras exhala en una voz el alma: en el fondo del grupo, como un bosque de mástiles, se cruzan en líneas lejanas los aceros: dos espa-

das desnudas cortan de arriba abajo el cielo, á la cabeza de la cabalgata. Allá en el cerro, acopiando en los ojos azules cuanto deleite, penetración y misterio caben en el espíritu del hombre, mira aquel Jove nuevo á sus soldados vencedores, sentado firmemente en su orgulloso caballo blanco. Por entre la yerba, pintada hilo á hilo, baja al otro lado del lienzo, á marcha lenta, un grupo de húsares de negro morrión, cota azul con alamares amarillos, y el dolman rojo al hombro. Un cañón desmontado está tras ellos. El cielo, un cielo claro de victoria, muestra ya en las alturas algunas nubes pardas.

¿No decíais,—preguntó Meissonier á los que lo acusaban de impotencia artística,—que yo no sé pintar el movimiento? Pues aprended como yo, recopiando la vida hebra por hebra, á pintar al animal y al hombre en el grado mayor de animación de que son capaces: aprendad como yo, pintores de polvo de arroz, á componer obras nacionales y macizas.—"Sí," respondió Manet, aquel perseguidor de la luz á quien ha dado Zola cuerpo inmortal en su Claudio de "L'Oeuvre;" "sí, pero en ese cuadro todo es de hierro, menos las corazas." ¿Cómo has de pintar la vida, tú que jamás has sabido pintar una mujer?

Ese "Friedland," como todo lo que Meissonier pinta, es un cuadro maravilloso, pero sin epidermis. Hay naturalezas ogrescas, que necesitan ver la sangre. Si habéis visto cadáveres desollados, ya conocéis ese color cienoso que Meissonier emplea en sus cuadros. Parece el suyo ojo de trilobites, que veía en redondo, con

perfección implacable. Pinta pequeño, pero ve grande. La carne le seduce á tal extremo que da su color á las sendas de sus jardines y á las paredes de las casas. Pero su composición es graciosa, á despecho de su torvedad y constante estado de ira; su invención es profundamente artística, y lleva los caracteres enérgicos de su persona; y si no acierta á cubrir con un sobrecolor ligado y definitivo las desnudeces de su análisis, acaso para lucir mejor la inimitable fuerza de éste, ha sabido pintar como no se pintaron jamás el ojo del caballo, la mirada de Napoleón, y el sonriente y festivo azul del cielo.

* * *

¿Quién sino Fortuny pudo unir sin trabajo visible la fuerza y la gracia? Dejemos en buen hora al rematador animando á su público para que le compren el "Otoño" concienzudo de Bierdstadt, unos lirios coquetuelos de Adrien Moreau, la repulida "Hermanita bondadosa" de Van Bremen, "El Hijo pródigo" de Dubufe, sabio y brillante, la deseada "Disputa de límites" en cuyos rostros iracundos ha sabido pintar Nicol las pasiones sociales que tienen roídos los cimientos de Inglaterra. Dejemos que las puestas cesen, que el remate acabe, que la concurrencia se reparta por las calle vecinas, con sus catálogos rojos brillando osadamente á la luz eléctrica sobre los vestidos negros.

¿En qué hemos de pensar, después de haberlos visto, sino en "El Encantador de serpien-

tes" de Fortuny, un juicio de la vida, y en "La Playa de Portici," una tormenta de luz!

Mientras más se estudia "El Encantador," más revela ese extraño poder del genio para crear involuntariamente símbolos profundos de la naturaleza que lo inspira. Sopla el levante, que deja el aire limpio, clara la oscuridad, rastreando por la tierra la humareda: á lo lejos, llanos, cuchillas, tolderío de árabes, montes, horizontes. ¿Cómo pudo obtener estos grados de luces en la sombra, sin los contrastes y blancos de Rembrandt? Al frente del cuadro se desenvuelve en profética paz el drama eterno. ¿A qué encomiar la verdad de la alfombra donde el árabe esbelto está tendido, encantando á la serpiente; los verdes y los rojos del dibujo; la gracia del escorzo y de la perspectiva; la silla de montar caída á los pies del árabe, como su perro? La silla es como él, elegante y fina: ella es la libertad; la vida fiera, en una nube de háschisch; la carrera que inflama el corazón; el turbión de arena en que resplandece la espingarda; la amiga en el peligro y la almohada en la muerte.

Sopla el levante: azotadas las nubes trasponen los montes: enderézase sobre sus anillos, al voto de mago, la mística serpiente: el mancebo la mira sin miedo, como la juventud á lo desconocido: un dervi, envuelta la cabeza en un lienzo rojo que el viento sacude, contempla erguido en su asiento el duelo extraño con aquella poética curiosidad del árabe por la naturaleza, con el afán del viejo, curtido y desnudo, que quiere saber lo que está al otro lado de la

vida! La serpiente se va desenroscando, como cuando las sacerdotisas de Lavinium le ofrecían en su templo las tortas de harina y miel de las colmenas; como cuando el eslavo la invitaba, temeroso de su poder, á tomar puesto en el festín de los hogares; como cuando el hindú arrodillado le ofrece la leche fresca en su escudilla. Nada más que el levante que se lleva el humo interrumpe la escena.

Acaso el encantador pregunta á la serpiente lo que ha de suceder, como le preguntaban los atenienses: acaso la riñe, la abate, cuando intenta erguirse, la castiga, porque ha mordido á alguno de los árabes del tolderío. Flota al viento el lienzo rojo que cubre la cabeza del dervi. Reclinado el pico sobre el plumón del pecho asiste á los encantos una grulla. ¿Dónde mejor que en aquel nocturno espacio están representadas la pregunta incesante del hombre y el misterio sereno de la vida?

¡Domémosla de jóvenes, y luego de bien curtidos y desnudos, volvamos á tí, naturaleza!

* * *

¿Y esa "Playa de Portici," el cuadro que dejó sin acabar el único pintor que pobló de aire sus telas? ¿Cómo no había de ser hermoso, si era la prueba de su libertad de artista y de su propia dicha? Ya aquella no es la vida de árabe, que desató á sus ojos las gracias de la luz, y le reveló la elegancia y la sabiduría; ya ha tomado del moro el conocimiento de la paz y alegría del mundo, y la dignidad del carácter; y la ad-

miración de los coleccionistas le ha dado fama y riqueza; ya puede pintar á la claridad del sol á su mujer y sus hijos.

El cuadro es eso, su hogar en la playa, con su mujer que cose, su cuñada que se ampara los ojos del reflejo, sus hijos que juegan sobre el verde á la sombra de un quitasol encarnado: de un lado un muro blanco, á cuyo abrigo reposa el coche de la gira, sube al centro del cuadro, donde se divisan las callejas del pueblo, por una puerta roja: del otro lado, en ángulo atrevido, baja humedeciendo la orilla un mar de azul ardiente, donde se copia y acentúa el del cielo: con la calma de estío radioso vagan por el celage algunas nubecillas. Blanco sobre blanco, celeste sobre marino, flor amarilla y parasol rojo entre hojas verdes: solo dos puntos negros quiebran aquel enorme lujo claro,— el coche dormido al amparo del muro, y del lado del mar la sombra de un bote. Allá en la arena triscan los bañistas, semejantes, bajo el fuego del sol, á hormigas de colores.

Y en la parte no acabada del cuadro se ve que jamás fué fácil el triunfo, y que aquella tersura del color, que es sutil aire ambiente, aquella gracia tan natural que no parece creada, aquella luz que sólo cede en esplendor á la del cielo, eran el producto sabio de una labor terca y robusta, como todo lo que perdura y resplandece. Allí se ve, cortadas impíamente por la mano mortal sus hebras de colores, la carne sana de aquella enérgica pintura.

Era una capa puesta sobre otra, un azul en el seno de un amarillo, un verde cimentado so-

bre un blanco, un cariño de padre cuidadoso en la manera de hacer vivir y palpitar la luz. La noble tristeza de los creadores sombreaba la frente de aquel joven glorioso: ¡Sabe el hombre de partos y agonías, antes de que le dé su primer beso de paz en la aurora!

UN FUNERAL CHINO

—

LOS CHINOS EN NUEVA YORK

—

CREENCIAS.—CEREMONIAS.
ORENDAS.—TRAJES.—CANTOS.—EMBLEMAS.—ESCENAS CURIOSAS
LA PROCESIÓN. — EL ENTIERRO.

Nueva York, Octubre 29 de 1888.

Señor Director de La Nación:

Por un instante cesó el afán de la política, y abrió paso Nueva York á los chinos vestidos de colores que con magnas honras, á usanza asiática, seguían el féretro del general ilustre de los Pabellones negros, de Li In Du, que les ha muerto en los brazos. Pasen lejos ahora las procesiones de los partidos, las carretas de oratoria transeunte, las músicas electorales. Hoy hay música extraña, la música de los funerales de Li In Du. Vamos, con Nueva York curiosa, á oirla.

Li In Du fué persona valiente: derrotó á Francia en Tonquín: usó de su prestigio para favorecer á los amigos de la libertad: ni el prestigio le valió contra la persecución de los autoritarios, que no quieren sacar á China de su orden de clases: con la vida escapó apenas, seguido hasta San Francisco de algunos tenientes fieles: no peregrinó en el ocio, como tanto espadón de nuestra raza, que cree que el haber sido hombre una vez, defendiendo á la patria, le autoriza á dejar de serlo, viviendo de ella. ¡La libertad tiene sus bandidos! Y Li In Du no quiso ser de ellos, sino se empleó en traficar en cosas de su tierra, que es, con lavar ropa y servir de comer, en lo que por acá permiten á los chi-

nos ocuparse. Porque si se ocupan en minas ó en ferrocarriles, como á fieras los persiguen, los echan de sus cabañas á balazos, y los queman vivos.

Mott es en Nueva York la calle de ellos, donde tienen sus bancos, su bolsa, sus sastres y peluquerías, sus fondas y sus vicios. Hay el chino abate, sabichoso y melífluo, de buenas carnes y rosas en el rostro, de poco pómulo y boca glotona, de ojo diestro y vivo. Hay el chino de tienda, terroso de color, de carnes fofas y bolsudas, remangados la blusa y los calzones, el pelo corto hirsuto, el ojo ensangrentado, la mano cebada y uñosa, la papada de tres pisos, caída al pecho como ubre: y por bigotes dos hilos. Hay el chino errante, acorralado, áspero y fosco, que cargó espada ó pluma y vive de memorialista y hombre bueno, mudo y locuaz por turnos, sujeto á ración por el rico ignorante que halla gusto en vengarse así de quien tiene habitada la cabeza. Y hay el chino de las lavanderías, que suele ser mozo é ingenuo, alto y galán de cara, con brazaletes de ágata en los pulsos; pero más es canijo y desgarbado, sin nobleza en la boca ó la mirada, manso y deforme; ó rastrea en vez de andar, combo y negruzco, con dos vidrios por ojos, y baboso del opio.

Pero hoy las tarimas del opio están vacías; los lavanderos tienen cerrada la tienda: no hay puerta á las casas de comestibles; llevan banda de luto en los balcones las farolas con que se anuncian las fondas. Mott y sus alrededores están llenos de gente de Asia, congregada para llevar á la tumba con honor á su prohombre Li

In Du; lleno de los irlandeses é italianos, que comparten con ellos aquel barrio lodoso y fétido ; lleno de curiosos de todas partes del mundo, que á millas repletan las calles por donde va á pasar la procesión.—El hombre amarillo lleva el ojo de la fiera cazada: va mirando á su alrededor, como para precaverse de una ofensa: va blasfemando á media voz, lleno el ojo de fuego: va con la cabeza baja, como para que le perdonen la culpa de vivir. Van en grupos, hacia la casa funeral: van de dos en dos, chato el sombrero negro, veste y calzón de paño azul oscuro, las manos cruzadas al pecho, los pies en las zapatillas de cordón, sobre las que danzan, como enaguas, los calzones: van entrando en la sala mortuoria, que es una caballeriza forrada hoy de negro, y en el techo dos fajas en cruz, negra una, y otra blanca; van, de dos en dos, postrándose ante el altar encendido, á los pies del cadáver, junto á dos mesas cargadas de la cabra, de los corderos, de las naranjas y pastelería cercadas de flores, que se servirán tres días después á los amigos del muerto en el banquete cinerario, que se celebra en silencio, y á la hora callada de la noche. De dos en dos van tomando ante el altar de las siete luces, la tazas de óleo y arroz santo que les dan por comunión los sacerdotes de la túnica blanca, con banda y casquete negros. Y vierten las tazas de dos en dos en la cuba que aguarda la ofrenda al pie del ataúd, junto al tiesto donde arden en tierra fresca las velas del alma.

Y el muerto está en su ataúd de paño rico y mucha argentería, en descubierto de la cintura

á la cabeza de hombre firme, ojos hondos y metidos hacia la nariz, nariz de fosas anchas, boca fina apretada, la trenza de atrás traída como corona por la frente; y una mano al pecho, cubierto de papel moneda de Asia, para pagar el portazgo del cielo. En tazas de bronce humean en torno los perfumes sagrados: la vela del alma de humo espeso de cera: á la cabeza del ataúd, en un pendón, están, en círculos blancos, los pecados del difunto, que ha de domar para ascender al eliseo que los corona, representado por una mancha negra. Ya no caben en las mesas las pilas de frutas, los cestos de nuez, las fuentes de limones, las torres del pastel funeral. Ya no tienen espacio los que llegan para abrirse camino hasta el altar, y prosternarse tres veces seguidas, y dejar en la cuba los óleos, y en las mesas las flores.

Pero no se mesan el cabello, ni se desgarran los vestidos, ni se descubren la cabeza, ni cesan de fumar, ni muestran pena por el cambio de estado del que les defendió tan bien la tierra, al pie de la gran bandera roja. El que ha hecho mil y trescientas obras buenas, ¿no es inmortal por la ley de Tao, en los cielos? ¡vencer al francés fué más que hacer trescientas obras buenas, que es lo que se necesita para ser como teniente de la inmortalidad, ó inmortal en la tierra! La vida es como la pared de la jarra, que contiene el vacío útil, el vacío que se llena con leche, con vino, con miel, con perfume; pero más que la pared, vale en la jarra el vacío, como la eternidad, dichosa y sin límites vale más que la existencia donde el hombre no puede hacer

triunfar la libertad. Morir ¿no es volver á lo que se era en principio? La muerte es azul, es blanca, es color de perla, es la vuelta al gozo perdido, es un viaje. ¡Para eso lleva bastantes provisiones!

Y con las manos hundidas en sus blusas de invierno, hablan de que Li In Du era general terrible, que en la batalla parecía un pilar con alas, un pilar de los que el chino erige para espantar los demonios, de que mató mucho francés, aunque Tao dice que no se ha de pisar un insecto ni cortar un árbol, porque es destruir la vida; de que era gran comerciante en drogas y telas, y tes y comestibles, aunque la ley de Tao es que no se persigan los falsos honores de la vanidad ni las riquezas del mundo.

¡Ese era el Tao viejo, que ya tiene en el cielo la barba helada! ¿Li In Du?: 50,000 pesos. ¡Y el hijo está en China, que lo hereda todo! Los diablos no se lo han de llevar porque lleva en la mano mucho oro, para irlo echando cuando le salgan al camino. Y por entre la humareda del incienso y los cigarros se ve venir á un doliente vestido de azul, que en lo alto de los brazos trae un cerdo relleno, rodeado de rosas.

Y los de la túnica blanca se echan á un lado, para que llegue al altar, por entre los masones de túnica gris y casquete rojo, un anciano que avanza á pasos solemnes, con manto canario de vueltas negras. No se ve, del mucho humo, ni se oye la salutación del viejo entre los alaridos y estruendo rabioso de la música: "¡Fom: Bang! Batantan! Piii! ¡Bon, son, son!" Y el aire despedazado chirria y cruje. Se echa el viejo sobre

el cristal del ataúd, lo besa tres veces, y tres veces exhala un grito terrible, un grito que al fin pone miedo y silencio.

Vuelve al altar, empuña una bandera, y canta en verso las hazañas de Li, la falta que va á hacer al mundo, y la fiesta que habrá ahora en el monte de Tao. Y otros cantan después de él, el uno arrodillado y frente en tierra, el otro gesticulando, como quien describe una batalla, mientras arden á sus pies, en un tazón con dos sierpes por asas, las oraciones que el celestial quema de rodillas, en vez de entonarlas con los labios.

Ya el cuarto es bandera, y están formando la procesión. De afuera, de afuera la veremos. Afuera se ve toda.

* * *

¿Es ejército ó es funeral? Por entre el gentío pasean sobre las cabezas faroles y pendones. Se ven caballos blancos. Los jinetes van descubiertos, con la trenza envuelta en percal negro, traída á la frente como una diadema. La gran bandera roja, graciosa y soberbia, ondea por sobre todo. Arremete riendo sobre ella la gente agresiva.

¡Cómo mira, cual pronto á morir, el que empuña el pabellón con guante que tiembla! Se le agrupan al asta sumisos los oriflamas y estandartes, como hijuelos al tronco, amarillos y verdes, morados y zafiros, rojos y violetas, amarantos y rosas. Se ven los penachos del carro fúnebre, y las cabezas negras de los cuatro ca-

ballos. Centellea al sol el papel dorado de los emblemas. Pero no se ven ídolos, ni la imagen de Tai-Shin, el dios de la riqueza, que tiene ahora en China, como en todas partes, más templos que otro alguno; ni Kivan-Té va allí tampoco, el dios de las batallas, de cejas de culebra y de la gran manopla. Li In Du no cree en imágenes, ni en más dios que el puro Tao creador, que es todo y uno, y engendró los dos, y de los dos el tres, y de los tres el mundo, ni en más santos que las virtudes, sin las dominaciones y jerarquías con que los sacerdotes oscurecieron luego la religión, ni en Grandes Osos y Emperadores Perlados, ni en la madre del rayo, el rey del mar y el señor de las corrientes, ni en la deidad que protege cada condición y empleo del hombre, ni en el dios del trueno, á quien le llevan y traen órdenes treinta y seis generales, negros y grises, mientras él mortifica con los pies inquietos el plumaje de nueve aves hermosas.—Li In Du es masón, es librepensador, es cabeza propia, es venerable en la masonería china, que usa el mandil con bordes verdes. Por todas partes hierve el mundo, y padece el hombre, por asegurar la libertad de su albedrío. ¡De eso tenía Li In Du, la frente chata y los pómulos aplastados, de dar topetazos, cara á cara, al imperio despótico! Era taista viejo, que cree en la población aérea, en el descanso del pelear, en el individuo perdurable, en la transfiguración y asiento final, luego de cumplido el deber, en la montaña de Tao: pero ¡aquí abajo, libre! Y con el mallete de masón le ha estado ablandando la cabeza al emperador chino. Conmueven, estos

rebeldes que fundan. Se ve salir á estos hombres como llamas de entre la maraña tupida. Se les ve como estaba Li In Du en el ataúd, vestido de oro y fuego, con su túnica de seda amarilla.

Ya vienen en orden. La policía va delante, hombro con hombro, abriéndose paso, y tras ella una banda alemana, de casco y casaquín, tocando un himno fúnebre. Los generales siguen, los tres generales que en Naking ayudaron á vencer: van en caballos blancos, montados como quien sabe mejor echar el belfo al enemigo que volverle grupas: son secos de cuerpo y de estatura media, y en el rostro más músculos que masa: les ciñe el casco desnudo un lienzo rojo, y por delante la diadema negra: visten tunicela azul, bragas y calzones, y por luto una banda blanca al cinto: los caballos van enfrenados, sacando bien los pies á pasos lentos. Con grandes pendones, enclavados en la cuja del cinturón, pasan tres chinos jóvenes, de blusa y calzón malva,—los pendones donde van escritos los hechos gloriosos del muerto, la náusea con que salió de San Francisco, donde vió al chino contento con su vileza, la agonía de sus días últimos, cuando la muerte iba viniendo á pie, como quien respeta á su víctima; pero votó el congreso de Washington, por razones de política interior, la ley de expulsión del celestial, y la muerte no siguió como venía, considerada y despaciosa, sino montó á caballo, y lo mató con la noticia: ¡ay, Li In Du, de los que consagran su existencia á ver libre su pueblo, y sus conciudadanos dignos!

Y luego venía el estandarte amarillo, en figura de corazón floreado, de la logia que presidía él, de Lun Gee Tong; y sus miembros en túnica azul y casquete de seda negra, como los sacerdotes que iban detrás, rodeando al anciano del manto de vueltas negras, con el paso medido en sus túnicas blancas. Un rumor, como un cacareo ahogado, saluda á los que pasan ahora, de blusa también, y bombacha y polaina, con grandes fajas blancas al cinto y á la frente: son los veinticinco soldados leales, que por todas partes han seguido á Li In Du, y vienen como más altos de lo que son, apretados y altivos, con un bosque de banderas sobre las cabezas: cada uno lleva bandera de un color y presidiéndolas va el palio redondo del mandarín naranjo y morado.

Tras dos farolas blancas siguen en tunicelas de colores varios, con banda al pecho y lazo al codo y al costado, los que traen en ástiles rojos, recortadas en cartón con dibujos de oro y flores, las ocho insignias puras, los mandamientos de la ley de Tao, que Tao mismo dió al caudillo Gwin Li Du, en el monte luminoso de Tien San, y la santa fruta que Tao comió en el monte, antes de su transfiguración, y la espada con que Gwin defendió la ley divina, y el hacha celeste que cae airada sobre el mundo cuando el malo impera, y la flauta apacible, y el vivaz wooyin con que acompañan su dicha los genios redimidos, y las flores celestes que dan olor de te y ni se secan ni se ajan, y la urna blanca de la vida eterna.

Y detrás, ante el féretro, de la mano de un

palafrenero, va, sin ginete en la silla de cuero ribeteada de bronce, un caballo blanco. Luego el carro, con un limosnero de túnica ceniza en el pescante, dejando caer sobre multitud de trecho en trecho papel moneda del imperio, para que dejen al muerto el paso libre.

Luego el doliente, el sobrino Li Yung, de manto blanco y banda negra, con la cabeza descubierta. Luego, en dos diligencias negras y amarillas, la música china, chillona y discorde, sin notas ni frases, sonando más que á duelo, á triunfo y alegría. Y luego el séquito de chinos masones, de gabán y sombrero de pelo, con el mandil de las tres letras, y mil chinos más de dos en dos, con los brazos cruzados.

* * *

Y ese gentío de colores, y los cuatro caballos blancos, y las banderas, y las insignias de Tao se agruparon en el cementerio junto á la fosa, donde los empujaban con risas y chistes crueles, millares de curiosos, de rufianes desocupados, de novios en flor, de madres nuevas, de damas en pellizas, de irlandesas fétidas. Los árboles, por hojas, tenían pilluelos. En el techo arruinado de un caserón vecino, unas actrices pelaban naranjas.

De pronto la muchedumbre se echa atrás; caen sobre el suelo las banderas; vuelan por el aire las túnicas y bandas; sube en onda turbia el humo de la fogata repentina donde se consumen todos las trajes y emblemas funerales, las tunicelas y mantos, el percal de las trenzas, el

luto de los caballos, los oriflamas y pendones, las insignias de Tao, con la gran bandera roja, el baúl del muerto.

Y al dispersarse la gente apiñada, se vió el túmulo compuesto al uso celestial: á la cabeza, como respaldo, clavado en tierra todo el ástil, el corazón masónico: luego, enclavadas también, las dos farolas blancas: de allí á los pies, simulando urnas y cojines, rosas blancas y amarillas: á los pies, y al remate de los lados, las siete velas místicas: y junto á ellas tazas de arroz, platos de col, bollos de pan, montones de tierra regada con vino, buñuelos y pasteles, y dos pollos asados, que es el banquete que disponen en cuclillas los amigos de Li In Du, para que no pase penas de hambre en su viaje difícil á la mansión de los genios, donde va á ser djinn venturoso é inmortal, viendo de cerca en su espíritu puro á los que amó en vida, interceciendo porque el hombre sea bueno y China libre, y favoreciendo á sus conocidos y parientes con dádivas y milagros.

Gran Exposición de Ganado

EN NUEVA YORK

LA LECHERIA

LA AGRICULTURA, SUS PRODUCTOS, SUS AUXILIARES

EL TORO TRIUNFANTE

RAZAS.—MODELOS.—CRIADORES.—ALIMENTACIÓN.—MEJORAS.
INDICACIONES.—PREMIOS.

Nueva York, Mayo 24 de 1887.

Señor Director de LA NACIÓN:

A poca distancia de la plaza de Madison, que tiene por el oeste, como gargantilla de brillantes, los hoteles más suntuosos de Nueva York, y por el este, al amor de encopetada iglesia, sombría hilera de casas señoriales, levántase un recinto célebre y espacioso, el circo de "Madison Square," adonde, como aurícula capaz, acuden, en las festividades de gusto popular, las grandes concurrencias.

Allí el hipódromo de Barnum, con sus griegos de pega, sus carros de relumbrón, sus desmelenados aurigas, sus gladiadores, embadurnados de albayalde para parecer estatuas clásicas, sus caballos que danzan en la cuerda floja, sus mujeres que se descuelgan por la cabellera de lo más alto del circo, sus elefantes que bailan lanceros y fingen de payasos, cuando no se cansa alguno de que le moleste á su novia el domador, y echa puerta adentro, seguido de la manada enfurecida, derribando con ímpetu terrible músicos y danzantes, y moviendo en los establos, á que sirven de techo los asientos, un ruido como de volcanes.

Allí los irlandeses, convulsos de entusiasmo, luciendo en los sombreros la hoja de trébol con que el gran patricio demostró á su jefe el mis

terio de la Trinidad, pendiente de las solapas la cinta verde con el arpa de Erin van á Parnell, su abogado sesudo, á quien tiene ahora mismo al morir su amor intenso á Irlanda;—van á desear buen viaje á Davitt, á su manco indómito, en cuyos ojos, que han prometido no cerrarse hasta que Irlanda sea libre, luce la determinación con brillo sobrenatural.

Allí— cuando como airones de primavera aun aletean los vítores,—levantan el piso, cúbrenlo de aserrín, pónenle estrado al árbitro, apriétanse junto á la pista las mozas y los rufianes, y día sobre día, á la embriagadora luz eléctrica, halan el cuerpo mísero, deslucidos los trajes, macerados y monstruosos los pies, lívido el color, suplicante y moribundo el ojo, caída la barba al pecho, los andarines competidores, que es cosa que da náusea!

Allí, á diez pesos por cabeza, y de general á bandido, agólpase la ciudad, ya turbia y repulsiva la mirada, á ver cómo se magullan á puñetazos, desnudos del cinto arriba, los bárbaros púgiles, que al fin de cada arremetida, caen en sus sillas de descansar, exánimes y cubiertos de sangre.

Allí, muy visitados por damas caprichosas, los perros en feria ladrando vilmente, unos de lana como seda, otros de hocico inmundo, olisqueando ratones, y enjaezados de lujo, con mantos de pedrería y cadena de plata; y otros, los chihuahueños, de ojos saltados y redondos, y grandes como la palma de la mano.

Allí la feria de caballos, que reaniman al hombre, y en mayor grado que él conservan en

la servidumbre la arrogancia y galanura de la libertad,—el poney malicioso y peludo, el feo, enjuto y sufrido mustang, el Glydesdate, tan bueno para la labor, el trotador de Norfolk, de fuerte arranque de ancas, el caballo de carruaje, hermoso y recio, el generoso percherón, un monte vivo.

Allí ha sido también, en Madison Square, la feria que contamos ahora, la feria del ganado y de las lecherías, preparado en tres meses por unos cuantos ricos que merecen serlo, puesto que no tienen empacho en que les vean cuidando de su hacienda honradamente, que es como echar cimientos á la patria.

Eran de compararse, en los días de la feria, ricos y ricos. Unos, los barbilindos, agansado el andar; abestiada la frente con el peinado á modo de vendaje; el traje sin carácter, y como el uniforme de sonsera; los labios, de mostacho pobre, besuqueando el mango de cuerno de sus bastones, rematados en plata. Otros, los dignos, los que demuestran con el trabajo personal su derecho á disfrutar la fortuna de sus padres, sobresalían, como gallos finos entre quiquiriquíes; el cuerpo, ágil y proporcionado; el traje, obediente y suelto; la mano, algo más ancha; el rostro con cierta marcial hermosura, y ese esplendor, tan grato de ver, que sólo la fuerza de la dignidad da al hombre!

* * *

Se llegaba á la puerta de la feria por entre un laberinto de carruajes, porque no hubo espo-

sa que no quisiese parecer buena casera, yendo á ver cómo se hace la mantequilla, y si se la puede hacer en casa; ni domador de damas que no acudiera al reclamo de tanta hechicería, y al de una bella de alquiler que se contrató para aparecer vestida de lechera normanda; ni magnate que no tuviese á honra el que le vieran interesado en estudiar esta fuente de riqueza del país.

El padre de los Vanderbilt de ahora ¿qué era más que lechero, hasta seis años antes de morir?: y aun después de heredar á su padre, nunca abandonó su hacienda. Muchos nombres famosos protegían la feria del ganado: Vanderbilt, Pierpont Morgan, Le Grand B. Cannon, Appleton, Sloan, Tselin, Douglass. ¿Cómo nó, si los Estados Unidos tienen ya cuarenta millones de cabezas vacunas, que valen una con otra veinticinco pesos, y de las cuales catorce millones son de vacas lecheras, de cuatrocientos veinte millones de pesos de valor, que dan al año quinientos millones de galones de leche, cuatrocientos de libras de mantequilla, sin contar con lo de uso doméstico, todo lo cual rinde por año unos trescientos millones de ganancia limpia? A Inglaterra se manda cada año ganado vivo por veintiún millones de pesos, y en carne fresca treinta más.

¡Y á todo eso se ha llegado en sesenta años, y si se nos apura, en veinticinco; porque antes la cría no era acá una ciencia como es ahora, con un sistema para producir bueyes de labranza, y otro para mejorar la casta lechera, y otro para la res de matazón—sino una cría torpe y

revuelta, en que se iban confundiendo sin juicio las razas distintas; y por no afinar cada una con la mejora de sus condiciones y el injerto de las que le faltaban, todo eran vacas cabezonas y de poco vientre, y toros papudos y de gran cornamenta, con más hueso que carne y muy hambrones, mostrando la verdad de aquel decir de España: "el buey ruin en el cuerno crece!"

¡Y en veinticinco años, sin más que traer buenos padres y criar con orden y á pesebre pleno, se ha venido á parar del ganado zancudo y astoso de Tejas, del buey caído y lentón de Massachussetts, á estos Devon y Heresford, que llevan el yugo como una corona, y rompen de una paseada el labrantío, á estas Jerseys copiosas que valen, como Eurotas y Mary Ann, de diez á veinte mil pesos!

¿Quién no ha de querer ver esas vacas famosas, el modo de ordeñarlas, de sacar la crema á la leche, de hacer esa mantequilla, de ver cómo se elabora el queso, de comparar, allá al fondo del circo, las castas rivales, desde Holstein de alzada hasta la Jersey pizpireta?

* * *

La feria lo es de veras. Acá éstos, que recomiendan sus aparatos, y enseñan cómo funcionan: aquí mantequeras, arreadores de la leche recién ordeñada, vasijas para recoger la crema, refrigeradores, artesas de hacer queso: allí lecherías rústicas; allá la pagoda en que un moujik, vestido de azul y negro, vende koumyss;

más adentro, cuando acaban las tiendas y máquinas, el corral modelo; y en torno y hacia el fondo los establos. Cuelgan de la viguería banderas y oriflamas. El aire, que entra á bocanadas por las claraboyas, se lleva el olor pesado y acre de las bestias. Acarician las mujeres en el testuz, á las vacas que las miran mansamente. Hacen coro, acurrucados, los niños ante los terneros. La música da al viento tonadas pastoriles, donde se imita el caracol y el pífano.

Primero, como heraldos, están los puestos de los periódicos de agricultura. "The American Agriculturist," que es un tesoro, tiene el suyo, donde se reparte gratis el número iluminado que dedica á la feria: Un caballerete de arrogantes modales da á cuantos pasan un ejemplar de "The Jersey Bulletin," donde se publica la genealogía de todas las familias ilustres de este rico ganado, y el registro de sus compras y ventas. "The American Dairyman," "El Lechero americano," está en manos de todos, recomendando estos ó aquellos modos de beneficiar la leche. "El campesino de Nueva York," "The Rural New-Yorker" es una crónica viva de la fiesta, con una caricatura en que un rabadán de botas y sombrero de fieltro hunde una bayoneta donde dice "voto" en el pecho del monstruo "fraude," cuyas tres cabezas, "glucosa," "oleomargarina" y "semilla" de algodón," representan las sustancias viles con que se envenena la leche, y se imitan, con autoridad del congreso, sus productos. Pero el puesto más bello es elde la "Orange Judd Co.," la noble casa de Broadway, que lleva publicado

cuanto se necesita saber para cuidar del campo y de sus criaturas: ¡qué mina, aquellos estantes!: ¡es de hacerse agua los ojos, por no poder alzarse de una sola brazada con tanto libro útil!: y todo está explicado con el interés de un cuento, y de modo que lo entiendan bien el labriego y el pastor, y se engolosinen en el estudio su mujer y su hijo.

Aquí está toda una familia campesina, viendo lo que se ha de ver primero,—el modo con que se separa la crema de la leche, para hacer con aquélla la mantequilla, y con la desnatada el queso.—Unos, el sueco Laval, enseña su "Separador mecánico," el cual aparta la crema conforme va recibiendo la leche, que él aconseja no vender al peso, sino en razón de la crema que contiene, lo que se conoce por el "Lactótrito" de su invención, ya en uso en toda Suecia y Dinamarca:—otro, el americano Cooley, que tiene su "Cremería" ceñida de medallas, explica su refrigerador de descremar, donde las jarras repletas de leche están sumidas en el agua fresca, que acelera la aglomeración de la nata, á la vez que por las tapas de las jarras, dispuestas de manera especial, se escapan los gases que quedan en la leche cuando se la pone á criar nata al aire libre, y le quitan el dulzor y aroma que da á la mantequilla la crema recogida en las jarras cerradas de Cooley;—otro americano, Stoddard, encomia un refrigerador parecido, que de uno á otro ordeño, si se usa hielo en vez de agua, saca la nata toda, y deja las jarras listas para la nueva ordeñadura, con la ventaja de que cada jarra tiene un gradua-

dor que sin necesidad de destaparla dice por donde va la crema, y ésta baja en segundos por un embudo á la tina que la aguarda abajo, sin que sea menester recogerla despacio y á la burda: aunque también el refrigerador de Cooley tiene su modo propio y automático de separar la nata, que ha de ir seguramente á las mantequeras.

¡Y las mantequeras, giran que vuelan! Las hay de barril, de ataúd, rectangulares, cilíndricas y de columpio, movida ésta á manija, á rueda aquélla: unas baten la crema con aspas interiores, que quiebran á la mantequilla el grano, lo cual la expone á agriarse y durar poco: otras, como la "Stoddard" y la "Soper," no trabajan por fricción como esas, sino por concusión, dejando que el grano entero se aglomere por el movimiento propio y veloz de la leche en la mantequera, que en ninguna es tan natural y sencillo como en la de columpio de Davis, á todas superior porque se sirve á sí misma, y no hay más que empujarla de vez en cuando mientras se anda en las demás faenas.

Pero la más curiosa era una de metal á modo de nevera, donde, dando de firme á la cigüeña, se hace mantequilla, y toda especie de helados y semejanzas, en dos ó tres minutos. Que se hace, es verdad; pero dicen que todo el grano queda roto, y el brazo del que da á la rueda. ¡Y á esto le llama el inventor "La maravilla del mundo," sin ver que más maravilla es la que tenía al lado, pues allí estaba un ternero lactando buenamente de una mamadera, á cuyo pezón de goma, un poco más alto que el de la

vaca, baja la leche de una lata fija en un tablón entre dos ranuras corredizas: "Así, decía el inventor Small, se nutre el ternero mejor que de la tina, no le quita á la leche la crema, que á él le hace mal, y toma el alimento despacio y suavemente, como naturaleza manda."

* * *

Alrededor de todo esto había puestos de varias invenciones,— ya el "aereador" de Hill, que por medio de una corriente de aire puro enfría la leche recién ordeñada y echa de ella el calor animal y los olores, con lo que queda en todo su dulce, sin tanto riesgo de agriarse,—ya jarras ingeniosas para traer la leche á los mercados, y botellas herméticas de vidrio, y cajas para la mantequilla, y prensas en que enjugarla, y batidores en que molerla, y sellos de madera para marcar sus panes, y un papel apergaminado donde envolverlos, más limpio y económico que el lienzo donde la amortajan ahora.

¡Y todo tan sencillo, que parece que no hay más que sentarse y saberlo hacer, desde tomar la leche espumante al pie de la ubre en las colodras, hasta cortar en panes apetitosos la mantequilla, tan fina como la de Bélgica, ó henchir con el queso nuevo, que ha de sazonar á los tres meses, los cuñetes redondos! Como que no hay cosa más fácil que hacer queso, según allí se le vería, porque tan luego como la leche que hierve en la artesa está á punto, se la salpica con extracto de achiote, del que se da tan bueno en Venezuela, y se le mezcla bien con la leche, has-

ta que ésta se tiñe de un ligero crema, que es cuando se suspende al vapor, ó lo que esté calentando, para mezclar por igual el cuajo: por las llaves se deja ir el suero, y á las tres horas, que antes era un mes, queda el queso hecho.

Tan de oir sería lo que ante estas cosas dijera el pastor que huyendo por el valle con el zurrón de leche al hombre descubrió la mantequilla y la halló buena, como fué de ver el ansia con que iban de un lado para otro los visitadores campesinos, vestidos tanto de paño burdo como de desconfianza, mirando como si los fueran á engañar, iguales las corbatas y los ojos en lo que cada cual se salía de su cuenca, registrando en cuclillas los codos y rincones de cada aparato, como si tentasen los puntos maduros de un buey padre ó una vaca lechera. Todo lo querían comprar, y no querían comprar nada; pero los inventores habían de estar sobre sus pies en lo de las preguntas, porque los campesinos, rudos podían ser, pero sabían de su oficio tanto como los de los inventos, y á ojos presentes se vió allí mejorar la mamadera del ternero con lo que insinuó un pastorcillo que no alzaba del suelo mucho más que él: pues ¡qué ciencia hay mejor que la que salta á la vista, ni qué biblioteca enseña lo que un rayo de sol, si se ve á lo que ilumina con paciencia para comparar y voluntad para entender!

Este pregona los menjurges de Mc Dougall, exentos de sustancias venenosas para limpiar de lacras la piel de las ovejas; otro dice que los remedios de "Vet" son más variados y mejores: "no cuenta que á su ganado le va bien con

el "Fluido de Little," que cura fuera y dentro: aquellos contienden sobre sí la "turba alemana" ("Te German Peat Moss Co."), que es muy absorbente y desinfectante, debe preferirse en los establos á la paja, húmeda y de mal olor, y al aserrín de Newell, que si no vale lo que la turba luego para abono, tampoco daña la vista de los animales y el pavón de los arneses con el amoniaco que exhala, como aquélla. ¿Quién no sabe que al animal se le ha de dar el forraje cortado, y caliente y cocido si es posible, para que así le vaya á la carne, á la leche ó al trabajo, la fuerza y calor que de otro modo pierde en mascar y digerir la fibra dura?: allí está el "Lion," el cortador de forraje, que lo aplasta á la vez que lo corta, y se lo da yá á la bestia roto y masticado. Y aquél, el único que aun no hemos visto, prueba en una vaca su "amarra de cadenas," prendida al techo y suelo por dos cadenas cortas, que dejan al animal, sujeto por el cuello, aquel grado de mayor libertad que amansa y aprovecha á los cautivos.

* * *

De pronto rompen las músicas: puéblanse los alrededores del corral: resuenan los aplausos: es que pasean al toro triunfante, al lindo toro de Jersey, á Pedro:—Puerilidad será: pero acorralado de todas partes por la lengua inglesa, daba gozo que este triunfador se llamase "Pedro!" Del narigón lo llevaba el zagal, por una vara enganchada en las argollas, seguido de sus hembras. El, corpulento, impetuoso, du-

ro al palo: ellas pequeñas, adamadas, mansas, como traídas á tierra por el peso de las ubres. Mugía, cabeceaba, parecía hender con la pezuña la tierra cada vez que asentaba el paso elástico. La cabeza pequeña, el cuerno poco, la mirada sanguinosa, alta la cruz, el lomo ondeado, la grupa baja y caída, parecía digno Pedro, como los toros Apis, de las danzas ardientes en que se ofrecían á la vista de la divinidad pujante las doncellas: los perfumes del templo merecía su hermosura: en las astas y lomos le hubieran estado bien las guirnaldas de flores. Y se fué, negando la cabeza al palo, por la puerta del corral, seguido á paso alegre de sus hembras.

El fué el premiado entre los Jerseys, por la hermosura y mérito de su progenie; y entre los Holstein lo fué sir Henry Mapplewood, abnegado, pomposo, de enorme peso de ancas, padre de vacas que son todas ubre, pero sin aquella graciosa majestad y paso vivo con que Pedro, galán de su manada, la mejora y señorea.

No se quiso juntar en esta feria, como pudo ser, todas las castas nobles, ya se críen para la matanza, ya para la colodra, ya para el yugo; sino reunir en competencia las que presumen de riqueza de leche. Ni el Devon cerezo, breve, económico y sufrido, que presta dócilmente su ancho cuerpo de carne llena y fragante á la servidumbre del arado, y acompaña bien al hombre en las tierras calurosas;—ni el Hereford, de piel roja y careto, menos fino y pequeño que el Devon, pero tan leal como él en la faena, buen servidor de vacas de fatiga, y amigo

de su yugo;—ni el Lonjhorn, de astas caídas, que allá del Lancashire y de Irlanda, que en pocos años de mejora dió prueba de buena fibra, capacidad para la labor, y normal ordeño; —ni el Kloe torvo y peludo de los escoceses, afilado de cuerno y de testa atopada, pero de carne bien reparada sobre el hueso escueto, fuerte en la sangre y monta, acomodable y sobrio, y hecho á vivir con el pastor, y á dormir junto á él en su cabaña;—ni las "mochas" de Garloway, gordas y humildes, y de cabeza recia y ovejuna, en cuya casta es manso el toro, por lo que el pastor tiene á vergüenza que se las vean en su majada;—ni el Durham de pecho colgante y brazo en pera, sin más hueso que el necesario para tener en pie la carne, plano el dorso, espacioso el encuentro de los cuartos traseros, ancho y largo de ancas, el mejor para el cuchillo; —ni aquel ganado suizo parco y huesudo que vive del aire aromoso más que del yerbón escaso en los desfiladeros de los Alpes;—ni la vaca de casta americana, que es como no tener casta, angosta de ancas é hijares, cerrada de pecho, bolsuda, carnosa y dura la ubre, chata y hundida de costillas, muerta la cola,—disputaban en la feria el premio á esas cuatro razas, únicas allí reconocidas, que campean hoy como primeras en los establos norteamericanos,—la Jersey, viva y cuidona; la Guernsey, un poco más recia; la Ayrshire, la vaca de los pobres; y la Holstein, que á todas ha vencido.

* * *

Pero á la Jersey ¿cuál pudiera vencerla en coquetería? Allí está la gloriosa Eurotas, con el pesebre lleno de medallas, echada sobre el mullido con regia indiferencia. Mímanla los zagales, que recuerdan, por lo que la celan y complacen, á los cortesanos que aguardan la venida al mundo de un hijo de la corona. Hecha parece para el descanso y la abundancia: lo parece, cargada por Júpiter. Así es la vaca de Jersey, pulcra y regalada: ella sabe que su leche amarilla es oro puro, y que se disputan los establos sus terneras, porque no hay crema más suave: ella sabe que es bella: es vaca de salón, de seda toda y hasta el color, que del aire padece va diciendo lo puro de su raza. Es más felina, más femenina que las otras castas; y con sus ojos procaces y seguros, de negras ojeras; con su oreja menuda ribeteada de vello voluptuoso; con sus cuernos de juguete, brillantes y retorcidos; con su cuello de onda y pies de cierva; con su piel clara y lúcida, recamada de pelo lacio y fino; con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue; con el encuentro de las ancas bien holgado, como para que la ubre de delicados pezones, tenga libre juego; —allí parece, tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante.

Pero los mismos los tiene bien ganados, porque hay Jerseys, como Eurotas, que en 341 días dió 7,525 libras de leche y 778 de mantequilla; y la Duquesa de Smithfield, á quien por las gracias y altanería no le va mal el nombre, en una semana dió 436 libras de leche; y en un año

10,784 libras; y Mrs. Langtry, del color de las rosas de te, estaba dando en la feria treinta y seis cuartos diarios. De los toretes, el más bello tenía un nombre nuestro, "Lorenzo Beauty," y era del suave acero de las perlas, gris como ese vapor que en las primeras tardes de verano cubre con cambiantes lilas los lagos y los ríos.

Quien vió Jerseys, ha visto Guernseys, que dan leche de tanta nata, y tan copiosa y amarilla, como aquellas, sólo que su lindeza es menor, á pesar de lo más claro de su pie; aunque en eso mismo aventajan las Jerseys, porque no es tan saliente su armadura, ni la grupa tan alta, ni el cuello tan corto, sino que se les ve más fuerza y simetría, y no parecen princesas de la leche, sino las damas de buen pasar del gremio, á quienes en los quehaceres de la casa se les han crecido tobillos y muñecas.

* * *

Las Dolstein veían luego, todas negras y blancas, y de mucho comer, como su gran alzada necesita. Muros parecen las ancas de sus toros, aunque á la mano son mansos, y su piel flexible se levanta al pellizco, como sucede en toda res de casta buena: catedrales dormidas parecen estos padres ciclópeos: levántanse del suelo con la pesadumbre visible de su potencia: en el lomo pudieran descansarles camarines, como el que llevaba Lalla Kookh cuando iba enamorada de su poeta Feramorz.

De Holstein fué el primer ganado que trajeron cuando la colonia los libres holandeses; y

les sirvió en la labor con voluntad, y les dió abundante leche. Son más huesosos que Jerseys, Guernseys y Ayrshires, como que les llevan mucho en corpulencia; pero su hueso no es ese áspero y fofo del ganado sin ley, que va aparejado siempre con carne de fibra ruin, cuero de harto peso, panza y papada en cuelga, piernas volantes y altas, apetito desordenado é infecundo, y toda la luz del día entre las costillas;—sino ese otro hueso sano y compacto que atrae la carne á donde debe estar, con su debida proporción de gordo.

Para buey de labor, el Holstein no es de alabar, porque su masa lo obliga á la pereza; pero madura pronto, consume menos que el Durham, Hereford y Devon como res de matanza—aunque su carne no es tan noble, y no hay quien le gane á padre enérgico, ni casta que dé más leche, queso y mantequilla: en el queso principalmente sobresalen: dos libras de mantequilla al día da cualquier Holstein. Lo que comen, lo devuelven pronto en leche. El es discreto, honrado, amigo de pagar en cría lo que recibe en el pesebre: ella es seria, recatada, hacendosa, y como la matrona de las vacas.

Lady Fay, la que ganó por lechera el premio de la feria, mira con su dulce rostro á los que la contemplan admiradas: su ubre, tamaña como las ancas, ha dado de sus firmes y francos pezones 97 libras y cinco onzas de leche en un día, y 20,412 en un año. Y el premio de mantequilla también fué de una Holstein, de Clotilde, que viene como Lady Fay de los establos de

Lakeside, y con el ordeño de veinticuatro horas dió dos libras y dos onzas y media.

Veamos, antes de acariciarles por vez última el sumiso testuz, el medallón de Guénon, que les crece á pelo vuelta á ambos lados del encuentro de los cuartos traseros, y según sea de grande indica, si vaca, lo lechera que es, y si toro, que será padre de crianzas de riquísima ubre. A Sir Henry Mapplewood, que tarda horas en poner sobre sus pies sus veintinueve quintales y treinta y tres libras de peso, le llega el medallón del pie del muslo á la grupa.

Así debían ser aquellos toros heroicos de que cuenta Homero, con las puntas del asta cubiertas por bolas de oro: así aquellos en que los sacerdotes de Egipto veneraban "la fuerza, la paz y la paciencia, favorables á los trabajadores."

* * *

Pero hay algo en las fieles Ayrshire que seduce, á pesar de su flaca apariencia, y de ser toda ella hondonadas y puntas: los hijares voluminosos, el costillaje grande y arqueado, el lomo sumido, la ubre modesta y de corto pezón, y solo el pecho y el vientre anchos.

De color son bermejas, ó bermejas y blancas. No se espera de cuerpo tan menudo pezones tan pródigos. En la cabeza pequeña, de curioso hocico, le lucen los ojos conversadores y vivaces. Toda ella es mujeril, agraciada y sincera. Lo usual en ella es cinco galones diarios de buena leche butirácea; y hay muchas que dan al año

mil galones; pero "comen bondadosamente," como acá dicen en jerga de establos, y de lo que hay, sin que por lo pobre del forraje sufra tanto como las de otras castas. Ella, buena escocesa, sabe de pobres, y es vaca propia de ellos, porque les da más que les quita; y es madraza y gregaria, amiga de andar en grupos con los suyos. Su piel resiste más, aunque sus cañas finas no son para largos viajes. Su toro es poco osado, aunque ágil y dispuesto á sus deberes. Lo vivaracho y diligente de la Ayrshire aprovecha á los terneros, que nacen de tales madres fogosos y con todo su tipo, y no ventrudos y de poco empuje, como cuando la madre es comodona, y amiga de la sombra y el mullido. Al ternero lo tienen siempre cerca, y los establos las prefieren por su resistencia y mansedumbre. Ella es la vaca esposa. La de Jersey es la vaca barragana.

* * *

"Esta es buena, señor," decía un zagal levantando de una pellizcada la piel de la grupa, flexible y sedosa, y no cosida al anca, sino que se sentía la carne suelta bajo ella: "Vaca lechera, así ha de tener acá la piel, y el que quiera saber si es de buen engorde, que le cate la piel del costillar, y si se alza, lo es. Vea el señor: esta galana tiene todos los puntos. La cola no le hace, porque lo mismo da leche la negrota de Holstein, que la amarilla de Jersey, que esta Ayrshire achocolatada. Mírele la cabeza pequeñuela; el cuerno corto, ancho de base y

punta fina; el ojo que parece de señora, quieto y suave, y de pestañas cortas y sin mucha arruga, y la boca grandaza, de belfo fuerte y grueso: ¡y lo que come! ¡y lo que bebe!: vaca bebedora cómprela el señor, que no le engaña. La cruz véale alta y ancho el pecho, á que le queden bien sueltos los pulmones, y las costillas así, largas y arqueadas, para que el ternero tenga espacio."

"¿No ve el señor?: dos dedos le caben en esta abertura del espinazo, que parece roto en la mitad y sigue abierto hasta el rabo, lo que quiere decir que las ancas están como deben, bien aparte, para que la ubre tenga donde crecer, y todo lo de atrás quede espacioso, que estas partes son los talleres de la leche, donde ha de estar todo amplio y en juego. La ubre así, sin baches y elástica, y cubierta de seda, con este pezón de punta, que no tiene más tacha que el ser verrugoso. Pero la gran señal son estas venas hinchadas y retorcidas de la ubre, y estas otras que le corren por la panza hasta entrarle en la carne, por esos agujeros donde cabe el dedo. Vaca con eso, y los medallones en lo de atrás, esa es vaca lechera!"

"Véala como me mira, señor, porque la trato bien, y la vaca lo sabe: la mejor no dará toda su leche si no la lleva con mimo el lechero. ¿El comer? Eso hay que cuidarlo, y dárselo con medida sin tanto que empache, pero fuerte y lleno. La leche empieza en la yerba. Buen comer, —buena colodra y buen ternero. Buen invierno, medio verano; y buen verano, medio invierno. En verano la pongo donde yerba, y que no

me coma yerbaje de mucha agua ó con rocío, sino seco, que es como nutre: cuando se acaba, á establo, á comer pasto cortado y caliente, y cocido si hay un poder. Y aun creo yo que es más barato apesebrar las reses, porque sueltas, sobre que se estropean más, con cuatro acres no tengo para cada vaca, y á establo con acre y medio tengo; y les doy tres aguas, y su ejercicio en el corral siempre aseado, con lo que recojo todo el abono. Eso sí, la comida ha de mezclarse, y hoy una y mañana otra, con su sal y su dulce, que le gusta á la vacada, aunque en lo dulce ha de andarse con tiento, porque la mucha azúcar le quita al toro empuje, y hace estéril á la vaca."

"El ternero, sí señor, salió blanco; porque la madre vió en una ocasión pasar á un torete así de otra majada. La verdad es, aunque no lo digan libros, que la vaca tiene el seso flojo, y ni escoge el galán, ni se despinta en el ternero cualquier rareza que vea ó le suceda cuando está para familia." "Ahora á callar, señor, que es la hora de ordeña, y junto á las vacas no se ha de alborotar cuando se las está ordeñando, ni de hablar siquiera, ni distraerse con ningún ruido, porque mientras se las exprime, se ve que sufren, y están espantadizas: yo, por mí, lo que hago es canturrearles, y al son se me están quietas, y veo que me agradecen el canto."

* * *

Ya cae el crepúsculo, los mansos lecheros se acercan á sus vacas: beben los ternerillos de

las tinas: el quesero vende á los concurrentes retardados sus últimas libras de queso nuevo: chispean, como al apagarse, las luces eléctricas; hablan en un rincón empleados del entusiasmo con que Nueva York ha asistido á la feria de los largos artículos en que la describe la prensa diaria, de cómo en estos quehaceres de la lechería crece el hombre natural y bueno, y mejor que en cualquiera otra faena. Y mientras al son del canto cae la leche espumante en las colodras, y se cierran las puertas de la feria, pasa Pedro, seguido de una turba de zagales, de un lado á otro del circo: la sombra lo agiganta: va halando á la tierra el palo que lo guía: los mozos, á un lado y otro, van callados como orgullosos de llevarlo: las Jerseys todas, á la última luz, levantan la cabeza. No con pompa menor bajaba Apis, cubierto el cuerpo negro de sagradas rosas, cuando, al caer la luna sobre el pálido loto, lo llevaban río abajo, entre inciensos y cánticos, los sacerdotes.

INDICE

Página

Introducción, por Gonzalo de Quesada . . . 6
José Martí, por Rubén Darío. 9
Martí y su obra política, discurso pronunciado por Enrique José Varona en 14 de Marzo de 1896. 25
José Martí y la Revolución Cubana, fragmento de un discurso pronunciado por Manuel Sanguily en 19 de Mayo do 1896. 47

CARTAS DESDE NUEVA YORK

Las fiestas de la Constitución en Filadelfia.—La Procesión Industrial—La Parada.—La Ceremonia de los discursos, etc. (28 Septiembre 1887). 65
Política Internacional y Religión.—Haití y los Estados Unidos.—Cleveland.—Mrs. Cleveland, etc. (4 Marzo 1890). 89
La Excomunión del Padre McGlynn.—Curso del conflicto católico.—El día de la excomunión, etc. (20 Julio 1887). 105
Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos.—Colonización súbita de las tierras libres. —La peregrinación y la entrada, etc. (25 Abril 1889). 127

Página

El gran monumento de los peregrinos y los Cristos que han aparecido en el Sur.—El monumento.—Un discurso indio.— Los dos Cristos, etc. (20 Agosto 1889). 145

El Centenario de Washington.—De lo que se habla en New York—La Exhibición.—Los retratos, etc. (18 Abril 1889) 161

El Centenario Americano.--Washington y la Constitución.—En la Paz y en la Guerra, etc. (11 Mayo 1889). 174

El Cisma de los católicos en New York.—Historia del Cisma.— El Padre McGlynn, etc. (16 Enero 1887). 197

Un drama terrible.—La guerra social en Chicago. —El conflicto y sus hombres, etc. (13 Noviembre 1887). 219

La religión en los Estados Unidos.—La religión oficial y la popular.—Escenas extraordinarias, etc. (8 Abril 1888) 261

El terremoto de Charleston.—Horror del primer choque.— Escenas de la madrugada, etc. (10 Septiembre 1886). 277

Fiestas de la Estatua de la Libertad.—El escultor Bartholdi—Cleveland y su discurso, etc. (29 Octubre 1886-. 299

El libre pensamiento en los Estados Unidos.— Muerte de un millonario socialista.—El socialismo y los ricos, etc. (28 Julio 1888). . . . 329

¡Elecciones!— La Campaña Presidencial en los Estados Unidos.— Causas, métodos y trascendencia de la derrota de Cleveland, etc. (2 Noviembre 1888). 343

Página

El Arte en New York.—Venta de la famosa Galería Stewart.—Precios enormes, etc. (15 Abril 1887). 369

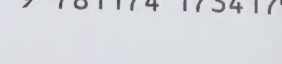
Un funeral chino.— Los chinos en New York.—Creencias.—Ceremonias, etc. (29 Octubre 1888) 389

Gran Exposición de Ganado en New York.—La Lechería.—El toro triunfante, etc. (24 Mayo 1887). 403

Esta obra se imprimió
en los
talleres de RAMBLA Y BOUZA, Obispo 33 y 35
y se terminó
el día 20 de Mayo de 1905

CPSIA information can be obtained at www.ICGtesting.com
Printed in the USA
LVOW03s1148201213

366019LV00001B/12/P



9 781174 173417